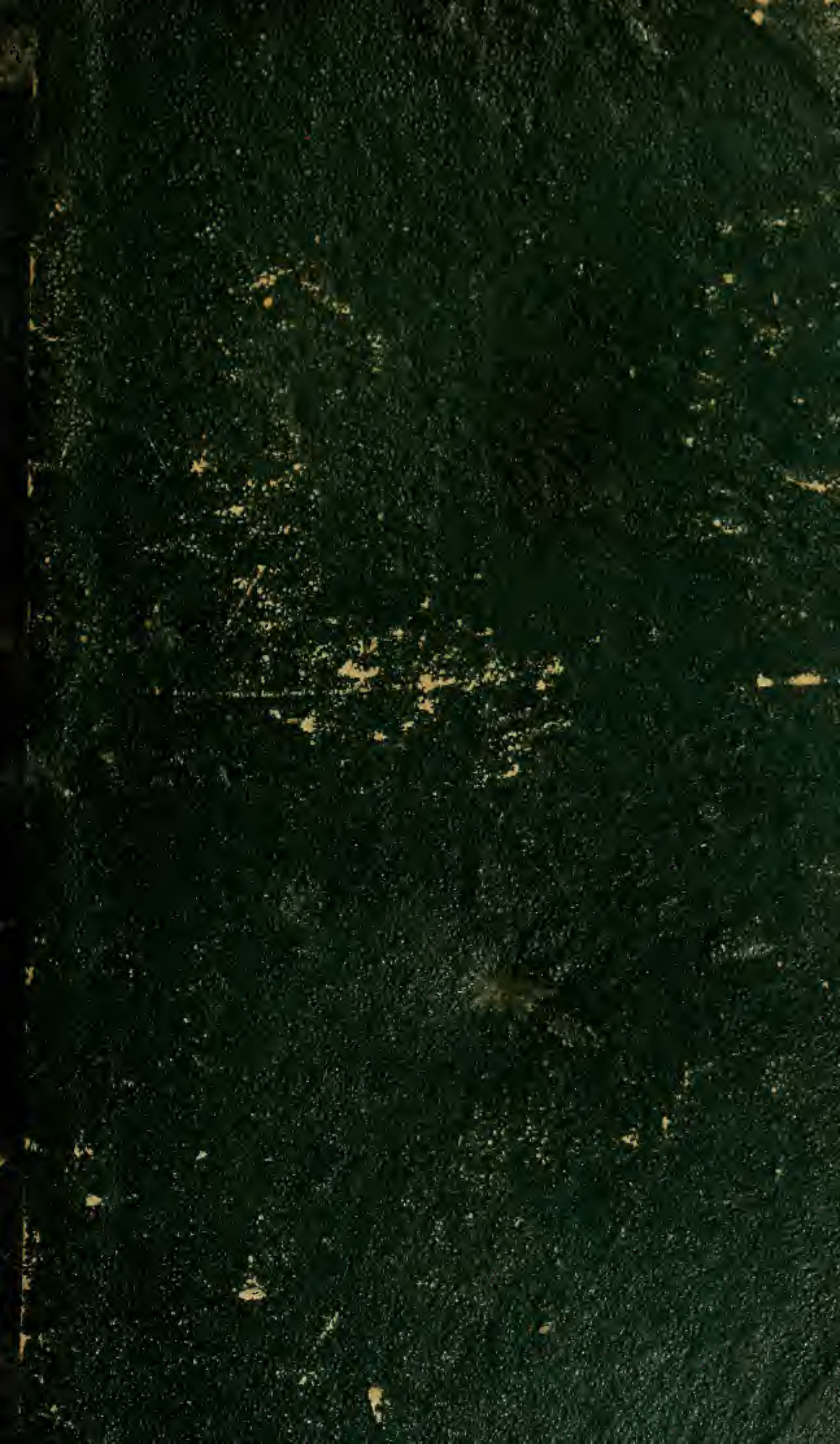
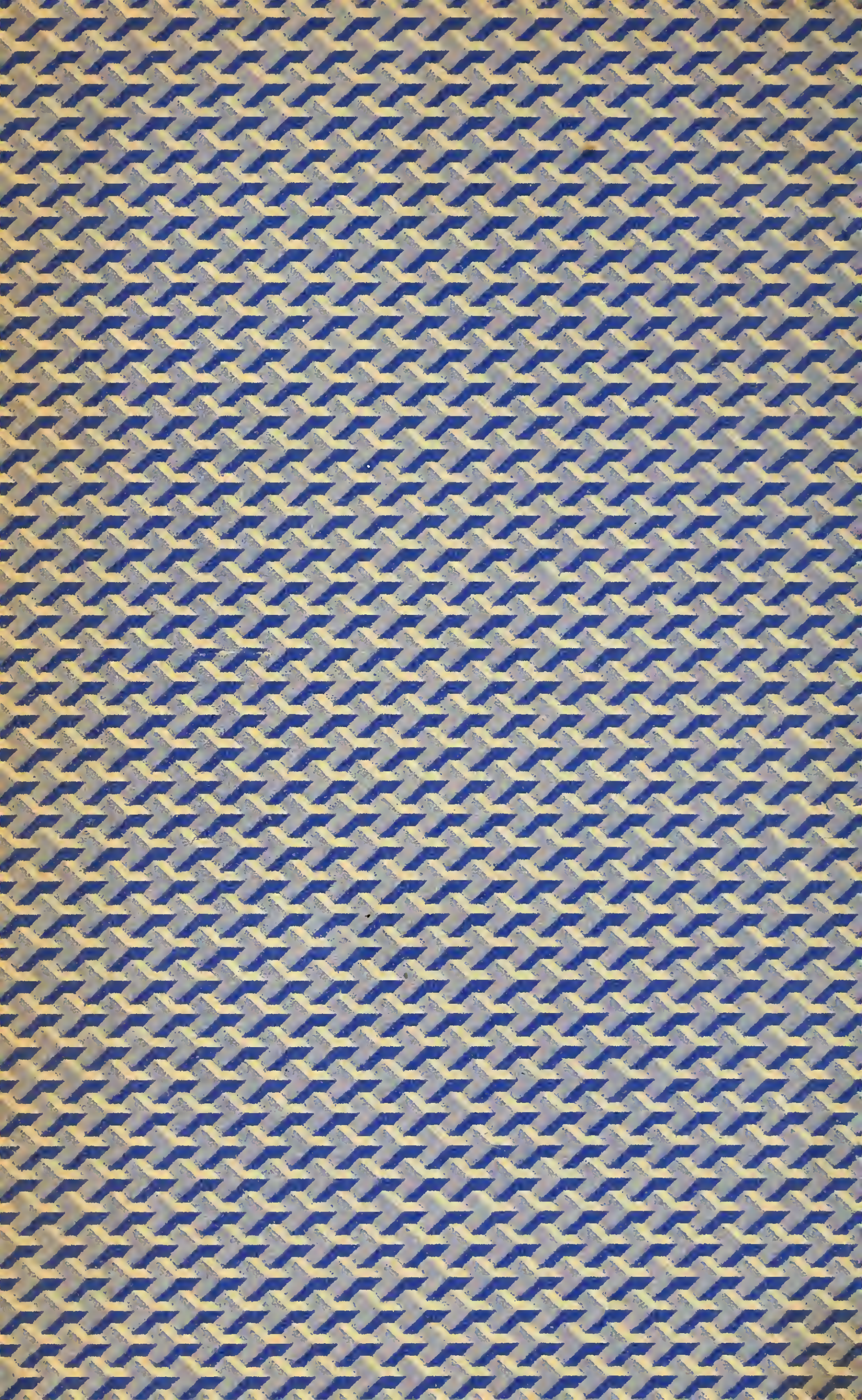
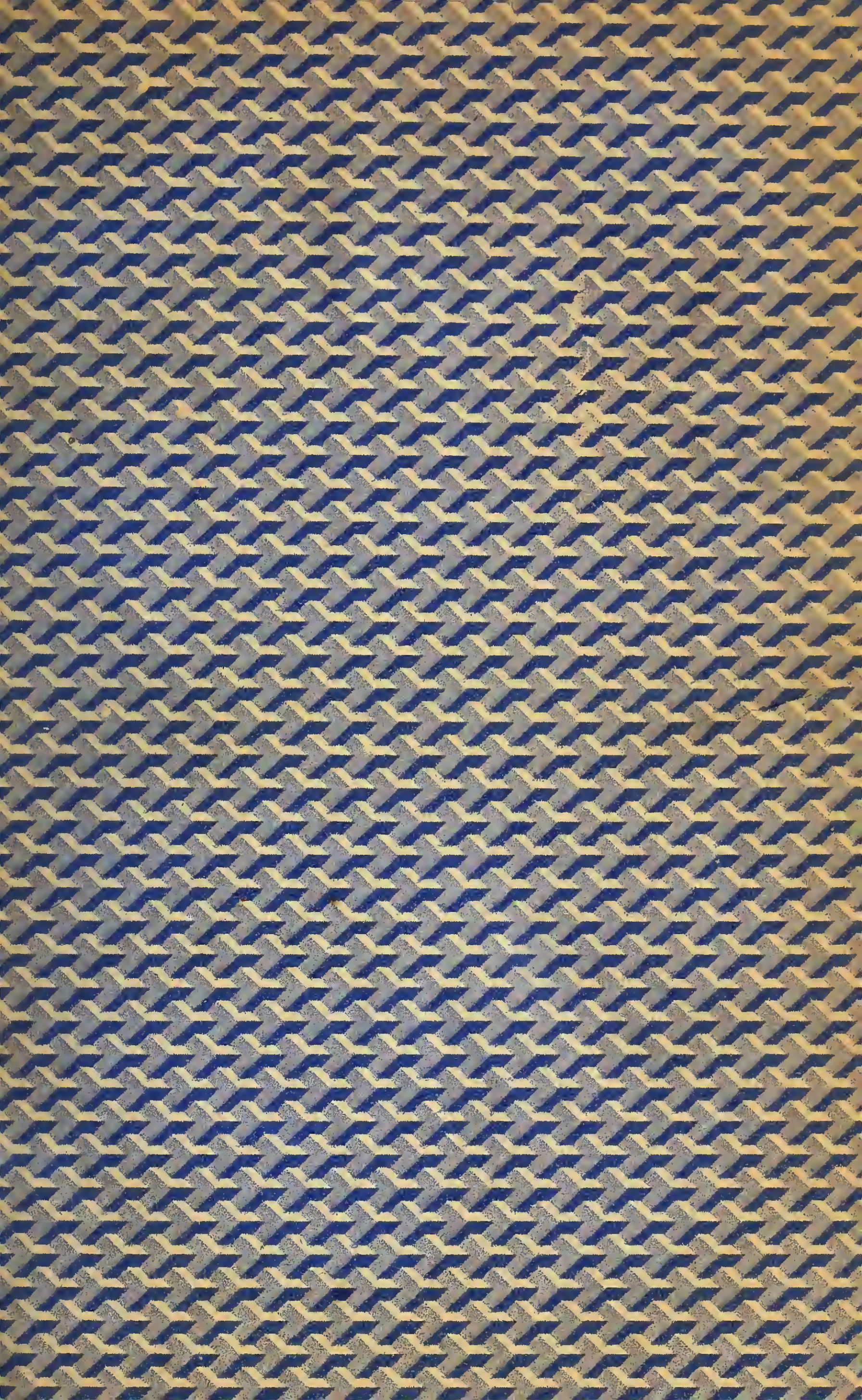






LA MEDICINA

DE LAS PASIONES.

Juan Galvany

LA
MEDICINA DE LAS PASIONES,

ó

LAS PASIONES

CONSIDERADAS CON RESPECTO Á LAS ENFERMEDADES, LAS LEYES
Y LA RELIJION.

POR J.-B. F. DESCURET,

Doctor en medicina y Doctor en letras de la Academia de Paris, y médico de la
junta de beneficencia del cuartel 12 de aquella capital.

TRADUCIDA DEL FRANCES

por D. Pedro Felipe Monlau,

Doctor en medicina y cirujia, y profesor en el hospital militar de Barcelona.

A la medicina le toca auxiliar á la
moral en la grandiosa obra de mejorar
la suerte de los hombres.
J. Droz, *De la Filosofía moral.*



BARCELONA.

POR D. JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.,
CALLE DE MONSERRATE, NUM. 10.

1849.

ADVERTENCIA.

Al publicar este libro, no ha sido mi intento dar un *Tratado de las pasiones*; este título comportaria un gran número de volúmenes, y exijiria una vida entera de estudios especiales, á los que mi profesion no me ha permitido dedicarme como hubiera deseado. Exijiria sobre todo una Introduccion de algunos centenares de pájinas, en la cual se examinase por medio de qué virtudes se han distinguido los diferentes pueblos, y á qué vicios han debido su decadencia; porque las buenas costumbres son el alma de las sociedades. En esta verdadera filosofía de la historia, la erudicion del autor no debiera limitarse á un conocimiento exacto de las naciones que ya no existen, sino abrazar tambien los principales pueblos que se revuelven hoy dia por la haz del mundo, y señalar los rasgos físicos y morales que los caracterizan, las pasiones que los avasallan, las enfermedades políticas que les consumen. Semejante empresa, cuya importancia harto bien concibo, es demasiado superior á mis fuerzas para que me proponga acometerla.

La obra que doy al público no es mas que un *manual*, no es mas que una *gramática de las pasiones consideradas con respecto á las enfermedades, á las leyes y á la relijion.* Con todo, es tambien el resultado de una atenta y asidua observacion de veinte y tres años. Durante este discurso de tiempo he tenidoocasion de ver mucho; y así es que mi libro, antes práctico que teórico, contiene mas hechos que razonamientos. Mas de cincuenta mil visitas hechas á los pobres del cuartel XII de Paris, unas tres mil á la clase rica, y cerca de sesenta

mil á la clase media, me han puesto en el caso de poder examinar la influencia de la fortuna y de la enfermedad en el desenvolvimiento de las pasiones y de los vicios. Al propio tiempo he estado en frecuente relacion con jentes de todas profesiones, con estranjeros de todos paises, con amos y criados, con mujeres y hombres libres, detenidos ó claustrados, católicos y protestantes, espiritualistas y materialistas, discípulos y maestros, sabios, literatos y artistas del mayor mérito, con jente sensata, con locos enjaulados ó que merecian estarlo: á todos los he podido observar detenidamente, y ellos son los que me han proporcionado los materiales de esta obra, mas científica que literaria, y en gran parte copiada al natural. Para establecer mas asertos, no me he contentado con invocar mi larga esperiencia, como práctico, ó como médico lejista; sino que á menudo he apelado á la de mis antecesores, y me he apoyado además en las laboriosas investigaciones de la estadística, ciencia nacida de ayer, como quien dice, pero que está destinada á esparcir con el tiempo vivísima luz sobre diferentes cuestiones relativas á la criminalidad, no menos que á la perfeccion física y moral de las masas.

A pesar de tan poderosos apoyos y del gran número de años empleados en componer este volúmen, aun no lo habria dado á luz, si los consejos de mis comprofesores y las instancias de la amistad no me hubiesen arrancado la promesa de que lo haria. Para cumplir tambien una palabra empeñada con dos hombres célebres recien arrebatados á la ciencia y al clero (1), entrego prematuramente á la crítica benévola un trabajo cuyas lagunas confio poder llenar un dia, y cuyos lunares procuraré en cuanto quepa hacer desaparecer.

(1) El Dr. Broussais y Monseñor de Quelen, arzobispo de Paris, opinaban que *La Medicina de las pasiones*, redactada baja un plan enteramente nuevo, llegaria á ser el complemento indispensable de los estudios médicos, lejislativos y teolójicos.

NOCIONES PRELIMINARES.

Conócete á ti mismo, γνῶθι σεαυτὸν, decian los sabios de Grecia; y de mas de dos mil años acá los médicos y los moralistas han repetido la célebre inscripcion del templo de Délfos, sin que la mayor parte de los hombres piensen todavía en adquirir ese conocimiento de sí mismos, tan interesante y aun necesario. ¿Seria acaso porque ese estudio se halla rodeado de dificultades invencibles? Razon tenia entónces Pascal, aquel severo moralista, para preguntar: «¿Qué quimera es esa que llaman hombre? ¡qué novedad! ¡qué cáos! ¡qué texto de eternas contradicciones! Juez de todas las cosas, imbécil gusano de la tierra; depositario de la verdad, amasijo de incertidumbres, gloria y oprobio del universo; si se encumbra, yo le postro; si se postra, yo le encumbro, y le contradigo siempre hasta que se penetre de que es un monstruo incomprensible.» En cuanto á mí, desalentado por las palabras de aquel númen famoso, mas de una vez he querido tirar la pluma y renunciar á un trabajo, cuyo término, cual el de un horizonte, me parecia siempre mas lejano á proporcion que mas pugnaba por llegar á él. En vano habia preguntado á nuestros grandes pintores de costumbres, en balde habia pedido á nuestros mejores fisiolojistas la solucion de este enigma, al parecer inesplicable: ninguno de ellos desvanecia satisfactoriamente las muchas dudas que me asaltaban. Vol-

viendo á leer entónces las obras maestras del elocuente obispo de Meaux, cuya vista de águila penetró en los arcanos de la naturaleza humana, me paré en las siguientes líneas: «¿Qué viene á ser el hombre? ¿es un prodijio? ¿es por ventura una reunion monstruosa de cosas incompatibles? ¿es un enigma inesplicable? ¿O será mas bien, si así se me permite hablar, un simple resto de sí mismo, una sombra de lo que era en su oríjen, un edificio arruinado que en medio de sus escombros conserva todavía algo de la grandiosidad y belleza de su primera forma? Cayó arruinado...... por su depravadísima voluntad; el techo cayó sobre los cimientos; pero remuévanse los escombros, y debajo de ellos se encontrarán todavía los planos de construccion, la idea del primer diseño y las señales que puso el Arquitecto.»

Este pensamiento de Bossuet me ha servido mas de una vez de guia en mis trabajos, y me ha esplicado todas las contradicciones que reinan en nosotros y fuera de nosotros. En efecto, no me he ceñido á estudiar al hombre en su naturaleza, sino que le he considerado tambien en sus relaciones y en sus destinos.

Admito desde luego, como principio, que se halla compuesto de dos sustancias, un cuerpo y una alma; el cuerpo, organizado por la mano del Criador; el alma, creada por su aliento; el cuerpo, material y perecedero, porque viene de la tierra; el alma, inmaterial é inmortal, porque viene de Dios. ¿Cómo se verifica esa union de la materia con el espíritu? ¡Misterio tan insondable como las grandes leyes de la creacion, cuyo secreto se ha guardado el supremo Arquitecto! Con todo, fuerza es confesar que el alma es el sér invisible que nuestro cuerpo revela, así como Dios es el Sér invisible que el universo pregona.

Considerado el hombre bajo el triple punto de vista de la hijiene, de la moral y de la relijion, tiene necesidades que satisfacer y deberes que cumplir, y así es que ha reci-

bido órganos que sienten para advertirle sus necesidades, y una intelijencia para ilustrarle acerca del cómo debe satisfacerlas. El sabio autor de la *Lejislacion primitiva*, á mi entender, lisonjea demasiado al hombre, cuando le define diciendo que es una intelijencia *servida* por órganos. Pintor sublime, pero infiel, se ha complacido en representar el hombre tal como deberia ser, y no tal como es. Con efecto, la historia de todos los tiempos nos manifiesta la intelijencia como una reina destronada y esclavizada por los sentidos, á los cuales con justicia debiera gobernar á fuer de soberana.

Para todos los moralistas de buena fe el hombre es una intelijencia *unida* con órganos, un animal dotado de razon. Para el filósofo cristiano es *una intelijencia caida, en lucha incesante con los órganos*. Esa lucha cruel entre las necesidades y los deberes, entre los órganos y la intelijencia, ó, si así se quiere, entre la carne y el espíritu; esa lucha, digo, es toda la vida del hombre, que la Escritura llama con tanta razon una lid: *Militia est vita hominis super terram*. Pensamiento magnífico, felizmente acomodado en un verso, tanto mas admirable cuanto que nos demuestra al propio tiempo el premio reservado á los jenerosos atletas que sepan triunfar de sus pasiones:

La vie est un combat dont la palme est aux cieux (1).

C. Delavigne.

Esta lid, por cada dia mas peligrosa á causa de los mismos progresos de la civilizacion, exije una continua vijilancia, si no queremos dejarnos arrastrar por las pasiones, por esos pérfidos y formidables enemigos de nuestro reposo. Mas para resistirlas con ventaja, no basta estar bien fortificado en un punto; es necesario estarlo en todos, es menester ir armado de punta en blanco. Y esta armadura

(1) Lid es la vida; y su palma es el cielo.

solo puede darla á la humanidad una educacion *cabal*, una educacion que simultáneamente cultive las facultades físicas, morales é intelectuales de las criaturas. No desarrollando imprudentemente una ó dos facultades en menoscabo de las otras, y esforzándose, al contrario, en dirijir todas nuestras necesidades fisiolójicas, sociales é intelectuales, los gobiernos lograrian al fin hacer á los hombres mas fuertes, porque serian mejores; y al propio tiempo fueran mejores porque serian mas fuertes.

TABLA METÓDICA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

PARTE PRIMERA.

DE LAS PASIONES EN JENERAL.

PARTE SEGUNDA.

DE LAS PASIONES EN PARTICULAR.

PASIONES ANIMALES.

PASIONES SOCIALES.

PASIONES INTELECTUALES Ó MANÍAS.

LA

MEDICINA DE LAS PASIONES.

PARTE PRIMERA.

DE LAS PASIONES EN JENERAL.

CAPITULO PRIMERO.

DEFINICION DE LAS PASIONES. — DISTINCIONES QUE SE DEBEN ESTABLECER ENTRE LAS EMOCIONES, LOS SENTIMIENTOS, LAS AFECCIONES, LAS VIRTUDES, LOS VICIOS Y LAS PASIONES.

> Si hay tanta confusion en las cosas, es porque hay poca claridad en las palabras.

La voz *pasion*, segun su etimolojía (πάθος), indica un padecimiento ó á lo menos una emocion causada en nosotros, bien por una impresion del esterior, bien por un impulso enjendrado en nuestro interior. En ambos casos, esta emocion afecta mas ó menos el celebro, órgano intermedio entre el alma y el cuerpo, y del celebro irradia á todos los puntos del organismo por medio de numerosos conductores llamados nervios.

Todas las *afecciones* vivas, todas las *pasiones*, tienen el triste privilejio de hacer enfermar el cuerpo y el espíritu; y de ahí el emplear promiscuamente aquellas dos voces hablando de lo físico y de lo moral: así se dice que las *afecciones orgánicas* del corazon son á menudo resultado de *afecciones morales*, y antiguamente se daban los nombres de *pasion hipocondríaca* y de *pasion histérica* á enfermedades que tienen su asiento en los hipocondrios ó en el útero.

Las *pasiones*, dicen algunos autores, se llaman tales porque el hombre no se las da, sino que las recibe, está sometido á su accion, y desempeña un papel *pasivo*.

« Damos el nombre de *pasiones*, dice el docto y juicioso Bergier, á las inclinaciones ó tendencias naturales estremadas, porque sus movimientos no son voluntarios; el hombre es puramente *pasivo* cuando las esperimenta; y no es activo sino cuando las consiente ó cuando las reprime.»

Si los etimolojistas están acordes en punto á la etimolojía de la palabra, no lo están en punto á la acepcion que debe dársela, y disienten por consiguiente en la definicion.

Zenon, jefe de la escuela estóica, define la pasion, diciendo que es un desórden contranatural del espíritu que aparta á la razon de su sendero.

Galeno, á tenor de las ideas de Hipócrates y Platon, considera las pasiones como movimientos contranaturales del alma irracional, y las hace proceder todas de un apetito insaciable, añadiendo que hacen salir al cuerpo del estado de salud.

Descartes las considera como movimientos producidos por los espíritus vitales emanados de la glándula pineal (que es, segun él, la residencia del alma), y que van á ajitar de varios modos todas las partes del cuerpo.

El placer nos mueve agradablemente, y nos inclinamos á él: el dolor causa en nosotros un efecto contrario, y huimos de él. Esa atraccion y esa repulsion han sido llamadas *movimientos del alma*, nó porque el alma pueda variar de sitio (porque un sér inmaterial no ocupa lugar), sino meramente para indicar que, en su amor y en su aversion, el alma se une con los objetos ó se aparta de ellos, á la manera que se acerca ó se aleja el cuerpo. En fuerza de estas consideraciones, Bossuet y otros moralistas cristianos definen las pasiones como « movimientos del alma, la cual, tocada por el placer ó el dolor sentido ó imajinado, lo busca ó lo repele.»

Gall y Spurzheim opinan que las palabras *afeccion* y *pasion* no convienen en manera alguna á las facultades primitivas del alma. *Afeccion* debe decirse únicamente de las modificaciones que presentan las facultades, y *pasion* del esceso de su actividad. Así, la afeccion no seria mas que un modo de *cualidad*, y la pasion un modo de *cantidad*.

Ciertos moralistas han confundido las afecciones y las pasiones; otros han creido deber juntar, bajo el título de pasiones, un sinnúmero de estravíos habituales del espíritu, y hasta caprichos tan fútiles como pasajeros; y los mas han reservado el nombre de afecciones para los sentimientos en cierto modo pasivos, como la tristeza, el mal humor, el temor, calificando solamente de pasiones los sentimientos activos en alto grado, como el amor, el odio, la ira, la ambicion.

Algunos médicos ilustrados pretenden que la necesidad de ejercitar

las facultades de la intelijencia puede dar oríjen á aficiones muy vivas, como la de la pintura, de la poesía, de la música, etc., pero que tales aficiones ó gustos nunca son estremados hasta la pasion. No obstante el respeto que me inspira su autoridad, no puedo admitir una opinion contrapuesta en mi sentir á numerosísimos hechos. Con efecto, he tenido repetidas ocasiones de observar pintores, poetas, y en particular músicos, que se sentian arrastrados hácia su arte por una inclinacion, por una aficion, por un ardor que hasta rayaba en delirio, en una verdadera y violenta monomanía, terminacion funesta, y por desgracia harto frecuente, de las grandes pasiones.

Esta discordancia de los escritores sobre la acepcion de la voz *pasion* procede indudablemente de que su etimolojía le da un sentido vago, y aun limitado por demás. En efecto, quien dice *pasion* dice padecimiento, de donde se podria inferir que toda emocion sentida seria una pasion.

Para que cese tamaña confusion, se hace absolutamente preciso ceñir el significado de la palabra y despejar bien el sentido que deba tener. Sin esto, el uno dirá de una manera absoluta que las pasiones son buenas; el otro que son necesariamente malas; y el de mas allá que no son buenas ni malas en sí, dependiendo su cualidad del uso que de ellas se hace. « Todas las pasiones son buenas, dice Rousseau, cuando uno es dueño de ellas: y todas son malas, cuando nos esclavizan. »

Antes de indicar la definicion en que me fijo, creo deber presentar algunas consideraciones sucintas, con el doble objeto de justificar mi preferencia y desvanecer la oscuridad que reina sobre este punto fundamental de la ciencia.

El hombre es un sér eminentemente activo, y á la accion le mueven, ora impulsos interiores, ora impresiones venidas del esterior y trasmitidas al alma por los sentidos. De esos impulsos y de esas impresiones resultan para él varias necesidades, móviles de todas sus acciones. El animal y el párvulo obedecen inmediatamente al estímulo de la necesidad ó instinto: pero el adulto no satisface jeneralmente aquellas necesidades sino despues de haber juzgado si puede ó si debe satisfacerlas. El hombre tiene por consiguiente dos guias, el instinto y la razon: el uno le insta y estimula; la otra le ilustra y le contiene. Así la vida humana no es otra cosa, segun ya hemos visto, que una lucha casi incesante entre el deber y la necesidad ó el instinto. Añadamos que toda necesidad sentida con demasiada violencia provoca en nosotros un deseo á la par violento, haciéndonos obrar instantánea y ciegamente contra nuestro deber, contra nuestro interés, contra nuestra voluntad: y he ahi la *pasion*, que no es mas que *la tiranía de una necesidad*.

Digo de una necesidad, porque, en efecto, el hombre, segun verémos

mas adelante, no es mas que un compuesto de necesidades, y durante la fiebre de la pasion, su esclavitud, su situacion pasiva, no existe las mas de las veces sino por no haber satisfecho de una manera armónica sus demás necesidades, las cuales, en el estado normal, pueden servir siempre de contrapeso á la que habitualmente le arrastra. Así, en los hombres privados de toda educacion, vense constantemente dominar las necesidades ó instintos del animal: en los que no ejercitan mas que una parte de sus necesidades superiores (por otro nombre llamadas facultades intelectuales), vense desarrollar con el ejercicio esas facultades en menoscabo de las que imprudentemente se dejan descuidadas: por eso la memoria y la imajinacion están do quier de sobras, al paso que el juicio y el buen sentido moral son raros por demás. Por último, los individuos que satisficiesen esclusivamente sus necesidades sociales se hallarian privados de un sinnúmero de goces intelectuales, y sobre todo del elemento relijioso, único que puede sancionar la moralidad de sus actos.

En resúmen, las pasiones no son mas que necesidades sentidas con sobrada violencia, deseos inmoderados, tiranía de una necesidad que por lo comun hace callar á las demás, si ya no es que las fuerze á servirla.

Veamos ahora la distincion que conviene establecer entre las emociones, los sentimientos, las afecciones, las virtudes, los vicios y las pasiones.

Las *emociones* son escitaciones mas ó menos vivas de nuestra sensibilidad: son agradables ó penosas. En ambos casos, pueden llegar al estremo de lastimar los resortes del organismo; y entónces obran á la manera de las pasiones violentas, y se constituyen, por el hábito, pasiones verdaderamente tales. Por esto ha notado muy bien un juicioso moralista (Mr. de Levis) que «de todas las necesidades facticias, la mas peligrosa es la de las emociones.»

Las palabras *sensaciones, sentimientos, percepciones,* designan tambien las impresiones que en el alma causan los objetos, pero con la distincion, jeneralmente admitida, de que la *sensacion* no pasa de los sentidos, el *sentimiento* llega hasta el corazon, y la *percepcion* se dirije á la intelijencia. Las tres determinan en nosotros sacudimientos nerviosos, emociones de placer y de gozo, ó de dolor y de tristeza, manantiales primeros de nuestras pasiones.

La voz *afeccion* (derivada del latin *afficere*, afectar, tocar, causar impresion), lo mismo que la palabra sentimiento, indica tan solo una manera de sentir, un modo cualquiera de estar afectado. La afeccion, cuyo carácter habitual es una suave actividad, se muestra á cada instante susceptible de diversos grados, y se trasforma en ardor, en impetuosidad, en desatino, en pasion. En la mujer madre sobretodo, es harto comun ver la afeccion estremada hasta el sacrificio ó rendimiento, especie de

consagracion que la hace olvidar se de sí propia para darse en un todo al sér que le debe la vida.

Jeneralmente hablando, se da el nombre de *vicios* á la degradacion de nuestros sentimientos, y el de *virtudes* á su perfeccion. Cuando los vicios no constituyen verdaderas pasiones, distan poco de ello. La teolojía los llama pecados, y no son mas que tendencias ó retornos á la animalidad pura. En otra parte verémos que los progresos del vicio son infinitamente mas rápidos que los de la virtud, y que su hábito es á la par mucho mas fuerte y tenaz.

Considerada la virtud bajo el punto de vista social, es la conformidad de nuestra voluntad particular con la voluntad jeneral; y es tambien una preferencia del interés jeneral sobre el interés particular. Esta jenerosa preferencia no se adquiere sino despues de haber lidiado repetidamente con nuestro egoismo: ella atestigua la fuerza de alma, y de ahí lleva el nombre de virtud (1). Por cada dia se va haciendo mas rara en las sociedades modernas.

A los ojos de la relijion, la virtud es el triunfo de la voluntad contra nuestras malas inclinaciones: y es tambien la salud del alma, conservada por la inocencia, ó recobrada por el arrepentimiento.

Los moralistas admiten cuatro virtudes principales, que han llamado cardinales, porque las consideran como fundamento de todas las demás: son la *prudencia*, que las dirije; la *justicia*, que las gobierna; la *fortaleza*, que las sostiene; y la *templanza*, que las circunscribe dentro de justos límites.

Las tres virtudes teologales del cristiano son la *fe*, la *esperanza* y la *caridad*, que comprende á las dos primeras, porque es el lazo de amor que une al hombre con el hombre, uniendo al hombre con Dios.

Es observacion hecha ya de largo tiempo que las mas de las virtudes se hallan colocadas entre dos vicios como entre dos escollos: así es que queriendo huir del uno, se cae fácilmente en el otro, si el hombre no se mantiene firme en el estrecho paso que los separa.

(1) «No hay virtud sin combate, dijo Rousseau. La palabra *virtud* viene de *fuerza*: la fuerza es la base de toda virtud. La virtud es propia de un sér débil por su naturaleza y fuerte por su voluntad: y en esto consiste el mérito del hombre justo: de Dios decimos que es bueno, pero no virtuoso, porque no necesita esforzarse para obrar bien.» El antiguo Montaigne, á quien Rousseau no hace muchas veces mas que parafrasear, habia dicho ya antes que el autor del *Emilio*: «Parece que el nombre de la virtud presupone dificultad y contraste, y que no puede ejercitarse sin que haya oposicion. Por esto llamamos á Dios bueno, fuerte, liberal y justo, pero no *virtuoso*: sus operaciones son todas sencillas y sin esfuerzo.» (*Essais*, lib. II, cap. 2.)

Las virtudes, lo mismo que todas nuestras inclinaciones naturales ó facticias, pueden por tanto dejenerar en pasiones, cuando son llevadas al estremo, ó cuando hay esceso en su ejercicio. Conócese que han llegado á tal punto cuando falsean el juicio ó lo paralizan.

CAPITULO II.

DIVISION DE LAS PASIONES SEGUN LOS MORALISTAS Y SEGUN LOS MÉDICOS.—NUEVA TEORÍA DE LAS NECESIDADES.

Para estudiar las pasiones es menester clasificarlas, á pesar de ser indudable que siempre quedará imperfecta su clasificacion.

Los combates interiores del hombre, esa lucha incesante que se observa entre sus instintos y su razon, movieron á Pitágoras y á Platon á reconocer en nuestra alma dos partes: la una fuerte y tranquila, asentada en el alcázar del celebro, como en un olimpo superior á las tempestades; la otra débil y feroz, ajitada por las borrascas de las pasiones, y revolcándose, como el bruto, en el cieno de la voluptuosidad.

Esta division de la naturaleza del hombre en racional é irracional ha sido adoptada tambien por San Pablo, San Agustin y otros muchos Padres de la Iglesia. Hanla admitido igualmente Bacon, Buffon y Lacaze, y se encuentra reproducida en la distincion de las dos *vidas* (animal y orgánica) sentada por Bichat. Algunos filósofos antiguos no se limitaron á distinguir en el hombre dos almas, una superior y otra inferior, sino que admitian una tercera, y las localizaban del modo siguiente: el alma *racional* tenia su asiento en el celebro; el alma *animal* ó *concupiscible* en el hígado; y la *vital* ó *irascible* en el corazon.

Segun los estóicos, las pasiones derivan de la *opinion*, ya de dos bienes, ya de dos males. Y de ahí cuatro pasiones primitivas, á saber: el *deseo* y la *alegría*, la *tristeza* y el *temor*, que subdividian en treinta y dos pasiones secundarias.

Los epicúreos reducian todas las pasiones á tres: *alegría, dolor* y *deseo.*

La filosofía peripatética, muy en boga en los siglos medios, hizo clasificar las pasiones segun el órden de su jeneracion establecido por Aristó

teles: 1°. *amor* y *odio;* 2°. *deseo* y *aversion;* 3°. *esperanza* y *desesperacion;* 4°. *miedo* y *audacia;* 5°. *cólera;* 6°. *alegría* y *tristeza.*

Santo Tomás de Aquino, en su *Suma teolójica,* admite once pasiones, que clasifica por el órden siguiente: *amor, odio, deseo, aversion, gozo* ó *deleitacion, dolor* ó *tristeza, esperanza, desesperacion, temor, audacia* y *cólera.* Las seis primeras, que, para ser escitadas, requieren tan solo la mera presencia ó ausencia de su objeto, son referidas al *apetito concupiscible,* porque en ellas domina el deseo *(concupiscentia).* Las otras cinco, que añaden la dificultad á la ausencia ó á la presencia de su objeto, son referidas al *apetito irascible,* porque la cólera *(ira),* ó el coraje, encuentra siempre en ellas algun obstáculo que vencer (1).

Bossuet, despues de haber mencionado esta division, que estuvo por largo tiempo adoptada en las escuelas, piensa, con San Agustin y el padre Senault (2), que todas las pasiones pueden reducirse á una sola, que es el *amor.* Así, «el odio que se profesa á un objeto no viene sino del amor que se tiene á otro; el deseo no es mas que un amor que se estiende al bien que no se tiene, como la alegría es un amor que se aplica al bien que ya se posee; el atrevimiento es un amor que acomete lo mas difícil para poseer el objeto amado; la esperanza es un amor que se lisonjea de poseer el mismo objeto; y la desesperacion un amor desconsolado de verse privado de él para siempre; la cólera es un amor irritado, porque le quieren quitar su bien, y que se esfuerza en defender, etc.: por último, quitad

(1) Los Griegos, que fueron los primeros en establecer esta distincion de *apetitos,* espresaban la cólera y el valor con la misma palabra (θυμός), porque en los animales, la cólera es ordinariamente el manantial y el pábulo del valor.

(2) «La razon, dice este sabio orador, nos obliga á creer que no hay mas que una pasion, y que la esperanza y el temor, el dolor y la alegría son los movimientos ó las propiedades del amor. Y para pintarlo con todos sus colores, conviene decir que cuando se desvive y suspira por el objeto amado, se llama deseo; cuando lo posee, toma otro nombre y se hace llamar placer; cuando huye de lo que no ama ó aborrece, se llama temor, y cuando, despues de un largo é inútil combate, se ve precisado á sufrirlo, llámase dolor: mas claro, el deseo y la fuga, la esperanza y el temor son los movimientos del amor, que busca lo que le agrada ó se aparta de lo que le es contrario. El atrevimiento y la cólera son los combates que da para defender lo que ama; la alegría es su triunfo; la desesperacion es su debilidad; la tristeza es su derrota, ó para valernos de las palabras de San Agustin, *el deseo es la carrera del amor, el temor es su fuga, el dolor es su tormento, y la alegría es su reposo:* acércase al bien deseándolo, apártase del mal temiéndolo, entristécese sintiendo el dolor, y regocíjase saboreando el placer: mas en todos esos estados diferentes, es siempre él mismo, manteniendo en esa variedad de efectos la unidad de su esencia.» (*De l'usage des passions.*)

el amor, y ya no hay pasiones; poned el amor, y veréislas nacer todas como por encanto. » *(De la connaissance de Dieu et de soi-même).*

Todas las afecciones que Bossuet refiere al amor como necesidad ó instinto de poseer lo que nos gusta, son reducidas por La-Rochefoucault, Helvecio y otros moralistas al *amor propio*, ó mas bien, al *amor de sí mismo*, al *interés personal.*

Descartes admitia seis pasiones primitivas, á saber: la *admiracion*, el *amor*, el *odio*, el *deseo*, la *alegría* y la *tristeza.*

Segun de La-Chambre, primer médico de Luis XIII, las pasiones humanas, ora nazcan de la voluntad ó *apetito intelectual*, ora se formen en el *apetito sensitivo*, pueden dividirse en *simples* y *mixtas*. Las simples, que solo se hallan en la parte irascible, ó bien en la parte concupiscible, son once: el *amor* y el *odio*, el *deseo* y la *aversion*, el *placer* y el *dolor*, la *esperanza* y la *desesperacion*, la *osadía* y el *temor*, y por último, la *cólera*. Las pasiones mixtas, que proceden á la vez de las dos partes irascible y concupiscible, son las nueve siguientes: el *pudor* y la *impudencia*, la *compasion*, la *indignacion*, el *enojo*, la *emulacion*, los *celos*, el *arrepentimiento* y la *admiracion* ó *sorpresa.*

Algunos psicolojistas habian creido poder admitir pasiones *simples* y pasiones *compuestas*; pasiones *físicas* y pasiones *morales*: pero desde el momento en que se ha tratado de establecer lo que era pura y absolutamente físico, ha reinado entre ellos la mas completa discordancia.

Los médicos modernos, curándose muy poco de la naturaleza íntima ó del número de las principales pasiones, número siempre arbitrario, y fijándose mas bien en su influencia sobre el organismo, han preferido distinguirlas en *agradables* y *penosas*; en *violentas*, *suaves* y *tristes*; en *persistentes* y *pasajeras*; en *espansivas* y *opresivas*; en *escitantes* y *debilitantes* ó *deprimentes*, etc.

Considerándolas los economistas en su relacion con la felicidad pública, han admitido pasiones *permitidas* ó *lícitas*, y *vedadas* ó *ilícitas*, y tambien pasiones *virtuosas*, *viciosas* y *mixtas.*

La relijion distingue *pecados mortales* y *pecados veniales* (1).—La le-

(1) Todos los *pecados* pueden reducirse á uno solo, y es *el amor desordenado de nosotros mismos*. El amor de sí propio, que es muy bueno en sí, se constituye en sus estravíos el oríjen de todas las infracciones contra la ley de Dios. Las infracciones leves constituyen los pecados *veniales* ó perdonables; y las infracciones graves son pecados *mortales*, así llamados porque quitan al alma la vida de la gracia, hasta que se rejenera por medio de la penitencia y del arrepentimiento: llámanse tambien los siete pecados *capitales*, del latin *caput*, porque son el principio, el manantial de los demás pecados. La *soberbia*, la *avaricia*, la *en-*

jislacion no piensa en castigar sino *contravenciones, delitos* y *crímenes.*

En sus consideraciones jenéricas sobre los sentimientos morales, el brillante é injenioso autor de la *Fisiolojía de las pasiones,* Mr. Alibert, admite inclinaciones innatas, que pueden mirarse como las leyes primordiales de la economía animal, á saber: 1°. el *instinto de conservacion;* 2°. el *instinto de imitacion;* 3°. el *instinto de relacion;* 4°. el *instinto de reproduccion.*

El sabio fisiolojista Magendie distingue pasiones *animales* y pasiones *sociales.*

Escipion Pinel admite pasiones *viscerales* y pasiones *sociales;* y Marc las divide en *innatas* y *facticias* ó *adquiridas.*

En un tratado muy curioso *sobre las pasiones aplicadas á las bellas artes,* Mr. Delestre las divide en *escéntricas, concéntricas* y *concéntrico-escéntricas,* segun obran de dentro afuera, de fuera adentro, ó participando de ambos modos de accion.

Segun Gall, Spurzheim y otros frenolojistas, habria tantas pasiones como facultades primitivas: pero esos autores andan discordes en punto á la distincion y al número de tales facultades. Como sea, Spurzheim divide las facultades humanas en *afectivas* é *intelectuales;* y luego subdivide estos dos órdenes, el primero en *inclinaciones* y *sentimientos;* y el segundo en facultades *perceptivas* y facultades *reflectivas* (1).

Se ha querido tambien que admitiésemos: 1°. *instintos,* como espresion de deseos materiales y orgánicos; 2°. *pasiones* propiamente dichas, que corresponden á deseos morales, independientes de la voluntad; division tan errónea en fisiolojía como en moral, porque todas nuestras fun-

vidia, la *ira,* y la *pereza* son pecados del alma; la *gula* y la *lujuria* son pecados del cuerpo. La diferencia que hay entre ellos, segun San Gregorio, consiste en que «los pecados del espíritu son mas graves, mas culpables, y los de la carne importan en sí mayor infamia.»

(1) Division topográfica de Spurzheim:

ORDEN I. FACULTADES AFECTIVAS.=*Jénero* 1. *Inclinaciones*: A. Alimentividad. B. Amor á la vida.—1. Amatividad,—2. filojenitura,—3. habitatividad,—4. afeccionividad,—5. combatividad,—6. destructividad,—7. secretividad,—8. adquisividad,—9. constructividad: =*Jénero* 2. *Sentimientos:* 10. aprecio de sí mismo,—11. aprobatividad,—12. circunspeccion,—13. benevolencia,—14. veneracion,—15. firmeza,—16. concienciosidad,—17. esperanza,—18. maravillosidad,—19. idealidad,—20. alegría,—21. imitacion.

ORDEN II. FACULTADES INTELECTUALES. — *Jénero* 1. *Facultades perceptivas*: 22. individualidad,—23. configuracion,—24. estension,—25. pesadez, resistencia,—26. colorido,—27. localidad,—28. cálculo,—29. órden,—30. eventualidad,—31. tiempo,—32. tonos,—33. lenguaje.=*Jénero* 2. *Facultades reflectivas:* 34. comparacion,—35. causalidad.

ciones son esencialmente solidarias, y solo se ejercen mediante el conjunto de accion de un sér creado libre é intelijente.

Por último, un laborioso y célebre utopista de nuestros dias (Cárlos Fourier) distingue doce pasiones primitivas, que, segun su sistema, hacen al hombre sociable, le estimulan á las bellas acciones, y dan lugar á todas las maravillas de la industria. Las cinco primeras, llamadas *sensitivas*, porque provienen de nuestros sentidos, vienen á ser mas bien materiales que espirituales, y son las que desde luego escitan al hombre al trabajo y á la industria. Hay, al contrario, otras cuatro pasiones mas espirituales que materiales que forman la cadena de todos los vínculos sociales, y hacen vivir al hombre en sus semejantes mas que en sí mismo, y son el *amor*, la *amistad*, la *ambicion* y el *familismo:* las tres últimas, llamadas *distributivas*, son la *cabalista* ó espíritu de partido, la *mariposa* ó necesidad de variedad periódica, y la *compósita*, así denominada porque nace de la reunion de muchos placeres de los sentidos y del alma probados simultáneamente: de ella nace el entusiasmo, ó *arrebato ciego*, en los trabajos, en oposicion con el *arrebato reflexivo* de la cabalista, manantial precioso de las rivalidades emulativas. El uso de las pasiones distributivas es poner de acuerdo los resortes sensuales con los resortes afectuosos, y servir de base á todo el mecanismo de los grupos y de las series pasionadas. «Estas tres pasiones, tituladas vicios (dice Fourier), aunqu todo el mundo las idolatra, son realmente manantiales de vicios en civilizacion, en la cual no pueden operar sino sobre familias ó corporaciones. Dios las ha creado para operar sobre series de grupos contrapuestos; no tienden mas que á formar este órden, y no pueden producir sino mal, si se las aplica á un órden diferente. Cuando se conozca en sus pormenores el órden social á que Dios nos destina, se verá que esos supuestos vicios, la *cabalista*, la *mariposa* ó *alternante* y la *compósita*, serán tres prendas de virtud y de riqueza; que Dios ha sabido muy bien crear las pasiones tales cuales las exije la unidad social; que haria muy mal en cambiarlas por dar gusto á Séneca y á Platon; y que, al contrario, la razon humana debe esforzarse para descubrir un réjimen social que esté en afinidad con dichas pasiones. Ninguna teoría moral las variará jamás; y segun las reglas de la dualidad de remonte 27, intervendrán perpetuamente para conducirnos *al mal* en el estado fraccionado ó limbo social, y *al bien* en el estado societario ó trabajo seriario, que asegura el cabal desarrollo de las pasiones y de la atraccion.» Tal es el análisis del sistema pasional de Fourier, sistema cuyos maravillosos resultados no pretendo abonar. (Véase el *Traité de l'Association domestique et agricole)*.

Despues de esa larga nomenclatura, que atestigua los esfuerzos hechos para llegar á una clasificacion exacta de las pasiones, ciertamente me abs-

tendria de presentar otra nueva, si no hubiese merecido la aprobacion de algunos sabios, y si Mr. Casimiro Broussais no la hubiese adoptado ya en su *Hijiene moral.*

Teoría de las necesidades.

Todo sér organizado tiene necesidades: el animal y el vejetal tienen cada cual las suyas; y ¿quién se atreverá á afirmar que no las tenga tambien el mineral? En cuanto á las del hombre, se nos aparecen mucho mas numerosas que las de los demás seres, por el mero hecho de que en su organizacion se ven compendiadas todas las maravillas de los tres reinos. Dios no ha hecho cosa alguna inútil: luego la existencia de los órganos revela la existencia de funciones que tarde ó temprano han de entrar en ejercicio. Esto supuesto, siempre que nuestros aparatos se hallan en estado de funcionar, nos lo avisa cierta emocion, especie de voz interna que no es mas que la *necesidad;* verdadera potencia motriz del mecanismo individual como del mecanismo social. La necesidad anunciada enjendra pronto el deseo; el deseo la voluntad, y la voluntad la pasion, la cual, en último análisis, no es mas que un deseo inmoderado, ó, como hemos dicho, *la tiranía de una necesidad.*

Decir que las necesidades del hombre son muchísimas es venir á confesar que el hombre no es mas que un compuesto de pasiones. Las hay efectivamente en todo su sér; las hay, en cierto modo, en todos los repliegues de su alma como en el mas diminuto de sus órganos, porque, en virtud de la misteriosa union del alma con el cuerpo, el hombre está enteramente en cada una de sus facultades, así como en cada parte de sí mismo. Lícito sea á nuestra pobre razon el descomponerlo para estudiarlo mejor; pero tengamos entendido que siempre se mantiene esencialmente uno.

En fuerza de estas poderosas consideraciones, he creido poder referir todas las pasiones humanas á tres clases de necesidades:

1°. A las necesidades animales;
2°. A las necesidades sociales;
3°. A las necesidades intelectuales.

Sin duda que, en tésis jeneral, puede decirse que nuestras necesidades son buenas, puesto que Dios nos las ha dado; pero no se mantienen tales sino en cuanto nos limitamos á usarlas en bien y á dominarlas, en vez de que ellas nos dominen: de otra suerte, ya no deben considerarse sino como *pasiones.*

Las necesidades *animales* ó *inferiores* nos son comunes con los brutos, y son casi las únicas necesidades de la primera infancia del hombre, lo mismo que de la de los pueblos.

Las necesidades *sociales* son mas peculiares del hombre que de los animales, por mas que estos le den frecuentes lecciones de ardor en el trabajo, de afecto á sus dueños, y sobre todo de agradecimiento á sus bienhechores.

Las necesidades superiores ó *intelectuales* son casi esclusivo patrimonio del hombre, quien á menudo no las satisface (fuerza es confesarlo) mas que para ultrajar al mismo Dios que con tanta largueza se las deparó.

Es una verdad, y verdad cuya certeza es por desgracia fácil de conocer, que hasta en los paises mas civilizados se ve, aun hoy dia, que las masas obedecen antes á las necesidades inferiores que á las superiores, cual si el hombre no tuviese otra organizacion y otro destino que los irracionales. ¿De dónde nace este mal? De que una educacion completa y cuerdamente progresiva no se anticipa á dotar al hombre de cuerpo sano y robusto, de sentimientos jenerosos, de un entendimiento recto y cultivado; de que una educacion física, moral é intelectual á la vez, no le enseña á poner en armonía sus triples necesidades como animal, como sér social, como sér intelijente.

CLASIFICACION DE LAS NECESIDADES.

1. *Necesidades animales.*

Todas pueden referirse al amor de la vida y á su trasmision; en otros términos, al instinto de conservacion y al de reproduccion. Comprenden desde luego las necesidades, esencialmente fisiolójicas, *de calórico*, *de movimiento*, *de respiracion*, *de alimentacion*, *de exoneracion*. Estas primeras necesidades deben satisfacerse, so pena de ver cesar la vida. Dos voces interiores, el placer y el dolor, nos advierten si la satisfaccion es suficiente ó exajerada. Así es que la *templanza* deja en nosotros un sentimiento de bienestar y de libertad, mientras la *gula* y la *borracheza* nos castigan con el malestar y el embrutecimiento por haber traspasado los límites de la necesidad.

Vienen en seguida las necesidades instintivas de huir de lo que nos daña, de rechazar y destruir lo que nos hiere, de adquirir los objetos necesarios para alimentarnos, vestirnos y guarecernos. La falta ó el esceso de estas diversas necesidades enjendra el *miedo* ó la *temeridad*, la *apatía* ó la *cólera*, estremada hasta el homicidio.

Las necesidades que dependen del instinto de reproduccion son: el *amor sexual*, el *amor á la prole*, y el *amor á los lugares* donde uno ha recibido y dado la vida. Estas necesidades raras veces pecan por defecto; al contrario, el *onanismo* y la *lujuria*, la *ceguedad paterna*, el *fanatis-*

mo patriótico y la *nostaljia* son los frutos ordinarios de su estremado aumento de actividad.

Todas estas necesidades se han llamado *instintivas,* porque son eminentemente imperiosas, y porque nos arrastran ciegamente á actos nocivos, si la antorcha de la intelijencia no las alumbra y les señala la línea del deber.

2. *Necesidades sociales.*

La necesidad de afeccion, principio de la sociabilidad y del matrimonio, constituye verdaderamente el *amor,* cuando va unida con la necesidad jeneradora: completamente aislada de ella, es la *amistad.* Su falta absoluta hace al hombre frio, salvaje y egoista; su desarrollo escesivo le convierte en el mas desgraciado de los séres, por una susceptibilidad harto irritable, que dejenera en *zelos* cuando va unida á la desconfianza.

La *astucia* y la *circunspeccion* son útiles al hombre: por su medio se defiende de sus enemigos, sale de las posiciones mas árduas, y se proporciona recursos para lo venidero. Su esceso de actividad produce la *bellaquería,* la *pusilanimidad* y la *parcimonia,* hermana de la *avaricia.*

El *amor propio* ó *necesidad de aprobacion* nos hace sensibles al elojio y á la reprension, nos inspira el deseo de distinguirnos, y es tambien uno de los principales móviles de nuestra conducta social. Ceñido á sus justos límites, da nacimiento á la emulacion, aguijon de las almas bellas, manantial de las altas proezas y de las virtudes heróicas. Su defecto enjendra la *indolencia,* el *desaseo* y la *pereza;* su desarrollo escesivo produce la *vanidad* y la *ambicion* con todos sus matices, desde la *pasion por lo relumbrante y el lujo,* hasta la *sed inmoderada de la celebridad, de los honores* y *de las conquistas.*

El *aprecio de sí mismo* es una necesidad diferente del amor propio, con el cual se le ha confundido por mucho tiempo. Si es demasiado fuerte, exajera el sentimiento de nuestro valor personal, y nos hace *presumidos, altaneros, orgullosos,* siempre dispuestos á admirarnos á nosotros mismos y á creernos capaces de todo. Si es demasiado débil, nos deja caer en el *envilecimiento,* y no nos permite levantarnos de nuestras caidas. Su desarrollo normal y armónico se revela por una conducta habitualmente llena de dignidad y de miramientos: el verdadero mérito se respeta, pero no tiene *orgullo.*

El hombre necesita *firmeza,* y el grado de su firmeza indica el temple de su carácter. El *irresoluto,* que no sabe lo que quiere, y el *inconstante,* que ya no quiere hoy lo que queria ayer, han sido comparados á la veleta que jira á todos vientos. Por otra parte, la perseverancia en una re-

solucion debe tener sus límites: desde el momento en que el hombre advierte que se ha estraviado, no debe tener reparo en retroceder: la *terquedad* no es mas que la enerjía de los necios.

Justicia. — A esta necesidad eminentemente conservadora del órden social se refiere con mas especialidad la *conciencia*, especie de sentido moral, revelacion interior que nos hace conocer si nuestras acciones son buenas ó malas, á la manera que el placer y el dolor nos señalan lo que nos conviene ó lo que nos daña.

El espíritu de justicia, llevado al estremo, nos hace timoratos ó por demás severos; y su falta hace considerar el bien y el mal á un mismo nivel, y contribuye sobre todo á aumentar el número de los criminales que las han con las personas y las propiedades, desde el cazador furtivo hasta el conquistador, desde los simples rateros hasta los usurpadores ó altos ladrones de coronas é imperios.

Bondad.—Hay un sentimiento que nos hace compadecernos de las desgracias ajenas, y que nos mueve á aliviarlas: este sentimiento es la bondad, fuente de la *caridad cristiana*, y á veces de la *filantropía* ó *beneficencia administrativa*. Llevada al estremo, dejenera hasta en *debilidad*, y puede hacernos faltar al sagrado deber de la justicia. Su ausencia constituye la *sequedad de corazon*, el *egoismo* y la *maldad*. «Cuando Dios formó el corazon y las entrañas del hombre, dice Bossuet, puso primeramente en ellas la *bondad*, como el carácter propio de la naturaleza divina.»

5. *Necesidades intelectuales.*

Esperanza.—En los negocios de este mundo, el hombre que peca por falta de esperanza no concibe ningun proyecto, no entra en empresa alguna, ni medita ninguna de las altas concepciones del númen. Y al contrario, quien confia demasiado se entrega á locas especulaciones, á los *juegos de azar* y á todos los devaneos de la *ambicion*. Entre estos dos escollos se halla la prudencia, la cual, para no ver defraudadas sus esperanzas, no descuida ninguno de los elementos que pueden contribuir á realizar el buen éxito.

Pero el hombre no vive solo de la vida presente; el hombre necesita creer en un mundo mejor, en un mundo que no le lastime en su tránsito, y á él vuela en alas de la esperanza:

Fe, Esperanza y *Caridad;* tres necesidades que el cristianismo ha erijido en sus tres virtudes principales.

Las necesidades intelectuales, lo mismo que las animales y sociales, deben estar ceñidas á justos límites, si no se quiere verlas dejenerar en ver-

daderas pasiones. Así, la aficion á la poesía, á la música y á la pintura, á las ciencias filosóficas y matemáticas, si es muy estremada, podrá formar alguna vez hombres de talento superior, pero harto á menudo tambien entes evaporados, distraidos, soñadores habituales, y, por decirlo así, de ningun valor moral, porque siempre absortos en las concepciones de su imajinacion, en sus inspiraciones artísticas, en sus inducciones ó en sus interminables cálculos, descuidan sus propios intereses, los deberes de familia, y echan á perder su salud con un jénero de vida tan chocante como irregular. Hasta el mismo *órden*, si llega á escesivo, dejenera en una monomanía que simula á veces la avaricia: yo la he visto conducir al suicidio. Si su ausencia nos revela un hombre incompleto, un revolvedor, su esceso viene á ser para ciertas personas una necesidad tan imperiosa que el menor desarreglo, una mera falta de simetría, basta para ponerlas fuera de sí y llevarlas á los actos mas estravagantes. A la actividad de esta necesidad debe referirse la *manía de las colecciones*, manía tan arraigada en tiempo de La-Bruyere, y de la cual vemos todavía tipos curiosos, como el *bibliomano* que roba el Elzeviro que le falta, y el *aficionado á mariposas*, que abandona á su mujer y á sus hijos para irse á ultramar en busca de una especie que no posee: y todo porque sus ojos no podrian soportar el espantoso vacio que afea uno de sus cajones ó de sus armarios.

Hay una última necesidad, que emana á la vez del sentimiento y de la intelijencia, que sirve para regularizar todas las demás, y que las refiere á su divino Autor: tal es el sentimiento de la *veneracion*, de la *fe relijiosa*, cuya carencia absoluta constituye la indiferencia ó la *impiedad*, y cuyo esceso puede conducir á la *supersticion*, al *fanatismo*, á la locura.

Terminaré esta esposicion de mi teoría con las siguientes proposiciones que la resumen:

1°. Las necesidades animales pueden referirse á los *instintos*, las necesidades sociales á los *sentimientos*, y las necesidades intelectuales á las *facultades del espíritu*.

2°. A estas tres clases de necesidades corresponden tres clases de pasiones y tres clases de deberes: pasiones *animales*, pasiones *sociales* y pasiones *intelectuales*; deberes *animales* ó *fisiolójicos*, deberes *sociales* y deberes *intelectuales*.

3°. Nuestros deberes, lo mismo que nuestras necesidades, no siempre son simples; al contrario, se complican con mucha frecuencia; á menudo sucede tambien que se hallan en oposicion, y en este caso, se debe obedecer al mas noble.

4°. Todas nuestras necesidades son intrínsecamente buenas; nuestras pasiones son las únicas aviesas, porque todas son *necesidades pervertidas* que nos esclavizan.

5°. Para que nuestras necesidades se mantengan buenas, es menester que sean todas satisfechas de una manera armónica y dentro de los límites del deber; no siendo así, dejenerarán en pasiones.

6°. El límite que separa la necesidad de la pasion, el bien del mal, no es mas que una simple línea; y esta línea es la del deber. A derecha é izquierda hay dos abismos, tanto mas peligrosos en cuanto su pendiente es agradable y casi insensible. Una vez caido en el precipicio, en él se queda el cobarde; pero el hombre brioso se alza y consigue salir. Al caer acredita el hombre su flaqueza; al levantarse atestigua su virtud.

CAPITULO III.

DEL ASIENTO DE LAS PASIONES.

Si las pasiones tienen un sitio de residencia, este no puede ser esclusivamente en el alma ni en el cuerpo.

¿DÓNDE tienen su asiento las pasiones? En el alma, contestan los fisiólogos; en los órganos, afirman los partidarios del materialismo. Si limitando la cuestion, se pregunta á los médicos cuál es el *sitio orgánico* de las pasiones, los unos sostienen que es el nervio gran simpático, y otros que es el celebro (1).

Aquí, como en las mas de las cuestiones científicas, se encuentran dos

(1) Hay en el cuerpo humano dos especies de nervios: los unos provienen del centro cérebro-espinal, y son llamados por los fisiólogos *nervios de la vida animal, de la vida esterior ó de relacion;* y los otros pertenecen á la *vida orgánica*, á la *vida interior* ó de *nutricion*, y constituyen el sistema nervioso ganglionar, especie de celebro abdominal, llamado tambien *trisplánenico ó gran simpático*, porque hace simpatizar entre sí todas las vísceras por medio de numerosos filetes de comunicacion que les trasmite. Este nervio se distribuye principalmente por los órganos cuya accion no está sujeta al imperio de la voluntad, como el corazon, el estómago, los intestinos, el hígado, etc. Comunica con casi todos los nervios del celebro y con todos los de la medula espinal; sin el gran simpático no hay nutricion; sin el celebro no hay percepciones.

escuelas, ó, por mejor decir, dos campos enemigos, mas dispuestos á una guerra de esterminio, siempre funesta, que á una reunion benévola que los llevaria con mas presteza al sendero de la verdad. En cuanto á mí, que no milito bajo bandera alguna, he reunido, si no á los hombres, sus trabajos, sus escritos; he observado con detencion la luz que arrojaba el choque de sus opiniones, y, espectador atento, he creido, en esta cuestion fisiolójica, percibir la verdad con la cual no podian dar los distraidos combatientes. No pienso pues, con Bichat y otros célebres fisiólogos, que todas las pasiones sean únicamente del dominio de la vida interior, rejida por el sistema nervioso ganglionar. Tampoco creo, como Descartes, Gall, Spurzheim y Broussais, que tengan su esclusivo asiento en el celebro. La observacion, de acuerdo con el raciocinio, me ha conducido mas bien á admitir que las pasiones, que residen en todo el organismo, son trasmitidas del cuerpo al alma y del alma al cuerpo por medio de los dos sistemas nerviosos que simultáneamente conmueven, con la diferencia de que su contragolpe, si así puedo espresarme, se hace sentir con preferencia, ora en el centro cérebro-espinal, ora en el centro nervioso ganglionar.

Voy á desenvolver mi idea. El organismo no es solamente el conjunto de los aparatos que componen el cuerpo humano; por esta palabra debe entenderse el hombre vivo, es decir, todos los órganos unidos con el *arqui* director, con el principio vital, ó, mejor dicho, con el alma, que les trasmite á la vez el sentimiento y el movimiento por medio de cordones blanquizcos, de conductores medulares llamados *nervios*, y les hace concurrir de este modo á la armonía de todas nuestras funciones.

Esto supuesto, ¿cómo es posible que se pretenda hacernos creer que las pasiones residan esclusivamente en el alma ó en el cuerpo? ¿No son ambos necesariamente solidarios en nuestras necesidades, en nuestros deseos, y hasta en la menor de nuestras emociones? ¿No vemos todos los dias, por ejemplo, que el carácter de las personas mas blandas se vuelve irascible bajo la influencia del hambre ó del estado de enfermedad? ¿Y por ventura el hambre y la enfermedad no son á su vez notablemente modificadas por la pujanza de la voluntad, ó por la violencia de ciertas pasiones, señaladamente del amor, de la ambicion y de la avaricia?

No nos cansarémos de repetirlo: el hombre es esencialmente *uno:* verdad es que su vida se manifiesta por una multiplicidad infinita, pero ninguna de sus manifestaciones es *puramente física* ni *puramente moral*.

Probemos ahora que ninguno de los dos sistemas nerviosos tiene esclusivamente á su cargo el domicilio de las pasiones. Es cierto que, en la mujer sobre todo, el plexo solar (1) se resiente, mucho mas que los ner-

(1) El anatomista Willis ha dado este nombre á una red nerviosa, de forma

vios de la vida de relacion, del sacudimiento morboso que ocasionan las pasiones: mas ¿porqué pretender que el corazon, primitivamente conmovido por este plexo, reaccione siempre sobre el celebro por medio del nervio del octavo par ó pneumo-gástrico? ¿No puede decirse con igual verdad que las pasiones obran primariamente sobre el celebro, el cual las hace irradiar en seguida al corazon por medio de los ramos nerviosos que acabamos de mencionar?

Convenimos en que cada una de estas opiniones puede ser victoriosamente sostenida en un caso dado, pero no en todos. Lo mismo dirémos del asiento patolójico de la locura, de la melancolia, de la hipocondría, que no es constantemente el celebro, ni son las visceras, sino ora estas, ora aquel, como de ello han podido convencerse los prácticos que han abierto muchos cadáveres sin estar dominados por ningun espíritu de sistema. Con efecto, en ciertos enajenados se encuentra, despues de la muerte, una atrofía cerebral que coincide ordinariamente con un espesamiento notable de los huesos del cráneo. En otros muchos no se observa ningun vestijio de lesion encefálica, pero se encuentran dejeneraciones en el hígado ó en el bazo, tumores escirrosos en el estómago, muchas ulceraciones en los intestinos, varices en el mesenterio, ó un desarrollo anormal del plexo solar y de los plexos secundarios que de él dependen. Mr. Esquirol ha hecho ver que de 742 mujeres locas, 72 habian perdido la razon á consecuencia del parto. La locura, en este caso, no es idiopática, sino á todas luces sintomática, y ordinariamente debida á una neurósis útero-cerebral, causada por la sobre-escitacion del sistema nervioso uterino que llega á hacerse sentir con demasiada violencia sobre el encéfalo. Y la prueba de que el punto de partida de la enfermedad está en el útero, la hallarémos en que tal especie de enajenacion mental es sin disputa la mas curable de todas, si se sabe dirijir el tratamiento mas bien sobre la matriz que sobre el celebro. Sabido es tambien que los antojos, la irascibilidad de carácter, el miedo escesivo y la enajenacion que se observan en las mujeres embarazadas, desaparecen casi siempre despues del parto. Y si las pasiones ó necesidades inmoderadas no son, en último resultado, mas

radiante, situada sobre la aorta y los pilares del diafragma, y cuyos ramos se estienden por todo el aparato intestinal. He hallado este plexo sumamente desarrollado en casi todos los individuos que habian esperimentado violentas pasiones, y sobre todo pasiones tristes. Por otra parte, las personas en quienes el sistema nervioso ganglionar ofrece igual desarrollo, son sin disputa las que se muestran mas impresionables. Este predominio nervioso viene á ser pues simultaneamente causa y efecto; y así es que predispone al miedo, á la par que el miedo lo aumenta.

que simples grados de locura, el mero raciocinio debiera haber hecho presentir ya que su asiento podia igualmente variar.

Establezcamos pues: 1°. que las pasiones están esparcidas por todo el organismo; 2°. que su asiento orgánico reside en los conductores de la sensibilidad, y por consiguiente en el conjunto del sistema nervioso, puesto que el árbol cérebro-espinal y el trispláncnico se enlazan, se anastomosan y simpatizan por medio de innumerables filetes que forman de ellos una especie de cadena eléctrica; 3°. en fin, que la conmocion producida por las pasiones va á retumbar con preferencia en los aparatos predominantes ó en los órganos que se hallan en estado morboso.

El bondadoso y modesto Andrieux me dijo un dia: « He tratado en mi vida un gran número de asuntos en prosa y en verso; y los mejor escritos han sido siempre los que he compuesto trabajando de aquí (me señalaba el epigastrio): todo lo que venia de la cabeza era quizás mas correcto, pero demasiado frio. ¿Podriais, señor médico, darme la razon fisiolójica de tal diferencia? — La razon es, dijele desde luego, que *los grandes pensamientos vienen del corazon.* — Muy bien, repuso con viveza. Vauvenargues se habia acordado sin duda del paraje de Quintiliano, que dice: *Pectus est quod disertos facit.* Mas, ¿porqué nos hace elocuentes antes el corazon que el celebro? — No creo, repliqué, que el corazon solo haga al hombre elocuente; y así es que Quintiliano añade *et vis mentis*, resto de cita que vos olvidais, mi querido maestro. Sin duda que es imposible espresar movimiento alguno patético, á no estar el corazon mas ó menos conmovido; pero, ¿de dónde viene primitivamente esta emocion? Del celebro, de esa brillante facultad intelectual que consiste en crear imájenes, las cuales van á reproducirse inmediatamente en las entrañas. En esta especie de corriente electro-magnética, el corazon, órgano central de la circulacion, reacciona á su vez sobre el celebro, y entónces la espresion del pensamiento surje mas fácil, mas animada, mas verdadera, porque lleva el sello completo del sentimiento, de la pasion real ó facticia bajo cuya influencia se escribe. Así, materialmente hablando, cuando *se trabaja de cabeza*, el escritor está mas calmoso, tiene las ideas mas claras, raciocina mejor; y cuando *trabaja de entrañas*, se halla mas conmovido, mas apasionado, siente mejor (1). En el primer caso, se convence; en el segundo

(1) Despues de un trabajo escesivo, los matemáticos sienten por lo comun la cabeza caliente y pesada; los literatos esperimentan mas bien cierto espasmo en la rejion epigástrica, espasmo tanto mas pronunciado cuanto mayor calor han puesto en su composicion. Hase notado tambien que el éxtasis y todos los casos de exaltacion intelectual, caracterizados por una elocuencia superior al talento y medios habituales de un individuo, dependen casi siempre de un espasmo de los órganos jenitales, cuya irritacion trasciende fuertemente al encé-

se persuade, se arrastra al lector ó al auditorio. El buen escritor, el hábil orador es el que sabe convencer y persuadir á la vez : *Pectus est quod disertos facit et vis mentis.* En resúmen, al celebro corresponde la intelijencia, al corazon el sentimiento, y á entrambos juntos la verdadera y sólida elocuencia. »

CAPITULO IV.

CAUSAS DE LAS PASIONES.

Influencia de las diferentes edades,—de los sexos,—de los climas,—de la temperatura y de las estaciones, — del alimento, de las disposiciones hereditarias y de la lactancia,—de los temperamentos ó constituciones,—de las enfermedades,—de la menstruacion y de la preñez,—de la posicion social y de las profesiones,—de la educacion, del hábito y del ejemplo, — del gran mundo, de la soledad y de la vida campestre, — de la irrelijion, — de los espectáculos y de las novelas,—de las diversas formas de gobierno,—de la imajinacion.

Las causas de las pasiones deben buscarse, primero en la constitucion hereditaria de cada individuo, y luego en la atmósfera física y moral que le rodea.

No bastaria todo un volúmen para enumerar con toda su estension las infinitas causas que favorecen ó determinan la invasion de las pasiones (1); y por tanto me limitaré á revistar sucintamente las principales. Ese estudio, tan curioso como delicado, hará ver cómo la organizacion y el carácter del hombre son modificados por la doble atmósfera física y moral que le circunda. Pero antes de entrar en materia, bueno será advertir que esas diversas causas no obran jamás de un modo completamen-

falo. Curé, hace algunos años, una catalepsia estática que dependia de la misma causa.

(1) Las causas de las pasiones, lo mismo que las de las enfermedades, son *predisponentes* ó *determinantes*, con recíproco cambio, es decir, que las predisponentes pueden hacerse determinantes, y viceversa.

te aislado, y que por lo mismo, conviene guardarse mucho de atribuir esclusivamente á cada una de ellas la influencia compuesta que ha debido ejercer su resultante.

Influencia de las diferentes edades.

Le temps qui change tout, change aussi nos humeurs;
Chaque âge a ses plaisirs, son esprit et ses mœurs (1),

ha dicho Boileau, repitiendo á Horacio y á los mas de los antiguos moralistas. Con efecto, cuatro pasiones dominantes se reparten, al parecer, la vida del hombre: *la gula en la infancia,—el amor en la juventud,—la ambicion en la virilidad,—y la avaricia en la vejez.* Indaguemos las causas fisiolójicas de esas diversas predisposiciones que se han notado siempre inherentes á las cuatro edades principales de la vida.

Quiso, en su prevision, el Criador que el instinto de conservacion atendiese principalmente á favorecer el desarrollo físico del infante recien nacido; y así es que la existencia de la delicada criatura no pasa de una vida vejetativa, repartida entre la nutricion y el sueño. En el recien nacido, las dijestiones son rápidas y las secreciones abundantes: de ahí la necesidad de reparar las fuerzas solicitando con frecuencia el apetito; el estómago no puede mantenerse inactivo, y por poco que le dejen estar desocupado, con gritos de cólera hace reclamar imperiosamente el alimento que le es necesario. Pronto los objetos cercanos vienen á llamar á su vez la movediza atencion del infante; en medio de sus impresiones, tan rápidas como tumultuosas, alarga sus manecitas, todo quiere llevarlo á la boca, así como mas adelante todo querrá romperlo. A fines del primer año, todavía es el instinto de conservacion el que en él escita los arrebatos de zelos á que se entrega con mas frecuencia de lo que se cree; sobre todo cuando su nodriza le quita el pecho para darlo á otro infante, es cuando se le ven contraerse las facciones y pugnar con sus débiles brazos por apartar al importuno que va á disputarle el manantial de donde brota para él la vida. Sin embargo, de cinco á siete años, los celos pueden provenir, tanto de la necesidad de afeccion como de la de nutricion, y en tal edad, se ve harto á menudo que aquella pasion camina sordamente, y reviste desde su nacimiento un carácter crónico: entónces las desgraciadas criaturas que de ella están poseidas se vuelven tristes y morosas, pierden

(1) Voluble el tiempo aun nuestros jenios cambia:
Cada edad tiene el suyo, y gustos nuevos.

Trad. de Arriaza.

el apetito, aman los sitios retirados y oscuros, aborrecen los juegos y las diversiones de su edad. Desaparece la frescura de su tez; marchítase su piel; caen en el marasmo, y, segun verémos en otra parte, la muerte viene lentamente á terminar aquella negra melancolía, cuya causa muchas veces ni los mismos padres adivinan.

La cólera y el miedo, recursos de los séres débiles, se notan tambien con mucha frecuencia en las criaturas; pero repito que su pasion mas fuerte es la gula, móvil que desgraciadamente vemos emplear sin discernimiento para dirijir cualquiera de sus acciones.

A ese primer período de la vida en que predomina el sistema nervioso ganglionar, sucede la adolescencia, época de transicion que nos conduce á la juventud. Esta estacion de turjescencia, durante la cual todas las funciones se llenan de cierta superabundancia de actividad, se distingue habitualmente por la afluencia de las pasiones escéntricas, y sobre todo del amor. El jóven se entrega con furor á todos los placeres, cual si tuviese empeño en apurar prematuramente su copa; ardiente y temerario, nada halla imposible; las grandes empresas lisonjean sus esperanzas; los obstáculos sirven de estímulo á su arrojo, y en medio del peligro, vésele correr á la muerte que arrostra con fogosa y desinteresada intrepidez. Vanidoso y colérico, revélase contra la censura; la menor ofensa es á sus ojos grave insulto; severo, pero solo con los defectos ajenos, insolente con sus antagonistas, lleno sobre todo de su insignificante saber, corta con tono afirmativo las mas árduas cuestiones. Lleno, por otra parte, de desinterés y jenerosidad, raras veces consulta su interés personal; raras veces tambien apela á la astucia, y si por acaso comete alguna accion culpable, pronto lo siente en lo íntimo de su alma. Nadie mas sensible que él á las desgracias de sus semejantes: toma siempre parte en favor del oprimido, y álzase fácilmente contra el poder que juzga tiránico: con todo, gran partidario de la igualdad, parece que solo quiere la igualdad con sus superiores. Pero entre todas sus necesidades físicas y morales, la mas activa é imperiosa es sin contradiccion el amor, que en él tiende de continuo á desbordarse, lo mismo que el aparato sanguíneo que predomina en su volcánica organizacion.

Cuando el arrebato de la juventud, despues de haber gastado el esceso de vida, ha reducido la sensibilidad á justas proporciones, vese ordinariamente aparecer la prudencia, cual la calma tras la tempestad. En esta época de equilibrio y madurez, los arrebatos del amor son reemplazados por las delicias de la amistad; entónces desaparece la loca prodigalidad para ceder al frio cálculo: ya no son obedecidos ciegamente los primeros impulsos del corazon; ya se reflexiona, se evitan los pasos falsos, se meditan con detencion los designios, se consultan ante todo las ventajas pro

pias y las de una familia que pronto desearémos establecer debidamente. Entónces el hombre se vuelve ambicioso; corre tras la fortuna, los empleos y los honores, y para alcanzarlos, no vacila en apelar á la astucia y la intriga. Durante la edad madura, sus hábitos empiezan á volverse sedentarios; hace treguas con los disgustos de la ambicion mediante los placeres de la mesa; colocado entre el jóven y el viejo, reprende las prodigalidades del uno y desprecia la parcimonia del otro.

La fria vejez, en tanto, trae insensiblemente la deterioracion de nuestros órganos por la atrofía y solidificacion de nuestros tejidos. En esa triste estacion, en ese invierno de la vida, las funciones fallecientes conservan apenas las fuerzas necesarias para su ejercicio; todos los rodajes de la máquina se descomponen; las sensaciones se vuelven obtusas; el oido, sobre todo, y la vista, esperimentan una perversion que basta para hacer al viejo moroso y suspicaz. Por un efecto debido tambien al instinto de conservacion, el infeliz, á medida que se siente deteriorado, se aferra cada dia mas á la endeble existencia que le queda. Pero entónces, lo mismo que los niños y los enfermos, se vuelve egoista, y concentra en sí mismo casi todas sus afecciones. No es que se vuelva de todo punto indiferente á las desgracias ajenas, sino que por una rápida é involuntaria concentracion sobre sí mismo, las mira como parte de las que á él le están reservadas, ó bien las pone en cotejo con las propias, y encuentra estas mucho mas insoportables. Por último, triste, dolorido, inquieto por su porvenir, y dominado principalmente por la circunspeccion, economiza y atesora, á espensas no pocas veces de sus primeras necesidades, para un tiempo remoto que probablemente no alcanzarán á ver sus ojos (1).

(1) Concluirémos estas reflexiones sobre la influencia de las edades, traslادando algunos documentos estadísticos, relativos al número y á la naturaleza de los crímenes cometidos por las diferentes edades.

De 7.858 acusados, presentados ante los tribunales del crímen (*cours d'assises*) durante el año 1839, 78 tenian menos de 16 años; 1.227 de 16 á 21 años; 1.360 de 21 á 25; 1.443 de 25 á 30; 1.070 de 30 á 35; 880 de 35 á 40; 1.074 de 40 á 50; 484 de 50 á 60; 198 de 60 á 70; 41 de 70 á 80; y 3 eran octajenarios.

Así pues, sobre un número medio de 100 acusados, se encuentra que 34 tenian menos de 25 años; 32 de 25 á 35; 34 tenian mas de 35 años. En 1838, las proporciones eran: 34, 31 y 35; y cada año se reproducen á corta diferencia con admirable regularidad.

Las personas de edad avanzada cometen proporcionalmente menos crímenes contra las propiedades. Así, sobre 100 acusados de mas de 60 años, 34 eran procesados por crímenes contra las personas, y 66 por crímenes contra las propiedades. Estas proporciones son de 29 y 71 para los acusados de 40 á 60 años; de 23 y 77 para los de menos de 21 años. (Véase el *Compte général de l'administration de la justice criminelle en France, pendant l'année* 1839).

Influencia de los sexos.

Si bien el hombre y la mujer difieren mucho, así en la parte moral como en la física, semejante diferencia es casi insensible durante los diez primeros años de la vida. Ambos sexos esperimentan entónces las mismas necesidades, y manifiestan igual ardor por los juegos de su edad: ambos presentan todavía igual blandura de tejidos, igual flexibilidad de miembros, igual continente, igual traza, igual timbre de voz. Con todo, si se les observa con atencion, se verá que el niño es mas vivaracho, mas turbulento, mas destructor, mas entero en sus voluntades; y la niña es mas blanda, mas tímida, mas presumida ya. El primero, movido en cierto modo por el instinto del combate, camina con mas seguridad, blandiendo fieramente su sable ó atronando la casa con su caja de tambor; y la segunda, cual si por inspiracion supiese su destino maternal, preludia á sus futuras funciones vistiendo con arte á su querida muñeca, objeto de sus mas tiernos cuidados. Diríase que desde tal edad, compartiéndose el imperio del mundo, se reserva el hombre la fuerza y la gloria, y deja á la mujer la debilidad y el amor.

En la época de la pubertad, donde quiera mas precoz en la mujer que en el hombre, este último se distingue luego por una estructura robusta, músculos marcados y vigorosos, piel áspera y velluda, voz grave y fuerte. La mujer, ese sér débil, al contrario, conserva siempre algo de la constitucion infantil; sus miembros pierden poco de su primitiva blandura; su piel se mantiene fina y trasparente; un tejido celular abundante redondea graciosamente sus formas; una sangre rica circula con mayor actividad por sus venas; sus nervios tienen mas volúmen, pero no son tan fuertes como los del hombre; su sistema locomotor está menos desarrollado, su aparato dijestivo es menos voluminoso y menos irritable. Estas diferencias en la constitucion física corresponden exactamente á las que se hallan en los atributos morales de los dos sexos: asi jeneralmente hablando, el hombre resiste mejor la fatiga; la mujer soporta mas el dolor. Y ¿no era justo que nacida para sufrir mas, mas fácilmente tambien se acostumbrase al sufrimiento? Las penas leves, las meras contrariedades la irritan, es cierto; pero tambien las profundas amarguras la hallan casi siempre mas enérjica que el hombre. Las pasiones estremadas son todavía mas delirantes en la mujer que en el hombre, porque este vive mas bajo la influencia de su celebro, y por consiguiente de su voluntad, y la mujer bajo la influencia del sistema nervioso ganglionar, es decir, bajo el predominio del sentimiento, que no raciocina. Por otra parte, el hombre es intrépido, liberal y perseverante; la mujer es tímida, económica y veleidosa. El

hombre, fiando en su fuerza, es franco, imperioso y violento; la mujer es artificiosa, porque conoce su endeblez, curiosa, porque siempre teme, coqueta, porque tiene tambien necesidad de subyugar; se defiende con su lloro y ataca con sus hechizos. La pasion dominante en el hombre es la ambicion; en la mujer, es el amor. Este último sentimiento depende, en el hombre sobre todo, de la necesidad de los sentidos; y en la mujer, depende mas bien de una necesidad del corazon. Cuando en ella los sentidos hablan demasiado recio, vésela amar con furor; mas por esta misma causa dura poco su pasion: el amor materno es el único inagotable, el único que nunca envejece. La necesidad de alimento es mucho menos imperiosa en ella que en el sexo viril; la sensibilidad que predomina en su aparato dijestivo hace que le sea mas grata la alimentacion vejetal, al paso que el hombre prefiere la animal, que le vuelve mas robusto y mas adusto á un tiempo. La mujer come menos y dijiere mas pronto; así es que sus comidas en nada menoscaban la actividad de su cuerpo ni la de su espíritu. La presencia de nuevos platos sobreescita el apetito ya satisfecho del hombre; la mujer deja de comer luego que empieza á sentir la saciedad: es al propio tiempo una felicidad para ella el no satisfacer enteramente su hambre, para poder acallar mejor la de su esposo y la de sus hijos. El hombre siente mas la necesidad de bebidas espirituosas para reanimar sus fuerzas agotadas por la fatiga; la mujer, por su constitucion y por la índole de su trabajo, se halla menos inclinada á tales estimulantes; vésela no obstante á veces abusar de ellos por hábito; y entónces, como en todos sus demás estravíos, no tarda en perder todos los caractéres de su sexo. Asqueroso es sin duda el espectáculo que ofrece un hombre sumido en la borrachera; pero la mujer en el mismo estado es un objeto todavía mas asqueroso y que inspira el mas profundo hastío. Por último, á su sistema nervioso, mas sensible que consistente, debe sin disputa la mujer aquella finura de tacto y aquella penetracion de espíritu que le hace sentir rápidamente una infinidad de medias tintas que se ocultan al hombre; pero como esta esquisita percepcion se atiene principalmente á las últimas sensaciones, con facilidad le hace olvidar las primeras y le impide abrazar sus conexiones mútuas y el conjunto jeneral de todas ellas. así que, mas capaz de sentir que de raciocinar, sobresale en las obras en que predominan la gracia y el sentimiento, remontándose muy pocas veces á las concepciones del númen. En la última edad de la vida, el carácter del hombre y el de la mujer vuelven á asemejarse como el del viejo y del niño (1). La que un dia fué hermosa conserva todavía

(1) Las inclinaciones criminales, segun nota Mr. Guerry, se desarrollan mas pronto en el hombre que en la mujer. Comparativamente, adquieren en

geluna sombra de coquetería, mas ordinariamente inclina su necesidad de afeccion hácia el Dios de bondad y misericordia que no la abandonará jamás.

Influencia de los climas, de la temperatura y de las estaciones.

La influencia del clima sobre el carácter y las pasiones de los hombres es un hecho que no puede ponerse en duda, y que ha sido observado desde la mas remota antigüedad. Hipócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, etc., conocieron y proclamaron que el clima contribuye poderosamente á determinar la constitucion física y moral de los diferentes pueblos: Varron cita una obra de Eratóstenes, en la cual trataba este sabio de probar que el carácter de los hombres y la forma de su gobierno están subordinados á su distancia respectiva del sol; y por último, Montesquieu, entre los modernos, se ha complacido en rejuvenecer este sistema, del cual le miraba como á inventor el autor del *Contrato social.*

No es, sin embargo, tan poderosa esta influencia de clima que no se logre correjirla por los demás modificadores del organismo, y sobre todo por medio de la educacion. Tampoco debe perderse de vista que los climas están constituidos mas bien por la temperatura habitual de los lugares que

aquel mayor enerjía entre los 16 y 21 años. Y por otra parte se enflaquecen mas rápidamente que en la mujer, en especial despues de los 35 años. Sobre 1,000 crímenes cometidos por el hombre, se cuentan 19 para los que no llegan á 16 años; de 16 á 21 años, 169; y de 21 á 25 años, 162. Sobre igual número de crímenes cometidos por mujeres, no se encuentran, para las mismas edades respectivas, mas que las proporciones 14, 135, y 158. Pero desde los 25 años, y sobre todo de los 30 á los 50, el escedente es mas crecido para la mujer. Sobre 1.000 crímenes, se cuentan entónces sucesivamente para ella 185, 148, 117, 84 y 66; al paso que para el hombre no resultan mas que los números 182, 144, 91, 76, y 59. Pasados los 50 años, casi no hay diferencia alguna entre los dos sexos hasta el fin de la vida; es decir, que en un número igual de años, los hombres y las mujeres cometen una misma fraccion del número total de los crímenes de que se hacen culpables durante toda su existencia. (Véase *Essai sur la statistique morale de la France*).

Segun el *Compte géneral de la justice criminelle pendant l'année* 1839, los 7.858 acusados ante los tribunales criminales de Francia se dividen en 6.409 hombres y 1.449 mujeres: para estas últimas resulta la proporcion de 18 por 100. Esta proporcion era exactamente la misma en 1838, y es casi iuvariable todos los años.

De las 1.449 mujeres, 362 eran acusadas de crímenes contra las personas; y 1.087 de crímenes contra las propiedades. En la primera clase se cuentan 156 acusadas de infanticidio, 24 acusadas de envenenamiento, 10 de aborto voluntario; y en la segunda, 472 acusadas de robos domésticos.

por la diversidad de las latitudes: y así es que ciertos habitantes de las llanuras de un pais frio se parecen á los montañeses de un pais caliente, y viceversa. Como sea, los pueblos que habitan nuestro globo suelen clasificarse en pueblos *de paises cálidos, de paises frios,* y *de paises templados*: cada una de estas divisiones comprende 60 grados. «Segun esta division jeneral del mundo, dice el antiguo moralista Charron, difieren los naturales de los hombres en todas las cosas, así en cuerpo y espíritu, como en relijion y costumbres; así puede verse en el siguiente estado, porque los

Septentrionales.

«Son altos, gruesos, pituitosos, sanguíneos, blancos y rubios, sociables, de cútis blando y velludo, grandes comedores y bebedores, y robustos;

«Groseros, pesados, estúpidos, necios, fáciles, lijeros, inconstantes, poco relijiosos y devotos;

«Guerreadores, valientes, de mucha resistencia, castos, sin celos, crueles é inhumanos.

Medios.

«Son medianos y templados en todas estas cosas, como neutros, ó bien participan un poco de todos los estremos, y un poco mas de la rejion vecina.

Meridionales.

«Son pequeños, melancólicos, frios y secos, negros, solitarios, de voz delgada, de cútis duro, con poco pelo y crisposo, abstinentes, endebles;

«Injeniosos, sabios, prudentes, astutos, tercos;

«Supersticiosos, contemplativos;

«Poco guerreadores y cobardes, lascivos, celosos, crueles é inhumanos.

«De este discurso (sacado en gran parte de la *República* de Rodino, lib. 5, cap. 1) resulta que en jeneral los hombres del septentrion son mas aventajados en la parte corporal y tienen de su parte la fuerza; los del mediodía los mas aventajados en la parte mental y tienen en su favor la astucia; los del medio participan de todo, y en todo son templados.» (*De la Sagesse*, lib. 1, cap. 44)

La naturaleza, que en sus obras procede siempre por finísimas graduaciones, no está muchas veces de acuerdo con los hechos marcados que nos ofrece esta division, debida á uno solo de sus ajentes: pero basta aquí que los resultados jenerales sean exactos.

El aire, las aguas y las localidades han de tomarse asimismo en cuenta al apreciar la accion del clima. «El aire de Aténas, dice Ciceron, era vivo y puro, y por esto son vivos y hombres de injenio los Atenienses; el aire de Tébas es espeso, y por tanto son pesados y fuertes los Tebanos.» Por esto Platon daba gracias á los dioses de haberle hecho nacer ateniense, y no tebano. Plutarco hasta llega á observar que los habitantes de la ciudad alta de Aténas diferian mucho de los del Pireo. Y la historia, por otra parte, nos está atestiguando los cambios sobrevenidos en las costumbres de un mismo pueblo, y que á menudo una jeneracion difiere esencialmente de la que la ha precedido. ¿Quién osará pues achacar tales revoluciones al influjo esclusivo de la temperatura y el clima?

Los médicos de todas las épocas han comprobado tambien la accion de las estaciones en el desarrollo de ciertas enfermedades periódicas: de ahi la distincion de las enfermedades en *vernales, estivales, otoñales* ó *invernales*. Ni son menos constantes los efectos de las estaciones sobre el carácter y las pasiones. ¿Quién no ha reparado la suma ajitacion de los locos en primavera y otoño? ¿Qué práctico no ha observado cuanto influyen los repentinos cambios de la atmósfera, y sobre todo las tempestades, en lo físico y moral de las personas que viven bajo el predominio del sistema nervioso? ¿Quién ignora, en fin, que bajo la influencia de los calores de julio y agosto han tenido lugar los mas ruidosos acontecimientos políticos? (1)

Los trabajos estadísticos hechos de algunos años á esta parte sobre la criminalidad tienden á probar que, en Francia, el mayor número de atentados contra las personas son cometidos en estío; en invierno hay menos; en primavera y en otoño, el número es á corta diferencia el mismo. De todos estos crímenes, el atentado contra el pudor es el que mas evidente influjo recibe de las estaciones: sobre 100 crímenes de esta naturaleza, se cuentan 36 en estío, 25 en primavera, 21 en otoño, y en invierno 18, ó sea la mitad menos que en estío. Mas adelante, en el capítulo del suicidio, se verá cuál es el influjo de la temperatura sobre la frecuencia de este acto. En cuanto á los crímenes contra las propiedades, se presentan casi en órden inverso de los crímenes contra las personas, de suerte que á menudo el mínimo de unos coincide con el máximo de los otros.

Influencia de los alimentos.

En todos tiempos se ha estudiado mucho la influencia de la alimentacion en la salud; pero no se ha insistido tanto en las notables modifica-

(1) Véase la nota A, al fin del volúmen.

ciones que inducen los diversos alimentos en el desarrollo de los caractéres y de las pasiones. Está sin embargo bien probado que un réjimen animal esclusivo y el uso de las bebidas fermentadas dan violencia mayor á las pasiones; al paso que la dieta láctea, la vejetal, y la privacion de los mismos licores no tardan en embotar el aguijon de aquellas. A esta observacion, que fué hecha desde los primeros tiempos del mundo, deben su orijen las abstinencias y los ayunos prescritos por las varias relijiones. Los lejisladores llevaban un doble fin en disminuir la escitacion de los sistemas nervioso y sanguíneo: precaver en primer lugar las enfermedades á que predispone la continuacion de un mismo réjimen alimenticio, sobre todo cuando es demasiado estimulante; y en segundo lugar, hacer á los hombres mas pacíficos, mas blandos, mas sociables. Por esto la ley judaica prohibe el uso del cerdo, la ley mahometana el uso del vino, y el cristianismo, infinitamente menos riguroso que ciertas relijiones de la India, ordena dos dias por semana alimentos menos nutritivos, á la par que una abstinencia y un ayuno moderadísimos la víspera de las grandes festividades y durante los cuarenta dias que preceden á la época en que la naturaleza, saliendo de su entorpecimiento, se dispierta para entrar en fermentacion. Al ocuparnos en el tratamiento de las pasiones, verémos los ventajosos resultados que en muchísimos casos pueden sacarse de una alimentacion apropiada á lo físico como á lo moral de los individuos. Y desde ahora no vacilamos en establecer que si la medicina puede modificar y hasta cambiar la constitucion por medio de un réjimen largo tiempo seguido, puede tambien, á favor de igual medio, correjir las peores disposiciones, en particular, si empieza á combatirlas con tiempo. Tambien verémos cuanto contribuye la sobriedad al perfeccionamiento de la intelijencia, manteniendo la armonía de los órganos; y que con mucha razon ha sido mirada tal virtud como manantial de las demás, y como el mejor preservativo de casi todas las pasiones.

Influencia de las disposiciones hereditarias y de la lactancia.

Las pasiones, las enfermedades y la muerte forman una triple herencia que los padres trasmiten á los hijos á la par que la vida: ninguno de los hijos de Adan ha dejado ni dejará jamás de recojerla. ¿Será verdad pues que los hijos estén predispuestos á la misma clase de pasiones que los autores de sus dias? Hé aquí una cuestion que no titubeo en resolver por la afirmativa. El solo raciocinio me habia llevado ya á esta conclusion; y la observancia de un gran número de hechos no me ha dejado la menor duda sobre el particular. La cólera, el miedo, la envidia, los zelos, la lujuria (1), la gula y la borrachez son las pasiones cuya trasmision he-

(1) Ha sido harto á menudo comprobada la inclinacion de los *hijos naturales* á la lujuria.

reditaria he visto con mayor frecuencia, sobre todo cuando padre y madre estaban poseidos de ellas. Cuando entrambos esposos tienen inclinaciones de todo punto opuestas, sucede, en órden á los caractéres, lo mismo que se observa en las constituciones: los hijos no se parecen en nada á sus padres. Por ahí se esplica que el hijo de Cromwell fuese un Ricardo, de costumbres blandas y pacíficas que el de Carlomagno fuese un Luis el Benigno, y que en jeneral, los hijos de los hombres de talento no pasen mas allá de la medianía. Así, cuantas objeciones pudiesen hacerse contra la índole hereditaria de las inclinaeiones, de los impulsos y de las facultades, no tendrian valor alguno, sino en cuanto se atendiese á las disposiciones del padre y de la madre, no menos que á la educacion física, moral é intelectual que haya modificado al hijo. Importa observar por último que el carácter del sér procreante se propaga á jeneraciones enteras, y se manifiesta á menudo mas en los nietos que en los hijos propios; en otros términos, que los hijos se parecen física y moralmente mas á sus abuelos que á su padre y á su madre.

El influjo de la lactancia es otro hecho indudable. « Hace tiempo, dice Silvio, que he observado que los niños maman con la leche su temperamento lo mismo que sus inclinaciones, y que bajo este punto de vista, tanto participan de su nodriza como de su madre. » No les habia pasado por alto semejante observacion á los antiguos, tan hábiles observadores de la naturaleza; y téngola por harto poderosa para determinar á todas las madres á que crien á sus hijos, mientras no se sientan afectadas de alguna dolencia constitucional (1), ó de alguna pasion inveterada, doblemente trasmisible con su leche.

Cuando los padres se hallan en la triste necesidad de confiar sus hijos al cuidado de una estraña, no deben escojer esta al azar, como se hace diariamente, sino escojerla, previa consulta de un facultativo ilustrado que examine esmeradamente si su constitucion y su carácter pueden neutralizar, ó á lo menos contrabalancear las predisposiciones desagradables que lleve la criatura.

No dudo se me agradecerá que dé aquí el resúmen de las circunstancias físicas y morales de una buena nodriza, sacado en gran parte de la

(1) Entre estas enfermedades, las mas trasmisibles, por via de jeneracion como por via de lactancia, son las siguientes: el mal venéreo, las escrófulas, los herpes, la tísis pulmonar, las afecciones orgánicas del corazon, la parálisis, la epilepsia, la manía, la melancolía-suicida, la hipocondría, el histérico, la jaqueca, la gota, el mal de piedra, y por último, las diatesis escirrosa y cancerosa. Una madre afectada de esas enfermedades, y que se obstinase en querer criar, no haria mas que empeorar la constitucion morbosa de su hijo.

útil y concienzuda obra publicada por el doctor Maigne (1), con algunas observaciones propias fundadas en mi larga práctica.

Para que una nodriza sea buena debe reunir las condiciones siguientes:

1°. *Que sea jóven,* es decir, de 20 á 25 años. No os decidais por ella, si pasa de 30, á menos de que su rostro, su piel y sus pechos hayan conservado su frescura y lozanía, y los ojos toda su vivacidad.

2°. *Que goze habitualmente de buena salud y sea hija de padres sanos,* condiciones indispensables á causa de las enfermedades contajiosas ó hereditarias que puede trasmitir á la criatura (Véase en la nota última la enumeracion de esas enfermedades).

3°. *Que los miembros superiores é inferiores estén bien desarrollados, y el pecho suficientemente ancho.* — Unos miembros vigorosos son indicio de buenas vísceras. — Un talle medio es preferible á uno pequeño, y sobre todo á uno grande.

4°. *Que los pechos estén bien pronunciados, y bien formados los pezones.* — El volúmen del pecho no es siempre una garantía de abundancia de leche: para esto hay que atenerse al volúmen de la glándula mamaria. Esta glándula se halla mucho mas desarrollada en las morenas que en las rubias, y por tanto suelen ser las primeras mejores nodrizas: su leche es mas nutritiva y copiosa. — No admitais á la mujer cuyos pechos presenten cicatrices, indicio de que aquellos órganos han sido asiento de antiguas afecciones. — Desechad tambien á la que tuviese un bocio ó papera. — Por lo que toca al pezon, debe tener seis líneas de largo y ser del tamaño de la estremidad del dedo meñique: si es demasiado pequeño ó demasiado hundido, no puede ser embocado por la criatura, la cual, en este caso, se está desesperando y haciendo vanos esfuerzos.

5°. *Que tenga buena dentadura y aliento suave.* — El tener mala dentadura altera la salud por los dolores y fluxiones atroces que á menudo se sienten, hay además el inconveniente de que se mastica mal, y en consecuencia se dijiere imperfectamente; y por último, los alimentos se impregnan del mal olor de las caries, condiciones todas desfavorables para la secrecion de una buena leche. — La fetidez del aliento depende frecuentemente, lo mismo que la caries, de una afeccion crónica del pecho ó de las vias dijestivas. En el primer caso, la criatura aspiraria un aire viciado que pudiera serle funesto; y en el segundo, ¿cómo es posible que una mujer que dijiere mal tenga vitalidad bastante para nutrir á otro sér cuyo estómago se halla en accion incesante?

6°. *Que su leche no pase de cuatro á cinco meses.* — Una nodriza parida del mismo dia que nació la criatura seria la preferible en igualdad

(1) *Choix d'une nourrice;* Paris, 1837, en 8.°, segunda edicion.

de circunstancias. Pero como este caso es bastante raro, importa escojer aquella cuya leche sea mas jóven: una leche de cinco meses es vieja ya, porque tendrá diez y siete cuando la criatura tenga un año. Es una preocupacion el creer que una criatura nueva rejuvenezca una leche de diez á doce meses: para tener leche nueva es menester un nuevo parto.

7°. *Es tambien de la mayor importancia que la habitacion de la nodriza sea sana, que esté sobre todo bien aireada y en buena posicion.* —Una criatura es una planta delicada, que se marchita si se la priva del aire y del sol.

8°. *Por lo que hace á las cualidades morales de la nodriza,* que tanta influencia ejercen, así en la salud como en el futuro carácter de la criatura, procúrese ante todo que sus costumbres sean puras, que no sea propensa á la cólera, ni dada á las bebidas alcoólicas que la provocan. Sobre que estos vicios se trasmiten con la leche, he visto varios casos de criaturas muertas de convulsiones por haber tomado el pecho de sus nodrizas hallándose estas borrachas, ó poco despues de haberse entregado á un arrebato de cólera (1). — Es necesario tambien que la mujer que cria viva bien en su casa, que su marido sea sano, y que ella esté habitualmente alegre ó placentera. La que vive dominada por la tristeza, la impaciencia, el rencor ó los zelos (2), no puede ser buena nodriza, como tampoco lo será la que no ame á la criatura.

Bastante importancia se dará tambien á que la mujer á quien se va á confiar una criatura tenga cierto espíritu de órden y mucha limpieza, que esté un poco acomodada, que use buenos alimentos, y que no se vea obligada habitualmente á trabajos penosos que necesariamente menoscabarian su leche.

Es menester por fin que se pueda contar bastante con la prudencia y probidad de la nodriza para estar seguros de que *jamás* dará su pecho á otra criatura, y que dará inmediato aviso á los padres luego que se crea en cinta, ó que se sienta con una menstruacion copiosa mientras cria. En estos dos casos, y sobre todo en el primero, la leche deja de ser abundante; y si no llega á ser un veneno, como cree el vulgo, su cualidad se deteriora muchísimo. Es necesario entónces darse priesa en buscar una nueva ama de leche que reuna las circunstancias sobre las cuales acabamos de insistir.

(1) En el espacio de cuatro años, una jóven perdió súbitamente dos niños suyos y una criatura que crió, por haberles dado el pecho inmediatamente despues de un fuerte arrebato.

(2) Parmentier y Deyeux han observado que cuando obran fuertes pasiones de ánimo, el pecho no elabora mas que un flúido seroso, blanquizco é insípido, en vez de un líquido blanco, dulce y azucarado.

Influencia de los temperamentos, ó mas bien de las constituciones (1).

El cálido, el frio, el seco y el húmedo eran los elementos que los antiguos reconocian como principios constitutivos de nuestro cuerpo. Admitian tambien cuatro humores principales correspondientes á dichos elementos: la *sangre,* tenida por ellos como cálida y húmeda; la *bílis,* cálida y seca: la *pitúita*, fria y húmeda; la *melancolía* ó *atrabilis*, fria y seca. De ahí su division de los temperamentos en *sanguíneo, bilioso, pituitoso* ó *flemático* y *melancólico*. Designaban tambien, bajo el nombre de *temperamento templado,* aquel estado ideal en que todas las fuerzas de la economía se contrabalancean en términos de ofrecer la imájen del equilibrio mas cabal.

Hoy dia, que no se cree ya en los cuatro elementos de los antiguos, ni en sus cuatro humores, se ha dejado de limitar el número de los temperamentos, y se admite que el predominio de los principales aparatos orgánicos es el único que caracteriza las diferentes constituciones. Ahora añadirémos que si la accion de esos diversos aparatos es tan preponderante que se llegue á sentir notablemente embarazado el juego de las grandes funciones, deja entónces de haber constitucion alguna: lo que hay es verdadera enfermedad. Vamos á revistar los principales temperamentos, que en adelante apellidarémos siempre *constituciones*, y señalemos las predisposiciones morales que coinciden con cada uno de ellos. Estas predisposiciones, cuyo conocimiento es tan útil al majistrado, al sacerdote y al lejislador como al médico, no serán parte para que dejemos de estigmatizar el crímen y admirar la virtud; pero nos llevarán á adoptar por

(1) Malamente se sigue todavía, en lenguaje médico, empleando la voz *temperamento* para designar la constitucion de un individuo. Efectivamente, cuando se habla de un temperamento nervioso ó sanguíneo, se quiere designar el predominio del sistema nervioso ó del sistema sanguíneo sobre los demás sistemas: pero desde el instante en que hay predominio, deja de haber *temperamento*, voz que literalmente significa moderacion, mezcla, equilibrio, así como la voz *intemperancia* ó *destemplanza* designa un esceso cualquiera. Vale mas pues servirse de la palabra *constitucion*, como hacen algunos modernos. Para mayor exactitud todavía y para evitar las equivocaciones que podrian cometerse en las consultas médicas, deberia decirse: tal persona es de *constitucion robusta* ó *delicada*, *con predominio del aparato nervioso*, *dijestivo*, *locomotor*, etc., segun el que fuese. En cuanto á la *fuerza* ó robustez de la constitucion, pienso, con el profesor Rostan, que consiste, no en la enerjía de las contracciones musculares, sino en la facultad de resistir á las causas de las enfermedades y de destruccion: tal es la *robustezza* de los Italianos.

base de nuestros juicios aquella máxima eminentemente cristiana : *Severidad para consigo, induljencia para el prójimo.*

Constitucion en que predomina el aparato dijestivo (temperamento bilioso de los antiguos).

Que el predominio del aparato dijestivo esté mas ó menos dependiente de una organizacion particular del encéfalo, no quita que los individuos que viven bajo tal predominio presenten ciertas disposiciones morales é intelectuales casi tan constantes como los signos físicos que los distinguen. Estatura mediana, actitud fiera, fisonomía sumamente espresiva, ojos vivos y penetrantes, cejas pobladas, tez morena, cabellos mas ó menos negros, que suelen caer antes de la vejez, piel caliente y velluda, pulso duro y frecuente, venas subcutáneas muy marcadas, músculos pronunciados y dotados de gran fuerza de contraccion: tales son los caractéres esteriores del hombre que tiene una constitucion en la que prevalece el aparato dijestivo.

No menos marcados son los rasgos que caracterizan su parte moral. Su pasion dominante es la ambicion; ardoroso y lleno de esperanzas, mírasele destruir violentamente cuantos obstáculos se oponen á su elevacion; ó bien, profundamente hipócrita, encarámase furtivamente al poder, y en él se mantiene con soberana destreza. Si el deseo de gloria que devora su corazon se fija en las conquistas intelectuales, su juicio rápido penetra las profundidades de la ciencia; su atencion sostenida le hace descubrir las mas finas conexiones, y su imajinacion ardiente le hace capaz de adivinar la naturaleza ó de reproducirla con tanto calor como verdad. La pasion á que mas se inclinan, despues de la ambicion, los individuos de esta constitucion es sin disputa la cólera, que en ellos acaba ordinariamente por odio y venganza, bien así como la violencia de su amor suele dejenerar en los mas terribles zelos. El predominio orgánico, cuya influencia moral acabamos de ver, es sin contradiccion el que nos presenta mayor número de esos hombres que han asombrado al mundo con su talento, con sus virtudes ó con sus crímenes: tales eran Alejandro, César, Bruto, Mahoma, Richelieu, Cromwell, Cárlos XII, Pedro el Grande y Napoleon.

Constitucion en que predominan los aparatos de la circulacion y de la respiracion (temperamento sanguíneo).

Como los órganos esternos no son mas que la prominencia de los órganos internos, resulta que un corazon voluminoso y unos vastos pulmones se anuncian por medio de un pecho ancho, bien desarrollado y

medianamente provisto de gordura. Los individuos que viven bajo este doble é inseparable predominio tienen, por consiguiente, tez encarnada, fisonomía animada, respiracion fácil y espaciosa, pulso desarrollado, vivo y regular; piel blanca, halituosa y surcada por venas azuladas lijeramente prominentes; estatura aventajada; formas suaves, aunque bien marcadas; carnes consistentes, y cabellos rubios ó castaños.

En las personas llamadas biliosas, la susceptibilidad nerviosa es fuerte y duradera; en los sanguíneos, al contrario, es pronta y fugaz. Así es que afectados fácilmente por las impresiones que en ellos causan los objetos esteriores, con rapidez pasan de una idea á otra; su imajinacion es viva y brillante, pero su mente tiene poca consistencia ni alcanza á mucha profundidad. Dotados de una concepcion fácil y de una memoria mas pronta que fiel, son por lo mismo poco capaces de meditaciones profundas, ni suelen distinguirse por vasta erudicion. Son fogosos en sus gustos lo mismo que en sus placeres: el amor, la mesa, el juego, la caza y el lujo forman sus delicias; pero en todas sus pasiones se les ve mas ardorosos que constantes: ni las penas que con mas viveza les afectan dejan en ellos vestijios duraderos. Por último, picantes, alegres, buenos y afables, son en este mundo los mortales mas dichosos, porque son los mas descuidados, los mas veleidosos, los mas amables.

Constitucion en que predomina el sistema nervioso (temperamento nervioso).

Los individuos de esta constitucion tienen por lo jeneral el cuerpo delgado y largaruto, con miembros casi atrofiados, sobre los cuales los músculos aparecen como cuerdas. Su hígado es pálido y poco voluminoso, su piel seca y descolorida. El pulso es en ellos habitualmente débil, concentrado y filiforme, se acelera á la mas leve emocion, lo mismo que á la mas lijera variacion atmosférica; su apetito es corto y caprichoso, la dijestion lenta, penosa y á veces incompleta; las orinas claras, pálidas y frecuentes; el sueño turbado á menudo por los sueños mas quiméricos.

La vivacidad de sus sensaciones, la volubilidad de su lenguaje, la rapidez de sus jestos, la prontitud y veleidad sobre todo de sus determinaciones bastarian para calificar desde luego á un nervioso. Poco apto para los trabajos que exijen cierto gasto de fuerza muscular, esperimentan una fatiga estremada al menor ejercicio; pero, en compensacion, el desarrollo y la actividad de su sistema nervioso coincide con mucha intelijencia y una sensibilidad esquisita: sobresalen en las bellas artes y en casi todos los ramos de la literatura.

El amor es en ellos con toda preferencia una necesidad del corazon que sienten con ardor: el cariño es su vida: mas si dejan de amar con

ternura, pronto aborrecen con furor. Por último, su irritabilidad, no menos viva en lo moral que en lo físico, es su triste suerte en este mundo, donde la suma de dolores escede de mucho á la de placeres: así que, impacientes y celosos, porque son débiles; tristes y descontentadizos, porque padecen; inconstantes y fantásticos, porque siempre buscan una posicion mejor; esos séres, mas dignos de compasion que de censura, son rara vez felices, y hacen pesar sobre los demás la inquietud y la necesidad de emociones que los devoran.

Constitucion en que predomina el aparato de la locomocion (temperamento muscular ó atlético).

Si por medio de una educacion física oportunamente dirijida, ó por circunstancias fortúitas, los individuos en quienes predominan los aparatos circulatorio y respiratorio se dedican á trabajos que ejerciten mucho los órganos del movimiento, una sangre rica, sin cesar proyectada hácia el sistema muscular, aumentará luego su volúmen y enerjía. Y como por otra parte se necesitan huesos sólidos para formar puntos de apoyo que basten para músculos vigorosos, y ligamentos fuertes para unir las articulaciones, los sistemas óseo y fibroso adquirirán tambien un desarrollo proporcionado. La constitucion sanguínea, así modificada, podrá trasformarse en predominio muscular ó atlético. Este predominio, cuyo prototipo se ve en el Hércules de Farnesio, se distingue por caractéres bastante señalados. La cabeza es proporcionalmente pequeña, y la frente poco desarrollada; el cuello, al contrario, es voluminoso y robusto, sobre todo en la parte posterior; las espaldas, anchas y redondeadas, presentan eminencias y depresiones; el pecho se hace notable por su anchura y por el desarrollo de los músculos pectorales; los del dorso y de los lomos son tambien muy pronunciados, dejando en su intervalo un vasto surco en cuyo fondo se dibuja la columna espinal. Los puños, las rodillas y los tobillos, donde no se encuentran mas que ligamentos y tendones que aparecen en relieve debajo de la piel, son delgados en comparacion del resto de los miembros, sobre los cuales forman los músculos prominencias considerables. Los individuos de tal constitucion no tienen por lo jeneral alta estatura; su tejido celular es poco grasiento; su piel es dura y atezada.

Su sensibilidad es casi nula, y su intelijencia obtusa: la pujanza del aparato locomotor y la prodijiosa fuerza de que están dotados disminuyen al parecer otro tanto la actividad del sistema nervioso: así que su poca aptitud para los trabajos mentales se lee ya en su fisonomía, habitualmente impasible. Pacientes, y hasta mansos si se quiere, son difíciles de conmover: pero nada puede resistirles cuando han salido de su calma

habitual. Créese vulgarmente que son aptísimos para los placeres del amor; pero es una equivocacion, fundada quizás en la fabulosa paternidad de Hércules: en los alhameles, cuya constitucion mas se acerca á la de los atletas, nada particular se observa respecto de esa aptitud. Los órganos dijestivos sí que gozan de alta enerjía en esos hombres; y de sus filas han salido en todas épocas los mas célebres tragones. Tales fueron, en la antigüedad, Milon de Crotona y Vitelio: tal era, en nuestros dias, el granadero Tarare.

Constitucion en que predomina el aparato de la jeneracion.

Esta constitucion, que casi siempre coincide con un notable desarrollo del cerebelo (1), se encuentra mas particularmente en los sanguíneos puros y en los sanguíneos biliosos: obsérvase tambien con mas frecuencia en el habitante de las populosas ciudades que en los moradores del campo. Los individuos de esta constitucion son jeneralmente enjutos de cuerpo; tienen los miembros poco voluminosos, pero velludos; su barba es negra y cerrada, el mirar lascivo, la voz grave y sonora.

Los deseos eróticos que les persiguen, así en sueños como estando dispiertos, vienen á hacerse luego sobremanera exijentes, si no son satisfechos, precipitándolos en todos los estravíos del libertinaje. Conviene pues que se apliquen con sumo esmero á reprimir el ardor de una inclinacion, cuyos escesos enervan el cuerpo, embrutecen la intelijencia, y hacen olvidar todos los deberes por unos cortos instantes de placer.

Constitucion atónica con predominio del tejido celular (temperamento pituitoso de los antiguos, temperamento linfático de los modernos).

La superabundancia del tejido celular, junto con la inercia de todos los aparatos cuya sobreäctividad acabamos de estudiar, forma una última constitucion cuya influencia moral es sumamente notable.

(1) Los resultados de la castracion prueban de una manera incontestable la correlacion del cerebelo con los órganos jenitales. Con efecto, en los eunucos, quienes, como es sabido, conservan la cara lampiña y la voz mujeril, el cerebelo, detenido en su desarrollo, no llega mas que á escasas dimensiones, al paso que las adquiere regulares, si la operacion no se practicó hasta algun tiempo despues de la pubertad. Igual observacion se ha hecho en los animales domésticos que se mutilan para hacerlos mas dóciles, mas tiernos y gordos. Por otra parte se ha visto que ciertas conjestiones del cerebelo producian el priapismo, y que algunas lesiones de su sustancia determinaban inmediatamente la parálisis de los órganos jenitales. Los recientes esperimentos, que tienden á probar que el cerebelo es el regulador de los movimientos, no destruyen el hecho de la actividad de su influencia sobre la facultad jeneratriz.

Una gordura disforme, carnes blandas y abotagadas, piel lisa, descolorida, sin vello, ojos empañados y sin espresion, labios gruesos (sobre todo el superior), cabellos lisos, rubios ó cenicientos: tales son los indicios esteriores de la languidez de las grandes funciones. Con efecto, las personas que presentan esos caractéres tienen al mismo tiempo el pulso lento, blando, fácil de deprimir; la respiracion embarazada, la dijestion laboriosa, los movimientos tardíos y penosos, el sueño largo y profundo.

En la parte moral se nota la misma inercía: desmemoriados y obtusos, aunque dotados de cierta rectitud de juicio, no muestran aficion alguna á las artes y ciencias que forman el embeleso de la vida: tan insensibles al estímulo del amor como al de la gloria, gustan de empoltronarse y mantenerse solitarios en contínuo reposo: con dificultad entran en cólera, fácilmente se templan y con igual facilidad olvidan las injurias: blandos y bonachones, en fin, tanto por complexion como por hábito, no son accesibles al sumo gozo ni al dolor estremado, siendo á un tiempo tan incapaces de grandes vicios como de altas virtudes.

Constituciones mixtas.

Las diferentes constituciones cuyos caractéres físicos y cuyas influencias morales acabo de enumerar, se encuentran rara vez diseñadas de un modo tan marcado como el descrito. Nada mas comun que hallarlas combinadas de dos en dos, de tres en tres, y formando de este modo las *constituciones mixtas,* conocidas antes con los nombres de temperamentos sanguíneo-bilioso, bilioso-sanguíneo, bilioso-nervioso, etc. Es de notar además que como el hombre se halla de continuo modificado por todo lo que le rodea, su constitucion, no solo no puede mantenerse por largo tiempo la misma, sino que tambien puede esperimentar una metamórfo sis completa. Así, sin hablar de los notables cambios que inducen las edades, vaya un individuo puramente sanguíneo á habitar en paises cálidos, y pronto su constitucion se hará mas ó menos bilioso-sanguínea, ó tal vez enteramente biliosa: al contrario, more algun tiempo en un pais, ó solamente en un local frio, húmedo, poco aireado, y su cuerpo, saturado de los líquidos ambientes, esperimentará muy luego una disminucion notable en la actividad de los principales aparatos, y llegará quizás á marchitarse del todo, lo mismo que un vejetal que vive bajo la influencia de un aire nubloso. Lo repito, las constituciones simples y puras, cuyos tipos he señalado en este artículo, son rarísimas en comparacion de las constituciones mixtas que nos da la atmósfera física y moral en que vivimos.

Desde luego se alcanza que, en estas diversas combinaciones, el ca-

rácter de los individuos presentará matices que variarán en razon de la naturaleza de los componentes. Así, por ejemplo, si una constitucion nerviosa bien señalada se halla asociada con aquella en la cual domina fuertemente el aparato dijestivo, veráse como el sistema ganglionar, verdadero celebro abdominal, comunica á la intelijencia y á las pasiones una vivacidad, una enerjia y una terquedad con visos de tristeza morbosa, y, segun las circunstancias que tambien hacen á los hombres, nacerán de esa alianza tiranos suspicaces y vengativos, como Tiberio y Luis XI, ú hombres desdichados, apasionados por la independencia y la soledad, como el Taso, Pascal, Young, Gilbert, Zimmermann, J. J. Rousseau y lord Byron.

Influencia de las enfermedades.

La influencia de las enfermedades sobre la parte moral se enlaza muy naturalmente con la de las constituciones, las cuales son ya una predisposicion á enfermedades en cierto modo determinadas. Nótase en efecto que las personas que viven bajo el predominio del aparato dijestivo se ven mas particularmente afectadas de flegmasias del tubo intestinal y del hígado (1); sus enfermedades son graves, van acompañadas de delirio, y tienen gran tendencia á hacerse crónicas. Las personas sanguíneas esperimentan mas bien hemorrajias, inflamaciones sobre agudas del celebro y de los órganos torácicos. La hipertrofía del corazon es la enfermedad á que están mas espuestos.

Los hombres de constitucion atlética están dispuestos á todos los accidentes de la plétora, que favorece la conjestion de los órganos contenidos en las tres grandes cavidades. La resolucion de sus enfermedades es en jeneral muy difícil: esos colosos quedan luego abatidos, y resisten á un tratamiento debilitante mucho menos que otras personas al parecer mas endebles. En los individuos llamados linfáticos, las enfermedades revisten un carácter de languidez muy notable, y pasan casi todas al estado crónico: son especialmente frecuentísimas en ellos las ingurjitaciones glandulosas. Por último, la clase entera de las neurosas es la triste suerte de las personas en quienes el sistema nervioso está muy desarrollado y es por demás sensible: así que, cuando esta última constitucion se halla asociada con aquella en la que domina el aparato dijestivo, por poco que se afecte una de las vísceras abdominales, dejenera en lo que antes se llamaba *temperamento atrabiliario* ó *melancólico,* y que con razon se mira hoy como enfermedad hereditaria ó adquirida.

(1) *Ubi fluxus*, *ibi stimulus* es la recíproca de aquel otro aforismo no menos cierto, y de tan frecuente aplicacion en la práctica: *Ubi stimulus, ibi fluxus.*

Hemos estudiado los límites harto imperceptibles que separan la constitucion de la enfermedad: veamos ahora las diversas influencias que ejerce este último estado en el carácter de los individuos.

Las modificaciones morales que inducen las enfermedades difieren, segun estas sean agudas ó crónicas. Al principio de las primeras, y aun á veces algunos dias antes de la invasion, no es raro que se noten ya algunas señales de poca igualdad y acrimonia en el carácter; el entendimiento está perezoso; siéntese una tristeza vaga, cierto mal humor y una especie de desaliento; hay incapacidad para el trabajo y aun para los juegos que reclaman una atencion sostenida. Cuando el mal ha llegado á su mas alto grado de intensidad, la intelijencia se oscurece, las ideas se turban, y no es dable ya el compararlas: entónces sobre todo es cuando los padecimientos ponen al hombre triste, iracundo y regañon: á veces tambien callan las necesidades dominantes, y se anuncian otras que el enfermo nunca habia esperimentado. En ciertos casos, los sentidos se depravan, se embotan, ó bien adquieren una sensibilidad estraordinaria: así es que tal gustaba de esencias y aromas que ya las aborrece con hastío; el gloton se condena espontáneamente á la dieta mas rigurosa; y el músico se horripila al oir los sones armoniosos de su antes tan querido instrumento. Hácia la terminacion de las enfermedades agudas, el hombre disimulado revela á veces su secreto: el que aparentaba impiedad se vuelve devoto y hasta supersticioso; y el avaro á veces se decide á confiar á ajenas manos las llaves de su idolatrado tesoro. En las cercanías de la muerte, los sentidos, á la par que las facultades intelectuales, están casi anonadados, y difícil es determinar el estado moral del enfermo, de quien no queda ya mas que la armazon.

El efecto casi constante de las enfermedades crónicas es volver el carácter inquieto, sombrío, egoista é irascible (1). Su accion sobre la intelijencia me ha parecido mucho mas lenta, pero no menos notable que la de las enfermedades agudas. Algunos sujetos, sobre todo los nervoso-biliosos, conservan todavía en sus largos padecimientos toda la brillantez de su númen; solo que su palabra es menos acre, y sus composiciones aparecen de un tinte mas melancólico. En los mas de los enfermos, la imajinacion se vuelve pesada y la memoria se pierde, particularmente en ciertas afecciones cerebrales.

En los hombres, las enfermedades de las vias urinarias dan casi siempre lugar á la misantropía. Los que han sufrido una amputacion de los órganos jenitales suelen guardar cierto rencor al cirujano que les operó; y muchos cobran tambien aversion á la vida.

(1) Sabido es que Swift abandonó la casa de Pope, diciendo que *era imposible que dos amigos enfermos viviesen juntos.*

Las mujeres histéricas se hallan jeneralmente dispuestas á la impaciencia y al amor. A veces tambien las ulceraciones del cuello del útero determinan violentos deseos eróticos, en su principio y en el momento de su cicatrizacion. ¡ Tan cierto es que el placer y el dolor se confunden!

Los paralíticos sienten emociones por cualquier friolera: tienen constantemente el ojo lacrimoso.

Los hidrópicos, los reumáticos y los gotosos son casi todos intratables: la menor contrariedad, el mas leve movimiento comunicado á su cama ó su silla basta para determinar en ellos un arrebato de cólera.

Las personas afectadas de flegmasías, de ingurjitaciones ó de neuroses de los intestinos y de sus partes anejas son particularmente víctimas de un profundo mal humor, de una tristeza melancólica, de contínuos terrores, y se sienten muy inclinadas al odio y á la venganza. Exajeran sus dolores; están hablando de ellos sin cesar, y confian muy poco en su curacion; muchos he visto á quienes una sombría desesperacion ha llevado al suicidio.

El tísico, al contrario, no siente mas que una inquietud vaga, pronto desvanecida por sus ilusiones, por sus esperanzas, y por sus proyectos, tanto mas exajerados cuanto mas cerca está el término de su existencia. Exijente por otra parte en la eleccion de sus alimentos, complácese al parecer en pedir los mas caros, los mas raros, y sobre todo los que son propios de otra estacion. A la par inconstante en sus gustos y en sus afectos, desea variar de localidad, de vestidos, de enfermeros, de médico: vésele tambien á veces cobrar suma aficion á un estraño á quien apenas conoce, y aborrecer á sus padres ó á otras personas á las que debe mas cariño. En las enfermedades graves del corazon y del pericardio, los enfermos están de continuo ajitados por el miedo de la muerte; algunos cancerosos la desean (1), mientras que el tísico, sostenido por la esperanza, baja con esta al sepulcro.

Un desórden mas ó menos grave en la intelijencia es harto comunmente la triste suerte de los enfermos de imajinacion ardorosa y talento cultivado, como los poetas, literatos y artistas. Un autor antiguo decia: *Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiæ:* y en realidad, un gran talento es una predisposicion á la sobre escitacion del celebro, y por otra parte, raras veces se llega á ser hombre grande sin haber tenido por mucho tiempo una idea fija.

Ultimamente, y en contraposicion, obsérvase que algunas mujeres histéricas ó estáticas desarrollan, durante sus paroxismos, un talento, una elevacion de ideas, una elocuencia infinitamente superior á sus medios ha-

(1) El Dr. Pinel Grandchamp y yo hemos visto varios cancerosos que se han dejado operar, únicamente por la esperanza de sucumbir en la operacion ó de sus resultas.

bituales: pero esas iluminaciones súbitas y morbosas se estinguen siempre al recobro de la salud. Ese estado, que repetidísimas veces he tenido ocasion de observar, suele depender de un espasmo de los órganos jenitales, cuya irritacion trasciende vivamente al celebro. Hace doce años, un enfermo del *Hotel-Dieu*, que habia sido mordido por un perro rabioso, presentó el mas curioso desarrollo de intelijencia. En sus accesos de hidrofobia, aquel hombre, que pertenecia á la ínfima clase del pueblo, y cuyos modales eran los mas ignobles, se hallaba de repente metamorfoseado en un personaje heróico, cuyas animadas improvisaciones podian servir de modelos de dignidad y pureza de estilo, á la par que de exactitud y brillantez de conceptos. Cuando describia, por ejemplo, la España, donde habia hecho la guerra en 1808, os hubierais imajinado escuchar á Buffon en las pájinas que mas elocuencia rebosan. Murió como César, envuelto en una toga romana que él mismo se habia arreglado con la sábana.

La ceguera y la sordez, principalmente cuando son de nacimiento, constituyen dos enfermedades graves, cuya influencia en lo moral no es menos evidente que en lo físico. Examinad, en efecto, á esos ciegos jóvenes, con la frente ya severa, con la fisonomía muda é impasible: mirad cuán lentos, cuán raros y cuán poco graciosos son sus jestos; mirad con cuánto temor y perplejidad se mueven. Sus brazos, siempre alargados hácia los obstáculos que suponen hallar delante de sí, les dan una actitud embarazada é incompatible con la carrera. En el juego, lo mismo que en el estudio, es bastante comun sorprenderlos completamente inmóviles: diríase que son uno de aquellos mármoles con el cual el cincel de un escultor personificó el Reposo.

Mirad, al contrario, á esos sorprendentes sordo-mudos, cuyos dedos parlantes han llegado á traducir el pensamiento con tanta exactitud como rapidez: ¡qué vivacidad á la vez, y cuánta atencion en el mirar! ¡cuánta movilidad en las facciones, y sobre todo en la boca! ¡qué petulancia en sus juegos y hasta en sus mas mínimos movimientos! parece que la ajitacion sea su estado normal y habitual: diríase que tienen horror al reposo.

No menos dignas de llamar nuestra atencion son las diferencias que presentan estas dos clases de séres en su carácter. Susceptibles, por mas que Diderot haya pretendido lo contrario, de sentimientos de relijion, de rubor y de humanidad, los ciegos son además profundamente agradecidos; pero sus emociones son mudas, y píntanse solo con una leve rubicundez que apenas se distingue en su grave fisonomía. La gratitud, mucho mas viva, pero mas fugaz, de los sordo-mudos se traduce instantáneamente en su rostro espresivo: en ellos sobre todo se realiza aquello de que el rostro es el espejo del alma. En unos y otros se nota mucha desconfianza, una voluntad tenaz, un gran fondo de orgullo, y por consiguiente una susceptibilidad muy irritable; pero estos últimos movimientos pasan

velozmente en el ciego, cuyo corazon conoce poco el odio y la venganza (1), al paso que el sordo-mudo ofendido guarda el rencor por mucho tiempo, aun despues de haber dado libre vado á su cólera.

Los primeros, mas castos, mas calmosos, mas amigos de la rectitud y de la equidad, respetan inviolablemente la propiedad ajena, y jamás tienen que comparecer ante la justicia de los hombres; pero desgraciadamente no es raro ver á los segundos, arrastrados por sus pasiones, comparecer ante los tribunales: parece que los unos viven mas por la intelijencia, y los otros por el sentimiento.

Los ciegos, dotados de escelente memoria, de sumo amor al órden, y de una atencion perseverante, cualidades que contribuyen mucho á la superioridad de su juicio, y jeneralmente muy estudiosos, manifiestan una aficion muy decidida á la enseñanza, en la cual se granjearon gran celebridad muchos de sus compañeros de infortunio. Así puede decirse que su intelijencia es muy superior á la de los sordo-mudos (2), y aun á la de muchos de los que tienen vista.

Por otra parte es muy raro que los ciegos se vean acometidos de la manía y del idiotismo, al paso que esta última afeccion acompaña con bastante frecuencia la sordera. Cítanse, por último, muchos ejemplos de lonjevidad entre los ciegos; y de los sordo-mudos, al contrario, pocos llegan á una edad avanzada.

«Pregúntase á veces, dice Mr. Dufau (3), qué suerte es preferible, la del sordo-mudo, ó la del ciego de nacimiento. Pronto estaria resuelta la cuestion, si los preguntantes se atuviesen á la opinion de los mismos que pertenecen á estas dos clases de desdichados. La Providencia es grande; cada una de ellas, resignada con su suerte, é igualmente incitada á sacar de ella el mejor partido posible, no quisiera trocarla con la condicion correspondiente: jamás he encontrado un ciego de nacimiento que hubiese querido renunciar á la palabra para recobrar la vista, ni un sordo-mudo de nacimiento que hubiese consentido en perder la vista para reconquistar la facultad del habla. Por lo demás, esto se alcanza fácilmente: cada clase daria una facultad conocida por otra que no sabe lo que es, y

(1) David Hume cuenta que el improvisador escocés Blacklock se vengaba ordinariamente de los ataques injustos por medio de un epígrama, que echaba al fuego pocos instantes despues: el despecho inspiraba al poeta, pero la bondad del ciego embotaba el dardo que hubiera podido lastimar á su enemigo.

(2) Los Massieu, los Clerc, los Berthier, los Lenoir, los Plantin, los Georges, los Bertrand, los Chomel, los Schultz y los Benjamin son portentos, rarísimos por desgracia.

(3) *Essai sur l'état physique, moral et intellectuel des aveugles-nés, avec un nouveau plan pour l'amélioration de leur condition sociale.* Paris, 1837: escelente obra coronada por la Sociedad de la moral cristiana.

sacrificaria una ventaja real, cuya importancia puede apreciar, para obtener una compensacion de la que no tiene ideas claras.

«Mr. Rodenbach examina la cuestion con mucha imparcialidad en su interesante *Ojeada de un ciego sobre los sordo-mudos*, y se pronuncia en definitiva por sus compañeros de infortunio. Para apoyar su dictámen, compendia los rasgos principales del carácter moral de los ciegos, y despues de haberlos contrapuesto á los de los sordo-mudos, termina diciendo: « Los ciegos están habitualmente alegres, y los sordo-mudos en jeneral tristes: luego la parte de los primeros, en lo que en este mundo se puede llamar felicidad, es mas considerable; luego su condicion es preferible. »

«A esta opinion de un distinguido ciego de nacimiento he querido oponer la de un sordo-mudo, distinguido tambien, y he rogado á Mr. Berthier, antiguo alumno, y hoy dia profesor del Instituto de Paris, se sirviese manifestarme su opinion sobre el particular. He aquí su respuesta; la copio textualmente:

« De todos los que hablan, no hay uno que yo sepa que no prefiriese antes ser sordo-mudo que ciego. Y en efecto, ¿cómo cabe dejar de enternecerse dolorosamente al echar una ojeada al esterior de un ciego? En vano revolotea en torno de sus labios la sonrisa, en vano brilla el encarnado en sus mejillas; el sentimiento va á sepultarse en el silencio de aquella fisonomía. Todo presenta en él la triste imájen de la tumba; su existencia se halla envuelta en eternas tinieblas; ni un rayo de luz puede atravesar aquellos párpados embotados. Es una víctima infeliz á quien la muerte acompaña en medio de los vivientes, y aun en medio de los mas intensos resplandores. El sordo-mudo, al contrario, disfruta, como todos los hombres, del brillo de los cielos, de los matices de las flores, de las nuevas riquezas de la campiña, y de lo que constituye en fin el embeleso de la naturaleza y de la vida. En él se ve el pensamiento como en un cristal trasparente; su fisonomía no es solo parlante, sino que lleva además estampado el sello de la dignidad humana. Su actitud es la de la independencia; sus ojos son el sentimiento en toda su delicadeza, en toda su enerjía, y hasta con mayor vivacidad que en el hombre que habla: es en fin el alma descubierta, desnuda, porque nosotros ignoramos el arte de disimular y disfrazar; en vano procuramos instruirnos, porque la naturaleza primitiva se mantiene mas tenaz en nosotros que en los que hablan. ¿Qué vista tendrá nunca bastante penetracion para descubrir en nosotros, al primer aspecto, la enfermedad que padecemos?

«El ciego necesitará siempre de lazarillo un niño ó un perro, y por apoyo un palo; el sordo-mudo no necesita lazarillo ni apoyo; puede bastarse á sí mismo y seguir su camino, sin un indispensable amigo, con quien sabe Dios si simpatizará. Si el ciego domina al que tiene vista, ¿qué

será este? un esclavo; y si lo contrario sucede, compadeced al ciego; porque es posible que al primer movimiento de contrariedad, se sienta abandonado en el borde de un precipicio. El sordo-mudo circula *enteramente solo* por nuestras calles, plazas y paseos; viaja *enteramente solo* por tierra y por mar. Su vista es escelente, porque sabido es que en cuanto falta un sentido, al momento adquieren los demás mayor enerjía y actividad. Aquella vista atisba sin cesar, espía el mas mínimo riesgo, y está á la vez en todas partes. El sordo-mudo puede sin riesgo frecuentar los lugares públicos: el sacudimiento de la tierra nos anuncia por otra parte que se acerca un carruaje, y no hay ejemplar de que un sordo-mudo haya sido atropellado jamás por esta causa.

«Si en un armonioso concierto no es el sordo-mudo tan feliz como el ciego, lo es mil veces mas en la escena del mundo. ¡Naturaleza! ¡qué pluma es capaz de describirte en toda tu belleza, en toda tu poesía! El ciego de nacimiento jamás podrá tener la menor idea de esta armonía que ninguna lengua, ni la del jesto siquiera, es capaz de pintar, de esa armonía, tan superior á la de la música como inferior es la obra del hombre á la obra de Dios.

«¿Trátase por ventura de considerar la cuestion bajo el aspecto social, y determinar si es el sordo-mudo ó el ciego quien mas útilmente puede servir á su patria? Si el sordo-mudo no puede sentarse en las cámaras de su pais, como Mr. Rodenbach, puede al menos ilustrarle con sus consejos, y trasmitirle reflexiones escritas cuyo rápido alarde no es encadenado por la falta de vista.

«Cuando el enemigo está á las puertas, el sordo-mudo puede disparar su fusil lo mismo que si hablase. Que haga otro tanto el ciego. ¿No seria posible que apuntase contra los suyos?

«El sordo-mudo puede salvar la vida á su semejante que se ahoga, ó que se ve amenazado de un incendio. ¿Cómo hará otro tanto el ciego que ni ve el rio que corre ni la casa que arde?

«¿Quiérese saber acaso quién posee mas medios de estender sus conocimientos? Si el ciego tiene sobre el sordo-mudo la ventaja de acrecentar el dominio de sus ideas por el oido, el cual le inicia en todos los pensamientos humanos, ¿no tiene el sordo-mudo casi esclusivamente para sí los libros, los manuscritos, las medallas y los cuadros, vastos archivos de los conocimientos acumulados por los siglos? Las artes liberales, la historia natural, la anatomía y la cirujía están vedadas al ciego; y no hay una sola ciencia, un solo arte, escepto la música, que no pueda adquirir el sordo-mudo.»

«Este trozo, añade Mr. Dufan, no menos curioso por su forma que por la fuente de donde emana, nos pone en camino de la verdad. En esta cuestion sucede lo que en otras muchas, es decir, que se la resuelve con

siderándola bajo los puntos de vista distintos y marcados que presenta. Hablemos claro pues: por lo que toca á la formacion de la razon y al desarrollo de la intelijencia, no hay cosa que reemplaze al lenguaje; mas por lo tocante á las relaciones sociales y á las necesidades de la vida positiva, no hay cosa tampoco que pueda reemplazar á la vista. Hace tiempo que los filósofos han notado esa conexion, esa especie de dependencia mútua entre el pensamiento y la palabra. El uno, en efecto, suscita y promueve la otra: se habla porque se piensa, y se piensa porque se habla. Y este principio aparece todavía mas de bulto cuando se comparan las dos condiciones anormales de que se trata. El ciego, dotado de la palabra, es decir, del medio de comunicar sus ideas, del medio mas sencillo, mas fecundo y mas acomodado al ejercicio y al desarrollo de las facultades intelectuales, me parece ser mas afine de nosotros, y me lo figuro mas propiamente allegado á la especie entera, cuyo atributo esencial y distintivo tiene. En este sentido pues, valdria mas ser ciego. Pero en esta sociedad donde se halla menos aislado, y con la cual puede identificarse mejor que el sordo-mudo, disfruta en grado muy inferior de la actividad de su sér; es en la sociedad un miembro infinitamente menos útil á sí y á los demás, y hé aquí una desventaja inmensa. Luego, si como hombre vale mas ser ciego, como ciudadano es preferible ser sordo-mudo. »

Espero se me disimulará el haberme estendido tanto acerca de dos clases de séres tan dignos de nuestro estudio y de nuestro interés. En la antigüedad pagana, lejisladores sin entrañas arrancaban del cuerpo social todo miembro enfermo, toda criatura que no fuese capaz de combatir un dia por la patria. En la sociedad cristiana, en la cual todos los hombres somos hermanos, y en la cual los padecimientos deben ir en compensacion de los goces, los mas desdichados son los que mas derecho tienen á un grande amor, á una entrañable caridad. Licurgo hubiera mandado á morir en el Taijeto á los desgraciados de quienes acabamos de hablar: un rey y un sacerdote franceses han concebido la noble idea de recojerlos, de adoptarlos; y hoy dia esos individuos, en otro tiempo tan miserables y privados de toda cultura intelectual, podrán, cuando los gobiernos lo juzguen conveniente (1), reconquistar su dignidad moral, participando de los progresos y de las ventajas de la civilizacion.

Influencia de la menstruacion y de la preñez.

Al instante en que el útero dispierta para entrar en ejercicio, prodúcese una reaccion simpática sobre todo el organismo de la mujer: su sa-

(1) En Francia no se cuentan mas que unos 20.000 ciegos de nacimiento y otros tantos sordo-mudos. Una vijésima parte apenas de este número recibe los beneficios de la instruccion primaria.

lud, sus enfermedades, su carácter, quedan desde entónces bajo una dependencia mas ó menos directa de aquella víscera. La primera aparicion de los menstruos y su cesacion completa son sin disputa los momentos en que mas señalada se presenta la influencia; y además, entre aquellas dos épocas, nótanse en la actividad del útero redoblamientos é intermitencias que coinciden con las modificaciones físicas y morales que imprime á la economía.

Si la pubertad favorece el desarrollo de las afecciones hereditarias, si una menstruacion difícil determina á veces el baile de San Vito, el histerismo, la catalepsia y otras neuroses, obsérvase tambien que estas enfermedades y otras mas ó menos rebeldes desaparecen en la misma época, y que intelijencias, hasta entónces muy limitadas, se desenvuelven regularmente luego que aquella funcion se establece con toda regularidad. Adviértese no obstante, en su primera aparicion, que las jóvenes se vuelven tristes y descuidadas, que se abandonan á dulces ensueños, ó que derraman á veces lágrimas involuntarias que calman momentáneamente su malestar y melancolía. Algunos mozos delicados é impresionables se hallan, en el momento de la pubertad, en un estado análogo, que los padres y los maestros ilustrados deben tomar en consideracion. Los primeros años que suceden á ese importante período de la vida ven desarrollar tambien en los dos sexos talentos prodijiosos: flores harto precoces, á las cuales no siguen mas que frutos abortados, esos pequeños portentos no pasan comunmente de grandes medianías: pero, como ya lo ha observado Cabanis, y como lo he observado yo mismo, esa exaltacion y esa caida climatéricas de la sensibilidad son mucho mas frecuentes en el sexo femenino que en el masculino.

En cada una de sus épocas menstruales están las mujeres mas ó menos sujetas á espasmos (1), á la tristeza, al mal humor, á la pereza y á la cólera; cualquier cosa las afecta vivamente; y así las personas que las rodean tienen que guardar con ellas los mayores miramientos, si quieren evitar los funestos resultados que producen, sobre todo en aquellos momentos, las vivas afecciones morales. Cierto es tambien que antes y despues de las evacuaciones periódicas, están mas dispuestas al acto jenerador y procrean mas fácilmente.

Durante la preñez, las mas de las mujeres se muestran escesivamente

(1) Los espasmos y las convulsiones dependen de un predominio anormal de los nervios sobre los músculos. La perversion de los movimientos involuntarios merece mas particularmente el nombre de *espasmo;* y se deberia reservar el de *convulsion* para la perversion de los movimientos que tienen por ajentes los músculos locomotores, es decir, los que están sujetos al imperio de la voluntad. En los espasmos predomina el sistema ganglionar; y en las convulsiones, el centro nervioso cérebro-espinal.

impresionables, irascibles y medrosas. El útero desenvuelve tambien simpáticamente en ellas gustos estravagantes, antojos (1), y una gran propension á los licores fuertes, de los cuales abusan á veces de una manera espantosa. Tambien esperimentan mayor ó menor debilitacion en la intelijencia: su juicio es menos seguro, su imajinacion mas movible, su voluntad mas veleidosa, mas caprichosa; se ha visto por fin que en algunas se desenvolvia una inclinacion momentánea á los zelos, al rencor, al suicidio y al asesinato: en tales casos, felizmente muy raros, se hallan en un verdadero estado de vesania, acompañado á veces de una aberracion de sentidos mas ó menos estraordinaria. ¿Cómo serian entónces esas infelices responsables de sus actos ante la justicia humana? Solo á Dios toca el derecho de juzgarlas.

Cuando las funciones del útero han cesado enteramente, cuando la mujer no es ya apta para ser madre, esperimenta una última modificacion que la asimila á la organizacion y al carácter del hombre. Su voz toma entónces mayor fuerza y un timbre mas varonil: el bozo de la mocedad, que se le distinguia apenas en el rostro, va adquiriendo imperceptiblemente una consistencia propia tan solo del otro sexo; su sensibilidad no es ya tan esquisita; sus gustos, sus sentimientos no son ya tan delicados; despojada en fin de aquella flor de hermosura que le granjeaba los obsequios de los hombres, da nueva direccion á sus ideas, y va á buscar un amor mas puro y menos transitorio en la relijion, en la cual encuentra abundantes consuelos y sublimes esperanzas.

Influencia de la posicion social y de las profesiones.

Al considerar el conjunto de la sociedad, nótanse desde luego cierto número de grupos cuyas trazas, cuyos gustos é inclinaciones son enteramente distintas, ó presentan al menos un sello particular que no permite confundirlos. Si, adelantando mas la observacion, se quiere dibujar de un solo rasgo la fisonomía moral de cada uno de dichos grupos, atendiendo solo á la pasion dominante que en todos descuella, nos verémos conducidos como por la mano á la siguiente clasificacion, que tiene por base el orgullo, sobre el cual, en efecto, descansa todo nuestro edificio social:

(1) Desígnanse con esta palabra los deseos que tienen ciertas mujeres, durante los primeros meses de la jestacion, de sustancias no empleadas como alimentos, por ejemplo, el yeso, el carbon, el cuero viejo, etc. Esa depravacion del apetito, descrita por los autores bajo los nombres de *pica* y de *malacia*, se observa con mas particularidad en las jóvenes cloróticas ú opiladas. Tambien se llaman *antojos* ciertas manchas ó señales que tienen las criaturas al nacer, y que el vulgo achaca á deseos no satisfechos, ó á terrores esperimentados por la madre en el curso del embarazo.

Los nobles.. . . .	Orgullo de la sangre.
Los poderosos... .	Orgullo del poder.
Los ricos.	Orgullo de la fortuna.
Los artesanos. . .	Orgullo industrial.
Los pobres.. . . .	Orgullo humillado.

Me limito á presentar esta nueva distribucion de la sociedad, dejando á nuestros moralistas el cuidado de detallar los rasgos distintivos de cada grupo.

De la nobleza.

«Nobleza, dice Charron, es una cualidad por todas partes no comun, pero estimable, introducida con gran razon y utilidad pública (1).

«Es diversa, diversamente tomada y entendida segun las naciones y los juicios: se conocen varias especies: segun la mas jeneral y comun opinion y costumbre, es una cualidad de raza. Aristóteles dice que es antigüedad de raza y de riqueza (2). Plutarco la llama virtud de raza, ἀρετὴ γένους (3), entendiendo cierta cualidad y hábito continuado en la raza. ¿Cuál es esa cualidad ó virtud? No todos convienen en decirlo, salvo en lo que tiene de útil para el público: porque para unos, y son los mas, es la militar, para otros tambien la política, la literaria de los sabios, la palatina (4) de los oficiales del príncipe: pero la militar lleva la ventaja; porque sobre los servicios que hace al público, como las demás, es penosa, fatigosa y arriesgada, y por tanto se hace mas digna y recomendable: así es que lleva entre nosotros, como por preeminencia, el honroso título de valor. Segun esta opinion pues, se necesita que en la nobleza verdadera y perfecta haya dos cosas: profesion de esta virtud y cualidad útil al público, que es como la forma; y la raza, como el sujeto y la materia, es decir, continuacion dilatada de esta cualidad por muchos grados y razas, y por tiempo inmemorial, de donde se les llama en nuestra jerga *jentiles*, es decir de raza, solar, familia, que de largo tiempo llevan el mismo nombre y se dedican á igual profesion. Por lo cual será verdadera y enteramente noble el que hace profesion singular de virtud pública, sirviendo bien á su príncipe y á su patria, habiendo nacido de padres y antepasados que hicieron lo mismo.

(1) Es lo mismo que dice Montaigne, *Essais*, l, 3, c. 5.

(2) Aristóteles no dice precisamente que la nobleza sea una antigüedad *de raza*, sino que es una antigüedad *de virtudes* y de riquezas. Véase *Política*, libro 4, c. 8; l. 5, c. 1.

(3) Estas dos palabras griegas, que Charron traduce antes de citarlas, y que atribuye á Plutarco, se hallan en Aristóteles, *Política*, l. 3, c. 13.

(4) *La de los oficiales del palacio del príncipe.*

« Hay algunos que separan estas dos cosas, y piensan que una de ellas sola basta para la nobleza, á saber, la virtud y cualidad sola, sin consideracion alguna á la raza y á los antepasados: es una nobleza personal y adquirida, y tomándola en rigor, cuesta arriba se hace que el salido de la casa de un jifero ó de un viñador sea tenido por noble, sean cuales fueren los servicios que pueda prestar al público (1). Sin embargo, esta es la opinion de muchas naciones, y señaladamente de los Turcos, menospreciadores de la nobleza de raza y de casa, no atendiendo mas que al valor militar personal y actual. La antigüedad de raza solo depende de la sangre y es puramente natural.

« Si comparamos estas dos noblezas imperfectas, la puramente natural es, bien mirado, la menor, aunque otros juzgan lo contrario, pero por ejemplo de una gran vanidad. La natural es una cualidad ajena y no propia:

. . . . Genus et proavos, et quæ non fecimus ipsi
Vix ea nostra puto (2).

«*Nemo vixit in gloriam nostram; nec quod ante nos fuit, nostrum est* (3). ¿Y hay por ventura cosa mas vana que el gloriarse de lo que no es propio de uno? La nobleza puede recaer en un hombre vicioso, perdido, mal criado y verdaderamente malvado. Tambien es la tal nobleza inútil á los demás, porque no entra en comunicacion ni en comercio, como entran la ciencia, la justicia, la bondad, la hermosura y las riquezas (4). Los que no tienen en sí otra cosa recomendable mas que esa nobleza de carne y sangre la hacen valer, la tienen siempre en la boca, hinchan de ella los carrillos y el corazon (quieren esplotar lo poco bueno que tienen): por estas señas se les conoce; esto es indicio de que no tienen nada mas, puesto que tanto y siempre insisten en ella. Pero esto es pura vanidad; toda su gloria les viene de mezquinos instrumentos, *ab utero, conceptu, partu* (5), y está sepultada bajo la tumba de los ascendientes. Así como los criminales perseguidos se acojen á los altares y á los sepulcros de los

(1) Tal es el dictámen de muchísimos filósofos antiguos, y entre otros, de Plutarco, quien quiere que solo se atienda á la virtud de un hombre cuando se trata de elevarle á alguna dignidad; que no se pregunte jamás de quien es hijo. Véase Plutarco, *Paralelo de Lisandro y de Sila.*

(2) «El linaje, los ascendientes, todo lo que no depende de nosotros mismos, apenas lo miro como nuestro.» (Ovid. *Metam.*, l. 13, fáb. 1, v. 140).

(3) « Nadie ha podido vivir para nuestra gloria; lo que fué antes de nosotros no es nuestro. » (Séneca, epíst. 44.)

(4) Sacado de Montaigne, l. 3, c. 5.

(5) «Del vientre de su madre, de la concepcion y del parto.» (Oseas, capítulo 9, v. 11.)

muertos, y antiguamente á las estátuas de los emperadores, así estos, destituidos de todo mérito y motivo de verdadero honor, apelan á la memoria y á los escudos de armas de sus mayores. ¿De qué le sirve á un ciego el que sus padres tuviesen buena vista, ó qué le vale á un tartamudo la elocuencia de su abuelo? Y sin embargo, esas jentes son ordinariamente orgullosas, altaneras, despreciadoras de las demás: *contemptor animus et superbia commune nobilitatis malum* (1).

« La nobleza personal y adquirida tiene condiciones diametralmente contrarias y todas buenas: es propia de su dueño; este es siempre digno de ella; y es al mismo tiempo útil á los demás. Hasta se puede decir que es mas antigua y mas rara que la natural; por ella empezó esta, y, en una palabra, es la verdadera que consiste en buenos y útiles efectos, no en sueños é imajinacion vana é inútil, procediendo del espíritu, y no de la sangre, la cual no es por cierto distinta de la sangre de los demás hombres.

« Pero muchas veces y perfectamente van juntas: la nobleza natural es una predisposicion y un motivo para la personal: las cosas se encaminan fácilmente á su principio natural. Como la nobleza natural ha tomado su principio y su sér de la personal, así vuelve y conduce á los suyos á ella.

« *Hoc unum in nobilitate bonum, ut nobilibus imposita necessitudo ne à majorum virtute degenerent* (2). Sentirse nacido de jente de bien y que merecieron aplausos del público, es un estímulo y un podoroso aguijon para los bellos actos de virtud: siempre es cosa fea estraviarse y desmentir la casta (3).

« La nobleza dada y otorgada por beneficio y rescripto del príncipe, si va sola, es vergonzosa, y mas bien vituperable que honorífica; es una nobleza en pergamino, comprada por dinero ó por favor, y no con san-

(1) « El desden y el orgullo son los defectos ordinarios de los nobles. » (Salustio, *Bellum Jugurth.*, 64.)

(2) « Si algo hay de bueno en la nobleza, es el imponer á los que nacen nobles la obligacion de no dejenerar de la virtud de sus antepasados. »

(3) « Sin duda, dice el elocuente obispo de Clermont, que un alto nacimiento es una prerogativa ilustre, á la cual el consentimiento de todas las naciones ha dispensado en todos tiempos distinciones de honor y homenaje; pero no es mas que un título, no es una virtud; es un compromiso é incentivo para la gloria, pero no da gloria; es una leccion doméstica y un motivo honorable de grandeza, pero no es lo que nos hace grandes; es una sucesion de honor y de mérito, pero falta y se estingue en nosotros desde el momento en que heredamos un nombre sin heredar las virtudes que le hicieron ilustre. Entónces empezamos, por decirlo así, una nueva raza; nos constituimos hombres nuevos; la nobleza no es ya sino para nuestro nombre, y la villanía para nuestra persona.»
(Massillon, *Petit-Carême.*)

gre, como debia ser: si es otorgada por el mérito y por los servicios notables, entónces se considera ya como personal y adquirida, segun hemos dicho.» (Carron, *De la Sagesse*, l. 1, cap. 61).

De los grandes señores y de los altos empleados.

«*Gran señor* es una espresion cuya realidad no se encuentra ya mas que en la historia. Un gran señor era un hombre súbdito por su nacimiento, grande por sí mismo, y sujeto á las leyes; pero bastante poderoso para no obedecer sino libremente, lo cual hacia que un gran señor se volviese á menudo un rebelde contra el soberano, y un tirano para los demás súbditos: ya no hay grandes señores.

«Si á uno le ocurriese hacer hoy la lista de aquellos á quienes se da, ó que se atribuyen el título de señor, poco le costaria saber por quien ha de comenzarla, pero seria imposible marcar con precision donde debe concluir. Se llegaria hasta la clase de los artesanos sin haber distinguido un solo matiz de separacion. Todos los que van á Versalles creen ir á la corte y ser cortesanos.

«Los mas de los que pasan por señores no lo son, sino en la opinion del pueblo, el cual los mira sin acercarse á ellos. Herido de su brillo esterior, admíralos de lejos, sin saber que nada debe esperar de ellos, que nada tampoco tiene que temer de los mismos. El pueblo ignora que para ser sus amos, tienen ellos que constituirse pueblo en otra parte.

«Mas encumbrados que poderosos, un fasto ruinoso y casi necesario los pone de continuo en la precision de demandar gracias, y les imposibilita socorrer á un hombre de bien, por mas que lo quisiesen. Para esto debieran poner límites al lujo, y el lujo no admite otros que la impotencia de crecer: las necesidades son las únicas que se restrinjen para alimentar lo superfluo.

«Los depositarios de la autoridad no son precisamente los llamados señores. Estos se ven precisados á recurrir á los altos empleados, y á menudo necesitan mas de ellos que el pueblo, quien, condenado á la oscuridad, no tiene ocasion ni pretensiones de esperar. No es esto decir que no haya señores que tengan crédito; pero en este caso, débenlo solo á la consideracion que se han hecho, á los servicios prestados, á la necesidad que de ellos tiene el estado, ó á lo que de los mismos espera. Pero los grandes que no son mas que grandes, que no tienen poder ni crédito directo, tratan de participar de estos elementos por medio de los manejos, de la bajeza y de la intriga, carácter de la debilidad. Las dignidades, en fin, no atraen mas que respetos; los altos empleos son los únicos que dan poder. El crédito del mas encumbrado señor dista muchísimo del de un ministro el mas ínfimo, y aun á veces del de un primer oficial de mesa.» (Duclos, *Considérations sur les mœurs*, cap. 6)

El Rico.

«Giton tiene la tez fresca, es carilleno y le cuelgan las mejillas; tiene un mirar fijo y seguro, las espaldas anchas, la rejion estomacal elevada, el andar firme y deliberado: habla con confianza, hace repetir las cosas al que le dirije la palabra, y queda jeneralmente muy poco satisfecho de lo que se le dice: despliega un ancho pañuelo y se suena con estrépito; escupe muy lejos y estornuda muy recio; duerme de dia, duerme de noche, y siempre con sueño profundo: en las tertulias ronca. En la mesa y en el paseo, siempre ocupa mas espacio que otro: cuando pasea con otros, siempre ocupa el puesto del medio: cuando él se para, páranse sus compañeros; echa á andar y todos andan; todos se arreglan á su compás; interrumpe, corrije á los que llevan la palabra; pero á él no se le interrumpe, y se le escucha tanto como quiere hablar; su dictámen es siempre el mas atendido; las noticias que él cuenta siempre son creidas. Si se sienta, le veréis hundirse en una poltrona, cruzar las piernas, fruncir las cejas, calarse el sombrero hasta los ojos, ó quitárselo en seguida y descubrir la frente por orgullo y audacia. Está de buen humor, rie mucho, es impaciente, presumido, colérico, libertino, político, misterioso en órden á los asuntos del dia; créese con talento y agudeza. Es rico (1).»

(La Bruyere.)

El Pobre.

«Fedon tiene los ojos escavados, la tez morena, el cuerpo seco, y el rostro flaco: duerme poco, y con sueño muy lijero: está distraido, tiene ensueños, y, no obstante su talento, ofrece el aspecto de un estúpido: se olvida de decir lo que sabe, ó de hablar de sucesos que conoce, y si lo hace, lo echa á perder: cree hacerse pesado á aquellos á quienes habla: sus narraciones son cortas y frias: no se hace escuchar, nunca hace reir; aplaude y se sonrie al escuchar lo que le dicen los otros, y siempre es del dictámen de estos; corre, vuela para prestarles cualquier servicio; es complaciente, lisonjero, oficioso; es misterioso acerca de sus negocios, y á veces miente: es supersticioso, escrupuloso, tímido: camina blanda y lijeramente; parece que teme pisar la tierra; tiene siempre los ojos bajos, y no se atreve á mirar á los que pasan; nunca es del número de los que

(1) Hay todavía otro defecto ú otro vicio que La-Bruyere olvidó mencionar aquí, y es el egoismo de la opulencia, la frialdad con los desgraciados. Con efecto, harto á menudo se ve que la fortuna y el rango matan el corazon: y no es que en tal jerarquía la sensibilidad se estinga, sino que ordinariamente abandona las entrañas, y no se la encuentra mas que en los labios.

forman círculo para conversar; se pone detrás del que habla, recoje furtivamente lo que se dice, y si le miran, se escurre. No ocupa lugar, nunca tiene puesto; va con las espaldas encojidas y con el sombrero hundido por no ser visto: se repliega y empaqueta en la capa; no hay calle ni galería, por embarazada y llena de jente que esté, en la cual no encuentre él medio de pasar y escabullirse sin ser sentido. Si le dicen que se siente, apenas toca al borde de la silla; habla bajo en la conversacion y articula mal; libre, no obstante, en punto á negocios públicos, mal humorado contra el siglo, y medianamente prevenido contra los ministros y el ministerio (1), no abre la boca sino para responder; tose y se suena dentro del sombrero; casi escupe encima de sí mismo, y espera á estar solo para estornudar, ó si no puede, estornuda sin que casi nadie lo sienta: á nadie cuesta saludos ni cumplimientos. Es pobre. »

(Caractéres de La Bruyere.)

Los menestrales de Paris comparados con sus antepasados.

« Los emperadores no triunfaron jamás en Roma tan blanda, tan cómoda, ni tan seguramente contra el viento, la lluvia, el polvo y el sol, como sabe el menestral en Paris hacerse conducir por toda la ciudad. ¡Cuánta distancia de este uso al de la mula de sus antepasados! Ellos no sabian aun privarse de lo necesario para tener lo superfluo, ni preferir el fausto á lo provechoso; no se servian de bujías para alumbrado, ni se calentaban con un fuego lento; la cera no se empleaba sino en el altar y en el Louvre. No salian de una mala comida para subir en sus carrozas; persuadidos de que el hombre tenia las piernas para andar, caminaban á pié. Manteníanse limpios en tiempo seco, y en tiempo de humedad, echaban á perder su calzado, mirándose tan poco en atravesar las calles y las encrucijadas como los cazadores en atravesar un barbecho, ó los soldados en mojarse en una zanja; no se habia discurrido todavía eso de uncir dos hombres á una litera; y hasta muchos majistrados habia que iban á pie al tribunal ó al parlamento, lo mismo que en otros tiempo iba Augusto á pie al Capitolio. En aquella época, el estaño brillaba en las mesas y en los bufetes, como el hierro y el cobre en las cocinas: el oro y la plata estaban en los cofres. Las mujeres se hacian servir por mujeres; y estas servian tambien en la cocina. Los hermosos nombres de ayos y ayas no eran desconocidos á nuestros padres; ellos sabian á quien confiaban los hijos

(1) « Semper in civitate, quis opes nullæ sunt, bonis invident, malos extollunt; vetera odere, nova exoptant; odio suarum rerum mutari omnia studen; turba atque seditionibus sine cura aluntur, quoniam egestas facilè habetur sine damno. » (Sallust. *Catil.*, cap. 37).

de los reyes y de los mas altos príncipes; pero se compartian el servicio de sus domésticos con sus hijos, contentos de velar por sí é inmediatamente sobre su educacion. En todas cosas contaban consigo mismos; su gasto era proporcionado á sus ingresos: sus libreas, sus carruajes, sus muebles, su mesa, su casa urbana y su casa de campo, todo estaba medido en proporcion á sus rentas y á su estado. Habia entre ellos distinciones esteriores que no permitian confundir la mujer del causídico con la del majistrado, ó el lacayo con el caballero. Menos aplicados á disipar ó acrecer su patrimonio que á mantenerlo, lo dejaban íntegro á sus herederos, pasando así de una vida moderada á una muerte tranquila. No decian: *El tiempo está malo, la miseria es grande, el dinero escasea;* tenian menos que nosotros y tenian lo bastante; eran mas ricos con su economía y su modestia que con sus rentas y posesiones. Entónces, por último, estaban penetrados de la máxima de que lo que en los grandes es esplendor, suntuosidad y magnificencia, en los particulares es disipacion, locura, inepcia. » *(Caractéres de La Bruyére.)*

De las profesiones.

El estudio de las profesiones no es menos útil que el de las diferentes posiciones sociales que acabamos de revistar. Es, en efecto, imposible que nuestras ocupaciones diarias no tengan alguna influencia en nuestro carácter y en nuestras determinaciones morales.

Los patolojistas que han estudiado el influjo de las profesiones sobre el desarrollo de ciertas enfermedades han adoptado jeneralmente la clasificacion que sigue: 1°. *profesiones que no ejercitan mas que el espíritu;* 2°. *profesiones que no ejercitan mas que el cuerpo;* 3°. *profesiones que ejercitan á la vez cuerpo y espíritu.* Creo deber preferir aquí otra division menos sencilla, pero que tal vez descubre mejor á los hombres en las diversas posiciones, en las diferentes ocupaciones de la sociedad. En ella se ve cómo cada cual toma el aspecto, el tono, el lenguaje, las maneras y el espíritu de la clase á que pertenece. Son los miembros de un todo que representa el estado actual de nuestra civilizacion, y que manifiesta lo que el órden establecido nos ofrece todos los dias. Esta nueva clasificacion lleva sobre todo, á mi entender, la ventaja de agrupar á los individuos cuyas profesiones tienen entre sí alguna analojía.

TABLA DE LAS PROFESIONES.

Hombres del alma.	Sacerdotes.
Hombres del cuerpo..	Médicos.
Hombres de guerra.	Infantes. Caballeros. Marinos.
Hombres de leyes.	Escribanos. Procuradores. Jueces. Abogados. Alguaciles.
Hombres de letras y ciencias.	Filósofos. Historiadores. Poetas. Prosistas. Naturalistas. Matemáticos. Profesores, institutores.
Hombres que cultivan las artes.	Dibujantes. Pintores. Escultores. Grabadores. Arquitectos. Músicos. Cómicos. Maestros de escribir. — de baile. — de esgrima.
Hombres de comercio.	Banqueros. Ajentes de negocios. Negociantes. Fabricantes. Mercaderes.
Hombres de labor.	Agricultores. Obreros diversos.
Hombres de servitud.	Criados. Esclavos.
Hombres de administracion para el servicio de los administrados.	Altos funcionarios. Empleados superiores. — subalternos.
Hombres servidores y consejeros de los reyes.	Ministros.
Hombres servidores y padres de los pueblos.	Soberanos.

Me limitaré aquí á una simple enumeracion de las cualidades y de los defectos que mas particularmente se notan en las principales profesiones, añadiendo las ventajas y los inconvenientes mas marcados que ofrece cada una de ellas.

SACERDOTES.

Cualidades: Discrecion, castidad, caridad, instruccion.
Defectos: Ambicion, avaricia (1), golosina.
Ventajas: Salud, lonjevidad, pocos disgustos de familia.
Inconvenientes: Aislamiento, tiranía de las personas que les sirven, reacciones políticas.

MÉDICOS.

Cualidades. Humanidad, desinterés, valor (2), discrecion, instruccion.
Defectos. Irrelijion (4), envidia y zelos, gula, incontinencia.
Ventajas. Salud, consideracion, independencia política.
Inconvenientes. Fatiga contínua, esclavitud de la profesion, enfermedades epidémicas y contajiosas, ingratitud de los enfermos y del gobierno.

MILITARES.

Cualidades. Valor, lealtad, limpieza, órden.
Defectos. Libertinaje, intemperancia, pereza (4).

(1) Véase el discurso de Massillon *sobre la ambicion de los clérigos*; y el otro *sobre el uso de las rentas eclesiásticas.* Nótese, sin embargo, que estos dos defectos son infinitamente menos frecuentes en nuestros dias que en la época en que escribia el elocuente y severo obispo de Clermont.

(2) Entiendo hablar aquí del celo y de la sangre fria que muestran en las epidemias: en cuanto al valor que debieran manifestar en sus propias enfermedades, y sobre todo en las operaciones á que tal vez deban sujetarse, es cosa muy distinta: los médicos, en jeneral, son pésimos enfermos, y muy difíciles de cuidar. Los estudiantes en medicina y los médicos jóvenes se imajinan padecer todas las enfermedades que tienen la mas mínima relacion con la suya; y esto retarda muchas veces su curacion.

(3) Como en todas partes los estremos se tocan, se ha observado que si la profesion de médico contaba en sus filas á muchos incrédulos y hasta materialistas, habia dado tambien á la Iglesia un gran número de santos, y á la sociedad muchos hombres no menos notables por su piedad que por su saber. Entre estos últimos, baste citar los nombres de Fernel, Camerario, Baglivi, Newton, Leibnitz, Baillon, Boerhaave, Morgagni, Haller, Winslow, Bayle, Laennec y Jussieu (Véase la nota B, al fin del volúmen).

(4) Sobre todo en tiempo de paz.

Ventajas. Gloria, ascensos rápidos en tiempo de guerra.

Inconvenientes. Esclavitud disfrazada, heridas, muerte prematura.

CURIALES.

Cualidades. Lealtad, jenerosidad (1), espíritu de órden.

Defectos. Ambicion, concupiscencia, jactancia.

Ventajas. Triunfos indisputables, confraternidad, á lo menos aparente.

Inconvenientes. Locuacidad, muchas veces sin conviccion, enfermedades de la larinje y del pecho.

LITERATOS.

Cualidades. Humanidad, jenerosidad, afabilidad.

Defectos. Orgullo, envidia, maledicencia, venalidad, intemperancia, lujuria.

Ventajas. Placeres del entendimiento, independencia.

Inconvenientes. Crítica, enfermedades agudas y crónicas del celebro y de las vísceras contenidas en el abdómen, aumento de la irritabilidad natural de su carácter (2).

ARTISTAS.

Cualidades. Humanidad, jenerosidad, agradecimiento.

Defectos. Envidia, prodigalidad, intemperancia (3), vanidad, amor propio desmedido, falta de órden.

Ventajas. Celebridad adquirida ó en ciernes.

Inconvenientes. Crítica, irritabilidad escesiva, pasiones amorosas, afecciones celebrales, fin á menudo miserable.

NEGOCIANTES.

Cualidades. Asiduidad al trabajo, exactitud, sobriedad.

Defectos. Embuste continuo, dolo, avaricia.

Ventajas é inconvenientes. Variables segun la lotería industrial á que juegan.

(1) Principalmente cuando jóvenes. — Es lástima que los escribanos no se ocupen esclusivamente en los negocios de su profesion. En cuanto á los causídicos, puestos casi siempre entre su deber y su interés, son tan jeneralmente acusados de improbidad, como que hasta la Iglesia creyó honrar á San Ivo, asegurando que fué hombre de bien en el ejercicio de su profesion: *Advocatus et non latro, res miranda!* (Himno de la fiesta del santo).

(2) Se ha notado que en las profesiones literarias se encuentran proporcionalmente mas suicidas.

(3) La embriaguez es sobre todo el vicio habitual de los músicos ramplones.

LABRADORES.

Cualidades. Amor á la familia, laboriosidad, sobriedad.

Defectos. Astucia y desconfianza estremadas, rusticidad correjible por la instruccion.

Ventajas. Salud, alegría, lonjevidad.

Inconvenientes. Injurias del tiempo, accidentes desgraciados, afecciones reumáticas, sobre todo lumbago y neuraljia ciática.

ARTESANOS, JORNALEROS.

Cualidades. Amor paternal, confraternidad en los de un mismo ramo.

Defectos. Pereza, borrachera, libertinaje (1), cólera, imprevision.

Ventajas. Fuerza física, desarrollo de los sentidos ejercitados, alegría.

Inconvenientes. Mal ejemplo, falta de trabajo, vejez desdichada, predisposicion á ciertas enfermedades, variables segun la índole de sus trabajos.

SIRVIENTES.

Cualidades. A veces fidelidad, adhesion y economía, cuando sirven á buenos amos.

Defectos. Embuste, dolo, glotonería, ingratitud.

Ventajas. No tener que pensar en mañana.

Inconvenientes. Dependencia, humillaciones.

EMPLEADOS.

Cualidades. Orden, limpieza, puntualidad.

Defectos. Falta de urbanidad y de atencion con los administrados que les pagan, jactancia.

Ventajas. Ascensos, retiros.

Inconvenientes. Cesantias, reformas, injusticias en el escalafon.

(1) La embriaguez se nota mucho mas frecuente en ciertas clases de obreros que en otras : así es muy comun entre los impresores, los fundidores, los herreros, los sombrereros, los toneleros, los carpinteros, los pintores de edificios, etc., al paso que es muy rara entre los pizarreros, plomeros, trastejadores y albañiles. Véase el articulo *Borrachez.*

El libertinaje es muy comun sobre todo entre los sastres, los zapateros, las modistas, las costureras y las lavanderas: en estas últimas, la inmersion continua de las manos en el agua, y la posicion sentada en las otras, no deja de contribuir mucho á la sobre escitacion de los órganos jenitales. Véase el artículo *Lujuria.*

SOBERANOS.

Cualidades. Clemencia, lealtad.

Defectos. Orgullo, ambicion.

Ventajas. Derecho de gracia, honores públicos, riquezas que distribuir.

Inconvenientes. Adulacion, revoluciones, responsabilidad inmensa.

Terminaré este artículo con algunos documentos estadísticos sobre las profesiones :

ESTADO de 15.872 individuos acusados de crímenes durante los años 1838 y 1839, y clasificados por la naturaleza de sus profesiones.

PROFESION DE LOS ACUSADOS.	1838.	1839.	TOTAL.
I.			
Pastores y otros ocupados en cuidar los rebaños. .	77	103	180
Leñadores, carboneros, etc.	52	24	76
Cultivadores, labradores, jardineros, etc., de tierras propias.	362	390	752
——— de tierras ajenas.	1.602	1.536	3.138
Mineros, canteros y terraplenadores.	113	126	239
Jornaleros ocupados en faenas varias.	246	245	491
Criados de labranza ó dependientes de una esplotacion.	344	337	681
II.			
Obreros en.. madera, carpinteros, ebanistas. . .	454	525	979
Obreros en.. cuero y pieles de toda especie. . .	69	63	132
Cerrajeros.	74	59	133
Otros obreros. en hierro y otros metales. . .	257	268	525
Otros obreros. en hilo, lana, algodon y seda.. .	492	566	1.058
Otros obreros. en piedra: albañiles, trastejadores.	279	308	587
Otros obreros. en productos quím. de toda especie	14	3	17
Otros obreros. en tierra: tejeros, alfareros. . .	37	38	75
Otros obreros. vidrieros, pintores.	56	51	107
III.			
Panaderos, pasteleros.	90	74	164
Cortantes, choriceros.	71	63	134
Molineros.	117	121	238
IV.			
Sombrereros.	22	17	39
Zapateros.	158	178	336
Sastres, tapiceros, y otros trabajadores en estofas..	235	266	501
Peluqueros, barberos.	17	23	40
Lavanderos.	31	33	64
V.			
Ajentes de negocios y otras profesiones análogas. .	38	50	88
Mercaderes.	113	153	266
Comerciantes. establs. por mayor, banqueros...	53	37	90
Comerciantes. establs. al por menor.	198	176	374
Negociantes... sin establecimiento fijo, chalanes...	49	42	91
Dependientes.	67	77	144
VI.			
Mandaderos, faquines, aguadores, etc.	77	110	187
Marineros, bateleros, pescadores.	102	64	166
Carruajeros y carromateros.	173	168	341
VII.			
Posaderos, hostaleros, mesoneros, limonaderos. .	170	152	322
Criados de servicio personal.	581	617	1.198
Suma y sigue. . .	6,890	7,065	13.952

PROFESION DE LOS ACUSADOS.	1838.	1839.	TOTAL.
Suma anterior..	6.890	7.063	13.952
VIII.			
Comadronas.	12	5	17
Artistas (pintores, músicos, cómicos, etc.)	10	21	31
Pasantes, escribientes, impresores.	48	58	106
Estudiantes.	17	7	24
Funcionarios públicos, empleados.	53	42	95
Ajentes de la fuerza pública, guarda-bosques.	64	70	134
Institutores, profesores.	29	30	59
Militares y retirados.	84	81	165
Propietarios que viven de su patrimonio, renteros.	92	75	167
Escribanos, abogados, procuradores, médicos, literatos, sacerdotes, alguaciles.	39	51	90
IX.			
Contrabandistas.	58	26	84
Traperos..	28	25	53
Mendigos y vagabundos	306	123	429
Prostitutas..	42	36	78
Sin medios de vivir conocidos.	242	145	387
Totales.	8.014	7.858	15,872

La primera clase de profesiones, que comprende los individuos habitualmente ocupados en las labores rurales, es siempre la mas numerosa: presenta 5.557 acusados, y forma mas del tercio (34 p. $\frac{0}{0}$) del número total.

La segunda, ó sea, la de los obreros encargados de elaborar las materias primeras, madera, lana, hierro, algodon, etc., contiene 3.613 acusados (23 p. $\frac{0}{0}$ del número total).

En tercera línea viene la nona clase, ó sean los vagos y mendigos. Estos individuos forman un total de 1.031 (7 p. $\frac{0}{0}$ del número total.)

El resto de los acusados se reparte cada año de una manera bastante uniforme entre las demás clases.

De los 15.872 acusados, 8.884 trabajaban por cuenta ajena, 4.666 por su cuenta, y 2.322 vivian en el ocio.

La proporcion de los acusados de crímenes contra las personas con los acusados de crímenes contra las propiedades, en 1838, en la primera clase, era de 36 p. $\frac{0}{0}$: en la segunda, 26: en la tercera, 27: en la cuarta, 26: en la quinta, 16: en la sexta, 21: en la séptima, 14: en la octava, 40: en la nona, 14.—Estas proporciones variaron en 1839.

En el estado anterior, las mujeres acusadas que no tenian profesion han sido clasificadas por las de sus maridos.

CUADRO *comparativo de los suicidios y de los crímenes en Francia, atendidas las profesiones.*

			Suicidas.	Acusados.
1ª.	*Clase.*	Labradores, jornaleros.	30 p %.	36 p %.
2ª.	*Clase.*	Artesanos.	11	20
3ª.	*Clase.*	Panaderos, cortantes, chorizeros. . .	2	3
4ª.	*Clase.*	Sombrereros, sastres, lavanderos. . .	6	5
5ª.	*Clase.*	Negociantes.	5	6
6ª.	*Clase.*	Carruajeros, hombres de fatiga. . .	2	4
7ª.	*Clase.*	Mesoneros, criados.	7	9
8ª.	*Clase.*	Profesiones liberales.	21	5
9ª.	*Clase.*	Jente sin oficio, vagos.	16	12

En el *Rapport au roi* de 1836, del cual hemos sacado esté cuadro, se nota que la proporcion de los acusados de crímenes contra las personas era mayor en las 1ª. y 8ª. clases, es decir, entre los hombres dados á las abores del campo y los que ejercen profesiones liberales. Por una coincidencia notabilísima, y que debe llamar la atencion, se observa tambien que en las mismas dos clases son mas numerosos los suicidios. Sin embargo, para formar aqui un juicio acertado, convendria saber con exactitud el número de los individuos de que consta cada una de las nueve clases.

De la educacion, del hábito y del ejemplo.

Si las reglas de la hijiene hábilmente aplicadas á la educacion física de los niños les proporcionan una salud floreciente y miembros ájiles y vigorosos, no menos contribuirá á regularizar y poner en armonía sus necesidades instintivas, morales é intelectuales una cultura cuerdamente progresiva de su entendimiento. Y ¿en qué debe consistir esa triple educacion? En un conjunto de buenos hábitos que, contraidos desde la edad tierna, conserven el dichoso natural que reciban de sus padres, ó modifiquen lo que pueda presentar de vicioso. Sin duda hay motivo para haber llamado *segunda naturaleza* al hábito; mas para merecer este dictado, para que pueda en ciertos casos obrar una metamórfosis útil, importa, segun verémos mas adelante, que ataque el mal desde su primera aparicion, ó de lo contrario, corre riesgo de que queden infructuosos sus esfuerzos, y veamos justificado aquel proverbio tan desconsolador como exajerado: « Echad el natural, y os volverá á galope. »

Sí, ciertamente, volverá el mal natural, robustecido con el poder del hábito: pero el natural, contenido, modificado y totalmente variado, no volverá probablemente, sobre todo si contribuye á impedírselo la vista

perenne del buen ejemplo que el niño copiará, lo mismo que lo copia el hombre, ese gran niño tan eminentemente nacido para imitar. Recomiendo esta idea á los depositarios del poder, los cuales no dan á la educacion física, moral é intelectual de la juventud toda la importancia que merece, y que se figuran haber educado á un jóven cuando han ejercitado dos ó tres de sus facultades en detrimento de las demás.

Así pues, el *hábito*, esa tendencia contraida por la frecuente reiteracion de unos mismos actos, y el *ejemplo*, esa moral en accion, cuyas lecciones hablan mas recio y con mayor elocuencia que todos los preceptos; he aquí los dos móviles que se habrian de emplear constantemente en la educacion. Debiendo estenderme un tanto sobre su influencia en el capítulo destinado al tratamiento de las pasiones, limítome á señalar aquí un hecho grave, y es que la importancia esclusiva que se da en nuestros dias á la instruccion científica y literaria no forma mas que hombres enervados y viciosos, es decir, pésimos ciudadanos.

¡ Qué dolor ! los censos estadísticos de los hospitales y de las cárceles de Europa demuestran que las enfermedades, la enajenacion mental, el suicidio y los demás crímenes aumentan con la instruccion y el supuesto progreso de las luces. Yo creo que los gobiernos alcanzarian un resultado diametralmente opuesto, si se aplicasen á hacer cultivar de una manera armónica *todas las necesidades, todas las facultades del hombre*; si, al paso que le diesen miembros robustos, desarrollasen gradualmente sus sentimientos con su intelijencia, tomando por punto de apoyo el elemento relijioso, única sancion de la moral y única base de toda educacion sólida.

Influencia del gran mundo, de la soledad y de la vida campestre.

Es indudable que la frecuentacion habitual de la sociedad hace al hombre mas alegre, mas fino y mas amable: da tambien á su entendimiento y á su cuerpo mas gracia y flexibilidad; pero desgraciadamente, lo que aumenta en superficie y brillo, lo disminuye casi siempre en solidez y profundidad. Por otra parte, nuestra sensibilidad, continuamente puesta en juego, y prodigada en medio de una multitud de cuidados, de penas y placeres, se esparce en cierto modo por nuestros órganos esteriores, y acaba por dejar nuestras entrañas frias é impasibles. Así es que en el gran mundo, la compasion y la bondad, tan naturales al hombre, parece que cambien de sitio; pues efectivamente se las encuentra mas bien en la lengua que en el corazon.

Otro tanto sucede en los partos del entendimiento: puede muy bien el escritor adquirir en la sociedad la facilidad y la brillantez de la espresion, la elegancia y finura de los jiros; pero la exactitud de los juicios, la pro-

fundidad de los pensamientos y su enlace, el calor y la vida del discurso, son producto habitual del retiro y de la meditacion. Así que los grandes escritores han dado á luz sus obras inmortales únicamente en la paz de la soledad, que tan propicia se muestra á las concepciones del númen.

Si los piadosos anacoretas hallaron la paz del alma en el silencio del desierto, tambien se ha visto que en la soledad iban á nutrir sus furores y aguzar sus puñales los zelos, la envidia, la venganza. Y es que la soledad absoluta, haciéndonos reconcentrar de continuo en nosotros mismos, robustece casi siempre nuestro carácter, volviendo mejor al que es naturalmente bueno, y mas feroz y peligroso al que es naturalmente malo. Es constante además que la aversion á la sociedad, junto con una aficion estremada á la soledad, promueve en los melancólicos la aciaga tendencia que harto frecuentemente los arrastra al suicidio.

Entre la tristeza del desierto y los devaneos del gran mundo se nos presenta la vida campestre eminentemente favorable al desarrollo del cuerpo y del espíritu, á la serenidad del alma y á la duracion de la existencia. Ciertamente que si las manos ocupadas en escribir se dedicasen á los nobles trabajos de la agricultura, hácia la cual debiera hacernos tender nuestro propio interés, los individuos serian infinitamente mas dichosos, y la sociedad mucho menos enfermiza y turbulenta.

No trato aquí de la influencia del aislamiento en los detenidos, porque hablaré de este punto en el capítulo dedicado al tratamiento penal de las pasiones.

Influencia de los espectáculos y de las novelas.

La sobre-escitacion del sistema nervioso, tan jeneralizada de algunos años acá, debe atribüirse en parte á las emociones violentas que las mujeres y los niños van á buscar en el teatro. Esas emociones, que llegan á erijirse en verdaderas necesidades, contribuyen mas de lo que se cree á debilitar las constituciones, al paso que favorecen el desenvolvimiento de las pasiones eróticas, desarrollo harto precoz, á consecuencia de la irritabilidad mórbida que atormenta á nuestra sociedad. Por otra parte, la escena, primitivamente instituida para divertir y para mejorar la moral de las masas, no las divierte muchas veces sino para corromperlas con los odiosos é infames cuadros que se complace en reproducir. Piérdese comunmente de vista el importante hecho fisiolójico de que el hombre ha nacido esencialmente imitador. Presentadle ejemplos morales, dadle enseñanzas útiles, y se penetrará de estas, y se sentirá dispuesto á seguir aquellos. Mas si por un deplorable abuso del talento, le pintais la virtud ridícula y el vicio amable, se sonreirá á la pintura de este, y no tardará en odiar aquella. Hubo un tiempo en que el teatro podia servir al menos

para formar el gusto; hoy los mas de los dramas no sirven sino para pervertir á un tiempo el gusto y las costumbres.

La lectura de las novelas ejerce una influencia no menos triste en el desarrollo de las pasiones, sobre todo de la pereza, del miedo, del amor, de la lujuria y del suicidio, ya por imitacion, ya de resultas del tedio que inspira la *vida real*. Por un centenar de novelas verdaderamente morales que á duras penas se encontrarian en toda nuestra literatura, las hay á millares buenas tan solo para falsear el entendimiento y pervertir de todo punto el corazon.

Influencia de las diferentes formas de gobierno.

Las cuatro formas principales de gobierno son: el despotismo, la monarquía temperada, el gobierno constitucional y la república. Las lecciones de la historia prueban que cada una de estas formas favorece mas particularmente el desarrollo de ciertas pasiones: así el lujo, la molicie, la pereza y el libertinaje son las dominantes en los gobiernos despóticos. La monarquía templada parece mantener el orgullo, la avaricia y la lujuria en las clases nobles y privilejiadas. El gobierno constitucional, especie de básculo político importado de Inglaterra, es al parecer eminentemente propio para sembrar la corrupcion por todas las clases de la sociedad, hacer jerminar en esta las pasiones turbulentas, egoistas, ambiciosas, y echar el descrédito sobre los diversos poderes que tienden de continuo á destruirse. Por último, el amor de la independencia y el de la patria, estremados hasta el mas sanguinario fanatismo, son las dos pasiones principales propias del gobierno republicano, que sucede ordinariamente á las monarquías debilitadas ó corrompidas, y que conduce casi siempre al despotismo.

En cuanto á las revoluciones que en la escena política promueven las minorías rencorosas, atrevidas y ambiciosas, dan lugar á atroces venganzas, á odiosas ingratitudes y bajas apostasias: ellas pueblan nuestras casas de locos de ambiciosos engañados, de desdichadas víctimas del dolor ó del miedo; ellas por fin dejan por largo tiempo en los ánimos una fiebre de revuelta y de cambio, insoportable para los nuevos actores que han sabido crearse una posicion cómoda en adelante.

Influencia de la relijion.

Hay un vínculo indisoluble, una cadena misteriosa que une al cielo con la tierra, una voz celestial que nos llama á un mundo mejor, y desvanece así las contradicciones que se notan en nosotros y fuera de no-

sotros; hé aquí definida la relijion, cuyo sentimiento (1) se halla profundamente impreso en el corazon del hombre por la causa primera de todo lo que existe, es decir, por el Sér infinitamente poderoso, intelijente, bueno y justo á quien reverenciamos como á Criador, como á Padre, y como á Juez. ¿Quién se atreverá á negar la saludable influencia de las esperanzas y de los temores que hace nacer la relijion, necesidad intelectual tan indispensable á los individuos como á la sociedad?

La irrelijion, al contrario, hija del orgullo, tan incapaz de alentar al hombre al bien como de apartarle del mal, la irrelijion no hace mas que atizar el fuego de las pasiones, de estas verdaderas enemigas de nuestra libertad. Inhábil para esplicar las maravillas y la armonía del mundo físico, no señala remedio ni término al desórden del mundo moral. Enemiga de los pobres y de los desdichados, cuya existencia acibara toda vía mas, enemiga de la sociedad, cuyas bases subvierte, no puede producir ventaja alguna real, y siembra donde quiera para la corrupcion y el desórden. Con efecto, ¿de dónde proceden estos crímenes monstruosos que desuelan y hacen estremecer á nuestras ciudades, sino de la irrelijion? ¿No dependen de ella tambien ese sombrío tedio á la vida y esos arrebatos apasionados que llevan á tantos infelices al suicidio? Si rejistramos los anales de la criminalidad, esas estadísticas espantosas formadas por órden de los principales gobiernos, vemos que la misma instruccion, lejos de contener los progresos del mal, lo empuja mas bien, siempre que no se apoya en el elemento relijioso. Convengamos pues en que sin relijion no hay verdadera moral, y que de la mejor semilla nace entónces zizaña. La impiedad es un viento abrasador que seca el corazon del hombre: y el cristianismo es un rocío benéfico que lo fertiliza y engrandece (2).

(1) El sentimiento relijioso es en cierto modo el alma de la relijion; el culto es su cuerpo.

(2) Es lástima que en las estadísticas de la justicia criminal no se haya pensado todavía en buscar la proporcion de los incrédulos, de los indiferentes y de los hombres relijiosos citados ante los tribunales. En medio de la total carencia de documentos oficiales sobre este punto importante, me ceñiré á dar aquí los resultados de mi esperiencia particular como médico lejista. En vista de los numerosos hechos que he presenciado y de los datos que me han comunicado ya las familias, ya el ministerio público, creo poder afirmar, sin que se me desmienta, que de los individuos acusados de crímenes, 50 pueden ser clasificados como indiferentes en materia de relijion, 40 como incrédulos, y 10 como creyentes.

Por otra parte, sobre 100 suicidios, no he observado mas que 4 en personas de sólida piedad: eran tres mujeres melancólicas, de las cuales dos se arrojaron á un pozo, y la otra se asfixió con el vapor del carbon, despues de haberse puesto un gran crucifijo sobre el pecho. El cuarto individuo era el pre-

Influencia de la imajinacion (1).

No daré fin á este capítulo sin decir cuatro palabras sobre una facultad maravillosa que á menudo da alas al númen, y que mas á menudo aun es el manantial ó á lo menos el auxiliar de la mayor parte de nuestras pasiones. En efecto, la imajinacion, que es la facultad á que aludo, no se limita á tomar nota de las impresiones recibidas, sino que las reproduce, dándolas colorido, combinándolas al infinito; y por poco que su desarrollo sea desproporcionado respecto de las demás facultades intelectuales, nos engaña en órden al valor real de las cosas, falsea de todo punto nuestro juicio, sumerje nuestro espiritu en la vaguedad, y nos impele á los actos mas desatinados: así es que uno de nuestros antiguos autores la llamó donosamente *la loca de la casa*.

Abultando y desnaturalizando los objetos, enjendra la imajinacion esos terrores pánicos que han puesto en fuga á numerosos ejércitos, y esos fantasmas nocturnos, espanto de los espíritus débiles y crédulos. Con todo, si de noche aumenta el terror y el miedo, con el dia reanima el aliento y la esperanza que los disipan. En el avaro, ¿no se une la imajinacion con la circunspeccion que le domina, para mostrarle en perspectiva el monton de oro que poseerá, si tiene el triste valor de vivir de privaciones largos años? ¿No es tambien la imajinacion uno de los mas poderosos auxiliares del amor? ¿no es ella quien le pone la venda?

Pudiendo la imajinacion determinar un sinnúmero de enfermedades, fácilmente se concibe cuanto debe sufrir el feto de resultas de los estravíos y desarreglos de la imajinacion dé la madre, no por la impresion ó el trasporte directo de alguna figura, sino por el desórden comunicado á la circulacion y á la nutricion de dos individuos que viven de la misma vida. Debo recordar por fin aquí que la imajinacion y las pasiones por esta escitadas desarreglan instantáneamente la secrecion de la leche, y alteran de tal modo la naturaleza de este flúido, que se han visto criaturas muertas de repente al tomar el pecho poco despues de haber esperimentado su nodriza una viva emocion.

ceptor del desdichado Labedoyere, el venerable abate Viard, á quien conocia yo de mucho tiempo, y cuya razon se hallaba completamente desarreglada por la edad y las amarguras.

(1) Como la palabra *imajinacion* implica al parecer creacion, mientras que el hombre apenas puede comprender los fenómenos de la vida universal, los frenolojistas han creido deber sustituirla con la de *idealidad*. Segun ellos, la idealidad es aquella facultad primitiva que, aplicándose á todo, busca constantemente el tipo ideal de todas las cosas, es decir, el tipo artificial que reune las cualidades mas marcadas del objeto. Llevada tal tendencia hasta sus últimas consecuencias, conduce al hombre á mirar el mundo real como una ilusion, y á estraviarse en la inmensidad del vacío. Véase la *Hygiène morale* del Dr. Casimiro Broussais.

CAPITULO V.

SEMEIOLOJIA (1) JENERAL DE LAS PASIONES, Ó ESPOSICION DE LOS SIGNOS FISIOGNOMÓNICOS Y FRENOLÓJICOS QUE LAS CARACTERIZAN.

> Es cierto que el cuerpo se altera y cambia cuando se conmueve el alma: y que esta no hace accion alguna sin estampar su marca en su cuerpo.
>
> DE LA CHAMBRE, Les Caract. des passions.

Dos sistemas, que se remontan á la mas alta antigüedad, se presentan aquí con iguales pretensiones para adivinar las tendencias y las aptitudes de los hombres. La fisiognomía y la frenolojía quieren ambas que nuestro esterior no sea mas que la manifestacion de lo que pasa en nuestro interior; pero admitido este principio comun, disienten desde luego, y proceden de una manera completamente opuesta: la primera juzga con frecuencia *á posteriori*, y la segunda *á priori*: la una reconoce el carácter por la configuracion de los trazos que ha determinado; y la otra, por la sola inspeccion de las eminencias cerebrales, puestas de relieve sobre el cráneo, anuncia los instintos, los sentimientos, las facultades que predominan y que solo esperan una ocasion favorable para entrar en ejercicio.

Probemos pues de presentar sumariamente los signos característicos de las pasiones, segun el estado actual de esas dos ciencias, ó mejor dicho, de esos dos sistemas.

Segun los fisiognomistas, las diversas emociones de alegría, de tristeza, de celos, de ira, etc., se pintan desde luego en la cara y estampan en nuestras facciones modificaciones especiales, absolutamente idénticas en todos los pueblos. Si una misma emocion se reproduce con frecuencia, las huellas, leves al principio, que dejaba en el rostro se hacen cada dia mas profundas, y acaban por comunicarle cierta espresion habitual, conocida bajo el nombre de *fisonomía*, que no es mas que el reflejo del carácter, es decir, del estado mas ordinario del alma.

Pero el rostro no es el único libro en que se leen las pasiones humanas: la constitucion, la forma de la cabeza, su capacidad, las trazas ó hábitos esteriores, el jesto sobre todo, y el timbre de la voz, son pre-

(1) Del griego σημεῖον, marca, estampa, señal.

ciosos indicios igualmente dignos de fijar nuestra atencion. Así es que sobre ninguno de esos signos, aisladamente considerados, sino sobre su conjunto, y en particular sobre su armonía, se puede llegar á asentar un diagnóstico cierto.

Constituciones. — Al tratar de las causas de las pasiones, he dado ya á conocer las señales que distinguen las diferentes constituciones, y la influencia que ejercen en el carácter. Como seria superfluo repetir lo que ya llevamos dicho, paso desde luego á las diversas partes del cuerpo, las cuales tienen todas su significacion.

Cabeza. — Una cabeza demasiado abultada y carnosa anuncia al fisiognomista una intelijencia obtusa y perezosa: una cabeza pequeña, ó mal conformada, es á sus ojos indicio de debilidad é inepcia,

Cara. — Una cara cuya altura esceda de cosa de un tercio á la anchura, denota, en jeneral, tanta nobleza de espíritu como finura de sentimientos; demasiado oblonga, ó muy redondeada, indica cierta rijidez de carácter, y una alma poco elevada. Con todo, en la cara deben distinguirse tres partes esenciales: la primera, que se estiende desde la raiz de los cabellos hasta las cejas, caracteriza el grado de las facultades intelectuales; la segunda, que corre desde las cejas hasta la parte inferior de la nariz, guarda relacion con las necesidades morales; y la tercera, que comprende el resto de la cara, se halla mas íntimamente enlazada con las necesidades animales, señaladamente la gula y la lujuria. Por lo demás, cuando se estudia una cara, vale mas considerarla de perfil que de lleno, porque el perfil ofrece rasgos mas pronunciados, líneas mas puras, y por otra parte se presta menos al disimulo.

Coloracion de la cara en las pasiones. — La coloracion de la cara presenta, hasta en sus diversas gradaciones, signos que no engañan á ningun fisiognomista. Así es que fácilmente se distingue la rubicundez de la cólera de la del pudor. La primera, determinada por el estancamiento de la sangre, efecto inmediato de la opresion de la respiracion, presenta un tinte sombrío y lívido; al paso que la segunda, de resultas del leve aumento de los movimientos del corazon, reviste un color brillante y encarnado. Así se reconoce tambien la palidez del terror por un mero descolorido de la cara, mientras que un tinte ajado, cobrizo ó plúmbeo anuncia la presencia de alguna pasion ponzoñosa, como los celos, el odio, ó la envidia.

Adelantando mas sus investigaciones sobre la coloracion, considerada como medio diagnóstico, Mr. de La Chambre ha notado que la rojez producida por la cólera empieza por los ojos, la del amor por la frente, y la de la vergüenza por las mejillas y la punta de las orejas.

Cabellos. — La diversidad del pelo y del plumaje de los animales prueba evidentemente cuán espresiva debe ser en el hombre la de los

cabellos. Con efecto, su elasticidad debe hacer juzgar de la del carácter: lisos, flexibles y finos, anuncian jeneralmente un natural débil y flexible; ásperos y crespos, un carácter salvaje, ó cuando menos, descontentadizo. El color de los cabellos ayuda á determinar la constitucion de los individuos; sabido es que los biliosos los tienen comunmente negros, y los sanguíneos rubios. Unos cabellos negros, lisos, espesos y gruesos denotan poco talento, pero asiduidad y amor al órden. Unos cabellos negros y finos, plantados sobre una cabeza medio calva, de frente alta y bien arqueada, han dado muchas veces la prueba de un juicio sano y limpio, pero de un espíritu destituido de invencion y de recursos. Los cabellos rojos caracterizan, segun se asegura, al hombre soberanamente bueno ó rematadamente malvado. En las señas ó filiacion de los ladrones, los cabellos llevan casi siempre la calificacion de *castaño oscuro*. Muchos observadores desconfian altamente de la persona que ofrece un notable contraste entre el color de los cabellos y el de las cejas.

Frente. — Considerada en su parte ósea, es la frente la medida de las facultades intelectuales, y particularmente del sesgo del entendimiento, que se halla análogo en las personas que tienen esta parte conformada de un mismo modo. Si es prominente, estrecha ó demasiado oblonga, denota un espíritu débil y limitado: si perpendicular, anuncia juicio y penetracion, pero un corazon de hielo; si inclinada atrás, denota imajinacion, poco juicio, y tanto mas arrebato cuanto mas deprimida se halla.

En cuanto á la piel que cubre la frente, su color, su tension, su flojedad, sus pliegues hacen conocer las impresiones á que estamos habitualmente sujetos. Las frentes con arrugas de arriba abajo, y particularmente á la raiz de la nariz, son un indicio de reflexion y de melancolía. Los individuos cuyo músculo occípito-frontal sigue todos los movimientos de los ojos y de las cejas, tienen, como los monos, el carácter inquieto y egoista.

Así pues, en fisiognomía, la parte sólida de la frente indica la medida interna de nuestras facultades, y la parte movible denota el uso que de ellas hacemos.

Cejas. — « Debajo de la frente, dice el filósofo Herder, empieza su bella frontera la ceja, íris de paz en su blandura, arco tendido de discordia cuando espresa el enojo. » Los movimientos de las cejas son efectivamente de una espresion muy significativa durante el juego de las diversas pasiones cuyas huellas conservan: así es que se alzan en el furor y bajan en el odio, la tristeza, el desprecio, y sobre todo en las meditaciones sombrías y astuciosas. Si se las considera en estado de reposo, segun Lavater, se hallarán pocos pensadores profundos, ni siquiera hombres firmes y juiciosos, que tengan las cejas delgadas y muy altas. Unas

cejas suavemente arqueadas armonizan con la modestia y la sencillez. Puestas en línea recta y horizontal, revelan un carácter varonil y vigoroso. Cuando su forma es semi-horizontal, semi-encorvada, la fuerza de espíritu se halla hermanada con una bondad injenua. Por último, las cejas pobladas y con trazas de hincharse anuncian que el individuo se entrega con frecuencia á la cólera, bien así como su movilidad y desenvolvimiento estremado señalan un carácter inquieto y hasta receloso.

Ojos. — Al paso que los demás rasgos de la cara traducen mas especialmente tal ó cual jénero de impresiones, los ojos espresan la vida en todas sus modificaciones: por esto se les ha llamado las *ventanas*, el *espejo del alma*, el *rostro del rostro*. Si son grandes, anuncian una melancolía suave; y si pequeños, la vivacidad y tambien la cólera. Rasgados á modo de almendra, denotan la ternura, al paso que su redondez circular es indicio de incuria y estupidez, sobre todo cuando están semicubiertos por un párpado pesado. En cuanto á su color, los ojos azules denotan un carácter mas blando, mas afeminado que no los pardos ó los negros. Los ojos verdosos son á menudo indicio de viveza, de arrebato y valor. Cuando la línea circular del párpado superior describe un arco completo, señal de que la persona tiene un natural bondadoso. Por último, los individuos que miran con los ojos medio cerrados casi siempre son mas astutos y ladinos que enérjicos y valientes.

No hay que confundir la mirada *penetrante* con el mirar *de fuego:* la primera, llamada tambien *vista de águila*, denota vivacidad, ardor, espansion; atraviesa: y el mirar de fuego indica concentracion: no atraviesa, sino que atrae: es un hechizo que embriaga y seduce, es el verdadero mirar *magnético*. Napoleon poseia ambos modos de mirar, y á ellos debió en gran parte su fuerza moral.

Nariz. — Una nariz que se encorva ya desde su raiz misma anuncia un carácter imperioso, firme en sus proyectos, y ardiente en llevarlos á cabo: tales son las narices *aguileñas*, así llamadas por su semejanza con el pico del águila. Las narices casi perpendiculares son miradas tambien como indicio de varonil constancia.

Una nariz cuyo dorso en linea curva presenta gran anchura es forma sumamente rara, y anuncia facultades superiores.

Una nariz muy prominente, junto con una boca salida, denota un gran hablador, un hombre presumido, temerario, descarado.

Una nariz corta y achatada es indicio de una sensualidad grosera y de inclinaciones egoistas.

Unas narices pequeñas son signo de un espíritu tímido, incapaz de aventurar la menor empresa: si son sueltas y vibrantes, anuncian un natural voluptuoso y violento, sobre todo si la punta está muy arremangada.

Sabido es que los antiguos miraban la nariz como el asiento de la cólera: llamábanla tambien la parte mas honesta de la cara, porque su tumefaccion y su rubicundez revelan habitualmente los estravíos de réjimen y continencia.

Boca. — La boca, elocuente hasta en el silencio, es, despues de los ojos, la mas espresiva de todas las partes de la cara.

El carácter es en jeneral de un temple análogo á los labios: firme, blando ó móvil como ellos. Unos labios gruesos y bien proporcionados presajian bondad y franqueza; carnosos, indican una tendencia pronunciada á la sensualidad y á la pereza; delgados ó recortados, denotan avaricia.

Un labio superior que sobresale un poco es señal de una bondad afectuosa: cuando el labio inferior es el que sobresale, corresponde mas bien á una fria honradez.

Un labio inferior escavado por su parte media descubre un espíritu lleno de buen humor y de blanda malicia.

Una boca estrecha, con la abertura en línea recta, y sin que en ella aparezcan los bordes de los labios, es indicio de sangre fria y de un espíritu aplicado, amigo del órden, de la exactitud y de la limpieza. Si se remonta al mismo tiempo hácia las comisuras, supone un gran fondo de pretension, de vanidad y de frivolidad maliciosa.

Una boca suavemente cerrada y de correcto diseño indica un espíritu firme, reflexivo y juicioso.

Una boca siempre abierta es señal de necedad.

Siempre que abriendo la boca aparecen de lleno las encías superiores, como en los Ingleses, puédese desde luego diagnosticar mucha flema, mucha frialdad de carácter.

Contra la opinion de los antiguos, unos dientes pequeños y cortos son, en la edad adulta, el atributo de una fuerza estraordinaria, y á veces de una gran penetracion de espíritu. Pequeños y reentrantes, denotan finura sin mala intencion, pero sin embargo un carácter descontentadizo y vengativo. Unos dientes largos son seguro indicio de debilidad y timidez. Los muy salientes, que parecen descansar sobre el labio inferior, anuncian poca enerjía, poco talento, pero un carácter cáustico y siempre dispuesto á morder.

Desconfiad de los que tienen constantemente la sonrisa en los labios, lo mismo que de los que tienen la boca como al través y cuya risa ofrece un no sé qué de forzado: la gracia de la sonrisa es el termómetro de la bondad de corazon y de la nobleza de sentimientos.

Mejillas. — Las mejillas son en cierto modo el fondo del cuadro, y la superficie en la cual van á dibujarse los demás rasgos de la fisonomía. Los padecimientos y el pesar las escavan, pero las dejan en la relajacion;

la rudeza y la bestialidad les imprimen groseros surcos ; la templanza y la cultura de espíritu las entrecortan con trazos lijeros y agradablemente ondulados. Ciertos hundimientos triangulares fuertemente diseñados sobre las mejillas son infalible indicio de la ambicion , de los celos y de la envidia, en particular, si coinciden con una tez amarilla ó aplomada.

Unas mejillas anchas y colgantes caracterizan por lo comun á los individuos dados á la gula.

Orejas. — Unas orejas pequeñas anuncian vivacidad é injenio. Unas orejas anchas y lisas, sin ninguna redondez en los contornos, suponen un celebro sumamente débil. Cuando el todo de la oreja es liso, blando y grosero, escluye constantemente el talento. Por último, unas orejas tiesas y muy arrimadas á la cabeza indican tambien injenio, y además amor á la independencia.

Barba. — Una barba que, en su perfil, se encuentre en línea con la boca, debe inspirar confianza, sobre todo si la acompaña un gracioso hoyuelo. Tirada atrás, anuncia un carácter afeminado ; prominente, es señal de un espíritu activo, firme y delicado. Cuando su prominencia es escesiva, y forma lo que se llama *barba de chancleta*, es un signo de pusilanimidad ó de avaricia.

Por lo que toca á la forma, aisladamente considerada, una barba plana anuncia frialdad, una barba puntiaguda la astucia, una barba cuadrada la fuerza, y á menudo un carácter arrebatado.

En órden al tamaño, una barba pequeña denota maldad, al paso que una barba blanda, carnosa y con pisos es la señal y el efecto de la sensualidad.

Por último, una fuerte incision en medio de la barba señala al hombre lleno de resolucion y de cordura.

Cuello. — Un cuello bien proporcionado es agüero favorable para la solidez del carácter. Espeso y corto, descubre la cólera ; gordo, la necedad y la gula ; delgado y largo, la timidez y unas facultades intelectuales poco desarrolladas. No menos características señales saca el fisionomista de la manera con que el cuello sostiene la cabeza. Si la deja caer hácia adelante, acusa poca enerjía y amor propio ; si la endereza y tira hácia atrás, no os engañaréis pronosticando tanta vanidad como jactancia. Hase notado que las personas exajeradas en las prácticas relijiosas llevan jeneralmente la cabeza inclinada al hombro.

Dorso y espaldas. — Si por efecto del raquitismo, las espaldas y la coluna vertebral se desvian y forman una jibosidad, la complexion del individuo se resiente, es verdad ; pero se ha observado que tal conformacion favorece la finura y actividad del entendimiento, el cual, en este caso, se halla muy dispuesto á la exactitud, al órden y á cierta causticidad. Sabido es, por último, que el movimiento de elevacion comunicado á

una sola espalda sirve ordinariamente para espresar el desden.

Voz. —Cada hombre tiene un timbre de voz que le es propio, lo mismo que tiene tambien una fisonomía particular. El *timbre* no es otra cosa mas que la fisonomía del sonido, es decir, la traduccion del hombre interior por el sonido de la voz. Cada pasion tiene igualmente un sonido de voz que la distingue. Así la cólera se anuncia con una voz agria, animada, y con frecuencia entrecortada; el temor con una voz sumisa, incierta, turbada; la indignacion con una voz desabrida, terrible, impetuosa; el dolor con una voz sorda, descuidada y clamorosa; el amor con una voz blanda, tierna y entrecortada con suspiros. Por lo demás, hay tantas inflexiones de voz como matices de sentimientos susceptibles de combinarse; pero su timbre habitual está casi siempre en proporcion con el carácter de cada individuo.

El *jesto*, el *modo de andar* y la *actitud* son el lenguaje comun de todas las naciones: acompañan el discurso y hacen mas fuerte su espresion; suplen sus imperfecciones, y no pocas veces revelan su impostura. Las palabras pueden ser ambiguas, pero la pantomima de la naturaleza no lo es jamás: y de otra suerte, ¿cómo podrian comprenderla las criaturas y los animales? Nada, pues, mas significativo que el jesto, sobre todo cuando está de acuerdo con la voz. Así, natural ó afectado, rápido ó lento, apasionado ó frio, grave ó festivo, fácil ó forzado, monótono ó variado, noble ó bajo, fiero ó humilde, osado ó tímido, decente ó impúdico, cariñoso ó amenazador, es el jesto la traduccion mas fiel del hombre interior por el hombre esterior. Sin duda que algunos entes falaces y artificiosos, diestros en dominar sus facciones, pueden á veces engañar á los que los escuchan; pero si se les estudia en una reunion numerosa donde creen que no se les observa, si hasta en una conferencia ó conversacion particular se siguen con atencion los movimientos del pié, y sobre todo los de la mano, es muy difícil que no acaben por descubrir el fondo de su pensamiento.

Nótanse en muchos individuos cierto modo de andar y ciertas actitudes favoritas contraidas por la fuerza del hábito, y que son en algun modo la enseña de su profesion. Así desde luego se distingue un marino por el apartamiento de sus piernas, y un maestro de baile por la punta de los piés que lleva delicadamente tirada hácia afuera; el hombre de á caballo, al contrario, tira fuertemente la punta de los pies hácia adentro, al paso que sus rodillas rozan de continuo y chocan una con otra. Así tambien un relojero casi nunca os mirará sin cerrar el ojo, al cual aplica de continuo su lente cuando trabaja. En la conversacion, conoceréis á la legua al cajero por los movimientos de sus dedos que siempre se figuran estar contando monedas. Para dar mas fuerza á sus palabras, traza el pintor contornos en el aire, mientras que el estatuario, para hacerse com-

prender mejor, está modelando sin que él mismo lo eche de ver.

Puédese igualmente adivinar la profesion de muchísimos individuos por ciertas esclamaciones, y sobre todo por ciertas locuciones técnicas que de continuo les vienen á la boca en la conversacion.

Mano.—Pasemos ahora al estudio de la mano, que es el lenguaje usual del sordo-mudo. Su forma indica nuestras disposiciones naturales, y sus movimientos revelan los numerosos sentimientos que nos afectan.

Unos dedos largos y bien afilados casi nunca coinciden con un espíritu grosero é inclinado á la lujuria: unos dedos cortos y redondeados anuncian la torpeza de espíritu y la pereza. Una mano gordilla es un signo de sensibilidad. Despues de la intelijencia, la mano es el atributo mas característico del hombre. A su facultad de oponer el pulgar á los demás dedos somos deudores de todas las artes; su gran movilidad la hace intérprete de nuestros pesares y sentimientos; y no hay movimiento alguno de la mano que no hable. «Con la mano, dice Montaigne, requerimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, rogamos, suplicamos, negamos, rehusamos, preguntamos, admiramos, nombramos, confesamos, nos arrepentimos, tememos, avergonzamos, dudamos, instruimos, mandamos, imitamos, alentamos, juramos, atestiguamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, despreciamos, desconfiamos, irritamos, lisonjeamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos, nos burlamos, reconciliamos, recomendamos, exaltamos, festejamos, alegramos, compadecemos, entristecemos, desalentamos, desesperamos, sorprendemos, clamamos, callamos..... ¿qué mas? con una variacion y multiplicacion igual á la del lenguaje» (*Essais*, lib. 2, cap. 12).

Del traje y de la moda. — La limpieza y el desaliño, la fatuidad y la sencillez, el buen gusto y el mal gusto, la coquetería y la decencia, son otras tantas cosas que se distinguen por el solo traje. El color, la hechura, la armonía de los vestidos, y el modo de llevarlos son otras tantas señales características. Ejemplo: los que por eleccion llevan habitualmente vestidos de color negro ú oscuro, estrechos, muy abrochados, y con el sombrero calado hasta los ojos, casi todos son de carácter poco espansivo; al paso que vestidos holgados, casi siempre abiertos, y de color mas ó menos vivo, anuncian hombres que jeneralmente tienen menos órden y perseverancia, pero mas franqueza y amabilidad que los primeros.

El sabio es tan sencillo como aseado en su esterior; viste segun su jerarquía, y no se acicala, no sigue precisamente la moda, pero tambien cuida de no chocar demasiado con ella. Las personas que la siguen de una manera exajerada son, por lo comun, ociosas, superficiales, sin carácter y de mal gusto; el hombre que afecta vestir de un modo diametralmente opuesto á la moda denota un carácter testarudo, cáustico, y po-

quísimo tacto. En cuanto al buen tono, díctalo la *industria* ó la fatuidad.

Carácter de letra. —Hasta el carácter de letra refleja algo de los caractéres individuales, y aun del carácter nacional. Un carácter de letra pequeño, apretado y dispuesto con simetría anuncia una persona amiga del órden y de la regularidad. Una letra floja y vacilante, como la de muchas mujeres, es en el hombre un signo ordinario de la debilidad de espíritu. Hase notado que los individuos de un carácter duro y poco social tienen comunmente hermosa letra. Los poetas y los autores rara vez tienen buena letra: quieren, ¡querer imposible! que la pluma corra tan rápida como el pensamiento, lo cual da á sus dedos una especie de movimiento convulsivo que trasciende á su letra. Y al contrario, los *profesores de caligrafía*, los dependientes de oficinas y escritorios, los que tienen que escribir cosas destituidas de interés, emplean todo el tiempo necesario para trazar con perfeccion los caractéres, en los cuales se admiran á sí mismos, cual los autores en la contemplacion de los bellos partos de su númen.

Tales son los principales signos esteriores que los fisiognomistas creen propios para distinguir las pasiones y las aptitudes de los hombres (1). Por lo que hace á los signos patognomónicos de las pasiones estudiadas en sus momentos de crisis, los hallará el lector descritos en los artículos dedicados á cada una de ellas, en la segunda parte de esta obra.

Viene ahora la frenolojía, la cual sostiene que los sentidos no son mas que aparatos intermedios encargados de trasmitir las impresiones del mundo esterior al celebro, y por medio de este al alma: que el celebro no es un órgano simple, sino un agregado de órganos diferentes, con atributos comunes, con cualidades propias y especiales; que el pensamiento y las pasiones tienen su asiento único en dicha víscera, cuyas modificaciones todas esperimentan: que en ella, por fin, se pueden clasificar y localizar los instintos, los sentimientos y las facultades intelectuales, puesto que su enerjía respectiva coincide con el desarrollo mas ó menos considerable de ciertas circunvoluciones de aquel punto central del sistema nervioso. En cuanto á la actividad de los órganos, y por consiguiente á la manifestacion mas ó menos enérjica de nuestras necesidades, están bajo la dependencia de la constitucion y de las influencias esteriores, señaladamente de la educacion relijiosa, la cual, en los mas de los casos, logra imprimirles una direccion útil al individuo y á la sociedad.

Gall, el célebre fundador de la fisiolojía del celebro, no habia comprobado ni admitido mas que veinte y siete órganos ó instrumentos de nues-

(1) He procurado dar aquí una análisis fiel del sistema de Lavater, que he completado con algunos trabajos modernos, señaladamente con los dos capítulos que Mr. Delestre ha dedicado al jesto y al carácter en sus *Études sur les passions appliquées aux beaux-arts.*

tras diversas facultades (1). En el dia se cuentan treinta y siete, segun la nomenclatura de sus dos discípulos, Spurzheim y Dumoutier.

A cada lado de la base del celebro se hallan en primer lugar situadas las inclinaciones comunes á todos los animales, inclinaciones que son la condicion indispensable de la existencia de los individuos y de la conservacion de las especies. En la parte media tienen su asiento los sentimientos comunes al hombre y á ciertos animales. En la parte anterior ó frontal se hallan las facultades intelectuales, que colocan al hombre á una distancia tan prodijiosa de todos los demás séres organizados. Revistemos rápidamente cada uno de esos signos frenolójicos, cuyas diversas combinaciones será necesario tener siempre á la vista á fin de no juzgar sino en virtud de su resultancia.

A. *Alimentividad.* — Posteriormente á la nomenclatura numerada de Spurzheim, se ha descubierto que la facultad de alimentarse tiene su asiento en la parte anterior é inferior del lóbulo medio del celebro. Este sitio corresponde, en el cráneo, á la parte anterior del hueso temporal, cubierta por el músculo del propio nombre. El desarrollo escesivo de este órgano anuncia una predisposicion á la gula, á la borrachez, y á todos los abusos de los placeres de la mesa.

N. El *amor á la vida* ó *instinto de la conservacion* está situado en la parte inferior del lóbulo medio, debajo de la destructividad, á la cual parece que sirve de contrapeso. Véselo sobre el cráneo hácia adelante y mas arriba del proceso mastoideo, cerca de la insercion de la oreja, que lo cubre casi enteramente. Su desarrollo, junto con el de la circunspeccion, dispone al hombre á la timidez, á la fuga en cuanto asoma el menor peligro; y al contrario, su depresion, con fuerte prominencia de la *combatividad*, llevará el valor hasta la temeridad mas estremada. Si la falta de este órgano coincide con la exajeracion del de la *destructividad*, sentiráse una desgraciada propension al suicidio.

1. *Amatividad.* — El cerebelo, que preside sobre todo al amor físico, ocupa enteramente las fosas occipitales inferiores. Los individuos en quie-

(1) *Nomenclatura de Gall:* 1 Instinto de la jeneracion; — 2 amor á la prole; — 3 apego ó adhesion; — 4 instinto de la propia defensa; — 5 instinto carnicero; — 6 astucia; — 7 sentimiento de la propiedad; — 8 orgullo ó sentimiento de la elevacion; — 9 vanidad; — 10 circunspeccion; — 11 memoria de las cosas, educabilidad; — 12 sentido de las localidades; — 13 memoria de las formas; — 14 memoria de las palabras; — 15 memoria de los idiomas; — 16 pintura; — 17 melodía; — 18 memoria de los números; — 19 construccion mecánica; — 20 talento comparativo; — 21 espíritu metafísico; — 22 talento de las agudezas; — 23 talento poético; — 24 bondad; — 25 imitacion; — 26 veneracion, teosofía; — 27 firmeza, constancia.

nes está muy desarrollado tienen la nuca fuerte, el cuello redondeado y ancho por detrás de las orejas. Son infinitamente mas inclinados á los placeres venéreos que los que presentan una organizacion opuesta.

2. *Filojenitura.* — El órgano de la filojenitura (amor á los hijos), complemento necesario del anterior, está situado á cada lado de la línea media, inmediatamente encima del cerebelo. Tradúcese esteriormente en la parte media del occipital, encima de la protuberancia de este nombre. Si se halla demasiado desenvuelto, espone á los padres á ser el azote de sus hijos por un efecto de su misma ternura estremada. La filojenitura está ordinariamente mucho menos pronunciada en el hombre que en la mujer: y la amatividad al contrario.

3. *Habitatividad.* — Aparece sobre el cráneo, en el ángulo posterior y superior del parietal, encima de la sutura del occipital. Si el amor que se tiene á los lugares que uno habita es escesivo, el hombre alejado de su suelo natal sufre horriblemente, y está muy propenso á contraer una enfermedad lenta y cruel, conocida bajo el nombre de *nostaljia* ó mal del pais. En el caso contrario, el individuo, nacido cosmopólita, abandona y regresa con indiferencia á los lugares en que vió la primera luz.

4. La *afeccionividad* nos lleva á amar á nuestros semejantes, á acercarnos á ellos, á socorrerlos, á vivir doblemente en un amigo. El órgano que preside á esta facultad, que Jorje Combe ha propuesto llamar *adhesividad*, está situado entre la filojenitura por abajo, la aprobatividad por arriba, la habitatividad y la circunspeccion por los lados.

La necesidad de adhesion, que precede y acompaña á la de reproduccion, contribuirá, si está debidamente desarrollada, á conservar la fidelidad conyugal. Su predominio podrá tambien determinar la nostaljia, que no depende solamente del amor á los lugares testigos de nuestra infancia, sino tambien del pesar de vernos separados de las personas que nos son caras. Su falta completa es indicio de un carácter insocial é incapaz de creer en el dulce apego de la amistad.

5. *Combatividad.* — La combatividad, situada en el ángulo posterior é inferior de los parietales, encima y un poco detrás de la apófisis mastoidea, al nivel del borde superior de la oreja, es la facultad que lleva al hombre á rechazar la agresion, y á defender su vida, su hogar, su familia. Su desarrollo desmedido, que ensancha la cabeza por encima de la nuca, anuncia un espíritu quisquilloso, pendenciero, aficionado á la guerra, y que puede estremar el valor hasta la temeridad. Su depresion denota las cualidades contrarias. M. Thoré ha propuesto llamarla *reaccionividad*, palabra mas adecuada á su destino primitivo, que es la conservacion del individuo por su *reaccion* personal.

6. *Destructividad.* — La propension á destruir se manifiesta en la rejion temporal, inmediatamente encima de la oreja, por medio de una

protuberancia casi horizontalmente oblongada. La tendencia al asesinato y al homicidio son dos dejeneraciones anormales de la destructividad.

7. *Secretividad.* —Esta facultad tiene por objeto dar al hombre la discrecion y reserva convenientes en todas las circunstancias de la vida. Su predominio es indicio de un espíritu inclinado al disimulo, al embuste y á la astucia ; su falta de desarrollo presajia una franqueza desmedida y á menudo perjudicial.

Situada paralelamente encima de la *destructividad*, se traduce, sobre el cráneo , en la parte superior de los temporales, cerca de su union con los parietales.

8. La *adquisividad* corresponde al ángulo anterior é inferior del parietal: es la inclinacion á adquirir y conservar las cosas necesarias para la vida. Su esceso puede conducir á la avaricia ó al robo , si no está contrabalanceado por el sentimiento de la benevolencia ó de la justicia.

9. *Constructividad.*— Es la aptitud para las construcciones y para la mecánica. Vese en el cráneo, detrás del ángulo orbitario esterno, sobre el órgano del cálculo.

10. El órgano del *aprecio de sí mismo* , ó sentimiento de nuestro valor personal, está situado en el vértice del cráneo y un poco hácia atrás. Su falta completa indica y esplica la nulidad de ciertos hombres que , con medios muy notables , no han podido realizar nada grande. Su predominio, que rara vez se encuentra en el hombre humilde y modesto, es el signo ordinario de la fiereza , del orgullo , de la ambicion.

11. *Aprobatividad.* — El amor de las alabanzas, ó vanidad, se revela, en el esterior del cráneo , por dos prominencias, como segmentos de esfera, situadas á cada lado del aprecio de sí mismo ú orgullo, y forman en cierto modo la semi-corona del ánjel caido.

12. La *circunspeccion* se traduce , sobre el cráneo, en el centro de cada parietal. Su desarrollo normal indica la prudencia ; su falta la inconsecuencia, el descuido; su esceso la desconfianza y una peligrosa indecision que nos clava de continuo entre el deseo de obrar y el temor de obrar mal. En esta última circunstancia , la cabeza se halla considerablemente ensanchada y tiene una forma cuadrada.

13. *Benevolencia.* — En la parte superior del hueso frontal aparece el órgano de la benevolencia , cuya salida demasiado pronunciada anuncia la benevolencia y la debilidad, así como su depresion indica la sequedad de corazon , la insensibilidad, y hasta la maldad. La benevolencia, convenientemente desarrollada, nos dispone á sufrir con los padecimientos ajenos y á aliviarlos : es una caridad ilustrada.

14. La *veneracion* ó *relijiosidad* corresponde al ángulo superior anterior de los parietales, cerca de su articulacion con el frontal. Limítala por delante la benevolencia; por detrás la firmeza , y por los lados la maravi-

llosidad y la esperanza. De consiguiente la elevacion pronunciada del vértice ó coranilla es carácter comun á todos los hombres relijiosos.

15. El órgano de la *firmeza* ó *perseverancia* está situado hácia el vértice de la cabeza, detrás del de la veneracion. Los individuos que lo tienen deprimido son inconstantes y sin carácter; y al contrario, los que lo tienen muy pronunciado son tenaces en sus resoluciones: alámpanse por las cosas difíciles, y toda vez empezada una senda, la recorren á despecho de todos los obstáculos.

16. *Concienciosidad.*—Paralelamente á la esperanza, y detrás de ella, á tres pulgadas y media mas arriba del conducto auditivo, se ve, en cada parietal, el órgano de la concienciosidad, juez íntimo cuya misteriosa voz clama del fondo del corazon, y es para cada cual la regla de su conducta.

17. *Esperanza.* —18. *Maravillosidad.*—19. *Idealidad.*— La *esperanza* se traduce sobre el cráneo, hácia el ángulo superior anterior del parietal, entre la concienciosidad y la maravillosidad. Demasiado desarrollada, enjéndra proyectos jigantescos, fantasmas, castillos en el aire. — La *Maravillosidad* es la inclinacion á las cosas llamadas sobrenaturales: ella es la que inspira á los iluminados. Manifiéstase hácia el borde anterior del parietal, en su union con el hueso frontal. —La *idealidad, imajinacion* ó *poesía*, se dibuja encima de las sienes hácia el borde lateral del hueso frontal. Cuando es muy pronunciada, ensancha considerablemente la parte superior de la frente. Los individuos dotados de esta organizacion son espíritus jeneralizadores, es decir, que pueden elevarse á un punto de vista superior, desde el cual abarcan un horizonte que les permite ver la armonía y el enlace de las perspectivas. La poesía, que en su significacion mas estensa es el sentimiento de las armonías entre todas las cosas de la naturaleza, se confunde con la *idealidad* y la *imajinacion*, que no crea nada, pero que comprende mas ó menos los fenómenos de la vida universal, y los reproduce por el pensamiento.

La *idealidad*, la *maravillosidad* y la *esperanza*, combinadas entre sí, conducen á las exaltaciones, y determinan á veces el éxtasis.

20. La *jovialidad* ó *talento de las agudezas* se traduce, sobre el cráneo, en la parte superior y lateral de la frente, delante del músculo temporal. Los individuos en quienes predomina este órgano son la mayor parte del tiempo máquinas de epígramas, de rasgos punzantes y de felices equívocos; otros se sienten mas dispuestos á hacer sátiras ó caricaturas, esas grotescas sátiras cuyos tipos mas injeniosos y picantes han salido siempre del lapicero de los artistas franceses.

21. *Imitacion.* —El talento de imitacion ó de la mímica se dibuja en el vértice del hueso frontal, á la raiz de los cabellos, los cuales lo cubren casi enteramente. Este talento natural de traducir con fidelidad los senti-

mientos y las ideas por jestos es necesario á los autores dramáticos, á los cómicos y á los oradores. Ese talento es tambien el que inspira á los pintores y escultores aquella verdad de movimiento y de actitud que tan poderosamente contribuye á dar espresion á sus obras.

22. *Individualidad.* — Es la facultad que hace distinguir un individuo de otro individuo, un objeto de otro objeto. Los desprovistos de ella no son en manera alguna aptos para estudiar los fenómenos aislados; y al contrario, los que la tienen muy pronunciada están dispuestos al estudio de las ciencias descriptivas y de observacion analítica. El órgano se traduce inmediatamente encima de la union de la raiz de la nariz con la frente.

23. *Configuracion.* — 24. *Estension.* — 25 *Pesadez.* — 26. *Colorido.* Estos cuatro órganos aparecen sucesivamente sobre el arco orbitario, desde su ángulo interno hasta su parte media. La *configuracion,* ó sentido de las formas, hace percibir la figura de los séres y objetos esteriores: ella da pues la memoria de las formas, y constituye principalmente el talento del dibujo y la aptitud para retener la semejanza de las cosas entre sí. Cuando esta facultad se halla muy desarrollada, aumenta el espacio que media entre los dos ojos. — El sentido de la *estension* y el de la *pesadez* hacen apreciar la superficie de los cuerpos y su peso. El sentido del *colorido* hace percibir y refleja en el celebro la impresion trasmitida por el sentido de la vista. La apreciacion de los colores no depende pues únicamente del ojo; y efectivamente se ven muchos pintores que, á pesar de tener una vista escelente, son pésimos coloristas.

27. *Localidad.* — Es la memoria de los lugares, el sentido del espacio y la facultad de orientarse, facultad natural cuya existencia atestiguan las migraciones de las aves que pasan los mares. Las personas que la tienen muy desarrollada son, por decirlo así, astrónomos natos; la grande propension que tienen á variar de lugar les da la aficion á los viajes. El sentido de la localidad, combinado con el de los colores, produce los pintores de paisajes. Corresponde, sobre el hueso frontal, á las abolladuras inferiores que superan el ángulo interno del arco ciliar.

28. *Cálculo.* — El sentido de los números es una facultad fundamental cuyo órgano se manifiesta en el ángulo esterno de la arcada orbitaria: es ordinariamente menos pronunciado en la mujer que en el hombre: los animales no tienen mas que un aparente rudimento de esta facultad. Las personas que tienen el órgano del *cálculo* muy desarrollado parece que ven los números como escritos en una pizarra, lo cual les permite calcular de memoria. Tienen en jeneral el espíritu recto, pero poco brillante · su carácter es sombrío ó distraido.

29. El *órden* se traduce sobre el arco superciliar, dentro del *cálculo.* Su desarrollo hace la ceja prominente en tal sitio, y denota una persona que quiere que en torno suyo todos los objetos estén dispuestos con si-

metría. Y al contrario, la depresion de este órgano anuncia á aquellos individuos que se complacen en dejarlo todo revuelto, y á quienes de continuo se les estravian los objetos, utensilios ó papeles de su uso.

El *órden*, aplicado á los partos intelectuales, es el método del espíritu.

30. *Eventualidad.* — Es la facultad de conservar el recuerdo de los hechos y de los acontecimientos; es la *memoria de las cosas.* Limítase á recojer los materiales que dispone el órden, y que la *comparacion* y la *causalidad* juzgan y sistematizan. En los niños, que tantas cosas aprenden del mundo esterior, la eventualidad es proporcionalmente muy salida en medio de la frente, á la cual pone combada.

31. *Tiempo.* — Por medio de este órgano, que Spurzheim descubrió, se da uno cuenta del tiempo que ha trascurrido, y se aprecia su sucesion: él es quien da al poeta el ritmo, y al músico la medida. Vésele debajo de las abolladuras frontales y encima de la ceja.

32. *Tonalidad.* — Al lado y hácia fuera del órgano del tiempo aparece el de la tonalidad. Siempre que se encuentra bastante desarrollado, los individuos se sienten agradablemente afectados por la melodía y la armonía, é ingratamente por la discordancia de los tonos. Su predominio anuncia una inclinacion á veces irresistible á la música. « La música y e canto, dice Gall, no son invenciones del hombre; el Criador se las hal revelado por medio de una organizacion particular. »

33. *Lenguaje.* — Al sentido del lenguaje debe referirse la memoria de las palabras, con inclusion de la de los nombres propios. Los ojos huecos y hundidos son un signo de la falta de esta facultad, al paso que los ojos saltones anuncian individuos dotados de una elocuencia fácil.

34. *Comparacion.* — 35. *Causalidad.* — Estas dos facultades intelectuales, llamadas *reflectivas*, constituyen principalmente lo que se llama la razon. La primera, sagacidad comparativa, juzga las relaciones de las cosas para hacerse cargo de sus semejanzas y diferencias; y la segunda no se limita á compararlas, sino que va hasta la induccion, la cual, en vista de los hechos, considera la una como causa, y la otra como efecto.

El órgano de la *comparacion* está situado sobre el hueso frontal, entre la *benevolencia* por arriba y la *eventualidad* por abajo. Su desarrollo escesivo anuncia á los hombres aficionados á los jeroglíficos, á las alegorías, á los apólogos, y que usan siempre un lenguaje lleno de metáforas.

La *causalidad*, situada al nivel y al lado de la circunspeccion, si llega á ser demasiado predominante, puede constituirse un manantial de errores, viendo sin cesar efectos y causas allí donde no hay á menudo mas que simples coincidencias. Entónces la *causalidad* constituye el espíritu sistemático y paradojal.

La falta absoluta de comparacion y de causalidad produce una incapacidad intelectual que pone al hombre muy cerca del bruto. Esas dos facultades, convenientemente desarrolladas, son los poderosos auxiliares de la moral y de la relijion, haciendo comparar juiciosamente las acciones buenas y las malas, haciendo remontar á las causas de unas y de otras, y sobre todo manifestando la eterna sabiduría de la causa primera de toda la creacion.

De esta sucinta esposicion resulta que la *fisiognomía* y la *frenolojía* se proponen ambas el conocimiento del hombre moral; que ambas consideran al hombre esterior como relieve del hombre interior; solo que la primera se fija mas particularmente en las formas *adquiridas* de las diversas partes del cuerpo, y la segunda en las formas *nativas* del cráneo, ó mas bien del encéfalo, del cual hace depender nuestra constitucion y nuestro carácter.

Hoy dia en que esos dos sistemas cuentan casi tantos prosélitos como detractores (1), quizás fuera tan útil como curioso repetir en grande, es decir, sobre masas enteras, las observaciones individuales que han podido hacer Lavater, Gall, Spurzheim, Broussais, Dumoutier y sus predecesores.

Una comision, compuesta de adversarios, de partidarios, y de frios observadores de esos dos sistemas, pudiera, en Paris, mejor que en parte alguna, demostrar claramente su exactitud ó su falsedad. Así, la conformacion cerebral de los trescientos alumnos de la escuela Politécnica vendria necesariamente á confirmar ó á destruir la localizacion del órgano del cálculo y de sus conjéneres; el Conservatorio de música daria el número comparativo de los alumnos y de los profesores que tienen los órganos de la medida y de la armonía considerables ó deprimidos; la Es-

(1) Lo mas notable es que los mas de los individuos que se pronuncian enérjicamente en pro ú en contra de esos dos sistemas ni siquiera se han tomado la molestia de estudiarlos, cuanto menos de profundizarlos. Por lo que á mí hace, no me siento bastante ilustrado para atreverme á emitir un fallo. Creo sin embargo poder decir desde ahora que la localizacion de las facultades no me parece imposible, ni contraria tampoco á nuestro libre arbitrio. Por lo demás, sea esta localizacion una verdad, sea una quimera, nuestras disposiciones nativas no dejan de ser lo que son: únicamente que en el primer caso, los padres y maestros tendrian un medio mas para conocerlas y darles desde el principio una direccion armónica. Sin duda que ni Lavater, ni Gall, ni Spurzheim quisieron jamás predicar el materialismo ni la irrelijion, y fuera por demás injusto hacerles responsables del error de los que han venido á dar tan perniciosa direccion á la ciencia.—Véanse las obras de Gall y de Spurzheim, no menos que los diversos escritos publicados contra sus sistemas por MM. Lebut y Leuret. Véase sobretodo la *Phrénologie morale* de nuestro sabio colega, el Dr. Serrurier (Paris, 1840, en 8°).

cuela real de bellas artes, los talleres particulares de pintura y de escultura, las escuelas de dibujo, cuentan un sinnúmero de jóvenes artistas cuyas disposiciones debieran corresponder al predominio ó á la depresion de los órganos del colorido, de la estension, de la configuracion ó de la constructividad: por último, los miembros mas distinguidos de cada una de las cinco clases del Instituto debieran igualmente presentar un desarrollo cerebral relativo al ramo de los conocimientos humanos que han cultivado con especialidad, y en el cual han podido aventajar á sus colegas.

La localizacion de los sentimientos seria tan fácil de comprobar como la de las facultades intelectuales. Al efecto bastaria asegurarse, en las pensiones, en los colejios y en los seminarios, de si el carácter de los alumnos, que pueden ser observados diariamente, está ó no en armonía con tal ó cual desenvolvimiento de la rejion superior del cráneo.

En cuanto á las inclinaciones inferiores y á la necesidad, ahí están los presidios y las casas de detencion que permiten repetir las observaciones contradictorias de los frenolojistas y de sus adversarios.

Durante su inspeccion podrian los mismos comisionados examinar simultáneamente si los caractéres fisiognomónicos indicados por Aristóteles, Galeno, Alberto el Grande y Lavater, son ciertos ó ilusorios; si los dos sistemas de que hablamos tienen solo algunos puntos de contactos, ó si están íntimamente enlazados; si el uno es quizás la consecuencia del otro; y en este caso, á cuál de los dos toca la preminencia. Por último, un exámen comparativo de la fisonomía, del jesto y de la conformacion craniana de un gran número de individuos, observados de nuevo, con algunos años de intervalo, haria ver si los cambios inducidos por la educacion en el carácter y la intelijencia han causado modificaciones correspondientes en la parte física. Claro está que tales investigaciones exijirian gran número de años de estudios concienciosos y tambien difíciles; mas los preciosos datos que suministrarian á la relijion, á la medicina, á la jurisprudencia y á las bellas artes; las mejoras subsecuentes que podrian proporcionar á nuestra sociedad egoista y corrompida, debieran bastar, á mi entender, para llamar la atencion de los gobiernos, y empeñarles á mandar acometer un trabajo del cual no he podido dar aquí mas que una idea imperfecta.

CAPITULO VI.

MARCHA, COMPLICACION Y TERMINACION DE LAS PASIONES.

> Las pasiones y las enfermedades son hermanas estrechamente unidas: nacen, marchan y terminan de un mismo modo.

Las pasiones no siempre se desarrollan con violencia y rapidez: por esto los Griegos daban el nombre de προπάθεια, *ante-pasion*, al estado moral en que el deseo solicita blandamente al alma, de la cual trata de señorearse. Este es el momento en que la razon puede y debe examinar atentamente si aquel deseo es loable ó no, y si conviene mas ahuyentarlo que satisfacerlo.

Cuando algun movimiento de vanagloria, de egoismo ó de voluptuosidad llega á ajitar nuestra alma, si esta lo halaga con complacencia, á pesar de reconocerlo vicioso, si á él se abandona con reflexion y voluntad, la pasion, ya formada, acrece súbitamente su enerjía, y no tarda en impulsarnos á actos nocivos y criminales.

Pero la pasion se va haciendo mas insaciable y tiránica á medida que se ejercita: el hábito, esa segunda naturaleza, la convierte en necesidad imperiosa; y el hombre, verdadero esclavo, no tiene ya entónces por guia mas que una razon falseada y corrompida, que llega hasta el estremo de hacerle querer su degradante vasallaje.

En esos tres períodos de desarrollo, que á menudo se confunden, puédese notar que la voz de las pasiones nos solicita de una manera distinta: en el primero, *piden*; en el segundo, *exijen*; en el tercero, *obligan*.

Al tratar de la influencia de la edad, he indicado ya suficientemente bajo qué órden aparecen las principales pasiones: me limitaré pues aquí á recordar que las dependientes de las necesidades animales son las primeras en manifestarse; vienen en seguida las que dependen de las necesidades morales; y por último, las referentes á nuestras necesidades intelectuales.

Si examinamos ahora la marcha de las pasiones, atendiendo á su violencia y al tiempo que trascurre entre su nacimiento y su terminacion, no

puede menos de sorprendernos la analojía que tienen con las enfermedades que aflijen al cuerpo. Con efecto, lo mismo que estas últimas, se presentan en estado agudo ó en estado crónico; lo mismo que estas últimas, pasan frecuentemente del estado crónico al estado agudo, ó bien desaparecen, manteniéndose sujetas á una especie de periodicidad, en la cual, á mi entender, los médicos y los moralistas no han fijado bastante la atencion. Lo mismo que estas últimas, en fin, su ímpetu y duracion dependen mas ó menos de la edad, del sexo, de la constitucion, del clima, de los alimentos, de la disposicion hereditaria, en una palabra, de la doble atmósfera física y moral que nos rodea. Así, jeneralmente hablando, la cólera es un delirio agudo, y el odio una afeccion crónica, cuya crísis mas comun es la venganza. Los celos y la envidia, pasiones de los entes débiles, tienen una marcha primitivamente crónica; son dos fiebres consuntivas que roen lentamente las entrañas de sus víctimas. El amor es una fiebre ardiente que tiene sus exacerbaciones, sus arrebatos y sus furores. La ambicion es una fiebre tenaz, cuya marcha insidiosa y cuyos paroxismos irregulares dan la muerte en medio de la esperanza. La borrachez, en fin, vicio el mas brutal de todos los vicios, se parece con frecuencia á aquellas calenturas nerviosas intermitentes cuyo principal carácter constituyen los retornos periódicos (1).

Las pasiones son solidarias entre sí como nuestros órganos: no es posible que se ponga en juego una, sin que al momento se remuevan las demás. Pero la pasion dominante es entónces una reina despótica que sobreescita las facultades, los sentimientos, los instintos favorables á sus deseos, y que impone silencio á los que quisieran oponerse á sus designios.

No admito pasion alguna simple, cual no admito enfermedades simples: cuando una víscera está profundamente alterada, con ella sufre todo el organismo: y cuando una pasion está arraigada en el corazon del hombre, toda su parte moral se altera: en estos dos casos, el alma y el cuerpo participan del estado morboso, porque en nosotros forman un solo todo. A mi parecer pues, los moralistas que han distribuido las pasiones en simples y compuestas han establecido una division puramente arbitraria. Todas, por otra parte, ofrecen al análisis dos, tres, y á veces mas elementos morales apreciables. Con efecto, la ambicion no es otra cosa mas que una mezcla de orgullo, de terquedad y de loca esperanza:

(1) Habiendo tenido proporcion de visitar muchos individuos dados al abuso de las bebidas alcoólicas ó del opio, he observado casi constantemente la influencia de la periodicidad en su funesta inclinacion: unos no se emborrachaban mas que el domingo; otros el lúnes; muchos tres dias seguidos cada quincena, y otros, en fin, cada mes. Esta última observacion la he hecho en mujeres, las mas de las cuales habian pasado ya de la edad crítica.

sin hablar de la necesidad de los sentidos, el amor se compone á menudo tanto de vanidad, de egoismo y de imajinacion como de afecto real: los celos y la envidia, tristes apreciadores de su endeblez, no son mas que un compuesto de temores, de odio y de dolor: la avaricia, en fin, tan mal comprendida por La Bruyere y Rousseau (1), no es mas que un conjunto de frio egoismo y de circunspeccion estremada en séres ordinariamente enflaquecidos por la edad ó las dolencias. Por lo demás, esas diversas complicaciones, estudiadas en los dos sexos, presentan notables diferencias, en las cuales insistiré cuando trate de cada pasion en particular.

Si el orgullo y la vanidad acompañan al hombre desde la cuna al sepulcro, pasiones hay tambien que cesan jeneralmente en ciertas épocas de la vida, y ceden el puesto á otras que surjen no menos tiránicas. Así la gula y la pereza, tan naturales á la infancia, son ordinariamente reemplazadas en la juventud por la prodigalidad y los arrebatos del amor. Algunos años despues, el amor rinde su cetro á la ambicion; esta á su vez desaparece en el viejo; y llega despues la avaricia para no desaparecer sino con su víctima. Tales son las terminaciones, ó, mejor dicho, las trasformaciones necesarias que esperimentan las principales pasiones observadas en el círculo de la vida humana.

Nuestras pasiones, abandonadas á sí mismas, rara vez terminan por una verdadera curacion; el hombre casi nunca está exento de ellas; no hace mas que cambiar de pasiones; á menudo no se libra de un esceso, sino para caer en otro, dejando á un lado la virtud que los separa: el poltron se hace temerario, los pródigos se vuelven avaros, y los enamorados acaban por detestarse cordialmente. ¡Tan cierto es que los estremos se tocan!

En cuanto al pronóstico que se puede hacer de la mas ó menos funesta terminacion de las pasiones, una esperiencia de todos los dias nos demuestra que las enfermedades, la locura, una muerte prematura, el oprobio, la miseria, los crímenes, los castigos de los hombres, precursores ordinarios de la justicia divina, son la triste é inevitable perspectiva de los imprudentes que tempranamente no se aplican á enfrenar sus necesidades y á moderar la violencia de sus deseos.

Este espantoso pronóstico, que debe hacerse de los individuos abandonados al ímpetu de sus pasiones, es aplicable tambien á las naciones, á esas grandes familias unidas primitivamente por las mismas creencias, los mismos intereses y las mismas costumbres. Desde el momento en que quedan rotos los vínculos que constituian su fuerza, desde el momento en que cada individuo, erijiendo en ley sus propias doctrinas, se hace una relijion del egoismo, de la intemperancia, del lujo y de la concupiscencia, puédese infaliblemente anunciar su próxima disolucion ó su

(1) Véase mas adelante el artículo AVARICIA.

retorno á la barbarie; á menos de que la Providencia, siempre bondadosa, hasta cuando castiga, no envie algun azote destructor que los obligue á entrar de nuevo en la senda de los sentimientos puros y jenerosos.

CAPITULO VII.

EFECTOS DE LAS PASIONES EN EL ORGANISMO.—REACCION DEL ORGANISMO CONTRA LAS PASIONES.—SUS EFECTOS EN EL CUERPO SOCIAL Y EN LAS CREENCIAS RELIJIOSAS.

> Las borrascas que trastornan las facultades morales destruyen las fuerzas físicas, y toda pasion vil es un veneno abrasador.
> (J. Droz, *Essai sur l'art d'etre heureux*)

En jeneral, las pasiones modifican el organismo de tres maneras distintas, segun afectan agradablemente, con pena, ó segun que, despues de haberle hecho esperimentar algun dolor, le dejan reaccionar contra la causa de su padecimiento. En el primer caso, llaman al esterior del cuerpo todas las fuerzas vitales; en el segundo, las repelen hácia las entrañas; y en el tercero, las hacen retornar violentamente del interior á la periferie. Las pasiones alegres son pues eminentemente escéntricas; dilatan, espanden las facciones del rostro, que coloran con el aflujo del calor y de la sangre. Las pasiones tristes, al revés, son concéntricas; contraen el semblante, agrupan las facciones, y disminuyen sensiblemente el calor de la piel, á la cual comunican un tinte pálido, amarillo ó aplomado. Las pasiones mixtas participan de esos dos efectos, es decir, que, primitivamente concéntricas, se vuelven tanto mas escéntricas cuanto mayor es la potencia de reaccion de que están dotados los individuos: tal es la cólera en las personas robustas y biliosas.

Cuanto mas en juego se ponen las pasiones, tanto mas acortan la existencia de los individuos, lo mismo que la de los pueblos, por el escesivo consumo vital que producen.

Los nervios, únicos conductores de que se sirve el alma para recibir y trasmitir sus impresiones, están ordinariamente tanto mas desarrollados, en cuanto las afecciones morales han sido mas vivas, mas frecuentes, y mas activo el pensamiento. Por esto, en igualdad de circunstancias, se encuentra el gran simpático mucho mas robusto en la mujer que

en el hombre, al paso que en este predomina el árbol cérebro espinal.

Pregúntase ahora: ¿la conmocion comunicada á todo el sistema nervioso por nuestras diversas pasiones va á afectar indiferentemente tal ó cual parte del cuerpo, ó bien hace sentir su contragolpe con preferencia sobre tal ó cual órgano? Hé aquí un problema cuya solucion me ha ocupado largo tiempo, y que muchísimos hechos patolójicos me han permitido resolver en los siguientes términos:

1°. Cuando en la economía hay un órgano enfermo, en él hace sentir su contragolpe la pasion.

2°. Si existe completa armonía entre todas las funciones, las pasiones alegres conmueven con preferencia los órganos torácicos, las pasiones tristes afectan las vísceras abdominales (1), y las pasiones mixtas se ceban primero en el vientre, remontando luego al pecho.

5°. En los individuos de temperamento, ó, mas bien, de constitucion fuertemente pronunciada, los efectos mórbidos varian segun los diversos predominios orgánicos, predominios que, segun he manifestado, son una verdadera predisposicion á enfermedades en cierto modo determinadas. Supongamos que tres jóvenes, el uno sanguíneo, el otro nervioso, y el tercero bilioso, se entreguen, en condiciones iguales, á un violento acceso de cólera: el primero tendrá probablemente una conjestion ó una hemorrajia; el segundo un espasmo acompañado de movimientos convulsivos; y el tercero una ictericia ó un flujo bilioso, precedido de cólicos mas ó menos agudos.

Tales son las leyes segun las cuales se comunica el sacudimiento de las pasiones, leyes que el simple buen sentido hubiera podido establecer *à priori*, y que me han costado muchos años de estudios morales y de investigaciones patolójicas.

Los antiguos descubrieron perfectamente la influencia del moral sobre el físico; pero muéstranse por demás esclusivos, y toman á menudo el efecto por la causa, cuando pretenden que la alegría viene del bazo, la cólera de la vejiga de la hiel, el amor del hígado, la jactancia de los pulmones, la sabiduría del corazon, etc. (2). A esta teoría, bajo muchos conceptos errónea, creo poder sustituir observaciones concienciosas y repetidas que me han demostrado hasta la última evidencia que cada una

(1) Es mas que probable que por efecto de las pasiones esperimente tambien la sangre alteraciones cuya índole llegue tal vez á revelarnos la química. Por ahora creo poder sentar que las pasiones alegres ó escéntricas comunican á dicho líquido los caractéres físicos que presenta en las mas de las inflamaciones agudas, mientras que las pasiones tristes ó concéntricas, , le dan mas bien el aspecto que ofrece en las enfermedades asténicas, señaladamente en el escorbuto.

(2) « Homines splene rident, felle irascuntur, jecore amant, pulmone jactant, corde sapiunt, etc. »

de aquellas entrañas puede enfermar bajo la influencia de diferentes pasiones; que á su vez cada víscera puede determinar pasiones diversas; y por último, que, en igualdad de circunstancias, pasiones iguales producen constantemente iguales enfermedades. Las tres leyes anteriormente establecidas, junto con estas, que no son mas que una consecuencia de las primeras, me han hecho diagnosticar con certeza en varios casos de medicina práctica, tan curiosos como difíciles.

Ese estudio del influjo de las pasiones en las enfermedades y de las enfermedades en las pasiones, estudio tan fecundo en resultados, como hasta ahora descuidado, puede fácilmente conducirnos á la solucion de los dos problemas siguientes:

1°. Si un individuo sano y de una constitucion dada se entrega á tal ó cual pasion, ¿qué enfermedad contraerá? ¿cuáles serán los órganos principalmente afectados?

2°. Dado un individuo de carácter previamente conocido, determinar, por las alteraciones sobrevenidas en su salud, cuál es la pasion que actualmente le domina.

Muchas veces me ha sucedido, especialmente en las pasiones y en las enfermedades pasadas ya al estado crónico, hacer un pronóstico cuya certeza ha venido á confirmar el tiempo.

Las enfermedades producidas por las pasiones son incomparablemente mas frecuentes que todas las que dependen de las demás modificaciones de la economía. Con efecto, la mitad de las tisis, así adquiridas como hereditarias, reconocen por causa el amor ó el libertinaje. La gota y las flegmasias agudas del tubo intestinal no son, en los mas de los casos, sino tristes frutos de la intemperancia, y sobre todo de la gula. Las enfermedades crónicas del estómago, de los intestinos, del hígado, del pancreas y del bazo son jeneralmente debidas á la ambicion, á los celos, á la envidia, ó á largos y profundos pesares. De 100 tumores cancerosos, 90 al menos deben su principio á afecciones morales tristes. La epilepsia, el baile de san Vito, los temblores nerviosos y las convulsiones, provienen muy á menudo de un fuerte espanto ó de un violento arrebato de cólera. Cuando la fiebre lenta nerviosa y el marasmo, á cuyo ímpetu sucumben tantas criaturas y tantos jóvenes, no reconocen por causa los celos, debemos sospechar que existe el funesto hábito del onanismo. La pasion al estudio, sobreescitando de continuo el celebro en menoscabo de los demás órganos, ¿no produce tambien, en los sujetos que á ella se abandonan, la dispepsia, la gastraljia, el desvelo, el flujo hemorroidal, y aquella susceptibilidad nerviosa que tan infelices los hace, al propio tiempo que los convierte en tormento de las personas que los rodean?

Por otra parte, ¿las tres cuartas partes de muertes repentinas no son ocasionadas por la borrachez, la gula, el libertinaje ó la cólera?

El suicidio, esa plaga que vemos reinar epidémicamente en los tiempos de corrupcion y de turbaciones sociales, ¿no es casi siempre consecuencia de alguna fogosa pasion ó de algun secreto pesar?

Por último, de 8.272 enajenados entrados en Bicetre durante el espacio de nueve años, se encuentra, segun el estado que da la administracion de los hospitales, que los mas de aquellos infelices habian perdido la razon de resultas de violentas pasiones ó de afecciones morales con sobrada vivacidad sentidas (1).

Tambien es una ley de la economía que todo órgano que padece pugna por disminuir la irritacion ó la conjestion que esperimenta, irradiándola hácia las partes con las cuales mas simpatiza. En las pasiones mas furiosamente estremadas, la reaccion de las vísceras torácicas y abdominales tiene principalmente lugar sobre el encéfalo, el cual, á su vez, conmovido por ese reflujo mórbido, turba sensiblemente la razon, y la vuelve juguete de las mas chocantes alucinaciones. Mirad á ese medroso niño, precisado á atravesar de noche una calle del jardin de su casa: al mas leve ruido figúrasele ver ya un ladron y un asesino que se le arroja encima. Ya se le figura que se encamina á él; ya no ve uno, sino dos, tres. Entónces un sudor frio baña su cuerpo; flaquéanle las rodillas; quiere gritar, y su voz se apaga en los labios. Y todos aquellos ladrones no eran mas que árboles movidos por el viento, á los cuales la imajinacion del niño habia dado una forma falaz. Mirad tambien á ese jóven, víctima de un amor violento, y dispuesto á sacrificarlo todo por la mujer á quien adora: si una circunstancia cualquiera llega á apagar el ardor insensato que le devoraba, cual si saliese de un sueño, queda sorprendido de advertir mil defectos notables en la que minutos antes se le aparecia como el tipo de todas las perfecciones. Así pues, ora las pasiones reaccionen sobre el celebro, ora le afecten primariamente, siempre inclinan la imajinacion y los sentidos á falsear momentáneamente la razon; y en tésis jeneral, puede decirse que casi no difieren de la locura sino por su duracion.

Hay, por último, otro fenómeno de reaccion, digno de llamar toda la atencion del médico: y es la *escrecion crítica* que tiene lugar en las pasiones referentes á las necesidades animales. Así, la emision del flúido prostático y del licor seminal desembarazan al organismo del espasmo ó de la ajitacion determinada por los violentos deseos eróticos. Los individuos afectados de un vivo terror sucumbirian infaliblemente, si el *erizamiento* de los cabellos, un sudor jeneral ó las escreciones albinas no viniesen

(1) Las causas morales de suicidio se presentan bajo el siguiente órden de frecuencia: *abusos de los líquidos alcoólicos*, *pesares domésticos*, *mala conducta y libertinaje*, *reveses de fortuna*, *ambicion*, *terror*, *amor contrariado*.

á servirles de saludable desahogo. Así tambien el perezoso no se libra de su entorpecimiento y tedio sino á favor de prolongados bostezos acompañados de lagrimeo y pandiculaciones. En un intenso dolor tambien, el que puede derramar lágrimas en abundancia acaba por sentirse menos afectado y menos infeliz. Por último, si el hombre fino exhala su resentimiento con un epígrama, una murmuracion, una perfidia, ¿no exhala el hombre del pueblo su cólera con salivazos, con blasfemias, gritos, injurias y golpes? En esos dos individuos, el resultado fisiolójico es uno mismo; solo que el último se deja llevar de los impulsos de la naturaleza, y el primero sigue los usos de una sociedad corrompida.

Se ha visto algunas veces que los humores escretados durante la crísis de ciertas pasiones adquirian de repente cualidades anormales y hasta deletéreas: el miedo, por ejemplo, ha puesto súbitamente canos los cabellos, y la saliva de individuos en furor ha bastado mas de una vez para comunicar el mal de rabia.

—Mas delirantes y terribles se ostentan todavía las pasiones, si las consideramos en las masas populares. Entónces se hacen altamente contajiosas, ganan con rapidez individuos y mas individuos, hasta á los simples espectadores, y los arrastran á veces á actos cuyas consecuencias deploran cuando han vuelto de su funesta ceguedad.

Los siguientes estados, resúmenes exactos de documentos oficiales, darán á conocer los motivos aparentes de los crímenes de envenenamiento, homicidio, asesinato é incendio, clasificados por su frecuencia; y manifestarán al propio tiempo la accion perturbadora de las pasiones en la sociedad:

De 1000 crímenes de esta naturaleza:

Odio y venganza han producido.	264
Disensiones domésticas, rencor entre parientes.	143
Querellas en el juego ó en los lugares públicos.	113
Robo (para ejecutarlo ó asegurar su impunidad).	102
Querellas y encuentros fortuitos. . . .	94
Discusiones de intereses ó de vecindario. .	80
Adulterio.	64
Mala conducta, concubinaje, seduccion. .	53
Deseo de recojer una sucesion ó de hacer cesar una renta vitalicia.	26
Deseo de cobrar una prima sobre la vida ó las propiedades.	25
Amor desdeñado ó contrariado, negativa de	

matrimonio.	20
Zelos.	16
	1.000

En el año 1839, sobre 772 crímenes de envenenamiento, incendio, asesinato, homicidio y golpes ó heridas seguidas de la muerte, aunque dadas sin intencion de ocasionarla, se halla que:

El deseo de lo ajeno ha producido.	113
El adulterio.	43
Las disensiones domésticas.	94
El amor contrariado y los zelos.	20
El concubinaje y la mala conducta.	38
El odio y la venganza.	243
Las riñas en el juego.	88
Los encuentros y querellas fortuitas.	31
Motivos varios.	102
	722

Durante el año 1838 comparecieron ante nuestros tribunales criminales *(cours d'assises)* 8014 acusados de crímenes. De este número, 2189 (27 por 100) eran acusados de crímenes contra las personas, y 5825 (75 por 100) de crímenes contra las propiedades. Los tribunales de polícia correccional fallaron el mismo año sobre la suerte de 192.254 acusados. Y por último, los tribunales de simple policía dieron 154.088 fallos contra 202.814 inculpados. Así, para un solo año se cuentan en Francia:

Acusados (de crímenes).	8.014
Acusados (de delitos)	192.254
Inculpados (por contravencion).	202.814
Suicidas.	2.586
Muertes repentinas por borrachera.	215
Desafios seguidos de muerte.	19

Para completar este espantoso resúmen de los efectos sociales producidos por las pasiones, debemos añadir el número de hijos naturales, que asciende á 70.089. Tambien convendria agregar el número de enfermos de venéreo (1) y el de locos; pero no hemos podido procurarnos los datos correspondientes á toda la Francia

(1) En el espacio de 20 años (1814-1834) esos enfermos han causado á los hospitales civiles de Paris un gasto de 4.940.296 francos (Véase el artículo LIBERTINAJE).

En solo Paris fueron admitidos, en 1838, en el hospital militar del *Val-de-Grace* y sus sucursales, 849 venéreos.

En el mismo año los dos hospicios de la Vejez, *Bicêtre* y la *Salpetrière*, recibieron 1252 enajenados.

En esos diversos establecimientos, el número de venéreos ascendió, en 1840, á 1215, y el de enajenados á 1532: hay progreso hácia el mal.

—Por lo que toca á los efectos de las pasiones sobre la fe, ninguno de nosotros habrá dejado de observar en sí mismo ó en los demás que el desarrollo de algun violento deseo produce casi siempre el enflaquecimiento de nuestras creencias, y sobre todo la neglijencia de las prácticas impuestas por la relijion. Por lo demás, en la jeneralidad de los casos, el orgullo, y no la conviccion, es lo que nos vuelve incrédulos. La relijion es un freno que nos incomoda: de él nos desembarazamos en el arrebato de las pasiones; y nos lo volvemos á poner cuando nuestro corazon recobra la calma.

CAPITULO VIII.

TRATAMIENTO DE LAS PASIONES.

Tratamiento médico. — Tratamiento lejislativo. — Tratamiento relijioso.

> „Ne corporis quidem morbos veteres et diù auctos, nisi per dura et aspera cœrceas; corruptus simul et corruptor, æger et flagrans animus haud levioribus remediis restinguendus est, quam libidinibus ardescit."
>
> (TACIT., Annal. 3, 54).

Entiendo que la medicina moderna no da la suficiente importancia al tratamiento de las enfermedades causadas ó sostenidas por las pasiones. ¡Qué lástima! Vense todos los dias prácticos distinguidos formular esclusivamente prescripciones farmacéuticas en casos que ante todo reclaman remedios morales. Otras veces, por falta de tiempo, de paciencia, ó de interés á favor del enfermo, despues de haber descubierto la causa de sus padecimientos, se contentan con decir: « Es una afeccion moral que le está minando; nada podemos remediar nosotros en eso. » Y hacen sus visitas menos frecuentes cuando debieran multiplicarlas, prolongarlas, y cambiarlas en aquellas dulces pláticas de las cuales tanto alivio reporta el que ve que toman parte en su dolor. No hay duda en que el ambicioso,

el vengativo, el celoso, afectados de una hepatítis crónica, no curarán con el solo auxilio de nuestros medicamentos; pero si con nuestros consejos ó por medio de alguna feliz estratajema logramos menguar siquiera la pasion que los ajita, verémos que en los mas de los casos reporta su físico una mejoría sensible. Dirémosles entónces que aquella mejoría, cuyo valor ellos conocerán mejor que nadie, seria perdida desde luego, si volviesen á fijarse en el objeto de su pasion; y posible será que hagan este sacrificio en obsequio de su propia conservacion, habiendo nosotros logrado de este modo una doble cura.

El tratamiento médico de las pasiones, como el de las enfermedades, es preservativo ó curativo. En ambos casos exije el uso *simultáneo* de los medios físicos y morales adecuados al esceso que se trata de precaver ó de hacer cesar. En el estudio de las pasiones en particular me estenderé acerca del tratamiento relativo á cada una de ellas; y así es que ahora me limitaré á presentar una simple enumeracion de los medios que pueden emplearse con mas eficacia, y de las circunstancias que importa tomar en consideracion.

Edad. — Cada edad tiene sus pasiones particulares, que conviene combatir muy desde el principio. Cuando han llegado á fortificarse por un largo hábito, casi no hay que pensar en atacarlas; conviene hacerlo cuando despuntan, porque entónces se las domina con bastante facilidad: mas tarde, el éxito es dudoso, y muchas veces hasta imposible. Esta observacion, sobre la cual tanto insistian los antiguos, es tan cierta en medicina como en moral: nunca será bastante recomendado el consejo de Ovidio:

Principiis obsta sero medicina paratur
quum mala per longas invaluere moras.

Sexo. — Cuando tengamos que tratar una misma pasion en los dos sexos, no nos descuidemos de poner en juego dos poderosos auxiliares, el interés en el hombre, y el sentimiento en la mujer.

Aconsejemos tambien á los padres que no dejen exaltar las facultades amatorias de sus hijas, pues cada una de ellas tiene ya naturalmente una novela en el corazon.

Constitucion. — Hemos visto anteriormente que nuestra constitucion no solo nos predispone á enfermedades, sino tambien á pasiones, en algun modo determinadas: que los sanguíneos, por ejemplo, son mas inclinados al amor, los linfáticos á la pereza, los biliosos al rencor, á la ambicion, á los celos. Haciéndose el facultativo cargo de esta observacion, no dejará de disminuir el predominio funcional mediante un réjimen apropiado, y reduciendo de este modo todos los órganos al estado mas

cercano al equilibrio físico, contribuirá poderosamente á mantener el equilibrio moral, que no es otra cosa mas que la salud del alma, la virtud.

Disposiciones hereditarias y lactancia. — Convencido esperimentalmente de que las pasiones se trasmiten por herencia y hasta por la leche de la nodriza, se hará entender á la mujer que está sujeta á la cólera, á la pereza ó á la borrachez, la necesidad de que se corrija prontamente, si no quiere esponerse á matar la criatura que lleva en su seno, ó á comunicarle sus vicios. En los mas de los casos, bastarále al amor maternal esta advertencia; y si no alcanzase, se deberá confiar el recien nacido á una nodriza cuyas buenas cualidades puedan correjir las funestas inclinaciones que recibió con la vida.

Alimentos. — El réjimen alimenticio, tan eficaz para modificar un predominio orgánico demasiado pronunciado, no lo es menos para combatir las pasiones que escita el mismo predominio. Así, los individuos linfáticos y perezosos deben someterse á una alimentacion tónica y hasta lijeramente escitante, al paso que los sanguíneos y los sanguíneo-biliosos, naturalmente inclinados á las pasiones escéntricas, como el amor y la cólera, verán como los ímpetus de su carácter se doman bajo la influencia de una alimentacion vejetal, mucilajinosa y poco reparadora. El vino puro, medicamento precioso para los primeros, seria para los segundos un verdadero veneno, que no haria mas que sostener el fuego ya harto activo que por sus venas circula. Tissot cita la observacion de un niño que á la menor contrariedad caía en un acceso de furor, y que logró curarse, únicamente á favor de una alimentacion lijera y refrescante. El mismo autor cuenta que un jóven de buena constitucion y de carácter amable, pero inclinado á la cólera, habiéndose entregado á los mas violentos arrebatos de resultas de una comida escitante, se avergonzó tanto de ello, que desde entónces tomó la resolucion de no vivir mas que de leche, féculas, frutas y agua. Este réjimen, que siguió hasta el fin de su larga carrera, le procuró un estado de calma perfecto. Sabido es tambien que los bracmanes deben la dulzura de carácter que los distingue á su gran sobriedad y á la dieta vejetal que se imponen durante su vida.

Aire, habitacion. — La salubridad del aire y la eleccion de la habitacion no son cosas indiferentes en el tratamiento de las pasiones. Seguramente que no curaréis á un perezoso dejándole en medio de una habitacion pantanosa, ni á un ambicioso, si no le apartais del torbellino y del aire viciado de las grandes poblaciones. En jeneral, el aire puro de los campos, tan saludable en un sinnúmero de enfermedades, no es menos propicio para calmar las pasiones. « En el campo, dice uno de nuestros historiadores, los resentimientos se calman, la ambicion no tiene pábulo, y los acontecimientos no parecen mas que sueños de la historia. »

Vestidos. — Las túnicas de lana tosca, aplicadas inmediatamente sobre

la piel, ejercen una friccion continua que acaba por embotar su sensibilidad, y contribuyen de este modo á amortiguar el fuego de las pasiones. Esta es la principal razon de haberse impuesto por hábito á varias comunidades relijiosas.

Guardémonos, por otra parte, de inspirar á los niños una loca vanidad, estasiándonos en elojios de lo bonitos que están cada vez que se les pone un vestido nuevo. Nuestros gritos de esclamacion les inducirian infaliblemente á creer que valen mas porque van mejor vestidos. Y en esto cometemos una doble falta: falseamos en primer lugar su juicio, y en seguida les damos una triste leccion de presuncion, la cual, sobre todo en las niñas, puede tener las resultas mas funestas. ¡ Cuántas, en efecto, se entregan al libertinaje, únicamente para satisfacer sus caprichos de tocador! ¡ Cuántas otras mueren en la flor de su edad, víctimas de una vanidad culpable, que les hacia oprimir el talle en demasía con el objeto de aparecer mas esbeltas y agraciadas! La salud, como la moral, reclama vestidos cómodos, limpios, decentes, y nada mas: el cuerdo viste, el necio se adorna.

Sueño. — Un sueño demasiado prolongado no hace mas que alimentar la indolencia y la holgazanería. En tésis jeneral, no debe pasar de nueve horas para los niños, y de siete á ocho á lo mas para los mozos y los adultos.

Fundadamente han declarado los médicos contra el uso de los colchones de pluma. El escesivo calor que concentran enerva el alma y el cuerpo, al paso que predispone á *hábitos viciosos.* Al contrario, á los que los tienen contraidos no se les debe permitir mas que colchones de crin ó simples jergones rellenos de paja de maiz.

Educacion. — Si se llega á modificar, y hasta á cambiar de todo punto el carácter de un sinnúmero de animales, ¡ qué resultados morales no es dado esperar, si nos dignamos tomarnos la misma molestia para la educacion del hombre! Convengamos en que esa educacion no se ha ensayado hasta ahora sino de un modo muy incompleto; y á pesar de la inmensa ventaja que nos da el Cristianismo, en muchos puntos nos hallamos infinitamente mas atrasados que los antiguos. En primer lugar, nos ocupamos harto temprano de la intelijencia, y descuidamos demasiado el desarróllo del cuerpo: entre nosotros se miran con sobrado desden los ejercicios jimnásticos; y no obstante, su influencia es poderosísima para ahogar deseos precoces ó moderar los violentos. Por otra parte, con la irritabilidad escesiva que al sistema nervioso comunica la instruccion prematura, las complexiones van menoscabándose de dia en dia, y si no se pone un remedio, llegará tiempo en que no se hallarán brazos bastante robustos para trabajar. Sé que en compensacion tendrémos un ejército de novelistas, de poetas y de oradores; pero dudo que tales soldados val-

gan para fertilizar el suelo de la patria, ó para defender largo tiempo el territorio, si se viese amenazado. Descúidase tambien por demás la educacion moral y relijiosa, cien veces mas importante que la educacion puramente intelectual. Las naciones no han perecido jamás por falta de saber, sino por falta de moralidad: las buenas costumbres son el alma de las sociedades.

Estudiada bajo este punto de vista, la Europa presenta á los observadores alarmantes síntomas de una disolucion próxima é inevitable, si el Cristianismo no viene á obrar una rejeneracion saludable. ¿Cuáles son, realmente, los frutos que se sacan del actual modo de educacion? Si echamos una ojeada sobre la juventud que se cria en torno nuestro, ¿qué vemos desde las escuelas primarias hasta los colejios? Niños á quienes unos maestros asalariados dan tal cual leccion de moral que los padres empiezan por corromper, y que el mundo hace pronto olvidar, porque el verdadero mérito es siempre despreciado, y el vicio es siempre ensalzado, con tal que sepa triunfar y deslumbrar. ¿Qué vemos fuera de las escuelas y colejios? Aquí una turba de obreros turbulentos y ambiciosos, corrompidos ya por nuestro teatro, y á quienes imprudentes consejeros quisieran arrancar la idea de la Divinidad, para que luego no respetasen ninguna de las potestades de la tierra; — allí unas pobres niñas arrastradas al libertinaje por la aficion al tocador, ó por las lecturas peligrosas; — en posicion mas elevada, vemos á unos jóvenes con cierta instruccion académica, pero inhábiles para resistir la menor fatiga; sin conviccion, sin creer en nada mas que en su propio mérito; ora ataviados como mujeres, ora en un repugnante desaliño, y dando, hasta en las calles, el ruin espectáculo de sus vicios, de los cuales hacen procazmente gala. Tal es la jeneracion que va creciendo, y que dentro de algunos años será llamada á ejercer honrosas profesiones, á desempeñar empleos en el estado, quizás á lejislar y á dar lecciones de moral á la jeneracion que ha de seguirla. ¿Quién es capaz de adivinar el porvenir de nuestra sociedad dirijida por tales maestros? Quiera el Cielo que nuestros gobernantes echen de ver al fin el espantoso abismo abierto á nuestros piés, y que con un cuerdo sistema de educacion pública, apoyado en la moralidad de sus propios actos, preparen la rejeneracion social cuya indispensable necesidad conocen todos los hombres de luces! Entre tanto, y mientras nos limitemos á desarrollar una sola parte del cuerpo en perjuicio de las demás; mientras ejercitemos de continuo la memoria y la imajinacion sin formar el juicio; mientras dejemos de cultivar los sentimientos eminentemente conservadores de justicia, de benevolencia y de veneracion; mientras, en fin, la educacion no comprenda todo el hombre, es decir, cada una de sus necesidades animales, sociales, intelectuales, y no tenga por base la relijion, única sancion de la moral, siempre se verá, á

despecho de la civilizacion, que las pasiones instintivas ó brutales dominan en las masas, y que reina una ambicion egoista entre los espíritus turbulentos que aspiran á dirijirlas.

Hábito. —Durante el tratamiento de una pasion, desconfiemos siempre del poderío, ó, mejor dicho, de la tiranía del hábito. Guardémonos bien, por otra parte, de desmayar, si, no obstante nuestros consejos y sus propios esfuerzos, vuelven de vez en cuando los enfermos á sus inclinaciones viciosas. Para el médico moralista es ya un gran paso hácia la curacion el haber destruido la periodicidad en los accesos de la pasion, y es un primer triunfo que debe hacernos presajiar la cura radical.

Obtenida esta cura, nótase que en los primeros meses los individuos están melancólicos y muy irritables: aquello es la voz espirante de la antigua necesidad que aun quiere hacerse oir, y que debe obligarnos á prodigar nuestros mas afectuosos consuelos á aquellos pobres convalecientes, hasta que se sientan completamente felices con su curacion.

Hábitos hay que conviene desarraigar con violencia; y otros que solo pueden dominarse á fuerza de tiempo y de suavidad. En el primer caso, me ha ido siempre bien el establecer un exutorio, que tiene la doble ventaja de dar una nueva direccion á la sensibilidad, y de reemplazar la escrecion habitual que he manifestado se hacia en las mas de las pasiones.

Música. — La música, tan admirablemente definida *una serie de sonidos que se llaman unos á otros*, no nos ha sido dada únicamente para embelesar nuestro oido, sino tambien para aliviar nuestros dolores y calmar nuestras pasiones. Bien conocian los antiguos todo su poderío, cuando tan á menudo la empleaban en el tratamiento de las afecciones nerviosas, y sobre todo contra las enfermedades producidas ó sostenidas por alguna causa moral; por esto le daban el sobrenombre de *incantatio morborum.* ¿Porqué, pues, tan raras veces echamos mano de un medio curativo tan sencillo como agradable? ¿ negarémos por ventura las infinitas curaciones referidas por los autores mas dignos de fe? No lo creo. ¿ Será porque no sepamos darnos una razon satisfactoria de su modo de accion en el organismo? Pues si eso fuese, sépase que en el mismo caso nos hallamos respecto á la mayor parte de los medicamentos que diariamente recetamos. Seamos francos: ¿ no depende mas bien del temor del ridículo el que no apelemos con frecuencia á ese modo de tratamiento, harto poco apreciado en Francia, donde apenas nos fijamos mas que en la superficie de las cosas? Entónces habria por nuestra parte una debilidad muy culpable. Un solo enfermo curado ú aliviado, un solo enajenado vuelto á la razon, un solo infeliz libertado de una pasion que le tiranizaba, nos indemnizaria colmadamente de las chocarrerías de la necedad ó de la ignorancia.

« Parece increible, dice el Dr. Rocques, lo mucho que es capaz la mú sica de modificar las afecciones cuya causa parece residir especialmente en el aparato nervioso. La música alivia sobre todo aquella especie de hipocondría provocada por los escesivos trabajos del entendimiento ó por las grandes ajitaciones morales. Acuérdome que un ministro famoso, que habia tomado parte activa en la primera revolucion francesa, y á quien Napoleon habia hecho duque, habia caido, en 1815, en una especie de vesania, acompañada de alucinaciones que ofrecian á su mente asustada amenazadores espectros, siempre prontos á despedazarle. Las accesiones de aquella afeccion mental iban seguidas de palpitaciones, de movimientos convulsivos de los miembros inferiores, de desvelo y de una profunda tristeza. Los sonidos del arpa le proporcionaron desde luego algun sosiego, le fueron conciliando por grados el sueño, y por último disiparon completamente las accesiones de hipocondría. Asi era como el arpa de David mitigaba la lóbrega melancolía de Saul. » En su lindo establecimien to de Saint-Remy (Bocas del Ródano), el Doctor Mercurin casi no usa con los locos puestos á su cuidado otro tratamiento que la música y el baile, asegurándose que obtiené los mas prósperos resultados.

Una mujer jóven, de resultas de fuertes afecciones morales, se hallaba sumerjida en una profunda melancolía que iba gastando su constitucion, naturalmente muy endeble. Atacada además de frecuentes hemoptisis, pronto cayó en un marasmo espantoso, acompañado de convulsiones y de síncopes que duraban horas enteras. Los síntomas mas alarmantes hacian presajiar su próximo fin, cuando el profesor Alibert, que era su médico, quiso ver si la música, á la cual era muy aficionada, podria aliviar un tanto aquellos horribles padecimientos. Convínose al efecto con el célebre Benaret, á quien encerró en un cuarto contiguo á la alcoba de la enferma. Empezó el artista á sacar de su instrumento tocatas suaves y tristes, en armonia con los sentimientos que suponia á la jóven enferma. Esta las oye, las comprende aun en medio de su delirio, el cual por momentos se calma de una manera visible á los armoniosos sonidos del májico violoncello. Gozosamente satisfecho de este primer resultado, va Alibert á encontrar á Benazet, y le pide unas variaciones sobre un tema medianamente festivo. El nuevo trozo de música, de movimiento mas rápido, gustó infinito á la moribunda, cuya cabeza marcaba el compás con admirable precision. Habia cosa de media hora que duraba aquella sinfonía, improvisada en cierto modo al borde de una tumba, cuando se notó que la cabeza no marcaba el compás con la misma regularidad; las facciones se habian vuelto menos movibles; los ojos, antes entreabiertos y convulsos, se cerraban poco á poco, y luego un sueño tranquilo; favorecido por dulcísimos sonidos armónicos, se apodera de la enferma, la cual, al dispertar, presenta inesperada mejoría. Repítese igual proceder

otros dos dias seguidos; el buen resultado es el mismo; y pocas semanas despues, la señora se hallaba ya en plena convalecencia.

Mr. Benazet, que es quien me ha contado el caso que acabo de referir, me aseguró igualmente que, de resultas de una fiebre tifóidea que tuvo en su mocedad, le sobrevino un profundo letargo, del cual no salió sino oyendo la marcha de los Tártaros de Kreutzer, tocada en la calle por un organillo de Berbería. Su padre, que momentos antes le creia muerto, hizo observar al médico que los piés del moribundo seguian al parecer el compás de aquella marcha que siempre le habia gustado con predileccion. Los dos llamaron inmediatamente al tocador del organillo, y le hicieron continuar tocando la marcha favorita del jóven músico, quien, marcando cada vez con mas fuerza el compás, no tardó en recobrar los sentidos. A los quince dias estaba perfectamente curado.

Estas observaciones, á las cuales pudiera añadir otras muchas, prueban suficientemente la eficacia de la música, aun en los casos mas desesperados. Si otras veces no ha dado tan felices resultados, consiste, primero, en que no hay ningun remedio universal é infalible; y en segundo lugar, hay que tener presente que no basta hacer oir al que padece sonidos mas ó menos melodiosos ó armoniosos, sino que es menester que tales sonidos estén en relacion con su sensibilidad, con su gusto, y con la naturaleza de su dolencia ó pasion. Y por último, conviene advertir que en ciertas afecciones morales, señaladamente en el amor, debe vedarse prudentemente la música, porque no haria mas que aumentar la violencia de un sentimiento, al cual mas de una vez ha dado orijen.

Antagonismo de las pasiones. — Hay un arte que exije grande reserva y no menos destreza: tal es el de calmar las pasiones oponiéndolas unas á otras. Así se ha logrado curar la avaricia por el amor, el amor por el fastidio ó el desprecio, y un profundo dolor, acompañado de melancolía suicida, se ha disipado á veces con la esperanza y los ensueños de gloria que se supieron provocar en espíritus dispuestos á la ambicion. Ocasion tendré de volver á tratar este delicado asunto en la segunda parte de esta obra, cuando me ocupe del tratamiento que corresponde á cada pasion.

A los consejos, á los medios hijiénicos precedentes, juntad las emisiones sanguíneas, los evacuantes, los exutorios, y sobre todo los baños, eminentemente propios para calmar la irritabilidad escesiva del sistema nervioso, y tendréis enumerados los principales remedios que emplea la medicina contra las pasiones tan dañosas para los individuos, cuya intelijencia turban y cuya salud destruyen completamente.

En resúmen, el tratamiento médico de las pasiones se reduce:

1.° A estudiar bien el predominio orgánico y su influencia en la necesidad sobre-escitada;

2.° A neutralizar esa influencia por todos los modificadores hijiénicos que hemos enumerado;

3.° A alejar las causas ocasionales de la pasion;

4.° A dar á las ideas una direccion nueva, á fin de repartir convenientemente la sobre-actividad de la necesidad dominante;

5.° A cortar la periodicidad del hábito que se nota en ciertas pasiones, especialmente en las que dependen de las *necesidades animales.*

6.° A esforzarse en reducir al estado normal los órganos que son asiento de la pasion, ó en los cuales ha hecho sentir su contragolpe, y que á su vez reaccionarian sobre ella, aumentando su intensidad. En los mas de los casos, se logrará este objeto á favor de los medios terapéuticos ordinarios, combinados de concierto con los medios morales mas adecuados para obrar en el espíritu del enfermo, á fin de restituirle la calma, sin la cual no cabe salud ni sanidad.

Llegamos ya al *tratamiento penal*, ó dígase *lejislativo.*

Tratamiento lejislativo.

Orijen y necesidad de las leyes. — El hombre, ese compuesto de pasiones, está destinado á vivir en sociedad: pero esta misma sociedad desenvuelve nuevas pasiones que el hombre aislado no conoceria, y que tienden á turbar la tranquilidad jeneral. De ahí la necesidad de leyes que prevengan ó repriman los funestos efectos de las pasiones. El objeto que debe proponerse todo lejislador es mantener la union entre todos los miembros de la sociedad, y conciliar el interés de los particulares con el jeneral. De este principio, fundamentalmente conservador, se deriva la definicion de la justicia, que es la base de las leyes: *La justicia es la firme y constante voluntad de dar á cada uno lo que le toca.* Con arreglo á esta definicion, el lejislador admite que los miembros de la sociedad no tienen todos la voluntad firme y constante de dar á cada uno lo que le pertenece; reconoce el egoismo de las pasiones, y debe dedicarse á ponerles un freno.

Los hombres han tenido siempre las mismas pasiones; pero estas han esperimentado la influencia de los climas, de la alimentacion, de las costumbres, de las formas de gobierno, etc.: y de ahí el oríjen de las diversas costumbres que rijen en ciertos pueblos, y que rejian tambien en Francia antes de la revolucion de 1789. Cuando los pueblos se han hallado reunidos en grandes naciones, ya de resultas de acontecimientos políticos, ya por comunidad de intereses, ya por la marcha de la civilizacion, que tiende á hermanar á todos los hombres, se ha hecho sentir la necesidad de una lejislacion comun, y entónces ha intervenido el lejislador para dar fuerza de ley á lo que en un principio habia meramente

establecido el uso : por esto se divide el derecho en *escrito* y *no escrito* (1).

De las relaciones que tienen entre sí los hombres nacen, segun hemos visto, pasiones, manantiales de perturbacion para la sociedad. Estas relaciones pueden ser de tres órdenes : 1.° Las que median de particular á particular, y que dan oríjen á la envidia, á los celos, al odio, á la venganza, á la avaricia, á la pasion del juego, y á todos los escesos del amor. El conjunto de las leyes destinadas á regular estas relaciones compone el *derecho civil*, JUS PRIVATUM de los Romanos. 2.° De las relaciones que existen entre los gobiernos y los gobernados nacen la ambicion, la pasion de la libertad y el fanatismo político. Las leyes que determinan estas relaciones se refieren á la division de los poderes, á la forma de la administracion, á la policía y seguridad de los ciudadanos, y constituyen el *derecho público* ó *político* : tal es la Carta constitucional de los Franceses. 3.° Por último, las guerras y todas las atrocidades que traen consigo esas grandes venganzas, atestiguan que las naciones tienen tambien sus pasiones, como los meros particulares : y de ahí las leyes que, bajo el nombre de *derecho de jentes*, sirven para arreglar las relaciones de nacion á nacion, y comprenden los tratados, los derechos de la guerra y de la paz. El derecho de jentes toma el nombre de *derecho natural*, cuando se le opone al derecho civil, y se quiere designar con él, no el derecho entre naciones, sino el derecho comun á todos los hombres.

Una ley no puede existir sin una sancion, sin una pena; porque la injusticia de los hombres, que ha hecho necesarias las leyes, los lleva tambien á despreciarlas é infrinjirlas. Así que, al lado de las leyes que permiten ó que prohiben, han establecido los lejisladores *leyes penales* para enfrenar, por el interés pecuniario, por el oprobio ó por el temor, á los hombres que desconocen los sentimientos sociales grabados por Dios en nuestra alma.

No bastaba todavía esto; era menester instituir *majistrados* encargados de aplicar la ley; y como esos majistrados, en el ejercicio de sus funciones, podian dejarse estraviar por el interés personal, por afecciones, por odio ó por venganza, se creó el *proceso* ó *procedimiento*, es decir, segun Pothier, « la forma segun la cual deben intentarse las demandas judiciales, defenderse en ellas, instruir y juzgar, apelar de los fallos, y

(1) El derecho en jeneral puede definirse, diciendo que es el conjunto de los preceptos que sirven para distinguir lo justo de lo injusto; la pauta de las acciones de los hombres con respecto á los hombres es la pauta de las acciones de los hombres con respecto á Dios. De la palabra latina *jus* (derecho) se derivan *justitia* (la justicia), voluntad de observar el derecho, y *jurisprudentia* (jurisprudencia), conocimiento adquirido del derecho.

hacerlos ejecutar.» Si el procedimiento tiene por objeto lograr la represion de un delito ó de un crímen, toma el nombre de *proceso criminal*; si regula simplemente el modo de instruir y de juzgar una cuestion ó diferencia, se llama *proceso civil.*

Finalmente, para que el error reinase lo menos posible en las decisiones humanas, estableció el lejislador tribunales encargados de revisar los fallos emanados de un primer tribunal, inferior en número y en luces, institucion que constituye los llamados *grados de jurisdiccion.* Por lo que toca á la policía, instituida para mantener el órden público, divídese, en Francia, en *policía administrativa* y *policía judicial.* La primera, confiada á las autoridades administrativas (ministros, prefectos, subprefectos, alcaldes y adjuntos ó tenientes), tiene por objeto prevenir los delitos; y la segunda investigarlos, juntar las pruebas, y entregar á sus autores á los tribunales. El procurador del rey ejerce la policía judicial bajo las órdenes del procurador jeneral, y bajo la autoridad de los tribunales reales (audiencias). Súplenle en estas funciones sus sustitutos, y auxílianle otros oficiales de policía judicial, puestos todos á sus órdenes. Sus auxiliares son los jueces de instruccion, los jueces de paz, los oficiales de jendarmería, los comisarios jenerales y particulares de policía, como tambien los alcaldes y sus tenientes. Con todo, el procurador del rey está encargado solamente de la policía judicial relativa á los *delitos* y á los *crímenes*: las *contravenciones* son mas particularmente de la inspeccion de los comisarios de policía, de los alcaldes y adjuntos, á la par que de los guardas campestres y guarda-bosques, en lo que les concierne.

Division de los crímenes.—En Roma, lo mismo que en Aténas, los crímenes se dividieron por largo tiempo en *públicos* y *privados.* Los crímenes públicos eran los que interesaban á la sociedad en jeneral, y todos los ciudadanos tenian el derecho de acusar; y los crímenes privados interesaban á los particulares, que eran los únicos que tenian el derecho de quejarse: estos últimos crímenes eran el robo, la rapiña, el daño y la injuria. Los crímenes públicos se subdividian en *ordinarios*, que eran los previstos por la ley, y con castigo determinado, y en *estraordinarios*, ó no previstos por la ley, y cuyo castigo dependia del juez.

Montesquieu admite cuatro especies de crímenes, segun afectan á la relijion, á las costumbres, á la tranquilidad ó á la seguridad de los ciudadanos.

La naturaleza, la sociedad y la ley, dice Pastoret, son los primeros objetos de respeto para los hombres; violarlos es hacerse culpable: luego, segun este jurisconsulto, puede definirse el crímen diciendo que es *un ultraje hecho á la naturaleza, á la sociedad ó á la ley* POSITIVA; porque hay acciones que la ley permite, aunque la naturaleza las reprueba,

así como hay actos que son criminales, aun cuando el lejislador no los prohiba. A la primera clase pertenecen todas las especies de homicidio, así como los crímenes contra los padres y la autoridad rejia. La segunda comprende los delitos, de los cuales unos son mirados como tales en casi todos los pueblos, como el adulterio, al paso que otros son permitidos en ciertas naciones (incesto, poligamia). La tercera clase comprende las acciones que no son opuestas á la naturaleza ni á la felicidad esencial de la sociedad, pero que la ley positiva califica de delitos, por una interdiccion que tambien puede ser un ultraje á la ley natural: el monopolio y la esclavitud son de esta clase. «Vese pues que aquí no se hace mencion de los crímenes relijiosos,» añade Pastoret, «la ley debe castigar la accion, mas nunca la opinion; esta, conocida solo de Dios, no queda sujeta á la venganza de la sociedad, sino en cuanto perturba el órden público.» (Véase *des Lois pénales*)

Segun observa juiciosamente el mismo escritor, no es tan indiferente como pudiera creerse el modo de dividir los crímenes, porque en este modo de division se funda la gravedad del delito, y por consiguiente, de la pena. Seria, en efecto, de la mas alta importancia hacer salir la clase de la pena de la índole misma del crímen. Así se debiera castigar con la humillacion el delito fruto del orgullo; y el delito fruto de la vanidad con el ridículo. Es conocer muy mal el corazon humano el aplicar á esos vicios castigos corporales y pecuniarios; estos últimos sobre todo exaltarán aun mas el sentimiento que se queria reprimir, y si el fanatismo se mezcla con el orgullo, encontrará un nuevo alimento en las penas corporales. Por iguales principios, los crímenes deberian espiarse jeneralmente con una pena pecuniaria en los pueblos mercantiles y amigos del oro; con una pena infamante en un pueblo pundonoroso; con una pena corporal en los pueblos muelles y voluptuosos. «El triunfo de la libertad consiste, dice Montesquieu, en que las leyes criminales saquen toda pena de la naturaleza particular del delito.»

Proporcion entre las penas y los delitos.—La pena, para ser justa, ha de ser proporcionada á la falta. Aquí los lejisladores no siempre han evitado el doble escollo de encruelecerse demasiado contra los delitos leves, y de imponer á los grandes crímenes un castigo demasiado leve y desproporcionado al mal que ocasionan. Con todo, si se quiere que la pena sirva, no solo para castigar los crímenes, sino tambien para precaverlos estremeciendo á los culpables, es menester siempre que sea proporcional á la *influencia* del crímen, á la cualidad del mismo crímen, á sus circunstancias, á su éxito; es menester tambien que guarde proporcion con el grado de intelijencia del culpable, con su edad y sexo, con la opinion y las costumbres del pais en el cual se ha cometido el crímen. Es necesario sobre todo considerar el carácter moral del acto, y no pararse mas que

secundariamente en el daño material causado, ya á la sociedad, ya á los individuos: acordarse, en fin, de que debe ser castigado el *ajente*, y no el *acto* en sí mismo. Por esto jamás se pondrá en una misma línea la imprudencia y la maldad, ni jamás se castigará al hombre enteramente privado de la razon, sea cual fuere el daño material que cause. Algunos publicistas quisieran tambien que las penas fuesen proporcionadas á la fortuna y á la posicion social de los delincuentes; pero esa apreciacion, tan justa como útil, traeria los mas graves inconvenientes, é introduciria en el sistema penal una variedad de castigos que no dejaria de prestar ancho campo á la arbitrariedad. Por lo demás, hase cuerdamente suplido la impotencia en que se hallaba la ley de distinguir los grados de los crímenes, introduciendo en el código francés el *minimum* y el *máximum* asignados á la gradacion de las penas temporarias, con lo cual se deja á los jueces la latitud necesaria para aplicar la pena en justas proporciones. El código penal francés distingue varios grados de infraccion de ley, y les da los nombres de *contravencion, delito* y *crímen*. Las *contravenciones* son infracciones de los simples reglamentos de policía, que no pueden traer mas pena que la multa de 1 á 15 francos, y encarcelamiento de uno á cinco dias. Los *delitos* (1) son infracciones que, atendida su mayor gravedad, son juzgadas por los tribunales de primera instancia, constituidos en tribunales de policía correccional. Las penas en materia de policía correccional son: 1.° el encarcelamiento de correccion por un tiempo determinado; 2.° la interdiccion de ciertos derechos cívicos, civiles ó de familia; 3.° la multa; 4.° la reparacion de honor. Los *crímenes* son las infracciones que la ley castiga con pena aflictiva ó infamante: son juzgados por la *cour d'assises*, fuera de los que la ley somete á tribunales especiales. El código penal distingue seguidamente las penas en aflictivas é infamantes á la vez, y en infamantes solamente. Por lo demás, es muy notable que nuestro código no se tome la pena de definir lo que entiende por contravencion, por delito y por crímen. Limítase á decir que toda infraccion que induce tal ó cual pena es una *contravencion*, un *delito*, ó un *crímen*. Y puede decirse que en esto nuestra ley, que es esencialmente atea, se muestra consecuente consigo misma. Confesemos que habria sido difícil que una ley tan positiva como la francesa diese del crímen una definicion precisa y de manera alguna arbitraria. El sabio Merlin lo refirió diciendo que era « una accion mala que lastima directamente el interés público ó los derechos de un ciudadano, y castigado por la ley con penas aflictivas ó infamantes.» Vese pues que aquel jurisconsulto, al

(1) Equivocadamente emplea el *Código de instruccion criminal* la palabra *delito* para designar cualquiera infraccion de las leyes penales, cuando el *Código penal* da á aquella palabra el sentido de una infraccion particular.

prisiones: las casas de policía municipal, las casas de arresto, las casas de justicia, las casas centrales de correccion, las casas de detencion ó de fuerza, y además los presidios. Los presos se dividen en tres categorías: la primera se compone de los *inculpados* ó detenidos preventivamente mientras el juez de instruccion informa en órden á su posicion; la segunda es la de los *acusados* (prévenus), ó sea de los que en virtud de auto judicial son presentados ante los tribunales de policía correccional ó ante los tribunales criminales *(cours d'assises)*; y la tercera comprende á los *condenados* ó *sentenciados*, los cuales, segun la naturaleza de sus penas, están repartidos en los diversos establecimientos arriba mencionados.

La *detencion* consiste en estar encerrado en una de las fortalezas del reino. El condenado puede comunicarse con las personas que viven en el interior del lugar de la detencion, ó con las del esterior: esta pena no puede durar menos de cinco años, ni mas de veinte (Código penal, artículo 20).

La *reclusion* consiste en estar encerrado en una casa de fuerza *(maison de force)*, y empleado en trabajos cuyo producto podrá ser aplicado en parte á beneficio del condenado *(Ibid.*, art. 21). Esta previsora disposicion escita al preso á trabajar, con el atractivo de suavizar en algo su posicion, y con la esperanza de tener á su salida de la reclusion un fondo que podrá serle utilísimo. La reclusion dura de cinco á diez años *(Ibid)*. Recuérdese que la detencion y la reclusion son penas aflictivas é infamantes, al paso que el encarcelamiento no es mas que una simple pena correccional.

De la buena disciplina de las prisiones depende principalmente la eficacia del sistema penal; y por desgracia esos establecimientos se hallan todavía tan incompletamente organizados, que los mas de los individuos salen de ellos mucho mas pervertidos de lo que lo que estaban cuando entraron. No hay que admirarse pues, si el número de las reincidencias va siempre en aumento. En primer lugar, en las casas de arresto y de justicia no hay todavía trabajo establecido; en segundo lugar, el acusado y el condenado, el inocente y el culpable, se hallan muchas veces imprudentemente confundidos. Así, mientras la ociosidad abre el corazon del preso á las impresiones del vicio, una comunicacion tan peligrosa como inmoral permite al criminal difundir sus odiosas doctrinas, y formar aquellos vínculos funestos que mas tarde ponen á los libertados en el caso de asociarse para realizar los mas altos atentados. En las casas de fuerza, el trabajo se halla organizado, la disciplina es tambien mas regular; pero existe con igual riesgo la mezcla de los detenidos de toda especie; y existe tambien la peligrosa *cantina* para satisfacer todos los gustos, en materia de bebidas y comestibles; y por otra parte, la accion moral del director se halla á cada instante paralizada por intervencion del asentista, ver-

dadera sanguijuela de las prisiones, cuyos vicios tiene interés en esplotar. ¡Ojalá una sabia lejislacion reforme completamente y cuanto antes un estado de cosas tan aflictivo, trasformando esas escuelas del vicio y del crímen en asilos de correccion y de arrepentimiento!

Bajo la denominacion jeneral de *sistema penitenciario* desígnanse mas particularmente dos modos especiales de encarcelamiento usados en los Estados Unidos, y que de algunos años acá se trata de introducir en Europa, á saber: 1.° *el trabajo solitario y obligatorio en la celda*; 2.° *durante el dia, el trabajo silencioso en talleres comunes, con reclusion en la celda durante la noche.* Al último sistema, adoptado en Auburn, prefiérese jeneralmente el de Filadelfia, en el cual el *aislamiento completo* no ejerce al parecer mas influencia en la mortalidad, cuando va unido al trabajo; en el cual no hay necesidad de apelar á los latigazos para conseguir el silencio; y en el cual las asociaciones y los complotes son absolutamente desconocidos, en cuanto la disciplina no tiene que ejercitarse sino en voluntades individuales. Sin duda que en Filadelfia, el detenido secuestrado puede no querer á veces dedicarse á un trabajo seguido; pero entónces, encerrado en un oscuro calabozo, no tiene mas opcion que un ocio continuo en medio de las tinieblas, ó un trabajo no interrumpido en su celda; y en tal alternativa, casi siempre se da prisa á pedir de nuevo el trabajo. En el caso contrario, se le quita la cama, se le disminuye el alimento, y con estos medios se le disciplina bien presto, sean cuales fueren la violencia y tenacidad de su carácter.

Al castigar á los culpables, el lejislador no se propuso únicamente intimidar á los ciudadanos viciosos, sino que contó tambien con la reforma moral de los individuos alcanzados por la ley. Esto último se conseguirá fácilmente, multiplicando en las cárceles las visitas del director, del médico y del capellan. Otro medio de influjo no menos saludable seria que los gobiernos reconociesen la existencia de una corporacion relijiosa especialmente encargada de cuidar á los presos. ¡Cuántos de ellos volverian al seno de la virtud, si la ley que los segrega de la sociedad á la cual turbaron con sus desórdenes, los rodease de personas respetables, ocupadas especialmente en hacerles reconquistar su dignidad moral, inspirándoles amor al trabajo, y grabando en su mente las ideas de órden y de relijion, sin las cuales no hay sociedad posible!

Trabajos forzados.—La pena de los grillos, que existia antes del nuevo Código, fué entónces reemplazada por la de los trabajos forzados. La pena de los grillos y cadenas, como que no se habia establecido mas que para los hombres, dice el consejero de estado Treilhard, habia obligado á introducir, particularmente para las mujeres, la pena de la reclusion, al paso que la de los trabajos forzados es aplicable á los dos sexos, dando á cada uno la especie de trabajo que puede convenirle. Así las mujeres

no pueden ser empleadas en estos trabajos, sino en las casas de fuerza ; y los hombres pueden ser empleados en toda especie de trabajos penosos. Para llenar la inmensa distancia que existe entre una pena temporal y la muerte, el lejislador creyó deber establecer la de los trabajos forzados *perpetuos*; creyendo que sin la perpetuidad no habria proporcion alguna entre la pena y el crímen. Esta última pena envuelve la muerte civil. En cuanto al condenado á los trabajos forzados *temporales*, queda constituido en estado de interdiccion legal ; se le nombra un tutor y un subrogado tutor, como al que se halla en estado de interdiccion civil ; y otro tanto se hace con los condenados á la detencion ó á la reclusion.

A los trabajos forzados y á la reclusion precede ordinariamente la *esposicion*, como el culpable no sea menor de diez y ocho años ó septuajenario. El juez puede dispensar de la esposicion á los individuos condenados á trabajos forzados temporales y á la reclusion, mientras no sea por reincidentes ó por falsarios, aun en documentos privados.

Un decreto de 1828 habia mandado establecer en los presidios *(bagnes)* categorías de *moralidades* presuntas ó reconocidas, prescribiendo tambien la reparticion de los forzados segun la duracion de su pena. Suprimidas tales clasificaciones por el decreto de 1836, los condenados á perpetuidad y los que lo son por tiempo determinado se encuentran hoy dia confundidos y mezclados.

Apoyado en la opinion del baron Tupinier y en las juiciosas observaciones del señor comisario Reynaud, Mr. Lauvergne, en su obra sobre *los forzados*, ha llegado á la siguiente conclusion : «Que los presidios ó galeras *(bagnes)* pueden ser considerados como unos establecimientos de beneficencia fundados en favor de los ladrones y de los asesinos, tan contrarios á la mejora de la moral de los condenados como funestos á los intereses de la sociedad, y que urje en consecuencia que los filósofos y los lejistas se ocupen en sustituirlos con otros establecimientos realmente útiles, mas en armonía con el estado de nuestras costumbres y de nuestras instituciones.»

Deportacion.—Esta pena consiste en ser trasportado á un lugar determinado por el gobierno, fuera del territorio continental del reino, morando perpetuamente en el mismo: hállase particularmente reservada para los delitos políticos. El deportado que vuelva á entrar en el territorio del reino es condenado á trabajos forzados perpetuos. Por el solo hecho de la deportacion, el condenado queda muerto civilmente. Con todo, y al efecto de inducir al condenado á merecer, con una cuerda conducta, la recuperacion de la vida civil y la adquisicion del estado de colono, la ley ha reservado al gobierno la facultad de concederle el ejercicio de los derechos civiles en el lugar de la deportacion.

Los condenados á la deportacion y á la detencion debian ser desde lue-

go encerrados en la casa del *Mont-Saint-Michel*, y despues en la ciudadela de Doulens; mas ahora, segun el texto del artículo 17 del Código penal modificado (L. 6, setiembre de 1835, art. 2), los deportados podrán ser detenidos en una prision situada en una colonia francesa.

Destierro.—El destierro *(bannissement)* consiste en ser trasportado por órden del gobierno fuera del territorio del reino. Su duracion es de cinco años á lo menos, y de diez á lo mas. Recordarémos aquí que la deportacion, segun el Código, es pena aflictiva é infamante, y el destierro no es mas que infamante. Esta pena tiene aplicacion casi esclusiva contra los reos políticos y los empleados culpables de un crímen que comprometa la seguridad pública, como, por ejemplo, el libramiento de pasaportes falsos. El desterrado no está privado de su libertad como el deportado, porque, segun la observacion del orador del gobierno, se puede ser mal ciudadano en un pais, y no serlo en otro. La presencia del reo de un delito político no lleva ordinariamente mas que un riesgo local, y que puede desaparecer en el gobierno donde se fija el desterrado. La deportacion corresponde al destierro perpetuo de los antiguos, y el destierro al ostracismo.

La *degradacion cívica*, en la cual se incurre por el solo hecho de la condena á una pena aflictiva é infamante, priva del derecho de ciudadanía y de llevar armas, de ser jurado, testigo, tutor, curador, miembro de un consejo de familia, de la guardia nacional, y empleado en el ramo de instruccion pública, de llevar condecoracion alguna, de ser elector municipal, y de servir en el ejército francés. La degradacion cívica importa además la destitucion y la esclusion de todo empleo ó cargo público (V. los art. 28 y 34 del Código penal).

La degradacion puede, para un Francés, y debe, para un estranjero y para el Francés que haya perdido los derechos de ciudadano, ir acompañada de un encarcelamiento (Art. 35 del Código penal).

Vijilancia de la alta policía, privacion de los derechos cívicos, civiles y de familia.—Dos penas hay, de nueva institucion, introducidas en el Código penal, que merecen llamar la atencion á causa de la influencia que pueden tener: una es el pasar bajo la vijilancia de la alta policía; y la otra la interdiccion de los derechos cívicos, civiles y de familia. Al introducir la primera pena, el lejislador esperó comprimir las malas pasiones de aquellos hombres que, despues de haber sufrido varias condenas, vuelven á ingresar en la sociedad mas perversos y audaces que antes. El pasar bajo la vijilancia de la alta policía es en realidad un medio poderoso de prevenir nuevos crímenes. El efecto de este pase es dar al gobierno y á la parte interesada el derecho de exijir, ya del individuo que se halla en tal estado, despues que habrá sufrido su condena, ya de su padre ó madre, tutor ó curador, una caucion solvente de buena con-

ducta. No prestando tal fianza, queda el condenado á disposicion del gobierno, quien tiene derecho de mandar se aleje de ciertos puntos, ó resida de continuo en lugar determinado de uno de los departamentos. La vijilancia es temporal ó perpetua.

Los *derechos cívicos* son ciertas ventajas de que gozan los ciudadanos con respecto al gobierno, y que les permiten participar del poder público; tales son el votar en las asambleas electorales, ser admisibles á todos los empleos, etc.

Los *derechos civiles* son otras ventajas de que gozan entre sí los ciudadanos, y que les están garantidas por la ley civil. Las principales son el derecho de potestad paterna ó marital, y todos los derechos de familia, que forman una gran parte de los mismos, como el derecho de ser nombrado tutor, de suceder, de disponer de sus bienes, y de adquirir por donacion entre vivos y por testamento.

Son castigados con la privacion total ó parcial de estos derechos los individuos que han abusado de las mas hermosas funciones del ciudadano para hacerse criminales, ó que por su indigna conducta no merecen la confianza que supone el goce de los derechos de ciudadano (V. los artículos 22-25 del Código civil, y el 42 del Código penal). La interdiccion es temporal.

Pena de muerte. — El autor del célebre *Tratado de delitos y penas* habia emitido el argumento que sigue · « O puede el hombre disponer de su propia vida (por el suicidio), ó no ha podido dar á otros el derecho que él en sí no tenia.» Merlin, despues de haber refutado este sofisma de Beccaria, siente como principio que el Sér supremo, al crear al hombre, grabó en su corazon el deseo de conservarse, y dióle por consiguiente el derecho de defender las cosas que ha adquirido, su libertad, con mas motivo su vida, y que por consiguiente tiene derecho de quitarla á su agresor, si solo de este modo puede conservar la propia. Niega en seguida, como asentada sin ningun asomo de prueba, estotra asercion del publicista italiano: « La esperiencia de todos los siglos demuestra que la pena de muerte no ha impedido jamás el que los malvados resueltos dañasen á la sociedad. Beccaria (añade Merlin), en vez de haber pleiteado y ganado la causa de la humanidad, ha defendido la causa de los malvados; pero felizmente la ha perdido.» La abolicion de esta pena, que nuestras costumbres reclaman para los delitos políticos, ¿debe estenderse á todos los crímenes? Hé aqui una cuestion acerca de la cual estarán largo tiempo desacordes los publicistas. Como sea, nótase que de algunos años á esta parte el jurado, por un terrible abuso de las circunstancias *atenuantes*, libra de la pena de muerte á malvados reos de parricidio con circunstancias *atroces*, parricidios quese multiplican anual-

mente de una manera espantosa (1): y en esto faltan esencialmente á su mision y á su deber (Véanse los notables términos del art. 542 del Código de instruccion criminal).

Antes de 1830, al parricida se le cortaba el puño antes de ser ajusticiado: esta mutilacion se halla hoy dia abolida: el parricida es solamente conducido al patíbulo en camisa y con la cabeza cubierta con un velo negro.

La sentencia de muerte trae consigo la *muerte civil*, en la cual se incurre desde el dia de la ejecucion real ó en efijie, si el fallo es contradictorio; y al cabo de cinco años de la ejecucion en efijie ó estatua, si el fallo es pronunciado por contumacia (V. los art. 29-32 del Código civil).

Modificaciones que en las penas inducen la edad, el sexo ó las escusas.—Tomando en consideracion la juventud y la caducidad, modifica la ley las penas en los términos siguientes: Cuando el culpable no llega á diez y seis años, se examina si cometió el delito con ó sin discernimiento. En el primer caso, se reduce la pena del delito á la mitad de la pena de un adulto. En el segundo caso, el menor queda absuelto; pero puede ser devuelto á sus padres, ó bien detenido y educado en una casa de correccion (V. los art. 66-69 del Código penal). Si el culpable ha cumplido los setenta años, en vez de los trabajos forzados ó de la deportacion, se le condena á la reclusion ó á la detencion, y nunca sufre la esposicion pública (V. los art. 70, 72 y 22 del Código penal).

Por lo que hace al sexo, si una mujer es condenada á la pena de muerte, y está en cinta, no la sufre hasta despues del alumbramiento: y si es condenada á trabajos forzados, no es empleada en ellos, como hemos visto anteriormente, sino en una casa de fuerza.

Ninguna escusa puede librar de la pena impuesta por una contravencion, un delito ó un crímen, á no decidirlo espresamente la ley, como en caso de homicidio provocado por violencias graves contra las personas, ó de homicidio cometido por el esposo sobre su esposa y el cómplice de esta sorprendidos en delito fragrante de adulterio en la casa conyugal (Cód. penal, art. 65, 321-326). «Aun mas, dice M. Berriat-Saint-Prix, y esto me ha servido muchas veces de guia: aun cuando por lo jeneral sea necesario el consentimiento para la criminalidad, la falta de intencion no siempre escusa. Tal sucede, por ejemplo, cuando el delito se ha cometido en estado de embriaguez, ó cuando se trata en jeneral de infracciones contra las leyes de la hacienda pública, como las de contribuciones indirectas ó derechos reunidos, las de aduanas, ó las leyes sobre aguas y

(1) Véanse los *Comptes généraux de l'administration de la justice criminelle en France*, de 1825-1839.

bosques. Por último, un crímen hay, y este es el parricidio, que en ningun caso tiene escusa (Art. 323 del Cód. penal).

«Con todo, cuando hay *circunstancias atenuantes,* los tribunales del crímen deben reducir ó rebajar la pena en uno ó dos grados; y los tribunales correccionales pueden, aun en caso de reincidencia, no imponer mas que una multa ó encarcelamiento, y reducir la multa á menos de 16 francos, y el encarcelamiento á menos de seis dias, mientras estas penas no sean inferiores á las de las contravenciones (Para mas pormenores véase el art. 463 del Código penal). Igual regla tiene aplicacion en los tribunales de simple policía (V. el art. 483 del Cód. penal). Por lo dicho se ve que la escusa no quita la criminalidad; lo que únicamente hace, es atenuar la pena del delito.»

Terminaré lo relativo á las escusas con una sencilla reflexion sobre el artículo 64 del Código penal, artículo eminentemente moral, pero vago por demás, y, por lo mismo, de aplicacion á menudo harto difícil: «No hay crímen ni delito (dice el citado artículo) cuando el prevenido se hallaba en estado de demencia al tiempo de la accion, ó cuando fué impulsado á ella por una fuerza á la cual no pudo resistir.» De este artículo, que pide una redaccion mas esplícita, pudiérase sacar la consecuencia de que son condenados muchos inocentes, porque los mas de los homicidas, como casi todos los suicidas, se hallan *en un estado de demencia* ó bien de enajenacion mental (1) al tiempo de la accion, y son impulsados á ella *por una fuerza á la cual no han podido resistir:* esta fuerza es la violencia, la tiranía de la pasion, que, llegada á su mas alto grado, priva ordinariamente del libre arbitrio, y lleva al hombre á cometer actos de los cuales se arrepiente luego que la razon ha recobrado su imperio.

Concluiré manifestando mi ardiente deseo de que los gobiernos cesen de favorecer el desarrollo de las pasiones egoistas y ambiciosas; y que la educacion pública, en vez de ejercer continuamente la memoria y la imajinacion, se ocupe con mas especialidad en formar el juicio de los niños, y desarrollar en ellos los sentimientos eminentemente sociales de relijion, de benevolencia y de justicia, de los cuales deben los gobernantes ser los primeros en dar ejemplo.

Hemos visto que el sistema de penas establecidas por las leyes es absolutamente necesario para la existencia del cuerpo social: pero ¿cuál es el

(1) «En el lenguaje judicial, dice M. Marc, la palabra *demencia* se toma ordinariamente en una acepcion jeneral equivalente á la de *locura* ó *enajenacion mental.* En el lenguaje médico, al contrario, está destinada para designar una de las formas jenerales de esta última, y que no debe confundirse con ninguna otra lesion del entendimiento. Asi la espresion *demencia,* harto vaga en su acepcion legal, está demasiado ceñida en el sentido médico» (*De la Folie*).

fundamento de la penalidad? ¿en virtud de qué derecho se cree la sociedad con el derecho de poder castigar á los que turban su sosiego? Aquí, como en las principales cuestiones filosóficas, se encuentran dos teorías opuestas, de las cuales la una, consecuencia rigurosa del materialismo, no reconoce otro móvil que el *interés jeneral*; al paso que la otra, refiriendo la sociedad á un oríjen divino, sustituye á la ley del interés la idea mas noble y mas moral de la *justicia*. El sabio traductor de Platon (Mr. Cousin), en el argumento de *Gorjias*, espone una teoría mixta que, á mi entender, concilia admirablemente las dos precedentes. «La primera ley del órden es ser fiel á la virtud y á aquella parte de la virtud que se refiere á la sociedad, esto es, la justicia. Mas si á ella se falta, la segunda ley del órden es espiar la trasgresion, y no se espia sino con el castigo. Es un hecho incontrastable que despues de cualquier acto injusto, el hombre piensa, y no puede dejar de pensar que ha desmerecido algo, es decir, que se ha hecho acreedor á algun castigo. En la intelijencia, á la idea de injusticia corresponde la de pena; y cuando la injusticia tiene lugar en la esfera social, por la sociedad debe ser inflijido el castigo. La sociedad no puede hacerlo sino porque debe. Aquí el derecho no tiene otro oríjen que el deber, el deber mas estrecho, el mas evidente y mas sagrado: de lo contrario, ese supuesto derecho no seria mas que el de la fuerza, es decir, una atroz injusticia, aun cuando redundase en provecho moral de la víctima, aun cuando fuese un espectáculo saludable para el pueblo..... La pena no es pues justa, porque es útil preventiva ó correctivamente; pero es útil de ambos modos, porque es justa. Esta teoría de la penalidad, demostrando la falsedad, el carácter incompleto y esclusivo de las dos teorías que siguen los publicistas, las redondea, las esplica, y da á entrambas un cetro comun y una base lejítima.» Tomando el *deber* por fundamento de la penalidad, el lejislador probará que comprende toda la santidad de su mision. No olvide, con todo, que no ha recibido de Dios mas que el derecho de hacer respetar aquella parte de la moral que concierne á las relaciones de los hombres entre sí, y que las penas reservadas á los infractores de la relijion no son de su competencia, ni tampoco de este mundo.

CUADRO COMPARATIVO

de las condenas pronunciadas en Francia por los tribunales criminales desde 1825 *hasta* 1839.

PENAS.	NUMERO DE CONDENADOS EN														
	1825	1826	1827	1828	1829	1830	1831	1832	1833	1834	1835	1836	1837	1838	1839
Muerte.	134	150	109	114	89	92	108	74	42	25	54	30	33	44	39
Trabajos forzados perpetuos.	283	281	317	268	273	268	211	228	127	151	151	148	177	198	197
Trabajos forzados temporales.	1052	1139	1062	1142	1033	973	949	882	784	825	777	751	782	883	852
Reclusion.	1160	1228	1223	1223	1222	1005	8	851	726	694	796	763	856	923	861
Destierro.	1	1	»	1	3	»	2	»	»	3	»	»	»	»	1
Deportacion.	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	1	»
Detencion.	»	»	»	»	»	»	»	1	»	1	1	1	»	»	2
Esposicion ó argolla.	6	5	5	11	1	8	1	1	»	»	»	»	»	»	»
Degradacion cívica.	2	1	6	»	1	1	»	»	»	»	»	»	»	2	»
Penas correccionales.	1342	1487	1446	1739	1825	1740	1910	2369	2401	2437	2599	2904	3230	3072	3081
Vijilancia de la policía.	»	»	»	»	»	»	»	»	»	3	9	»	»	»	7
Detencion correccional.	57	56	68	53	28	43	28	42	25	25	20	26	39	38	30
TOTALES.	4037	4348	4236	4551	4475	4130	4098	4448	4105	4164	4407	4623	5117	5161	5070

A las doce especies de penas mencionadas en el estado anterior, añadamos la *multa*, la *confiscacion* y el *simple encarcelamiento* de que hemos hablado ya; la *tortura*, suprimida en Francia por Luis XVI; los *azotes*, la *bastonada*, la *mutilacion*, la *horca*, los *grillos* y el *confinamiento*, que siguen en vigor en algunos pueblos de Europa; por último, la *esclavitud*, la *canga*, la *rueda*, la *estera*, la *castracion*, la *marca en la frente*, el *empalamiento*, la *suspension por los sobacos*, el *caballete*, el *suplicio del fuego*, el del *hambre*, el de la *cruz*, el *enterramiento* y la *diseccion* de vivo en vivo, que están todavía en uso en algunas naciones que se dicen civilizadas, y habrémos reunido los principales medios que han empleado los lejisladores para contener los desórdenes sociales que en pos de sí arrastran las pasiones.

Tratamiento relijioso.

Acabamos de ver como la lejislacion y la medicina se esfuerzan en precaver las pasiones ó en reparar sus tristes efectos: la una castigando los delitos que turban el órden social; y la otra dando consejos hijiénicos para mantener las necesidades del hombre en sus justos límites, aplicándose á curar las enfermedades, consecuencias inevitables de todos los vicios. La relijion hace todavía mas: en su continua vijilancia abraza toda la humanidad, toda esa gran familia que tiene á Dios por padre, y la tierra por destierro. Como á sus ojos todos los hombres son iguales, todos hermanos, muestra para con ellos la misma ternura, les da unas mismas leyes, y les promete unos mismos bienes. Pero como al justo no pueden dársele inmortales recompensas en un mundo transitorio y que al pasar le destroza, de ahí es que en su verdadera patria, es decir, en el regazo de Dios, gozará una felicidad cuyo eterno éxtasis no turbarán sus pasiones ya vencidas.

Para hacer llegar á sus hijos al celestial reposo, ¡cuántos desvelos, cuántos auxilios no va á prodigarles esa madre espiritual, cuyo afecto parece crecer al compás de su debilidad! Con efecto, apenas entra el hombre en la vida, cuando es ya objeto de los esmeros de la relijion. Sabe que todo hijo de mujer nace impuro, inclinado al mal, y en su inquieta prevision, apresúrase á administrarle el bautismo, baño saludable que purifica el alma de toda mancha orijinal. Apenas llega la criatura á la edad en que se adquieren las nociones del bien y del mal, cuando le impone como un deber la confesion, segundo bautismo que torna al alma la inocencia y el vigor que puede haber perdido. Mas, ¿cómo conservará esa inocencia y ese vigor durante esta borrascosa peregrinacion que llaman vida? En la primavera del año, el adolescente se unirá con su Criador, y en la misteriosa union hallará la fuerza que necesita para man-

tenerse en el camino de la virtud. Otro sacramento vendrá aun á fortalecer sus pasos, y con el auxilio de este divino apoyo podrá resistir á las seducciones que le cercan. Con todo, los riesgos se multiplican, el camino se va volviendo escabroso, y el pobre viajante ha dado ya algunas caidas que pueden desalentar su ánimo. ¿Quién le restablecerá las fuerzas, quién le ayudará á entrar de nuevo en la áspera y estrecha senda de la virtud? Un mandato saludable le prescribe acudir á un tribunal secreto, del cual el arrepentimiento saca siempre el perdon y un broquel para librarse de nuevos ataques. ¡Qué freno mas poderoso, en efecto, qué remedio mas eficaz para contener la violencia de nuestras pasiones, que la obligacion de dar cuenta de todas nuestras faltas á un ministro de Dios, precisado por deber á dirijir las almas con la severidad de un juez, hermanada á la ternura de un padre y al afectuoso esmero de un fiel amigo! Porque tal se muestra con nosotros ese médico del alma á quien descubrimos nuestras flaquezas, sobre todo si sabemos escojerlo entre aquellos hombres evanjélicos que reunen las mas altas luces con la piedad mas profunda, suave y acrisolada. ¡Cuántos hombres de esos apartan á un infeliz de los precipicios del crímen (1) para tornarlos á la felicidad tornándolos á la virtud! Por esto ha dicho el ilustre autor del *Jenio del Cristianismo* que: «Todos los hombres, y hasta los filósofos, sean cuales fueren sus opiniones, han mirado el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio, y como la obra maestra de la sabiduría. A no ser ese saludable instituto, el culpable sucumbiria desesperado. ¿En qué regazo descargaria el peso de su corazon? ¿en el de un amigo? ¡Ay! ¿quién puede contar con la amistad de los hombres? Los desiertos retumban siempre, para el crímen, el eco de aquellas trompetas que el parricida Neron creia oir en torno del sepulcro de su madre. Cuando la naturaleza y los hombres se niegan á la misericordia, es mucho consuelo hallar un Dios siempre dispuesto á perdonar. Solo á la relijion cristiana correspondia hermanar la inocencia y el arrepentimiento.» Despues de mil desastres y caidas llega por último el hombre al término de su carrera: llega por fin el instante en que va á dar cuenta de sus actos al que sondea todos los corazones. ¿Cómo es posible que esté jamás bastante puro para presentarse ante el espejo de la justicia eterna? La relijion, que bendijo su cuna, acércase tambien á su lecho de muerte para endulzar los padecimientos que le abruman, y para fortalecerle en la lid postrera. Si los escesos de las pasiones han mancillado su alma, no exije de él mas que un sincero arrepentimiento. Si sien-

(1) Si el secreto de la confesion permitiese á los sacerdotes revelar el número de atentados cuya ejecucion diariamente evitan, veríase que este número es infinitamente superior al ya espantoso que arrojan las estadísticas de la criminalidad.

te las afecciones permitidas y las dulzuras transitorias que deja en esta vida, pídele que las sacrifique en espiacion de sus faltas, y le hace columbrar, en compensacion, otras mas inefables y eternas delicias. Madre á menudo ofendida, pero siempre misericordiosa, dícele al criminal: ¡ESPERA! y al justo le dice: ¡ALLA ESTA EL CIELO!

Además de los sacramentos que purifican el alma, al paso que disminuyen los padecimientos del cuerpo (1), la relijion aconseja el uso diario de la oracion como un poderoso muro contra los ataques continuos de las pasiones. No conozco, en efecto, medio mas propio para desvanecer esos peligrosos enemigos de nuestro reposo que la frecuente comunicacion del hombre con su Criador.

«Cuando habeis hecho oracion, dice uno de nuestros mas distinguidos escritores, ¿no os sentis con el corazon mas alijerado y el alma mas contenta?

«La oracion vuelve la afliccion menos dolorosa y la alegría mas pura: mezcla con la una cierto no sé que fortificante y suave, y con la otra un aroma celestial.

«¿Qué haceis sobre la tierra? ¿Nada teneis que pedir al que en ella os ha colocado?

«Sois un viandante que busca á su patria. No andeis con la cabeza caida: alzad los ojos siquiera para reconocer el camino.

«Vuestra patria es el cielo: y, cuando al cielo mirais, ¿nada sentis en vuestro interior? ¿no os irrita algun deseo? ¿ó es este mudo?

(1) Es bien raro que sean tan pocos los médicos que emplean la relijion como auxiliar en el tratamiento de las enfermedades. Y sin embargo, conociendo el inmenso influjo de lo moral en lo físico, es llano entrever de cuán poderoso recurso será esta verdadera medicina del alma, principalmente en muchas afecciones nerviosas que se resisten á los medios terapéuticos ordinarios.

Tissot cuidaba, en Lausana, á una jóven estranjera de cuya vida desesperaba. Instruida, por imprudencia, de los peligros de su situacion, y hondamente pesarosa de dejar tan pronto esta vida, entregóse la enferma á todas las ajitaciones de la mas violenta desesperacion. El célebre médico juzgó que aquel nuevo sacudimiento iba á acortar todavía mas el breve plazo que le quedaba de vida á la señorita; y, segun costumbre, previno á su familia que convenia darse prisa para hacerle administrar los socorros de la relijion. Llaman á un sacerdote; la moribunda descarga el peso de su conciencia en el seno de aquel médico espiritual, y recibe con enternecimiento, las palabras de clemencia y consuelo que salen de su boca. Restablecida un poco la calma, no piensa ya mas que en Dios y en sus intereses eternos, y recibe los sacramentos con la mayor edificacion. Al dia siguiente por la mañana, habia disminuido la calentura, y los síntomas mas alarmantes, enteramente disipados, hicieron pronto lugar una perfecta curacion. Tissot, que era protestante, se complacia en referir á menudo este hecho, cuyos ejemplares no son raros, esclamando: *¡Cuánto es el poder de la confesion en los católicos!*

«Sopla á veces en las campiñas un viento que deseca las plantas, y vense entónces sus tallos ajados inclinarse hácia la tierra. Humedecidas empero con el rocío, recobran su frescura é irguen su cabeza marchita.

«Hay siempre vientos abrasadores que pasan por el alma del hombre y la desecan: la oracion es el rocío que la reverdece.»

A los sacramentos y á la oracion agrega todavía la relijion santa el ayuno y la abstinencia, medios hijiénicos muy propios para amortecer la violencia de las pasiones: y en su profunda sabiduría, prescríbelos mas largos y severos, precisamente en la época del año en que la naturaleza toda está á punto de entrar en fermentacion. Si el rigor de la estacion, si la miseria, si una constitucion enflaquecida por la edad, las dolencias ó el trabajo, se oponen á que el precepto sea rigurosamente observado, bondadosamente dispensa de él; pero quiere que cada cual supla esta observancia con una limosna proporcionada al estado de su fortuna. Así es como combatiendo dos vicios, por desgracia tan comunes, como son la intemperancia y la avaricia, disminuye la impetuosidad de la cólera, mientras que á un tiempo hace pasar á manos del pobre lo superfluo del rico. ¡Maravilloso instituto, que hace espirar en los labios del indijente la blasfemia contra la Providencia, y trueca en bendiciones los furores que le hubiera inspirado la envidia! ¡Hay acaso alguna institucion humana que acredite tanto esmero, tanta prudencia, tanto amor!

Guardaréme sin embargo de dar preferencia esclusiva á uno de los tres modos de tratamiento que acabamos de examinar: á menudo he tenido ocasion de reconocer su impotencia respectiva, al paso que con frecuencia he observado el saludable efecto de su concurso. ¿Porqué pues no han de emplearse simultáneamente contra las pasiones unos remedios que tan afines son entre sí? Y efectivamente, la medicina, la lejislacion y la relijion no se ocupan mas que del hombre desde su cuna hasta su sepulcro, y las tres no llevan mas norte que su felicidad; solo que la una quiere mas bien hacerle individuo robusto, la otra ciudadano pacífico, y la tercera hombre eminentemente virtuoso. Las tres tambien hacen observar sus códigos por unos mismos motivos, el interés y el temor (1): á los que los observan, salud, aprecio público, paz de conciencia, preludio de celestiales goces; á los que los infrinjen, enfermedades, castigos de los hombres, castigos de Dios. Las tres, en fin, tienen cada cual su ministro: el médico que socorre, el majistrado que castiga, el sacerdote que perdona.

(1) El cristianismo, sin embargo, no se contenta con vernos observar sus preceptos por el solo temor de las penas de la otra vida, sino que exije que el móvil de todas nuestras acciones sea el amor de Dios y del prójimo en Dios. De este amor hace casi una pasion, si tal nombre puede darse á un sentimiento que ennoblece el corazon, alumbra la intelijencia, y hace al hombre verdaderamente libre, regularizando todas sus necesidades.

CAPITULO IX.

DE LAS PASIONES CONSIDERADAS COMO MEDIO DE CURACION EN LAS ENFERMEDADES.

> Venenos hay que, en las manos de un hábil facultativo, se convierten diariamente en remedios eficaces.

Vamos á estudiar en primer lugar los efectos curativos de ciertos sentimientos que obran en la economía al modo de las pasiones, y que por esta razon no podemos pasar en silencio; y en seguida nos ocuparémos de las pasiones propiamente dichas.

De la alegría y de la risa. — La alegría, dice Mackensie, es el sosten de la salud y el contraveneno de las enfermedades. La alegría, segun Hipócrates, es favorable en todas las dolencias. Galeno asegura haber visto muchísimos enfermos que debieron su curacion mas bien á su humor jovial que al uso de los medicamentos. Por último, Ambrosio Pareo, Sanctorio, Pechlin, Tissot y otros muchos observadores citan un sinnúmero de curaciones obtenidas por efecto de la alegría, principalmente en las fiebres intermitentes, la ictericia, el escorbuto, las escrófulas y la parálisis.

La risa, cuando es la espresion de la alegría, no solo produce una aceleracion notable en la circulacion, sino que imprime tambien á ciertos músculos un sacudimiento que á veces se hace curativo. Pechlin habla de un jóven, con una herida grave de pecho, que estaba desahuciado de los médicos, creyéndole á punto de espirar. Los compañeros que le velaban se divirtieron ennegreciendo con la despabiladura de la vela la cara del mas jóven de entre ellos que se habia dormido á los piés de la cama. Habiendo el moribundo abierto los ojos, chocóle tanto aquel grotesco espectáculo, que habiéndose echado á reir, salieron por la herida mas de dos libras de sangre extravasada, y se restableció perfectamente.

Mas de una vez tambien ha determinado la risa el alumbramiento de ciertas parteras, cuyas fuerzas se hallaban de todo punto agotadas, y cuyos dolores habian desaparecido.

Muchas vómicas, ó abscesos del pulmon, se han abierto en los bronquios y han sido felizmente espelidas á beneficio de la risa. Sabido es que con la lectura de las *Cartas de los hombres oscuros*, arrojó Erasmo la vómica que le sufocaba, y que su fuerte risa le salvó la vida.

Corinjio, segun aseguran, se curó de una terciana rebelde á consecuencia del placer que tuvo en conversar con Meibomio.

Tenemos varios ejemplos, dice Tissot, de criaturas tristes, pálidas y raquiticas, en las que la risa, provocada por el cosquilleo, ha producido los mas felices resultados. Es un hecho tambien que con el auxilio de este medio sencillísimo, y por lo mismo en demasía descuidado, he logrado disipar engurjitaciones linfáticas que se habian resistido á infinitos remedios internos y esternos. Basta echar á las criaturas desnudas en una cama, cuando tienen el estómago libre, y jugueteando hacerles cosquillas, mientras al parecer se diviertan con ello. Este juego, repetido mañana y tarde por espacio de algunos minutos, trae ordinariamente, al cabo de quince ó veinte dias, una mejora sensible en su constitucion: su piel no es tan apagada, su cara sobre todo se vuelve mas colorada, y su fisonomía mas alegre y mas animada. No parece sino que el sacudimiento jeneral ocasionado por la risa haya en cierto modo inyectado la vida en los vasos capilares que no la tenian.

Una alegría demasiado súbita y la risa inmoderada pueden sin embargo dar los mas funestos resultados, particularmente en el tratamientos de las enfermedades agudas, de las hernias, de las fracturas, y de las heridas en jeneral. A la prudencia del médico corresponde emplear ese modo de escitacion con medida, y despues de estar seguro de que no puede dar márjen á ninguna reaccion desfavorable.

Del deseo. — El deseo, ese abalanzamiento del alma inquieta hácia un bien que nos falta, es el atributo fundamental, ó, si mejor se quiere, el precursor de todas las pasiones, que, en definitiva, no son mas que deseos inmoderados. Nace el deseo de la estimulacion primitiva impresa por la necesidad al órgano mas especialmente encargado de satisfacerla, y su fuerza está siempre en razon de la idea de placer que nos figuramos anejo á su satisfaccion. Su accion escéntrica sobre la economía participa de los efectos del amor, de la atencion y de la esperanza, que son los tres elementos de que se compone. Las imájenes agradables, la suave y saludable oscilacion que da el deseo, cuando es puro y moderado, contribuyen poderosamente á disipar el enojo, á calmar el dolor y á acortar la duracion de las enfermedades.

La curiosidad (vivo deseo de saber ó conocer) ha bastado mas de una vez para reanimar la accion del sistema nervioso en enfermos capaces todavía de algunos movimientos, pero que no los hacian por falta de estímulo. Cuenta Andry, en su *Ortopedia*, que en 1682, seis paralíticos del Hospital jeneral de Paris se levantaron y echaron á andar, con gran pasmo de todo el mundo, por la sola curiosidad de ver al embajador de Marruecos, que habia ido á ver el establecimiento.

Muchas observaciones prueban tambien que las emociones consiguien-

tes al desear ó estar aguardando un acontecimiento feliz han podido reanimar los restos de una vida que se apagaba, y retardar de muchas semanas el momento de la muerte, que todo anunciaba como inminente.

Hace veinte años visitaba yo á una señora que se habia vuelto hidrópica de resultas de una afeccion orgánica del corazon. La enfermedad habia llegado á su último período: todos los socorros del arte no alcanzaban siquiera á proporcionar el mas mínimo alivio, y una sofocacion, acompañada ya de estertor pronunciado, anunciaba un próximo fin. El profesor Halle y yo, reunidos á la sazon en consulta, no teníamos la menor duda sobre el caso, cuando la moribunda, recojiendo todas sus fuerzas, nos preguntó, mirándonos con los ojos fijos, cuantos instantes le quedaban de vida. (Madama B....., señora eminentemente animosa y cristiana, tenia ya sus asuntos en regla; pero una hija única á quien idolatraba y á quien habia ricamente casado, estaba en cinta de cerca de nueve meses, y la pobre madre esperaba con impaciencia el instante del alumbramiento). A esa pregunta inesperada, cuyos motivos adiviné, respondí en tono de seguridad: «Señora, podeis vivir á lo menos de veinte á veinte y cinco dias;» y mi sabio colega confirmó el pronóstico con una señal de aprobacion, añadiendo que la naturaleza tenia tantos recursos que aun era posible que fuese mucho mas largo el término de los veinte y cinco dias. Bástame ese término, repuso la enferma derramando deliciosas lágrimas: la crísis que he pasado ahora poco me hacia temer que no viviera bastante para ver á mi nieto: ahora ya estoy tranquila, y os doy las gracias por el placer que me habeis proporcionado.» La estraordinaria mejoría que siguió á nuestra consulta se sostuvo mas de un mes, y no pudimos atribuirla sino al efecto moral de aguardar un suceso feliz.

Esperanza. — ¿Quién no conoce los saludables efectos de la esperanza en las enfermedades? La leve aceleracion que imprime á la circulacion y á la inervacion produce en el mismo instante una espansion suave que nos consuela y hechiza, dándonos ya desde luego la conviccion del próximo restablecimiento de nuestras fuerzas. La esperanza de curar es un primer paso hácia la salud; y esta esperanza es tanto mayor en los enfermos cuanto mayor es la confianza que les inspira su médico, y cuanto mas seguro y satisfecho este se presenta. Así vemos diariamente afecciones graves y rebeldes que deben en gran parte su terminacion feliz á la esperanza que diestramente se ha hecho nacer. Y sobre todo cuando se trata de practicar una operacion de alta cirujía, debe el facultativo tranquilizar previamente el ánimo del enfermo, y convencerle de que pronto gozará de un bienestar físico y moral que es imposible proporcionarle por otro medio.

La cólera pasion, violenta y uno de los mas poderosos escitantes del organismo, ha sido recomendada por Hipócrates, y posteriormente por Bacon, en el tratamiento de las enfermedades crónicas caracterizadas por

una atonía jeneral. Pero la conmocion nerviosa que produce es tan violenta, y las resultas son á veces tan peligrosas, que siempre seria una temeridad apelar á semejante remedio. Por lo demás, los prácticos mas fidedignos aseguran que la fiebre intermitente, el edema, la hidropesía, el reumatismo, la gota, la parálisis de los miembros, la sordera, y hasta la mudez conjénita han desaparecido á veces despues de un vivo arrebato de cólera.

« Hemos conocido, » dice Virey, « sujetos en quienes la irascibilidad habia venido á parar en una necesidad verdadera. Buscaban querella á todo el mundo, y principalmente á los que calificaban de amigos, socolor de exijir de ellos mas atenciones que de los demás. Irritábanse en el mas alto grado cuando uno no queria entrar en contestaciones con ellos; y hasta sus criados no ignoraban que saldrian peor librados, si no le daban algun pábulo para hacer desahogar el mal humor habitual de su amo. En esta clase de emocion sucede lo que con la pituita: así un hombre lento en esperimentar los resultados de una purga no obtenia efecto de una medicina hasta despues de haber entrado espresamente en cólera, rompiendo, por ejemplo, por torpeza un vaso ú otro objeto cualquiera. Es indudable pues que para ciertas complexiones de este carácter es una necesidad el descargar la bílis para mantener la salud. »

Es innegable tambien que el *miedo* ha hecho desaparecer muchas afecciones, y entre ellas varias que se tenian por incurables. Segun cuenta Mentz (*de animi commotionibus*), un hombre que hacia tres semanas tenia el húmero luxado, se curó de resultas de una viva conmocion, y tambien otro que de muchos años tenia una hernia.

Pechlin cita la observacion de un descenso de matriz curado por el miedo que causó á la enferma la vista de un incendio. Un amigo de este médico, afectado de una fiebre terciana, habiéndole sobrevenido una violenta tempestad hallándose embarcado, tuvo tal miedo de naufragar, que las accesiones no volvieron mas.

La epilepsia, tan frecuentemente producida por el miedo, mas de una vez ha debido su curacion inesperada á esta misma pasion. Lieutaud cita sobre este punto varios ejemplos interesantes.

En un hospital de Harlem se habia estendido cierta enfermedad convulsiva entre los jóvenes de ambos sexo. Siendo completamente infructuosos los remedios ordinarios, el célebre Boerhaave mandó poner en medio de las salas un brasero encendido con un hierro hecho ascua para quemar el brazo hasta el hueso al primero que entrase en convulsion. El terror que tan violento remedio causó á todos los enfermos fué tal, que desde entónces todos quedaron completamente curados. Sauvages refiere una curacion muy semejante, lograda con la amenaza de unos latigazos que debian aplicarse al enfermo despues de cada acceso de convulsion.

Otros observadores no menos recomendables citan un gran número de hechos que prueban que un vivo terror ha vuelto instantáneamente la palabra á los mudos, y el libre uso de los miembros á gotosos y á paralíticos, para cuya curacion se habian apurado en balde todos los recursos del arte. Sabido es en fin que varios individuos mordidos por perros rabiosos ó en quiénes se sospechaba la hidrofobia, habiendo sido por sorpresa arrojados al rio ó al mar, han debido su perfecto restablecimiento al fuerte miedo que tuvieron de ahogarse. En todos estos casos, el miedo de una muerte inminente ha bastado para disipar la aprension de una muerte muy remota: y esto es lo que se llama el *temor curado por el miedo.*

Cuando la revolucion de julio de 1830, un sinnúmero de indisposiciones crónicas, y particularmente neuraljias y neuroses en el estado agudo, desaparecieron súbitamente de resultas del terror que sintieron especialmente las mujeres durante los tres dias de combate; y los prácticos de la capital pudieron observar, como yo, que en el semestre siguiente, el número de enfermos fué incomparablemente menor de lo regular.

El amor, ese sentimiento tan enérjico, esa pasion tan peligrosa, ha podido por sí solo triunfar de la terca inclinacion de ciertos melancólicos á quitarse la vida. He aquí un ejemplo que refiere Mr. Falret en su escelente tratado *De la Hipocondría y del Suicidio.*

« La señorita C***, de edad de veinte y tres años, de temperamento bilioso sanguíneo, hija de padres sanos de cuerpo y de espíritu, pasó los primeros años de su vida en el campo, gozando de la mas cabal salud: la menstruacion se estableció á los trece años sin el menor accidente. A los catorce años dejó, aunque de mala gana, su pais nativo para ir á completar su educacion. Desde aquel momento entró en un mal humor terrible, en una aficion decidida á la soledad, y luego en un deseo de morirse que nada era capaz de desvanecer. Los placeres no tenian para ella ningun atractivo; estábase horas enteras inmóvil, los ojos fijos en el suelo, el pecho oprimido, y en el estado de una persona que teme algun acontecimiento siniestro. Firmemente resuelta á arrojarse al rio, busca los sitios mas estraviados á fin de que nadie pueda socorrerla; mas pronto la idea del crímen que medita la hace renunciar á su proyecto.

« Despues de un año de estancia en la capital, volvió á la casa de sus padres, donde pasó tres semanas sin sentir el menor tedio á la vida. Vuelta á Paris, reapareció con mas fuerza que nunca su propension al suicidio. La señorita C*** toma óxido de cobre; pero felizmente la dósis era corta, y los vivos cólicos que esperimenta quedan disipados por los medicamentos oportunos. A los diez y seis años se le murió el padre: su dolor fué intenso; calmólo empero la presencia de su madre. Al año si-

guiente, habiendo fallecido su madre, hizo nueva tentativa de suicidio, mas pudo evitarse el golpe. A los diez y ocho años, la vida se le hizo de todo punto insoportable; trata de ahogarse por estrangulacion con un pañuelo, pero no hizo mas que perder los sentidos. Vuelta en sí, derrama lágrimas á raudales, y se resuelve á abandonar su horrible proyecto. La relijion se ofrece á su mente como el único remedio de su dolor. El deseo de morir no se borra del todo de su imajinacion: continuamente humedecen sus ojos las lágrimas. Si ve un objeto lúgubre, propio para recordar la muerte, se complace en contemplarlo; siéntese oprimida; su corazon late con fuerza; esperimenta una debilidad y un estremecimiento jeneral; embriágase del mas puro gozo siempre que piensa en que ha de morir.

«Lo que no pudo conseguir la relijion lo logró el amor. Insinuándose en el corazon de esta infeliz aquel sentimiento, la animó con una nueva existencia, é hizo que encontrase en el afecto de un esposo y en las caricias de sus hijos una dulce compensacion de la amargura de los primeros años de su juventud.»

De la pasion dominante en jeneral. — Algunos observadores han notado, y yo mismo me he hallado en el caso de comprobar la exactitud de la observacion, que la vista, el ruido, el solo nombre del objeto de la pasion dominante basta á veces para dispertar en nosotros el sentimiento, aun cuando parezca completamente estinguido.

Queriendo tranquilizar á un rico avariento atacado de frenesí, y que tenia miedo de morir de hambre, Celso le hizo mañosamente anunciar varias falsas herencias, y luego se disiparon los vanos temores del enfermo.

Morand cita en sus *Opúsculos* el ejemplo de un jugador que no salió de la mas completa insensibilidad en que habia caido hasta que á los oidos le gritaron: *¡quinta, catorce y el as!*

Varios músicos, apasionados á su arte, se han curado del delirio febril por medio de un concierto dado cerca de su alcoba.

Habiendo caido en letargo una señora muy avara, discurrieron los circunstantes ponerle en la mano algunos escudos nuevos; apenas los sintió, palpólos detenidamente la enferma, y empezó á recobrar los sentidos.

Uno de mis clientes, personaje muy opulento, á la par que muy avaro, salió como por encanto de un estado comatoso que duraba veinte y cuatro horas hacia, luego que oyó abrir su escritorio del cual necesitaban sus hijos sacar el dinero necesario para los gastos de la enfermedad.

El coronel M***, muy conocido de todo Paris por su aficion á las medallas, se hallaba atacado de una pleuroneumonia complicada con una violenta encefalítis, y mas un coma profundo. Horas hacia que no daba ninguna señal de vida, y todo anunciaba su próximo fin, cuando, como por último recurso, se me antojó decir en alta voz que iba á verificarse

una venta magnífica de medallas. Apenas hube pronunciado esta última palabra, cuando mi anticuario mueve rápidamente los labios, y se esfuerza en articular su palabra favorita, *medallas*. Alentado con este primer triunfo, repetí distintamente la misma frase, y cada vez no parecia sino que una chispa eléctrica iba progresivamente dando movimiento y vida á aquel cuerpo minutos antes tan insensible. Finalmente, gracias á mi artificio, recobró perfectamente el coronel su conocimiento; y luego me preguntó con tono inquieto si sabia cuándo se verificaba la venta. Dentro de unos quince dias, repuse yo con la mayor seguridad; es regular que podais asistir á ella. Esta esperanza abrevió prodijiosamente la convalecencia de mi enfermo, quien, despues de haber sabido mi estratajema, se consoló, y completó su curacion visitando por milésima vez las preciosas é innumerables piezas que componen su querido gabinete de medallas.

Algunos años despues encontré al coronel, pálido, desmedrado y fuera de sí: acababan de robarle. Unos malhechores se habian introducido en su gabinete, y le habian robado un estante entero de medallas. Aquel golpe fué terrible para él; desde entónces jamás se restableció completamente su salud. Lo único que le ayudó á soportar la vida, despues de tamaña desgracia, fué que *los imbéciles ladrones no se llevaron mas que medallas de oro bastante comunes*. Si dan el saco dos pulgadas mas abajo, se hubieran llevado *los grandes bronces*, los ejemplares *raros*; ¡ y entónces sí que no habria sobrevivido á su pérdida !

CAPITULO X.

DE LAS PASIONES Y DE LA LOCURA EN SUS RELACIONES ENTRE SI Y CON LA CULPABILIDAD.

> Fijad los ojos en vos mismo, y guardaos de juzgar las acciones de los demás. Vanamente se fatiga el hombre juzgando á los demás; engáñase á menudo, y comete muchas faltas; pero examinándose y juzgándose á sí mismo, trabaja siempre con fruto.
>
> (LA IMITACION.)

Tal es la flaqueza de la razon humana que en balde aspira á dar una definicion exacta de la locura. En tamaña impotencia, los entendimien-

tos superiores han tratado al menos de clasificar las numerosas formas que reviste, y no han sido mucho mas felices en sus esfuerzos. El carácter, triste ó alegre, suave ó violento, de esa afeccion; su marcha, ora aguda, ora crónica; su duracion, instantánea, larga, ó persistente; sus retornos, periódicos ó irregulares; las degradaciones instintivas, afectivas é intelectuales que presenta, desde la simple *distraccion* hasta el completo *embrutecimiento*, cuando no hay percepcion alguna; todo se opone á la estrechez de un cuadro nosolójico y al descubrimiento de una pauta, de un *criterio* que precise el punto fijo donde acaba la razon y empieza la locura.

Como sea, los antiguos distinguian simplemente la locura en *manía* y en *melancolía*; entendiendo por *manía* un delirio jeneral, y por *melancolía* un delirio parcial.

Sustituyendo la espresion jenérica de *enajenacion mental* á la de *locura*, admite Pinel cuatro especies de aberraciones esenciales del entendimiento, á saber: 1°. la *manía*, que define diciendo que es un delirio jeneral, con ajitacion, irascibilidad, y propension al furor; 2°. la *melancolía*, delirio esclusivo con abatimiento, morosidad, y propension á la desesperacion; 3°. la *demencia*, debilidad particular de los actos del entendimiento y de la voluntad, 4°. el *idiotismo*, especie de estupidez mas ó menos señalada.

Spurzheim admitia tambien cuatro formas de locura: el *idiotismo*, la *demencia*, la *enajenacion* y la *irresistibilidad*.

Esquirol admitia tambien cuatro grandes divisiones: la *manía*, delirio jeneral, y la *monomanía* (1), delirio parcial. Daba el nombre de *idio-*

(1) Mr. Falret, apoyado en el mismo análisis de las observaciones de las monomonías que refieren los autores, y en el atento exámen de los enfermos llamados *monomaníacos*, pretende que no hay *monomanía* propiamente dicha, es decir, delirio sobre un solo asunto ó limitado á una sola serie de ideas. Prescindiendo de esta opinion, que si fuese exacta, no dejaria de tener su influencia en medicina legal, Marc reconoce la existencia, jeneralmente admitida, de la monomanía, y distingue muchas variedades: 1.° la monomanía de orgullo, de ambicion y de riquezas; 2.° la monomanía hipocondríaca; 3.° la monomanía homicida; 4.° la monomanía suicida; 5.° la *erotomanía* ó monomanía erótica, y la *aidoiomania* ó furor jenital; 6.° la monomanía relijiosa y la demonomanía; 7.° la *kleptomania* ó monomanía del hurto; 8.° la *piromania* ó monomanía incendiaria; 9.° finalmente, la monomanía trasmitida por imitacion.—Ya desde 1770 los monomaníacos eran absueltos por los tribunales de Alemania, mientras que muy posteriormente eran condenados por los tribunales de Francia. Domina todavía en algunos de nuestros antiguos majistrados un espíritu relijioso mal entendido, que ha militado singularmente contra la realidad de la monomanía y de las propensiones irresistibles que la acompañan. Hace algunos años, uno de ellos llegó á decir á Mr. Marc: «Si la monomanía es una enfermedad, es menester, cuando arrastra á crímenes capitales, curarla en la plaza de la Greve» (Plaza de Paris donde se ajusticia á los reos).

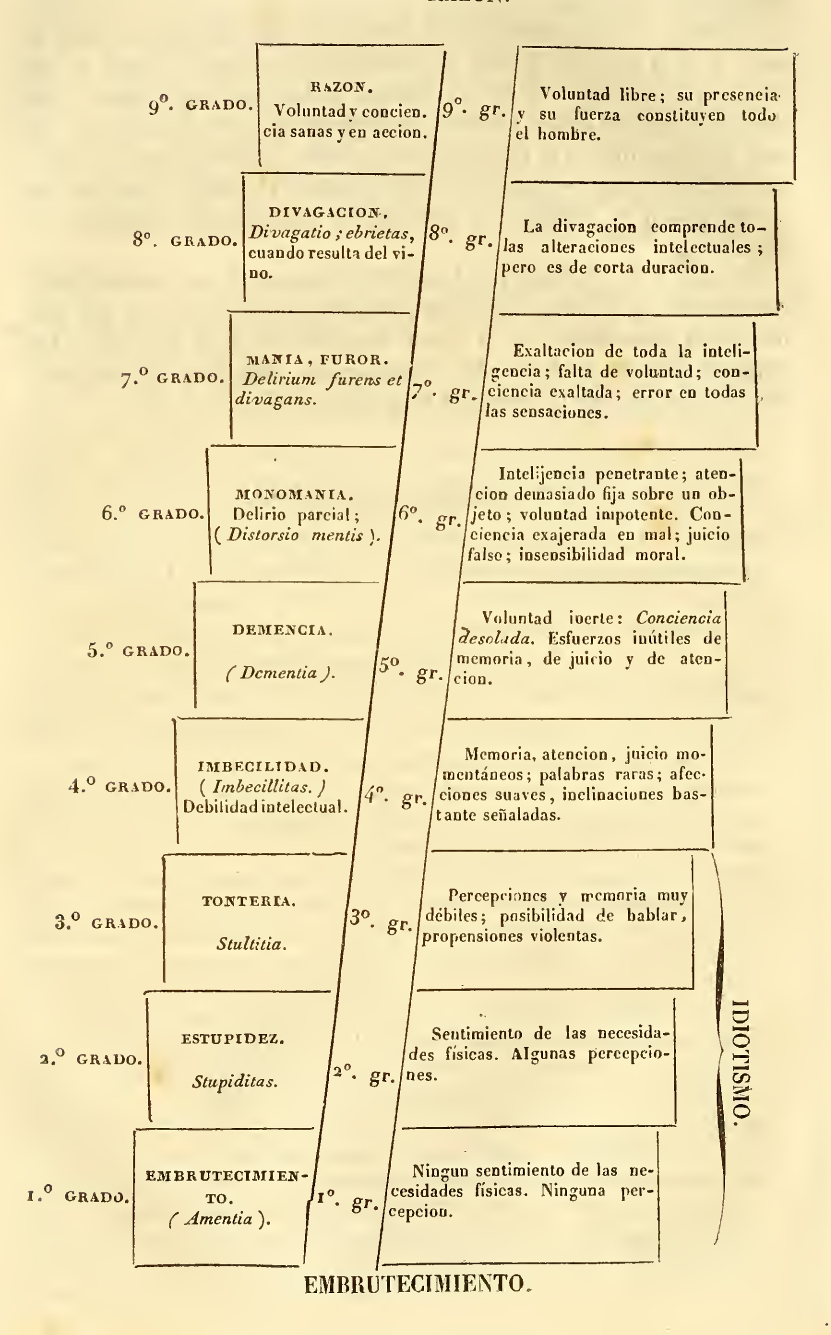
tismo á la obliteracion conjenial de la intelijencia, y el de *demencia* á su obliteracion accidental.

Hoffbauer dividió la enajenacion mental en solas dos grandes clases: la una, bajo la espresion jeneral de *imbecilidad*, consiste, segun él, en una falta de desarrollo de las facultades; la otra, que llama *locura*, tendria por causa una lesion sobrevenida despues de su cabal desarrollo. A esta division, que no es rigurosamente exacta, prefiere Marc las distinciones establecidas por Pinel y su digno sucesor Esquirol, como que se ajustan mas á la realidad, y son las mas jeneralmente adoptadas en Francia.

Debemos á Mr. Escipion Pinel una tabla analítica de las enfermedades intelectuales, que forma una escala ascendente de la locura, á la par que una escala descendente de la razon. Reprodúzcola aquí tal cual la estampó el autor en su *Fisiolojía del enajenado*, obra llena de ideas nuevas, y coronada por la Academia francesa en 1834.

(Véase el estado á la vuelta.)

TABLA *analítica de las enfermedades intelectuales.*



RAZON.

9°. GRADO.	RAZON. Voluntad y concien. cia sanas y en accion.	9°. gr.	Voluntad libre; su presencia y su fuerza constituyen todo el hombre.
8°. GRADO.	DIVAGACION. *Divagatio ; ebrietas,* cuando resulta del vino.	8°. gr.	La divagacion comprende todas las alteraciones intelectuales; pero es de corta duracion.
7.° GRADO.	MANIA, FUROR. *Delirium furens et divagans.*	7°. gr.	Exaltacion de toda la inteligencia; falta de voluntad; conciencia exaltada; error en todas las sensaciones.
6.° GRADO.	MONOMANIA. Delirio parcial; (*Distorsio mentis*).	6°. gr.	Intelijencia penetrante; atencion demasiado fija sobre un objeto; voluntad impotente. Conciencia exajerada en mal; juicio falso; insensibilidad moral.
5.° GRADO.	DEMENCIA. (*Dementia*).	5°. gr.	Voluntad inerte: *Conciencia desolada.* Esfuerzos inútiles de memoria, de juicio y de atencion.
4.° GRADO.	IMBECILIDAD. (*Imbecillitas.*) Debilidad intelectual.	4°. gr.	Memoria, atencion, juicio momentáneos; palabras raras; afecciones suaves, inclinaciones bastante señaladas.
3.° GRADO.	TONTERIA. *Stultitia.*	3°. gr.	Percepciones y memoria muy débiles; posibilidad de hablar, propensiones violentas.
2.° GRADO.	ESTUPIDEZ. *Stupiditas.*	2°. gr.	Sentimiento de las necesidades físicas. Algunas percepciones.
1.° GRADO.	EMBRUTECIMIENTO. (*Amentia*).	1°. gr.	Ningun sentimiento de las necesidades físicas. Ninguna percepcion.

IDIOTISMO.

EMBRUTECIMIENTO.

«Si se comparan entre sí esos diferentes grados de las alteraciones intelectuales, se verá, añade M. Escipion Pinel, que su distincion se funda en señales muy sensibles. El *idiotismo* es una enfermedad de nacimiento, caracterizada por la nulidad moral é intelectual, pero que presenta, en tal degradacion, tres variedades muy distintas: 1° el *embrutecimiento,* estado de la última abyeccion humana, en el cual no hay sensaciones, ni sentimiento de necesidades físicas; 2° la *estupidez,* en la cual se notan algunas percepciones, y á lo menos el sentimiento de las necesidades físicas; 3° la *tonteria,* que se distingue de los dos estados anteriores por algunos fragmentos de intelijencia, y señaladamente por la posibilidad de hablar. Estos tres grados forman el *idiotismo,* que, si bien de nacimiento é incurable, es susceptible, no obstante, de alguna mejoría, y casi de educabilidad.

« La *imbecilidad* tiene un carácter del todo inverso, es decir, que afecta á individuos que han tenido su razon cabal, y va siempre agravándose.

« La demencia difiere del estado anterior por ciertos conatos inútiles de memoria y de atencion, y sobre todo por un rasgo único, ó sea el sentimiento, la conciencia de su nulidad y de su propia degradacion. Este es un hecho psicolójico de gravísima trascendencia.

« La *monomanía,* segun indica su propio nombre, no es mas que una locura parcial, un delirio sobre un solo objeto.

« La *manía,* el *furor,* es la exaltacion de las principales facultades intelectuales, sobre todo de la memoria y de la conciencia. Al esperimentar el sentimiento íntimo de su exaltacion, los maníacos se envanecen de ella; pero en ellos no hay voluntad, no hay mas que una esplosion movible y pasajera como la rapidez de las sensaciones.

« Entre ese delirio completo y la razon se coloca naturalmente el delirio de algunos instantes, la *divagacion,* cuyos variables grados pueden observarse en la embriaguez y en las pasiones violentas: *ira furor brevis.*

« Viene por último la *razon,* esto es, la voluntad señoreando todas las facultades, y hasta la conciencia, la cual, sin ella, se deja arrebatar por las mas estrañas ilusiones. »

¿ No se distinguirian mejor los principales grados de exaltacion y depresion de la intelijencia, tomando la *calma* ó el sosiego por base de una clasificacion ? Tendríamos entónces una especie de escala termométrica, que se aplicara lo mismo á la medida de la pasion que á la de la enfermedad. Pocas palabras bastarán para dar á comprender mi idea. La calma, considerada bajo el doble punto de vista fisiolójico y filosófico, es el equilibrio resultante de las fuerzas físicas y morales de la humanidad; no es la inmovilidad completa, el reposo absoluto, la inaccion, sino un balance suave y armónico, que contribuye al bienestar del individuo y

de la sociedad; para el cuerpo, es la *salud;* para el alma, es la *virtud;* para lo que se llama espíritu, es la *razon.* Mas arriba y mas abajo de la calma empiezan ya la *enfermedad*, la *pasion* y la *locura.* El estado que sigue traducirá fielmente mi idea, y me dispensará de entrar en esplicaciones que me conducirian demasiado lejos:

TABLA Comparativa de la enfermedad, de la pasion y de la locura.

Escala de la enfermedad.		*Escala de la pasion.*		*Escala de la locura.*	
——	Muerte física.	——	Muerte moral.	——	Muerte intelectual.
——	Frenesí.	——	Frenesí.	——	Frenesí.
——	Delirio.	——	Furor.	——	Manía.
——	Fiebre.	——	Arrebato.	——	Monomanía.
——	Ajitacion.	——	Violencia.	——	Divagacion.
——	Desazon, mal-estar	——	Impaciencia.	——	Distracciones.
CALMA	SALUD.	CALMA	VIRTUD.	CALMA	RAZON.
——	Flaqueza.	——	Tibieza.	——	Ealtas.
——	Debilidad.	——	Frialdad.	——	Demencia.
——	Entorpecimiento.	——	Indiferencia.	——	Tontería.
——	Parálisis.	——	Insensibilidad.	——	Estupidez.
——	Letargo.	——	Apatía.	——	Embrutecimiento.
——	Muerte física.	——	Muerte moral.	——	Muerte intelectual.

En los estremos de cada escala se halla la *muerte*, y en el escalon del medio la *calma*, es decir, la plenitud de la vida física, de la vida moral y de la vida intelectual. Mientras el hombre se mantiene en la calma, posee *salud*, *virtud*, y *razon;* mas luego que pierde la calma, por esceso ó por falta de actividad, se encamina mas ó menos á la *enfermedad*, á la *pasion*, ó á la *locura.*

Hemos visto ya que las pasiones casi no difieren de la locura sino por su duracion. ¿ No se observa, en efecto, la mayor analojía en sus causas, en sus síntomas, en su terminacion? ¿ no siembran ambas el desórden en la economía? ¿ no ofrecen las dos tambien una exaltacion, una disminucion, una abolicion, ó una perversion de las facultades intelectuales y afectivas?

Al tratar de las pasiones en particular, tendré cuidado de señalar la influencia de cada una de ellas en la produccion de la locura; limitaréme pues ahora á indicar algunas otras causas de esa triste y frecuente enfermedad.

El carácter *hereditario,* cuyo poderío en el desarrollo de las pasiones es de todo punto innegable, representa un papel todavía mas visible en la enajenacion mental. De todas las causas predisponentes de esta dolencia, la *heredidad* es sin contradiccion la mas frecuente, así como las pasiones son la causa ocasional ó determinante que mas habitualmente se observa (1).

Segun Esquirol, la sexta parte de locos se vuelven tales por trasmision hereditaria en las clases pobres, y la proporcion es todavía mayor en las clases ricas. Segun el último estado del servicio de los enajenados que se curan en la Salpetriere y en Bicetre (Paris), de 8.272 individuos, no hay mas que 756 cuya enfermedad se atribuya á la herencia, cuyo número forma apenas $\frac{1}{11}$ de las entradas; pero conviene añadir que se ve figurar el guarismo de 1576 bajo el título de *causas desconocidas.* Por lo demás, me he cerciorado, con todos los observadores, de que las criaturas concebidas antes de que los padres diesen señal alguna de locura recojen rarísima vez tan funesta herencia. Esa trasmision es tambien menos frecuente en las criaturas nacidas de padres enajenados solamente por la línea del padre ó de la madre, que en aquellas cuyo padre y cuya madre son ambos enajenados ó que tienen los padres por ambas líneas en dicho estado.

Edad. — Hemos visto ya que cada edad tenia en cierto modo su pasion particular; y ahora añadimos que cada edad tiene tambien una especie de locura que le es propia. Con efecto, el idiotismo se nota mas particularmente en la infancia, la melancolía en la juventud, la manía en la edad adulta, y la demencia en la vejez. Las monomanías, á la par del orgullo y de la vanidad, se notan en todas las edades; no parece sino que son la continuacion de la pasion dominante en cada una.

Otra analojía no menos notable hay, y es que comunmente la enajenacion mental y las pasiones, que son como su preludio, se manifiestan en los hijos hácia la misma época de la vida, y casi bajo las mismas formas que en los autores de sus dias. Pudiéramos estender esa influencia de la edad á muchas lesiones del sistema nervioso; pero nos limitarémos á citar una familia de la capital cuyos individuos todos, hace tres jeneraciones, no empiezan á estar afectados de sordera hasta los cuarenta años.

Sexo — De los recuentos estadísticos de Francia y de Inglaterra resulta que las mujeres están mas sujetas á la locura que los hombres (2);

(1) De 81 enajenados de ambos sexos observados por Esquirol, 53 habian perdido la razon á consecuencia de vivas afecciones morales. Otro recuento hecho en la *Salpetriere*, por el profesor Pinel, manifiesta que de 611 mujeres melancólicas ó maníacas, 374 se habian vuelto tales por efecto de diversas pasiones.

(2) Durante un período de diez y seis años (1825-1840) han entrado en los dos hospitales de Bicetre y la Salpetriere 16.860 individuos enajenados. De

y esto al parecer depende de la constitucion nerviosa que les es propia, de la estremada sensibilidad que acompaña á las épocas menstruales, el embarazo, el parto y la lactacion, y por último de su posicion social, que las espone á frecuentes pesares. Parece tambien que la época de la cesacion de los menstruos tiene una influencia harto señalada en la predisposicion á la locura, pues se ha observado que la edad de treinta á cuarenta años es la que da mas enajenados en los hombres, al paso que en las mujeres es la de cincuenta á sesenta. Por lo demás, la influencia debida al carácter moral de cada uno de los sexos sobre la locura es absolutamente la misma que sobre las pasiones. Ya hemos visto que la pasion dominante en el hombre es la ambicion, y en la mujer el amor. Pues bien: despues de haber visitado, en Europa, los principales establecimientos de enajenados, se convenció Zimmermann de que en los mas de los casos las niñas se habian vuelto locas por amor, las mujeres por zelos, y los hombres por ambicion.

Constituciones. — De todas las constituciones, las que en otro tiempo se llamaban *temperamentos bilioso-nervioso* y *sanguíneo-bilioso* parecen las mas predispuestas á la locura, lo mismo que á las fuertes pasiones.

Estaciones. — Los meses de junio, julio y agosto, época de los grandes calores, son los en que se notan mas enajenados, y en que se cometen mas crímenes contra las personas.

Profesiones. — Por regla jeneral, entre las profesiones mas penosas y menos lucrativas se encuentran con mayor frecuencia la enajenacion mental, los crímenes y los suicidios. Así es que las modistas y costureras figuran por grandes cantidades en los cuadros estadísticos de los suicidios, de la criminalidad y de la locura.

Instruccion, educacion. — La falta completa de instruccion concurre, junto con la mala educacion, á impeler al hombre al crímen, y el crímen entónces harto á menudo le conduce á la locura. De 25.966 acusados de crímenes en el espacio de tres años, 15.467 no sabian leer ni escribir; 7.646 no sabian mas que imperfectamente; 2,116 poseian un grado de instruccion que podia ya serles provechosa; y 737 habian recibido un grado de instruccion superior. La proporcion de los acusados completamente iliteratos era pues de 56 por 100.

La proporcion de los iliteratos es menor entre los acusados de crímenes contra las personas, que entre los acusados de crímenes contra las propiedades.

Civilizacion. — La frecuencia de la enajenacion mental parece estar

este número no habia mas que 7.213 hombres, al paso que se cuentan 9.647 mujeres.

mucho menos en relacion con los climas que con los progresos de la civilizacion. En los paises salvajes hay muy pocos enajenados : en Europa, los locos, y sobre todo los locos políticos, se hallan en gran copia. Lo cierto es que de medio siglo acá el número de enajenados y suicidas ha crecido en una proporcion considerable, á la par que el número de los atentados contra las personas y contra las propiedades.

TABLA comparativa de los crímenes, de la enajenacion y del suicidio en Francia, desde 1827 *hasta* 1839.

Años.	Número de crímenes.	Número de enajenados.	Número de suicidas.
1827.	4236	1012	1542
1828.	4551	1056	1754
1829.	4475	1005	1904
1830.	4130	1088	1756
1831.	4098	1246	2084
1832.	4448	1327	2156
1833.	4105	1221	1975
1834.	4164	1301	2078
1835.	4407	1360	2305
1836.	4623	1461	2340
1837.	5117	1400	2443
1838.	5161	1443	2586
1839.	5063	1419	2747

En esa tabla, la columna de los crímenes da el número anual de las sentencias pronunciadas por los tribunales criminales, y no el de acusaciones. La columna de los suicidas da, para cada año, el número de muertes voluntarias en que ha entendido el ministerio público. La columna de los enajenados no presenta mas que el estado de las entradas en los hospitales de locos de Bicetre y de la Salpetriere, y en la casa real de Charenton.

He aquí el número aproximativo de locos comparado con la poblacion de las ciudades principales.

	Poblacion.	Locos.	Razon.
Lóndres.	1.400.000	7000	1 : 200
Paris (1)	890.000	4000	1 : 222

(1) Hay casi constantemente en el departamento del Sena 3.178 enajenados en cura, lo que da un movimiento anual de 4.519 mutaciones, á saber:

San Petersburgo. . . .	377.046	120	1 : 3.142
Nápoles.	364.000	479	1 : 759
Cairo.	330.000	14	1 : 23.571
Madrid	201.000	60	1 : 3.350
Roma.	154 000	320	1 : 481
Milan.	150.000	618	1 : 242
Turin	114,000	331	1 : 344
Florencia.	80.000	236	1 : 338
Dresde.	70.000	150	1 . 466

Por esa tabla se ve que Lóndres y Paris, asientos principales de la civilizacion, son tambien las ciudades que mayor número de enajenados presentan, así como tambien ofrecen mas pasiones y mas crímenes.

En una memoria muy curiosa, titulada *De la influencia de la civilizacion en el desarrollo de la locura*, el Dr. Brierre de Bôismont establece las conclusiones siguientes:

« 1°. La enajenacion es tanto mas frecuente y sus formas tanto mas diversas, cuanto mas civilizados están los pueblos: y es tanto mas rara cuanto menos ilustrados están.

« 2°. En los primeros, la enajenacion es debida sobre todo á la accion de las causas morales; y en los segundos, tienen jeneralmente mas parte en el desarreglo mental las causas físicas.

« 3°. Esta distancia tiene tambien lugar en las naciones civilizadas; así las clases instruidas son afectadas en especial por las causas morales, y las clases ignorantes por las causas físicas.

« 4°. Cada siglo, cada pais ve nacer locuras determinadas por la influencia de las ideas dominantes, llevando de este modo el sello de la época.

« 5°. Cada acontecimiento notable, cada grande calamidad pública aumenta el número de los locos.

« 6°. La proporcion de los enajenados con la poblacion es tanto mas considerable cuanto mas adelantadas se hallan en civilizacion las nacio-

	Poblacion.	Entradas.	Salidas ó defunciones.
Hospicio de la Vejez (hombres). .	812	780	700
Hospicio de la Vejez (mujeres). .	1516	1024	1079
Casa real de Charenton.	350	244	222
Casas de salud particulares. . . .	500	245	225

Este resúmen comprende un año, desde 1.° de marzo de 1840 á 1.° de marzo de 1841.

nes; el número de habitantes no tiene una influencia inmediata en el desarrollo de la enfermedad, pues hay grandes capitales y naciones muy pobladas que no contienen mas que un escaso número de locos.

« 7.° El aumento de los enajenados sigue el desarrollo de las facultades intelectuales, de las pasiones, de la industria, de la riqueza, de la miseria.

« 8°. Estando la locura estrechamente ligada con la civilizacion, y siendo en gran parte determinada por las causas morales, los medios morales, en cuya primera línea debe contarse la sabia direccion de las pasiones, han de formar la base principal y esencial del tratamiento, sobre todo en la convalecencia; y su influjo será tanto mas poderoso cuanto mas instruidos sean los enfermos y mas ilustradas las clases de la sociedad. Pero como el uso de estos medios exije una continua vijilancia, y no puede practicarse sino por un solo hombre, claro está que su accion no puede ejercerse sino sobre unos pocos individuos á la vez. Los resultados de este tratamiento no serán por lo mismo apreciables sino en los establecimientos bien dirijidos y de pocos enfermos (1). »

Estas conclusiones, fruto de una observacion atenta durante largos viajes, no prueba en manera alguna que Mr. Brierre de Boismont haya querido hacer cargos á la civilizacion. Nadie mejor que él aprecia sus numerosas ventajas; pero esto no es una razon para que calle sus inconvenientes.

Relijion. — En el exámen que se haga para cerciorarnos de que existe una enajenacion mental producida por concepciones relijiosas, debe el médico lejista averiguar el culto que profesa el individuo de quien se trate. El delirio del católico y del protestante no tienen un mismo carácter. «En el primero, dice Marc, hay ordinariamente temor de no salvarse, sindéresis, aprension de los castigos celestes, terror, desesperacion; y en el segundo, misticismo, pretensiones de comprender y esplicar la parte simbólica de la Escritura santa, orgullo, exaltacion profética; en una palabra, el católico se vuelve loco porque cree estar condenado, y el protestante porque se cree profeta; el uno se mira como réprobo, y el segundo como enviado del cielo. » De 52 enajenados que se hallan actualmente (abril de 1841) en el establecimiento de Mr. Brierre de Boismont, hay cuatro afectados de demonomanía, y los cuatro son católicos. Es preciso convenir, por otra parte, en que el apocamiento de la fe ha contribuido no poco al desórden social, á la multiplicacion de los crímenes, y á la frecuencia de la enajenacion mental.

(1) Nuestro sabio colega opina fundadamente que la proporcion de las curaciones aumentará cuando los recursos de los departamentos permitirán multiplicar los asilos, y no amontonar 500 ó 600 enajenados en un solo punto, como es costumbre aun hoy dia.

Otro rasgo de semejanza entre la locura y las pasiones, consideradas en cuanto á sus causas, es la facilidad con que entrambas se trasmiten por el contajio del ejemplo, ó, si se quiere, por imitacion. Establecimiento de enajenados hay, cuyos tres directores, vueltos sucesivamente locos, han tenido que pasar á ocupar una celdilla al lado de los infelices que un dia fueron objeto de sus desvelos. ¿Quién ignora, por otra parte, la suma rapidez con que la ambicion, la envidia, el miedo y la cólera se comunican á las masas, pasando á ser el oríjen de las mas altas injusticias y de los desórdenes mas espantosos?

No prosigamos esa comparacion entre las causas de las pasiones y las de la locura. Falta ahora manifestar la analojía que se halla entre sus síntomas, y decir cuatro palabras acerca de la culpabilidad.

Todas las cuestiones médico judiciales relativas á las lesiones del entendimiento pueden reducirse á la siguiente: « En un caso dado, ¿los actos de un individuo deben ó no deben ser atribuidos á una razon sana? » Y precisamente á esta cuestion tan sencilla como grave es á menudo imposible contestar de una manera completamente satisfactoria. Para esto seria necesario saber en qué consiste una *razon sana;* la ley nada dice sobre el particular: y los únicos jueces competentes, que son los médicos lejistas, no están acordes entre sí. En cuanto á mí, que no puedo, ni pretendo tratar á fondo este asunto, me limitaré á recordar aquí un hecho de suma importancia, y es que en las pasiones violentas é inveteradas, sobre todo durante sus paroxismos, la razon no puede considerarse como *sana,* por cuanto la fascinan entónces mas ó menos las *alucinaciones* y las *ilusiones* (1) que se notan en las diversas formas de la locura.

Pero, además de esas alucinaciones y de esas ilusiones pérfidas, la profunda alteracion de las facciones y la ajitacion convulsiva de los miembros ¿no revelan, sobre todo en las pasiones escéntricas, un estado mas ó menos delirante, y que puede llegar hasta el frenesí, *summum* del furor y último término de la locura? Ved á ese hombre caido en una violenta accesion de cólera, y decidme en qué se diferencia entónces de un enajenado presa de la manía mas furiosa. ¿No tienen ambos el pelo erizado, los ojos encendidos, la espuma y la injuria en la boca? ¿no os espantan

(1) Segun Marc y Esquirol, las *alucinaciones* consisten en sensaciones esternas que creen esperimentar los enfermos, sin que causa alguna esterior obre materialmente sobre ellos. Las *ilusiones*, al contrario, son efecto de una accion material, pero percibida por los sentidos de una manera falsa. Así el que cree oir voces que hablan de él ó que le dirijen la palabra, siendo así que reina en torno de él el mas profundo silencio, es un *alucinado.* El que cree equivocadamente que todos los alimentos que toma tienen un sabor metálico estraño á su naturaleza es un *ilusionado* ó *iluso.*—Las alucinaciones y las ilusiones pueden producir un delirio pasajero, y en su consecuencia los actos mas irracionales.

sus jestos amenazadores y la violencia de los golpes con que se hieren á sí mismos á falta de adversarios? ¿no os sorprende la exaltacion de sus ideas, la volubilidad é incoherencia de sus palabras? Confesad pues que la cólera no viene á ser mas que una accesion de manía furiosa, bien así como la manía furiosa no es mas que una cólera prolongada. Tambien vendréis á parar en que la melancolía suicida no es mas que una desesperacion crónica, bien así como el suicidio consumado durante los paroxismos de las pasiones no es comunmente mas que un delirio agudo, un *acto* de frenesí.

Otra observacion, hecha desde largo tiempo, y que prueba tambien la analojía entre las pasiones y la locura, es que si las pasiones llegan á producir un desarreglo completo y permanente de la razon, este desarreglo conserva de tal suerte el sello de su orijen, como que parece no ser mas que una continuacion del acceso de la pasion primitiva. Así es que la locura producida por el miedo y el temor va acompañada de *pantofobia* ó terror pánico continuo; y cuando la cólera pasa al estado de enajenacion mental persistente, reviste de preferencia el carácter de la *manía con furor*. Así vemos tambien que la ambicion puebla los establecimientos destinados á los locos, de millonarios, de ministros, de príncipes, de reyes, de emperadores, al paso que el orgullo y la vanidad producen locos filósofos, locos poetas ú oradores que, como en la escena del mundo, se imajinan tambien cautivar los entendimientos y ser los únicos que tienen razon. Esta observacion es igualmente aplicable á los efectos del amor; y si á veces no se divisa ya el carácter sensual en la especie de locura que es su consecuencia, depende de que la necesidad física debia estar dominada por alguna necesidad afectiva; y de ahí la monomanía ambiciosa y la melancolía suicida, tan frecuentes de resultas de amores desdichados.

No se vaya á inferir de lo hasta aquí dicho que yo mire como escusables todos los actos cometidos en la efervescencia de las pasiones. Querer asimilar *constantemente* estas últimas á la enajenacion mental seria poner la inmoralidad al nivel del infortunio, seria ofrecer al crímen una garantía de impunidad. Unicamente he querido manifestar que las pasiones sobreagudas, es decir, las que estallan de repente y con violencia, son altamente afines de la locura; y que en aquellas cuya marcha es crónica, la culpabilidad existe principalmente durante los dos primeros períodos. Con efecto, al llegar al tercer periodo, la libertad moral y el libre arbitrio no están ya en toda su plenitud, porque entónces, por un funesto efecto del hábito, la conciencia ordinariamente enmudece, y el juicio está mas ó menos falseado.

La libertad moral, considerada en sus aplicaciones á la moralidad es, por consiguiente, una cuestion grave, cuya solucion dejará siempre mucho que desear, porque si la libertad no es mas que la intelijencia que juzga,

que delibera, que escoje, tantas gradaciones debe haber en la libertad como las hay en la intelijencia. Desde largo tiempo ha habido hombres tan ilustrados como concienzudos que han probado diferenciar los actos resultantes de una lesion del entendimiento de los que provienen del desórden de las pasiones; y ninguno de ellos ha conseguido todavía fijar sobre el particular preceptos positivos é inmutables: todo lo que hasta aquí han logrado es fijar uno que otro piquete para orientar á los que quieran seguir la misma senda.

Terminaré este rápido bosquejo con una conclusion que tomo de Mr. Lelut, á saber: «La locura no es una cosa aparente; no todos los locos se hallan bajo la tutela de los asilos que les están dedicados; y de la razon completa ó filosófica al delirio verdaderamente maniaco hay innumerables grados, cuyo conocimiento al menos jeneral seria importante para todo hombre, á fin de no poner siempre la cólera ó la venganza en el lugar de aquella piedad induljente de la que quizás ha tenido ya necesidad alguna vez, ó que algun dia puede tener que reclamar para sí.»

CAPITULO XI.

OJEADA FILOSÓFICA SOBRE LAS NECESIDADES Y LAS PASIONES DE LOS ANIMALES, CON RESPECTO A LA CONSERVACION DEL INDIVIDUO Y A LA REPRODUCCION DE LA ESPECIE.

> Los animales tienen un corazon y pasiones; pero la santa imájen de lo honesto y de lo bello no tuvo jamás cabida sino en el corazon del hombre.
> (J. J. ROUSSEAU, CARTAS A D'ALEMBERT SOBRE EL TEATRO).

§. *I. Instinto de conservacion; necesidades y pasiones que de él dependen; sentimiento del miedo, necesidad de alimentacion, voracidad, cólera, valor, propension al robo y á la destruccion, astucia y circunspeccion, adhesion y agradecimiento, amor propio, amor de las alabanzas.*

Instinto de conservacion.—«Creced y multiplicaos,» dijo la soberana Sabiduría, y todos los seres inanimados han obedecido esta órden del Criador. Con estas palabras divinas han recibido y podido trasmitir á

sus descendientes aquella iluminacion misteriosa que los aleja de lo que puede ser dañoso á su desarrollo, y les hace buscar lo que les es favorable: esto es lo que entiendo por *instinto de conservacion.* En los animales, lo mismo que en el hombre, muéstrase ese instinto desde el primer instante del nacimiento, y quizás es todavía anterior. Y si no, ¿á qué atribuirémos los movimientos del feto en el seno de la madre, sino á la necesidad de tomar una posicion mas favorable, mas cómoda? Pienso tambien, con algunos fisiolojistas, que á este instinto han de referirse los vajidos de los recien nacidos; pues no parece sino que acusan de aquel modo algun sufrimiento, y piden de una manera vaga que se les facilite algun alivio.

En ciertos animales, la hembra, en los momentos de peligro, da un grito de alarma que es instintivamente comprendido por sus pequeñuelos. Así se ve que los pollitos se refujian precipitadamente al amparo de las alas de la clueca, y los hijuelos del didelfo se acurrucan en la bolsa protectora que tiene su madre.

La fuga irreflexiva del peligro, ó el miedo, depende pues esencialmente del instinto de conservacion; y, por una prevision admirable de la Providencia, se halla que los animales mas espantadizos son á la par los mejor conformados para la carrera: en este caso se encuentran la liebre, el ciervo, el corzo y las gacelas.

El amor á la vida es pues un sentimiento hondamente arraigado en el corazon del hombre, lo mismo que en todos los animales: vese sin embargo constantemente que estos últimos desempeñan hasta el fin el papel que les toca en la escena del mundo, al paso que el rey de la creacion, entregándose con tanta frecuencia al suicidio, abandona su puesto, ya como un cobarde desertor, ya como un furioso que ni siquiera tiene el instinto de los brutos. ¡Oh! ¡en la naturaleza humana hay necesariamente algo falseado, dejenerado, corrompido!

Necesidad de alimentacion, voracidad.—Como la vida no puede mantenerse sino mediante la reparacion de las pérdidas continuas que resultan del juego de los órganos, de ahí es que la necesidad de los alimentos se halla esencialmente ligada con la de conservacion. Pero entre las infinitas sustancias que se presentan á la boca de los animales, hay algunas que, tomadas como en mínima cantidad, determinarian un envenenamiento seguido luego de la muerte: importaba pues que tuviesen la facultad de distinguir las venenosas de las que son propiamente alimenticias. Así es que su olfato se halla tan finamente desenvuelto, que casi para nada necesitan el gusto cuando tratan de elejir sus alimentos; y bajo este concepto llevan inmensa ventaja al hombre.

Lo mismo que en este último, el instinto de la alimentacion es escitado en los animales por la sensacion del hambre. Así, cuando el infante re-

cien nacido, cuando los hijuelos de los cuadrúpedos buscan ávidamente el pecho de su madre, obedecen á dicho instinto: lo propio sucede en el aguilucho que recibe la presa ensangrentada que le traen, y en el pollito que distingue y recoje el grano que le conviene. Tambien el ánade, que, apenas salido de la cáscara, se encamina rápidamente al agua, aun en el caso de que haya sido empollado por una gallina, obedece simultáneamente al instinto de las localidades y al de la alimentacion, porque halla un medio y unos alimentos adecuados á su naturaleza.

Una alimentacion regular y suficiente es sin disputa uno de los motivos por los cuales las bestias de carga nos venden tranquilamente sus seri vicios y su libertad. Tres caballos de lanceros se habian escapado al través de una llanura inmensa, y habian ya salvado un espacio de seiscientos pasos, cuando los oficiales á quienes pertenecian los caballos advirtieron la fuga. De repente uno de ellos llama á un trompeta que estaba por allí cerca y le manda *tocar á pienso*. A los primeros sonidos del clarin, conocen los fogosos animales la tocata favorita que anuncia la cebada, y los tres, retrocediendo simultáneamente, vuelven sosegadamente á colocarse en su puesto correspondiente de la cuadra.

Hay algunos animales moderados en su apetito, al paso que otros son insaciables: el troglodita (reyezuelo de las rocas), por ejemplo, come cada cinco minutos. Pero en materia de gula no sé que haya aves comparables con los faisanes comunes y los faisanes plateados. Así que, cuando esos volátiles no tienen todavía las plumas de la cola, ó accidentalmente carecen de ella, los pajareros tienen buen cuidado de no dejar muchos juntos: sin esta precaucion, el mas hambriento no tarda en meter el pico en el ano del compañero que tiene al lado, y sacarle los intestinos, que devora de un tiron, mientras un tercer faisan, aprovechando aquella preocupacion sanguinaria, le arranca al primer agresor las entrañas y se harta de ellas con avidez.

En los cuadrúpedos carniceros, el instinto de alimentacion se confunde necesariamente con el de la destruccion: por esto nunca son tan feroces y tan temibles como cuando les acosa el hambre; y hasta se nota que nunca comen sin una especie de furor el pasto que se les tira en las jaulas ó celdas donde están encerrados.

Los peces, impulsados por una fria voracidad, devoran indistintamente toda suerte de presa viva, sin escepcion de su especie ni de sus mismos hijuelos.

Cólera y valor.—En el animal, á la par que en el hombre, la cólera no es otra cosa mas que una reaccion mas ó menos violenta y pasajeracontra lo que daña ó lastima; mientras que el valor consiste en un atrevimiento habitual, que contempla el peligro sin espanto, sabe arrostrarlo en caso necesario, y parece sacar nuevas fuerzas de los obstáculos ó ante los

enemigos que encuentra. Esos dos estados se observan unas veces aislados, otras reunidos, en un gran número de animales, señaladamente en el toro, en el perro, en el armiño, en la picaza, en el gallo, en el troglodita, en las abejas y en las hormigas: los frenolojitas los han confundido bajo el nombre de *combatividad*. Los trogloditas sobre todo parecen esencialmente nacidos para las batallas: asi es que si se quieren conservar vivos algunos de esos pequeños gladiadores, hay que tenerlos cuidadosamente separados unos de otros. Esta precaucion es indispensable, porque entre ellos mismos nunca hay armonia, ni siquiera entre el macho y la hembra. Por lo demás, este irascible volátil nunca deja de anunciar con cantos de alegría la victoria que puede alcanzar en los combates de muerte que traba con las aves de su especie. Si las costumbres del troglodita fuesen mas jeneralmente conocidas, no dudo de que los Ingleses, ese pueblo civilizado que todavía cria gallos para los combates, le darian la preferencia sobre el antiguo emblema del valor, porque las probabilidades de ganancia de los que apuestan serian mucho mas iguales.

Propension al robo y á la destruccion.—El deseo de poseer es natural en la mayor parte de los animales; y el instinto de conservacion es tambien el que en este caso les insta á apoderarse de lo que puede servir para alimentarlos ó guarecerlos. Aunque muchos de ellos tienen al parecer alguna idea de la propiedad, todos han nacido y casi todos viven ladrones de profesion. Pocos son los que hacen provisiones y las ocultan para un caso de necesidad, y no se conoce especie alguna que sea precisamente avara.

La destruccion es una necesidad impuesta á cuanto respira; sin destruccion no hay alimentacion, y por consiguiente no hay existencia. ¿Qué son, en efecto, nuestros manjares, sino despojos de vejetales y animales? Y el mismo reino animal, desde el zoófito al hombre, ¿es por ventura otra cosa mas que una reunion de séres hambrientos que se destruyen á porfia para reparar sus fuerzas? Con todo, en esa vasta escena de carnicería y mortandad que llaman mundo, el herbívoro no ramonea mas que las plantas; el frujívoro se contenta con granos, raices ó frutos; el carnicero no devora casi mas que su presa ensangrentada; el hombre es el único que todo lo destruye, que todo lo engulle: es *omnívoro* por escelencia.

La tendencia á la destruccion, escitada casi siempre por la necesidad de alimentos, deja en jeneral de hacerse sentir en el animal saciado. El tigre presenta aquí una escepcion felizmente muy rara: ese carnívoro, aun despues de saciado, todavía mata; plácele el ver sangre: ese animal monstruo, como los Calígulas y los Nerones, parece nacido para el asesinato.

¡Cosa singular! los grandes carnívoros, eslabones necesarios en la serie zoolójica, se hallan en muy corto número en comparacion de los

animales útiles y domésticos: sobre destruirse ellos mutuamente, sus hijuelos sirven de pasto á séres mas débiles, pero dotados de mas astucia y ajilidad; de suerte que ese estado de guerra permanente y universal, lejos de ser opuesto al plan de la creacion, sirve cabalmente para mantener el número de las especies en cabal equilibrio, y da una nueva prueba de la sabiduría de su divino Autor.

Astucia y circunspeccion.—La astucia, que Spurzheim creyó deber llamar *secretividad*, es, segun este frenólogo, «la propension á ser clandestino en pensamientos, en proyectos y en acciones.» Este sabio la considera como una potencia de cohibicion que retiene la manifestacion de los instintos. Sin embargo, la astucia sujiere á los animales los medios oblicuos de vencer las dificultades, mas bien que les inspira un razonamiento completo para el mismo fin. Bajo este aspecto difiere de la circunspeccion, facultad intelectual casi esclusivamente concedida al hombre, y cuyo desenvolvimiento normal enjendra en él la prudencia.

Innumerables son las astucias que sacan los animales para procurarse alimentos y sustraerse á sus enemigos. Sabidas son jeneralmente las mañas de las liebres, de los corzos, de los gatos, de los somormujos, etc. La malicia del mono y la finura del zorro se han hecho ya proverbiales; y los redoblados artificios de que se valen diariamente los insectos no son menos dignos de nuestras meditaciones. Ciertas especies de mariposas se mantienen habitualmente en árboles ó paredes que presentan un fondo de color análogo al suyo, y de este modo se sustraen á la escudriñadora vista de sus enemigos. Muchas orugas y gusanillos, desde el momento en que se ven descubiertos por un pájaro, se dejan caer rápidamente, habiendo fijado antes á una rama de árbol una gotita de líquido viscoso que segregan, y luego aproximando con sus patitas los delgadísimos hilos que se han formado atravesando muchas aberturas, arman un pequeño cable bastante fuerte para sostenerse colgadas hasta que haya pasado el riesgo.

Pero ahí teneis un insecto que no puede andar sino cejando: ¿cómo alcanzará su presa? si no puede perseguirla, sabe esperarla y hacerla caer en un lazo. En medio de una arena muy movediza, ó en una tierra muy pulverizada, la hormiga-leon escava con tanto arte como esfuerzos una hoya cónica, en cuyo fondo se mantiene en acecho. Si una hormiga llega á pasar por encima de aquel precipicio cuyos bordes se desmoronan con mucha facilidad, cae en el fondo, y al instante es devorada. Si pasa una mosca, el hábil minero hace llover sobre aquél insecto una granizada de arena que la precipita en el hondo embudo donde encuentra la muerte. La hormiga-leon repara en seguida su hoya, si es que ha sufrido mucha avería, y se pone otra vez pacientemente en emboscada.

En cuanto á la circunspeccion, los cazadores y los naturalistas han visto hace largo tiempo que ciertas aves que van á bandadas, como las gru

llas, los cuervos y los ánades silvestres, ponen centinelas, las cuales no dejan de dar el grito de alarma luego que asoma un peligro cualquiera. Esos actos, que se observan tambien en el gallo y en el ganso doméstico, pertenecen, segun algunos fisiólogos, mas bien á la circunspeccion que á la astucia, es decir, derivan mas de las facultades intelectuales que del instnto propiamente tal.

Por gran dicha, en los humanos, la astucia y la circunspeccion no se encuentran habitualmente reunidas en los mismos individuos: la primera se encuentra mas bien en los mandrias y los ladrones, y la segunda en los traidores y los diplomáticos. He conocido á un personaje que las poseia entrambas: y en el dia conozco á un escelente padre de familias que junta en igual grado la *secretividad* del zorro, la prudencia de la serpiente, y la *constructividad* del castor.

Adhesion y agradecimiento.—Hay muchos animales que se reunen para ayudarse mutuamente ó para defenderse. En esta especie de confederacion social, los hay que se entienden y avienen perfectamente, y de ahí esas verdaderas afecciones que se observan entre individuos del mismo sexo.

El estado de domesticidad ó de cautiverio favorece á menudo esas relaciones afectuosas. Dos perros que se lleven habitualmente juntos á cazar no tardan en convenirse para perseguir la caza, y acaban por contraer una especie de amistad. Dos caballos, dos bueyes habitualmente uncidos al mismo coche, á la misma carreta, han dado tambien pruebas de profunda tristeza cuando han sido separados. Yo he visto reinar una viva afeccion entre un caballo y un perro, y, lo que es mas, entre un perro y un gato. En estos últimos, la fuerza del sentimiento se estrema hasta una verdadera pasion; siempre que uno de ellos está enfermo, el otro se niega á tomar el menor alimento, y se mantiene tristemente echado junto á su compañero. El señor Machado posee en su linda pajarera varios *inseparables (psittacus pullarius)*, cuyos machos no se dejan jamás, mientras que parecen ser de todo punto insensibles á los hechizos de las hembras. Dos machos de esa especie que tengo el gusto de observar á menudo me han ofrecido el cuadro de la mas tierna afeccion. Entre esos verdaderos amigos todo es comun, todo es uno. Nunca se dejan: juntos hacen ejercicio, juntos descansan, mutuamente se limpian, prodíganse á cada paso las mas inocentes caricias, se dan alternativamente el cebo, y para que el sueño no pueda robar un solo instante á la viveza de su ternura, siempre se posan el uno junto al otro, cubriéndose y enlazándose tan ajustadamente con sus alas, que tambien duermen juntos debajo de aquel gracioso dosel construido por la amistad.

El mono, el gato, el caballo, el asno, el buey, el papagayo, la misma hiena y hasta el tigre se aficionan tambien al hombre segun los buenos

tratamientos que se les dan. Mas ninguno de dichos animales es comparable con el perro. Con efecto, este animal tiene para con su amo un calor de sentimiento que participa á la vez de la amistad, del respeto y del temor. Ahí está la historia para darnos un sinnúmero de anécdotas que prueban en él la mayor adhesion á la par que el mas vivo agradecimiento. Asi que con justa razon es mirado el perro como el emblema de la constancia en afeccion (1).

Por reciprocidad se ven muchas personas apasionadamente afectas á ciertos animales domésticos, tratándolos en algun modo como á hijos predilectos. Esta debilidad se nota particularmente en las solteronas y en los viejos célibes, quienes procuran consolarse de su aislamiento por medio de una afeccion mutua que desgraciadamente no siempre se encuentra en el seno de una familia. Por otra parte, el cariño que se tiene á los animales está enlazado á veces con el recuerdo de alguna persona querida, ó con algun gran servicio que han podido prestar. Por esto no debemos arrojarnos á criticarlo desde luego, aun cuando nos parezca demasiado vivo.

En 1837, una señora rusa, entrada ya en edad, embarcada en el buque de vapor *el Czarewich*, llevaba un perrito muy feo, pero perfectamente educado, al cual prodigaba las atenciones mas constantes, y que formaba por decirlo así su sociedad íntima. No se necesitó mas para esponer el pobre animal á las travesuras de los hombres ruines que iban á bordo. El grumete del capitan, de complicidad con dos jóvenes pasajeros, logró sustraerle á la vijilancia de su dueña, y sea adrede, sea por torpeza, los conjurados lo echaron al mar. Al verlo, sin reflexionar, y cual madre que ve á su hijo en peligro, la señora rusa se echa al agua para salvar á su perro. Sostenida un instante por sus vestidos, llegó á cojer al intelijente animal, que iba nadando con ella. Mas luego, sumida en el

(1) He aquí un rasgo de agradecimiento que puede añadirse á todos los que se leen en los *Perros célebres* de Freville:

En el mes de marzo de 1838, el Dr. Herbst, de Arlecheim (canton de Basilea), volviendo una noche de visitar á un enfermo, encontró en el camino un perro medio muerto de frio, y que daba clamorosos ladridos. Compadecido de aquel pobre animal, se lo llevó consigo, lo hizo calentar en su cuarto de dormir, y le mandó dar algun alimento. Mr. Herbst se acostó; mas apenas habia una hora que estaba en la cama, cuando, sintiéndose incomodado, se levantó con precipitacion. Apenas hubo dado algunos pasos por el cuarto, cae herido de una violenta apoplejía. El perro se echa inmediatamente sobre el cuerpo de su bienhechor, y todo el resto de la noche le estuvo lamiendo. A la mañana siguiente, cuando el criado entró en el cuarto, encontró todavía al intelijente y agradecido animal tendido sobre el cuerpo de M. Herbst, quien preservado de este modo del frio, fué felizmente vuelto á la vida por aquel mismo perro á quien él habia socorrido la víspera.

fondo de un abismo, iba á perecer, cuando un marinero hamburgués, llamado Holprett (Zacarías), se tiró al mar y consiguió salvarla. La escena que siguió á esta rápida peripecia fué tierna y risible á la vez: ora la vieja daba gracias á Dios y á su libertador, ora abrazaba á su perrito, á quien nunca habia soltado. Vuelta en sí de su primera emocion, hizo al animoso marinero un regalo magnífico, y le aseguró una pension que le pondrá al abrigo de la necesidad por toda su vida. «Os recompenso, le dijo, no tanto por haberme socorrido, como por haber salvado á mi perro, único objeto que en este mundo me recuerda un esposo fiel y tiernamente amado.»

En las numerosas visitas que he hecho por espacio de veinte años á los pobres del cuartel 12.°, repetidas veces he observado que los mas infelices partian su pan y hogar con un perro, cuyas afectuosas caricias les indemnizaban ampliamente; y muchas personas han podido ver, como yo, á ese verdadero amigo del pobre y del ciego pasar dias enteros sobre el abandonado sepulcro de su amo. Hace algunos años, un antiguo negociante que habia sufrido grandes reveses de fortuna me confesó en la guardilla donde vivia solo con su perro, que á no ser la compañía y las caricias de aquel fiel animal, la desesperacion le hubiera probablemente conducido al suicidio.

Posteriormente he hecho la curiosa observacion de que la mayor parte de célibes cuyo suicidio ha llegado á mi noticia no tenian consigo ningun animal doméstico que pudiese distraerlos ó consolarlos. Por otra parte, en las muertes repentinas sobrevenidas naturalmente en personas que vivian solas, he observado con frecuencia perros, y hasta gatos, tristemente echados sobre el cadáver de su amo ó ama, no dejando acercar á los forasteros sin oponer alguna resistencia. Por último, hace cinco ó seis años ví en la calle Mouffetard un sapo domesticado que no queria salirse de la mala cama en que yacia el cuerpo de un infeliz anciano, de quien era hacia largo tiempo único y estimado compañero.

Amor propio ó aprecio de sí mismo, amor de las alabanzas ó de la aprobacion.—Engañaríase torpemente quien creyese que el amor propio es sentimiento esclusivo de la especie humana. El amor propio, oríjen de la independencia, del orgullo y de la vanidad, se muestra con mucha frecuencia en ciertos animales, señaladamente en el leon, el elefante, el caballo, el mulo, el perro, el gallo, el pavo comun y el pavo real.

Mirad en efecto á ese caballo, puesto de repente en libertad, cómo toma una actitud fiera, cómo se ensoberbece con su corta independencia. Examinad tambien al mismo animal, montado alternativamente por un patan y por un hombre de pro: en el primer caso, baja humildemente la cabeza; y en el segundo, álzala con cierta fiereza; diríase que copia á un pueblo de criados que se estiman y enderezan á proporcion que visten mas rica librea, ó que sirven á un amo mas poderoso.

En ciertos paises de montañas, el acemilero aumenta el ardor de sus animales sombreando su cabeza con un penacho, y se lo quita para humillarlos cuando se vuelven indóciles ó perezosos.

Entre los cuadrúpedos, lo mismo que entre las aves que van á bandadas, el que va al frente lleva la cabeza mas erguida que aquellos á quienes guia.

El gallo y el troglodita, vencidos en un combate, se empequeñecen y se retiran llenos de confusion; mientras los vencedores se pavonean orgullosamente, á pesar del cansancio, y pueblan el aire con cantos de triunfo.

¿Quién no ha tenido ocasion de admirar la marcha del pavo real, de ese rey de los corrales, cuando envanecido con su belleza, camina majestuosamente rodeado de su gloria? ¿Quién no se ha sonreido de compasion al ver el pavo comun cómo se llena de sí mismo, hasta hacernos creer que va á reventar, y todo para ostentar cuatro malas plumas que componen su deslucida y capada cola?

Varios hechos atestiguan que el elefante no es insensible á las alabanzas, y que, al contrario, si se le injuria, lastímase su vanidad, se enoja, y tarde ó temprano se venga.

Asegúrase que el leon desprecia á un enemigo débil: lo cierto es que en estado de cautiverio, puédese encerrar impunemente á un perrito en su jaula, y que no sufriria mucho rato á un leopardo ó á otro cualquier animal á quien creyese digno de su cólera.

Por último, sucede frecuentemente que un gran perro, atacado por un gozquecillo, lejos de hacerle el menor daño, ni siquiera se digna mirarle. Aun he visto mas que eso, y creo deber citar aquí una graciosa escena que presencié hace algunos años. Tenia yo entónces un perro bastante malo, muy arisco, muy desobediente, muy mal educado, en fin, llamado Medor. Ese animalito, fuese por mal carácter, fuese por celos, apenas veia entrar un perro en la larga calle del patio de mi casa, cuando se le echaba encima con la rapidez del rayo, y le obligaba á evacuar mas que de prisa el terreno. Cierto dia, un enorme mastin que se habia introducido en el patio lo atravesaba pacíficamente, cuando Medor le ve por los cristales detrás de los cuales estaba ordinariamente de vijía. Al ver al mastin, empezó á atronar el cuarto con tales ladridos, que fué de absoluta necesidad abrirle la puerta. En un abrir y cerrar de ojos salva los dos tramos de la escalera, y con las orejas arreciadas, los ojos encendidos y el pelo erizado, lánzase Medor sobre el monstruoso animal, que se mantiene impasible en el mismo sitio. La embestida del gozquecillo fué tan rápida que pasó involuntariamente por entre las piernas del mastin, yendo á rodar algunos pasos mas allá por el suelo. Exasperado con su caida, vuelve á embestir con mas furia al bueno y pacífico mastin, quien de una patada lo vuelca á una distancia de muchos piés. Si el recien entrado

tiene la conciencia de su fuerza, Medor tiene el sentimiento de la propiedad, y no quiere que se introduzca en su casa un estranjero. Vuelve por consiguiente tercera vez á la carga; pero seguro de que se las ha con uno mas fuerte que él, limítase á voltear en torno del importuno huésped, esperando fastidiarle al fin con sus ladridos. El mastin no se inmuta; y aprovechando un momento en que el gozquecillo se acerca mas de lo regular, levanta buenamente el cuarto trasero, y le lanza á los ojos un regular chorro de orines. A esta inesperada afrenta, quebrántase de improviso la furia de Medor; baja miserablemente las orejas, métese el rabo entre piernas, y quedito se vuelve á su puesto, del cual no quiso moverse ni aun á la hora de comer. Y mi perro era, sin embargo, un gloton de marca mayor; mas entónces su amor propio lastimado le abochornaba en términos de quitarle enteramente el apetito. Dos horas despues, el pobre animal estaba todavía desconsolado por la triste aventura, cuando un segundo perro, mucho mas robusto que el primero, se introdujo en el patio. Entónces me puse á gritar: *¡ Medor, allá va un perro !* y al mismo tiempo le abrí la puerta. Medor, á fuer de animal prudente, mira primero por la ventana qué tal es el enemigo que se presenta; y luego, con su velocidad ordinaria, se precipita sobre el nuevo perro, quien tuvo por conveniente huir corriendo. Entónces era de ver la orgullosa satisfaccion de mi Medor. Atravesó el patio caracoleando con suma gracia, y vino á encontrarme luego con un aire de triunfo que se hizo todavía mas sensible con los elojios que le prodigué. Despues de esta segunda fausta aventura, el dichoso vencedor se resolvió á comer, y lo hizo á las mil maravillas.

§. 2. *Instinto de reproduccion; necesidades y pasiones que de él dependen; amor físico, afeccion, zelos, amor á los hijuelos, amor de los lugares, necesidad y facultad de construir.*

Dios, en su alta sabiduría, ha desarrollado fuertemente el instinto de reproduccion en todos los animales, á fin de reparar los estragos de la muerte por medio de una perpetua trasmision de la vida. En efecto, sobre la satisfaccion de aquel instinto descansa la conservacion de las especies y la armonía de nuestro globo.

En el hombre civilizado, la necesidad jeneradora es de continuo sobreescitada por una alimentacion harto abundante y afrodisíaca, mientras que en el animal no es sentida con fuerza sino en determinadas épocas del año. A la pasion del amor debemos atribuir tambien las mas de las decepciones y de las desgracias que tan á menudo amargan nuestra existencia; en vez de que el animal, cuando no es esclavo del hombre, rara vez se ve contrariado en la satisfaccion de la mas dulce tendencia que le inspira la naturaleza, y cuyo objeto se complace en falsear.

La causa física que desarrolla la necesidad de la procreacion es una exuberancia, una exaltacion enérjica de los órganos sexuales, la cual mantiene dispierto el deseo mientras no se la emplea en su destino especial. Haciendo cesar por medio de la cópula la conjestion periódica establecida en aquellos órganos, contribuye el animal al bienestar de su individualidad, al propio tiempo que concurre ciegamente á la conservacion de su raza. Con todo, el amor á la prole obra ya en él de una manera vaga, puesto que las hembras de muchas aves, por ejemplo, no consienten en ayuntarse hasta que tienen construido un nido para guarecer sus huevos y alojar á la pequeña familia que de ellos ha de salir.

Fecundadas ya las hembras, la exaltacion vital se retira de la periferia hácia el centro de los órganos jenitales; sus cantos ó sus gritos de amor cesan de repente, y no sienten ya la necesidad de la cópula. La marrana sola, en estado de domesticidad, es una escepcion de esta regla jeneral: hasta en medio de la jestacion, busca al verraco, y le provoca con sus gruñidos y sus hocicazos. Los machos, por su parte, siéntense tambien poco aficionados á las hembras fecundadas; y hasta el gallo deja en paz á las gallinas que están próximas á poner. Por lo demás, en las yeguas, en las vacas y en las camellas que están llenas, la aproximacion del macho es tan contraria al voto de la naturaleza, como que una primera ó una segunda reincidencia basta para determinar el aborto.

Aunque el amor en los animales no parezca ser mas que una necesidad física á la cual se abandonan sin conocer su oríjen ni su objeto, es innegable que empieza á idealizarse en algunos de ellos, y de una manera tanto mas sensible cuanto mas se avanzan en la escala zoolójica. Aun mas; no es raro hallarlo unido con un tierno afecto que puede subsistir largo tiempo independiente del acto jenerador: y así se ve que el gallo prodiga á viejas gallinas los cuidados que una madre tiene por sus polluellos, y que tambien los prodiga á estos, aun cuando haya pasado á capon.

Una union afectuosa, una especie de matrimonio (1), que á veces dura

(1) En la *monogamia*, de la cual hablamos aquí, los animales se manifiestan una inclinacion recíproca constante, y la hembra es protejida por el macho: este es entre ellos el modo de union que mas semejanza tiene con el matrimonio. —La *poligamia*, que es no menos frecuente, puede ser *polijínica* ó *poliándrica*. Un solo macho para muchas hembras constituye la *polijinia*, la cual no se observa casi sino entre los animales que viven en manadas: así el ciervo, protector celoso, conoce á sus hembras, y cuida de que ninguna de estas se aparte del rebaño; pero no codicia las hembras de los demás. En los hombres, la poligamia no existe casi sino entre los pueblos bárbaros ó embrutecidos por el despotismo. —La *poliandria*, combinacion en la cual una hembra tiene muchos machos, no se observa sino en las hormigas y las abejas. Entre estas últimas, la reina sola se ayunta con los quinientos machos que se cuentan ordinariamente en una col-

toda la vida, se nota en los zorros, los corzos, las águilas, las urracas, las tórtolas, los palomos, los gorriones, las golondrinas y algunas especies de papagayos. El macho y la hembra de la *palamedea cornuta* no se separan jamás: cuando muere uno de ellos, el otro va vagando tristemente por las cercanías, y no tarda en sucumbir. Bonnet criaba hacia muchos años un par de esos lindísimos pájaros conocidos en Francia bajo el nombre de *inseparables*, y que los Ingleses llaman *aves de amor (love's birds)*. Cuando la hembra, debilitada por la edad, no podia alcanzar al comedor, èl macho le daba el cebo con un cariño que encantaba. Cuando llegó al estremo de no poder posarse, hacia el macho los mas increibles esfuerzos para sostenerla; y cuando hubo muerto, se puso á correr con suma ajitacion, probó varias veces de darle de comer; mas viéndola inmóvil, se detuvo para contemplarla, y se puso á exhalar los gritos mas lastimeros. Poco tiempo despues sucumbió.

El amor, considerado en cada uno de los sexos, ofrece diferencias que no se han ocultado á la observacion de nuestros fisiólogos: los machos, por ejemplo, tienen casi siempre deseos mas precoces, mas violentos, y á la vez mas duraderos: están dispuestos al amor siempre que las hembras sienten tal necesidad, en cuyo caso no se hallan siempre las hembras. Ciertos animales, y entre otros las liebres, matan á veces á sus hijuelos, á fin de poder volver mas pronto á juntarse con las hembras; y estas, en algunas clases, se ven obligadas á vijilar para que su prole no sea víctima de la voracidad de sus padres. Así es de notar que durante la época de la maternidad son las hembras infinitamente mas feroces y osadas que de costumbre, al paso que los machos son mas furiosos y temibles en la época del celo. Esto esplica perfectamente la diversa tendencia de los dos sexos: en amor, la hembra quiere el objeto, el fin, ó sea la procreacion; el macho busca el medio, la cópula; la primera piensa mas particularmente en conservar la especie; el segundo en satisfacer sus deseos voluptuosos. De ahí resulta que casi siempre es el macho quien provoca el acto de la jeneracion, y que la hembra es la que mas especialmente y con mas afecto se ocupa del producto de esta importante funcion (1).

mena, al paso que las cinco mil abejas hembras, estrañas á los placeres del amor, prodigan los desvelos de la maternidad á la numerosa prole de la favorita.—Por último, la *pantogamia*, en la cual para nada entra la eleccion de los individuos, es la forma mas material y mas baja de todos los ayuntamientos sexuales. Obsérvase en los peces, en las ranas, en los perros y en los lobos. El hombre que se abandona á la disipacion retrograda pues hácia la naturaleza animal; y no sin razon daban los Romanos el sobrenombre de *lupa* (loba) á la mujer que comerciaba con su persona. Véase el importante *tratado de fisiolojia* de Burdach.

(1) Sabido es que el pipa (especie de sapo) recoje preciosamente los huevos que ha puesto la hembra, los coloca sobre el dorso de esta, y solo entónces es

Zelos. — Previsora naturaleza quiso que los animales adultos entrasen ordinariamente en calor antes que los animales mas jóvenes, á fin de que estos últimos hallasen menos rivales entre los que les aventajan en fuerza. Los zelos, no obstante, se observan diariamente en esas admirables criaturas, que tambien tienen sus preferencias y caprichos. Esta pasion toma entónces un carácter distinto del que se nota en el hombre. En este, los zelos son un temor enojoso de verse despojado del objeto de su afeccion; y así se ve á menudo que el zeloso disimula su furor para asegurar mejor su venganza: pero los zelos del animal son mas francos, mas súbitos, mas violentos, y á su impulso se lanza sobre su rival con la impetuosidad del rayo. «En el hombre, dice Buffon, esta pasion supone siempre alguna desconfianza de sí mismo, cierto sordo conocimiento de su propia debilidad; pero los animales, al contrario, parecen tanto mas zelosos cuanto mayor es su fuerza, su ardor y su aptitud para los goces que esperan: nuestros zelos dependen de nuestras ideas, y los suyos del sentimiento.» Como sea, en el tiempo de los amores se ve que muchas aves y mamíferos entran en encarnizadísimos combates por la posesion de las hembras, y no pocas veces los mas débiles pierden en ellos la vida á la par que la victoria.

Por lo demás, este sentimiento no siempre es provocado, en los animales, por la necesidad sexual, sino que tambien reconoce á veces por causa la necesidad de nutricion y la necesidad de afeccion: el perro, el gato, la mona, el papagayo y los palomos nos dan á cada paso una prueba de ello, cuando se presenta algun importuno para participar de su racion ó de las caricias de su amo. Por último, en algunos animales que tienen una especie de dominio territorial, al que no permiten se acerque nadie, los zelos pueden provenir tambien del sentimiento que al parecer tienen de la propiedad; la foca, el ciervo y el jabalí se hallan en este caso.

Los arrebatos de zelos son sobre todo tan pronunciados en los caballos, como que se han visto sobrevenir los accidentes mas graves por no haber sabido contemporizar con la susceptibilidad de esa pasion.

Una yegua estaba acostumbrada cinco años habia á ocupar sola un hermoso pesebre, donde era visitada, acariciada y mimada por todos los de la casa, y en particular por su amo, mi amigo, el Dr. Pinel-Grandchamp. A primeros de 1841, *Cocota* se hallaba pacíficamente en su pesebre, cuando trajeron otra yegua que debia partir con ella su linda habitacion. No bien sintió la presencia de la estranjera, cuando pareció inquieta, se ajita, baja las orejas, y vuélvese inclinando la cabeza há-

cuando los fecunda. Sabidos son tambien los desvelos que se toma el *sapo comadron* para cuidar los huevos que él mismo ha sacado del lodazal de su hembra.

cia la puerta del pesebre, de donde nada habia podido ver. Dos oficiales carpinteros estaban en ella ocupados dando la última mano á una separacion, cuando fué imprudentemente introducida la nueva yegua. A su vista, Cocota entra en un arrebato de zelos cuya violencia no es dable pintar: muerde las tablas y las rompe, da coces á todos los objetos que la rodean, hace pedazos la escalera á la cual se habia encaramado uno de los carpinteros, y aunque contenida por dos ronzales por su amo, á quien quiere muchísimo, no paró de dar coces hasta que la hubieron tirado al suelo haciéndole doblar una pierna delantera mientras tenia levantadas las dos traseras. Aprovechóse aquel momento para sacar del pesebre á la malhadada yegua, que habia recibido muchas coces en el pecho y en los ijares, sin oponer la menor resistencia en una vivienda que no era la suya. Apenas hubo salido, cuando Cocota se acercó mansamente á su amo, y se puso á lamerle la cara con una espresion singular de satisfaccion y ternura, cual si le diese las gracias por haberla librado de aquella rival importuna que pretendia compartir su morada y las caricias de que era diariamente objeto.

Amor á los hijuelos. — Esta necesidad instintiva empieza á dejarse entrever aun en los animales que no están precisados á cuidar del producto de la concepcion. Así es que las hembras de muchísimos insectos buscan desde luego un sitio conveniente para depositar en él sus huevos, no abandonándolos á las vicisitudes atmosféricas, sino despues de haberles dado un baño de barniz conservador; otras depositan sus larvas en celdillas que construyen, y las encierran en ellas con una provision bastante hasta su completo desarrollo.

El cuidado de la prole es al parecer el vínculo principal que reune en sociedad á las abejas, no menos que á las hormigas; y es imposible mirar sin interés el ahinco de aquellos industriosos insectos cuando llevan el alimento á sus hijuelos. Hasta la hedionda araña se hace digna de toda nuestra atencion cuando la vemos encerrar preciosamente sus huevos en el cofre de seda que lleva siempre consigo; ó bien, cuando al menor peligro, huye con toda su pequeña familia á cuestas.

En la mayor parte de los mamíferos no pueden contemplarse sin una especie de enternecimiento los afectuosos esmeros con que tratan las madres á sus hijos hasta que se hallan en estado de proveer por sí mismos á su subsistencia. En algunos, el macho toma parte en aquellos tiernos cuidados, que nunca son iguales á los de las hembras, á quienes está mas especialmente confiado el producto de la concepcion. Entre los que viven en cierto modo en estado de matrimonio, como el zorro, el amor á la prole es casi igual en ambos sexos. Asi, cuando se pone un lazo á la entrada de la gazapera del zorro suizo, el animal se deja cojer en él á fin de volver junto á sus hijos, por mas que conozca perfectamente el

peligro: con todo, la hembra es la que ordinariamente se sacrifica la primera en obsequio de su tierna familia.

En las aves sobre todo toma el amor un colorido moral que lo ennoblece. Su union, en efecto, no es en las mas de ellas sino una especie de afectuosa alianza contraida para la propagacion y la educacion de sus hijuelos. Hasta arrancadas á sus hábitos naturales, las hembras que tenemos enjauladas se deshacen en movimientos al tiempo del celo: entónces se las ve ir y venir para juntar algunas plumas ó briznas de paja y de algodon con las cuales prueban de construir un nido; y mientras on lo consiguen, se resisten obstinadamente á las caricias del macho; pero luego que lo han construido, ó que se les ha proporcionado uno, entréganse de buena gana á los placeres del amor, cual si su maternal ter nura presintiese que los hijuelos se hallarán perfectamente en aquel blan do lecho que ellas sabrán animar con su calor propio.

En las mas de las aves libres, el macho no se contenta con ayudar á la hembra para la construccion del nido, sino que parte con ella los cuidados de la incubacion. ¡Cosa admirable! olvidando de repente su natural vivo é inquieto, la madre se está semanas enteras pegada como quien dice á su pollada. Proveedor asiduo, el padre, por su lado, va y viene de continuo para procurar alimentos á su amada compañera, tráele, pónele en el pico el alimento ya preparado, y no suspende sus rápidos viajes como no sea para alentarla con sus caricias y sus cantos. Cuando el nacimiento de los hijuelos ha venido á estrechar los lazos de aquella pareja afortunada, ambos redoblan su enerjía en las nuevas fatigas que exije la educacion de su familia, y no dejan de prodigarle las mas tiernas atenciones hasta el momento en que será bastante fuerte para poder prescindir de su amor. El águila, el buitre y demás tiranos del aire suelen echar su prole mas tempranamente que las otras aves: y esto es porque condenadas á vivir de rapiña y de mortandad, se matarian mutuamente de hambre, si estuviesen demasiado tiempo juntas en un mismo nidal. Las cigüeñas nos ofrecen quizás el mas interesante modelo del amor de las aves á sus hijuelos; el nido nunca se queda sin estar el padre ó la madre; cuando el uno sale á buscar alimento, el otro se está de vijilante centinela. Cuando los hijuelos empiezan á ensayar sus alas, sus tiernos padres los sostienen con las suyas, y los ejercitan poco á poco á volar á mayores distancias, defiéndenlos con intrepidez de sus enemigos, y si no pueden salvarlos, antes perecen con ellos que los abandonan.

Amor de los lugares, necesidad y facultad de construir.—La mayor parte de los animales no son cosmopólitas; aman el pais, los lugares, los objetos inanimados á que están habituados, y caen á menudo en una especie de nostaljía, si se les trasporta á nuevos climas ó á nuevas vi-

viendas. Ved ese ciervo lanzado por los cazadores á gran distancia de su madriguera ; á ella vuelve rápidamente luego que pasó el peligro , y al pisarla de nuevo derrama lágrimas de gozo. Perseguido segunda vez, alèjase para volver de nuevo á ella ; y esta necesidad invencible , que sus enemigos conocen , es ordinariamente la causa de su perdicion. Ved sobretodo á esas lejiones de aves viajeras, que , al acercarse el invierno, se reunen en dia fijo , y juntas van á buscar climas mas benignos que los nuestros. Apenas retorna la primavera , cuando vuelven á su acostumbrada ruta, y sin carta ni brújula vuelven á nuestras comarcas para encontrar en ellas los lugares que las vieran nacer , y el alimento que á sus hijuelos conviene. El instinto de conservacion provocó su partida (1); el amor del pais y de la prole exije imperiosamente su regreso.

Como en los animales no es la intelijencia propiamente dicha la que preside á la eleccion de su habitacion , es forzoso admitir que existe en ellos un impulso primitivo y hereditario que los induce á fijarse en las localidades mas favorables á su existencia y á la de sus pequeñuelos. Por otra parte, como debe ser habitada toda la naturaleza , necesario ha sido que esta predileccion nativa variase al infinito en toda la escala zoolójica. Así la gamuza se place en medio de las rocas , el lobo en los bosques , el leon en los desiertos abrasadores , el topo debajo d etierra , el ruiseñor en las florestas , la alondra en los campos, el cuervo en los monumentos antiguos , el jilguero en las dunas arenosas , la zumaya ó bruja en las ruinas solitarias , el gorrion en los agujeros de las casas , el perro , por fin, en la morada misma del hombre , de la cual es el mas seguro y fiel guardian.

Además del instinto de escojer los climas y las localidades mas apropiadas á su naturaleza, poseen ciertos animales el talento de disponer su vivienda de la manera mas cómoda ; y hasta los hay que nacen hábiles arquitectos. Basta , para convencerse de ello , examinar la habitacion de los castores , la madriguera del zorro , del tejon y del veso , la tela de la araña , los panales de la abeja , y la cáscara del gusano de seda. La mayor parte de los animales herbívoros no construyen ; algunos se limitan á recojer un poco de paja para acostarse y deponer sus hijuelos. Las aves se muestran casi todas hábiles constructoras. Créese jeneralmente que no edifican nidos sino en la estacion de los amores , y que cada

(1) Aves *migradoras* , codornices , por ejemplo , que habian sido criadas en jaula desde pequeñitas , han esperimentado regularmente en setiembre y en abril una inquietud, una ajitacion estraordinaria que les cojia cada tarde y les duraba toda la noche. De dia estaban tristes, abatidas y como aletargadas. ¿No seria razonable atribuir al instinto viajero esas ajitaciones periódicas, puesto que se manifestaban precisamente en los dos meses del paso ó migracion?

especie hace el nido de un mismo modo. Este es un doble error, del cual han salido fácilmente las personas que han visitado la hermosa pajarera de Mr. Machado. Sus diochas del Senegal dan la mayor variedad á sus construcciones, en las cuales trabajan todo el año, lo mismo que las abejas, siendo imposible mirar sin verdadera admiracion la sabia industria de aquellas aves, cuya vivienda consta de varios pisos parecidos á los de nuestras casas. Otras construyen su nido en algun agujero de la pared, en la copa de un árbol ó entre dos terrones. La golondrina doméstica, en vez de volver á poner en el nido del año anterior, construye ordinariamente otro nuevo mas arriba del antiguo: hanse contado hasta cuatro de esos nidos construidos de año en año uno encima de otro. No todas las aves son arquitectos por ese estilo; las gallináceas no construyen realmente, el hombre toma á su cargo esta operacion, y otras, como el buho y el mochuelo negro, se sirven de los nidos construidos por otras aves. El cuclillo, tipo del egoismo, no se contenta con deponer furtivamente su huevo en un nido que no ha construido, sino que tampoco se cuida de él y lo abandona á una madre estraña, que felizmente lo cuidará con el mismo esmero que á su propia pollada.

Conclusion. — ¿Cómo han podido ser asimilodas *á simples máquinas* esos admirables vivientes, dotados de memoria, de movimientos espontáneos y de una especie de lenguaje (1); que sienten, como nosotros, el dolor y el placer; que, como nosotros, manifiestan sentimientos de cólera, de amor, de zelos, de orgullo, de agradecimiento, etc.; cuyos sentidos aventajan jeneralmente á los nuestros; cuya maravillosa industria escita nuestra admiracion, y muchos de los cuales son capaces de recibir cierta educacion que á veces modifica prodijiosamente sus inclinaciones primitivas y su índole hereditaria? Repugnó un dia al orgullo humano reconocer por mas tiempo que los animales tienen una alma (2); y túvose desde entónces por mas sencillo considerarlos como puros autómatas cuyo invisible mecanismo se rompe con los órganos á los cuales daba vida y movimiento. Por lo que toca á mí, que no puedo ser de una opinion tan favorable al materialismo, no me limito, con algunos adversarios de los cartesianos, á admitir que los animales tienen una *alma sensitiva;* sino que voy mas lejos, y me inclino á creer que existe en ellos una *intelijencia instintiva acomodada á sus necesidades terres-*

(1) Si los animales están privados del don de la palabra, espresan las sensaciones y los varios sentimientos con sonidos tan diversos, con jestos tan naturales y animados, que es imposible negarles una especie de lenguaje por cuyo medio se comprenden. El del perro, tan variado y tan espresivo, bastaria, en caso necesario, para convencer de esta verdad al observador menos atento.

(2) *Novit sapiens jumentorum suorum animas*, decia Salomon. (*Proverb.*, 12,10).

tres (1). Lo que establece la preeminencia intelectual del hombre sobre el bruto es que el hombre, el favorito de la creacion, es el único que posee una alma hecha para mandar á sus órganos; es el haber recibido una *capacidad de intelijencia* que le permite agrupar sus ideas, compararlas entre sí, y sacar de ellas consecuencias que pueden servir de base á otros raciocinios capaces de elevarle hasta su divino Autor; es el poder trasmitir su pensamiento traducido en varios idiomas por medio de la palabra ó por medio de signos convencionales; es que sus necesidades no están esencialmente limitadas á satisfacciones corporales y terrestres, sino que sus deseos, inquietos é insaciables, se estienden hasta mas allá de la tumba, donde preve una recompensa para sus acciones buenas, y un castigo para las malas; es, en fin, que puesto entre esas dos alternativas de esperanza y de temor, el hombre cuya razon no está alterada por la enfermedad, ni cegada por fogosas pasiones, puede juzgar sanamente del bien y del mal moral, y por la decision de su libre arbitrio, determinar el mérito ó el mal de sus actos. Lo repetimos, no concedemos á los animales la razon, de la cual por desgracia hacemos tan triste uso, pero tampoco llegamos al estremo de negarles algunos rudimentos de ella. Hartas prerogativas tenemos sobre ellos para que temamos admitir que Dios pudo concederles una sombra de la intelijencia humana, así como se dignó comunicar al hombre un rayo de su suprema intelijencia.

(1) El sabio autor de la *Philosophie zoologique*, Lamarck, habia dividido los animales en *invertebrados* y *vertebrados*; y luego secundariamente en *apaticos*, *sensibles*, é *intelijentes*. Entre los animales *apaticos*, ponia los infusorios, los pólipos, los tunicios, los radiarios, los gusanos, los entozoarios (quizás), los cuales, segun él, no son todavía insectos perfectos, y sin embargo ya no son gusanos. Entre los animales *sensibles* ponia los insectos, los aracnoideos, los crustáceos, los anélidos, los cirrípedos y los moluscos. Por último, los peces, los reptiles, las aves y los mamíferos formaban la clase de los animales *intelijentes*. Segun los recientes trabajos de Federico Cuvier, esta intelijencia iria subiendo por grados de los roedores á los rumiantes, de los rumiantes á los paquidermos, de los paquidermos á los carnívoros y á los cuadrúmanos. Este laborioso observador pone en la *reflexion* y la *libertad* el límite que separa la intelijencia del hombre de la de los animales. «Este pensamiento que se considera á sí mismo, esta libertad íntima que nace de la reflexion, forman evidentemente un órden de fenómenos de naturaleza marcada, y al cual no puede alcanzar animal alguno: ese es el mundo puramente intelectual, y ese mundo pertenece solamente al hombre. En una palabra, los animales sienten, conocen y piensan: pero el hombre es el único sér á quien es dado sentir que siente, conocer que conoce, y pensar que piensa.» Véase el interesante *Résumé des observations de M. Frédéric Cuvier sur l' instinct et l' intelligence des animaux*, por M. Flourens Paris, 1841.

Terminaré esta ojeada con una reflexion de Pascal, que justificará el cuidadoso esmero que he puesto en manifestar cuanto se semeja el hombre á los animales, y cuanto de ellos difiere. « Peligroso es, dice aquel moralista, hacer ver demasiado al hombre cuan parecido es á las bestias, sin declararle tambien su grandeza. Peligroso es á la par demostrarle su grandeza sin hablarle al mismo tiempo de su bajeza. Mas peligroso es todavía dejarle ignorar una y otra cosa, pero es muy útil hacérselas presentes entrambas. »

PARTE SEGUNDA.

DE LAS PASIONES EN PARTICULAR.

PASIONES ANIMALES.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA BORRACHEZ.

> La vid da tres especies de frutos, el placer la embriaguez, y el arrepentimiento.
>
> ANACARSIS.

Definicion y sinonimia.

Una falsa delicadeza de lenguaje ha hecho confundir por largo tiempo la embriaguez con la borrachez ó borrachera.

La *embriaguez* (del griego ὕβρις, del latin *ebrietas*) es el estado de una persona embriagada, es decir, cuyo celebro está afectado, y cuya razon está mas ó menos turbada por los vapores de una bebida espirituosa, por una sustancia narcótica, ó por efecto tambien de alguna pasion violenta.

La borrachez (*ebriositas*) es la inclinacion habitual de tomar inmoderadamente bebidas espirituosas.

La embriaguez, por consiguiente, no es mas que un estado morboso,

al paso que la borrachez es un vicio, un vicio feo y vergonzoso, que degrada al hombre, al rey de la creacion, hasta el estremo de rebajarle mucho mas allá de la esfera de los brutos.

Segun lo dicho, es ebrio, en jeneral, el que ha bebido demasiado, y borracho es el que bebe á menudo y con esceso. Así Noé estaba ebrio ó embriagado cuando se le vió desnudo en su tienda, pero la historia no dice que fuese borracho: Alejandro el Grande estaba ebrio y borracho cuando mató á Clito, su mejor amigo, y cuando encontró la muerte apurando la copa de Hércules.

La embriaguez, dice Plutarco, habita en compañía de la locura y del furor.

Séneca llama *locura voluntaria* á la borrachez: los Indios la miran como una especie de rabia, y, en su lengua, la palabra *ramjan*, que designa un borracho, significa tambien *rabioso*.

Dícese vulgarmente de un bebedor que está *alegre*, *chispado*, *alumbrado*, *embriagado*, *emborrachado*, *borracho como una sopa*, etc., (*gai*, *lancé*, *en ribote*, *ivre*, *saoul*, *mort-ivre*) segun la embriaguez se halla en un grado mas ó menos adelantado. Por último, la vanidad, defecto que se halla hasta en el mismo desborde de los vicios, se ha entretenido en crear locuciones particulares para designar la intemperancia en las diferentes clases de la sociedad: así los obreros hacen *bromas* (*faire la noce*), los estudiantes *francachelas* (*saoulographies*), y las jentes de tono hacen *orjías*.

La virtud opuesta á la gula y á la borrachez es la *templanza*, que consiste en el uso moderado de los alimentos y bebidas que sirven para sustentarse. Esta virtud, llamada tambien *sobriedad*, es mirada por todos los moralistas como madre de la salud y de la sabiduría: es el mejor preservativo contra las enfermedades y los vicios, cuyo jérmen ahoga, mientras que la destemplanza promueve siempre su funesto desarrollo. A su frugalidad debieron por largo tiempo los antiguos Persas, los Lacedemonios y los Romanos su actividad, su vigor y sus victorias. Habiéndose vuelto intemperantes, se enervaron y fueron esclavos. Ciro, César, Mahoma y Napoleon fueron tan célebres por su sobriedad como por el poderío que ejercieron sobre los pueblos. A la misma virtud debió tambien Sócrates la robusta salud y la igualdad de alma que no recibiera de la naturaleza. Masinisa, el mas sobrio de todos los monarcas, fué padre á los ochenta y seis años, y á los noventa y dos vencedor de los Cartajineses. Y al contrario, Alejandro Magno, dotado de una escelente constitucion, la alteró muy pronto con su intemperancia, y murió en la flor de la edad, despues de haber oscurecido su gloria. « Habia dado principio (dice Napoleon) con el alma de Trajano; y acabó con el corazon de Neron y las costumbres de Heliogábalo. »

Causas.

Influencia de la edad, del sexo y de la constitucion. — La borrachez casi no existe en la infancia ; en la juventud se encuentran ya por desgracia numerosos ejemplos ; pero las épocas de la vida en que es mas comun son sin disputa la edad adulta y la vejez. Repetidas observaciones y los recuentos estadísticos prueban que el hombre se entrega á esta pasion con mas frecuencia que la mujer. Esta consecuencia , que ya hubiera podido sacarse *à priori*, se desprende naturalmente de las ocupaciones sedentarias de la mujer , y del oprobio que el mundo hace pesar sobre la que con tal vicio está manchada. Hase notado tambien que los sanguíneos y los biliosos parecen mas inclinados á esta pasion que los dotados de otro temperamento.

Profesiones. — Entre las numerosas causas de la borrachez , las mas frecuentes son sin disputa la falta de instruccion y las profesiones duras y fatigosas. Así que se ve dominar jeneralmente este vicio en la clase obrera. Pero la profesion que cuenta mas borrachos es, segun mis cálculos, la de mozo de anfiteatro. Es raro , en efecto , encontrar uno que no se abandone á la mas repugnante crápula. ¿Procede este triste resultado de que se necesita cierta estimulacion para vencer el fastidio que inspiran los cadáveres , ó mas bien de estar aquellos infelices persuadidos de que el aguardiente es un preservativo de los miasmas cadavéricos ? Despues de los mozos de anfiteatro, vienen los traperos, los enfermeros civiles, los tambores, los pintores de sala , los cerveceros , los sombrereros , los cocheros, los chalanes tratantes en bestias , los oficiales de fragua, los fundidores, los impresores , los músicos, y los estudiantes de medicina. Entre las mujeres, las prostitutas , las traperas , las lavanderas y las enfermeras ocupan los primeros puestos.

El soldado y el marino, á causa de su accidentada vida, se encuentran tambien en las circunstancias mas propias para fomentar la borrachez. El marino , que pasa la vida sobre una cubierta de buque , en completo aislamiento , espuesto cada dia al capricho de los vientos ó al fuego del enemigo , no tiene mas que las bebidas espirituosas para ilusionarse en órden á los riesgos que le cercan. Cuando el soldado está en campaña, á fin de escitar su valor y encubrirle el peligro, le dan á veces vino ó aguardiente , y ciertos pueblos , á fin de hacer mas activos aquellos espirituosos, les añaden pólvora , pimienta , ú otra sustancia irritante (1). Si sale

(1) En 1581, en la guerra de los Paises Bajos, los Ingleses emplearon por primera vez el aguardiente como una especie de cordial para sus soldados.

vencedor, cree que el mejor modo de celebrar la victoria es menudear las copas; y si sale vencido, el vino es tambien el licor que le hace olvidar la derrota. Pero, ¿no hay, además de estas, otras causas todavía mas poderosas? El soldado está sin cesar espuesto á todas las intemperies de la atmósfera, á la lluvia, á un frio helador, á los ardores de un sol abrasador, al desabrigo mas completo, á las privaciones de toda suerte, lo mismo que á una estremada abundancia; y cuando la fortuna le sonrie, ¿podrá usar con moderacion de los favores que con toda largueza le distribuye? Su felicidad entónces es el vino; con el vino olvida sus ásperos trabajos, sus fatigas y sus peligros, el vino es en aquel instante el todo para él, y cuenta con tanto orgullo y satisfaccion las botellas que ha bebido como las batallas que ha ganado. En tiempo de paz se halla relegado y secuestrado en un cuartel: su vida, antes tan activa, se vuelve fatigosamente monótona; en su ociosidad, los dias le parecen siglos, y tambien con vino acorta su fastidiosa duracion.

Ociosidad. — Una vida sedentaria é inactiva enjendra sin duda menos borrachos que una vida áspera y penosa. Sin embargo se hallan muchísimos hombres cuyas dos mitades de vida pasan, como diria Lafontaine, la una bebiendo, y la otra no haciendo nada.

Reveses de fortuna. — El tránsito repentino de una gran fortuna á una miseria mas ó menos completa desenvuelve tambien con mucha frecuencia la pasion que nos ocupa. Para distraer las sombrías ideas que le asaltan, el hombre á quien la fortuna ha cesado de sonreir busca el olvido de sus males en el fondo de la copa; y á veces un dulce letargo le hace encontrar alguna nueva esperanza y soñar felicidades. Mas cuando ha desaparecido el sueño, recuérdansele con mayor viveza sus infortunios, y este recuerdo es tanto mas atroz en cuanto algunos momentos autes los habia olvidado. De ahí la fatal propension á recurrir tan á menudo al brevaje que puede adormecer sus dolores.

Influencia de las enfermedades. — Ciertas enfermedades que vician el órgano del gusto son á veces orijen de la funesta propension á beber espirituosos. Lo mismo sucede tambien en algunas mujeres, sobre todo en los primeros meses de la jestacion; y en otras, cuando el útero cesa de ser asiento de la conjestion menstrual, ora por accidente, ora por ser llegada la edad crítica, es bastante comun notar la depravacion del gusto; y ¡cosa singular! las mujeres que antes miraban con horror las bebidas alcohólicas, se dan á ellas con una especie de furor.

Del ejemplo, y de la trasmision hereditaria. — Si en muchísimos casos es exacto decir que del ejemplo nacen las virtudes ó los vicios, en el caso presente tiene aquel aserto la mas oportuna aplicacion. Ved, con efecto, á esos padres degradados por la pasion de la borrachez: por una deplorable imprevision, á todas luces reprensible, ni siquiera se toman

la molestia de ocultar á sus hijos los vergonzosos escesos á que se entregan. Aun mas; llegados á aquel grado de borrachera en que el vino escita los deseos y hace suceder á una cuerda reserva la indiscrecion y la habladuría, palabras obscenas van á herir unos oidos castos que nunca jamás olvidarán aquellos dichos ponzoñosos: porque es bueno saber que la criatura (cera que fácilmente retiene la impresion del vicio) escucha con ávida curiosidad, y conserva en su mente hasta aquellas cosas en las que creemos que no fija absolutamente la atencion. ¡Hé aquí los modelos que mas adelante regularán su conducta! ¡hé aquí las lecciones que recibe! Y ¿cómo no nacerán en él la borrachez y demás pasiones compañeras ordinarias de este vicio, para cuyo desarrollo era ya una causa predisponente la heredidad?

Influencia del clima, de la temperatura y de la civilizacion. — «La borrachez, dice Montesquieu, se halla establecida por toda la tierra á proporcion de la frialdad y humedad del clima.» El clima y las estaciones ejercen sin duda sobre este vicio una influencia muy marcada, pero menor quizás de lo que jeneralmente se cree. Por mi parte estoy convencido de que el grado de civilizacion y el estado moral de los pueblos influyen en el desarrollo de la borrachez mucho mas que la naturaleza del clima. En efecto, si estudiamos comparativamente la frecuencia de la borrachez en las varias naciones, se verá que los salvajes de América, que ocupan lugares muy diversos por su clima, estreman todos esta pasion hasta el frenesí; que en Rusia, se va haciendo cada dia mas rara entre las clases elevadas cuyas costumbres ha pulido ya la civilizacion; se verá, por fin, que diariamente va disminuyendo en España, en Italia, en Suiza, en Alemania, en los Estados Unidos, y aun en Inglaterra.

Esto supuesto, determinemos cuál es la verdadera influencia de los climas. En jeneral, los pueblos del norte son los que mejor soportan los escesos en las bebidas, y hasta pudiérase decir que los habitantes de aquellas rejiones, á fin de resistir el frio y salir de la especie de torpeza resultante del mismo, necesitan cierta cantidad de licor espirituoso ó fermentado. Así vemos que el *lumis* del Tártaro, el *braga* y el *quas* de los indíjenas de la Siberia, licores que en corta dósis producen en nosotros una embriaguez completa, no determinan en los Rusos mas que una leve escitacion, que aumenta su vigor y su arrojo. Por efecto del hábito, la dósis necesaria para escitarse moderadamente se hace cada dia mayor: y así es que aquellos pueblos, á cierta edad, se sorben una cantidad espantosa de alcohol. El hábito, que de temprano contraen, debe tomarse en cuenta en sus enfermedades, y por no haberlo hecho así, resultó que en 1815 los médicos franceses perdieron á los mas de los Rusos á quienes visitaban, mientras los médicos rusos salvaron á un gran número.

En nuestros dias la borrachez es todavía muy comun en Inglaterra. Un

curioso ha calculado que, no obstante las sociedades de templanza, cada sábado, de cinco á dos, entran en casa de cierto aguardentero de Manchester á lo menos dos mil personas, la mayor parte mujeres. Ha observado tambien que en los cuatro principales almacenes de espíritu de nebrina de Lóndres, entran cada semana 142.458 hombres, 108.598 mujeres, y 18.391 jóvenes, guarismos que dan un total de 209.457 bebedores. Es verdaderamente prodijioso el número de tiendas de licores espírituosos en aquella capital: son mas los taberneros que los panaderos, cortantes y pescaderos reunidos (1).

La borrachez es mucho menos comun en Francia que en Inglaterra: eslo sin embargo bastante para ser considerada como una de las principales causas de los males que agobian á la clase obrera: es en ella una verdadera plaga de la cual convendria altamente poderla librar. El hábito de los licores fuertes se halla muy estendido, particularmente en las provincias del norte. Hay ciertos pueblos de aquellos distritos donde, hasta en la clase menestral, un amo ó una ama de casa creerian ser muy descorteses, si no ofreciesen la *copita* (le petit verre) á los estranjeros y á los numerosos amigos que los visitan.

«Es un grave error, dice Marc, acusar á los Alemanes tocados del vino de ser mas pendencieros que los Franceses. Tanto lo son los unos como los otros, y tanto beben estos como aquellos, á lo menos la jente del pueblo. Si alguna diferencia hubiese que establecer entre ellos, seria la siguiente: jeneralmente hablando, *el Francés bebe porque está contento; y el Aleman está contento porque bebe.*»

Síntomas, curso, efectos y terminacion.

Descripcion del borracho. — El borracho se presenta rudo y torpe; su modo de andar pesado y embarazoso; en su rostro requemado y cobrizo aparecen esparcidas algunas vejetaciones; su nariz sobre todo está encarnada y granujienta; sus ojos lánguidos y marchitos, su aliento fétido, sus labios entumecidos, colgantes y ajitados por un temblor continuo. La piel ha perdido su color; se ha vuelto de un amarillo particular, está floja y cubierta de arrugas prematuras. Los músculos, atrofiados, no tienen fuerza; los movimientos del borracho son siempre inciertos y vacilantes á causa del temblor que le coje, particularmente las mañanas y

(1) Se ha calculado que la borrachez mata en Inglaterra unos 50.000 hombres cada año. La mitad de los insensatos, los dos tercios de pobres y los tres cuartos de criminales de aquel pais se encuentran entre las personas dadas á la bebida.

por la noche. En él la memoria se halla en parte destruida, el juicio abolido; las percepciones, oscuras y confusas, no le permiten recojer sus ideas. La cabeza, vergonzosamente inclinada hácia el suelo, parece denotar la abyeccion y el embrutecimiento del borracho. Indiferente á todo lo que no es bebida, come poco, descuida el aseo en el vestir ó bien se cubre de sucios y asquerosos harapos; y entónces es cuando se puede aplicar á tan innoble estado la enérjica voz de los Latinos, *crapula!*

Síntomas de la embriaguez en sus diversos grados.—En un festin, se nota que los primeros vasos hacen nacer un suave calor; la cara se desarruga, las facciones se animan, la alegría, los chistes provocan la conversacion; los convidados se hallan en una escitacion lijera y deliciosísima. Mas adelante, cuando nuevas libaciones han sucedido á las primeras, á medida que se apuran las copas, la imajinacion se vuelve mas viva, mas petulante. Entónces los madrigales, las bombas, las canciones en loor de Baco y de Vénus, las ideas injeniosas, las ocurrencias saladas se suceden con la rapidez del rayo. El amante medroso halla en sí bastante osadía para aventurar palabras amorosas, y la mujer púdica las escucha ya con menos enojo; la amistad parece pronta á arraigarse entre personas desconocidas, juntadas en un salon por la mano del placer; los comensales se vuelven confiados, comunicativos; en todas partes resuena la verdad pura y neta, y hasta el hombre circunspecto deja escapar su secreto. Pronto crece la sensibilidad; se ofrecen fácilmente sacrificios, y se alarga el bolsillo al necesitado. En aquellos momentos, el camino de la vida no aparece ya con sus zarzas y espinas; es un prado esmaltado de bellísimas flores: nadie ve, nadie sueña mas que felicidades, y entónces es cuando el bebedor se dice: ¡Yo soy el rey de la tierra!

Pero á medida que se apuran mas copas, éntrales á los convidados mas ardiente sed; los vasos chocan entre sí con mas ruido; el vino no es degustado, sino deglutido, sin que los catadores hayan siquiera distinguido su sabor. Poco á poco se embotan los sentidos, la cabeza se vuelve pesada, el rostro encendido; los ojos, marchitos y sin espresion, se mantienen medio cerrados; la lengua se vuelve torpe; los movimientos de los labios son difíciles; se quiere hablar y se balbucea; todo el mundo toma la palabra á la vez; las voces se confunden mezcladas con el ruido de los vasos; se grita, se ahulla para conseguir que á uno le escuchen; se traban querellas, y no pocas veces coronan la orjia sangrientas pendencias. Al propio tiempo ha desaparecido toda circunspeccion: tal era decente que se muestra ya descarado y libertino; el pusilánime se vuelve insolente, y el hombre pacífico entra en accesos de furor: las pasiones eróticas se hallan sobre-escitadas, pero no hay aptitud para satisfacerlas. Los objetos aparecen dobles: se quiere cojer con la mano lo que está á

veinte pasos de distancia, el vaso que se lleva á la boca desliza de las manos y se rompe; el hombre quiere levantarse, y las piernas le flaquean, vacila, y cae rodando debajo de la mesa. Un sueño aplomado, una torpeza jeneral se apodera entónces del hombre borracho en el último grado: las materias fecales y las orinas se escapan involuntariamente, sobrevienen vómitos, y en medio de tan asquerosos restos de la orjía ¡duerme á veces y dijiere su vino el infeliz borracho!

Se ha dicho de una manera absoluta que en los paises cálidos la embriaguez hace caer al hombre en frenesí, y que en los paises frios le vuelve estúpido. Creo que esta diferencia no proviene enteramente del clima, sino que depende tambien de la constitucion de los individuos, de la cantidad de bebida, y de la naturaleza de esta. M. Poynder, hábil observador, señaló hace tiempo los diferentes efectos de la cerveza y del aguardiente. « La primera, segun él, vuelve primero pesado, luego imbécil, y por último insensible: el hombre se vuelve mas ebrio con la cerveza que con el aguardiente; se ensalza mas, y se abaja hasta rodar por el piso de las calles, pero su embrutecimiento es una prenda de seguridad para los demás hombres. »

El aguardiente concentra mas su efecto. No vuelve tan estúpido; escita las pasiones, hace al hombre mas violento, mas ájil, y mas capaz de ejecutar los crímenes: sin embargo, tomado en gran cantidad, acaba tambien por producir el estupor. Este es un hecho que por largo tiempo he estado observando en un trapero, quien, despues de haberse sorbido por la mañana un cuartillo y medio de aguardiente, roncaba el resto del dia, tendido en una esquina de calle, con el empedrado por almohada, y los miembros estirados con una especie de rijidez cadavérica. Hogarth ha comprendido tambien de una manera profunda la diferencia entre la embriaguez de la cerveza y la del aguardiente en las caricaturas que se titulan *Gin-lane and ale alley*. Su borracho de cerveza es grueso, tal como representan á John Bull, y el borracho de aguardiente flaco, desesperado, furioso. La embriaguez causada por el vino es mas alegre, y menos dañosa, tanto para el bebedor como para los circunstantes. El célebre Hoffmann creia que el uso del vino era indispensable para la poesía: y así es que este licor, que siempre contiene $\frac{1}{15}$ al menos de alcohol, ha sido llamado el Pegaso de los poetas, mientras que la cerveza y la sidra no han inspirado al parecer muchas liras.

En la embriaguez llegada á cierto punto, la pasion dominante se muestra ordinariamente á descubierto. Esta revelacion del carácter se observa tambien en la enajenacion mental y durante el sueño. Bajo ese aspecto los tres estados ofrecen notable analojía, y mas de una vez ha sabido la política sacar ventajoso partido de su indiscrecion.

Me ha parecido observar que las pasiones en las que desempeña un pa-

pel importante la circunspeccion, antipatizan en jeneral con la embriaguez. Así el avaro, que solo vive de privaciones, se guarda muy bien de caer en estado de no poder vijilar su tesoro. El ambicioso, que se nutre de esperanzas, temeria descubrir sus proyectos, si abusase del vino, de « ese gran desligador de la lengua, que, como dice Montaigne, hace rebosar los mas intimos secretos á los que lo han tomado en demasía. » *In vino veritas* es un proverbio tan antiguo como cierto.

Esa manifestacion forzada del carácter, esa revelacion involuntaria de los pensamientos mas ocultos, que parece inesplicable para el filósofo, no lo es en manera alguna para el médico fisiólogo. Esto depende de que en la embriaguez, las sensaciones dejan de estar en relacion con los objetos esteriores, y las ideas con las sensaciones: por consecuencia desaparece la circunspeccion, y las determinaciones son ordenadas por la pasion predominante. Entónces desaparece el hombre de la sociedad, muéstrase el hombre de la naturaleza, y su corazon está descubierto.

Curso. — Rara vez existe la borrachera en alto grado desde el principio; poco á poco, y por efecto del hábito es como llega á sus límites estremos. Cada dia es menor la escitacion pasajera que determina el alcool, y sin embargo cada dia se fatiga y se debilita el estómago; el bebedor esperimenta dolores, calambres de estómago, y un mal estar jeneral que va en aumento. Entónces, para llamar á sí un placer que se le escapa, y para alejar sus sufrimientos, aumenta gradualmente la dósis del fatal liquido. La progresion incesante de la borrachez proviene por consiguiente de dos causas: la primera, de la pérdida de sensibilidad que ocasionan los espirituosos; la segunda, de los sufrimientos que se quieren mitigar: esto es lo que perpetúa aquel proverbio de *quien ha bebido beberá.* En el grado mas avanzado, ni el vino, ni el alcool de 36°. son capaces de escitar á los borrachos; se han visto algunos que llegaban á beber agua de Colonia y ácido nítrico debilitado. Por último, el gusto se deteriora de tal suerte, y por otra parte la necesidad de escitacion es tan imperiosa, que los hay que se deleitan rellenándose de cerveza, de sidra, de vinagre ó de hidromiel corrompidos.

La borrachera es á veces continua; pero de ordinario no es mas que intermitente. Hay, con efecto, individuos que no se emborrachan mas que en primavera ó en invierno, y otros hay que lo guardan para ciertos dias del mes ó de la semana. De esta observacion me he aprovechado varias veces para el mejor tratamiento de la pasion; y he podido hacer mentir al proverbio, tomando en cuenta esa intermitencia, desatendida jeneralmente hasta aqui.

Efectos y *terminacion.* Las enfermedades procedentes de la borrachez varian segun la antigüedad de esta, la particular disposicion de los individuos á contraer esta ó aquella afeccion, la especie y calidad de las be-

bidas que se usan, y finalmente segun la cantidad que se absorbe de las mismas y el clima en que se vive. Así, en unos el estómago se va volviendo perezoso, las dijestiones lánguidas y penosas; al contrario, en otros va adquiriendo aquel una susceptibilidad tal, que no puede conservar la menor cantidad de alimentos. Desarróllase en unos simple dispepsia, en otros gastrítis y gastraljias, y mas tarde escirros en el píloro. Puede en jeneral admitirse con Hipócrates que un gran bebedor no es al mismo tiempo gran comedor.

En cuanto á lo moral, se deterioran las facultades intelectuales; entorpécese la imajinacion; van confundiéndose las ideas y aboliéndose la memoria; finalmente llegan á terminar tan tristes pródromos el embrutecimiento. Domina entónces á todos los demás y preside á todos los actos una sola idea, el deseo de beber, deseo que le sujiere al bebedor los medios de satisfacer esta imperiosa necesidad y de acelerar el momento de hacerlo. Desarróllanse mas adelante accesos de epilepsia, que al principio son pasajeros, y no tardan en dejenerar en un temblor jeneral, en la parálisis, en la hipocondría en el hombre, en el histerismo en la mujer, y en la manía y la demencia en ambos sexos. Poco á poco llega á alterarse la nutricion, y sobrevienen el marasmo, el anasarca y la hidropesía. A algunos que consumen mucha cerveza y á los que usan ordinariamente alimentos muy nutritivos se les va desarrollando una obesidad fastidiosa y una gordura tan abundante, que para usar un término trivial, necesitarian un carreton para poner su barriga. Altéranse las funciones de la respiracion, de la circulacion y de la piel, se fatiga y va engurjitándose el pulmon, obligado, como se halla, á elaborar enormes cantidades de alcohol; y de aquí proceden las conjestiones, las neumonías, el asma y las hipertrofías de varios órganos. La supresion repentina de la abundante traspiracion que se hace en la piel en las salas de las borracheras, supresion debida á la impresion del aire fresco al salir de una orjía, puede ocasionar una serie de enfermedades. ¡Cuántas veces ha sucedido caer muertos en la calle algunos desgraciados á quienes, saliendo de una borrachera, les ha sorprendido el frio! ¿Se ha declamado acaso bastante contra esos taberneros, que á semejantes entes privados de razon les van dando de beber todo lo que van pidiendo, y que al salir de las tabernas, caen, tal vez para no volverse á levantar? ¿Cuándo tomará sus medidas la ley para precaver accidentes de esta especie?

No es raro que las enfermedades sifilíticas de los borrachones sean incurables. ¿Qué médico no ha observado chancros, que, despues de una borrachera, se han agravado considerablemente, desorganizando una enorme estension de tegumentos y produciendo esas úlceras vastas y corrosivas que han servido de texto á los autores para las espantosas descripciones de este mal?

A consecuencia del abuso de los espirituosos, se van debilitando tambien cada dia las funciones de la jeneracion; la mujer va estando mas sujeta á las hemorrajias uterinas; el hombre va perdiendo la facultad re productiva; y si la conserva, enjendra solo séres débiles, desdichados, predispuestos á las enajenaciones mentales, y que para colmo de sus desgracias heredarán probablemente el mismo vicio de sus padres, quienes no dejarán tampoco de darles lindos ejemplos.

En los bebedores adquieren tambien mal carácter y se hacen muy rebeldes á todos los medios curativos las erupciones y las úlceras, bien sean estas hechas por el cirujano, ó bien hayan sido accidentales. Obsérvanse cada dia úlceras ya adelantadas en la cicatrizacion, que repentinamente vuelven á abrirse por efecto de una borrachera, y vuelven á cicatrizarse luego que ha dejado de obrar aquella causa. Asistí en otro tiempo á un veterano, que tenia en el tobillo interno de la pierna izquierda una úlcera varicosa, que se habia resistido á todos los remedios empleados por dos facultativos diferentes de la capital; y que no se curó hasta que logré correjir al enfermo del vicio de la borrachez, amenazándole con que si no lo dejaba, vendria el caso de exijir la amputacion de la pierna, operacion que por culpa suya haria que fuese inevitable. Cada vez que por razon de sus antiguos hábitos llegaba á hacer el menor esceso en la bebida, se abria casi inmediatamente la úlcera; y volvia otra vez á cicatrizarse, luego que volvia á contenerse dentro de los límites de la templanza.

Sufren tambien muchas alteraciones las entrañas del abdómen, verificándose de una manera anormal las varias secreciones y dejenerando las propiedades de los líquidos segregados; conviértese muchas veces el hígado en un tejido duro é hinchado, pierde su color y sus granulaciones y va pasando al estado que se llama hígado *grasiento*. Desarróllanse muchas veces en los intestinos flegmasías jeneralmente crónicas, que algunas veces adquieren el carácter agudo; disminuye la propiedad asimilatriz de los mismos; engurjítanse los ganglios del mesenterio; auméntase la predisposicion á las almorranas; los riñones no alcanzan á segregar la cantidad que debieran de orina, la cual sale turbia, sedimentosa y muy cargada de ácido úrico, el cual produce muchas veces cálculos en los riñones y la vejiga, no menos que los atroces dolores gotosos.

Pero el mas terrible compañero de la borrachez, ó por mejor decir, la mas comun terminacion de este funesto vicio es la apoplejía. Nadie ignora que mas de una vez se han suspendido festines por una desgracia acaecida á uno de los convidados, mas de una vez se han aterrorizado los bebedores al ver á uno de sus compañeros caer en medio de ellos con la rapidez del rayo para no volverse á levantar. En la abertura del cadáver de los desgraciados que fallecen de esta manera, hállase muchas veces el

estómago engurjitado de líquidos y alimentos, que comprimiendo la aorta descendente, han obligado á la sangre á retroceder hácia el celebro, determinando de esta manera la ruptura de los vasos del mismo.

Pero ordinariamente no es tan pronta la muerte; ha habido antes muchos ataques que han amenazado el próximo fin del borracho; y este no sucumbe hasta haber tenido muchos golpes de sangre. Entónces ha aumentado la masa de la sangre, como la cantidad de fibrina que esta contiene; hállase tambien aumentada la fuerza de impulsion del corazon; y la muerte procede tambien de la ruptura de los vasos del celebro, como en los casos de apoplejía fulminante.

No son menos funestos los efectos sociales de esta pasion.

Segun refiere M. Stone, que por muchos años dirijió el hospital de Boston, las siete octavas partes de los pobres refujiados en el mismo han debido á la borrachez la necesidad en que se han visto de acojerse á aquel asilo.

M. Cole, juez de policía de Albany (Nueva York), ha asegurado que en un solo año se han presentado en su tribunal 2.500 personas, y que por cada 100 delitos, los 96 procedian de la destemplanza.

Segun Willau, al esceso de los espirituosos que se consumen en Lóndres se deben la mitad de las muertes repentinas que en su poblacion se verifican á la edad de veinte á veinte y cinco años; y á la misma causa atribuye la mitad de las enajenaciones mentales que sufren sus paisanos. Siendo este vicio mucho menos comun en Francia que en Inglaterra, los recuentos estadísticos de aquel pais presentan un resultado diferente. Así, segun la relacion de M. Desportes de su visita de los locos tratados en los hospitales de la *Salpetriere* y de *Bicetre* desde el año 1825 hasta el de 1833, de 8272 enfermos de enajenacion mental, solo hubo 414 que la debiesen al abuso de licores alcohólicos.

Del rejistro de los muchos casos de medicina legal en que he intervenido desde el año 1848 hasta el de 1858 en el cuartel del Observatorio, resulta que se han verificado durante la embriaguez la cuarta parte de las muertes repentinas y la sexta de los suicidios.

En 1832 tuve ocasion de observar, lo mismo que mis comprofesores, que el cólera-morbo, sobre todo en su principio, hacia un número incomparablemente mayor de víctimas entre los dados á la borrachera, que entre los sujetos que guardaban templanza,

He aquí el estado de las muertes accidentales averiguadas en Francia por el ministerio público en el período que corrió desde 1.° de enero de 1835 hasta igual dia de 1840, y el de los sujetos cuya muerte no ha podido dejar de atribuirse á la borrachez:

AÑOS.	MUERTES ACCIDENTALES.	MUERTES POR BORRACHEZ.
1855	6.192.	220.
1856	6.529.	255.
1857	6.265.	186.
1858	5.892.	215.
1859	6.632.	250.
En cinco años.	31.508.	1.106.

Resumamos los funestos efectos de la borrachez, considerándolos bajo los puntos de vista de las enfermedades, de la relijion y de las leyes.

1.° La borrachez acorta la vida; aumenta el número y la intensidad de las enfermedades y aun muchas veces imposibilita su curacion.

2.° Obsérvase tambien, bajo el aspecto relijioso, que la borrachez ocasionando desórdenes en los órganos, los produce tambien en el alma; que incita al hombre al libertinaje, á la cólera, al asesinato y al suicidio; que aumenta las tentaciones al mal, haciendo al individuo mas sujeto á ellas, y que causa finalmente la pérdida de muchas almas.

3.° Bajo los aspectos legales y sociales está demostrado por una larga y triste esperiencia, que dicho vicio aumenta prodijiosamente el número de los crímenes; que es una de las principales causas de la pobreza, y por lo mismo un aumento de cargos pecuniarios para el estado, y que debe llamar la atencion de los gobiernos como la causa mas frecuente de los terribles accidentes que se observan á menudo durante la caza, en los carruajes públicos, en las embarcaciones, tanto de vela como de vapor, en los caminos de hierro, en las minas, etc.; por fin, ¿no se han resentido muchas veces las administraciones públicas ó, por mejor decir, los administrados, de los funestos efectos de semejante vicio, que ha hecho cometer graves y á veces irreparables faltas á hombres encargados de funciones importantes? Cuéntase, por ejemplo, que Tomás Jefferson, uno de los mejores administradores que han producido los Estados Unidos, y el tercer presidente de su gobierno federal, decia algunas veces á sus amigos: «El hábito de los espirituosos en los empleados ha perjudicado mas al servicio público y me ha embarazado mas que otra cualquiera circunstancia. Si ahora que me ha enseñado la esperiencia, volviese á empezar mi administracion, la primera pregunta que haria á cualquiera pretendiente de empleos públicos seria: *¿Sois aficionado á las bebidas espirituosas?*»

Muy notable es y digno de toda consideracion por parte de los lejisladores, de los jurados y de los directores espirituales, que si bien la embriaguez induce muchas veces al hombre al crímen, sin participacion de

la voluntad; tambien se encuentran no pocos malvados que por un cálculo infernal se emborrachan á sabiendas para acallar los gritos de la conciencia, y adquirir el horroroso valor que necesitan para consumar el crímen. En los datos que suministró M. Poynder al parlamento de Inglaterra, declaró que le habian asegurado muchos criminales que antes de cometer crímenes algo atroces, les era *absolutamente necesario* tomar bebidas espirituosas, precaucion que se guardaban muy bien de olvidar.

De la embriaguez considerada en sus aplicaciones médico-legales. —Si hubiese sido la intencion del lejislador colocar la embriaguez en la clase de las escusas, ciertamente que la hubiera mencionado como tal. Por otra parte, el artículo 64 del Código penal dice formalmente: «No hay crímen ni delito cuando el acusado se hallaba en estado de *demencia* en el acto de cometer la accion.» Ahora bien, ningun médico-lejista puede dejar de contar la embriaguez completa entre las lesiones del entendimiento. «En efecto, dice Marc, es, como la demencia, una afeccion del celebro, aunque pasajera, modifica, como ella, patolójicamente las condiciones normales de la intelijencia, exaltándola al principio, oscureciéndola despues, y perturbándola finalmente.

«¿Resulta acaso de esto que, en sus investigaciones sobre la enajenacion mental transitoria producida por la embriaguez, deba el médico estar en desacuerdo con la ley? Estoy lejos de creerlo así; el lejislador no podia obrar de otra manera. Mas arriba lo hemos visto; la embriaguez no puede considerarse por él como causa atenuante, ni mucho menos como escusa; no ha de precaver menos el efecto que la causa; y la borrachez considerada en sí misma no debe escluir la imputabilidad, pues que no la escluye el poder ó la imprudencia de embriagarse.

«Sin embargo, el médico encargado de determinar indirectamente la moralidad y el valor de las acciones incriminadas ó tachadas de nulidad, en cuanto las causas de estas acciones puedan referirse al estudio físico del ajente; el médico, digo, encargado de considerar, no de un modo colectivo, como el lejislador, sino individualmente como el abogado, el jurado, y aun bajo cierto punto de vista el majistrado, las circunstancias que presenta la especie, deberá, en sus investigaciones, hacer caso omiso de la ley escrita, y sacar únicamente los motivos de sus conclusiones de escusa, sean ó no atenuantes, de las circunstancias que hayan precedido, acompañado ó seguido la embriaguez.

«Así esta no deberá escluir la responsabilidad, siempre que, durante la misma, haya conservado el espíritu la misma direccion que se le haya dado hácia un determinado crímen: y aun estoy en la persuasion de que esta máxima solo puede aplicarse al primero, y á lo mas al segundo grado de la embriaguez. He aquí por otra parte lo que sobre este punto dice M. Roesch (1):

(1) *De l' Abus des boissons spiritueuses considérées sous le point de vue de la po-*

« Se dice que el beber desvela, disipa las ideas tristes, y proporciona al desgraciado un estado de felicidad pasajero. Todo esto es cierto; pero no lo es menos que la actividad moral del que ha bebido y se ha embriagado depende muchas veces del estado en que se hallaba su alma inmediatamente antes de tomar las bebidas espirituosas; así, por ejemplo, no es raro que los licores ardientes cambien en furor el despecho, y en rabia la cólera. Un atentado que uno esté meditando puede no llegarlo á consumar sino por el influjo de la embriaguez; porque de la misma manera que esta aumenta las sensaciones de benevolencia, así tambien en otras ocasiones da mas viveza á las del egoismo y de la venganza. Parece realmente poco importante esta objecion, porque siempre puede decirse que el que á sangre fria ha premeditado una mala accion para consumarla en la embriaguez, ha conservado voluntariamente la propension al crímen, y que el alcohol no ha hecho mas que animar con su fuego la timidez; pero esto no sucede así, sino en los primeros grados de la embriaguez. Mas tarde, y sobre todo en el mayor grado de la misma, cuando está del todo perdido el uso de la razon, puede todavía presentarse á la imajinacion como un vago recuerdo el motivo que habia dado la impulsion al alma antes del uso de las bebidas; y aun puede ser que en virtud de esta direccion que se ha sostenido de un modo casi mecánico, lleve á efecto el borracho una accion premeditada en sano juicio, *sin conservar la conciencia del objeto, de la naturaleza ni de las consecuencias de esta accion.* Hállase entónces el borracho en el mismo caso que el que sueña, á quien se le representan aquellos objetos que mas habian fijado su atencion en vela; ó en el del maníaco, cuya idea fija se refiere tambien á la que principalmente le ocupaba antes de estar enajenado. La luz de la razon no está menos apagada en el hombre completamente borracho que en el maníaco y en el que sueña; y el alma no retiene en todos estos casos mas que ideas inconexas, en las cuales se fija aquella tan tenazmente por la sola razon de que han cesado en ella completamente todas las otras actividades regulares.

« Convengamos sin embargo en que pueden ofrecerse casos en que será muy difícil, á pesar de toda la sagacidad del médico, determinar si ha

lice médicale et de la médecine légale: escelente memoria inserta en el tomo 20 de los *Annales d' Hygiene.*—Pueden tambien consultarse sobre esta delicada cuestion Rayer, *Mémoire sur le delirium tremens*; Paris, 1819, en 8.º — Léveillé, *Mémoire sur la folie des ivrognes*, (Mémoires de l' Académie royale de méd, t. I, Paris. 1828, p. 181). — Esquirol, *des Mal. ment.*, t. 2, p. 72. — Villermé, *Annal d' hyg.*, t. 22, p. 95.—Bruhl-Cramer, *Sur la manie des boissons fortes et sur une méthode rationnelle de les traiter.* Berlin, 1819.—Erdmann, *Annales de Henck.* vol. supplem. 8—; y por fin, M. Frégier, *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes*, Paris, 1840, t. 2.

sido la embriaguez voluntariamente escitada con la intencion de cometer una accion reprehensible; como por ejemplo, si el deseo de la venganza que uno no se atreve á satisfacer por falta de resolucion y la incertidumbre del resultado, ha sido exaltado á propósito por medio de los licores; ó si con el objeto de satisfacer ciertas pasiones, ha procurado hacerse mas emprendedor valiéndose del mismo medio. En este caso, cuanto menos hábito tenga el culpado del uso de los licores, mas motivo habrá de presumir que ha procurado embriagarse para realizar proyectos criminales.

« Con este objeto convendrá tambien no perder de vista la naturaleza de las bebidas que se han empleado. Los acostumbrados al vino ó á la cerveza, para emborracharse mas pronto recurrirán á bebidas mas espirituosas que las que suelen usar; y si además pudiese probarse que se han tomado unas y otras, solas ó mezcladas, todavia se veria mas clara la mala intencion.

« Probablemente son estas dificultades (cada una de las cuales forma un problema que solo puede resolverse individualmente) las que han contribuido en gran parte á determinar al lejislador á no poner la embriaguez entre las causas atenuantes ó escusantes, porque ha querido que pesase la responsabilidad de los actos ejecutados durante la influencia de los licores sobre el acto voluntario de emborracharse, mas bien que sobre los efectos de la destemplanza.

« Pero en muchos casos, el abuso de los licores no tanto tiene por objeto la voluntad de embriagarse, como una propension las mas veces irresistible y habitual á este vicio, propension que constituye el vicio de la borrachez.»

Esta es contada en algunas lejislaciones como escusa atenuante. M. Roesch dice tambien sobre el particular: « No puedo entender porqué aumenta la responsabilidad el hábito de emborracharse; siendo asi que uno habituado á beber no está mas en su razon, durante la borrachera, que el que es habitualmente sobrio y se embriaga cuando casualmente ha bebido demasiado. Yo creo que antes debiera considerarse á este último como mas dueño de sus accionesque al borracho de profesion; quien, aun cuando no haya bebido, y no esté precisamente borracho, no sabe bien lo que está haciendo. Leyes semejantes á las del código de Wurtemberg, que impone una pena mas suave al devastador de árboles, si está embriagado, *á menos de que sea borracho de profesion*, parece que se fundan, en que no solo se ha querido castigar el delito, sino tambien el vicio mismo de la borrachera, porque muchas veces da lugar á actos reprehensibles. Mas cuando se ha de apreciar jurídicamente una accion, debe dejarse á un lado el aspecto político. Aquí solo se trata de un estado moral en que se halla el sujeto en el momento de ejercer un acto violento. Uno incli-

nado al crímen podrá ciertamente estar mas dispuesto á cometerle durante la borrachez, que otro hombre, por otra parte honrado, que por casualidad se haya embriagado una vez; pero esta circunstancia no puede por sí misma influir sobre la responsabilidad, porque debe establecerse aquí, como principio, que el único modo de juzgar de la responsabilidad de un embriagado ha de fundarse en examinar hasta qué punto ha sido perturbada su razon por las bebidas espirituosas. Los escesos de un vicioso le esponen á los castigos y á las pesquisas de la policía, mas las acciones que durante la embriaguez cometa no pueden castigarse de otra manera sino con arreglo á los principios jenerales desarrollados al tratar de la responsabilidad de los sujetos que sufren perturbaciones de la razon por escesos de la bebida.

« Seguramente que el estado moral de los habituados á la bebida, ó como dice Claro, de un *dipsómano,* no es normal, como dejo manifestado arriba. Sin embargo, como una dejeneracion de las costumbres y del temperamento que no va acompañada de una perturbacion real en el entendimiento no impide que el sujeto distinga lo justo de lo injusto y que conserve sobre sí mismo algun imperio, no modifica en ninguna manera y mucho menos releva de la responsabilidad, el borracho es responsable, lo mismo que otro cualquier hombre inmoral, de las acciones que cometa, mientras no está con la borrachera. Por otra parte, los dados habitualmente á las bebidas se hallan tambien en tal estado moral, que parece no gozan de su libre albedrío, aun cuando no estén sujetos á un delirio *confirmado.* Debe atenderse á la facilidad con que les atacan las mas violentas enfermedades, durante las cuales no pueden absolutamente guiarse por las luces de la razon, produciendo el triste estado de su físico un estado correlativo en su moral.

« No hay duda en que, jeneralmente hablando, no puede la borrachera aumentar la responsabilidad; pero tampoco puede disminuirla, á no ser en el caso de que hablarémos luego. Puede sin embargo debilitar ó destruir la sospecha de una embriaguez producida á sabiendas para poder consumar un proyecto culpable. No seria sin embargo rigurosamente imposible que un borracho se embriagase para cometer una mala accion; pero en tal caso, la naturaleza de esta, su conexion con el interés personal del culpado, y las pasiones que se supiese que le hubiesen dominado antes del acto, podrian arrojar en muchos casos gran luz sobre el grado de imputabilidad. Sin embargo, la directa apreciacion de la moralidad del hecho en estos casos es mas de la inspeccion del majistrado y del jurado que del médico.

« ¿Hay tal vez alguna circunstancia en la cual pueda la embriaguez aumentar los motivos de atenuacion y aun de escusa? Grave es esta cuestion; pero no imposible de resolver.

«Siempre que la embriaguez proceda de un hábito vicioso, y no de una causa patolójica, debe considerarse, en el sentido moral, como un vicio digno de castigo, si conduce á actos ilegales que tengan evidentemente por motivo un interés personal anterior á la embriaguez. Pero sucede lo contrario cuando la borrachera resulta de una causa morbosa; en este caso, es digna de la mayor induljencia y merece mas especialmente el nombre de *dipsomanía*» (*De la locura considerada en sus relaciones con las cuestiones médico-jurídicas*).

Tratamiento.

Tratamiento de la embriaguez.—Si la embriaguez es lijera, se propinan al embriagado algunas tazas de té ó de café; ó bien un poco de agua con jarabe de orchata, ó todavía mejor, diez ó doce gotas de amoníaco en medio vaso de agua. Si hubiese náuseas y vértigos, se facilitará el vómito dando á beber agua tibia, ó algunos granos de ipecacuana, ó haciendo cosquillas en la campanilla con las barbas de una pluma larga empapadas en aceite. Se calmará la sed con la limonada ú otra cualquiera bebida acídula, la cual podrá hacerse algo laxante, añadiéndole un poco de cremor tártaro.

Si hubiese quebrantamiento de miembros y mucha conjestion en la cabeza, se harian una ó dos sangrías segun la necesidad; se aplicarán sanguijuelas detrás de las orejas, en las sienes, y aun mejor en el ano, si el sujeto padeciese habitualmente almorranas. En los casos de apoplejía, se pasearán tambien sinapismos por la parte interna de los muslos, vejigatorios, etc., manteniendo al mismo tiempo la cabeza del enfermo elevada, poniendo á este en aire puro y fresco y desembarazando su cuello de todo lo que pueda estorbar la circulacion.

En la embriaguez furiosa y convulsiva, despues de haber afianzado al borracho haciéndole contener por hombres que tengan calma y fuerza, se le sujetarán el tronco y los muslos con sábanas puestas al través, fijando sus estremos en los travesaños de la cama; se le atarán los piés, se le sujetarán las manos, y se escitará el vómito dándole á beber en un vaso que no pueda romper con los dientes. Mas en esta especie de embriaguez deberémos abstenernos de administrar el tártaro emético, porque podria dar lugar á funestos resultados; ni aun se administrará la ipecacuana, á no ser que se hayan administrado en balde el agua tibia, los cuerpos grasientos y el oximiel escilítico.

En la embriaguez ocasionada por el uso de los opiados, se recurrirá á la sangría, á las bebidas aciduladas y á los éteres, haciendo tambien friegas en varias partes del cuerpo con cepillos ó trapos ásperos; se administrarán lavativas irritantes, y finalmente todos los medios aconsejados en el envenenamiento por las sustancias narcóticas.

Tratamiento de la borrachez, medios preventivos usados por algunos lejisladores.—Como los Judíos eran naturalmente sobrios, nada hablan sus leyes con respecto á la borrachez; y en el dia conserva este pueblo tanta aversion á dicho vicio, que es muy raro que alguno se entregue á él.

Entre los Atenienses, Draco castigaba dicho vicio con la muerte; y en Esparta, para inspirar á la juventud aversion al vino, Licurgo hacia embriagar á los esclavos; mas habiéndose convencido de la inutilidad de este medio, mandó arrancar todas las viñas; sobre cuyo punto observa Plutarco «que mas habria valido que dejando crecer aquellas, les hubiera hecho acercar las ninfas, esto es, que les hubiese mandado mezclar agua al vino, y que así habria contenido los fuegos de Baco por medio de una divinidad mas sabia.»

Por una ley de Pítaco, rey de Mitilene, tenia pena doble el que cometia un crímen estando embriagado, para castigar por una parte el crímen, y por otra la destemplanza que le habia puesto en el caso de cometerlo.

Zaleuco, rey y lejislador de los Locrios, no permitia el uso del vino mas que á los enfermos, si se lo recetaban los médicos; teniéndolo privado á todos los demás bajo pena de muerte.

Nadie ignora que Pitágoras privaba tambien á sus discípulos del uso del vino, porque aseguraba que era enemigo de la sabiduría y predisponia á la locura.

Una antigua ley de Roma vedaba tambien á todas las familias acomodadas el beber vino, concediendo solo que empezasen á beberlo al llegar á los treinta años de edad, y aun entónces con moderacion (Plin., XIV, 13 y 14); y la misma ley prohibia absolutamente su uso á las mujeres. Ecuacio Metelo, que mató á su mujer por haberla sorprendido bebiendo vino, fué absuelto. Fabio Pictor habla de una dama de alta esfera, á la cual sus parientes hicieron perecer de hambre por haber forcejeado la cerradura del baul en que estaban las llaves de la bodega. Despues los mismos Romanos se limitaron á castigar á las que infrinjian la ley, privándolas de su dote, y mas tarde se les llegó á permitir el vino hecho con pasas; y en los últimos tiempos de la república, se hizo tan comun el abuso de este licor, que si hemos de creer á Horacio,

Narratur et prisci Catonis
Sæpe mero caluisse virtus.

Estaba tan estendida la borrachez en Arabia, de donde nos vino el conocimiento del arte de destilar, que Mahoma se creyó precisado á proscribir enteramente el vino; mas el uso del opio en los Turcos y el *buan* ó *pust* que se prepara en Persia, ¿no ocasionan tambien funestos resultados?

¿Y cabrá decir que hayan ganado mucho los Mahometanos con la prohibicion del vino?

España y Portugal no han tenido hasta ahora necesidad de esas leyes represivas de que están llenos los códigos de las naciones del Norte.

Los reyes de Francia tambien se vieron muchas veces en la necesidad de poner trabas al escesivo consumo de vino, ya por medio de impuestos proporcionados, que han servido al mismo tiempo para alijerar las cargas del estado; ya por medio de castigos que no se usan en el dia. En 1536, publicó Francisco I un edicto severísimo contra los borrachos, castigándoles la primera vez con la cárcel á pan y agua; la segunda con azotes; la tercera con este mismo castigo, ejecutado públicamente, y la cuarta, desterrándolos despues de haberles cortado las orejas. Cárlos IX mandó arrancar las viñas, y Luis XIV apeló tambien á medidas rigurosas para reprimir los escesos de bebida á que se entregaban sus cortesanos.

En el dia, el código penal de la misma nacion ni siquiera hace mencion de la borrachez, teniendo por otra parte este vicio el privilejio de ser considerado casi siempre como circunstancia atenuante, sin embargo de que produce bastantes desgracias para llamar la atencion del gobierno y determinarle á tomar medidas de policía jeneral (1), y sobre todo de policía hijiénica. Estas medidas debieran tener por principal objeto el evitar la alteracion y adulteracion de los vinos, de que son víctimas particularmente los jornaleros.

Medios curativos. — Pueden reducirse estos medios á dos sistemas opuestos: el uno consiste en privar de repente el uso de las bebidas espirituosas, y el otro en hacerlo de un modo lento y gradual. El primero, usado en 1826 con muchos sujetos por la Sociedad americana de templanza, tuvo, segun refiere Baird, muy ventajosos resultados (2). Sin embargo las mas veces no es practicable, porque la repentina supresion de una afeccion crónica (y como tal ha de tenerse la borrachez) puede determinar otras enfermedades muy graves. Es necesaria aquí una distincion práctica. Si por resultas de afecciones morales ó de algun desarreglo físico no hiciese mas que despuntar la aficion á las bebidas alcohólicas, debe echarse mano de todos los medios posibles para cortar de raiz este vicio;

(1) En Roma es encarcelado inmediatamente cualquier borracho que se encuentre en la calle; cuya medida, eminentemente sabia, al mismo tiempo que disminuye el número de los entregados á este vicio, sirve mucho para conservar el órden y la seguridad de los ciudadanos.

(2) Si es tanta como supone Baird la influencia de las sociedades de templanza en los Estados-Unidos y en Inglaterra, no tardarán estos dos paises en observar una disminucion perceptible del pauperismo, de las enfermedades y de los crímenes; pues que estas calamidades se deben en gran parte al abuso de los licores alcohólicos.

pues que no hallándose arraigado todavía, su supresion repentina no ha de causar mal alguno; mas si, siendo antigua la pasion, se ha llegado á constituir una segunda naturaleza, debe tomarse en cuenta que se ha ido desarrollando por grados, habiendo pasado por muchos períodos, y para no causar en el organismo ningun sacudimiento arriesgado, habrémos de seguir un órden inverso, y partiendo de este principio, habrá que ir disminuyendo cada dia la cantidad de vino ó de alcohol: sustituyendo á estos licores, en intervalos bastante apartados, otras bebibas menos espirituosas; y finalmente, en la declinacion de la enfermedad, para engañar la vista y el gusto de los enfermos, se les dará un cocimiento de colas de cereza muy colorado y aguzado con agua de Seltz, cuya práctica ha surtido muy buenos efectos. Para aumentar la eficacia de estos medios, procurarémos obrar al mismo tiempo sobre la parte moral de los enfermos; procurando asustar á unos con la relacion de los crímenes, de la miseria y de las enfermedades que acarrea la borrachez; pintando á otros el asco y el menosprecio que infunde; finalmente, á los padres y madres que no hayan perdido la ternura y amor de sus hijos, les harémos ver que con frecuencia padecen los hijos de los borrachos enajenaciones mentales. A los sujetos acomodados que llevan una vida sedentaria les aconsejarémos el ejercicio, la equitacion, los viajes y las distracciones agradables, en algunos otros procurarémos desarrollar alguna pasion antagonista, que mas adelante procurarémos curar; y á todos finalmente les aconsejarémos del modo mas formal que huyan de la compañía de los bebedores; porque muchas veces ha sucedido estrellarse la mas firme resolucion de no volver á beber contra el funesto contajio del ejemplo.

El réjimen alimenticio deberá componerse de sustancias lijeras poco cargadas de especias, de féculas y legumbres herbaceas.

Hanse empleado tambien ventajosamente para curar la borrachez inocentes artificios con la mira de escitar la aversion á los licores; M. Fournier, por ejemplo, curó completamente á dos mujeres haciéndoles poner clandestinamente tártaro emético en todos los espirituosos de que abusaban cada dia, y disgustadas por los continuos vómitos que les ocasionaban tales brevajes, no tardaron en abandonar un placer que se habia convertido para ellas en un verdadero suplicio.

OBSERVACIONES.

1°. Borrachez hereditaria observada en dos niños despues de la muerte de su padre.

M. L., vecino de una pequeña ciudad del departamento del Mosa en Francia, fué sobrio hasta la edad de cuarenta y cinco años, en cuya época sufrió considerables pérdidas pecuniarias. Tenia entónces cuatro hijos, con los cuales pasaba la mayor parte de las veladas. Luego que esperi-

mentó los reveses de fortuna, se le hizo insoportable la sociedad de su mujer é hijos; su carácter, que hasta entónces habia sido amable y festivo, se volvió sombrio y taciturno, y no tardó en entregarse con furor al abuso de los licores. Diestros pícaros supieron aprovecharse de los momentos de su borrachez para hacerle firmar onerosos contratos que acabaron de arruinar su fortuna. En balde se le puso á la vista la próxima pérdida de cuanto le quedaba, y la miseria en que iba á dejar sumerjida á su familia; irritado M. L. por sus nuevas desgracias, continuó dándose á la bebida y vino á parar en borrachon rematado.

A los tres y á los cinco años de entregarse á este vicio, tuvo otros dos hijos del sexo masculino. No contuvo esta nueva carga su funesta inclinacion, y á los cincuenta y cuatro años de edad, habia llegado al estremo de beber cada dia una botella de aguardiente y muchas de vino. Mas finalmente llegó á estrellarse este cuerpo de hierro; cayó en una especie de embrutecimiento y demencia, y un dia se le halló muerto de apoplejía en una cabaña de su jardin. No se hizo la autopsia.

Los hijos de M. L. fueron educados por su tio, que fué su tutor por la muerte del hermano de aquel, y quedó muy admirado cuando, al llegar á la edad de razon, vió que tenian tan diferentes inclinaciones. Eran muy sobrios las tres niñas y el niño que habian nacido antes de entregarse su padre á su vicio abominable; mas al contrario, los otros dos, uno de nueve, y otro de siete años, manifestaron una decidida pasion por el vino. El hermano de M. L., que habia pasado muchos y profundos disgustos por la pasion de este, tomó las mas severas precauciones para atajar en sus sobrinos el desarrollo de tan fatal inclinacion, vedándoles el uso del vino hasta en las comidas, y aun el aceptarlo en parte alguna en que se lo ofreciesen; y cuando llegaba á saber que lo habian catado, los azotaba de manera que se acordasen por mucho tiempo de su desobediencia. A beneficio de estos medios llegó á lograr el retardar por algun tiempo los efectos de su predisposicion hereditaria, mas así que llegaron á ser aprendices, fueron inútiles todas las precauciones; y á la edad de diez y seis y diez y ocho años frecuentaban juntos las tabernas y pasaron mas de una noche debajo de las mesas de las botellerías.

En 1828, se casó el menor con una jóven robusta y bien constituida, en la cual tuvo muchos hijos. En los primeros años de su matrimonio ejercia el oficio de jardinero, y parecia menos aficionado á la bebida; pero en 1830 quiso poner una taberna, y desde entónces volvió á presentarse con su primera intensidad su decidida aficion al vino, no tardando en decirse que consumia mas él solo que todos sus parroquianos reunidos. Su mujer, que luego heredó la cantidad de diez mil francos, le obligó á tomar otra vez el oficio de jardinero; pero de nada sirvió esta cuerda precaucion, porque nunca se iba á trabajar sin haberse colado medio

cuartillo de aguardiente y tres ó cuatro botellas de vino. En 1832 fué acometido de un temblor jeneral y de una constriccion espasmódica de los músculos, que duró tres dias; quedando desde entónces trémulos constantemente los labios y las manos, y sufriendo despues varios ataques de hemiplejia. Un dia que bajaba á la bodega, en 1835, tuvo vértigos, cayó de espaldas, se le sangró, y recobró la salud. Finalmente, el 21 de agosto de 1837, tuvo una hemorrajia nasal que duró siete horas seguidas y sin interrupcion. Entrando el médico en el cuarto de su cama, sintióse sofocado por el olor de alcohol, de orina y de sangre, cuyo hedor era tan intenso, que el cura que llegó despues de abierta ya la ventana por poco cayó desmayado. La cama estaba impregnada de orina de un olor alcohólico muy fuerte. En el aposento inmediato se halló una cántara de aguardiente en que cabian cosa de dos botellas; pero estaba casi vacía, y el desgraciado acababa de beberlo. La hemorrajia le habia debilitado en términos, que no habia tenido fuerzas para volverse á la cama; tenia la cara pálida, la piel fria y el pulso casi insensible. Tamponó el médico las aberturas nasales y aconsejó trasladar el enfermo al hospital. Despues de entrado en él, se le pusieron sinapismos en las piernas y fomentos emolientes en el vientre. Daba la percusion del pecho el sonido mate á la derecha, y hácia atrás y á la parte media hacia percibir el estertor crepitante. El segundo dia se cubrieron el tronco y los miembros de anchos equímoses de color violado, separados entre si por intervalos de seis á ocho pulgadas. En el tercero tuvo delirio y sobresaltos de tendones: la cara era horrorosa, los músculos se contraian espasmódicamente. Tuvo por la tarde un acceso de frenesí, rasgando con los dientes las cortinas de su cama y arañándose las manos y la cabeza, por lo que le aplicaron la *camisola de fuerza* ó de seguridad. Pasáronse de la misma manera el cuarto y el quinto dia, y al sexto cayó en una postracion y adimanía, de la cual ya no salió: los ojos estaban constantemente medio cerrados y lagrimosos; el izquierdo con mas fuerza que el derecho; el miembro superior izquierdo perdió la sensibilidad, las orinas y cámaras salian involuntariamente; la respiracion se puso algo estertorosa, y finalmente falleció el dia décimoquinto (1).

(1) *Abertura cadavérica.* En la abertura del cadáver que se hizo algunas horas despues de la muerte se observó un olor muy fuerte de alcohol. Los equímoses habian persistido como durante la vida.

Craneo. El ventrículo izquierdo del celebro estaba manchado de puntos rojos y contenia mucha serosidad sanguinolenta: las meninjes y el ráquis nada presentaban digno de notarse.

Toraz. El pulmon derecho se hallaba inferiormente en el primer grado de hepatizacion, y un poco superiormente en el grado de hepatizacion gris, pero en pequeña estension. Ambos pulmones presentaban planchas melánicas esten-

El menor de los hijos de M. L., á la edad de veinte y un años, entró como sustituto en el ejército, mediante 1.700 francos, y á los pocos meses habia ya mal gastado en las tabernas la cantidad por la cual se habia enganchado. Citado en el rejimiento como intrépido bebedor, apostó muchas veces que beberia de un trago una botella de aguardiente, y ganó siempre las apuestas. Habiendo aprendido entónces á esgrimir, bien pronto fué maestro y se dedicó á degollar quintos. Consiguiente á estos esceses, llevó mas de una herida de florete, mas de una *sangría*, como decia él, pero á pesar de esto, su crápula no dejó de ir en aumento. Acabado el tiempo de su empeño, volvió en 1832 á su casa; su borrachez le hizo contraer deudas, y para pagarlas, volvió á sentar plaza por dinero. Pasados otros dos años, recibió en un momento de borrachez un sablazo, de cuyas resultas fué declarado inútil. Desde dicha época vejeta en las tabernas, gastando en ellas en una hora lo que gana en dos dias. Apenas come, tiene una cara de color rojo-cobrizo, los ojos parece que le saltan de las órbitas, la nariz la tiene cubierta de erupciones; está sujeto á ataques apoplécticos que le obligan á sangrarse cada quince dias, y él mismo conoce que se le va acercando la muerte.

II. Borrachez convulsiva terminada por la muerte (Medicina legal).

En 1810, un militar dado á la borrachera estuvo encargado de acompañar tres quintos á San-German-de-Laye, y le alojaron con ellos en un cuarto de un segundo piso. La barandilla que habia á lo largo de la escalera estaba compuesta de barrotes muy claros. Dos de los quintos se retiraron temprano, acostándose juntos, y dormian muy tranquilamente, cuando su conductor, rematadamente borracho, fué á llamarlos, y queria obligarles á que le cediesen la cama en que estaban. Levantáronse incomodados, echáronle del cuarto y se cerraron por dentro. El borracho hizo al principio mucho ruido, y cayendo despues en una especie de estupor, se quedó echado en la escalera. El tercer quinto, al irse á retirar,

sas que enviaban muchas ramificaciones al parenquima, dividido en lóbulos desiguales. Los ganglios brónquicos eran del mismo color, pero muy subido. El corazon no presentaba otra cosa anormal sino un cuajo fibrinoso muy adherente al endocardio, que distendia el ventrículo derecho.

Abdómen. La mucosa gástrica era de un color rojo negruzco, felpuda y fácil de levantarse al mas lijero frote. Observábase en su orificio pilórico una inyeccion bastante viva formada por vasos distendidos, encarnados y proeminentes. Presentábanse tambien en los intestinos vestijios de inflamacion, aguda en unos puntos, y crónica en otros.

Los aparatos biliar y jénito-urinario no ofrecian lesion alguna apreciable.

le pisó, llamó á la puerta de sus compañeros, quienes se la abrieron con la condicion de que no dejaria entrar á su conductor. Oyéronle muchas véces por la noche ajitándose con violencia; pero como por los malos tratamientos que les daba desde que los tenia á su cuidado, le tenian mas miedo que lástima, tuvieron la imprudencia y la poca caridad de no socorrerle. Al dia siguiente le hallaron muerto en el primer piso y cubierto de heridas.

Por las sospechas de haber sido los tres quintos los autores de la muerte del militar, fueron encarcelados y se procedió á la inspeccion cadavérica por dos cirujanos, quienes, habiendo hecho un exámen superficial del mismo, declararon que la muerte habia sido violenta y ocasionada por golpes que le habian dado.

Consultado por los majistrados un distinguido práctico de Versalles, el Dr. Voisin, á quien debemos esta observacion, halló incompleta la declaracion y pidió que se procediese á otro exámen del cadáver, que hacia pocos dias estaba enterrado. A consecuencia de esto mandóse exhumar aquel, y el Dr. Voisin, en presencia de los majistrados y de los cirujanos que habian dado la primera declaracion, manifestó auténticamente:

1.° Que las heridas no eran necesariamente mortales; que las venas de la dura madre y las que serpentean por el tejido de la pia estaban muy engurjitadas de sangre, lo mismo que el plexo coróides; y que en los ventrículos del celebro habia mucha serosidad:

2.° Que los lóbulos inferiores del pulmon estaban engurjitados de una sangre flúida; que el estómago, que en la primera inspeccion no habia sido abierto, estaba distendido enormemente por gases, y contenia cosa de una libra de un líquido mezclado con copos negruzcos, que exhalaba todavía el olor del aguardiente. Estaban inflamados los orificios del cardias y del píloro, y la membrana mucosa estaba sembrada de manchas rojizas en toda su estension.

El Dr. Voisin, en vista de todos estos hechos, é ilustrado por la memoria de Mr. Percy sobre la embriaguez convulsiva, sentó las siguientes conclusiones:

« El hombre examinado estaba en tal estado de embriaguez, que llegó á ser convulsiva; y pudo caerse del segundo al primer piso en el momento en que con los movimientos convulsivos luchaba y se revolcaba por el suelo; las lesiones esternas pueden resultar de la caida, y la muerte parece mas natural atribuirla al dolor causado por la inflamacion del estómago y al estado apopléctico del celebro que á las heridas que tenia el cadáver. »

Por la relacion de este hábil práctico se salvaron los tres quintos de la muerte á que iban á ser condenados.

III. Borrachez de una mujer sexajenaria terminada por combustion espontánea.

Entiéndese por combustion espontánea la que se verifica por sí misma, es decir, en una temperatura poco alta y sin auxilio de cuerpo alguno en ignicion. Este fenómeno, negado por mucho tiempo por la sola razon de ser inesplicable, está en el dia, gracias á los progresos de las ciencias físicas, jeneralmente admitido; y los que todavía pudiesen dudar de su realidad se convencerian de ella, leyendo la interesante monografía de Mr. Lair, titulada *Ensayo sobre las combustiones humanas producidas por un largo abuso de licores espirituosos*, y las sabias investigaciones de Mr. Kopp sobre el mismo punto, considerado bajo los respectos médico-legal y patolójico.

En veinte años de práctica solo he tenido ocasion de ver una vez este fenómeno, que á la verdad se observa pocas veces en el vivo (1), produciéndose las mas veces en invierno, cuando el aire frio, mal conductor de la electricidad, favorece el estado idio-eléctrico del cuerpo.

Hácia la mitad del invierno de 1828, el comisario de policía de mi cuartel me invitó para que le acompañase á casa de una mujer de sesenta y cinco años, á la cual no se la habia visto salir de ella hacia muchos dias. Inmediatamente que entramos en la pieza única que ocupaba, nos sofocó un olor fuertemente empireumático; los cristales de la ventana tenian un color mas ó menos rojizo, y, lo mismo que las paredes, estaban cubiertos de una agua grasienta que interceptaba notablemente la luz. Al dirijirse el comisario á la cama cuyas cortinas estaban corridas, le hice advertir una masa informe de materia carbonizada, de la dimension á corta diferencia de un pan de cuatro libras, cuya masa era precisamente el cadáver que buscábamos. Habian desaparecido del todo el pecho y el abdómen, y las estremidades, completamente carbonizadas, estaban arrimadas á la cabeza, que presentaba todavía algunos vestijios de su figura, pero que se deshacia en pedazos al tocarla. ¡Cosa singular! La gorra de muselina que llevaba en la cabeza no se habia quemado sino en cierta direccion; lo restante se habia conservado bastante bien, y parecian intactos todos los muebles.

Habia en medio del cuarto una mesa de madera blanca, sobre la cual hallamos un frasco medio lleno de aguardiente, de cuyo licor se atracaba dia y noche aquella desgraciada mujer. Los que frecuentaban su casa declararon que consumia diariamente una botella del mismo licor y dos

(1) Durante el año 1836 pudo el ministerio público averiguar en Francia 5 casos de combustiones espontáneas entre 255 muertes repentinas producidas por la borrachez.

de vino; y por otra parte hacia gala de no haber bebido en muchos años una sola gota de agua.

No pude hallar en torno de ella ningun cuerpo combustible que hubiese podido pegar fuego á sus vestidos; la chimenea, á pesar del frio, estaba herméticamente cerrada; su braserillo de hierro estaba vacío y arrinconado en paraje que denotaba no haber servido en mucho tiempo. Tampoco pude suponer que se hubiese debido la combustion á la llama de una bujía, porque el accidente se habia verificado en medio del dia, segun declararon los gritos apagados que oyeron dos vecinas, en los que apenas pararon la atencion, porque aquella borrachona habia acostumbrado á los que vivian en su casa á sus báquicas algazaras.

Caracterizé por tanto la muerte de esta mujer como *muerte accidental determinada por combustion espontánea, á consecuencia de un largo abuso de los licores alcohólicos.*

IV. Borrachez completamente curada por el imperio de la voluntad.

Por mas que la borrachez sea una de las pasiones mas difíciles de curar, basta sin embargo en algunas ocasiones, para curarla radicalmente, un movimiento jeneroso que por una circunstancia fortúita se sepa inspirar. Así, por ejemplo, el jeneral Cambronne, que en su mocedad se entregaba á esta funesta pasion, llegó á vencerla por medio de un sentimiento de honor y por la sola fuerza de una voluntad resuelta.

Hallándose con su rejimiento, el año 1795, de guarnicion en Nantes, se emborrachó un dia, y entregándose á la natural violencia de su carácter, olvidó de tal suerte sus obligaciones, que llegó á pegar en público á uno de sus jefes, y á amenazarle que volveria á hacerlo á la primera ocasion que se le presentase. Rigurosas son en este caso las leyes militares; así que juzgado por un consejo de guerra, fué condenado á muerte.

Sin embargo el coronel, que ya desde entónces habia conocido que debajo de su jenio algo áspero abrigaba Cambronne todas las prendas de un buen militar, halló medio de hacer suspender la ejecucion de la sentencia y obtuvo de un representante del pueblo, que se hallaba comisionado en Nantes, la formal promesa de que alcanzaria gracia para el reo, con tal que este se comprometiese á no volverse á emborrachar.

Habiendo entónces el coronel hecho comparecer al reo, díjole que si prometia ser en lo sucesivo mas sobrio, lograria tal vez hacerle conmutar la pena.

« No lo merezco, mi coronel, respondió Cambronne, es abominable la accion que cometí, y si se me ha condenado á muerte, nada hay mas justo; es preciso que se ejecute la sentencia.

— « Te repito que no morirás, y que se te hará gracia, si me juras no volver á chisparte.

— « ¿ Cómo quereis, coronel, que pueda hacer tal juramento, si contínúo bebiendo vino? Prefiero en tal caso reñir absolutamente con el...

— « ¿ Y te sientes capaz de cumplir semejante resolucion ?

— « Sí, ya que vos lo sois de una accion tan jenerosa. »

Convenido así el negocio, se le alcanzó á Cambronne gracia plena y completa.

El año siguiente dejó el digno coronel el servicio y se olvidó enteramente del juramento de Cambronne, á quien no vió mas hasta 1815, ó sea pasados veinte y dos años, en cuya época volvia este intrépido jeneral, como nadie ignora, de acompañar á Napoleon de Cannes á Paris. Convidado á comer por su antiguo coronel, quien por los periódicos tuvo noticia de su llegada, aceptó con mucho gusto el convite. Despues de la sopa sirvióle el coronel un vaso de vino de Burdeos que estaba embotellado hacia veinte años.

« ¡ Ah, mi comandante ! » esclamó el jeneral, que por amistad continuaba dando este tratamiento á su antiguo jefe, « vais á hacerme un pésimo servicio..

« ¡Cómo! ¡pésimo decis! mejor os lo daria, si mejor lo tuviese.

—« ¿ Y á mí, vino? ¡ Qué ! ¿no os acordais de lo que os prometí ?

— « En verdad que no.

Recordó entónces Cambronne á su libertador la obligacion que con él contrajo en Nantes en 1793, y añadió: « Desde aquel dia no he catado ni una sola gota de vino, cuyo obsequio era el menor que podia hacer á aquel que acababa de salvarme la vida: á no haber cumplido yo con mi juramento, me hubiera creido indigno del favor que me habiais dispensado. »

V. Borrachez curada radicalmente por medio de un sentimiento de vergüenza y de pesar sostenido por la relijion.

Mr. de R***, uno de los primeros majistrados de una ciudad del departamento del Paso de Calés, estaba casado muchos años hacia, cuando notó que su señora, hasta entónces muy sobria, iba contrayendo el funesto hábito de los licores. No pudieron enmendarla algunas amonestaciones hechas con la mayor delicadeza, á pesar de que bastaron paraque á lo menos pusiese mas cuidado en ocultar su inclinacion. Mas la violencia que se imponia hizo dejenerar su inclinacion en una pasion muy viva; y no pudiendo la señora de R*** procurarse siempre por sí misma los medios de satisfacerla, se valió de una de sus camareras para que en secreto le comprase el aguardiente.

Advertido de este desórden Mr. de R***, y avergonzado por la que llevaba su mismo nombre, y á la que por otra parte amaba con ternura,

buscó con mucho sijilo un medio singularísimo de correjirla; mandóse traer á su casa una pipa de aguardiente, hízola poner en una bodega, á la cual podia bajarse sin ser visto de los criados, y subiendo luego al cuarto de la señora, entrególe la llave de la bodega y con mucha gravedad le dijo: « Amiga, acabo de hacer una abundante provision del licor á que sois tan apasionada, paraque en adelante no tengais necesidad de hacerlo comprar clandestinamente por vuestra camarera; cuando se acabe el que hay, avisádmelo. ¡ Logre á lo menos ser yo el único confidente de una pasion que os deshonra, y que puede servir de fatal ejemplo á los criados! »

Pronunciadas estas palabras con el acento del mas profundo dolor, causaron en la Señora de R*** el efecto que habia esperado su marido; confundida y avergonzada, no se atrevia siquiera á mirarle, mas luego, cojiéndole por la mano, esclamó: « ¡Perdon, os pido, y un sinfin de perdones! yo os he afligido, os he obligado á avergonzaros por mí; yo os prometo que no volveréis á sonrojaros; de hoy en adelante renuncio á la odiosa inclinacion que es mi oprobio; y para preservarme de ella, bastará acordarme de la leccion que me acabais de dar. »

Ayudada la Señora de R*** de la relijion que hasta entónces habia abandonado, fué tan constante en el cumplimiento de su palabra, que despues llegó á ser citada como un modelo de templanza (1).

(1) No puedo, á pesar de lo largo de estas observaciones, dejar de hablar del estúpido medio que quiso usar un patan para curar á su mujer de la borrachez.

La mujer de un labrador del lugar de Metz en-Couture, distrito de Arras, habia adquirido una desenfrenada inclinacion á los licores; cuya funesta pasion habia acarreado á la casa las querellas, las disputas, las riñas y las escandalosas escenas que suelen seguirla inevitablemente. A las amonestaciones de su marido correspondia con una insensibilidad capaz de desesperar, y continuaba entregándose á sus groseros hábitos. Habiendo salido de su casa el 28 de octubre de 1835 á las diez de la mañana, no volvió hasta las dos de la tarde, y completamente embriagada. Arrebatado de cólera el marido y pretendiéndola correjir de un modo que, por ser tan estúpido, se le figuró muy eficaz, atóla fuertemente á una silla, y ayudado de su hijo mayor, la obligó á tragar una botella llena de aguardiente. La infeliz espiró al poco rato en medio de los mas espantosos dolores.

CAPITULO II.

DE LA GULA.

Mil veces he repetido el antiguo proverbio de que: «La mesa ha muerto mas jente que la guerra.»
(De Maistre, *Soirées de Saint-Petersbourg.*)

Los diccionarios mas recomendables definen la gula *(gourmandise)* llamándola: *intemperancia en el comer, amor refinado y desordenado á los buenos bocados, glotonería, defecto del que come con avidez y con esceso.*

Poco satisfecho de esas definiciones, que confunden la gula social con la glotoneria y la voracidad, el sabio y apreciable autor de la *Fisiolojía del gusto* (1) propone á los lexicógrafos aplicar solamente el nombre de gula á *una preferencia apasionada, razonada y habitual á los objetos agradables al gusto.* «La gula, añade este profesor, es enemiga de toda especie de escesos; los que se empachan ó se embriagan no saben comer ni beber.»

La gula, bajo cualquier aspecto que se mire, le parece digna de elojio y estímulo. Bajo el aspecto físico, la considera como el resultado y la prueba del estado de salud de los órganos, que sirven para la nutricion; y bajo el aspecto moral, la mira como una implícita resignacion á las órdenes del Criador, que habiendo dispuesto que comiésemos para vivir, nos invita á hacerlo por medio del apetito, sostiene este por medio del sabor, y nos anima por medio del placer.

(1) Brillat-Savarin (Antelmo), consejero en el tribunal de casacion, nacido en Belley el 1.° de abril de 1755, y fallecido en Paris el 2 de febrero de 1826. —Tendrán indudablemente nuestros lectores un gusto particular en saber que el autor de la *Physiologie du goût*, ou *Meditations de gastronomie transcendante*, era naturalmente sobrio, bastándole para su robusto apetito las mas sencillas comidas. El modesto é injenioso autor de los lindísimos poemas de la *Gastronomie y de la Danse*, Berchoux, con quien tuve el gusto de comer muchas veces, era todavía muchísimo mas templado, pues comia poco, no bebia mas que agua y me habia asegurado que nunca habia bailado.

«Cuando la gula se convierte en glotonería, en voracidad ó en crápula, entónces, dice este severo profesor, pierde su nombre y sus ventajas; deja de ser objeto del fisiólogo, y pasa á serlo del moralista, para reprimirla con sus consejos, ó del médico, que debe curarla con sus remedios.» (*Meditation* 11).

Nosotros hemos de tratar precisamente de esta gula pervertida bajo el respecto médico y el moral. Y como por otra parte conocemos muchos gastrónomos muy estimables bajo todos conceptos, nos apresuramos á declarar que respetarémos siempre su *preferencia razonada*, mientras verdaderamente no traspase los límites de la razon.

Antes de entrar en materia, nos pararémos en la significacion de los varios sinónimos que nos será preciso emplear; pues en este mundo hay tanta confusion en las cosas solo porque se deja reinar mucha en las palabras.

Llamarémos indiferentemente *catadores* (gourmets) á los que saben conocer el terreno, los años y el mérito de un vino por su sabor y su aroma, lo mismo que á aquellos que saben distinguir de una manera segura las varias calidades de los alimentos sólidos, por medio del paladar y el olfato. Así pues, para nosotros un catador será un *perito en gastronomía*. Guardarémos el título de *gastrónomo* para el hombre que sabe comer, y apellidarémos *comedor* (gourmand) al que en las comidas traspasa los límites de la templanza.

Esto supuesto, el comedor, el goloso, el comilon, el tragon y el gloton constituyen, en nuestro sentir, cinco especies diferentes del jénero gula. El *comedor* propiamente dicho se entrega inmoderadamente, y aun muchas veces sin necesidad, á su gusto por los buenos bocados, siendo su divisa mucha y buena carne. El *goloso* (friand) es el comedor de las cosas lijeras, de las confituras y de lo preparado en el hornillo; su apetito es de carne fina y delicada. El *comilon* (goinfre), dotado de un apetito brutal, se rellena indistintamente de todos los platos, come á grandes bocados y sin otro objeto que comer. El *tragon* (goulu) traga mas bien que come; empieza el segundo bocado antes de acabar el primero y así sucesivamente; no hace mas, como se dice, que engullir ó tragar sin mascar. Mas voraz todavía que el tragon, el *gloton* (glouton) se arroja sobre la comida devorándola brutalmente y con ruido, y todo lo engulle.

Por larga que parezca esta sinonimia, quedaria aun incompleta, si la terminásemos aquí. Todas esas palabras no bastan para significar la monstruosa ingluvies de algunos seres que sin embargo hacen parte de la humanidad; por lo cual es necesario acudir á la lengua griega, que nos ha proporcionado los términos *antropófago*, *omófago y polífago*. Conviene definir estas palabras; pues un omófago no es necesariamente un antro-

pófago, como muchos podrian creer. Definámoslos pues; el antropófago (de ἄνθρωπος, hombre, y de φάγω, yo como) es un comedor de hombres; el omófago (de ὠμός, crudo) es un comedor de carne cruda; y el polífago (de πολύς, muchos) es un trágalo todo. De manera que un antropófago podrá comerse un hombre; el omófago le comerá, si conviene, crudo; y el polífago llegará á tragárselo vestido.

Los Españoles son jeneralmente sobrios; los Franceses catadores; los Alemanes comedores; los Italianos golosos; los Anglo-Americanos comilones; los Rusos tragones; y los Cosacos glotones. El granadero Tarare era á un mismo tiempo antropófago, omófago y polífago (1).

Horacio llamaba á la gula *ingrata ingluvies*, y Calímaco, que la definia de la misma manera, añadia la reflexion siguiente, sobre la cual llamo la atencion de mis jóvenes lectores: «Ha desaparecido todo aquello que he dado á mi vientre; pero conservo bien el alimento que á mi espíritu he proporcionado.»

(1) Este hombre, uno de los mas grandes tragones de los tiempos modernos, devoraba, segun dicen, un cuarto de buey en veinte y cuatro horas. Viósele engullir en pocos instantes una comida preparada para quince jornaleros alemanes. Tragábase tambien los guijarros, los tapones de corcho y en jeneral cuanto le presentaban. El paladar de Tarare era sobre todo aficionado á las serpientes, y las engullia mas fácilmente que anguilas, como lo verificaba tambien Jaime de Palaise, otro omófago célebre. Semejante á los psilas de Oriente y á los karkerlanes de América, las manejaba con destreza, comiéndose vivas las mas gruesas culebras, sin desperdiciar ningun pedazo. Habiendo entrado un dia en el hospital, habia cojido un enorme gato y se disponia á comérselo para ayudar á pasar algunas *cataplasmas* que habia podido pescar en la botica, cuando fué advertido de lo que pasaba el doctor Lorentz, médico en jefe del ejército. Entónces nuestro polífago, deteniendo al animal vivo por el cuello y las patas, le rasgó el vientre con los dientes, chupóle la sangre, y en pocos momentos no dejó mas que el esqueleto. Media hora despues, en presencia de los oficiales de sanidad que asistian á esta asquerosa escena, arrojó el pelo como hacen los carnívoros y las aves de rapiña.

Aseguraron unos enfermeros haberle visto beber la sangre de los enfermos que se acababan de sangrar: otros haberle sorprendido en la sala de los muertos, saciando su abominable voracidad; y finalmente, habiendo desaparecido una criatura repentinamente, levantáronse contra este miserable horrorosas sospechas, y fué despedido del hospital, en el que era un objeto de horror. Murió Tarare hácia 1799, habiendo apenas cumplido los veinte y seis años, consumido por una diarrea purulenta é infecta que denotaba la supuracion de las entrañas abdominales; cuya lesion confirmó la autopsia del cadáver. Puede verse el artículo OMOPHAGE del *Dictionnaire des sciences medicales*, impropiamente escrito HOMOPHAGE.

Causas.

Así como hay sujetos que nacen sordos ó ciegos, así tambien los hay que nacen golosos. Esta predisposicion orijinal ha recibido de los frenolojistas el nombre de *alimentividad,* y segun sus observaciones, se halla esta inclinacion revelada por una abolladura en la fosa zigomática, siempre que es muy fuerte dicha inclinacion, y todavía mas cuando aquella ha sido desarrollada por un violento ejercicio de las mandíbulas.

Si bien hay golosos por predestinacion, tambien los hay por razon de estado. Brillat-Savarin, á quien siempre es del caso citar en esta materia, creyó deber señalar cuatro grandes clases; *los hacendistas, los médicos, los literatos, y los devotos.* Segun él, los primeros se dan á la gula por ostentacion; los segundos por seduccion; los terceros por distraccion, y los últimos por compensacion.

Se ha observado que los sanguíneos y los sanguíneo-biliosos son mas inclinados á la gula que los que gozan de otra constitucion.

Los niños y los viejos se hallan tambien mas predispuestos á ella que los sujetos de las edades intermedias, y los ricos y ociosos mucho mas que los pobres y ocupados.

Las mujeres son incomparablemente menos comedoras que los hombres, mas en compensacion son mucho mas golosas. Puede decirse que el hombre se asemeja mas á los animales carnívoros, y la mujer á los herbívoros.

De todas las clases de la sociedad que pueden comer á discrecion buenos bocados, la mas parca puede decirse que es la de los cocineros. De esta observacion ha deducido el sabio Fourier la siguiente consecuencia; que el mejor preservativo de la glotonería en los niños podria ser el establecer un órden social de cosas tal que debiesen: ser *todos* (1) *cocineros y comedores delicados, ó, en otros términos, gastrónomos.*

(1) «Todos, en estilo de movimiento, significa los $\frac{7}{8}$, pues es sabido que la escepcion de $\frac{1}{8}$ confirma la regla.»

«La cocina, segun las ideas de Fourier, debe ser parte integrante de los estudios agrícolas; y para hacer del niño un perfecto agrónomo en jestion animal y vejetal, conviene iniciarle desde muy jóven en los refinamientos de esa cocina, de esa gastronomía proscrita por los feroces amigos de los rábanos y de los derechos del hombre. En efecto, de nada serviria el saber *cultivar* y *conservar*, si al mismo tiempo no se sabia *guisar.* Esta es una funcion que los moralistas quieren envilecer cuando ensalzan á la mujer de Focion porque aderezaba las legumbres con agua clara. ¿No mereceriau estos que se les obligase á vivir por espacio de cuarenta dias de este solo guisado republicano? Es bien seguro que no seguirian ensalzándolo despues de esta cuaresma filosófica.»

La gula, como la mayor parte de las pasiones, es muchas veces hereditaria; y no pocas observaciones que hemos podido recojer nos convencen tambien de que las nodrizas pueden asimismo trasmitirla por medio de la leche.

Nada hay tampoco tan frecuente como el que se desarrolle este vicio por el contajio del ejemplo ó á consecuencia de una mala educacion.

Finalmente, acreditan muchos ejemplos que la gula y sus varias especies pueden proceder de una neurosis accidental del estómago, producida ya por la preñez, ya por la existencia de lombrices, y en especial por la de la tenia, que vulgarmente se llama *lombriz solitaria*. Puede tambien depender de una neurosis conjénita, ya simple, ya complicada, como tuve ocasion de observar por espacio de diez años en una desgraciada mujer, cuya interesante historia darémos mas adelante (Véase la tercera observacion).

Carácter y síntomas, curso y terminacion.

«Cliton, dice La Bruyere, nunca tuvo en su vida mas que dos ocupaciones, comer por la mañana y cenar por la noche; parece que no nació mas que para dijerir; tampoco tuvo mas que una diversion, la de esplicar los platos que se sirvieron en la última comida en que se halló; cuantos y cuales potajes hubo; hablar luego de los asados y de los intermedios; acuérdase exactamente de los platos que hubo despues del primer servicio; no olvida las menestras, las frutas y todos los platos; da razon de todos los vinos y licores que bebió; posee el lenguaje de las cocinas en cuanto puede entenderlo; y me hace venir ganas de comer en una buena mesa en la que él no se halle: tiene sobre todo un paladar seguro y que nunca se equivoca, y jamás se ha hallado espuesto al horrible inconve-

Fourier, por otra parte, resume sus ideas sobre todo lo relativo á la nutricion del modo siguiente:

«El sentido del gusto, el mas imperioso de todos, es un carro de cuatro ruedas, que son

1 El cultivo.	3 La cocina.
2 La conservacion.	4 La gastronomía.

X La gastrosofía hijiénica.

De modo que esta cuádruple instruccion va encaminando por grados á la ciencia por antonomasia, á la *gastrosofía hijiénica*, ó aplicacion de la gula, á los numerosos temperamentos que la medicina reduce á cuatro, mientras que elevados á la quinta potencia, serian 810 ó tantos como caractéres. La gama ó diapason está enunciada por 1,257, sin indicacion de números. Véase, en el *Traité de l'association domestique agricole*, el capítulo que trata de los cocineros seriarios y de su influjo en la educacion.

niente de probar un mal guisado ó un vino mediano. Es un personaje ilustre en su especie, y que ha llevado hasta donde cabe el talento de nutrirse; no volverá á haber otro que coma tanto y tan bien; es por lo mismo el árbitro de los buenos bocados, y casi no se puede manifestar pasion por aquello que él no aprueba. Mas ya no existe; se hizo conducir á la mesa hasta su último suspiro; dió de comer el dia de su muerte; comia en cualquiera parte donde se hallase; y si resucita, será para comer.»

Rousseau examinó tambien á estas jentes que dan importancia á los buenos bocados, que sueñan al dispertarse lo que comerán en el dia, y describen una comida con mas exactitud de la que puso Polibio en describir una batalla. «He visto, asegura, que todos estos supuestos hombres no eran mas que unos *niños de cuarenta años*, sin vigor ni consistencia. La gula es el vicio de los corazones sin sustancia; el alma de un comedor se halla toda en su paladar; no sirve sino para comer; en su estúpida incapacidad, no está bien hallado sino en la mesa, y no sabe juzgar sino de platos. No nos pese dejarle esta ocupacion; mas le vale esta que otra alguna, tanto para él como para nosotros.» (*Emilio*, lib. 2.)

Pretenden los periodistas que bajo nuestro gobierno constitucional sirve muchas veces la gula como una poderosa palanca política en *niños de cuarenta años*, *de corazon sin sustancia*, á quienes les dan malamente el nombre de *barrigones* (*ventrus*). Si desgraciadamente llegase á ser cierta esta asercion, debiéramos esclamar que por el vientre se gobierno á los hombres.

—Jeneralmente los golosos son de mediana estatura; tienen la frente estrecha, los ojos vivos y brillantes, la nariz corta, las mejillas pendientes, los dientes fuertes, gruesos y anchos, los labios desarrollados, la barba redonda, la cara cuadrada ó á lo menos redondeada, y el vientre prominente.

Con la reunion de estos signos, distinguirá á primera vista al goloso el discípulo de Lavater; el de Gall ó Spurzheim, para hacer su diagnóstico, se limitará á palpar el órgano de la alimentividad (1).

Mas en la mesa es principalmente donde el menos perspicaz reconocerá al goloso y sus varias especies, atendiendo empero á la diferencia de masas alimenticias que exijen las fuerzas de cada uno. La mesa es en efecto el campo de batalla de la gula y el teatro de sus hazañas, por lo mismo en ella debe observarse á los golosos y durante la accion. Mas supongamos que ya ha empezado esta; observemos.

(1) «La *alimentividad*, dice Broussais, espresion debida á Spurzheim, determina la eleccion del alimento: es, segun se cree, el órgano del sentimiento del apetito. Hállase situada en la fosa zigomática, debajo de la arcada del mismo nombre. Encuéntrase diseminada en la cabeza entera, en la parte anterior del lóbulo de la oreja.» (*Leçons de phrénologie*).

El comilon, el tragon y el gloton se conocen al instante; nos fastidian; por lo que no pudiendo fijar por mucho tiempo la vista en esta raza carnicera, la fijámos con preferencia en el comedor propiamente dicho.

Este héroe de la mesa está todo recojido para estar mas inmediato al plato; los buenos bocados que va tomando no le impiden hablar ni reir; sus dos manos trabajan á un tiempo; en su fisonomía no está pintada mas que la alegría; sus labios relucen, paseándose su lengua por la boca, llena de delicias el paladar; de tanto en tanto alarga el cuello, inclina á la izquierda la nariz, y da de esta suerte sus señales ó sentencias de aprobacion. ¡Mas ay! en este mundo todos nuestros placeres tienen sus límites; nuestro goloso ha comido mucho y por mucho tiempo; ya su mandíbula fatigada no tiene aquel movimiento rápido y regular que denotaba una masticacion tan agradable como espedita, y su estómago, á pesar de su vigor y capacidad, parece debilitarse y pedir descanso. Preséntase de improviso uno de esos condimentos *(irritamenta gulæ)*, conocidos de los adeptos con el nombre de *pruebas gastronómicas*. El hombre sobrio, cuyo apetito está satisfecho, los mira con frialdad, y sus facciones quedan inmóviles. Pero á vista de los mismos se conmueven las fuerzas gustativas del goloso; la boca se le hace agua; percíbese en sus ojos la chispa del deseo, y en sus labios entreabiertos la irradiacion del éxtasis; y su sensibilidad gástrica, profundamente sobreescitada, le hace olvidar que ha comido, y que ha comido bien y copiosamente. Vuelve á empezar de nuevo, no siendo necesario decir que bebe á proporcion, y sin que parezca que haga esfuerzos ni para comer ni para beber.

Hasta aquí todo ha ido á las mil maravillas; pero no basta injerir, sino que tambien es necesario dijerir; y en este punto, empieza á ser muy triste la posicion del comedor. Consultemos, entre los que lo son de profesion, á los que tienen el estómago mas robusto, y nos dirán francamente que los placeres que han podido disfrutar entregándose á su sensualidad no compensan el sentimiento de pesadez y mal estar, la ajitacion y el desvelo que ordinariamente esperimentan despues de espléndidas comilonas. ¿Cómo cabe concebir que no se corrijan de su vicio? Es porque en ellos el instinto clama con mas fuerza que la razon, ó en otros términos, porque tienen mas de brutos que de hombres.

Pero esos séres culpables, que devoran en una sola comida la subsistencia de muchas familias, ¿no sufrirán otra pena sino un leve malestar, que se disipará con la abstinencia de algunas horas? No; las consecuencias de este vicio son tan largas como crueles. Como primer castigo, su gusto se va debilitando aun para los manjares mas delicados y que eran objeto de su predileccion. Van perdiendo el apetito; y por fin les sobrevienen innumerables enfermedades para vengar lo poco que apreciaron los avisos de la razon y el ultraje que hicieron á la moral.

Difícil es concebir cómo puede el estómago contener y dijerir aquel enorme peso de comestibles de que le sobrecargan, y muchas veces sin necesidad. Por lo mismo puede sentarse que la mitad de las enfermedades que aflijen á la especie humana proceden de la destemplanza.

Esta causa, sin cesar renaciente, obra de modos distintos segun la predisposicion de los varios sujetos. En la mayor parte produce primero dijestiones laboriosas, gastraljias, indijestiones, y, despues de muchas recidivas, flegmasías agudas y crónicas del tubo dijestivo. Enjendra en otros una desagradable obesidad, que muchas veces les inhabilita para toda especie de ejercicio, predisponiéndolos á las conjestiones, á la apoplejía, á la hidropesía, á las úlceras de las piernas, á los cálculos, y sobre todo á la gota.

Tratamiento.

Medios represivos empleados por las leyes y por la relijion. — Las leyes penales de los pueblos modernos guardan el mayor silencio sobre todo lo relativo á los escesos de la mesa; pero no sucede lo mismo con el dogma católico, el cual, en su prudente severidad, puso la gula en el número de los pecados mortales. Hállase asímismo proscrita en el Evanjelio, contándola tambien los apóstoles como la fuente ó la compañera de la impudicidad: San Pablo la caracteriza de una vergonzosa idolatría, y en efecto, para el comedor parece que no hay mas Dios que su vientre. Los neo-platónicos de los siglos III y IV volvieron á resucitar los preceptos de Pitágoras y de los estóicos relativos á la sobriedad. De modo que al leer el tratado de Pórfiro *sobre la abstinencia de la carne de los animales,* parece, como dice Bergier, que uno se inclina á creer que está escrito por un solitario de la Tebaida ó por un relijioso trapense. Las leyes eclesiásticas sobre la *abstinencia y el ayuno* fueron instituidas con el triple objeto *de la economía rural, de la hijiene, y de la espiacion*, y acreditan tanto el saber y la prudencia de sus autores, como la ignorancia y la lijereza de los supuestos espíritus fuertes que las critican.

Medios hijiénicos y curativos. Los medios hijiénicos que pueden usarse con provecho en el tratamiento preservativo, y aun en el curativo de la gula de los niños, son los ejercicios del campo ó al aire libre, varias especies de juegos con compañeros sobrios y activos, la bebida habitual del agua pura, comidas sencillas y aun groseras, pero tomadas con bastante frecuencia y á horas determinadas.

Pero en vez de esto, ¿qué es lo que suelen practicar mayormente las jentes de clase acomodada? Acostumbran á los niños á comer todo el dia golosinas: á las horas de la comida los dejan hartarse de salsas irritantes, y despues se les sobreescita el celebro dándoles vino puro, licores

y café. Así se va debilitando desde su tierna edad el sentido del gusto; se les va creando un apetito y unos gustos facticios, habituándolos á esas superfluidades arriesgadas en su edad; y despues, cuando ya tienen bien desarrollada la inclinacion á la gula, que ya les es natural, quéjanse amargamente los mismos que las han ocasionado de las muchas indis posiciones que les afectan, y algunas veces llegan hasta querer castigarlos por el mismo vicio á que los han acostumbrado.

Así pues, madres de familia, conviene que acostumbreis á vuestros hijos á alimentos sencillos y ordinarios; de este modo su natural apetito suplirá todos vuestros condimentos; dejadles comer á menudo, por ejemplo, cuatro ó cinco veces al dia; dejad que entre las comidas jueguen y hagan ejercicio; y de este modo podréis confiar que no estarán sujetos á indijestiones, y que conservarán el estómago robusto. Mas si les dejais estar ociosos, ó les haceis pasar mucho tiempo hambrientos, no dejarán de hallar medios de burlar vuestra vijilancia, y para resarcirse de lo que hayan dejado de comer, comerán mas de lo que deben.

Pretende Rousseau que el mejor modo de gobernar niños consiste en llevarlos por la boca. « El móvil de la gula, dice, es sobre todo preferible al de la vanidad. Temer que llegue á arraigarse la gula en un niño capaz de algo es una precaucion de espíritus mezquinos. En la niñez, no se sueña mas que con lo que se come: en la adolescencia, ya no se sueña con esto; todo nos gusta y tenemos ya otras ocupaciones. Sin embargo, no quisiera yo que se usase sin discrecion un resorte tan bajo, ni que se premiase solo con un buen bocado el honor de haber hecho una buena accion.» (*Emilio*, lib. 2.)

Mas adelante (lib. 5), modifica la proposicion que habia sentado de un modo tan jeneral y demasiado absoluto. « No sucede, dice, lo mismo en las niñas que en los niños, á quienes *hasta cierto punto* se les puede gobernar por la gula. Esta inclinacion tiene en las niñas otras consecuencias, y es muy arriesgado tolerarla. »

Así pues este móvil no puede usarse sino como un remedio arriesgado; es decir, con habilidad, pocas veces y en poca cantidad.

En cuanto á los adultos inclinados á este vicio, si no tienen bastante juicio para poner límites á su apetito ó á su sensualidad, las enfermedades que les acarrea su indiscrecion les dan á veces tan duras lecciones, que por fin llegan á convertirse y á sacrificar su inclinacion á la con servacion del individuo.

Sin embargo, los adultos enfermos ó convalecientes no deben considerarse mas que como niños crecidos, y conviene en lo posible no comer en su presencia. Sobre todo el apetito de los convalecientes no está muchas veces en relacion con las fuerzas de su estómago; y si se les niega un manjar que ha escitado su apetito, entréganse á veces á arrebatos de

cólera ó á un pesar tan profundo, que llega á hacerles llorar amargamente; de cuyo enfado son ellos mismos los primeros en reirse cuando se hallan completamente restablecidos. Mas como estos sacudimientos tambien pueden tener un mal resultado, conviene tomar todas las precauciones posibles para evitarlos.

La gula, y sobre todo la golosina, enfermedades de los ricos, se curan muchas veces muy pronto con un golpe de fortuna violento y desgraciado. Muchas veces sucede entónces, por una especie de compensacion, que paladares embotados hasta aquella ocasion saborean los mas toscos manjares; y estómagos perezosos y débiles se vuelven activos y vigorosos: esta es una especie de curacion que podríamos llamar *providencial*.

La gula y la golosina suelen ser vicios sociales ó adquiridos; al paso que la voracidad y la glotonería parecen mas bien dependientes de nuestra organizacion primitiva; así que son mucho mas difíciles de curar.

Si la voracidad no depende mas que de enfermedad ó de un estado accidental, como sucede en la preñez y en algunos sujetos que padecen lombrices en los intestinos, desaparece ordinariamente cuando se quita la causa que la producia; así, en el primer, caso se curan, cuando sobreviene el parto, la voracidad y los gustos estravagantes; y en el segundo, cede ordinariamente aquella á la discreta administracion de los purgantes y los vermífugos.

Ultimamente, casi no es posible fijar el peso de las sustancias alimenticias que conviene en un tiempo dado á los varios estómagos: ¡tanto se diferencian entre sí por su capacidad, su enerjía y sus exijencias! Cuanto se ha dicho sobre este punto mas arreglado á la verdad y á la razon se reduce á la máxima, trivial, si se quiere, pero muy moral y muy hijiénica, sentada por Beaumarchais: « Debemos comer para vivir, y de ningun modo vivir para comer. »

Observaciones.

I. Gula terminada por una muerte repentina.

Hasta la edad de cincuenta años habia gozado Mr. de L... de muy buena salud, la cual debia á su templanza no menos que á su actividad. Hizo en poco tiempo una fortuna considerable y se retiró de los negocios para vivir sosegadamente en un pequeño palacio que acababa de comprar. Nada mas pernicioso que el suprimir repentinamente hábitos antiguos, y Mr. de L... lo comprobó con un triste y para él estéril esperimento. Héle aquí instalado en su palacio, del cual apenas salia, no teniendo mas ocupacion que la de pensar en las comidas magnas que tenia la manía de dar tres ó cuatro veces la semana, y que acabó por dar diariamente. Desde entónces su mesa, una de las mejor servidas de la capi-

tal, vino á ser el punto de reunion de todos sus amigos, cuyo número habia aumentado con su fortuna. Nuestro nuevo Luculo hacia perfectamente los honores de sus suntuosos banquetes, pero sin perder bocado y saciándose hasta la saturacion de todos los manjares que mas lisonjeaban su naciente gula. No tardó en cojer los frutos de estos escesos de alimentos y de su completa inaccion. Engordó tan desmedidamente, que á los quince meses sus piernas no podian de ninguna manera sostenerle, y su vientre llegó á ser horroroso por su prominente rotundidad. Inútil fué que un violento acceso de gota en el pié izquierdo le advirtiese que hacia mucho tiempo que se nutria mucho mas de lo necesario para reparar sus pérdidas. Cuarenta sanguijuelas le quitaron la hinchazon y el dolor, y nuestro comedor siguió su vida opípara á las mil maravillas.

Pero no tardó nuestro epicureo, sordo á los consejos de muchos médicos, en no poder dijerir el enorme peso de comestibles con que sobrecargaba su estómago; esperimentó primero crueles gastraljias, despues sobrevino una completa indijestion, luego otra segunda, y despues una tercera, que fué seguida de otras muchas. Finalmente, desde el mes de marzo hasta fin de julio, casi todos los dias, este desgraciado, una ó dos horas despues de haber comido, se veia precisado á echarse en un sofá, donde pasaba la noche, espiando con crueles angustias los instantes de satisfaccion que habia podido gozar. Pero, lo que tenia de mas característico, era que el solo olor de la comida del dia siguiente le hacia olvidar todos los tormentos de la víspera.

Un dia que nuestro comedor estuvo en la mesa hasta muy entrada la noche, esperimentó dolores mas fuertes de lo regular, despidió á los parásitos, pidió su taza de té y se echó en su sofá para entregarse al sueño. No sabemos si durmió mucho; pero lo cierto es que no volvió á dispertarse.

Autopsia. — En la abertura de su cuerpo se halló, en la cavidad abdominal, un gran derrame de un líquido parduzco, de olor vinoso y nauseabundo, en el cual se notaban algunos alimentos no dijeridos, que habian salido por una perforacion del estómago. Los intestinos estaban muy inyectados en toda su estension; mas espesos en algunos puntos, y considerablemente adelgazados en otros. El pecho nada ofrecia digno de observarse. La cabeza no fué abierta.

II. Resultado funesto de la gula en siete convalecientes.

Algunos años atrás entraron en *Val-de-Grace*, en la visita de Broussais, siete soldados de constitucion robusta, afectados de una gastro enteritis. Los mas presentaban los síntomas mas graves y mejor caracterizados; sin embargo, despues de un tratamiento antiflojístico bien diri-

jido, cuya duracion media fué de veinte dias, habian entrado ya en convalecencia. Habian sufrido una dieta rigurosa y muchas sangrías, habia dos dias que los unos, y tres ó cuatro los demás empezaban á tomar caldo flojo, y todo hacia presumir la favorable terminacion de la enfermedad, cuando por desgracia suya les visitaron unos compañeros, á quienes pidieron con instancia alimentos. Imajinando aquellos que nada habia mas adecuado para calmar esta voracidad que alguna sustancia eminentemente nutritiva, les echaron por encima de la pared del hospital militar de *Val-de-Grace* pastelillos y pan tierno, que otros oficiosos compañeros se apresuraron á poner en manos de los convalecientes. Estimulados estos por una hambre que tan poca relacion guardaba con sus fuerzas, engulleron pronto el pastel y el pan tierno. Tanta cantidad de alimentos pesados é indijestos ya de suyo habria acarreado á estos desgraciados una grave indisposicion, aun cuando hubiesen gozado de buena salud: ¡ qué terribles consecuencias no debia producir, cuando se hallaban debilitados por una larga enfermedad que habia tenido su asiento en el tubo dijestivo!

El primer efecto de su imprudencia fué, como suele suceder, una sensacion de bien estar jeneral, una irresistible tendencia al sueño ó mas bien á una soñolencia, que tardó poco en ser perturbada por una sensacion de angustia inesplicable, por horrorosas tiranteces y dolores en el estómago tan atroces, que algunos se revolcaban en todos sentidos, amenazados de una inminente sofocacion. Unos tuvieron vómitos de materiales mezclados con estrías de sangre, y otros una verdadera hematémesis. Tenian todos la cara muy inyectada, los labios y las alas de la nariz violaceos, la respiracion alta y penosa, el pulso pequeño, constriñido y frecuente. Por último, el mismo dia terminó esta horrorosa escena con la muerte de los cuatro, y los otros tres fallecieron el dia inmediato.

Aflijido Broussais por esta desgracia, cuya causa supo luego, púsose de acuerdo con la administracion para evitarlos en lo sucesivo, y mandó poner un centinela enfrente de la pared que da al Campo de los Capuchinos, para que nadie en adelante pudiese pasar alimentos á los enfermos, precaucion sin duda muy cuerda, pero insuficiente por sí sola. En efecto, el hambre, como todas las demás funciones, suele venir á épocas fijas; está tambien sujeta enteramente á la influencia del hábito, y en dichas épocas es tan exijente la necesidad, que son insuficientes todas las precauciones que se toman en los hospitales y la mas esquisita vijilancia; porque hay padres y amigos condescendientes, y enfermeros todavía mas culpables, que por el cebo de una sórdida y vergonzosa recompensa causan cada dia las mortales recaidas que se observan.

Repetimos que nunca se tendrá demasiado cuidado en evitar que los asistentes y demás que rodean al enfermo coman en su presencia; pues

nadie ignora que la sola vista de los alimentos puede dispertar el apetito adormecido y aun llegar á hacerle desordenado. He aquí sobre este punto una nueva observacion, no menos curiosa que la primera:

Despues de la triste esperiencia que habia presenciado el célebre médico de *Val-de-Grace*, fué acometido él mismo de una grave gastro-enteritis, que terminó en algunos dias con un tratamiento activo. Era franca la convalecencia y habia desaparecido todo vestijio de flegmasia, cuando trajeron un plato de lentejas para la comida del asistente que le velaba. ¿Quién lo creyera? Broussais, á pesar de la terrible prueba que en sus visitas habia visto, y que en sus lecciones le servia muchas veces de texto para manifestar los riesgos del pasar repentinamente de una alimentacion lijera á otra pesada, envió á su asistente con un frívolo pretesto; se levantó inmediatamente de la cama, se arrastró, ó mejor, fué á gatas hácia los objetos que queria alcanzar, se apodera del tan codiciado plato de lentejas, y como un niño goloso, se vuelve á la cama sin chistar. Poco despues volvió á aparecer la enfermedad con mas fuerza que la primera vez, y si escapó con vida, no debió el alargarla algunos años sino á la fuerza de su constitucion, y sobre todo á los cuidados que se tomaron por él en lo sucesivo para precaver otra recaida (1).

III. Bulimia conjénita (hambre canina de nacimiento) (2).

Lhermina (Ana-Dionisia), nacida en Noyon, el 25 de febrero de 1786, hija de Cárlos Antonio Lhermina, cestero, y de Maria Antonia Rouselle,

(1) Murió Broussais el 17 de noviembre de 1838 á consecuencia de una larga y dolorosa enfermedad del recto.

(2) Llamaban los antiguos bulimia (βούλιμος, *grande hambre*, *hambre de buey*) una hambre insaciable y tan premurosa, que ocasiona desfallecimientos, si se tarda en satisfacerla. Daban el nombre de *cinorexia* (κυνόρεξις, *hambre canina*) al apetito voraz acompañado del vómito de los alimentos poco tiempo despues de tomados. Apellidaban por último *licorexia* (λυκόρεξις, *hambre de lobo*) el aumento morboso del apetito, acompañado de deyecciones albinas semejantes á la papilla gris, y de fuertes retortijones de tripas. Los modernos confunden estas tres afecciones con el nombre de *bulimia*.—Segun refiere Brassavole, la bulimia fué epidémica en Ferrara el año 1538; tambien se ha manifestado en muchas épocas, en varios puntos de Europa, apetitos estraordinarios de los que hacen mencion los historiadores.

Hé aquí la lista de las principales obras sobre esta enfermedad, colocada por los nosolojistas en las neuroses de los órganos dijestivos:

Schrockio (Luc.), *de Bulimo*, in 4.° Jenœ, 1669.

Carstenio (Carol-Goth), *Disputatio de Bulimo*, in 4.° Jenœ, 1691.

Estruvio (Juan Crist.) *Disputatio exhibens œgrura bulimicum*, in 4.°, Jenæ, 1695.

su lejítima esposa. A propósito insisto en estos detalles biográficos, que me dió la hermana mayor de Dionisia, porque esta última estuvo mucho tiempo declarando ser autores de sus dias personas para quienes la castidad es un deber, y ella no vacilaba en propalar tan odiosas calumnias. Enviada á una ama en compañía de su madrina, la señorita Legras, que se hallaba entónces de tornera del *Hotel-Dieu* de Noyon, cuidóla con esmero aquella buena mujer, la cual, durante nuestras convulsiones políticas, la guardó en su casa en la que tenia una escuela de niñas. Habíase hecho reparar Dionisia, en los primeros años de su vida, por su voracidad, agotando los pechos de sus nodrizas y comiendo mas que cuatro niños de su edad. Hácia los siete años tuvo lugar, de resultas de una brutal violencia, la evacuacion menstrua, que se prolongó muchas semanas, y con esta funcion se desarrollaron luego todos los atributos de la pubertad. Padeció en los años siguientes una tiña, que fué combatida tres veces con el doloroso método de la calota.

Dionisia, sin embargo, tenia ya diez años, y su glotonería, que iba á mas con la edad, la obligó dos veces á escaparse de casa de su madrina, la cual tenia á veces que castigarla, porque se comia el pan de todas las criaturas de la costura. Errante entónces de lugar en lugar, se alimentaba la desgraciada de legumbres crudas y pan que le proporcionaba la caridad pública. Habiendo vuelto por tercera vez á Noyon, abrió una pequeña escuela, donde *ella misma enseñaba á leer á los niños*, y por única paga no exijía mas que pan, del cual comia entónces unas *diez libras cada dia*. Mas dejando de pronto una profesion que ya no bastaba para satisfacer su apetito, fuése á San Quintin á reunirse con su hermana mayor, la cual la puso á servir en casa de un jardinero, donde le daban un trato bastante ruin, y luego en una posada, en la cual halló finalmente una alimentacion abundante.

Habiendo recibido una herida en el pezon izquierdo, de resultas de una caida que tuvo, fué á Paris á curarse. Mas antes de entrar en el hospital, fué arrestada dos veces por robar en casa de los panaderos panes que devoraba en el mismo instante. Conducida entónces al hospital de San Luis, estuvo afectada por siete meses de un flujo sanguíneo que chorreaba por el mismo sitio de la herida. A pesar de esta hemorrajia, que el arte no

Hænisch (Aug-Frid.) *De fame canino* in 4.°, Wittemb., 1699.

Lefebvre. (Philip.) *De Bulimo*, in 4.°, Basileæ, 1703.

Niefeld. (Mart-Crist.) *De bulimia, seu nimia ciborum appetentia*, in 4.° Halœ, 1747.

Walther (Aug-Frid.) *Diss. de obesis et voracibus, eorumque vitœ incommodis ac morbis*, Lipsiæ, 1754. Hállase esta disertacion en el cuarto vol. del *Delectus opusculorum medicorum collectus à Joanne Petro Frank*, in 12, p. 236, Lipsiæ, 1791.

bastaba á contener enteramente, aparecian los menstruos con frecuencia y abundancia. Continuaba tambien verificándose periódicamente un vómito de sangre al cual hacia algunos años que estaba sujeta. (Tratamiento; Baños sulfurosos, sudoríficos; pan y leche á discrecion. Ningun buen resultado.) Trasladada entónces al hospital de Venereos, sufrió sin ningun provecho un tratamiento mercurial. Luego que salió de este establecimiento, se ofreció servir á distintos amos; pero todos se daban prisa á despedirla luego que conocian su bulimia y los ataques epilépticos á que estaba sujeta desde la edad de siete años, de resultas de la violencia hecha en ella por un sujeto que ella supuso por mucho tiempo ser su padre. Abandonada á su desgraciada suerte, iba perdida por Paris, viviendo de limosnas y comiendo los desperdicios de los alimentos que hallaba por las puertas. No bastando para calmar su hambre los socorros que recibia, entró en una casa de prostitucion, de la cual fué sacada merced á una persona caritativa, por cuya recomendacion probaron muchos médicos, aunque inútilmente, un sinnúmero de remedios para restituirle la salud.

En esta época fué colocada en la Salpetriere, en la division de los epilépticos, al cargo de los SS. Esquirol y Amussat. Satisfacia su hambre habitual con ocho ó diez libras de pan; se paseaba ó hacia calceta, y se hallaba poco inquieta por su posicion. Dormia muy poco, y casi no bebia mas que durante los accesos de epilepsia. Por poco que dejase crecer el cabello, le salia en la cabeza una erupcion de granitos. Sus deposiciones eran raras y á veces sanguinolentas; y los vómitos de sangre (hematémesis periódica) se verificaban dos ó tres veces al mes. Casi con la misma frecuencia le daba su *grande hambre*; entónces comia durante la noche hasta veinte y cuatro libras de pan. Al principio de la accesion perdia el conocimiento, é inmediatamente que lo recobraba se echaba sobre su pan, y se ponia tan furiosa, si la contrariaban en esta imperiosa necesidad, que se mordia los vestidos y hasta las manos, y no volvia á recobrar su razon hasta haber apagado enteramente su hambre. Tenia en estos momentos un dolor en el epigastrio que aumentaba con la compresion, y sentia subir á lo largo de su esófago un cuerpo que comparaba á una ancha *hoja de árbol*. Pareciale que se hallaba fuertemente comprimida hácia los pechos; hallábase humedecida por un sudor frio; hacia esfuerzos para arrojar aquel cuerpo que la oprimia, bajaba despues dicha hoja al estómago y volvia otra vez á subir mas ó menos arriba, sobreviniendo finalmente vómitos de sangre negra cuajada que nadaba en una sangre mas clara sin mezcla de alimentos de ninguna especie. Entónces quedaba aliviada la enferma y volvia el apetito á su tipo habitual hasta que se manifestaban otra vez los mismos accidentes. Por estos accidentes fué puesta muchas veces en la enfermería, en donde M. Rostan la sujetó á muchos tratamien-

tos antiflojísticos. El hielo que en julio de 1819 se le administró interiormente la alivió al parecer un poco hasta enero de 1820.

Pasados muchos meses, salió la enferma de la Salpetriere y esperimentó con frecuencia las mismas crisis hasta febrero de 1823, época en que vino á consultarme. Tenia entónces un prurito insoportable en la nariz, el ombligo y el ano; la pupila muy dilatada, el pulso regular y nada febril, la piel fresca, la lengua cargada y la boca amarga. Preguntéle si habia arrojado alguna vez lombrices, y habiéndome dicho que no, le prescribí dos onzas de aceite de ricino con una de jarabe de limon. Trájome al dia siguiente muchos pedazos de tenia que con las deyecciones habia arrojado, y me dijo que habia dejado de esperimentar los síntomas que la aquejaban hacia no mas que pocos dias. Desde este dia se disminuyó sensiblemente su hambre, no comiendo mas que cinco libras de pan y dos ó tres sopas al dia. La grande hambre que desde cinco años antes periódicamente sufria abortó el 9 de febrero y no volvió á tenerla hasta 1828.

De manera que Dionisia, cuando yo la conocí, tenia tres especies de hambre; *su hambre*, que desde 1820 hasta 1822 se apaciguaba tomando cada veinte y cuatro horas doce libras de alimento; *sus hambres* que tenian lugar dos ó tres veces cada mes, y aun mas á menudo, si esperimentaba alguna contrariedad, durante las cuales comia de veinte á veinte y cuatro libras de pan, y luego *su grande hambre*, que sufrió, cinco años seguidos, el 9 de febrero, y otra vez el viernes santo, porque *pensó en el ayuno*. Entónces era cuando devoraba, comia en veinte y cuatro horas de treinta á treinta y dos libras de alimento, entre pan y sopa, comiendo y vomitando alternativamente sangre, hasta que caia rendida de fatiga. Hallándose el 9 de febrero, no sé de qué año, en la cocina de una de sus bienhechoras, la Sra. Marquesa de La-Tour-du-Pin, se vió acometida de *su grande hambre*, y engulló en pocos instantes el potaje que estaba preparado para veinte convidados, y doce libras de pan. Conducida á su casa, siguió comiendo durante una parte de la noche y casi todo el dia siguiente.

Como acabo de decir, el apetito de Dionisia, desde el mes de febrero de 1823, se calmó considerablemente, lo que debe atribuirse en parte á la espulsion de la tenia; y digo en parte, porque desde la misma fecha hizo la desgraciada un espantoso abuso de los licores alcohólicos. Visitando entónces con mucha asiduidad á sus protectores, y quejándose continuamente de su hambre canina, que la atormentaba, segun decia, mas que nunca, logró sacar de la caridad del Sr. Duque de Angulema socorros, que la ayudaron á sumerjirse durante cinco años en un continuo estado de borrachez. Segun los pormenores que personas fidedignas me han facilitado, tomaba cada dos horas un vaso de vino ó de aguardiente, su-

poniendo que los liquidos la alimentaban mejor que los sólidos. Fácil es concebir los accidentes que habian de ocasionar semejantes escesos en el réjimen. Entre ellos fué el mas funesto la supresion de los menstruos, que se verificó en 1826, á cuya evacuacion fué necesario suplir muchas veces por medio de sangrías jenerales y locales, que no servian mas que para aliviarla momentáneamente. Por otra parte, la enferma, cuyo estómago se hallaba de continuo sobreescitado por bebidas estimulantes, empezaba á tener gustos estravagantes. Así comia de tanto en tanto *asaduras crudas y se quitaba muchas veces la grasa de los dientes* yendo á la Glaciere á ramonear yerba, la cual dijeria de ordinario bastante bien.

El 1.º de julio de 1828, habiendo ido á su pasto ordinario, cojió una cesta de yerbas y de yemas ó botones del *ranunculus acris*, que comió para cenar, y tuvo durante la noche violentos cólicos, que en balde procuró calmar tomando vino caliente y aguardiente. Sin embargo, el dia inmediato y siguientes fueron disminuyéndose bastante los dolores y pudo salir; pero habiéndose visto luego precisada á volverse á la cama, me hizo llamar en la madrugada del 12 del mismo mes.

Encontréla afectada de ictericia; el hipocondrio derecho estaba algo doloroso á la presion; el vientre hinchado, el pulso pequeño y miserable; tenia tambien un edema en las estremidades, así superiores como inferiores, enflaquecimiento considerable del cuerpo, é *inapetencia*. Prescribíle un cocimiento de grama nitrado, lijeramente endulzado con el jarabe de malvavisco, fomentos emolientes en todo el vientre, lavativas de cocimiento de adormideras y parietaria y la mas rigurosa dieta. Bien ó mal observado este tratamiento por algunos dias, fué seguido de perceptible mejora, de la cual se aprovechó la infeliz para hartarse de vino puro y aguardiente. El 5 de agosto, habiéndose bebido cerca de una botella de este último licor, le pareció esperimentar momentáneamente una muy sensible mejoría; desaparecieron el edema y la hinchazon del vientre, y esperaba, segun su enérjica espresion, *agarrarse otra vez á la vida*, pero le sobrevino luego el delirio, y se verificó la muerte á las veinte y cuatro horas.

Abertura del cadáver. — El estómago era de pequeña dimension; su membrana mucosa, y la de los intestinos presentaba en varias partes algunos puntos inflamados. No hallamos ninguna especie de lombrices. Era el hígado muy voluminoso y presentaba la dejeneracion amarilla y grasienta: la vejiga y el útero estaban poco desarrollados. Dionisia no habia parido. Los órganos de la cavidad torácica se hallaban en estado sano, y la cabeza no fué abierta para poderla conservar. Presentaba sin embargo una notabilísima particularidad; los cóndilos del hueso maxilar inferior se hallaban casi enteramente destruidos, lo que nada tenia de estraño, si se atiende á que la masticacion se habia estado verificando

por espacio de cerca de cuarenta y dos años casi continuos (1).

Para completar la observacion sobre esta estraordinaria mujer, me falta, segun creo, añadir algunos pormenores que tengo por interesantes.

Era Dionisia de una estatura y corpulencia medianas; su constitucion era eminentemente sanguinea, aunque tenia los miembros de un color blanco pálido y de una blandura que mas bien indicaba el esceso de tejido celular que la fuerza de los músculos. Por su andar, su voz y sus jestos, mas bien parecia hombre que mujer. Sus ojos, pequeños y de color azulado claro, se parecian algo á los de la hiena.

Fué por largo tiempo escesivo su apetito uterino, y si puede creerse lo que decia, siempre que lo satisfizo, esperimentaba en el *mismo instante* un leve ataque de epilepsia.

Su conversacion, brusca, desconcertada y casi siempre relativa á su hambre, no era ordinariamente mas que un tejido de embustes. En efecto, dió por mucho tiempo noticias tan odiosas como falsas sobre sus padres, sobre las varias profesiones que habia ejercido, y en especial sobre las cantidades de alimentos que habia llegado á tomar. Sostenia que habia llegado á comer en veinte y cuatro horas setenta y dos libras de pan; al paso que, por las noticias mas exactas que tengo, estoy convencido de que nunca pasaron de treinta y dos libras las que tomó en dicho período, comprendiendo en este peso las sopas. Aseguraba que no acostumbraba tomar otra cosa por la mañana mas que un vaso de ajenjo, siendo así que se hartaba continuamente de licores. Finalmente, para granjearse la benevolencia de las personas caritativas que la mantenian despues de haber salido de la Salpetriere, siendo así que habia sido maestra de niños, aparentó que aprendia á leer, y aunque hasta su edad de quince años la habia enseñado una monja, se dejó enseñar la doctrina cristiana por muchos meses é hizo la farsa de aparentar que comulgaba por primera vez.

Amaba bastante á los niños; pero no podia ver á las niñas, con las

(1) Considerado el cráneo, que conservo, bajo el aspecto frenolójico, presenta los órganos en el órden siguiente de predominio:

1.° Alimentividad, 2.° amatividad, 3.° combatividad, 4.° secretividad, 5.° filojenitura, 6.° constructividad, 7.° afeccionividad. 8.° concienciosidad, 9.° firmeza, 10.° individuabilidad, 11.° formas, 12.° localidades, 13.° circunspeccion pero poco pronunciada.

Comparado con otros quince cráneos tomados á la suerte por M. Broussais y yo, dos ofrecieron el órgano de la alimentividad un tercio menos desarrollado que el de Dionisia, y eso que eran cráneos de hombres.

Hasta ahora no he fijado todavía mi opinion sobre lo que hay de cierto en la frenolojía; sin embargo, debo declarar, en honor de la verdad y de la ciencia que en Dionisia habia una singular coincidencia entre los *órganos* y los *actos*.

cuales, me decia muchas veces, habria temido verse encerrada.

Tenian para ella las flores un irresistible atractivo, y muchas veces siguió horas enteras á los sujetos que llevaban algunas.

Dionisia, activa, oficiosa y caritativa, daba algunas veces dinero á los pobres; pero nunca pan.

Encargada muchas veces por conocidos mios de ir á cobrar sumas bastante considerables, y de hacer al mismo tiempo algunas compras, guardó constantemente la mas escrupulosa fidelidad en el cumplimiento de estas varias comisiones. No vacilaba su probidad á la vista del oro, pero desfallecia sí á la de un mendrugo de pan. Una mañana que atravesaba la calle de las Postas, vió á un albañil que, ocupado en satisfacer una urjente necesidad, habia dejado un pan en el guarda-ruedas, cerca del cual se hallaba agachado. Bien tenia Dionisia dinero en el bolsillo y pan en la cesta; pero no por esto dejó de quitar el de aquel pobre hombre, huyendo á escape. Vino algunos dias despues á contarme esta accion, preguntándome si haria bien en mandar cinco francos al albañil, pues sabia su casa; aplaudíle grandemente la intencion y le aconsejé que á mas le enviase *un pan* en sustitucion del que ella le habia hurtado. Mas al oir estas palabras, se alteraron é hincharon sus facciones; tembló de rabia su labio inferior, se pusieron centellantes sus ojos, y saliendo de su boca una saliva espumosa, dijo con voz conmovida: « Le enviaré diez y hasta quince francos, si quereis; pero jamás recibirá él de mí un bocado de pan. »

Su sensibilidad, ya naturalmente exaltada, lo estaba mucho mas desde que se habia dado á la borrachez; mudó de casa, porque un gato desde una gatera habia mirado una sopa que habia puesto á enfriar en la ventana. Habiéndole otra vez sucedido que le cayó en el fuego parte del potaje que tenia preparado, tragóse hirviendo lo que le quedaba, para que no se perdiese, lo que le ocasionó cinco vómitos de sangre aquel mismo dia.

Hallándose un dia encerrada en la biblioteca de la iglesia de Santa Jenoveva con la señorita D.***, fué su primer cuidado mirar la cesta que habitualmente traia, y habiendo observado que no habria mas que cosa de una libra de pan, se apoderó tan fuertemente de ella el miedo de quedarse sin comer, que hizo los mas estraños discursos, porque no sabia, segun decia, á qué estremo podria conducirle el hambre... Empezaba ya á encaramarse por las paredes para subir á una ventana bastante alta, cuando, con gran satisfaccion suya y sobre todo de la señorita D***, fueron á abrirlas.

Otro dia que yo le estaba haciendo en mi casa una sangría, de la cual tenia gran necesidad, le cayó en la taza en que se recibia la sangre un gran pedazo de pan que tenia en la mano; y sacándolo precipitadamente, lo devoró todo ensangrentado.

En resúmen, puede decirse que esta mujer vivió esencialmente para dijerir; pues efectivamente, es difícil hallar en toda su vida algunos instantes que no dedicase esclusivamente á esta funcion. En los primeros meses de su nacimiento apuró y dejó exhaustas á muchas nodrizas; siendo niña, se comia el pan de sus compañeras; cuando adulta, de noche y de dia devoraba; cuando fué menos voraz, se hallaba en una perpetua borrachez; cuando se vió amenazada de la muerte, queria *agarrarse á la vida* para comer; finalmente, algunos momentos antes de espirar, no pudiendo ya comer pan, porque decia *que el pan le sentaba mal en el estómago,* obligó á su hermana á comer cerca de ella, casi en su misma boca, y espiró diciendo: « *Ya que el buen Dios no quiere que coma, ¡ á lo menos tenga yo el placer de ver comer!*

IV El gastrônomo teórico, ó la manía del arte culinario.

Un cocinero que hácia fines de 1829 se estaba curando en el hospital de San Luis decia enfáticamente á un distinguido artista (1) que le estaba retratando: « Actualmente, señor, se guisa del mismo modo que se amasa la cal; este arte ha cejado á los tiempos de su infancia. Ahora solo siento una cosa, el no poder, antes de morir, hacer á mi patria el presente de mis conocimientos. Sí, yo amo á mi patria, y en prueba de ello sabed que porque tenia desde mucho tiempo cien cacerolas de mango en casa del príncipe de Condé, no quise emigrar! »

Es tambien muy curioso el encuentro de Montaigne con el mayordomo ó jefe de la servidumbre del cardenal Caraffa, para dejar de servir de introduccion á este artículo, que sin duda hará olvidar las fastidiosas pinturas que hemos presentado en la observacion que precede. « Me ha hecho, dice el autor de los *Ensayos*, un discurso de esta ciencia de la boca con una gravedad y un continente tan majistrales, como si me hubiese tratado de algun punto escabroso de teolojía. Me ha esplicado una diferencia de apetitos; el que se tiene en ayunas, el que viene despues del segundo y del tercer servicio, y los medios de no hacer mas que complacerlos y de despertarlos y aguzarlos, la policía de las salsas..... Ha entrado tras esto en el órden del servicio, adornándolo con bellas é importantes consideraciones, y todo esto rellenado de ricas y magníficas palabras, de las mismas que se usan para tratar del gobierno de un imperio. »

Tal era el cómico personaje de quien voy á hablar, con la diferencia de que, no siendo mayordomo, parecia infinitamente mas ridículo. Era este un tal M. de M***, interventor de las contribuciones directas de Pig-

(1) M. Delestre, autor de los *Estudios de las pasiones aplicadas á las bellas artes.*

neral, en 1810, sujeto bien nacido y de mucho injenio; pero tan apasionado al arte de la cocina, que formaba el único objeto de sus pensamientos y no podia dejar de manifestar, viniese ó no á pelo, el entusiasmo que le inspiraba.

«Uno puede hacerse cocinero, pero es necesario haber nacido á propósito para saber hacer buenos asados,» decia el autor de la *Fisiolojía del gusto*; pero M. de M*** habia nacido á un tiempo asador y cocinero. De suerte que nadie entendia mas que él el arte de asar un filete de buey mechado con tiritas de anchoas, para lo cual habia inventado una salsa cuyo secreto hubiera bastado para hacer la fortuna de mas de una cocinera adocenada.

No habia lugarejo en Francia, por pequeño que fuese, el cual no hubiese visitado ese nuevo Arquestrato (1), por poca nombradía que tuviese para la produccion ó la confeccion de cualquiera plato suculento.

No os figureis, sin embargo, que se limitase su erudicion al simple conocimiento del mapa gastronómico de Francia; tambien tenia muy estudiada toda la historia bajo este aspecto especial, y sabia de una manera inolvidable todos los frutos que de sus victorias recojieron los Romanos. Sabia que estos famosos conquistadores, ó, si mejor os place, ladrones de las naciones habian tomado el albaricoque y el cantalobo á los Armenios, el melocoton y las nueces á los Persas, los limones á los Medos, y las cerezas á Mitrídates; recordaba tambien que los higos habian causado indirectamente la venida de Jérjes á Grecia y la destruccion de Cartago; y que finalmente el grueso Vitelio habia tenido el arrojo de ir en persona á buscar á Siria el alfónsigo.

Deseoso M. de M*** de estender la esfera de sus conocimientos, habia leido muchos tratados de fisiolojía, deteniéndose mucho en los fenómenos de la dijestion y en las causas que pueden favorecerla; sobre cuyo punto hacia observaciones tan juiciosas como orijinales. «Sabeis, decia un dia, porqué los sujetos de edad avanzada son jeneralmente morosos, callados y pesimistas; es porque no tienen dientes. Los dientes, añadia con calor, no solo sirven para adornar la boca y facilitar la pronunciacion; sino que son tambien las tijeras, las tenazas, la muela y la prénsa del estómago. Dad á un viejo una buena dentadura, y volverá á ser hablador;

(1) El Ateniense Arquestrato, poeta griego de época incierta, viajó muchos años para estudiar el modo de guisar de los varios pueblos, y publicó el primer poema gastronómico de que hace mencion la historia. Aunque era gran comedor, estaba tan flaco, que, segun dicen, el viento se lo llevaba. Paró en proverbio su lijereza, pues decian: *Lijero como Arquestrato*. Los fragmentos que de su poema nos quedan dieron á Berchoux la idea del suyo, y prueban que Arquestrato poseia en igual grado el arte de cocinar y el de escribir.

sus ideas serán mas libres y no tendrán ya la sombría tristeza que les ocasionaba la dificultad de manifestarlas junto con la dificultad de dijerir. »

Pretendia otra vez que la fisiognomía andaba muy equivocada en no insistir mas en la inspeccion de los dientes, porque esta podia proporcionar muchos datos aplicables á la política. Si se trata, por ejemplo, de elejir un jefe, deséchesele si tiene grandes incisivos, porque seria un roedor del pueblo. Si tiene largos colmillos, deséchesele igualmente, porque lo desollaria. Guardaos tambien de votar al candidato para diputado, si tiene anchos molares, porque es gran comedor; y como esa casta de hombres están siempre dijiriendo, y la dijestion absorve las facultades mentales, dormiria continuamente en los bancos del centro, y no dispertaria sino para gritar *ciérrese la sesion*, para poder llegar mas pronto á comer, y despues, terminando con mas calma, añadia: « Dad empero vuestro voto á un ciudadano que tenga los dientes pequeños y bien colocados; porque este es un hombre sobrio, amigo del órden y de la justicia, y no destruirá el pais. »

Habia sido tambien uno de los estudios predilectos de M. de M*** la historia de los viajes, y tenia muy particular afecto á los sabios navegantes que nos trajeron el té del Japon, el café de Etiopía, la vainilla de Méjico, la canela de Ceilan, los clavos de especia y la nuez moscada de las islas Molucas, la pimienta de Java y de Sumatra, las guindillas coloradas de las islas Caribes, y las alcaparras de Berbería. De suerte que por medio de un estudio simultáneo, estudio que no deberia separarse jamás de los sucesos y de los lugares en que se han verificado, su memoria fiel le recordaba *ad libitum* los mas curiosos hechos de la historia y los mas interesantes lugares del globo.

Este historiógrafo de la golosina iba con mucha frecuencia á Turin, donde era muy apreciado y donde vivia su director. Una mañana que todavía estaba allí, á pesar de que desde la víspera se le habia acabado la licencia, entró en el gabinete de su jefe con la cara notablemente alterada. Creyó este que entraba á escusarse de no haberse ya marchado, y le dió varias reprehensiones sobre este punto; mas lejos de escucharle, M. de M*** esclamó: « No hemos de tratar por cierto de eso. ¿Qué acabo de ver? es abominable. Acabo de pasar por vuestra cocina, y á fe que da lástima. He visto perdigones y pollos maltratados y hechos una carnicería. Y á vuestra pava con criadillas de tierra, ¿qué gracia tan tonta le han dado? ¡ A fe que no valia la pena de que en 1550 Jaime Cœur importase los pavos de Indias para tenerlos que ver reducidos á este estado! Está visto; vuestro cocinero no entiende nada en el arte. Hoy teneis á comer al prefecto con varias personas de la casa del príncipe Borghese, y os aseguro que la comida será detestable, va á deshonraros.»

Agradó tanto al director esta escena, hecha con la mayor seriedad, que,

lejos de enfadarse, pidió á M. de M*** si queria hacer aquel dia la comida. Nada puede encarecer bastante la alegría que desde luego se pintó en su rostro. Corrió á la cocina, apoderóse de las cacerolas y hornillos, y dicen que se escedió tanto á sí mismo, que los primeros cocineros del pueblo no pudieron dejar de envidiar la reputacion que con este motivo se granjeó.

La vida culinaria de M. de M*** está llena de hechos casi semejantes. Adelantó tanto en la manía gastronómica, que engordaba tiernos pichones en una olla tapada, paraque, no pudiendo los animalitos hacer el menor ejercicio de alas ni de patas, tuviesen las carnes mas tiernas, cuando fuesen llamados al honor de comparecer en su mesa.

Cierto dia que presentaba un sujeto á su hermana, no le dijo el nombre ni la cualidad del individuo, sino lo siguiènte: « Mi buena amiga, aqui está el señor, á quien sorprendí hace algun tiempo mientras estaba comiendo; tenia en la mesa perdigones asados, mechados de un lado y no del otro; esto está perfectamente concebido, pues así cada uno puede hacerse servir segun su gusto. »

El historiador de M. de M*** de quien sacamos parte de estos pormenores le volvió á ver en Paris despues de la caida de Napoleon; fué á hacerle una visita en la calle nueva de los Capuchinos, y le halló en una especie de castillejo, entregándose con ardor á su ciencia predilecta. Estaba la habitacion dividida en muchas piezas, y la principal servia de cocina, ó, por mejor decir, de laboratorio. En esta pieza recibió primero la visita. El que se la hacia encontró al entrar un grande vaso puesto encima de una mesa, medio lleno de un líquido amarillento, en el cual nadaban cebollas y pedazos de chirivias; bajaba del techo un arco sostenido por un bramante, y al rededor de aquel estaban agarradas por el pico tres ó cuatro aves que estaban medio sumerjidas en el liquido.

« ¿ Qué viene á ser eso ? » preguntó el visitador al moderno Apicio (1).

(1) Nombre de tres romanos célebres en los fastos de la gula. Contemporáneo el primero de Sila, buscó en los buenos bocados una compensacion de las violentas conmociones de la guerra civil. El tercero, que vivió en tiempo de Trajano, halló el secreto de conservar las ostras frescas. Y al segundo, que indudablemente fué el mas célebre, se le atribuye un tratado muy antiguo, *de Obsoniis et condimentis, sive de Arte coquinaria.* Lóndres, 1705 en 8.°, reimpreso en Amsterdam en 1709, en-12, con el título *de Re culinaria*, bajo cuyo título salió por primera vez en Milan en 1498 en 4.° De este Apicio han hablado mucho Séneca, Plinio, Juvenal y Marcial. Séneca, contemporáneo suyo, nos dice de él que tenia una escuela de buenos bocados; que en ellos habia gastado dos millones y medio; y que viéndose precisado á poner un poco de órden en sus negocios, y viendo que no lequedaban mas que doscientas cincuenta mil libras, se envenenó por temor de que con esta suma no tendria bastante para vivir.

«Es,» le respondió este muy serio, «el problema del frailecillo, cuestion muy delicada, que pienso haber resuelto. El frailecillo, como veis, es una ave muy fina; pero hasta ahora habia ofrecido graves dificultades. O bien el cuarto trasero se adelantaba demasiado, ó el delantero no se adelantaba bastante. He reflexionado sobre esto, y me ha parecido que haciéndole tomar al animal un medio baño en una salmuera conservadora, dará tiempo para que el aire obre en las alas en debida proporcion, y que de esta manera será igualmente bueno en todas sus partes. Si quereis venir mañana á comer conmigo, sabrémos si he acertado.»

Era la invitacion muy halagüeña para dejar de aprovecharla. «Y he aquí, añade el historiador, porque razon puedo proclamar con toda justicia que Mr. de M*** ha resuelto acertadamente el problema del frailecillo.»

Este fué el digno fin de la vida de un hombre eternamente célebre, por haber inventado las tortas, que llevaron su nombre, y discurrido un inmenso número de salsas, entre las cuales tal vez es una la salmuera de M. de M.***

CAPITULO III.

DE LA CÓLERA.

> El mas leve contacto es capaz de afectar los cuerpos débiles y ulcerados; por lo que la cólera es un vicio de mujeres y de niños. Y si los mismos hombres son capaces de tenerla, es porque tienen á veces el mismo carácter que las mujeres y los niños.
>
> *(Séneca, De la Cólera, lib. 1, cap. 16.)*

Definicion y sinonimia.

La palabra *cólera*, que se deriva del griego χολή, *bílis*, porque los antiguos la atribuian á la ajitacion de este flúido, era, segun las ideas de los mismos, una *pasion biliosa*; y no hace aun mucho tiempo que se definia así: ajitacion de una sangre biliosa que se dirije con rapidez al corazon.»

Horacio dice que la cólera es «una locura de corta duracion, *ira furor brevis.*»

Filemon, poeta griego, tres siglos antes del satírico latino, habia dicho en una de sus comedias: «Todos somos insensatos cuando estamos encolerizados.»

Segun Aristóteles, consiste la cólera en «el deseo de devolver el mal que se nos hace.»

Séneca la definia «una violenta emocion del ánimo que voluntariamente y por eleccion nos inclina á la venganza.»

«La cólera,» decia Charron, «es una pasion loca del alma, que nos hace salir de madre, y que procurando rechazar el mal que solo nos amenaza ó que ya se nos ha causado, hace hervir la sangre en nuestro corazon y levanta en nuestro espíritu furiosos vapores, que cegándonos, nos precipitan á cuanto puede facilitarnos nuestros deseos de venganza. Es *una rabia de corta duracion; un camino que conduce á la manía.*»

Segun de la Chambre, «es la cólera una pasion mixta, que se compone del dolor que sufrimos por la injuria que hemos recibido, y de los fuertes deseos que de rechazarla tenemos.»

Yo defino la cólera: «Una escesiva necesidad de reaccion, determinada por un dolor físico ó moral.»

Esta pasion, desgraciadamente tan comun, tiene muchos grados, que son *la impaciencia, el arrebato, la violencia, el furor, el rencor y la venganza.*

La *impaciencia* es una habitual disposicion á enfadarse por la menor contrariedad. Distínguese por una viva é imperiosa inquietud, por palabras fuertes y entrecortadas, acompañadas de algun pateamiento y de una rápida contraccion de los músculos de la cara.

El *arrebato* es una propension á enfadarse por el menor obstáculo; y á entregarse por intervalos á fuertes gritos y amenazas, y á movimientos convulsivos, acompañados tambien de injurias y amenazas.

En la *violencia* hay mas que amenazas; constituyendo un grado mayor de irritacion que el arrebato, el hombre se entrega á actos de brutalidad contra el que le ha herido ó contrariado.

El *furor* es lo sumo de la cólera, siendo indudablemente el grado mas impetuoso y escéntrico de todas las reacciones del alma que tienden á rechazar el mal que se nos hace. En la violencia se calculan todavía los riesgos y la resistencia que para vengarse hay que vencer. En el furor, está el hombre del todo ciego, se precipita sin recurso contra su enemigo, cualquiera que sea su superioridad, y se vuelve contra sí mismo, si no puede vencer á su contrario; la locura condujo á Ayaz al suicidio; el furor le habia conducido á la locura.

El *rencor*, que no debe confundirse con la antipatía, es una cólera prolongada, una *cólera crónica.* Si bien en esta pasion hay al parecer menos ajitacion que en la cólera, no por eso fermenta con menos violencia, no tardando el que la esperimenta en sufrir todos los efectos del dolor moral.

La *venganza* es en cierta manera la crísis del rencor. Funesta conseje-

ra del vengativo, va corroyendo el corazon del desgraciado que la padece, hasta que tiene la horrible satisfaccion de ver sucumbir á su enemigo. No es raro hallar hombres tan sedientos de venganza, que para lograrla no retroceden ni á la vista del mismo cadalso. Reconócese el vengativo, como el envidioso, por su aire sombrío, su color cárdeno, y muchas veces por el enflaquecimiento jeneral de su cuerpo, si ha de tardar en satisfacer su pasion.

Hay otra especie de venganza en grado menor, que va acompañada de cierta vergüenza y pusilanimidad, y se observa particularmente en los niños, las mujeres y los viejos, esta es la *fanfarriña ó mohina*, que consiste en el estado del alma que se halla aflijida por la impotencia en que se reconoce de rehacerse contra una inmensa superioridad física ó moral.

No por haberse entregado una persona alguna que otra vez á la impaciencia, al arrebato ó á la venganza, ha de considerarse desde luego como *impaciente, arrebatada, ó vengativa*; porque estos epitetos solo deben aplicarse á los que tienen una habitual disposicion á entregarse á tan funestas inclinaciones; observacion que hago para los poco versados en el arte.

Causas.

Causas predisponentes. Influyen mucho en el desarrollo de la cólera la constitucion, el sexo, la edad, el clima, las profesiones y el estado de salud ó de enfermedad. He aquí lo que enseñan de mas constante un sin fin de observaciones.

Jeneralmente son mas inclinados á la cólera los biliosos, los bilioso-sanguineos y nerviosos que los linfáticos, por lo cual se dice vulgarmente de estos que son de *buena pasta*.

Las mujeres, dotadas de un sistema nervioso mas escitable que el hombre, tienen tambien mas disposicion á contraer esta inclinacion que les marchita rápidamente la flor de su hermosura.

La cólera de las mujeres tiene regularmente mas duracion que fuerza; pero si llega al grado de furor, como sucede en los zelos, «ninguna cólera, dice Montaigne, hay tan completa ni tan terrible.»

Notumque furens quid fœmina possit.

Respecto de las edades, se ha observado que los niños son naturalmente impacientes ó mohinos; y los jóvenes furiosos y violentos.

Tampoco puede ponerse en duda la influencia del clima y del calor, pues de nada sirve la objecion de que Pedro el Grande haya sido violento y Tito pacífico; porque estas observaciones particulares están muy lejos de destruir la jeneral de que los habitantes del Norte son mucho

menos iracundos que los del Mediodía. Los frios secos, y sobre todo los fuertes calores, tambien disponen á la cólera mucho mas que los tiempos templados y lluviosos. Nadie ignora que el Duque de Guisa, Cárlos I, y Luis XVI fueron condenados á muerte durante un frio riguroso; y que el ardiente sol de julio y de agosto alumbró los mas grandes acontecimientos políticos de la Francia moderna.

Por lo que toca al influjo de las pasiones, se ha observado que los soldados, y en especial los marinos en jeneral, son broncos, arrebatados ó violentos, al paso que los literatos y los artistas tienen mas propension á la impaciencia y al rencor.

De suerte que ninguna edad, ningun lugar, ninguna comarca, ninguna profesion está enteramente libre de la cólera, la mas universal y sin duda la mas contajiosa de todas las pasiones; porque la mayor parte de estas solo suelen padecerlas individuos aislados, al paso que la cólera en un instante puede comunicarse á todo un pueblo.

La enfermedad, como nadie habrá dejado de advertir, nos hace ordinariamente volver morosos é irascibles; lo mismo hacen las desgracias, las escesivas vijilias, el hambre y la sed. He visto á muchos sujetos habitualmente pacíficos volverse muy iracundos luego de caer enfermos, y aun muchas veces la alteracion ó mutacion no acostumbrada del carácter de algunos me ha hecho pronosticar con acierto la invasion próxima de alguna enfermedad, aunque se ejercian con la mayor regularidad sus funciones orgánicas. Hay tambien ciertas personas doloridas que están, durante la dijestion, de un humor insufrible: esta falta tenia el mariscal Augereau, quien, en toda la hora primera despues de haber comido, todo lo habria querido esterminar, así á enemigos como á amigos.

Está observado hace mucho tiempo que los entes débiles y valetudinarios están mas propensos á la cólera que los robustos y bien constituidos, en lo cual es de admirar la alta sabiduría del Criador, que ha proporcionado á los primeros esta mayor disposicion á enfadarse, como una arma defensiva, pues produce instantáneamente en ellos una exaltacion vital que les preserva de ser víctimas del mas fuerte. Sucede por otra parte con la debilidad moral lo mismo que con la física; los sujetos de poco talento y ninguna instruccion están mas propensos á la cólera, porque su voluntad no siempre tiene la necesaria enerjía para dominar los movimientos desenfrenados de esta pasion.

Finalmente, me he convencido, en fuerza de muchas observaciones propias, de que puede trasmitirse la predisposicion á la cólera por herencia, y aun por la lactancia.

Causas determinantes. Han dado muchas veces lugar al desarrollo de la cólera en almas jenerosas y sensibles los sentimientos de la justicia y

de la compasion; pero las causas que con mas frecuencia la determinan son los obstáculos opuestos al cumplimiento de nuestros deseos, las ofensas hechas á nuestro amor propio y á nuestra vanidad, la embriaguez, y sobre todo nuestro instinto de conservacion, que nos induce á rechazar los riesgos que nos amenazan.

Antes de pasar mas adelante, quiero hablar de otra causa, que no ha llamado bastante la atencion de muchos moralistas, á pesar de que en los primeros años de la vida, ocasiona violentas accesiones de cólera; esta causa es la condescendencia que tienen muchos padres de proporcionar á sus hijos todo lo que piden con gritos y movimientos de impaciencia. Cuando el niño ha visto que le salia bien este medio para alcanzar lo que quiere, continúa valiéndose instintivamente de él; y si lo hace á menudo, ¿cómo será posible mas tarde correjirle de un vicio que por el hábito vendrá á ser como una segunda naturaleza; al paso que la buena educacion, que hubiese empezado desde la cuna, lo habria á lo menos modificado considerablemente? Conviene pues estar muy prevenido contra ese despotismo de la flaqueza.

Síntomas, efectos y terminacion.

Los síntomas de la cólera presentan en los varios individuos muchas diferencias, que en gran parte parecen depender del predominio orgánico de cada uno.

Han distinguido los observadores la *cólera roja* ó espansiva y la *cólera blanca* pálida, ó espasmódica; pero hay una tercera especie que participa de entrambas.

Si se hallan aguijoneados por la cólera los sujetos robustos y sanguíneos, la sangre, concentrada al principio hácia el centro del cuerpo, es arrojada luego y rechazada hácia la periferia; late con violencia el corazon; acelérase la respiracion; se hinchan y se enrojecen la cara y el cuello, distiéndense las venas subcutaneas, erizanse los cabellos, la vista se anima y se pone colorada y parecen saltar de las órbitas los globos del ojo inyectados de sangre. Al mismo tiempo se dilatan las narices; y los labios, estirados por el músculo labial, dejan á descubierto los dientes; la voz se vuelve ronca; obtúndese el oido; la palabra casi siempre es entrecortada, se pronuncia con dificultad, ó al contrario con suma rapidez; sale espuma de la boca, el colérico vomita injurias y amenazas, por último se desarrollan las fuerzas de un modo prodijioso, y la contraccion muscular que acompaña este trastorno del cuerpo y del espíritu es violenta, pero pronta; la pasion ha reaccionado, ya está satisfecha.

En los sujetos débiles, en aquellos en quienes predomina el hígado ó el sistema linfático, la sangre, arrojada tambien al principio hacia las

vísceras, parece que permanece en ellas; los latidos del corazon son casi insensibles; el pulso es pequeño, constreñido y frecuente; la respiracion difícil y sofocante; cúbrese el cuerpo de un sudor frio; la cara pierde enteramente el color; los ojos se ponen fijos y las mandíbulas se estrechan: finalmente, los miembros tienen un temblor convulsivo. Estos desgraciados, aplastados, por decirlo así, por el peso de su cólera, no pueden á veces articular una palabra, ni hacer el menor movimiento; pero esa immovilidad y ese silencio son mucho mas temibles que la ajitacion, los gritos y la violencia de los sanguíneos; porque la crísis de esta rabia impotente se verifica mas tarde. En algunas almas nobles y jenerosas, se convierte en indignacion y en menosprecio; pero las mas veces la pasion que no ha sido seguida de reaccion pasa al estado crónico, se convierte en *rencor*, y por poco que este se provoque, termina por la *venganza*.

La diferente especie de fisonomía que presenta la cólera en estas dos especies de sujetos procede tan solo de que en los primeros, rehaciéndose súbitamente la naturaleza, la pasion se hace toda escéntrica; al paso que queda concentrada en los segundos, porque ordinariamente carecen de la suficiente fuerza de reaccion.

Participa de ambas especies la cólera de los bilioso-sanguíneos; es concéntrica al principio de la pasion, y se hace luego escéntrica, quemando, por decirlo así, todo el cuerpo; es como la pólvora, cuya esplosion es tanto mas temible en cuanto ha estado mas comprimida; ó como el arco cuyos dardos alcanzan á tanta mayor distancia, cuanto mas tirante se tenia la cuerda.

Veamos ahora los efectos morbosos que puede producir semejante trastorno de la economía (1).

Luego despues de un acceso de cólera sobrevienen muchas veces deyecciones ó vómitos biliosos, algunas veces la ictericia y la hepatitis, y hasta hernias mas ó menos voluminosas. Es tanta la influencia de esta pasion en el hígado, que muchos nosolojistas, tomando el efecto por la causa, se han adelantado á decir que la cólera tiene *constantemente* su oríjen en dicho órgano.

Pero no la tiene menor ni menos arriesgada en el celebro, resultando muchas veces de esta funesta pasion el síncope, las convulsiones, la epilepsia, la apoplejía, la parálisis, la encefalitis y la manía furiosa; cuya terminacion tiene lugar, principalmente en las mujeres violentas, despues

(1) Sila, Valentiniano, Nerva, Wenceslao, Isabel de Baviera murieron á consecuencia de un acceso de cólera. En nuestros tiempos, el furibundo Marat tenia el pulso constantemente febril, y Robespierre padecia hemorrajias nasales que casi cada noche inundaban de sangre su cama.

de la repentina supresion de los menstruos, de los loquios ó de la leche.

Por último, los violentos accesos de cólera han llegado á veces á determinar aneurismas y rupturas de las arterias y del corazon, que han ocasionado la muerte, y en las embarazadas el aborto.

«¿En qué estado debe hallarse interiormente el espíritu, dice Charron, para que ocasione tales desórdenes al esterior? La cólera estingue inmediata y completamente la razon y el juicio para ocupar ella sola todo el lugar de estos; lo llena despues todo de fuego, humo, tinieblas y ruido, lo mismo que quien echa al dueño de su propia casa, pega fuego en la misma y se deja quemar vivo dentro de ella; y como el barco que sin timon, sin patron, sin velas y sin remos, corre fortuna á merced de las olas, de los vientos y de la tempestad en medio de la mar embravecida.

« Grandes son, y á veces muy miserables y lastimosos, sus efectos. Nos conduce en primer lugar á la injusticia, porque se despecha y enfada hasta por una oposicion fundada y por la conciencia que se tiene de haberse incomodado sin razon. Enfádase tambien por el silencio y la frialdad, porque cree entónces el sujeto que no se hace caso de él ni de su cólera; lo cual es mas propio de las mujeres, quienes se embravecen para hacer embravecer mas á los otros, y se encolerizan á veces en términos de ponerse rabiosas, cuando advierten que uno no se digna hacer caso de su cólera. De modo que resulta claro que la cólera es un fiero animal que no se deja ganar ó domesticar ni por medio de defensas ó escusas, ni por falta de defensa y silencio. Manifiesta tambien su injusticia en querer ser juez y parte al mismo tiempo, y en pretender que todos se afecten de la misma pasion; y por ser inconsiderada y temeraria, nos conduce y precipita á grandes escollos, y muchas veces á los mismos que á otros queríamos evitar; *dat pœnas dum exigit* (1). Parécese propiamente esta pasion á las grandes ruinas, que se rompen sobre aquello donde caen; desea con tanto afan el mal ajeno, que no cuida de evitar el suyo propio. Nos embaraza y nos aprisiona, y nos hace decir y cometer cosas indignas, vergonzosas y pésimas. Nos saca finalmente tan fuera de nuestros quicios, que nos hace cometer actos escandalosos é irreparables, asesinatos, envenenamientos y traiciones, que suelen ir seguidos de grandes arrepentimientos; testigo de ello es Alejandro el Grande, despues de haber muerto á Clito; pues, segun decia Pitágoras, el fin de la cólera fué el principio del arrepentimiento.»

(1) «Para preservarse de la cólera, decia Séneca, de quien toma Charron esta cita, conviene recordar muchas veces á la imajinacion los males que ocasiona en lo sucesivo, y tener presente que *ella misma se castiga muchas veces, en el acto mismo en que intenta vengarse.* La venganza, añade, por otra parte es incierta con nuestros iguales; es locura emprenderla con nuestros superiores, y bajeza contra los inferiores.

Si consideramos la cólera en sus relaciones con la criminalidad, halláremos que de 1000 crímenes de envenenamiento, heridas, asesinato é incendio, los 264 han procedido de odio ó venganza; 145 de disensiones domésticas y rencores entre parientes; 115 de disputas en el juego ó en lugares públicos; y finalmente, 94 de disputas y encuentros casuales; todo lo cual prueba que mucho mas de la mitad de los atentados se debe á esta sola pasion; resultado horroroso y que conviene siempre recordar á los que no temen entregarse á ella á menudo.

En el solo año de 1858, los tribunales de Francia han tenido que juzgar 258 acusados de crímenes procedentes de la cólera, el rencor y la venganza, á saber:

Envenenamientos.	4
Incendios.	61
Asesinatos.	104
Homicidios premeditados. .	41
Homicidios involuntarios. .	28
	258

Iguales motivos han determinado, en 1859, 245 crímenes. En estas sumas de 258 y 245 no se cuentan los crímenes resultantes de riñas en las tabernas y el juego, ni los de querellas y encuentros casuales, que fueron 195 en 1858, y 119 en 1859.

« De todas las pasiones innatas, dice sobre este punto Marc, ninguna ocupa con mas frecuencia á los tribunales que la cólera. Ninguna, en efecto, produce como ella una perturbacion tan pronta de todo el organismo, ni hace asemejar mas al arrebatado en alto grado á un maníaco: *ira furor brevis*, dijo Horacio, cuya máxima ha llegado no desmentida hasta nuestra época. Por consiguiente, los actos producidos por la cólera son cometidos las mas veces hallándose el hombre privado de libertad moral; mas para juzgar bien la falta ó privacion de esta libertad, deben tenerse presentes todas las circunstancias que hayan precedido, acompañado y seguido la perpetracion del acto. Así conviene enterarse de la constitucion ó temperamento del que lo ha cometido, para saber si tiene naturalmente propension á la cólera; deben examinarse los motivos que han orijinado la pasion, y si la gravedad de aquellos guarda proporcion con la exaltacion de esta, si se ha ejecutado el acto inmediatamente despues de desarrollada la pasion; debe indagarse cuál ha sido, despues del acto, la posicion moral y física del culpado, y finalmente, todas las circunstancias internas y esternas capaces de hacer apreciar la imputabilidad.

« Cuando el rencor es motivado, añade tambien este sabio médico-le-

jista, cuanto mas fundados son sus motivos, tanto menos los actos criminales que ocasiona pueden admitir aquel grado de lesion de la voluntad que puede escusarlos, confundiéndose entónces con los efectos de la venganza, que casi no admite el beneficio de la escusa, cuando es escitada por pasiones mas bien adquiridas que innatas.» *(De la locura considerada en sus relaciones con las cuestiones médico-judiciarias).*

Tratamiento.

Medios morales.—Ya hemos visto que la cólera procede siempre de debilidad; por lo que fortificando nuestro cuerpo y nuestro espíritu, el primero por medio del ejercicio y de la templanza, y el segundo por el estudio y la reflexion, luego que hayamos adquirido robustez en los miembros y rectitud en el juicio, nos dominará mucho menos esa ciega pasion.

Conviene tambien cerrar con todo cuidado á la cólera todas las puertas de nuestro corazon, huyendo de todas las causas y ocasiones que puedan producirla; pues cuando el enemigo ha penetrado ya en la plaza, difícil es rechazarle.

Sin embargo, si se presentan inadvertidamente las ocasiones, y empezamos ya á sentir los primeros aguijones de la pasion, tratemos, si posible fuere, de mudar de conversacion, cuando la que tuviéramos empezase á ser demasiado animada; siendo todavía mas prudente el retirarse pronto á solas; pues que la soledad, el reposo y la reflexion cortarán muy pronto la carrera de esta fiebre que podria dejenerar en un verdadero frenesí.

El mas eficaz remedio contra la cólera es la dilacion; guardémonos de fundar juicio sobre sencillas conjeturas ó sospechas, y de creer con lijereza los relatos calumniosos que se nos hagan; pues son muchos los que mienten por el gusto de engañar, y no pocos que lo hacen porque ellos mismos han sido engañados. Observemos sobre todo la ley de no formar juicio nunca durante la pasion, pues esta es una mala consejera que engaña tanto al corazon como al espíritu. Habia aconsejado un sabio al emperador Augusto que desde el instante en que se hallase encolerizado, nada dijese ni hiciese, hasta que hubiese pronunciado todas las letras del alfabeto. Yo pediria mas tiempo para la reflexion y aconsejaria á los sujetos que se hallasen irritados, aun cuando fuese por justos motivos, que no determinasen cosa alguna hasta despues de haber dormido. Con razon se dice que la *noche es buen consejero;* pues en efecto, nada perfecciona mas el juicio que el reposo, el silencio y la oscuridad.

Guardémonos por último de todo sentimiento de rencor y de venganza, considerando que mas jeneralmente es digno de compasion el ofensor que el ofendido; y por otra parte, que el tener rencor y meditar venganza es

lo mismo que darse por ofendido y haber perdido la superioridad moral (1). No habrian sido tan magnánimos Moisés y Licurgo, David y César, si no hubiesen sabido perdonar.

Sepamos hacernos superiores á las injurias y á los ultrajes, despreciándolos, ó mejor aun, perdonándolos, como nos lo prescribe nuestra relijion, llena toda de amor. Es indudablemente una hermosa victoria la de vencerse á sí mismo; pero á fin de que sea mas completo el triunfo, conviene todavía esforzarse en ganar por medio de beneficios el corazon del enemigo. ¿Cómo se vengó Licurgo del perverso que le habia abierto un ojo? Instruyéndole y convirtiéndole por este medio en un virtuoso ciudadano. ¡Cristianos, procuremos imitar al lejislador de Esparta!

La cólera es tal vez la pasion sobre la cual puede ejercerse la mas saludable influencia por medio de una educacion bien dirijida. Si se me pregunta en qué época de la niñez debe esta empezar, contestaré que en la cuna, y aun antes del nacimiento. Esta opinion, que parece á primera vista paradojal, deja de serlo, si nos formamos una cabal idea de la influencia física y moral que tiene la madre en el niño que lleva en su seno ó que cria con su leche. Con frecuencia se observan atroces cólicos y violentos vómitos en las criaturas que maman, producidos por la leche de nodrizas encolerizadas, las cuales, no solo trasmiten los dolores, sino tambien la impaciencia. Cuenta Albino que murió un niño por haber tomado el pecho de su madre que acababa de encolerizarse, y que pocos instantes antes de morir, tuvo hemorrajias por los ojos, orejas, nariz, boca y ano. He asistido á una nodriza sujeta á violentos arrebatos, de cuyas resultas sufria hemorrajias y ataques de nervios epileptiformes. Los tres niños que crió murieron de convulsiones antes de empezar la época de la denticion. Estos ejemplos y otros semejantes pueden con utilidad servir á las mujeres que crian y tienen la desgracia de ser propensas á esta funesta pasion. Si de nada sirven á las nodrizas mercenarias, serán seguramente una buena leccion para las tiernas madres, principalmente si son cristianas.

Si, como hemos observado, la cólera puede ser hereditaria (2) y trasmitirse con la leche, puede tambien comunicarse por medio del mal ejemplo; y como los niños tienen muy desarrollado el instinto de imitacion, procuremos no enseñarles un vicio que luego tendríamos que correjir.

Los preceptos que podemos dar por lo tocante á los niños que ya son coléricos, se reducen á los siguientes:

(1) «Ultio doloris confessio est.... Non est magnus animus quem incurvat injuria; ingens animus et verus æstimator sui non vindicat injuriam, quia non sentit.» (SÉNECA, *de ira*, lib. 5, cap. 6.)

(2) Véase mas adelante, la observacion 4ª.

1.° No concederles nunca lo que piden con violencia ó con rabieta;

2.° Reprenderles con suavidad cuando se entregan á algun arrebato, y castigarles á sangre fria cuando hayan ya entrado en calma;

3.° Demostrarles por los consejos de los sabios toda la fealdad de esta pasion, obligándoles á mirarse en un espejo cuando se hallen poseidos de ella.

4.° Ejercitar de un modo progresivo á los mas impacientes en los trabajos y juegos que exijan mucha maña, tiempo, órden y tranquilidad.

5.° Finalmente, si su cólera es lijera y procede del hambre, la cual es un verdadero principio de irritacion, si no se puede ó no se quiere satisfacer aquella al instante, se calmará á lo menos dándoles á beber un poco de agua pura ó azucarada. Conviene tambien este mismo consejo á los adultos de estómago delicado, quienes, si no tomasen esta precaucion, no satisfarian siempre impunemente el apetito, cuando hubiesen tardado mucho en hacerlo.

En cuanto á los inclinados al arrebato y á la violencia, debe evitarse en lo posible el sobrecargar su entendimiento de ocupaciones y estudios muy serios ó prolongados; y harán muy bien en contraer amistades con sujetos calmosos, moderados y pacientes, y en frecuentar la sociedad de señoras blandas y de talento; pues si esto no les corrije del todo, á lo menos templará notablemente el fuego de su carácter.

Medios físicos.—Pueden usarse con el mayor provecho contra esta pasion los medios hijiénicos, ya como preservativos, ya como curativos.

Así la alimentacion de los sujetos coléricos ó propensos á estarlo, en jeneral, deberá ser dulce, vejetal, láctea, mezclada con carnes blancas y sustancias grasientas y acídulas. Deberán abstenerse del vino puro, de los licores, del té, del café, debiendo tomar para bebida habitual el agua pura ó poco teñida de vino. Conviene tambien abstenerse del agua helada despues de los accesos de cólera, pues este medio, que ha encomiado la ignorancia, ha ocasionado mas de una muerte repentina por sofocacion.

Sirven tambien de poderosos auxiliares en el tratamiento de la enfermedad que nos ocupa, la pesca, los ejercicios del campo y el habitar en la campiña.

Tambien confirman muchos ejemplos la influencia que tiene para calmar la irascibilidad de algunos sujetos una música suave y graciosa.

Pueden tambien aconsejarse con frecuencia los baños de rio en verano y los templados en invierno, los cuales mejorarán sensiblemente tanto lo físico como lo moral.

Por lo tocante á las sangrías jenerales ó locales, solamente serán ventajosas en los casos de plétora ó de conjestion inminente en una de las tres grandes cavidades esplánenicas.

Observaciones.

1. Cólera habitual, curada por el temor de la muerte.

Hácia fines del invierno de 1821 llegó á mi casa, con la cara muy trastornada, M. D.***, uno de los mejores artistas de la capital, suplicándome que fuese inmediatamente á ver á su mujer, que acababa de caer en un fuerte desmayo. Subimos desde luego en un coche y á pocos minutos llegamos á su casa. La Señora D***, á la cual solo conocia de nombre, tenia cosa de cuarenta y cinco años, era de complexion muy delicada, de constitucion nerviosa, y habitualmente descolorida; su pulso á mi llegada daba 140 pulsaciones por minuto, era débil, irregular y con alguna intermitencia; tenia todavía los ojos cerrados, los labios pálidos y algo violáceos, y su cuerpo estaba bañado en un sudor frio. Recobró inmediatamente los sentidos dicha señora á beneficio de unas cucharadas de pocion anti-espasmódica que yo mismo preparé, y de las friegas con un cepillo, que tambien hice yo mismo. Su semblante confuso luego que me vió, un espejo roto de arriba abajo, y muchos pedazos de vasos de porcelana me hicieron sospechar que podia hallarse en Paris una compañera de la mujer de Sócrates, y se convirtió mi conjetura en realidad, cuando advertí que su pulso iba bajando por grados hasta dar 80 pulsaciones cada minuto, quedando todavía muy inyectadas las conyuntivas, y el labio inferior ajitado á intervalos por un temblor convulsivo. Sus primeras palabras, luego que volvió en sí, sirvieron para preguntarme si su marido me habia enterado de la causa de los accidentes nerviosos que acababa de padecer. «No, señora, vuestro marido se hallaba tan afectado, que ni una sola palabra me ha dicho en el corto intervalo que hemos estado juntos. Mas por otra parte no es difícil conocer que habeis debido á un violento acceso de cólera el largo y doloroso síncope que acabais de pasar.—Os confieso, doctor, que en este momento acabo de tener un violento temor de la muerte.—No me admira esto, señora, porque teneis una enfermedad orgánica del corazon que amenaza bastante vuestra vida; mas, lo que sí me sorprende, es que vos la agraveis dejándoos llevar de semejantes arrebatos. Por poco frecuentes que sean estos accesos, estais empleando los medios mas adecuados para acortar vuestros dias.—Y ¿seria posible que me muriese en un síncope como el que acabo de tener? —Sí, señora, y de ello hay muchos ejemplos. Verificariase en vos la muerte probablemente por una ruptura del corazon.—Pero, á lo menos no vendria repentinamente, ¿no tendria siquiera tiempo para entrar en mí?—No, señora; la muerte se verificaria en pocos segundos.»

Quedó la Señora D*** algun rato pensativa y como asombrada; y luego rompiendo de repente el silencio, me dijo con la mayor calma: «Doc-

tor, os doy las gracias por haberme dicho la verdad. Hasta ahora no habian sido suficientes mis principios relijiosos para oponerse por sí solos á que me dejase arrebatar de cuando en cuando por accesos de cólera, que luego me hacian padecer horriblemente; mas el temor de una muerte repentina me hace tomar una firme resolucion de dominarme de aquí en adelante; cuento sin embargo con vuestros sabios consejos para facilitar el cumplimiento de mi resolucion.»

Lo primero que procuré, fué variar enteramente el réjimen de la Señora D***. Proscribí desde luego la vaca asada, el carnero, y sobre todo la caza, que hacia sus delicias, y en vez de estos alimentos, demasiado sustanciosos, le hice tomar carnes blancas y verduras. Vedéle tambien el vino puro, el café y los licores; y le aconsejé que se desayunase un año seguido con una taza de leche de burra. Seguidos estos medios con la mas escrupulosa severidad, fué calmándose de cada dia el sistema nervioso de la Señora D.***; pero ejerció todavía un influjo mas saludable en su espíritu el temor de morir repentinamente; y despues de una lucha penosa consigo misma, que duró por espacio de quince meses, consiguió dominarse en términos que, durante muchos años que vivió su marido, tuvo la satisfaccion de no volver á verla entregada á ningun arrebato de cólera, ni aun con sus criadas, á pesar de que una de ellas, que tenia ya bastante edad y la servia desde mucho tiempo, la sujetaba á terribles pruebas con sus impertinencias y terquedades.

II. Cólera impotente terminada súbitamente por una conjestion pulmonar y celebral, mortal.

En 1830, el comisario de policía del cuartel del Observatorio nos requirió al doctor Devilliers y á mí para ir á certificar la causa de la muerte de un jornalero, de estatura atlética, que habia fallecido la víspera en una violenta lucha con un compañero suyo albañil.

Cuatro testigos oculares de esta funesta desgracia la refirieron al comisario en los siguientes términos: «Ayer tarde nos hallábamos todos sentados al rededor de la mesa en que se halla el cadáver, con Miguel el menor, divirtiéndonos agradablemente haciendo una partida de naipes, cuando vino á reunírsenos *Bras-de-Fer* (Brazo de hierro) y trató varias veces de enredarnos el juego. Primero tomamos la cosa á broma; pero últimamente Miguel le dijo seriamente, aunque con calma, que no estorbase mas la partida. Desde este momento Bras-de-Fer no cesó de atormentarle; le insultó, le empujó y hasta llegó á tirarle con fuerza las orejas. Empezó entónces Miguel á irritarse y le instó mucho para que dejase de inquietarle, si no queria reñir con él. Apenas oye estas palabras, empieza Bras-de-Fer un nuevo insulto; levanta á Miguel de encima del banco, cojiéndole por las orejas, le deja caer á plomo y le da tan fuer-

tes papirotazos en las narices, que le hizo salir sangre. Al verla Miguel, se enfurece y se levanta de su asiento gritando con voz terrible: «¡Tú has venido, gran pícaro, á encontrar á tu señor! pues bien, vas á hallarle.—Gozquecillo eres para mí», respondió Bras-de-Fer, riendo de lástima. Mas al mismo instante se halló cojido con fuerza por los brazos de Miguel, que le tenian los suyos apretados con fuerza á los costados, para que no pudiese valerse de ellos para defenderse. Inútiles fueron los esfuerzos de Bras-de-Fer para desembarazarse; su despecho se trueca entónces en furor; rechina los dientes, le sale espuma de la boca, y bajando la cabeza sobre la de Miguel, le muerde los cabellos y se los arranca junto con un pedazo de piel. «Pícaro,» grita Miguel con el rostro bañado en sangre, «¿quieres que apriete todavía mas fuerte?» y sus brazos hercúleos le apretaron con mas fuerza. «Perdon,» dijo entónces con voz apagada Bras-de-Fer. En su último esfuerzo, levantó Miguel del suelo á su poderoso adversario, que tenia los ojos rojos de sangre y la lengua fuera de la boca; le sostiene algunos segundos en este estado, y cuando ya no siente resistencia, le deja volver á caer en el suelo. Bras-de-Fer habia muerto.»

Era la primera vez de su vida que Miguel se habia encolerizado; aun no conocia sus fuerzas, y toda la noche estuvo llorando la muerte de su adversario.

Abertura.—En la abertura del cuerpo, el Dr. Devilliers y yo hallamos los pulmones engurjitados de una sangre negra, las meninjes muy inyectadas, y la sustancia celebral punteada en mas de una pulgada de profundidad. Segun estas lesiones patolójicas y los signos conmemorativos que supimos por los testigos de la lucha, creímos deber declarar en nuestra relacion que obra en la causa, que la muerte repentina habia procedido de una violenta conjestion pulmonar y celebral, producida, no tanto por la compresion hecha en los costados, como por la cólera impotente que habia arrebatado á Bras-de-Fer, cólera que en muchos casos habia sido suficiente por sí sola para ocasionar una terminacion tan funesta. Miguel ni siquiera llegó á ser arrestado.

III. Melancolía con frecuentes accesos de furor, producida por una flegmasia aguda pasada al estado crónico.

La jóven Carolina, muy activa y de fuerza atlética, era notable por la suavidad, la jovialidad y la igualdad de su carácter. De los catorce á los diez y nueve años, los quehaceres domésticos y campestres le servian de ocupacion tan grata como saludable. Divertíase además cuidando los caballos, los cuales montaba, no como una amazona, sino como un verdadero escudero, ó convirtiéndose en un infatigable peon, hacia en un dia

diez y doce leguas á pié, y al siguiente volvia á continuar sus pesadas tareas.

Carolina, á consecuencia de un cambio en la fortuna de sus padres, tuvo desgraciadamente que variar este jénero de vida que le era tan favorable; y de los diez y nueve á los veinte y cuatro años, se dedicó asiduamente á la costura. Desde dicha época sus miembros, hasta entónces tan robustos, se debilitaron progresivamente, y haciéndose predominante el aparato de la inervacion á espensas del sistema muscular, empezó á sentir cardialjías, sudores abundantes, desvelos y un lijero temblor convulsivo acompañado de impaciencias de corta duracion.

Casada, á los veinte y cinco años, con un hombre tan honrado como de buen jenio y laborioso, hízose embarazada, y desde *aquel* momento empezó á tomar aversion á una hija de cinco á seis años que tenia su marido de su primer matrimonio.

La Sra. M***, en mayo de 1836, dió á luz una hija; durante el parto, que fué muy laborioso, tuvo una copiosa hemorrajia, uterina, y despues una metroperitonitis tan intensa, que en febrero de 1838 no estaba todavía restablecida, cuando me hizo llamar para que la asistiese.

En esta época estaba todavía pálida; las facciones estaban tensas (*facies uterina*); sentia continuos dolores en el epigastrio y en la rejion sacro-lumbar, las dijestiones eran laboriosas; las deposiciones raras y penosas; los menstruos poco abundantes, y el útero estaba dolorido. Por otra parte, la moral de esta mujer, en otro tiempo tan jovial y amable, se habia resentido notablemente del estado morboso de las vísceras abdominales. Así, hallábase su existencia minada por una profunda tristeza; estaba habitualmente taciturna y solitaria; huia de la luz; no queria tampoco mirar á la calle, porque hasta la vista de los transeuntes aumentaba su tedio á la vida; luego, de repente y sin motivo plausible, se entregaba á violentos accesos de cólera ó mas bien de furor contra su hijastra, contra su propia hija de dos años, y aun contra sí misma. Un gorro que le llevaron y no estuvo á su gusto lo hizo pedazos y lo pisoteó; y sacando bruscamente sus zapatos y doblándolos por medio, los mordió convulsivamente. Su hijastra, trémula testigo de sus arrebatos coléricos, llegó á hacer por desgracia un pequeño movimiento; mas ella le echó una terrible mirada y estuvo tentada de tirarla por la ventana, pero la contuvo el temor de las leyes y se desahogó azotándola cruelmente. Oyó en este intermedio llamar á la puerta; contúvose asustada y le dijo con voz ahogada: «Niña, si es tu padre, guárdate de decirle nada; si no..... » En el largo intervalo que tardó la desgraciada en abrir, compuso su rostro y su vestido, pero su corazon latió con violencia largo tiempo, y esperimentó en el centro nervioso epigástrico un espasmo doloroso que habria durado unas doce horas, á no haber sobrevenido una crísis saludable por medio de abundantes lágrimas.

Tales eran los accesos de cólera á que sentia vivamente estar sujeta la enferma, y para cuya curacion tuvo á bien recurrir á mi esperiencia.

Diagnóstico. —Metroenteritis crónica y neurósis del gran simpático. — Melancolía complicada con unos lijeros zelos y frecuentes accesiones de furor.

Tratamiento. — Baños jenerales tibios, lavativas emolientes, inyecciones narcóticas, grandes cataplasmas en el abdómen por la noche, tisanas mucilajinosas, endulzadas con jarabe de orchata. — Caldo frio, carnes blancas tambien frias.— Sustituir los cordones del talle, que fatigan el estómago, con tirantes, que sostienen mejor el zagalejo y no comprimen los órganos enfermos. — Ejercicio moderado. — Alguna distraccion.

En un mes pude ya observar un lijero alivio; hice continuar los mismos medios, y añadí unas tablitas de magnesia alternadas con otras de bicarbonato de sosa, y el uso del *pan de centeno* en todas las comidas.

Pasados diez dias de esta segunda prescripcion, habia una mejora muy reparable, tanto en el físico como en el moral; habia desaparecido la constipacion habitual; la enferma se hallaba menos triste y menos irascible; sin embargo la presencia de la hijastra parecia incomodarla. Esta fué puesta á pension, á consecuencia de mis consejos. Apenas habia pasado un mes de esta separacion, cuando en la salud de la Sra. M*** habia ocurrido una completa metamórfosis; su fisonomía era mas abierta, y aun á veces risueña; era mas amable con su hija, y aun avergonzada del recuerdo de los malos tratamientos que habia hecho sufrir á la hijastra, la iba á visitar con bastante frecuencia, cuidándola bien y acariciándola mucho. Las dijestiones por otra parte eran perfectamente buenas; verificábanse diariamente las evacuaciones albinas; venian y en bastante abundancia los menstruos; el útero y la rejion sacro-lumbar ya no estaban doloridos, y últimamente, el epigastrio, que lo habia estado tanto, podia sufrir una presion vertical fuerte; sin embargo en comprimiéndolo un poco de izquierda á derecha, saltaban luego involuntariamente lágrimas.

Estoy convencido de que nada dejaria que desear la curacion física y moral de la Sra. M.***, si pudiese ir á vivir en el campo; me inclino á creer que pronto llegaria otra vez á adquirir su constitucion primitiva, en lugar del predominio nervioso que tanto la ha hecho padecer desde que dejó los campos para ir á la ciudad, y trocó los caballos y la azada por la silla y la aguja.

IV. Cólera hereditaria terminada por un suicidio.

Jaime Alfonso B*, natural de Paris, del cuartel de los Mercados, era

hijo de padres de una constitucion muy sanguínea y de carácter violento, que casi todos los dias se entregaban uno ú otro á arrebatos de cólera, que llegaban á veces á ser furiosos. Principalmente su padre, aunque tenia un escelente corazon, no podia refrenar sus arrebatos (1).

Habiendo heredado Alfonso, lo mismo que sus hermanos, esta funesta disposicion, que no pudo modificar la educacion, manifestó desde sus primeros años un carácter aun mas violento que el de su padre, y fué haciéndose, á medida que creció, el terror de todos los vecinos, por la fuerza atlética que tenia.

Este jóven, sin embargo, no dejaba de tener prendas apreciables; un esterior agradable, suma franqueza de carácter y una bondad natural que le disponia siempre á servir á los demás le granjearon amigos; y á estas ventajas personales debió muchas veces el librarse de los riesgos á que le esponia su carácter violento.

Habiendo su madre enviudado muy temprano, tenia con él estremada condescendencia, de la cual abusó, no queriendo ceder á sus órdenes, cuando quiso obligarle á elejir una profesion. Habiendo despreciado cuantas se le ofrecieron, se entregó por algun tiempo á la holgazanería; subió despues á los tablados de los saltimbanquis; despues á los teatros del Baluarte, y finalmente se abandonó á todos los estravíos de la juventud.

Una riña violenta, provocada por él mismo, en la cual derribó á cuantos querian oponerse á su furor, le costó muchos meses de cárcel, los cuales le hicieron volver un poco en sí. Habiendo alcanzado su libertad, sentó plaza en carabineros; pero lejos de disminuir sus arrebatos la disciplina militar, mas bien sirvió para aumentarlos por las contrariedades que á cada paso tenia que sufrir. Un dia entre otros que estaba de guardia, se le mandó que hiciese centinela; mas él se resistió, y fuése exasperando poco á poco. Entónces sus camaradas se le pusieron al rededor y le aconsejaron que obedeciese; mas él, en vez de escucharlos, se precipitó contra ellos, los derribó, les obligó á escaparse del cuerpo de guardia, y los habria asesinado, si hubiesen estado cargadas las armas. Costóle esta nueva calaverada otros tres meses de cárcel; y á no haber sido por la bon-

(1) Cierto dia que se hallaba en uno de sus accesos, no habiendo respondido con bastante prisa su hija de catorce años á una pregunta poco importante que acababa de hacerle, la cojió con violencia é iba á arrojarla al fuego, cuando afortunadamente llegó su mujer y se la sacó de los brazos. Pocos minutos despues lloraba de arrepentimiento y colmaba de cariños á la misma hija que á poco mas habria sido víctima de su arrebato.

De los cinco hijos que tuvo este hombre, los cuatro eran muy irascibles. La jóven de quien acabo de hablar era la única que tenia un jenio muy dócil, el cual debia á la educacion cristiana que habia recibibo. Tan cierto es que *debemos tanto á nuestra atmósfera física y moral como á nuestra primitiva constitucion.*

dad de sus jefes, habria tenido que pasar por un consejo de guerra.

A mas de estas violentas escenas, que ocurrian con frecuencia de un modo mas ó menos grave, se dedicaba tambien al duelo, y era jeneralmente temido por la destreza con que manejaba las armas. Sin embargo, como tardaba tan poco en arrepentirse de sus arrebatos, y era de natural bueno y jeneroso, apreciábanle á pesar del temor que infundia.

En 1832 (estaba sirviendo en el 1er. rejimiento de artillería montada), obligóle repentinamente una casualidad imprevista á dejar ese jénero de vida, que no habia contribuido poco á exaltar sus pasiones. Tuvo que sufrir la amputacion de la pierna derecha en el hospital del *Gros Caillou* para curarse de una coz de caballo que habia recibido en el pié: en estas circunstancias se entregó, como en todas las otras de su vida, á movimientos tan frenéticos, que tuvo que sufrir males inauditos, resultando dudosa por mucho tiempo la curacion.

Retirado entónces Alfonso del servicio, y habiéndose resuelto á llevar en lo sucesivo una vida mas regular, se casó y emprendió un comercio que no tardó en proporcionarle una mediana fortuna. Amaba perdidamente á su mujer, que era jóven y muy agradable; pero á pesar de su amor, no dejaba de hacerla muy desgraciada por sus continuos arrebatos, los cuales llegaron á ser tantos, que acabaron por alterar gravemente la salud de aquella. Habiendo llamado Alfonso al doctor Roy, que es quien me ha proporcionado estas noticias, le contó sinceramente sus estravíos, y este contribuyó con sus buenos consejos á suspender por algun tiempo los accesos de furor que tanto hacian sufrir á la desgraciada esposa. Lloraba muchas veces el desdichado Alfonso acusándose de haber ocasionado la enfermedad de su mujer; hablaba muy solícitamente del hijo de entrambos, y observaba con inquietud que el carácter del mismo, que no tenia entónces mas que tres años, propendia ya á asemejarse al suyo; prometiéndose sin embargo reprimirle por todos los medios que estuviesen á su alcance. Así en los momentos de razon y de arrepentimiento, tomaba Alfonso consigo mismo las mejores resoluciones, y todo parecia prometer que llegaria á correjirse; mas á la menor ocasion de enfurecerse que se ofrecia, iban siempre al traste todos aquellos propósitos.

Ultimamente el 3 de diciembre de 1838, volvió por la tarde á su casa, habiendo bebido durante el dia algunos vasos de aguardiente, licor que le producia en el celebro una escitacion que no podia dominar. Sin embargo no estaba borracho, y aun parecia gozar de una perfecta calma. Hallando casi apagado el fuego, quiso encenderlo; mas mientras lo soplaba, el viento le echó á la cara algunas ráfagas de humo que desde luego le impacientaron mucho; redoblando sus esfuerzos de soplar, se le agolpó tambien el humo en la cara, y helo aquí furioso. Separando entónces con un solo movimiento las dos hojas del fuelle, las arrojó al fue-

go; entró un instante en el cuarto inmediato, y su mujer azorada estaba inmóvil, temerosa de algun nuevo arrebato. Efectivamente, volviendo á entrar en el mismo cuarto donde habia el fuego con el fuelle ardiendo en medio, el insensato, á la vista del mismo, no pudo contener mas su rabia. Y prorumpiendo en invectivas contra sí mismo, echó en el suelo é hizo pedazos la mesa que tenia preparada, y en su frenesí, cojió un largo cuchillo y se lo clavó en el abdómen.

Llamado inmediatamente el doctor Roy para asistirle, le prodigó los mas asiduos cuidados, prolongándole cuatro dias la existencia. Alfonso, algunos minutos antes de entrarle la agonía, hizo señal á dicho doctor para que se le acercase, y le dijo: « ¡Doctor, soy un desgraciado; olvidé que tenia una mujer y un hijo! Hoy pago el fruto de mis arrebatos; mi vientre se hincha..... (1) no tengo remedio... Velad, por Dios, sobre mi hijo; haced que no se me parezca en el carácter. » Dichas estas palabras, espiró. Tenia treinta y tres años.

V. Cólera periódica dejenerada en habitual, y convertida en necesidad en una mujer del pueblo sexajenaria. Observacion recojida en una de mis consultas á los indijentes del cuartel de San Jaime (Quartier Saint-Jacques de Paris).

El 12 de mayo de 1835, despues de haberme contado con mucha pena sus sufrimientos una mujer asmática, me dijo con voz casi apagada: «Mirad, señor doctor, en vez de quererme curar, valdria mas que me dieseis un poco de *jarabe de abeto* para mandarme mas pronto al *Monte Parnaso* (2). Desde que tengo uso de razon, me curasteis de una hidropesía con las tisanas; mas en el dia mi asma me está sofocando; de nada me sirven las *porciones* (pociones); vos no quereis recetarme sanguijuelas; yo bien sé que he de morir. » Así me habló la pobre Bremant, habitante en la calle de los *Amandiers*, n.º 16.

Inmediatamente tras ella llegó una especie de dragon de figura escéntrica, cara rubicunda, bigotes rubios, nariz engranujada, que olia fuertemente á pipa y aguardiente como un marino. Aquella mujer singular, que yo habia reparado ya que encojia los hombros á cada queja de la viuda Bremant, habia llamado mi curiosidad. Parecíame que su jesto y risa sardónica querian significarme: *¡Otras he visto yo por el mismo estilo!* y no me equivoqué. Cuando quedamos solos, fijé un instante la vista en su burlesco traje: llevaba en la cabeza un gorro rojo, un delantal de cuero, polainas de lo mismo, un chaleco de ropa negra, perfectamente abotonado, que hacia contraste con su vestido amarillento; esta era María Ana S***, de edad de sesenta y cuatro años.

(1) Sucumbió á una inflamacion del peritoneo con derrame.

(2) Nombre de uno de los cementerios de Paris. (N. del T.)

Cuando conoció que yo habia acabado mi inspeccion, me dijo, llevando respetuosamente la mano á su cabeza: «Mayor, os ruego que no hagais caso de mi traje. Tal como me veis, no he sido siempre lo que ahora. En el dia limpio los zapatos y barro los arroyos de las aceras, yo, veterano, honrado con tres heridas.» Y al mismo tiempo me enseñó su pecho atravesado por un fusil vizcaino, una ancha cicatriz en el muslo izquierdo y otra en la muñeca derecha.

«Mas, dejemos ahora eso, dijo María Ana enjugándose dos gruesas lágrimas; quiero hablaros de un violento dolor de costado que me quita la respiracion y del cual bien quisiera que me aliviaseis. Ahora, como al médico es preciso decírselo todo, os confesaré, mayor, que todo eso creo que no es otra cosa sino una *cólera reentrada*, porque cuando casco, y todavía mejor, cuando aporreo á los que me enfadan, me hallo muy bien. Así fué que habiéndome ajado ayer medianamente una anciana, me contuve lo posible por no atropellarla, lo que me produjo inmediatamente ese maldito dolor de costado, cabalmente en el mismo punto en que dos años atrás se me hundieron dos costillas en una lucha que tuve yo sola contra once mujeres. Por esta relacion pensaréis indudablemente, mayor, que soy una bribona; pero nada de eso. María Ana, si la conocieseis, sabriais que es mansa como un cordero; pero si ve que maltratan á una mujer ó á una criatura, se sale de sus quicios y la emprende á sopapos, salga lo que saliere. No hay cuidado de que se busque camorra á las hermanas de la Caridad, cuando se halle allí María Ana; nadie chista entónces; asi pues, bien podeis conocer que nada tengo de mala. Tampoco he podido sufrir que nadie me mirase con malos ojos. Así me sucedió en el ejército; desde luego que me reconocieron por mujer, vinieron á mi rededor una turba de amantes á obsequiarme; desde luego les propuse hacer una partida de sable y me dejaron en paz. Porque debeis saber que en nada me asemejo á las de mi sexo; os aseguro que nunca he sido aficionada á coser y mucho menos al trato de los hombres; á haberme gustado estos, otro gallo me cantara. Gracias á Dios, tenia á mi disposicion los mas lindos granaderos del ejército, la flor de la Francia; yo estaba sirviendo entónces en la *vieja*... Y á pesar de eso, no pensaba mas que en mi pipa, en mi botella y en mi sable.

«Y, añadió, decidme, os ruego, ¿cómo cabe que á mi edad de 64 años (1) bien cumplidos, no pasen nunca tres dias sin que me entren furiosas ganas de batirme, si es que ya no me he batido antes, se entiende? En otro tiempo me batia con el sable; desde que he dejado el servicio, riño á la inglesa; pero lo mismo me tiene; necesito batirme, y de lo contrario, me sofoco. Mirad, creo que á lo menos han pasado ya tres

(1) Nació María-Ana S** el 5 de febrero de 1771.

dias; y solo de pensar en ello ya me está hirviendo la sangre.» En eso se pusieron centellantes sus pequeños ojos, inyectóse su rostro, se hincharon considerablemente sus venas yugulares por debajo de la piel del cuello, y en un acceso de tos que tuvo, arrojó en mi presencia muchos esputos teñidos de sangre colorada.

A beneficio de una sangría de brazo de 16 onzas, de algunos baños jenerales y tisana de cebada endulzada con el jarabe de consuelda, quitóse el dolor del costado, desapareció el esputo de sangre y se suspendieron por espacio de un mes los arrebatos periódicos de María-Ana. Mas, pasados ya treinta y dos dias, sufrió por espacio de tres semanas ajitaciones nocturnas, para cuya curacion empleé sin ningun fruto varios remedios. Habiendo salido un dia de su cuarto, á pesar de tenérselo yo prohibido, tuvo ocasion de separar á dos sujetos que estaban riñendo; para lograrlo gritó, se enfureció y hasta sacudió algunos golpes con la sencilla intencion de apaciguarlos; mas desde entónces no han vuelto á reproducirse los sueños estraordinarios que la fatigaban, gracias á algunos ejercicios jimnásticos que hace por mi consejo, paseando á menudo la plaza Maubert y las calles adyacentes, en donde la tienen un miedo cerval.

CAPITULO IV.

DE LA PEREZA.

La pobreza es compañera de la pereza, el bienestar es el fruto de la actividad.

(Proverb., 10, 4.)

Definicion y sinonimia.

Llamábase en otro tiempo *paresia* una parálisis poco intensa en la que habia privacion del movimiento y no del sentido. Hemos formado nuesro sustantivo *pereza* de la palabra grieg a πάρεσις, *flojedad*, *debilidad*, que corresponde á la *pigritia* de los Latinos.

Puede definirse la pereza una habitual inclinacion á permanecer en inaccion y unacomplacencia en permanecer en ella. Segun Girard, «la

pereza es un vicio menos intenso que la *haraganería ó desidia*; la primera parece efecto del temperamento, y la segunda del carácter del alma.» Segun el mismo gramático, «el término pereza debe aplicarse tanto á la accion del espíritu como á la del cuerpo, y la haraganería solo á la de este último. — El perezoso teme la pena y la fatiga que con el trabajo se esperimenta; es lento en sus operaciones y muy tardo en acabar su tarea. El haragan desea estar desocupado, odia la ocupacion y huye del trabajo.

La *dejadez*, la *indolencia* y la *haraganería* son, á mi modo de ver, tres especies del jénero *pereza*, y el hábito de ellas constituye el *perezoso*. Por una disposicion, muchas veces involuntaria, el *dejado* no se mueve sino con suavidad y lentitud; el *indolente* trabaja, pero con indiferencia, y el *haragan* tiene una aversion concentrada á toda ocupacion, tanto del cuerpo como del espíritu; habiendo llegado algunos á consolarse de ver acercar su fin, con la sola idea de que así pronto nada tendrian que hacer.

De un modo jeneral puede decirse que la dejadez procede de falta de fuerzas; la indolencia de falta de sensibilidad, y la haraganería de falta de enerjía física y moral.

La *desocupacion*, estado de aquellos que nada tienen que hacer; la *inaccion*, estado de los que nada hacen, y la *ociosidad*, abuso de tiempo, estado de aquellos que lo emplean en cosas frívolas, son tres azotes tan funestos á las sociedades como á la misma pereza con la que se han confundido algunas veces.

« De todos nuestros defectos, dice La-Rochefoucauld, la pereza es el que estamos mas dispuestos á reconocer (1); nos figuramos que no es un óbice para tener todas las demás virtudes agradables, y que sin destruirlas enteramente, se limita á suspender sus funciones; pero añade el autor de las *Máximas morales*: « Si consideramos con atencion el influjo que en las mismas ejerce, verémos que siempre llega á hacerse dueña de nuestros sentimientos, de nuestros intereses y de nuestros placeres; que es la *rémora* ú *obstáculo* que detiene á los mayores navíos; que es una bonanza ó calma mas peligrosa que los escollos y las tempestades para los negocios mas importantes.»

La pereza es tal vez la mas frecuente de todas las pasiones. Así pues nunca nos preservarémos demasiado de ella, porque la incuria, el reposo y los agradables delirios ó caprichos que suelen acompañarla la convierten en uno de los mas agradables estados que puede el hombre dis-

(1) «¿Cómo se entiende que, siendo vos, como sois, fuerte, jóven y sano, no os avergonzeis de no ganaros honradamente la vida? decia un dia Saint-Lamberto á un mendigo? — ¡Ah! Señor mio, le contestó este con candor; ¡si supieseis lo perezoso que soy!»

frutar en la tierra. Solo pertenecia á la moral de Epicuro el predicar la voluptuosidad de la pereza ; pero el cristianismo la reprueba con justicia, como enemigo de la sociedad, como el orin de la intelijencia y como el manantial de todos los vicios.

Causas.

La pereza es inherente á la infancia, cuyos primeros años deben dedicarse esclusivamente á la nutricion, al sueño y al juego. Depende del goce íntimo de sentir que existe en la molicie y sin esfuerzos de ninguna especie. Por esta razon los viejos tienen mas inclinacion á ella que los adultos, cuyo cuerpo goza de mucha mas ajilidad, y su espíritu de mayor actividad.

La constitucion que mas predispone á la pereza es indudablemente la linfática, la cual, segun hemos visto, se halla caracterizada por la atonía de todos los sistemas y por una falta mas ó menos completa de enerjía. Los sujetos muy obesos ó de estatura muy alta, que tienen los miembros delgados, son mucho mas apáticos que los pequeños y rechonchos.

Casi no puede decirse absolutamente en qué sexo se hallan mas perezosos: el jénero de trabajo ó la profesion, la educacion y la posicion social contribuyen á que sea muy difícil apreciar el resultado variable de todas estas circunstancias. Sin embargo, me inclino á creer que entre los pobres, las mujeres son jeneralmente mas trabajadoras que los hombres, y que sucede lo contrario en las personas acomodadas. En la clase media de la sociedad, me parece que hay un equilibrio perfecto de actividad en ambos sexos.

La misma dificultad se halla cuando se trata de investigar la influencia que en las pasiones tiene la pereza. Finalmente, aunque no admita, como mi agudo y sabio cofrade el doctor Munaret, que la *jente del campo no conoce ni comete mas que seis pecados capitales*, no podré menos de confesar que los habitantes de las ciudades son mucho mas inclinados á cometer el séptimo que los del campo, en quienes el aire libre robustece el cuerpo, y el hábito convierte el trabajo en un placer.

Los estremos del frio y del calor nos ponen en un estado de estupor y de torpeza que puede detener las ruedas de nuestra organizacion, y hasta llegar á ocasionarnos la muerte.

Y aun algunas comarcas, á pesar de no estar situadas debajo del ecuador, ni en las inmediaciones de los polos, tienen tambien una temperatura que favorece la dejadez, la indolencia y la haraganería, siendo ya proverbiales la molicie de los Orientales, la inactividad de los criollos y el *sacrosanto far niente* de los Italianos.

La habitacion en paises pantanosos es tambien otra causa atmosférica que produce y sostiene la pereza, principalmente si los alimentos que se usan al mismo tiempo son poco sustanciosos.

Si bien el sueño muy prolongado nos deja pesados, tambien un sueño escesivamente corto nos pone en un estado de dejadez que nos imposibilita para toda especie de trabajo, hasta que una cantidad suficiente de reposo nos haya devuelto nuestra actividad habitual.

Nadie ignora que muchas enfermedades empiezan por una sensacion de malestar jeneral, acompañada de bostezos, esperezos y de una dejadez que no nos permite que hagamos el menor ejercicio. El mismo efecto producen tambien los tiempos borrascosos, la constitucion médica tifoidea y algunas enfermedades crónicas. En la época de la pubertad, manifiestan tambien la mayor parte de los jóvenes de ambos sexos una apatía que no puede atribuirse sino al desarrollo crítico que se está verificando en ellos.

Señalarémos tambien, entre las muchas causas de la pereza, el influjo de los gobiernos despóticos, del fatalismo y del vasallaje, la falta de civilizacion, el onanismo, el trato con personas ociosas, haraganes y disolutas, y sobre todo la falta de relijion, la cual, bajo pena de muerte espiritual, obliga al hombre á trabajar, enseñándole que la vida no es un puerto, sino un destierro, y que él es la única criatura visiblemente condenada á ganar el sustento con el sudor de su rostro.

Carácter del perezoso.—Efectos y terminacion de la pereza.

El perezoso, lo mismo que los animales *tardi-grados* (1), que tambien se llaman *perezosos*, se conoce por su aspecto triste, su mirar pesado, su andar dejado y la lentitud habitual de todos sus movimientos, por pequeños que sean; el perezoso suda por estar en reposo. El solo instante del dia en que se puede sorprender en él alguna ajilidad es en el momento de acostarse; entónces verdaderamente se da prisa; en un abrir y cerrar de ojos, se desnuda, se tumba y se queda dormido. Por otra parte su sueño es largo y profundo (2); se dispierta lenta y difícilmente; pasa

(1) Los *tardi-grados*, que se llaman así por la lentitud con que andan, forman un jénero de mamíferos que por dicha razon se llaman *perezosos*.

(2) Hay otras dos señales características de los perezosos, y son, que tienen aversion á los relojes, porque les echan en cara el tiempo que han perdido, y al ruido de las campanas, porque les dispiertan. Alibert conoció á uno cuyo amigo mas íntimo alcanzó un puesto eminente. «Espero, le dijo este último, qne mientras estoy empleado, os aprovecharéis de mi favor y me indicaréis lo que deseais, para promover yo vuestros proyectos.» Pidió el perezoso algunos dias para reflexionarlo; pasado algun tiempo, pidió próroga, y finalmente una tarde en que su poderoso protector le obligó á esplicarse, le dijo: «Quisiera

mucho tiempo en el tocador, y sin embargo lo tiene desordenado y casi siempre algo puerco. Es entre todos los hombres el que mas se deleita en que vaya pasando el tiempo y el que posee el medio mas cierto para arruinar á su familia ó dejarla en la miseria. Es tambien un sér enervado de cuerpo y de espíritu, jeneralmente tragon, jugador, vicioso, egoista, irresoluto, desordenado, inexacto, embustero, y tan fácil de enojarse como de enojar á los demás. Bajo cualquier aspecto no puede considerarse en él mas que un hombre nulo ó á lo mas mediano; porque cuidando poco de lo presente y guardándolo todo para el dia de mañana, se queda siempre con la mera intencion de hacer algo.

La obesidad, que, segun hemos visto, predispone á la pereza, es tambien otra de sus mas frecuentes terminaciones. Tras ella vienen una escesiva dificultad de respirar, el engurjitamiento de las vísceras abdominales, un sopor continuo, el atontamiento, la hidropesía y la apoplejía, que muchas veces es fulminante. Esto en cuanto al individuo, cuya vida es mucho mas corta que la de los hombres activos y laboriosos.

En cuanto á la sociedad, nada bueno puede esperar del perezoso, pues no hace mas ni menos que un avispon en una colmena. Ciudadano inútil y que solo sirve de carga al estado, moriria como ha vivido, sin dejar señales de haber pasado por la tierra, si sus vicios ó la suma necesidad no le proporcionasen muchas veces la enerjía y la triste celebridad del crímen. En efecto, el juego, el robo, el asesinato, que prefiere al trabajo, le conducen con harta frecuencia de la cárcel al presidio y del presidio al cadalso.

De 38.421 acusados, juzgados por los tribunales criminales del reino en el espacio de cinco años, 6.051 vivian en la ociosidad, á saber:

En 1835. . .	1.178
En 1836. . .	1.152
En 1837. . .	1.399
En 1838. . .	1.212
En 1839. . .	1.110

De suerte que en el espacio de cinco años la ociosidad ha conducido al crímen cerca de la sexta parte del número total de los acusados; resultado que bien merece llamar toda la atencion de los lejisladores.

Hé aquí ahora el estado oficial de los vagabundos (1) y de los mendigos capturados en Francia durante un período de quince años.

que pudieseis obtener del rey que se mandasen quitar esas importunas campanas que tengo tanta cerca de mi habitacion y me privan de dormitar.»

(1) Entiende la ley por vagamundo ó jente sin hogar los que no tienen domicilio cierto, ni medios de subsistir, y que no ejercen habitualmente ningun ofi-

Tabla de los individuos detenidos en Francia por vagancia y mendicidad.

AÑOS.	VAGABUNDOS.	MENDIGOS.
1825. . .	2.251. . . .	252.
1826. . .	2.801. . . .	285.
1827. . .	2.756. . . .	620.
1828. . .	2.935. . . .	967.
1829. . .	2.858. . . .	1.770.
1830. . .	3.202. . . .	1.190.
1831. . .	3.003. . . .	1.805.
1832. . .	3.594. . . .	2.217.
1833. . .	2.991. . . .	1.768.
1834. . .	2.738. . . .	1.450.
1835. . .	2.998. . . .	1.804.
1836. . .	2.960. . . .	1.787.
1837. . .	3.069. . . .	1.998.
1838. . .	3.310. . . .	2.499.
1839. . .	3.390. . . .	2.550.
En quince años. . . .	45.056.	22.662.

Tratamiento.

El tratamiento de la pereza ha de variar necesariamente, lo mismo que varian las muchas causas que pueden ocasionarla y sostenerla.

Si no es mas que una simple dejadez, producida por un estado morboso accidental, desaparecerá desde luego que se recuperen las fuerzas, las cuales podrán tambien aumentarse por medio de un réjimen adecuado.

Si procede de una constitucion linfática muy desarrollada, será necesario esforzarse en modificar el organismo por medio de todos los estimulantes apropiados para cambiarla diametralmente. Así se procurará que el enfermo duerma poco; se le prohibirá absolutamente el uso habitual de las legumbres, de las frutas y de las sustancias lacticinosas, y se le prescribirán alimentos algo aromáticos, compuestos principalmente de

cio ú profesion. «El vagamundo, segun M. Frogier, es la personificacion de todas las clases de malhechores. Se aplica en su acepcion mas limitada el nombre de vagamundos á aquellos que, cubiertos de los harapos de la miseria, viven en una continua ociosidad, sin tener precaucion ni enerjía, sumerjidos en una especie de torpeza que hasta llega á quitarles la sombra del carácter viril.

carnes asadas, y un poco de vino jeneroso. Tambien podrán ser ventajosas las tisanas amargas, el café y las fumigaciones de tabaco; el habitar en un pais seco y montañoso, los ejercicios del campo aumentados progresivamente, hechos en compañía de personas activas, los viajes á pié, la caza, la música militar, el baile, la natacion, los baños de mar, la jimnástica y las friegas son los medios mas á propósito para proporcionar al cuerpo, y por consiguiente al entendimiento, el grado de enerjía necesario para el trabajo.

A la privacion de alimentos, á los golpes y á los otros castigos que se dan indistintamente á los escolares y á los aprendices jóvenes perezosos, quisiera que se sustituyesen medios mas racionales, mas suaves y quizá mas eficaces. Por ejemplo, antes de castigar con rigor á un niño que no trabaja con gusto, conviene á lo menos asegurarse de si aquello que de él se exije es superior á sus alcances ó á sus fuerzas. Empléense despues los medios mas propios para que el trabajo tenga para él algun atractivo, estimulando para ello con algun artificio su curiosidad, su amor propio, su interés ó su afeccion para sus padres; y preséntesele cada nuevo objeto de estudio mas bien como una recompensa que se le da que como una obligacion que tenga de cumplir. Procúrese sobre todo que el trabajo sea tanto mas variado cuanto mas jóvenes sean los niños; y que sea interpolado con las horas de las comidas y de recreo. Y cuando á pesar de todas estas precauciones y del uso infructuoso de todos estos medios, nada se adelante, podrémos entónces apelar á medidas de rigor proporcionadas á la mala voluntad de los educandos.

Si la pereza en los jóvenes no reconoce otra causa que el hábito de la inaccion ó el influjo de un mal ejemplo, se corrije muchas veces, haciéndoles frecuentar por largo tiempo á hombres activos y laboriosos; poniéndoles á la vista holgazanes reducidos á la miseria y haciéndoles ver el contraste que forman con los laboriosos que han llegado á formarse una posicion ventajosa. Si esto no bastase, convendria reducir al perezoso á encontrar solo en su trabajo los medios de subsistir. Conviene observar que todos los dias se hallan jóvenes perezosos ó desocupados por haberles sus padres dado imprudentemente noticia de sus riquezas; cuyos jóvenes no han dejado de abrazar con ardor una profesion desde luego que su familia se ha visto perseguida por los caprichos de la fortuna. Yo mismo ví una desgracia semejante, finjida con mucha maña, inspirar el amor al trabajo á un escelente jóven, que, demasiado convencido de la opulencia de sus padres, habia pasado mucho tiempo sin querer hacer nada. Finalmente, la pasion del amor, lo mismo que la necesidad, madre de la industria, dispertando algunas veces la ambicion, ha servido con frecuencia para volver activos á algunos dejados que vejetaban en la inaccion mas vergonzosa.

En cuanto á la numerosa clase de los haraganes, de los vagabundos y de los mendigos robustos para trabajar, los gobiernos, por mas que hagan, nunca se escederán en tomar medidas represivas y muy prontas para purgar de ellos á la sociedad, de la cual son una de las mayores carcomas. «Desde que el pobre entregado á las malas pasiones deja de trabajar, dice M. Fregier, viene á constituirse un enemigo de la sociedad; pues deja de cumplir la ley suprema de la misma, que es el trabajar.»

Hace mucho tiempo que está reclamando el órden social una asistencia mas eficaz y mejor administrada de la indijencia, tanto como la estincion de los abusos de la mendicidad. Hasta ahora no se ha meditado con bastante seriedad esta cuestion importante y tan vital para los gobiernos. Estos se han contentado con algunos mezquinos ensayos, con medidas parciales, poco enérjicas, y alguna vez inhumanas; y de aquí ha procedido que de nada sirviesen las muchas limosnas y los deseos de la jente honrada; al paso que solo han podido cumplirse incompletamente las leyes represivas de la haraganería y de la vagancia.

Por lo tocante á Francia, mientras los Comunes no tengan los suficientes medios pecuniarios para cubrir las cargas que les impone el artículo relativo á los socorros domiciliarios; mientras no puedan abrir talleres de caridad que impidan al indijente el caer en la degradacion del mendigo; y por último, mientras no tengamos grandes hospicios de refujio y una colonia especial para trasportar á ella los mendigos aptos para el trabajo que reincidan en la mendicidad (1), la misma ley, todavía vijente del 24 vendimiario del año II de la república, no podrá cumplirse sino en pequeñísima parte.

Entre tanto los particulares caritativos y las administraciones de beneficencia han de rivalizar en celo y esfuerzos para aliviar á los verdaderos pobres; y digo los *verdaderos pobres*, porque si bien la relijion cristiana nos obliga á ayudar á nuestros hermanos desgraciados, tambien exije que hagamos las limosnas con discernimiento, para que los socorros que hemos de distribuir á los indijentes no sirvan para fomentar la pereza y favorecer la vagancia (2).

(1) Debiera tambien procurarse establecer en Francia colonias de indijentes, pudiéndose proveer abundantemente para su subsistencia por medio del desmonte de terrenos incultos. Véase la *Note sur les colonies d'indigents*, publicada por M. Leopoldo de Ballaing; y el informe de M. Cochin sobre *l'extinction de la mendicité*, Paris 1829.

(2) Entre los recientes trabajos propios para ilustrar la importante cuestion del pauperismo, de la cual se está ocupando el gobierno, citarémos la escelente obra de M. de Gerando, titulada *De la bienfaisance publique;* la de M. Frégier, *des classes dangereuses de la population dans les grandes villes*; la que acaba de publicar M. de Bazelaire con el siguiente título, *Des institutions de bienfaisance*

Ejemplos y observaciones.

1. La pereza y el cadalso.

Entre los ejemplos de los tristes resultados que puede ocasionar la pereza, hay uno que merece mas particularmente fijar la atencion, hablo del que nos legó el harto famoso Lacenaire.

Ese hombre, á quien se han complacido en pintar como un inflexible lójico, que, creyéndose desgraciado por las faltas de sus semejantes, se hizo ladron y asesino por sistema, y no por degradacion; ese hombre, que se puso en el banco de los acusados como en un pedestal y que tuvo el talento de escitar por medio de su charlatanismo las mas estrañas simpatías; fué conducido al crímen, no tanto por las razones que él alegó como por su desmedida pereza. En él fué realmente tan escesivo este vicio, que le sofocó las mas felices disposiciones, y fué el manantial de donde brotaron todas sus maldades. Se ha creido equivocadamente que en su juventud habia sido vivo, ardiente, altanero y provocador. Al contrario, me ha asegurado un sujeto fidedigno, que tuvo mejor ocasion de conocerle que otro alguno, pues fué su profesor, que tenia aquel un natural bastante dócil, y que en su carácter nada resaltaba tanto como la pereza. « Esta era tanta, me dijo, que llegó á no quererse levantar de noche para satisfacer sus necesidades naturales; dormia con mucho placer, revolcado en su inmundicia; y solo á muy duras penas y despues de muchas advertencias se decidia, mucho tiempo despues de haber tocado la campana de levantarse, á salir de su cama, ó por mejor decir, de su estiércol. De nada sirvieron para correjirle ni los castigos que se le dieron, ni el desprecio con que le trataban sus camaradas. Para él le servia de suplicio cualquiera especie de cuidado ó de trabajo; y solo á tan funesta disposicion pueden imputarse los crímenes de que tuvo la desfachatez de engreirse en presencia de sus jueces. »

Al llegar Lacenaire á Paris sin medios de subsistir, y siendo demasiado perezoso para procurárselos por medio de un trabajo honroso, se confundió entre esa turba de entes impúdicos, que inundan los lugares públicos, quienes le tomaron por compañero de su culpable industria. Siendo

publique et d' instruction primaire à Rome; Paris, 1841 en 8.° Véase tambien *Riche ou pauvre*, por A. Cherbulez; *De la Misere des classes laborieuses en Angleterre et en France*, por Eujenio Duret; *Du pauperisme anglais*, por M. Mary Megnieu; los *Comptes moraux et administratifs du bureau de bienfaisance du XII arrondissement, pour les exercices* 1835 et 1836, publicados por M. Rataud, administrador; y la *Lettre circulaire* de M. C. de Remusat á los prefectos del reino, sobre el *Pauperisme et la charité légale*.

todavía novicio, purgó en la cárcel sus primeros ensayos; y en este lugar, que con sobrada frecuencia no es mas que una escuela de perversidad, halló hábiles maestros que acabaron de iniciarle en el crímen. Habia empezado por el oficio de ladron y acabó por el de asesino, y despues cuando su cabeza, que él decia haber aventurado como en una apuesta, debió pagar todos sus crímenes, le cayó de repente la máscara, que con tanto orgullo habia llevado, y no dejó ver debajo de ella mas que un cobarde que no supo morir.

II. Pereza correjida.

Cuando no se ha dado desde el principio una buena direccion á la juventud, es raro que los progresos de la misma no se hallen embarazados por su natural inclinacion á la ociosidad y á la disipacion; no pudiéndose casi esperar entónces de ella un gran celo para el estudio hasta que se vea ilustrada por la razon, ó precisada por las circunstancias.

Fué puesto á pension en Paris, á donde acababa de llegar, un rico jóven brasileño para empezar su educacion, muy descuidada hasta entónces; y se tuvieron con él toda especie de atenciones. Era de natural bueno é intelijente, pero muy testarudo, y sobre todo tan perezoso, que desde el momento en que se le quiso sujetar al trabajo, se rebeló y cobró aversion, no solo á los encargados de educarle, sino tambien á la mayor parte de sus compañeros, que le echaban en cara su escesiva indolencia. En balde se emplearon para hacerle mudar de conducta, medios ora suaves, ora severos, pues á todas las razones que se le daban respondia muy friamente, « me disgusta el trabajo; para nada lo necesito; mis padres son bastante ricos, y de nada me ha de servir para mi felicidad el saber el griego ni el latin. »

De esta manera se pasaron dos años, y el jóven M. fué cayendo en tal estado de languidez y de inercia, que su padre vino á pedirme que le admitiese en mi casa. Este cambio en su jénero de vida, las muchas distracciones que le procuré y las muestras de interés que recibió de toda mi familia, no tardaron en disipar la languidez melancólica que habia obligado á la suya á ponerle en mis manos. Durante algun tiempo ni siquiera le exijí que abriese libro alguno, limitándome á mandarle hacer cada dia un ejercicio proporcionado á sus fuerzas; mas tenia buen cuidado en todas nuestras conversaciones de manifestarle de un modo indirecto las ventajas de la instruccion; y así llegué poco á poco si, no á inspirarle una decidida aficion al estudio, á lo menos á determinar en él algunos esfuerzos para emprenderlo.

Era haber ya ganado mucho; mas esto no bastaba; convenia estimular su jóven imajinacion por un medio bastante poderoso y capaz de dis-

pertarle de la apatía en que estaba sumerjido. Obró instantáneamente este prodijio una pérdida que se supuso en la fortuna de su padre. Desde que dejó de tenerse por rico, venció enteramente su pereza, entregóse con ardor al estudio, y recuperó tan bien el tiempo perdido, que pudo citarse desde entónces como ejemplo de discípulo laborioso. Estaba á punto de concluir sus estudios, cuando, hablando un dia conmigo de los proyectos que habia formado para lo sucesivo, me suplicó que le enseñase mi profesion. « En mi pais, me decia, los médicos ganan mucho dinero, y llegando yo á serlo, estoy seguro de volver á adquirir la fortuna de mis padres. » Accedí, como era regular, á su suplica, que manifestaba bien su completa cura y las bellas prendas de su corazon. Empezó pues el estudio de la medicina é hizo rápidos progresos; pero habiéndole dicho imprudentemente una persona de su familia que su padre era tan opulento como antes, abandonó inmediatamente la ciencia por los placeres. Sin embargo, no ha renunciado á su antigua inclinacion, siendo ya en el dia un hombre tan activo como distinguido por la variedad de sus conocimientos.

III. Pereza de un jornalero terminada por un suicidio.

Si la pereza tiene en los favoritos de la fortuna graves inconvenientes, estos son todavía mucho mas funestos en aquellos cuya subsistencia se cifra en su industria ó en el trabajo de sus manos.

C*** era un escelente mancebo curtidor muy buscado por su habilidad y que fácilmente ganaba seis francos diarios. Esta ganancia, si hubiese sido un hombre regular, podia en pocos años procurarle una decente medianía; pues era soltero y sin ninguna obligacion; pero para él el trabajo era un suplicio, y solo se sujetaba á él para comer. Por lo mismo, habiendo dividido su vida en dos partes, no trabajaba sino tres dias de la semana, y cuando habia cobrado su salario, se regalaba los otros cuatro con las delicias de la mas perfecta ociosidad.

En medio de estas alternativas de trabajo y de placeres, le tocó á C***, en 1839, una herencia de siete mil francos. Para él fué esta una cantidad enorme, un tesoro inagotable, por lo que quedó tan maravillado y fuéra de sí al ver el saco que lo contenia, que llamó á sus compañeros y esclamó en medio de un verdadero delirio: « amigos mios, ¡ viva la alegría! ya soy rico; de hoy en adelante no volveré á trabajar, júrolo delante de Dios y de los hombres; y para empezar mi nueva vida, os voy á agasajar ocho dias seguidos. » Inmediatamente se alquiló un coche; C*** hizo los honores á sus convidados: el interior, la imperiala, el pescante, todo se llenó. Partieron por la barrera del Maine; allí debia hallarse el olvido de todos los males. El saco, el dichoso saco se colocó, como un

fanal, en medio de la mesa del festin; y á su vista se aumentaban el apetito y la sed de los convidados.

Durante los ocho dias que duró esta gala, fué á felicitar á C*** y consintió en hacer parte de ella una amiga suya que le habia regañado otras veces por su pereza. Todo anduvo lo mejor posible por espacio de seis meses; pero entónces ya casi estaba consumida la herencia. Ya la amiga Babet hablaba de la necesidad que cuanto antes tendria de volver al trabajo; pero C*** se revolvió y dijo: «¿Acaso no he jurado, que no volveria á trabajar? Primero morir que faltar á mi palabra.» Esta última, idea que primero C*** acariciaba por risa, fué de cada dia arraigándose mas y mas en su imajinacion, porque para él era preferible la muerte á la obligacion de trabajar; así antes de acabársele de agotar el caudal, se proveyó de un par de pistolas y las cargó muy bien. Pasados ocho dias, ya no teniamas que algunos sueldos en el fondo del bolson. Tomólos C***, y mirando tristemente á Babet, «Ven, le dijo, todavía podemos beber juntos un último vaso; despues me haré saltar la tapa de los sesos.» Siguióle Babet á la taberna inmediata; brindaron, volvieron á su casa; y pasados cinco minutos, el desgraciado ya no existia; porque se habia destrozado el pecho al lado de aquella infame (1), que no habia hecho el menor esfuerzo para disuadirle de su vergonzoso propósito.

IV. Pereza periódica en una mujer habitualmente activa y laboriosa.

Depende á veces la pereza de un estado morboso, hasta ahora poco estudiado, procedente al parecer de una afeccion superficial del centro nervioso célebro-espinal.

He visto un ejemplo poco comun de indolencia y haraganería de esta especie. Una mujer bien constituida servia en una casa donde la apreciaban mucho, tanto por las muchas pruebas de afecto que les habia dado, como porque era bastante intelijente y laboriosa. En siete años no desmintió un momento su celo y actividad; pero de repente, sin causa

(1) «¡Miserable!» le dijo delante de mí M. Gourlet, comisario de policía, «¡no habeis probado de quitarle esas pistolas! —Ni tampoco he pensado en ello. —Y ¿dónde estabais vos, mientras él se disponia para matarse?—A su lado estaba con toda tranquilidad haciendo la sopa; él ha dicho *una*, *dos*, *tres*, y ha salido el tiro; entónces he levantado la vista y he dicho ¡*canario*! —«Añadid,» respondió el magistrado justamente indignado, «que tampoco os habeis incomodado para saber si respiraba todavía ese desgraciado, y que habeis cometido la barbarie de ir comiendo la sopa, mientras la sangre iba saltando á borbotones en el cuarto.—No es cierto esto que yo haya comido la sopa luego; *pues aun no habia puesto la manteca*::: ¡Qué degradacion en la especie humana!

conocida, se volvió tan perezosa, que descuidó enteramente su servicio, y se volvió de todo punto desaseada. Preguntada por sus amos sobre la causa de tan estraño cambio, respondió llorando: « No puedo hacer mas; tengo en mi interior una cosa que me priva de trabajar. — Entónces estaréis mala. — No, Dios mio, jamás me parece que me he hallado mejor, y lejos de enojarme por el trabajo, todo lo daria para hacerlo; pero cuando voy á empezarlo, parece que mis brazos se obstinan en negarse á obedecer. — Entónces, ¿vos estais padeciendo? —Nada de esto, no tengo mal en ninguna parte. — ¿ Teneis tal vez alguna pena secreta que os pueda causar este abatimiento? — No; no tengo ninguna otra que la de no poder cumplir mis obligaciones; y ya que de nada sirvo, me voy á mi casa, y que me mantenga mi marido. »

Habiendo efectivamente dejado á sus amos, se fué á vivir en un cuarto del vecindario, donde pasaba el dia en la cama ó en la mas completa inaccion. Pasados seis meses, salió de este estado con la misma rapidez con que en él habia caido, y volvió á la casa de sus amos, quienes no tenian mas boca para alabar otra vez su celo y actividad. Pasado otro año, volvió á caer en la misma apatía; resolvió ya no volver á servir, y se reunió con su marido, hombre dócil y laborioso, quien la dejó vivir en el mas perfecto descanso. En esta segunda crísis sufrió un dolor hácia el cerebelo, unas veces lijero, y otras bastante vivo, que bajaba hasta la segunda ó tercera vértebra lumbar; y conservó la entera libertad de moverse; pero hasta su voluntad le parecia en cierto modo paralizada. Este segundo *estupor* duró tambien, como el primero, cosa de seis meses, y despues volvió á pasar algunos años trabajando. Pero en 1827 tuvo una tercera crísis mucho mas larga y dolorosa que las otras dos. Llamado por ella en esta época, fuí testigo de la lucha que esperimentaba muchas veces por la imperiosa ley de la necesidad y por la singular pereza que la dominaba. « Ved, me decia llorando, mi marido está para llegar, y el pobre no hallará nada para comer; yo no puedo decidirme á encender lumbre. Todos nuestros vestidos están rotos; y yo no me veo en ánimo de componerlos. Hace seis meses que no he peinado á mis hijos; en todo este tiempo no me he mudado la camisa. ¡ Dios mio ! ¡ cuán desgraciada soy! » y creció su llanto.

La periodicidad del mal, el hallarse enteramente infebricitante, el dolor permanente que la enferma sentia en la nuca, me hicieron creer que este singular estado podia depender de una afeccion poco profunda del cerebelo y de la médula espinal. Por lo mismo prescribí algunos vejigatorios volantes á lo largo de la columna vertebral, hice en la misma algunas friegas, ya con el linimento amoniacal alcanforado, ya con el bálsamo nervino; aconsejé á mas un baño de chorro ó bien un baño jeneral casi frio cada dos dias. Pasados dos meses, no se habia logrado otra cosa con estos me-

dios sino disminuir el dolor de la nuca; y entónces habiendo sido magnetizada la enferma *á grandes pasas* cinco ó seis veces, esperimentó, no diré una mejoría, sino una completa curacion; y volviendo á tomar sus antiguas costumbres de órden y limpieza, se puso á trabajar con tanto mayor gusto y provecho, cuanto era naturalmente aficionada al trabajo y hacia quince meses que habia estado parada.

CAPITULO V.

DEL MIEDO.

His maximum est periculum qui maxime timent.

(SALLUST., Catil., c. 58).

Definicion y sinonimia.

Puede definirse el miedo (*pavor*) pasion eminentemente concéntrica y debilitante, como un penoso estado del alma con perturbacion de los sentidos, producido por la rápida percepcion de un peligro real ó imajinario. Es tal vez la mas contajiosa, y la que menos podemos disimular, entre nuestras afecciones. Se apodera muchas veces de nosotros, aun antes de llegar el momento del peligro, y dura mucho tiempo despues de pasado aquel.

El *pavor*, el *susto* y el *terror* significan tres estados ó grados mas intensos de miedo, en los cuales el organismo sufre una perturbacion todavía mayor; y en el hombre habitualmente medroso, son verdaderos paroxismos de la fiebre continua que padece.

El *pavor*, mas intenso, pero mas pasajero que el miedo, procede de un riesgo súbito é imprevisto, que amenaza nuestra persona; lo producen cosas *perceptibles á nuestros sentidos*, y nos sobrecoje.

El *susto* dura tanto como el riesgo que lo ha ocasionado; nace de las cosas que *vemos*, y nos deja yertos.

El terror (*terror*), producido por las ideas que nos formamos de una cosa, mas bien que por lo que es en realidad, produce en nosotros el efecto de la cabeza de Medusa, y nos petrifica.

El terror puede ser pánico; el susto nunca lo es; por lo tanto la pesadilla debe considerarse como una accesion de terror.

El *espanto* es otra variedad del miedo, que nos incita á huir con ra-

pidez del riesgo, cuando no nos hallamos con fuerzas para resistirle. Es la única reaccion conservadora del miedo abandonado á sí mismo, es decir, cuando no viene á su socorro ninguna otra pasion. Debe entenderse únicamente del espanto cuanto se dice con referencia á que el miedo da alas; porque el pavor, el susto y el terror mas bien las quitan ó paralizan. Han observado los naturalistas que los animales mas susceptibles de esperimentar esta pasion son precisamente los que corren con mas velocidad; de suerte que la naturaleza, en su alta prevision, los ha organizado de un modo tan propio para el miedo como para la fuga.

El temor (*timor*), que infundadamente se ha confundido con el miedo, es una sensacion de inquietud, escitada en el alma por la idea de un mal que se teme, y cuyas consecuencias nos exajeramos. El temor, centinela pusilánime, preve el riesgo, despierta el organismo y le estimula; pero no se atreve á adelantarse contra el mismo riesgo. El miedo, soldado inútil, huye á la vista del enemigo, ó bien cae y se deja matar sin llegar casi á hacer resistencia. El temor de las leyes, como hemos visto arriba, es un resorte indispensable para el mecanismo social; porque aun cuando los hombres de bien las observan, porque es justo observarlas, los malvados solo se sujetan á las mismas por el riesgo que corren dejando de cumplirlas. Por otra parte, si el temor del soberano es *esclavitud*, el temor de las leyes es *libertad*.

Hay otra especie de temor relijioso, que se llama *escrúpulo*, que consiste casi siempre en una mezcla de debilidad de espíritu, de orgullo y de terquedad. En cuanto al *respeto humano*, oriundo de una vergüenza mal entendida que nos hace disimular nuestros pensamientos, es el primer paso hácia la apostasia, y por lo mismo una vileza.

El temor y el miedo, poderosos auxiliares de la peste, de los conquistadores y de otros azotes, nacen muchas veces el uno del otro. Obran á menudo aisladamente, y á veces se confunden, produciendo dos caractéres, la *cobardía* y la *ruindad*, jeneralmente despreciados, porque no puede confiarse ni en los auxilios del cobarde ni en la resistencia del ruin. El primero, no obstante, resiste bien cuando se ve precisado, ó cuando se halla sobreescitado por la vergüenza, el orgullo ó la cólera; al paso que la espada del ruin jamás sirve de gran provecho. Finalmente, el carácter del cobarde parece que procede mas bien de un esceso de prudencia; y el del ruin de una falta de fuerza y de enerjía.

Gall atribuia el miedo á la falta de actividad del ánimo, y Spurzheim á una afeccion particular de la circunspeccion. ¿No es evidente que esta diverjencia de opiniones procede de que han confundido estos fisiolojistas el temor con el miedo?

No daré fin á estas consideraciones sin hablar algo de una virtud, cuyo

estudio, relativo al objeto que nos ocupa, me parece incompleto. El valor, lo mismo que los otros sentimientos, debe considerarse bajo el aspecto físico y bajo el aspecto moral; hay por lo mismo dos especies de valor.

El *valor físico*, que consiste esencialmente en saber despreciar el peligro, no es una sensacion natural, como lo es el miedo, sino una calma habitual que han llegado á contraer nuestros órganos. Desarróllase con la edad, con la frecuente repeticion de la misma especie de luchas ó riesgos; se fortalece en medio de las alarmas, y se va perdiendo en el seno de la tranquilidad. Contribuyen sin duda á desarrollarlo momentaneamente la salud, la temperatura, los alimentos, la fuerza muscular, la enerjía de ciertas pasiones, la ventaja del número y de los lugares, la superioridad de las armas; pero lo que mas directamente y con mas enerjía lo aumenta es el hábito del ruido y de los riesgos.

Consiste esencialmente el *valor moral* en el imperio que tiene el hombre sobre sus pasiones; y es producido por una educacion intelectual que le ha proporcionado moderacion en sus deseos y el hábito de poner en armonía sus necesidades con sus deberes.

Estas dos especies de valor en jeneral no proceden la una de la otra, como podria presumirse; se favorecen si y se fortalecen mutuamente; pero la una no enjendra la otra; la reunion de entrambas constituye el verdadero valor. Este vigoroso temple del cuerpo y del ánimo hace al hombre tan superior á los riesgos que le rodean como á las pasiones que le asaltan.

Si pudiese resumir mis ideas de un modo mas fisiolójico, diria que el valor físico procede de los nervios de la vida interior; el valor moral de los nervios de la vida de relacion; y el verdadero valor del desarrollo armónico de unos y otros.

Causas.

Causas predisponentes. — El temor acompaña ordinariamente á la debilidad física; por esto se observa con mas frecuencia en la mujer que en el hombre, en los niños y en los viejos que en los adultos. Por lo mismo los débiles ó accidentalmente enfermos, y en especial los paralíticos y los hipocondríacos están mucho mas dispuestos á él que los robustos, ó que aquellos cuyas vísceras se hallan en un perfecto estado de salud. Tambien se ha observado que en las épocas de los menstruos, durante la preñez y la lactancia (1), las mujeres están mucho mas sujetas

(1) Ha sucedido muchas veces á las nodrizas de casas opulentas el írseles suprimiendo la leche por el solo temor infundado de perderla y de perder con ella una posicion lucrativa.

á él que en las otras épocas de la vida. Ejercen tambien notable influjo sobre esta pasion, ó si se quiere enfermedad, la soledad, la oscuridad, y el silencio de la noche; lo mismo sucede con las fatigas estremadas y la prolongada privacion de alimentos. Tambien son causas debilitantes, que predisponen á los individuos á tener miedo una temperatura húmeda, el habitar un clima templado y relajante, el abuso de los purgantes, de las sangrías, de los placeres del amor, de los baños tibios, un sueño muy prolongado, la ignorancia, la molicie, y la destemplanza en el comer. Todas estas son las causas que predisponen á los individuos al miedo, y que siempre conducen á los pueblos á la esclavitud.

Causas determinantes. — Un ruido violento é inesperado, una luz muy viva y muy súbita, el aspecto y los gritos de un sujeto espantado ó que aparenta estarlo, las historias de ladrones y aparecidos, amenazas tan ridículas como arriesgadas, son las principales causas que determinan, sobre todo en los niños, violentas accesiones de miedo, que con harta frecuencia dejan tristes vestijios de esta pasion hasta una edad avanzada, y á veces por toda la vida.

Toda flaqueza inherente á nuestra naturaleza debe ser reconocida por los hombres organizados para vencerla. Por lo mismo el miedo, aunque mas propio de la niñez, se observa tambien en todas edades; y aun al hombre mas intrépido puede en ciertos momentos faltarle su valor habitual. César, cuyo valor fué proverbial, nunca queria que se dijese de él que era valiente, sino que lo habia sido tal dia. El mariscal de Luxemburgo, uno de los mas valientes jenerales franceses, á pesar de que solia siempre salir victorioso, esperimentaba fiebre y flojedad de vientre mientras duraba la refriega; confesaba injenuamente esta flaqueza suya, y decia «que en circunstancias tales dejaba hacer á su cuerpo cuanto queria para poder conservar en accion su espíritu.» Tenia á un tiempo aquel gran capitan dos pasiones contrapuestas, *miedo* y *valor*, *debilidad física* y *fuerza moral*; pero en él la *voluntad* triunfaba de los órganos.

El príncipe Murát, cuya sola presencia sembraba el desaliento en las filas enemigas, llegó tambien á esperimentar los efectos del miedo en uno de los combates que tuvo en Italia, y muchos años despues se vió afectado de una enfermedad nerviosa especial del clima de Madrid. Durante sus accesiones, que venian por intervalos de muchas semanas, figurábasele que se hallaba circuido por los Españoles, que le amenazaban sable en mano; y entónces prorumpia en gritos, llamando á sus guardias para que le defendiesen. ¡Lástima causaba el ver á tan valiente guerrero temblar delante de una sombra imajinaria!

El miedo, lo mismo que la mayor parte de las demás pasiones, es eminentemente contajioso, principalmente cuando obra en las masas.

Por esto nos cuenta la historia la relacion de ejércitos victoriosos que se han llenado de terror pánico, realizando en cierto modo la ficcion de los Griegos que hicieron del miedo una divinidad hija del dios Marte.

No debe ignorar un jeneral la posibilidad de estos casos, que por otra parte serán muy raros, á no ser que sus tropas se vean aflijidas por alguna epidemia, ó debilitadas por fatigas escesivas, y sobre todo por la privacion de alimentos. Aplicando esta observacion, decia un jeneral inglés, muy entendido en materia de valor: « Apresuremos la accion, mientras nuestros soldados tienen en sus estómagos el pedazo de vaca.»

Cuando el príncipe Eujenio de Saboya estaba causando los mayores daños á la Francia, esclamaba un grande observador de la corte de Luis XIV con mucha mas enerjía de la que nos atrevemos á manifestar nosotros: « ¡Oh, si pudiese enviarle la diarrea, desde luego se convertiria en el mayor cobarde de Europa! »

Síntomas, curso, efectos y terminacion.

Hemos visto antes que el miedo es una pasion eminentemente concéntrica y debilitante; y nos convenceremos de lo mismo observando al medroso en una de sus violentas accesiones. ¡Cuán pálido y desconcertado está su rostro! ¡Cuán caidas sus facciones! Tiene la boca abierta y el mirar azorado, los labios lívidos y las narices inmóviles. Los párpados retraidos impelen hácia fuera el globo del ojo; las cejas, en vez de estar ajitadas, como sucede en el temor, permanecen elevadas y fijas en su contraccion. En cuanto al tronco, los músculos que en él se insertan han perdido toda la fuerza de reaccion; tiemblan y se doblan las rodillas, y los brazos se arriman á la línea media. Apodérase de todo el cuerpo un frio glacial, ocasionado por la retirada de la sangre hácia el centro del cuerpo; laten irregularmente el corazon y el pulso, espira la voz en los labios, y muchas veces sobreviene un largo síncope á consecuencia de tan violenta concentracion, la cual ha ocasionado algunas veces la muerte repentina, especialmente en el terror, en el cual. á mas de dichos fenómenos, se observan tambien horripilaciones, es decir, erizamiento de los pelos y cabello y la rijidez muscular ,. cuyos efectos se deben á la violencia de la compresion jeneral.

Observemos ahora cómo obra el miedo en aquellos desgraciados niños á quienes se han complacido en contar las mas terribles historias de bandidos, ogros ó fantasmas y aparecidos. Llega la hora del sueño; se le acuesta y se le deja solo, teniendo gran cuidado de llevarse la luz. Si llega á percibir el mas lijero ruido, como el crujido de algun mueble, al instante se presentan á su tierna imajinacion, llena de asesinos, féretros y fantasmas, las escenas mas monstruosas; húndese entónces hasta los

piés de la cama ; tápase con la sábana la cabeza y arrima con fuerza los brazos al pecho y las rodillas al vientre, plegándose instintivamente como una bola para presentar el menor espacio ó la menor superficie posible al enemigo que le tiene aterrorizado. En tal estado, la sangre, repentinamente arrojada de la periferia hácia el centro, hace latir con violencia el corazon. El pulso es frecuente y muchas veces irregular; la respiracion corta y precipitada ; procura retener el aliento para que este no le descubra á su enemigo; finalmente, con los ojos abiertos y fascinados, el oido atentísimo, el cuerpo inmóvil, permanece con el espíritu atento al objeto de su miedo; hasta que agotada ya toda su fuerza de contraccion muscular, cae en un sudor de debilidad, y por último en un sueño, perturbado muchas veces por espantosos ensueños que menoscaban su accion reparadora.

Los muchachos empiezan ordinariamente á quedar libres del miedo morboso á la edad de la pubertad; y al contrario, las muchachas suelen estar mucho mas sujetas al mismo cuando la aparicion de los menstruos. Si no se disipa semejante debilidad despues del completo desarrollo del cuerpo, quedan ordinariamente los sujetos cobardes y pusilánimes para toda su vida.

El miedo va seguido muchas veces, especialmente en las criaturas, de síncopes, palpitaciones, convulsiones, parálisis y epilepsia. A veces llegan tambien á relajarse los esfínteres, y sobrevienen evacuaciones involuntarias de orina y materias fecales mal elaboradas.

En las mujeres, y especialmente en las que tienen una estremada susceptibilidad nerviosa, determina con frecuencia el miedo la supresion de los menstruos, de los loquios, de la leche, ó bien produce hemorrájias uterinas muy graves, y no pocas veces hasta el aborto; en los tres dias de julio de 1830, observáronse en Paris muchos ejemplares de esta última terminacion.

Tambien se han observado muchas veces, á consecuencia de sustos fuertes, intensas flegmasias, enajenaciones mentales (1), la catalepsia, la hidrofobia, apoplejías cerebrales y pulmonares; así como otras veces los mismos han determinado en los aneurismáticos la ruptura del corazon ó de arterias voluminosas, seguida inmediatamente de la muerte.

El escorbuto estiende tambien sus estragos con espantosa rapidez, cuando los marinos ó los habitantes de las ciudades sitiadas están dominados por esta penosa afeccion.

(1) En el segundo informe publicado por M. Desportes, entre 8,272 afectados de enajenacion mental, admitidos en Bicêtre y en la Salpetriere, se hallan 1,276, en quienes no ha podido apearse le causa de la dolencia; pero se ha podido averiguar que 124 han tenido que entrar en dichos establecimientos á consecuencia de vivos sustos.

Muchas veces tambien el miedo ocasiona complicaciones en los afectados de heridas, de tumores y de enfermedades cutáneas benignas, que prometian cuanto antes una feliz curacion. Debemos sin embargo advertir que no siempre son tan funestos los efectos del miedo; y que hasta en algunas ocasiones me ha parecido que este habia producido ventajas en la terminacion de algunas enfermedades.

Finalmente, la misma pasion, cuando es estremada, no solo hace al hombre egoista, sino que puede llegar á escitarle á cometer actos injustos y hasta atroces, que no dejan sin embargo de ser dignos de escusa, cuando no se cometen con intencion criminal, sino por la necesidad innata de la conservacion; así sucedió con aquel jornalero de la alta Silesia, que una noche mató á su mujer, teniéndola por un espectro contra el cual se defendia.

En cuanto al *temor* propiamente dicho, si llega á hacerse habitual en algun sujeto, no tarda en irse complicando con la tristeza; y la ansiedad que de esto resulta dejenera muchas veces en una verdadera melancolía ó lipemanía, siendo notable que esta forma de enajenacion mental suele adquirir el carácter de la *demonomanía*, siempre que ha procedido de un exajerado temor de los juicios de Dios.

Comprueban observaciones auténticas que muchos han sucumbido á consecuencia de la enfermedad que por mucho tiempo se habian figurado tener, sin tenerla realmente ni haber motivos plausibles para sospecharla; y solo sí por la impresion que en su temerosa imajinacion habian hecho algunos pronósticos estravagantes.

Pero, durante las enfermedades epidémicas es cuando principalmente el temor arrastra innumerables víctimas al sepulcro (1); al paso que la tranquilidad de ánimo y el valor en cierto modo parece que conjuran el peligro.

Por último, han observado todos los médicos que por el temor de la muerte han sucumbido enfermos que infaliblemente se habrian restablecido, á no haber tenido el temor citado.

En cuanto á los sujetos escrupulosos, que cambian á cada instante de sentimientos por la mas leve apariencia, que se alimentan de estravagantes reflexiones sobre las mas pequeñas circunstancias de sus actos, que tienen demasiado apego á su propio modo de pensar, y obran siempre con cierta perturbacion que les distrae y pone obstáculos á su voluntad; pierden necesariamente las dulzuras de la esperanza, enervan su alma y van alterando su salud á causa de la tristeza que en todas partes los acompaña.

(1) Véase la memoria del Doctor Gremilly sobre *la Frayeur cholérique*; Paris, 1836, en 8°.

Los desórdenes intelectuales resultantes del miedo y del temor son mas frecuentes y mucho mas graves en la mujer que en el hombre, tanto por la sensibilidad mas esquisita de aquella, como porque la conmocion que en tales momentos padece, puede coincidir con los menstruos, los loquios ó la secrecion de la leche, y suprimirlos repentinamente. Con Mr. Marchemos observado que la ordinaria consecuencia de estas supresiones es la *manía ;* y que en cualquier otro caso, el pavor produce mas bien la *demencia*, que llega á veces á la estupidez. La *melancolía* ó *lipemanía* es entónces menos frecuente que las dos formas de enajenacion mental de que acabamos de hablar. Por otra parte, las tres, lo mismo que la *demonomanía*, van acompañadas de *alucinaciones*, de *ilusiones* y de *pantofobia* ó de terror pánico: tan cierto es que las pasiones se hallan todavía vivaces en medio de los trastornos que ellas mismas están causando.

Tratamiento.

Todo ser que empieza á vivir conoce su debilidad y busca por instinto el contacto de los que le han dado la existencia. Pasada ya esta primera necesidad, los niños esperimentan por mucho tiempo otra, que es la de no perder de vista á sus padres ó á los que cuidan de ellos y de socorrerlos en sus frecuentes necesidades. Bajo este aspecto, el miedo en la primera edad es un sentimiento esencialmente conservador; es en cierto modo el escudo de la infancia, bien así como el valor ha de ser el del adulto.

Por desgracia, los padres ó los encargados de los niños los espantan muchas veces para hacerse respetar mas fácilmente; y de este modo contribuyen á hacer dejenerar en verdadera enfermedad un sentimiento que es primitivamente conservador, segun llevamos dicho, y cuyos malos efectos podrian precaverse fácilmente en lo sucesivo por medio de una prudente direccion.

Así pues lo primero que debe hacerse en el tratamiento del miedo, es encargar á los padres, á las amas y á los criados poco esperimentados que nunca hagan miedo á los niños con el bú ó con la fantasma que va á tragárselos; tambien deberán guardarse de contarles con aire asustado historias de lobos fieros, de brujos, de aparecidos, cuentos cuya funesta influencia aumentan el lugar y la hora en que suelen referirse. Se procurará mas tarde que no lleguen casualmente á sus manos libros de aquellos que tratan de lo maravilloso y lo terrible de un modo apropiado para hacer vacilar su débil imajinacion, cuyos libros les inspirarian tambien por mucho tiempo aversion á las lecturas provechosas.

Si á pesar de todas estas precauciones, llega el miedo á apoderarse de un niño, se procurarán alejar mañosamente las causas que hayan podi-

do ocasionárselo ; ó bien, sin apelar á las amonestaciones y á los regaños, se afectará en su presencia ir á esponerse al supuesto riesgo que se sabe que él teme, pues de este modo su inclinacion á la imitacion le escitará tambien á despreciarlo; y se tendrá mucho cuidado en no encargarle que haga á oscuras cosas sin objeto necesario ó cuando menos útil. Si él llegase á creer que solo se trataba de curarle, esta sola idea bastaria para aumentarle el miedo, y todo seria en balde.

En cuanto á los niños medrosos, conviene darles alimentos fuertes, pero sencillos, procurando además que frecuenten la sociedad de compañeros atrevidos y sobre todo serenos. Los viajes, la caza, el nadar, en una palabra, todos los ejercicios jimnásticos, al paso que desarrollan los miembros y aumentan las fuerzas, desenvuelven tambien la enerjía moral, la cual se puede estimular al mismo tiempo por medio de lecturas y ejemplos apropiados, por medio de la música guerrera ó por el espectáculo de guerras en miniatura.

Me han asegurado algunos militares que el ir montado disminuye tanto el miedo, que muchos soldados de infantería, tenidos por los mas cobardes de sus rejimientos, habian llegado á adquirir un valor á toda prueba con solo haber pasado al arma de caballería; observacion importante, de la cual hasta el dia no han hecho el debido caso los gobiernos. Por otra parte, el hábito, que tanto influye en embotar nuestras sensaciones y sentimientos; el hábito, esta segunda naturaleza, disipa muchas veces enteramente el miedo, familiarizándonos con los riesgos; así Juan Bart y otros mil, que temblaban como la hoja en el árbol en la primera accion de guerra en que se hallaron, llegaron en lo sucesivo á ser héroes de un valor proverbial.

Durante las accesiones de miedo, conviene hacer tomar á los medrosos cucharadas de agua fria y hacerles en la cara friegas con partes iguales de aguardiente y vinagre.

Despues de las accesiones, si no hay contra-indicacion, se les podrá dar un poco de vino jeneroso, ó mejor, una infusion de tilo, de manzanilla y de hojas de naranjo.

Los accidentes consecutivos de que antes hemos hablado se combatirán con los medios adecuados.

Pudiendo el temor servir de obstáculo á la marcha de las enfermedades y aumentar el riesgo de las operaciones quirúrjicas, el médico tomará todas las precauciones posibles para alentar á sus enfermos; por esto recomendará á los asistentes que nunca les hablen de las resultas funestas que haya tal vez tenido cualquiera enfermedad que con la suya tenga alguna semejanza, les aconsejará tambien que se presenten al enfermo con aire tranquilo, y el mismo facultativo manifestará tambien una cara confiada y risueña, aun cuando reinen en su corazon la inquietud y la tristeza.

Cuando se reunan muchos prácticos para ilustrarse mutuamente en un caso grave, cualquiera que sea la pequeñez del local, no consultarán nunca en presencia del enfermo; procurarán en lo posible no admitir en la conferencia á sujetos que puedan hacerle una relacion infiel ó demasiado minuciosa de lo que hayan oido; ni á ninguno que á pesar suyo pudiese asustarle por la tristeza que podria al salir llevar estampada en el rostro. Finalmente, si fuese indispensable para la curacion hacer una operacion grave, deberá manifestarse al enfermo con el mayor cuidado esta triste necesidad, esforzándose en disponerle poco á poco á la misma, y aun á que la desee, procurando infundir en su ánimo la esperanza de una pronta y fácil curacion.

La obediencia es el mejor medio que usan los eclesiásticos contra el temor relijioso que llega al grado de escrúpulo; y efectivamente, han alcanzado ya una gran victoria cuando llegan á convencer al escrupuloso de que el hombre obediente triunfa de sí mismo; por lo mismo cuando han escuchado con calma todos los temores de su penitente, obran con prudencia, imponiéndole sobre el punto del escrúpulo un silencio continuo hasta que haya llegado á despreciar sus dudas, é igualmente hacen bien en prohibirle las lecturas ascéticas, la soledad, la ociosidad, y el trato con personas escrupulosas, que no podrian dejar de aumentar sus quiméricos terrores.

Observaciones.

I. Efectos del miedo en el sistema nervioso.

Como el miedo escita muchas veces la risa, muchos que no tienen prevision hallan gusto en causarlo, mayormente á los niños, ya valiéndose de cuentos estravagantes, ya presentándoles de un modo imprevisto figuras ó espectros mas ó menos espantosos. El ejemplo siguiente prueba cuán arriesgado puede ser este entretenimiento.

Por muerte de sus padres habia sido recojido un huérfano de ocho años, de escelente constitucion y buena intelijencia, por su tio materno, de oficio labrador, en una provincia del mediodía de Francia. Este tio, cargado ya de una numerosa familia, era por demás avaro y de carácter muy violento; por lo que el desgraciado jóven á quien se habia visto precisado á mantener, tardó poco en ser objeto de sus acostumbradas brutalidades. Espuesto por otra parte dicho jóven á los malos tratamientos que se complacian en darle sus primos, pasaba dias enteros llorando tras del rebaño que estaba encargado de acompañar á los pastos; y cuando volvia al techo inhospitalario que le servia de abrigo, sentia redoblar su desdicha y desconsuelo.

Una tarde que volvia á él, se le privó el acercarse á la mesa donde estaba cenando la familia, y habiéndole echado un mendrugo, le mandó su tio que fuese á acostarse. Obedeció el niño y subió tristemente la escalera que conducia al cuarto de su mala cama. Estaba este sin luz; solo la claridad de la luna guiaba sus pasos, y por ella pudo distinguir un espantoso espectro cubierto con una mortaja. A vista de esto se le erizaron sus cabellos; salió de su pecho un grito sordo y cayó en el suelo con una violenta convulsion. Al ruido de la caida subieron luego los que habian preparado esta deplorable escena, quienes sin duda no habian previsto sus funestas consecuencias; pero el mal ya estaba consumado; y cuando el pobre huérfano volvió en sí, era sordo y mudo; y despues quedó sujeto á frecuentes accesos epilépticos.

II. Efecto súbito del miedo en los cabellos.

Nadie ignora que en algunas partes de la Cerdeña la caza de nidos de águilas y buitres constituye uno de los principales recursos de los isleños necesitados, quienes se dedican á ella con tanto denuedo como perseverancia.

En 1839, tres hermanos jóvenes que á esta industria se dedicaban, habiendo observado en las cercanías de San Giovani de Domus-Novas un gran nido de águilas en el fondo de un precipicio, resolvieron apoderarse de él, y echaron suertes para sacar quién debia bajar á buscarlo. No solo consistia el peligro en la posibilidad de caer en un barranco profundo de mas de cien piés, sino tambien en la agresion de las aves de rapiña que en aquel abismo podia haber.

El de los tres hermanos á quien cupo la suerte era un gallardo jóven de veinte y dos años de edad, de fuerza atlética, y que no conocia dificultades que le hiciesen retroceder en sus empresas. Habiendo por tanto recorrido con la vista la profundidad donde debia bajar, ciñóse una cuerda de gruesos nudos, que sus hermanos se encargaron de subir y bajar, segun conviniese; prevenido con un sable bien afilado, bajó al precipicio, y llegó felizmente al intersticio donde se hallaba el nido, objeto de sus deseos. Habia en el nido cuatro aguiluchos de color de isabela claro; lo cual era un tesoro para el montañés, cuyo corazon palpitaba de alegría á vista de tan rico botin. Pero no habia llegado á lo mas difícil de la campaña; era preciso volver á subir con la presa, y aquí estaba el peligro. Ya habia resonado la voz del jóven cazador en las sonoras cavidades del precipicio; ya subia otra vez la cuerda para arriba, cuando se vió de repente asaltado por dos enormes águilas, á las que, por su furor y sus gritos, reconoció como padre y madre de los aguiluchos que acababa de robar. Trabóse entónces una espantosa lucha; apenas bastaba para de-

fenderle de los golpes de las águilas el sable de que con gran destreza se servia; y para colmo de desdichas, siente que súbitamente se ajita por un choque violento la cuerda que lo sostiene encima de las profundidades del abismo. Levanta los ojos el desgraciado y observa que con sus redoblados golpes ha cortado de un sablazo parte de la cuerda. Comprendiendo entónces la intensidad de su peligro, queda un rato inmóvil del susto; apodérase de su cuerpo un frio glacial; y apenas concibe cómo en medio de esta emocion podrá tener la fuerza suficiente para no soltar la presa y seguir defendiéndose. Sin embargo sigue subiendo la cuerda y van animándole voces amigas; mas él no se halla en estado de contestar, y cuando llegó al borde del precipicio con el nido de águilas, que no llegó á soltar, sus cabellos, que hasta entónces habian sido de un hermoso negro de ébano, se habian vuelto tan completamente blancos, que apenas le conocian sus mismos hermanos.

III. Diátesis escrofulosa y fístula abdominal producidas por un miedo hereditario.

Cárlos C***, casado y de robusta complexion, habia llegado por su estremada cobardía á ser el hazme reir de su pueblo. Habiendo querido saber cierto dia sus vecinos hasta qué grado llegaria su follonería, convinieron en presentarle á la vista un cráneo encerrado en una enorme calabaza. A su vista tuvo tal susto aquel desgraciado, que en el mismo instante le acometió un violento acceso epiléptico, al cual quedó sujeto en lo sucesivo. Tuvo algunos años despues dos hijas, que heredaron harto visiblemente el miedo habitual de su padre. La mayor se espantó tanto en 1814, á la vista de los Cosacos desparramados por el pueblo, que se le suprimió repentinamente la leche, muriendo dos dias despues con todos los síntomas de una conjestion pulmonar y celebral.

Virjinia, la hija que entónces criaba, heredó tambien esta afeccion moral de familia; tenia, como su madre, la piel habitualmente fria, y sobre todo los piés constantemente helados; la menstruacion, que vino á los trece años, fué casi siempre irregular, poco abundante, y muchas veces se suprimió por los continuos sustos que recibia. Por lo cual, á pesar de que la constitucion de Virjinia era robusta y sanguínea, no tardó en verse afectada de engurjitamientos glandulares, que supuraron, primero en las muñecas, y despues en el cuello. De los diez y nueve á los veinte y cuatro años, se presentaron otros tumores en el sobaco y en la ingle del lado izquierdo; por último se formó un trayecto fistuloso un poco mas arriba de la ingle derecha en medio de tegumentos cosidos de cicatrices, del cual salia un pus claro, moreno, que exhalaba á veces un olor amoniacal muy fuerte.

Tal era la triste posicion de Virjinia, cuando me llamó para asistirla.

Habiéndole preguntado qué causas habian podido dar lugar á su dolencia, me confesó que apenas pasaba dia sin que tuviese accesos de pavor que le revolvian las entrañas y la dejaban helada, aunque hiciese el mas intenso calor, bastando para ponerla en semejante estado los pasos de cualquiera que subiese la escalera, cualquiera ventada, cualquier crujido de los muebles durante la noche. Cuando iba yo á visitarla, aunque llamase á la puerta con el mayor cuidado, se conmovia de tal modo, que habia de tardar muchos minutos antes de poderme hacer cargo del estado de su pulso. Fácil es concebir cómo pudieron tan repetidas emociones alterar su complexion primitivamente robusta, y conducirla á una diátesis escrofulosa de las mas manifiestas, por mas que sus padres hubiesen sido sanos y bien acomodados, la hubiesen criado en el campo, y hubiese ella conservado una ejemplar pureza de costumbres.

Luego que ví que tenia una fístula estercorácea abdominal, sujetéla á un tratamiento apropiado á su posicion, y me esforcé sobre todo para fortalecer su moral, acostumbrándola insensiblemente á la idea de una operacion, que era el único medio que podia curarla de una afeccion tan desagradable; y cuando la tuve enteramente decidida á sufrirla, la confié al cuidado de mi hábil compañero, el doctor Pinel-Grandchamp. Virjinia, animada de ejemplar piedad y respeto, soportó sin dar el menor quejido una operacion tan delicada como dolorosa. Finalmente, una cicatriz de buen aspecto, procurada por medio de la sutura entornillada, daba las mejores esperanzas de curacion; pero habiendo estallado al cuarto dia de la operacion una violenta tempestad, quedé sorprendido de hallar los tegumentos divididos de un modo tan limpio, como habria podido hacerse con el mas fino bisturí. La enferma habia esperimentado un vivo susto durante un violento trueno. Desde entónces se halla en el hospital Cochin, en una de las salas que visita M. Michon.

CAPITULO VI.

DE LA LUJURIA (1).

Huid de la voluptuosidad, porque es la madre del dolor.

THALES.

Definicion.

Puede definirse la *lujuria :* el abuso del ejercicio natural de los órganos jenitales, y la perversion de su uso normal en otro preternatural. Deben calificarse de abusos, no solo los escesos perjudiciale á la salud, sino tambien cualquiera relacion entre ambos sexos diferente del matrimonio, y aun en los casados, cualquiera esceso que no tenga por objeto la propagacion de la especie.

La perversion, cuyas formas principales son el *onanismo*, la *pederastia ó* la *sodomía* y la *bestialidad*, no puede tener ningun objeto que baste á justificarla, porque el acto por su naturaleza es esencialmente vicioso.

Distínguese la *prostituta* (en Francia) de las otras mujeres disolutas, en que puesta bajo la inmediata vijilancia de la policía, entra en una casa de tolerancia con una dueña, para ejercer su infame profesion; pero sujeta á reglamentos que no debe infrinjir.

En un escalon algo menos bajo se hallan la mujer *mantenida (femme entretenue),* que se vende; la *querida* (femme galante), que se da, y la *griseta* (grisette), que se apasiona, se da y se vende.

Entre dos seducciones llega el lujurioso ó *libertino*, que se divierte un instante con esas desgraciadas y las abandona con desprecio luego que ha satisfecho su brutal pasion ó se ha desencaprichado.

(1) Habia querido dejar para el fin de este volúmen y tratar en una simple nota la pasion de la lujuria cuyo puesto mas natural seria al lado del artículo destinado al amor: pues me parece que encierra pormenores útiles, aunque repugnantes, que solo deben tocarse por encima, y que en cuanto quepa, deben ser tratados separadamente. Pero habiéndome manifestado que opinaban de un modo diferente personas graves, cuya autoridad respeto tanto como su buen gusto, me he decidido á terminar las *pasiones animales* por la LUJURIA y á empezar las *pasiones sociales* con el artículo AMOR.

En cuanto á los hábitos solitarios, que no ha inventado, como se creia, Onan, han recibido los nombres de *onanismo*, *queiromanía*, *masturbacion*, y finalmente el de *mastupracion* (manustupratio), al cual debiera darse la preferencia, porque da una exacta idea de este vicio, al mismo tiempo que manifiesta su odiosidad.

Historia.—Apenas fué criado el mundo, cuando ya el supremo Hacedor se sintió inclinado á destruirlo para contener la corrupcion jeneral. Dispersándose los hombres despues del diluvio universal, no hacen mas que derramarla por todas partes; y aun el mismo pueblo elejido se entrega desenfrenadamente al libertinaje. En balde baja el fuego del cielo sobre Sodoma y Gomorra; en balde se manifiesta por medio de nuevos castigos la cólera del Señor; no por esto deja de causar nuevos estragos la impudicie; continúan los matrimonios incestuosos; prostitúyense las mujeres á los animales; y Moloch es siempre adorado. Convertido el Oriente en un foco de corrupcion, infestó luego lo restante del mundo; lo mismo Aténas que Babilonia erijen altares á Falo y á Príapo; Solon llega á recomendar la prostitucion, y mas tarde llega esta á ponerse bajo la proteccion de los Dioses (1). Estiéndese por toda la Grecia la sodomía; las escuelas de los filósofos se convierten en casas de corrupcion; y los grandes ejemplos de amistad que nos ha legado el paganismo, solo consistieron por lo mas en una infame torpeza cubierta con el velo de una santa apariencia. En Roma, hartos los jefes del imperio de los placeres ordinarios, procuran todavía saciar su brutalidad en los animales; el pueblo imita su ejemplo, y trasfórmase el antiguo mundo en un templo de lujuria. Con semejantes ejemplos de disolucion, ¿qué habria sido de la especie humana, á no haber atajado el cristianismo este espantoso desenfreno, inspirando el respeto y la admiracion con los prodijios de la castidad?

Causas del libertinaje en jeneral. — Lleva el hombre en sí la principal causa de sus desórdenes; su libertad, la fuerza de su imajinacion, su suma impresionabilidad le constituyen un sér eminentemente inclinado á los actos carnales, distinguiéndole de los animales, que casi nunca se entregan á tales estravíos de la naturaleza, sino cuando están do-

(1) En Canopa, que es como decir la ciudad de los perros, reinaban el desórden y el desenfreno; y la prostitucion, que se recomendaba abiertamente, iba mas allá de lo mas infame que cabe imajinar. Con este motivo no puedo menos de notar los principios de la idolatría, y tal vez una de sus principales causas, si atendemos á las inducciones mas naturales. Algunas especies sociales, alucinadas por locas imajinaciones, se fueron haciendo insensiblemente dioses de sus símbolos, acabando por adorar bajo vergonzosos emblemas sus propias inclinaciones (A. Dumesnil, *Mœurs politiques*).

mesticados. En las sociedades, las causas del libertinaje proceden de las condiciones jenerales en que se hallan; y á mas, en los individuos, de las circunstancias particulares que les rodean, ó que ellos mismos se crean. Entre las que sostienen la irritabilidad nerviosa, y mas particularmente la escitabilidad de los órganos jenitales, debemos contar la influencia hereditaria, los climas calientes, los alimentos afrodisíacos ó demasiado abundantes, el influjo de la primavera, la época de la pubertad en ambos sexos, la edad crítica en la mujer, el predominio del aparato celebro jenital; y en los nerviosos y los sanguíneos, el esceso de actividad de la circulacion. Entre las causas sociales, deben contarse la falta de relijion, el contajio del ejemplo, la ociosidad de las masas, la frecuentacion de los teatros y de los bailes, la poca consideracion de las mujeres, la poligamia, y finalmente el despotismo, que corrompe á un tiempo al tirano y al esclavo; al primero por el hábito de ejercer una autoridad sin límites, y al segundo por el estado de degradacion en que vejeta. Terminarémos esta enumeracion con la siguiente tabla, que no dejará de ser interesante para los que estudian la influencia de las profesiones en las costumbres:

TABLA *estadística de las profesiones á que se dedicaban los sujetos que se han presentado á las consultas del hospital de Venereos en el espacio de tres años* (1).

PROFESIONES.	Número de individuos.	PROFESIONES.	Número de individuos.
Aguadores.	23	Libreros.	21
Albañiles.	135	Limonaderos.	29
Albeitares..	16	Mandaderos ó factores.	8
Armeros.	15	Maestros de escuela. . .	6
Botoneros.	4	Marineros.	41
Cajeros.	5	Maquinistas.	9
Canteros.	12	Marmolistas.	12
Carpinteros de navíos.	78	Medieros.	85
Carpinteros de muebles.	184	Mercaderes.	14
Carreteros.	28	Militares.	16
Carromateros.	9	Mozos barrileros. . .	11
Cerrajeros.	136	Mozos fondistas.	16
Cesteros.	5	Músicos.	5
Chapeadores.	4	Obreros..	43
Charolistas.	9	Panaderos.	141
Cinceladores.	13	Pasamaneros.	21
Cobreros..	9	Peluqueros.	29
Cocineros.	32	Picapedreros.	44
Cocheros..	26	Pintores.	85
Cordeleros.	17	Plateros de oro.	112
Cortantes.	5	Plateros.	4
Criados.	80	Relojeros.	9
Cuchilleros.	26	Sastres.	356
Doradores.	12	Salchicheros.	17
Drogueros.	14	Silleros.	35
Ebanistas.	66	Sombrereros.	82
Empedradores.	12	Traficantes en vino. . .	28
Empleados.	14	Tejedores.	94
Encuadernadores. . . .	4	Toneleros.	15
Fundidores.	21	Torneros.	29
Grabadores.	10	Torneadores.	50
Guanteros.	11	Vaineros.	4
Guarnicioneros.	3	Vidrieros.	22
Herradores de corte. . .	9	Vinagreros.	5
Hidráulicos.	6	Zacarratines ó cambale-	
Hojalateros.	63	cheros.	30
Impresores.	45	Zapateros.	474
Jardineros.	16	Zurradores.	102
			41

(1) En esta tabla no están comprendidas mas profesiones que las que han presentado á lo menos cuatro ó cinco enfermos en un año.

Causas de la prostitucion. — La prostitucion ordinariamente no es mas que un estado secundario, que abrazan las desgraciadas muchachas, confundidas por su primer desliz, rechazadas por sus parientes, ó abandonadas por sus infieles amantes. Muchas veces tambien, jóvenes honradas, pero inespertas, son arrastradas á ella por los infames manejos de dueñas de casas toleradas, ó por las de sus comisionados, que trafican con ellas como si fuesen una mercadería. Debe saberse que hay ciertas constituciones escepcionales capaces de arrastrar á las mujeres á los escesos mas rematados de la desvergüenza.

La siguiente tabla, sacada de Mr. Parent-Duchatelet, presenta el *estado de las causas determinantes de la prostitucion* en 5.185 muchachas:

Esceso de miseria, desnudez absoluta, efecto de pereza ó de otros motivos	1.441
Concubinas abandonadas. . . . . ,	1.425
Pérdida de los padres, espulsion de la casa paterna, abandono completo.	1.255
Traidas á Paris, y abandonadas por sus amantes militares, estudiantes y dependientes de comercio. , ...	404
Procedentes de las provincias, que han ido á Paris en busca de recursos.	289
Criadas seducidas y despedidas por sus amos.	280
Para mantener á padres pobres ó enfermos (hijas todas de Paris).	37
Hijas mayores de familia, para mantener á sus hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas (hijas todas de Paris).	29
Viudas, para sostener á su familia (todas hijas de Paris).. . .	23
Total.	5.183

De este número, las 1.988 son hijas de Paris, 1.889 de las capitales de los departamentos, 652 de las capitales ó cabezas de subprefectura, 956 de pueblos subalternos, finalmente las 218 de paises estranjeros.

En este mismo estado se hallan las dos hermanas inscritas en los rejistros 164 veces; las tres hermanas 4 veces; 5 veces las cuatro hermanas; 16 veces madre é hija; 4 veces tia y sobrina; 22 veces las dos primas-hermana; entre todo 436 mujeres unidas por los vínculos del mas próximo parentesco.

Examinemos ahora las profesiones que ejercian las prostitutas al tiempo de su rejistro. Entre 3.120 rejistradas, halló M. Parent:

Costureras, tenderas de lienzos, modistas y otros estados análogos.	1.559
Verduleras, floristas y fruteras.	859
Tejedoras y estados análogos.	285
	2.703

Suma anterior. . .	2.703
Sombrereras y estados análogos. . . , ...	283
Plateras y estados análogos.	98
Artistas.	23
Establecidas en tienda.	7
Comadronas.	3
Renteras. . . . . . , ...	3
Total. . . .	3.120

Dedúcese de esta tabla, dice M. Parent, que la mayor parte de las prostituidas proceden de los talleres, de esos focos de corrupcion, cuyos funestos efectos son tan deplorables como dignos de admiracion los productos que fabrican.

Profesiones de los padres. — Resulta de las investigaciones hechas con este objeto, que no son las clases mas ínfimas ni las mas elevadas de la sociedad, sino las obreras que trabajan en tienda, y sobre todo las obreras que trabajan á jornal y no tienen domicilio fijo, las que dan mas prostitutas.

Edad. —De 3.248 prostitutas, las 34 se hicieron inscribir de los diez á los quince años; 912 de los quince á los veinte; 1.586 de veinte á veinte y cinco; 556 de veinte y cinco á treinta; 198 de treinta á treinta y cinco; 88 de treinta y cinco á cuarenta; 58 de cuarenta á cuarenta y cinco; 27 de cuarenta y cinco á cincuenta; 5 de cincuenta á cincuenta y cinco; 5 de cincuenta y cinco á sesenta; y 1 de sesenta á sesenta y cinco.

Estado civil.—De 1.183 naturales de Paris, las 257 eran hijas naturales; de 3.667 de los departamentos, lo eran tambien las 585. Estos resultados prueban bastante la influencia hereditaria del libertinaje.

Instruccion.—De 4.470, naturales de Paris y criadas en dicha capital, ni siquiera sabian firmar las 2.332; firmaban muy mal las 1.750; y las 110 tenian un hermoso carácter de letra. No pudo comprobarse la capacidad de las restantes 248. En cuanto á las naturales de los departamentos, es casi igual la proporcion entre las que se hallan con alguna instruccion y las que no tienen ninguna. Nótese que la ignorancia de las prostitutas criadas en el campo no es tanta como la de las criadas en Paris y en las ciudades.

Aumento de las prostitutas inscritas en Paris desde 1830 *hasta* 1841. —En 1830 habia en Paris 2.800 mujeres públicas que ejercian su tráfico, y cuya presencia estaba consignada oficialmente. En 31 de diciembre de 1831 habia 3.517, de las cuales las 917 eran del mismo Paris, 2.170 de los departamentos, 134 de paises estranjeros, y 282 que no tenian

partida de bautismo. De 1832 á 1836, aumentóse el número hasta 3.800, y en 1.° de enero de 1841 habia cerca de 4.000 (1).

Causas de la mansturbacion. — Las causas inherentes á la especie humana son el desarrollo prematuro de los órganos jenitales, su aptitud para entrar en accion en épocas indeterminadas, y reguladas mas bien por la imajinacion, que por las leyes del organismo, la configuracion de los miembros superiores, la de los órganos sexuales, varias especies de herpes, ciertas inflamaciones erisipelatosas, la acumulacion de la materia sebácea, el fimosis, el parafímosis, la existencia de ascárides en el intestino recto, la satiríasis, la ninfomanía, la irritacion del cerebelo y de la medula espinal, la tísis pulmonar, las malas posiciones, tanto durante la vijilia, como en el período del sueño, los estados que exijen estar mucho tiempo sentado, el uso del torno, la flajelacion y la suspension por las manos en algunos sujetos, la administracion de purgantes aloéticos y de sustancias afrodisíacas, como el pescado, las especias, los licores alcohólicos y sobre todo la cerveza. Estas son las causas físicas; veamos ahora las morales.

Para hallar la causa primera de la mansturbacion es necesario á veces remontarse hasta la cuna del niño. Nodrizas ha habido tan libertinas que se han servido de los mismos niños que criaban para satisfacer infames deseos; y otras hay no tan culpables como estúpidas, que escitan los órganos jenitales de los pobres infantes, con la única intencion de acallar sus gritos, cuando los han dejado solos; y finalmente, hasta ha habido desgraciados niños, ¡ accion abominable ! que han sido corrompidos por aquellas mismas personas que debian ser los guardianes de su inocencia. Si á esto añadimos los inconvenientes de la educacion pública, tan favorable al contajio del mal ejemplo, y la falta absoluta de educacion relijiosa, tendrémos reunidas las muchas causas que desarrollan y sostienen uno de los mas crueles azotes de la humanidad.

Caractéres, efectos y terminacion de la lujuria.

Los caractéres que muestran al observador menos ejercitado los sujetos entregados á los escesos de la vida relajada son: el andar resuelto, el mirar lúbrico, la boca voluptuosa, el color pálido, y la cara barrosa, ac-

(1) Por una órden del señor prefecto de policía, fecha en 28 de agosto de 1841, las mujeres, tanto solteras como casadas, que declaren que se quieren matricular en las prostitutas por esceso de miseria se han de enviar en adelante al convento de las Damas de San Miguel, en donde podrán vivir del producto de su trabajo. Débese esta mejora al celo del Sr. abate Angelvin, otro de los limosneros de este harto poco conocido establecimiento.

ciones y palabras mas ó menos indecentes, y su aliento impuro que fastidia y da asco.

La lujuria no siempre procede del temperamento; con mas frecuencia se debe este vicio á la imitacion y á la vanidad; es una moda que se empieza á seguir muy pronto y que cuesta mucho el dejar. Empiézase con locuras juveniles, que el mundo perdona fácilmente; pero poco á poco se va arraigando la pasion, familiarizándose los libertinos con los mas escandalosos desórdenes, que llegan á hacerse una necesidad imperiosa. Nada entónces les detiene, ni la edad, ni los lazos de la sangre, ni los mas sagrados empeños, ni el deshonor de las familias, ni el tormento de las víctimas, ni la pérdida de la salud, y ni aun el mismo temor de la muerte que tantas veces se halla en el seno de la disolucion.

— Inquieta, turbulenta y parlanchina por complexion, perezosa por estado, borrachona y embustera por interés, benéfica sin discernimiento, vendiéndose friamente á cada instante, pero sin darse mas que al desgraciado elejido por su corazon, del cual se muestra sumamente celosa; orgullosa, envidiosa, glotona, ladrona, supersticiosa, colérica, y sobre todo vengativa: he aquí la mujer en cuyos ojos y en cuya frente puede leerse: *prostituta*.

Se engañaria torpemente quien creyese que las rameras están siempre alegres y de buen humor, como lo aparentan en presencia de los mentecatos que las buscan. Muy lejos de esto; hallándose bien convencidos de su estado de abyeccion, y muy temerosas de que sea reconocido su estado interior, les ocasiona muchos ratos de tristeza el peso de su ignominia, no siendo raro el sorprenderlas sumerjidas en una especie de abatimiento que algunas veces ha terminado por la desesperacion y la locura. En estos instantes, y aun mas en el lecho del dolor y de la muerte, no deja de penetrar en lo íntimo de su alma el eco de la voz de la relijion. Procure entónces el buen pastor recojer y consolar á estas nuevas Magdalenas, tristes objetos del desprecio mundano; pues un sincero arrepentimiento suele lavarlas de todos los vicios que las han mancillado.

Las señales por cuyo conjunto no puede dejar de reconocerse el manstурbador son las siguientes: la lánguida espresion y el alargamiento de la cara, la palidez de los labios y mejillas, la vista fija, la hinchazon y lividez de los párpados, la inclinacion de la cabeza sobre el pecho, el escesivo desarrollo de los órganos jenitales, el crecimiento repentino ó suspendido, un apetito voraz, un rápido enflaquecimiento sin enfermedad aparente, el andar poco seguro, la debilidad de los lomos, sudores nocturnos, la orina turbia ó sedimentosa, calofríos casi continuos, ronquera de la voz, la cual á veces es tambien débil ó sorda, el modo de sentarse, la posicion de las manos, tanto en la cama como en vela, la aficion á la soledad, la pereza, la apatía para el juego, la poca elevacion de sen-

timientos, el hábito del engaño, y la debilidad de la memoria y de la intelijencia, que puede llegar hasta el embrutecimiento.

— No dependen tanto los riesgos del libertinaje de la pérdida del humor seminal, la cual no siempre tiene lugar, como del enorme consumo del influjo nervioso que se requiere para mantener el eretismo jeneral, la exaltacion del pensamiento, y para producir el sacudimiento epileptiforme que se observa siempre que obran los órganos de la jeneracion. Estos efectos son tanto mas intensos cuanto mas dista el cuerpo del período de la vida destinado á la propagacion de la especie, así por no haber llegado á él, como por haberlo ya traspuesto; período que se verifica en los hombres entre los veinte y los sesenta años, y en la mujer, de los diez y ocho á los cincuenta.

Sería un error gravísimo y funesto considerar los primeros indicios de la pubertad como pruebas de aptitud de los órganos jenitales para el ejercicio de sus funciones; pues nada es mas arriesgado en esta época crítica del desarrollo que el turbar los esfuerzos del organismo antes de haber llegado este á su complemento. Así mismo, tampoco puede ser indicio de la permanencia de la aptitud para las funciones jenitales de los viejos la persistencia de los órganos destinados á cumplirlas, pues dichas funciones no son mas que transitorias; precipitando mucho el fin de la vida de los viejos, no solo el abuso, sino aun el mero acto de los órganos jenitales.

Los escesos del libertinaje son mas temibles en el hombre que en la mujer, por la mayor suma de actividad que aquel desarrolla. Cometidos despues de haber comido, perturban profundamente la economía, predisponen á graves alteraciones del estómago, y muchas veces dan lugar á apoplejías fulminantes; y por último, en el estado de enfermedad y de convalecencia, puede llegar á producir la muerte el despertar los deseos venereos, cuando están amortiguados, y el satisfacerlos, si persisten todavía.

La cronicidad es el carácter distintivo de las enfermedades ocasionadas por el libertinaje. Casi siempre llevan el sello de una profunda alteracion, tanto de los líquidos como de los sólidos: tales son las antiguas gastrites y enterites, la consuncion dorsal, de que habló ya Hipócrates; las varias alteraciones de corazon, tan frecuentes en el dia; la tísis pulmonar bajo todas sus formas; la larga serie de las afecciones cerebrales, la apoplejía, la induracion, al reblandecimiento, los abscesos, la dejeneracion cancerosa del celebro, y las frecuentes enfermedades del aparato jénito-urinario en la mujer, la leucorrea, la ninfomanía, la esterilidad, las hemorrajias, el cáncer del útero, las ulceraciones de su cuello; y en el hombre, la satiríasis y la impotencia, en ambos sexos, la incontinencia de orina, la cistitis, la nefrítis y todas las formas de la sífilis, azote destructor, nacido de la poliandria de las prostitutas; y últimamente, en los séres mas degradados todavía, las fisuras, los prolapsos y los cánceres del

recto, los abscesos de la márjen del ano, las fístulas y el venéreo cristalino.

Es fácil comprender la impresion que producen los escesos del libertinaje en el sistema nervioso y en la intelijencia, si recordamos la escitacion permanente y los pensamientos habituales que ocupan todos los instantes del disoluto; así es que produce muchas veces la epilepsia, el baile de San Vito, las convulsiones, las aberraciones del oido y de la vista, la locura, el idiotismo, la melancolía suicida, en una palabra, la mas completa degradacion física y moral (1). Entre 8.272 enajenados, admitidos desde 1825 hasta 1833 en los hospitales de Bicetre y de la Salpetriere, 59 (41 hombres y 18 mujeres) padecian la enfermedad á consecuencia del onanismo; 216 (84 hombres y 132 mujeres) la padecian por mala conducta y libertinaje; y 51 (27 hombres y 24 mujeres) á consecuencia de enfermedades sifilíticas. Resulta de los estados hechos con el mayor esmero por Mr. Esquirol, que la vijésima parte de las locas de la Salpetriere han sido prostitutas.

En el espacio de diez años (1804-1814), entraron en el Hospital de Venereos 27.576 enfermos, á saber, 15.658 adultos, 12.163 adultas, 794 niños, y 981 niñas.

En los cuatro últimos de dichos diez años, entraron muchos mas que en los anteriores. Durante ellos hubo en el hospital 7.184 hombres, 5.773 mujeres, 557 niños y 471 niñas.

En los diez años murieron 1.170, esto es, 1 por cada 24, no haciendo distincion alguna, sobre todo en las edades; pero la proporcion varia notablemente; separando los niños de los adultos; siendo, para los niños de entrambos sexos, de 2 por 5 á corta diferencia, y en los adultos, de 1 por 56 poco mas ó menos, si son hombres, y si mujeres, de 1 por 67.

La tabla siguiente demostrará la progresion que en Paris ha tenido el libertinaje desde el principio del imperio hasta 1841.

Estado de los venereos admitidos en los hospitales civiles de Paris desde 1804 á 1841.

En 1804.	2.212.	Suma.	51.555.
1805.	2.246.	En 1823.	2.759.
1806.	2.251.	1824.	2.716.
1807.	2.200.	1825.	2.869.

(1) «Los efectos del libertinaje, dice el doctor Belhomme, son mas graves en el hombre que en la mujer; el primero sufre la pérdida espermática; en la segunda, no hay otra causa de enfermedad que la conmocion del sistema nervioso. La locura en el hombre es las mas veces idiopática; al paso que en la mujer es con mucha frecuencia simpática.» (*Recherches statistiques sur les aliénés.*)

1808. . .	2.369.	1826. . .	2.914.
1809. . .	2.549.	1827. . .	3.019.
1810. . .	3.181.	1828. . .	3.456.
1811. . .	3.563.	1829. . .	3.543.
1812. . .	3.798.	1830. . .	3.436.
1813. . .	2.934.	1831. . .	3.708.
1814. . .	2.955.	1832. . .	3.712.
1815. . .	2.881.	1833. . .	3.356.
1816. . .	2.937.	1834. . .	3.521.
1817. . .	2.834.	1835. . .	3.720.
1818. . .	2.534.	1836. . .	4.461.
1819. . .	2.354.	1837. . .	5.258.
1820. . .	2.443.	1838. . .	5.065.
1821. . .	2.406.	1839. . .	5.460.
1822. . .	2.886.	1840. . .	5.210.
Suma. .	51.553.	Total. .	119.536.

Estado de los venereos tratados en el hospital militar de Val-de-Grace y en sus anejos desde el 1.° de enero de 1815 *hasta el* 31 *de diciembre de* 1840 (1).

En 1815. . .	1.951.	Suma anterior.	18.548.
1816. . .	1.112.	En 1829. . .	1.569.
1817. . .	1.104.	1830. . .	1.219.
1818. . .	1.090.	1831. . .	1.880.
1819. . .	1.187.	1832. . .	2.484.

(1) Desde el año 1825 hasta el dia, el profesor Desruelles, encargado de la visita de venereos en Valde-Grace y sus adjuntas, ha tratado á 24.785 venereos. En sus trabajos estadísticos, en su *Traité pratique*, en las doce cartas que acaba de publicar sobre las enfermedades venereas y el tratamiento que les conviene, espone los esperimentos que ha hecho y las mejoras que ha introducido. Ha sustituido á la esclusiva administracion del mercurio un método que regulariza su uso, indicando los casos y circunstancias en que conviene. Ha llegado de esta manera á reducir la duracion media del tratamiento á 32 ó 33 dias (á 1 franco 25 ó 30 c.), al paso que por el antiguo método, era de 48 á 50 dias (á 1 franco 60 c.) La nueva doctrina establecida por M. Desruelles, segun sus muchas observaciones y las que ha recibido de Francia, Alemania, Suecia, Dinamarca y los Estados Unidos de América, contiene nuevos é injeniosos descubrimientos, de cuyo valor no queremos juzgar aquí, pero que nos parecen dignos de llamar la atencion de los prácticos y del gobierno francés. (Véase *Lettres écrites de Val de-Grace sur les maladies vénériennes, et sur le traitement qui leur convien*. Paris, 1841; un volúm. en 8°.)

1820. . .	1.575.	1833. . .	2.502.
1821. . .	1.198.	1834. . .	2.500.
1822. . .	1.368.	1835. . .	1.719.
1823. . .	766.	1836. . .	1.082.
1824. . .	1.769.	1837. . .	834.
1825. . .	1.531.	1838. . .	849.
1826. . .	1.279.	1839. . .	1.086.
1827. . .	1.527.	1840. . .	1.213.
1828. . .	1.091.		
Suma.	18.548.	Suma total.	37.285.

Desde 1812 hasta 1832, ha habido en Paris, segun Mr. Parent-Duchàtelet, 20.626 prostitutas infectadas de sífilis; este número ha sido proporcionalmente mas considerable desde 1824 hasta 1832, que desde 1812 á 1824, esceptuando los dos años en que fué invadida la Francia, 1814 y 1815.

No solo es perjudicial á los libertinos el vicio á que se entregan, sino que ejerce tambien sus estragos en la desgraciada posteridad, á la cual diezma ó enerva, y absorbe al mismo tiempo una parte de las rentas del estado y de las administraciones de beneficencia. Así es que en el espacio de veinte años (de 1814—1834), los venereos admitidos en los hospitales de Paris han causado 3.576.122 estancias (1.436.769 los hombres, 1.798.554 las mujeres, 170.417 los niños, y 150.382 las niñas), habiendo ocasionado el gasto de 4.940.226 francos. La duracion media de la permanencia de cada uno en el hospital ha sido de 57 á 59 dias; el gasto medio del tratamiento de 79 francos 55 centésimos, lo que reduce el gasto medio á 1 fr. 38,14 por estancia. En este estado inédito y hecho por órden de la administracion de los hospitales, que me comunicó, como testimonio de amistad, el difunto Mr. Cochin, no van comprendidos los venereos tratados durante el mismo período en los hospitales militares de Paris (Véase la tabla anterior).

Para hacer á los militares mas parcos en sus placeres é indemnizar al tesoro de las consecuencias de su mala conducta, el primer cónsul, por resolucion del 16 nevoso del año IX de la república, decretó que los sarjentos y soldados afectados de enfermedades venereas no gozarian, despues de curados, de ninguna licencia ni rebaja, escepto la de ropa blanca y calzado, y que los oficiales, que hallándose en el mismo caso se tratasen á espensas del estado sufririan un descuento de las cinco sextas partes de su sueldo.

No será inútil seguramente presentar el cuadro de las consecuencias del libertinaje en el reino que se reputa por el mas civilizado del globo.

En el solo año 1838, se han observado oficialmente en Francia:

Niños naturales.	70.089.
Ultrajes públicos al pudor.	437.
Violaciones y atentados al pudor en niñas.	242.
Atentados contra las costumbres. . . .	186.
Niños espósitos.	168.
Violaciones cometidas en adultas. . . .	150.
Infanticidios (y tentativas de).	129.
Heridas, incendios y asesinatos. . . .	69. (1)
Abortos (y tentativas de).	19. (2)
Bigamia.	6.
Tentativa de castracion.	1.

Hé aquí ahora el resúmen oficial de los nacimientos ilejítimos desde 1817 hasta 1.° de enero de 1840.

Años.	Varones.	Hembras.	Total.
1817.	31.887.	30.666.	62.553.
1818.	30.216.	28.335.	58.551.
1819.	33.660.	32.001.	65.661.
1820.	33.915.	32.434.	66.349.
1821.	34.552.	32.934.	67.486.
1822.	35.820.	33.928.	68.748.
1823.	35.710.	33.952.	69.662.
1824.	36.280.	34.894.	70.174.
1825.	35.381.	34.011.	69.392.
1826.	37.061.	35.410.	72.471.
1827.	36.098.	34.670.	70.668.
1828.	35.924.	34.780.	69.704.
1829.	35.276.	34.075.	69.351.
1830.	35.229.	34.018.	69.247.
1831.	36.415.	34.996.	71.411.
1832.	34.422.	33.255.	67.677.
1833.	36.460.	35.038.	71.498.
1834.	37.760.	35.799.	73.559.
1835.	38.270.	36.457.	74.727.

(1) 31 crímenes de estos han sido consecuencia del adulterio, y 38 del amancebamiento y la disolucion.

(2) El número de abortos voluntarios que no llegan á la noticia del ministerio público es infinitamente mayor.

1836.	37.436.	36.066.	73.502.
1837.	35.308.	34.521.	69.829.
1838.	35.550.	34.739.	70.089.
En 22 años . .	778.430.	746.979.	1.525.409.

En 22 años (desde 1817 hasta 1838) han nacido en Francia 10.980.772 niños y 10.324.503 niñas.

La razon del primer número al segundo es á corta diferencia como 17 : 16; es decir, que han nacido $\frac{1}{16}$ mas de niños que de niñas.

La proporcion de los hijos naturales de ambos sexos parece apartarse algo de esta. Desde 1817 á 1838, estos nacimientos, en toda la Francia, han sido de 778.430 niños y 746.979 niñas; la razon de los primeros á los segundos es á corta diferencia como 24: 23, de lo cual puede, al parecer, deducirse que, en esta clase de nacimientos, el número de niñas se acerca mas al de niños que en los casos ordinarios.

Hé aquí, en fin, otros resultados estadísticos, sacados de los *Comptes généraux de la justice criminelle en France*, que probarán de un modo irrecusable la influencia del libertinaje, y hasta del estado civil de los individuos en la criminalidad.

De 6.865 mujeres acusadas de crímenes desde 1835 hasta 1839 inclusive, se ha averiguado que 24 por 100 de esas desgraciadas habian tenido hijos naturales, ó habian ya vivido en concubinato antes de haber tenido que comparecer á juicio ante los tribunales. Haciendo entrar en este cálculo las que se han visto impulsadas al infanticidio por un primer desliz, se hallará que mas de la tercera parte de las acusadas habian quebrantado las leyes del pudor antes de los procedimientos judiciales que estaban padeciendo.

En 1836, de 7.232 acusados de ambos sexos, los 197 eran hijos naturales.

En 1837, de 8.094 acusados, los 210 eran tambien hijos naturales.

En 1838, de 8.014 acusados, 192 eran hijos naturales.

Finalmente, en 1839, de 7.858 acusados, habia 142 hijos naturales, y 156 individuos pertenecientes á familias en las cuales habia algunos miembros que anteriormente habian sido objeto de procedimientos judiciales.

El número proporcional de los célibes se ha mantenido, en el espacio de once años (1829 á 1839), entre 55 y 60 por cada 100 acusados.

Tratamiento.

Casi no consiste en otra cosa el tratamiento preservativo de la lujuria

que en la sustraccion de las causas físicas y morales, que hemos visto podian dar lugar á su desarrollo.

Para precaver el hábito de la mansturbacion, que va conduciendo con el tiempo á los otros escesos del libertinaje, conviene que los padres y maestros ejerzan sobre los niños, desde muy jóvenes, una vijilancia incesante, aunque disimulada, vijilancia que deberá ser mas rigurosa en aquellos que durante las horas de recreo, se apartan de sus compañeros, buscando la soledad.

Si algunos indicios particulares llegan á convertir las sospechas en certidumbre, se avisará secretamente al médico para que, examinando con interés á los enfermos, les manifieste cuál es la causa de la alteracion que ha sobrevenido en su salud, presentándoles á su imajinacion el temor de los mas graves accidentes, de una operacion dolorosa, que podrá ser necesaria, y hasta de la muerte, si no abandonan absolutamente tan funesta inclinacion. Despues de estas advertencias, dadas con tono severo, prescribirá el facultativo los medios hijiénicos y terapéuticos cuya eficacia le haya demostrado la esperiencia; prohibirá sobre todo el uso del vino puro, del café y de los licores, la lectura de novelas, la frecuentacion de los bailes y de los teatros, y el dormir echado sobre el dorso. Aconsejará despues las distracciones agradables, la contínua ocupacion del entendimiento, los alimentos lijeros y refrescantes, el dormir en una cama dura, compuesta de un cabezal y un jergon de paja de maiz; emulsiones, suero, baños de asiento frios mañana y tarde, viajes á pié, la natacion y otros ejercicios jimnásticos que lleguen á fatigar, sobre todo antes de acostarse. Desarrollando estos últimos medios el sistema muscular, contribuyen por una parte á debilitar la pasion, y por otra á disminuir la irritacion del sistema nervioso, que es el asiento de la mayor parte de las enfermedades ocasionadas por el onanismo y las otras formas del libertinaje. Superfluo es advertir que debe, en tal caso, aumentarse la vijilancia para sorprender á los niños en el instante en que mas descuidados se hallen, por ejemplo, en la cama, en el baño, en el comun, y aun mientras estén trabajando, si se les observa un mirar á todos lados y una sospechosa inmovilidad. Conviene que los dormitorios de los establecimientos públicos estén iluminados de noche, con las camas suficientemente apartadas, y que continuamente recorra los dormitorios un vijilante, como se practica en la casa modelo de San Nicolás, dirijida por Mr. Bervenguer.

Cuando no sean suficientes para curar á los mansturbadores la vijilancia, los consejos y el réjimen; cuando aquellos sean niños ó padezcan de enagenacion mental, podemos recurrir á los injeniosos vendajes de Lafont y de Valerius, que sujetan á los individuos de modo que no pueden entregarse á su vicio; y si los padres no se hallan en estado de com-

prar estos medios, desgraciadamente muy dispendiosos, uso con provecho una camisola de cotí fuerte, cuyas mangas reunidas no dejan salir las manos, y por otra parte se hallan sujetadas á conveniente altura por medio de un pañuelo cuyos cabos se añudan detrás del cuello. Aconsejo al mismo tiempo aplicar una esponja empapada en oxícrato, y administrar mañana y tarde un vaso de emulsion ó de orchata.

Si bien algunas veces la pasion, mas constante y mas astuta que lòs obstáculos que se le oponen, llega á triunfar, con todo las mas veces, aunque se piense lo contrario en jeneral, han llegado á correjirse muchos niños y adultos de uno y otro sexo á beneficio de este tratamiento, seguido un año consecutivo, segun yo mismo lo he presenciado. Débese sin embargo advertir que casi todos los curados eran dirijidos al mismo tiempo por hábiles confesores, quienes, sabiéndose aprovechar de las mas pequeñas interrupciones para animar á sus penitentes, y redoblando á cada recaida sus afectuosos consejos, mostraban tanta paciencia para ir esperando el término de la curacion, como constancia tiene el hábito y dificultad en ceder.

Conviene, por otra parte, que sepan los eclesiásticos que no siempre dependen de la depravacion del espíritu los pensamientos, los deseos, y aun los actos impúdicos, pues muchas veces se verifican á pesar de los esfuerzos de la voluntad, lo que se observa principalmente en algunas irritaciones del cerebelo y de la medula espinal y en las afecciones herpéticas ó erisipelatosas de los órganos sexuales.

Si el libertinaje fuese provocado por una irritacion del cerebelo, lo cual se conocerá por el peso y calor permanentes de la rejion occipital, convendrá cortar el pelo muy corto, ir de noche y de dia con la cabeza descubierta y dormir en almohada de cáscara de avena. Si estos medios fuesen insuficientes, se podria apelar á la aplicacion de hielo en la nuca y á la sangría del pié, que en estos casos es muy preferible á la del brazo y á las sanguijuelas. En tales enfermos, se tendrá mucho cuidado de no curar los sedales ni los vejigatorios con pomadas de cantáridas, porque estas aumentarian el eretismo de los órganos jenitales.

Fricciones secas ó narcóticas en ambos lados de la columna vertebral, afusiones frias, la sangría jeneral ó local disiparán tambien los deseos eróticos dependientes de una irritacion de la medula espinal Conviene en ambos casos evitar en cuanto quepa el acostarse sobre las espaldas, ó en una cama muy blanda, porque la concentracion del calor en la rejion dorsal mantendria los órganos sexuales en un estado permanente de escitacion. Esta última recomendacion se encamina tambien á los que tienen poluciones nocturnas involuntarias, á los cuales les conviene tambien no acostarse hasta cuatro ó cinco horas despues de haber cenado.

Por medio de un tratamiento antiflojístico apropiado se procurará com-

batir la vajinitis erisipelatosa, que tan frecuente es en las jornaleras que tienen que permanecer sentadas la mayor parte del dia.

La inflamacion herpética, que con tanta frecuencia afecta á los órganos sexuales y que hace á tantas mujeres mas desgraciadas que culpables, llegará á ceder casi siempre por medio de un réjimen severo, seguido por espacio de muchos meses. Podrá empezarse la curacion aplicando en cada brazo un vejigatorio amoniacal, que se dejará puesto hasta que haya formado vejiga; despues se mantendrá la supuracion por medio de la corteza del torvisco. Al mismo tiempo se darán uno ó dos baños jenerales frescos de agua de salvado ó de espinacas. Interiormente se prescribirá una tisana de suero y regaliz con partes iguales de zumo de fumaria. Igualmente se administrarán lavativas de la misma especie, las cuales son preferibles á las inyecciones, pues estas, lo mismo que los baños de asiento, tienen sus inconvenientes, por poco calientes que sean.

En cuanto á la satiríasis y á la ninfomanía, dependientes de afecciones sifilíticas ó complicadas con ellas, exijen el uso de los antiflojísticos combinados con los antiespasmódicos, y á veces con los mercuriales.

Tales son los principales medios que usa la medicina para combatir las varias formas de la lujuria, ya proceda de una depravacion voluntaria, ya del predominio cerebro-jenital, ó ya de alguna enfermedad del organismo. Veamos ahora las medidas preventivas y represivas tomadas por el lejislador.

En la lejislacion francesa administrativa, hay algunas sabias disposiciones relativas á las rameras aisladas, á las casas de tolerancia, á las tabernas, á los bailes, á los teatros, á la imprenta y al grabado; pero se observan tan poco, que casi podrian considerarse como no vijentes. Y ¿cómo obrará la autoridad para castigar una pasion cuyo contajioso ejemplo no siempre ha evitado?

Las leyes no castigan el libertinaje sino cuando está patente y ofende la moral pública; en cuyo caso constituye los varios atentados contra las costumbres, previstos en los artículos 330—340 del código penal, que dicen así:

Art. 330. El que cometa un ultraje público contra el pudor sufrirá la pena de tres meses á un año de cárcel y la multa de 16 á 200 francos.

Art. 331. Todo atentado contra el pudor, bien sea consumado, bien sea solamente intentado sin violencia en la persona de un niño de cualquiera sexo que no llegue á once años, será castigado con la reclusion.

Art. 332. El que cometa el crímen de violacion sufrirá la pena de trabajos forzados temporales. — Si se verifica el crímen en una criatura que no haya cumplido quince años, el culpado sufrirá el *máximo* de la pena de los trabajos forzados temporales. — El que haya cometido un atentado contra el pudor, bien haya sido consumado, bien solamente

intentado, con violencia, contra individuos de cualquiera sexo, sufrirá la pena de reclusion. — Si se verifica el crímen en una criatura que no haya cumplido quince años, el culpado sufrirá la pena de trabajos forzados temporales.

Art. 333. Si los culpables son ascendientes de la persona contra la cual se ha cometido el atentado, si tienen sobre ella autoridad, si son maestros suyos ó criados asalariados de la misma ó de las personas arriba dichas; si son funcionarios ó ministros de algun culto, ó si al culpable, cualquiera que sea, le han ayudado en su crímen una ó muchas personas, sufrirán la pena de trabajos forzados temporales, si se hallan en el caso previsto en el artículo 331, y el de trabajos forzados perpetuos, en los casos previstos en el artículo precedente.

Art. 334. Cualquiera que atente contra las costumbres, escitando, favoreciendo, ó facilitando habitualmente la disolucion ó la corrupcion de personas de uno ú otro sexo que no lleguen á la edad de veinte y un años, sufrirá la pena de seis meses á dos años de cárcel y una multa de 50 á 500 francos. — Si la prostitucion ó la corrupcion ha sido escitada, favorecida ó facilitada por los padres, madres, tutores, ú otras personas encargadas de la vijilancia del que ha sido prostituido ó corrompido, sufrirán la pena de dos á cinco años de cárcel y de 500 á 1000 francos de multa.

Art. 335. Los culpables del delito mencionado en el artículo precedente serán privados de toda tutela y curatela y de tomar parte en los consejos de familia; á saber: aquellos á quienes se aplique el primer párrafo de este artículo por espacio de dos años á lo menos y cinco á lo mas; y aquellos de quienes habla el segundo, durante diez años á lo menos y veinte á lo mas. — Si el autor del delito ha sido el padre ó la madre, el culpable quedará tambien privado de los derechos y ventajas que le señala sobre la persona y los bienes de sus hijos el código civil, lib. 1º., tit. 9, *De la puissance paternelle*. —En todos los casos, los culpables podrán además, por auto ó fallo del juez, ser puestos bajo la vijilancia de la alta policía, observándose, en cuanto á la duracion de esta vijilancia, lo que acaba de establecerse para la duracion de la interdiccion que se menciona en este mismo artículo.

Art. 336. El adulterio de la mujer solo podrá ser denunciado por su mismo marido; y aun este perderá dicha facultad, si ha incurrido en el caso citado en el art. 339.

Art. 337. La mujer convencida de adúltera sufrirá la pena de encarcelamiento desde tres meses á lo menos hasta dos años á lo mas. — Sin embargo, el marido será dueño de suspender los efectos de esta condena; pero debe consentir en volver á encargarse de su mujer.

Art. 338. El cómplice de la mujer adúltera sufrirá la pena de encarce-

lamiento por el mismo espacio de tiempo que ella, y á mas una multa de 100 á 2000 francos. — Las solas pruebas que podrán admitirse contra el acusado de complicidad son, á mas de encontrarle en el acto del delito, las resultantes de cartas ú otros papeles escritos por el acusado.

Art. 339. El marido que haya mantenido una concubina en la casa conyugal, y que haya sido convencido por queja de su mujer, será castigado con una multa de 100 á 2000 francos.

Art. 340. Cualquiera que, estando ligado á otro por los vínculos del matrimonio, haya contraido otro antes de la disolucion del anterior, será castigado con trabajos forzados temporales. — La misma pena sufrirá el empleado público que haya prestado las funciones de su ministerio para este matrimonio, si sabe la existencia del anterior.

Para completar las disposiciones lejislativas referentes á los atentados contra las costumbres, trascribiré los artículos 324,325 del código penal, remitiéndome por lo demás á los artículos del código civil relativos á los hijos naturales (Véase el C. civ., lib. I, tit. 7. *De la paternité et de la filiation*, y lib. 3, tít. 1.°, cap. 4, *Des successions irreguliéres*).

Art. 324 del C. penal. En los casos de adulterio de que trata el artículo 336, el homicidio cometido por el esposo contra su mujer, ó contra su cómplice, en el instante de sorprenderles en el acto del delito en la casa conyugal, es escusable.

Art. 325. El crimen de castracion, si ha sido inmediatamente provocado por un ultraje contra el pudor, será considerado como homicidio ó heridas escusables.

Hallándose los gobiernos en la absoluta imposibilidad de destruir la prostitucion, se han visto precisados á tolerarla como medida sanitaria y social; y la policía administrativa ha tenido que tomarla en cierta manera bajo su proteccion, para poder reprimir los escesos demasiado escandalosos y precaver la infeccion sifilítica de las masas.

En cuanto á los pederastas ó sodomitas, el *Levítico* y la ley romana *Quum vir* los condenan á ser echados al fuego. Posteriormente en Holanda y en otros estados, se les ahogaba metidos dentro de un saco. Antes de la promulgacion del Código Napoleon, se conformaban en Francia á la ley *Quum vir*, siendo quemados los culpables en la plaza pública de los suplicios; pero en el dia la ley se limita á una pena correccional, de la que se libran muchas veces aquellos miserables; pero les persigue sí en todas partes el menosprecio público, que los infama con eterno baldon.

CAPITULO VII.

DEL AMOR.

El amor no es una pasion sola; sino que despierta y reune todas las demás.
(Madama de Souza).

Definicion y sinonimia.

El amor, en su acepcion mas lata, es aquel hechizo irresistible que atrae todos los séres, aquella afinidad secreta que los une, aquella chispa celeste que los perpetúa; en una palabra, todo es amor en la creacion.

Considerado bajo el aspecto moral, es una inclinacion del alma hácia lo verdadero, lo bello y lo bueno.

Bajo el aspecto relijioso, Dios es amor, y el amor es toda su ley. Así *amor de Dios,* soberano bien y Criador de todas las cosas, y *amor de los hombres,* sus mas nobles criaturas; he aquí, en resúmen, la teoría cristiana del amor.

Del amor de Dios, que es el amor en toda su plenitud, se deriva la ley armónica del amor de los hombres, que comprende sucesivamente *la familia, la patria* y *humanidad,* esa grande familia que tiene á Dios por padre, y al mundo por patria.

Me limito aquí á hacer una mera mencion de estos diversos sentimientos, así como del egoismo y del amor propio, el primero la mas esclusiva, y el segundo la mas constante de nuestras afecciones, y voy á ocuparme únicamente del amor considerado en los dos sexos.

«Es difícil, asegura La-Rochefoucauld, definir el amor; segun él, solo puede decirse que en el alma es una pasion de reinar; en los espíritus, una simpatia, y en los cuerpos, un anhelo oculto y delicado de poseer, despues de muchos misterios, lo que uno ama.» La Rochefoucauld confunde aquí la galantería con el amor; el verdadero amor casi no sueña en reinar, constituyendo toda su felicidad la que disfrute el objeto amado, y muchas veces su propia sumision.

«¿Conoceis acaso, dice Bernis, ese fuego que toma todas las formas que le da el soplo, y que se irrita y mengua, segun sea mas viva ó mas moderada la impresion del aire? Se separa, se reune, se abaja, se levanta; pero el poderoso soplo que lo guia lo ajita tan solo para animarlo, y

nunca para apagarlo; el amor es este soplo, y nuestras almas son ese fuego.»

Esta definicion es indudablemente muy injeniosa, pero me parece muy larga, y sobre todo por demás alambicada.

Creo que no debo citar la de Chamfort, que, por mas exacta y orijinal que sea, adolece de cínica.

Para los fisiolojistas, el amor es aquella imperiosa inclinacion que atrae recíprocamente los dos sexos, cuyo objeto providencial es la reproduccion de la especie. En el bruto, el amor puede no ser mas que una *necesidad física,* una impetuosidad pasajera; mas en el hombre, especialmente en el civilizado, no puede considerarse separado de una *necesidad moral,* de un sentimiento que acrece hasta lo infinito sus embelesos y su duracion; este sentimiento es la *amistad,* que, en mi sentir, forma la *mitad* del amor, pero su mitad mas pura, su mitad mas bella y constante.

De modo que esta pasion, escesivamente materializada por Buffon y otros escritores, que jeneralmente la consideran como la mas sencilla de todas, estudiada en el hombre, me parece antes bien una de las mas complexas. Y efectivamente, ¿de cuántos diversos elementos no se compone? Primero del amor físico ó necesidad de los sentidos, instinto propagador escitado por la belleza, y sobre todo por la gracia, que es todavía mas halagüeña; despues de la necesidad de afeccion, de apego, fundada preferentemente en la apreciacion de las causas morales, de las virtudes; luego del amor propio, que por todas partes se cuela; y muchas veces tambien de un poco de coquetería y de curiosidad, un poco de temor mezclado con parte de zelos, y en medio de todo esto, de la imajinacion, la mensajera del amor, la hechicera, cuyo falaz prisma multiplica las seductoras prendas del objeto amado, y muchas veces tambien las hace parecer muy hermosas en un objeto, en el cual una razon mas sana no podria percibir más que defectos.

La mayor parte de los moralistas se han empeñado al parecer en confundir el amor con la *galantería*, á cuya confusion debe atribuirse el desacuerdo en cuanto han escrito sobre la pasion de que tratamos. Y sin embargo, ¡qué diferencia entre estas dos afecciones! La galantería, menos viva, menos seria, pero mas perspicaz y mas sensual que el amor, busca mas bien la belleza física que la moral. El amor nos atrae única, jenerosamente y sin reserva hácia el objeto de nuestra pasion; la galantería tiene, si así puedo decirlo, el corazon comun; tiene un poco de picardía y mucho egoismo. El verdadero amor por maravilla va seguido de otro, y mucho menos de un tercero; el sentimiento no puede hacer tanto gasto de sensacion amorosa. En muchos sujetos, los galanteos son innumerables; muchas veces no son mas que un pasatiempo y una costumbre que llega á dejenerar en vergonzoso y vil libertinaje.

El amor impropiamente llamado *platónico* (1), es decir, que no está mezclado con el menor deseo erótico, no puede conservar, si queremos entendernos, el nombre de amor; no pasa de amistad, siendo, si se quiere, el éxtasis de la misma. No hay duda en que esta afeccion puede tambien existir entre dos sujetos de diferente sexo; mas en tal caso, para ser duradera, es necesario que uno y otro tengan mucha calma en los sentidos y el corazon sumamente puro. A no mediar estas dos condiciones, muy peligroso fuera tener una amiga que á las gracias de la juventud reuniese los encantos de la belleza. No hay duda que en los adolecentes, y aun en los adultos no corrompidos, el primer amor al principio es enteramente ideal, y puede existir así por algun tiempo, sin que llegue á alterar su pureza ninguna idea sensual; pero como en nuestra pobre naturaleza lo físico sirve de órgano á lo moral, poco á poco llega á materializarse el pensamiento, y los sentidos, á ejemplo de las almas, tardan poco en acercarse y confundirse.

La *coquetería*, que equivocadamente se ha confundido con la galantería, es una palabra de oríjen francés, que sirve para espresar todas las astucias del amor ó de la vanidad, que sirven para escitar en la personas del otro sexo deseos, provocándolos indirectamente y afectando querer huir de las mismas á quienes se busca; es en la mujer un trabajo perpetuo del arte de agradar, del cual se hallan vestijios hasta en las hembras de los irracionales. «En sus amores, dice Rousseau, veo caprichos, elecciones y repulsas meditadas, que sirven eficazmente para irritar mas la pasion, creándole obstáculos. En el principio de los primeros amores de dos palomos hallo un retrato harto diferente de la necia brutalidad que quieren pintarnos nuestros supuestos sabios. La blanca paloma va siguiendo los pasos de su amado, y se mete en el nido luego que él llega. Si está quieto, le dispierta con lijeros picotazos; si se retira, le sigue; si se aparta, con un vuelecito de seis pasos le vuelve á atraer: la inocencia de la naturaleza orilla las gazmoñerías y la suave resistencia con un arte que difícil le seria imitar á la mas hábil coqueta. No, la juguetona Galatea no

(1) Jamás pretendió Platon que el amor debiese ser puramente ideal, puramente metafísico; solo sí queria que el hombre de bien prefiriese las prendas del alma, inagotable manantial de delicados placeres, á las del cuerpo, tan pobres, tan monótonas y tan pasajeras. «Yo califico, decia, de hombre vicioso á ese hombre vulgar que ama mas bien el cuerpo que el alma; pues su amor no puede ser duradero, porque se funda en una cosa que no es durable. Luego que ha pasado la flor de la hermosura, se dirije á otra parte, sin acordarse siquiera de sus brillantes discursos, ni de todas sus finas promesas; lo contrario sucede al amante de una alma bella; es fiel toda su vida, porque lo que él ama no pierde las gracias.»

sabia hacerlo mejor; y bien habria podido Virjilio sacar de un palomar una de sus imájenes mas halagüeñas.»

Causas.

La causa primordial del amor existe indudablemente en el instinto de la reproduccion, «poderoso instinto, dice Alibert, que nos dió el Criador, para que perpetuásemos su obra, encargándonos reparar los estragos de la muerte por medio de una trasmision incesante de la vida.» En el hombre que se halla en el estado mas salvaje, esta pasion está reducida á una necesidad física; mas en el civilizado, hemos visto que esta necesidad va acompañada de un sentimiento de afecto, que aumenta las dulzuras de la misma y dilata indefinidamente su duracion. Posee tal atractivo este impulso, que puede existir mucho tiempo sin ir acompañado de deseos, ó á lo menos de goces materiales; pudiendo llegar á alimentarse de privaciones, las cuales no hacen mas que aumentar su ardor.

El amor, lo mismo que la amistad, nace frecuentemente por *simpatía*, palabra felizmente inventada para esplicar aquello que no se puede concebir. Ha dicho un escritor que en este caso no hace uno mas que querer á su propia semejanza (1); lo cual no me parece exacto, sino que, al contrario, mas bien he observado que la simpatia es una afinidad, una armonía secreta entre dos naturalezas ó dos caractéres diferentes, que se unen, templándose y completándose reciprocamente (2).

Siguen luego, en el órden de las primeras causas escitantes del amor, las bellezas, las gracias y las prendas morales, aumentadas y provocadas á menudo, en el estado social, por las ventajas de la fortuna, de la gloria ó de la jerarquía. Tambien deben tenerse por causas auxiliares, y muchas veces bastante poderosas, los lazos de la coquetería, el prestijio del tocador, de la música y del baile, y últimamente, en una clase de séres bastante aproximados á los brutos, los placeres de la mesa, y sobre todo los humos del vino.

«No es raro, dice el célebre fisiolojista Burdach, que provenga tambien

(1) Creen algunos fisiolojistas que puede atribuirse la simpatía á la semejanza algunas veces, y á la calidad de la traspiracion otras.

(2) Una prueba de que el corazon humano busca en el amor una doble conformidad por medio del antagonismo, es que jeneralmente los hombres de baja estatura aman á las mujeres altas, y estas prefieren á los de estatura mediana. En cuanto á lo moral, los hombres vivos ó coléricos se hallan mas atraidos por las mujeres cuyo carácter dominante es la docilidad, al paso que las mujeres dóciles prefieren mas bien para maridos á los hombres cuyo carácter anuncia resolucion y firmeza. La misma observacion tengo hecha sobre el cruzamiento de las constituciones ó temperamentos.

cierta especie de amor de una ilusion de la vanidad. Persuadido el hombre de que una mujer no ha podido resistir á su gallardía, que admira sus prendas, y que arde secretamente por él, imajínase algunas veces que su honor se interesa en corresponder á la supuesta llamada que se le hace, y cree que es una grandeza de alma el hacer la fortuna de aquella que á su parecer por él se está muriendo de amor. Hállase tambien muy dispuesta la mujer por su parte á ver una prueba de amor en la mas insignificante demostracion del hombre; y lisonjeada por el efecto que ha producido su amabilidad, echa una mirada de benevolencia á aquel que le ha dado tan evidente prueba de fino discernimiento.»

La constitucion, el sexo, la edad, los climas, las profesiones y los hábitos son tambien otras tantas causas predisponentes que influyen notablemente en el desarrollo de la pasion de que hablamos.

Son indudablemente mas inclinados al amor los sanguíneos y los biliosos que los sujetos dotados de otra constitucion; vienen despues los que viven bajo el predominio del sistema nervioso. Finalmente, segun muchas observaciones de los frenolojistas, los que tienen un cerebelo voluminoso son mucho mas inclinados al acto jenerador que los que tienen dicho órgano poco desarrollado.

La mujer, mas impresionable y mas afectuosa que el hombre, es por la misma razon mas verdaderamente amorosa; en amor, el hombre se presta; pero la mujer se da. Preguntaba uno cierto dia á una mujer de talento en qué consistia el amar, y le contestó: «Consiste, para el hombre, en estar inquieto; para la mujer, en existir.» De modo que el amor las mas veces facilita á la mujer el talento de que carece, al paso que al hombre le hace perder el que tenia. En el hombre, puede existir al mismo tiempo que otra cualquiera pasion; en la mujer, sofoca todas las demás, siendo casi siempre esclusivo. Como quiera, se ha observado que la coquetería preserva muchas veces á las mujeres de grandes pasiones, y que el libertinaje libra tambien de ellas á muchos hombres. Tambien es de observar que en materia de amor físico, la mujer es mas precoz, y el hombre mas lonjevo.

Como en el importante negocio del matrimonio el hombre busca mas bien la belleza física, y la mujer la moral; por esto el amor del primero es mas sensual, mas celoso y mas pasajero, al paso que el de la mujer es mas afectuoso, mas confiado y mas fiel. El hombre ama mucho mas antes de casarse; la mujer despues; el hombre exije de su compañera el primer amor; la mujer se contenta con ser el último amor de su marido.

Entre todas las edades, la juventud ó la primavera de la vida es en la que mejor se saborean todas las ilusiones del amor: sin embargo, cuando no se esperimenta esta pasion hasta una edad algo adelantada, se presenta casi siempre muy ardiente y mucho mas constante.

El amor parece que reina con preferencia en algunas comarcas, y jeneralmente en aquellas donde la naturaleza es mas rica, mas hermosa, mas risueña; un Portugués, un Italiano, un Provenzal nace, por decirlo así, amoroso, como el Asiático polígamo nace celoso.

Así pues, los individuos de todas las clases y de todas las profesiones son capaces indudablemente de esperimentar el amor con todas sus dulzuras, sus zozobras, sus ajitaciones, sus furores; pero lo esperimentan mas fácilmente los que en sus tareas necesitan una imajinacion viva y ardiente. Así, no hay comparacion entre la grande inclinacion que á él tienen los poetas y artistas, y la escasa que le manifiestan los sabios, especialmente los matemáticos. Siendo tambien el amor la enfermedad habitual de las almas delicadas y ociosas, no debe estrañarse que con tanta frecuencia se observe en los palacios de los grandes, morada ordinaria del lujo, de la malicia y del tedio.

Digna es de notarse en esta pasion la diversidad de gustos que la provocan en el hombre. Desalado este tras los goces materiales, busca una mujer que anteponga el placer á la razon; aquel no busca mas que una naturaleza inerte para tener la satisfaccion de animarla; busca ese otro los contrastes, dejándose seducir por los caprichos de una coqueta, la cual solo le acepta por un capricho. Finalmente un solo hechizo, una gracia única bastan para desarrollar una violenta pasion en aquel otro que habia resistido á la reunion de la belleza física y á las prendas del corazon y del entendimiento; de suerte que puede asegurarse que, en amor especialmente, se muestra el hombre á veces anómalo é inesplicable.

Carácter y síntomas, efectos y terminacion. Carácter y síntomas — No presenta el amor un carácter tan bien determinado como las otras pasiones, porque se identifica mas con el entendimiento, con los caprichos, con las virtudes y los vicios de los que lo sienten, ó por quienes se siente, con su grandeza y con su humillacion. Lóbrego y poco confiado en el celoso, exijente y tiránico en el orgulloso, alternativamente grosero, sensual y frio en el egoista, estraño é inconstante en el que no procura mas que satisfacer su sensualidad, se muestra tímido, tierno y delicado en el que posee, ó en el que á lo menos sabe apreciar las dotes del corazon y del entendimiento; y en todas estas variedades, ¿cuántas modificaciones no pueden observarse? Así es que, entre todas las pasiones, es el amor la mas difícil de describir, porque en cada sujeto ofrece tantas diferencias, cuantas se observan en sus facciones, ó mejor, en su fisonomía.

Si cada hombre da al amor el carácter que á sí mismo le es propio, obsérvase tambien que esta pasion, considerada en los diferentes pueblos tomados colectivamente, presenta un carácter muy señalado. Así la pasion del Africano es ardiente y cruel; fria y brutal la del Lapon; y en el Francés, pueblo tan amable como lijero, todo se hace por amor ó para el amor; pero es de poca duracion.

Ahora, estudiando el amor en los anales de la historia francesa, verémos que refleja la fisonomía moral de las épocas principales á quienes estampa una modificacion poderosa. Aspero y sensual en los primeros siglos de la monarquía, se halla en cierto modo *idealizado* bajo el doble reinado de la belleza y la caballería, siendo entónces una especie de relijion que ponia un freno saludable á la impetuosidad y á la fantasía de aquellos valientes tan famosos por su vida aventurera. Turbulento y conspirador bajo la Fronda, mas suave, mas intrigante y mas poderoso en el reinado de Luis XIV, reinó despóticamente en tiempo de la rejencia, embargando todas las cabezas, y hallábase por donde quiera; era realmente entónces una *monomanía erótica universal.* Mas pronto la literatura, que hasta entónces casi no habia combatido mas que ridiculeces, empezó á quererse apoderar de la potestad, discutiendo abiertamente altas cuestiones filosóficas y sociales. Vióse entónces el amor, verdadero Proteo, cubrirse con la capa de la filosofía y tirarla luego para vestirse sucesivamente de patriota, de soldado, de banquero y de industrial. En este punto se halla en el dia la Francia... Mercurio ha destronado al Amor.

Considerada especialmente en las mujeres, la influencia del clima da el siguiente resultado, que copiamos de un hábil observador: «Las Españolas, las primeras entre las mujeres, aman fielmente; su corazon quiere con todas veras; pero llevan un estilete clavado en aquella entraña. Las Italianas son lascivas ; las Inglesas exaltadas y melancólicas, pero son sosas y altivas; las Alemanas tiernas y dóciles, pero pesadas y monótonas; las Francesas agudas, elegantes y voluptuosas, pero mienten como unos demonios.» Nota tambien el mismo observador que las aficionadas á montar son por maravilla tiernas: «Son la mayor parte amazonas, á quienes les falta una teta.»

—Ordinariamente el amor se desarrolla en el hombre al mismo tiempo que la pubertad. Al principio no es mas que una escitacion vaga, un tedio, una tristeza del corazon, que le hace desear un objeto que él mismo no conoce, al cual busca en su pensamiento como al través de una nube. Desalado tras cuanto piensa poderle dar alguna luz sobre su estado , va pasando una reseña á todos sus recuerdos y á todo lo que le rodea. Si llega á ilustrarse, padece mas todavía, desea con mas ardor, y se entrega á la primera mujer que le parece que fija en él la atencion, si nada llega á moderar su fogosidad.

Sucede casi siempre á esta primera pasion un sentimiento mas quieto, y por lo mismo mas razonado. Habiendo el hombre nacido esencialmente para la sociedad, necesita una compañera, una amiga, que se asocie á su existencia y que parta con él los goces y las penas. Si es honrado y fino, buscará sentimientos análogos á los suyos, y asi contribuirá su amor á hacerle feliz. Pero , si, estraviado por sus sentidos , se entrega al único

atractivo que le ha alucinado, ó á esos culpables enlaces reprobados por las leyes y la relijion, no encontrará mas que amargas decepciones, y casi siempre la ruina de su salud, de su fortuna y de su honor.

Unas veces se apodera repentinamente el amor de las almas, haciéndolas arder con rapidez; otras se insinúa furtivamente en las mismas, desarrollándose imperceptiblemente. En balde contamos entónces con la calma de nuestros sentidos ó con contener nuestra imajinacion (1); el amor, astuto Proteo, se burla de esta confianza que facilita aun mas sus sorpresas; y muchas veces creemos ser dueños de nosotros, cuando de repente advertimos las cadenas que hace tiempo nos tienen amarrados sin advertirlo. Sospechamos, con José Frank, la oculta existencia del amor en alguno, cuando pronuncia mas ó menos á menudo de lo que tiene de costumbre el nombre de una persona de sexo diferente, ya sea sin necesidad, ya sea trocando un nombre por otro; si la pronunciacion de este nombre ocasiona una súbita rubicundez ó una constriccion de pecho, que se conoce con un suspiro; si sus manos pintan á menudo, casi sin advertirlo el entendimiento, las letras iniciales del nombre de la misma, en el papel ó en la arena; cuando pasa mas tiempo del acostumbrado en el tocador y elije con preferencia algunos colores; cuando trueca sus jestos naturales por los que suele hacer la otra persona; cuando sucede lo mismo con la eleccion de las palabras; cuando se demuestra cariñoso con sujetos que antes le eran indiferentes, é indiferente con aquellos á quienes manifestaba cariño; cuando cumple mal ó con descuido sus deberes; cuando los animales domésticos que cuidaba con afan mas bien le dan pena; cuando hace en su aposento cambios que no sirven para la comodidad; cuando en el paseo y en los negocios no sigue las mismas horas ó el mismo camino; cuando cambia tanto el carácter, que se convierte el alegre en triste, y el triste en alegre; cuando la fisonomía, y especialmente las miradas están en relacion con este cambio; cuando se presenta continuamente en sueños una misma imájen; cuando se sienten á menudo suspiros, palpitaciones de corazon, lágrimas involuntarias, y principalmente, cuando llegan á traslucirse movimientos de zelos.

Las señales de un amor desenfrenado son, en lo físico, el enflaquecimiento, la palidez de los ojos, que se presentan cóncavos, hundidos debajo de los párpados y habitualmente fijos ó inquietos; un pulso, que, hallándose ausente la persona amada, es desigual, pequeño, débil; pero que se vuelve tumultuoso y fuerte luego que la ve, oye su voz ó solamente la recuerda; un movimiento desordenado del corazon con tendencia á las diversas hemorrajias, ó bien una angustia permanente en la

(1) Es notable que los amores mas violentos se desarrollan ordinariamente en los hombres de costumbres mas puras.

rejion epigástrica, un ardiente vapor, que sale muchas veces de este punto para difundirse por los miembros, y finalmente una calenturilla, descrita por Lorry con el nombre de *calentura erótica*. Obsérvase en lo moral una grande movilidad en el carácter, una aficion decidida á la soledad y á la meditacion; suma indiferencia en todo lo tocante á la conservacion del cuerpo, y en los mas importantes deberes; el desprecio de las riquezas, de los honores y de la opinion pública, la pérdida del respeto á los padres, ó de los deberes respecto á los hijos; por último una perversion evidente del juicio, que, sordo á los consuelos y á los consejos de la amistad, hace que estos desgraciados obedezcan como esclavos al objeto de su pasion, esponiéndose, para complacerle, á cualquiera peligro, bien exija de ellos una accion criminal ó heróica, bien una bagatela. Todas estas señales diagnósticas, recojidas en gran parte por Frank, fueron perfectamente descritas por los antiguos, en especial por Teócrito, Anacreonte, Plauto, Virjilio, Catulo, Tibulo y Ovidio, el gran maestro en materia de amor.

El amor ejerce suma influencia en el destino del hombre, y rije enteramente el de la mujer. Conocidas son aquellas palabras de madama Stael: «El amor es la historia de la vida de las mujeres, y un episodio en la de los hombres.» Sí, para la mujer el amar y ser amada es su dicha, el sumo bien. Si se le quita el amor, todo pierde en su alrededor el color y la alegría; por el amor y para el amor quiere agradar; la belleza, el talento, las gracias y la juventud no tienen otro atractivo para ella que el darle los medios de inspirar dicho amor; y ¡ay de la mujer que pierde estas ventajas y no sabe poner su razon en el punto que ocupa su corazon; porque en tal caso, ya todo se acabó.

Sin embargo, no todas las mujeres sienten en el mismo grado la necesidad de amar. Algunas, tan movibles en sus sentimientos como en sus ideas, se entregan desde su juventud á la coquetería, á los vanos placeres del mundo, y envejecen casi sin advertirlo en medio del torbellino que las prendó y que no tarda en abandonarlas. Otras, mucho mas apreciables, no se entregan al amor, sino cuando pueden hacerlo sin menoscabo de los principios del honor y de la virtud en que se han criado; por lo cual, entre estas últimas es donde se halla la fidelidad conyugal y el verdadero amor materno.

Las mujeres tienen jeneralmente menos inclinacion que los hombres al acto de la reproduccion; siendo en muchas de ellas, despues de algun tiempo de matrimonio, no tanto un acto de necesidad, como un testimonio de afeccion que dan á la exijencia de una pasion, que ya casi no sienten mas que en el corazon. La necesidad del acto reproductivo suelen todavía percibirla mucho menos las que han llegado ya á ser madres, porque se han multiplicado en ellas los afanes del amor, y apenas basta

todo su sér para la efusion del nuevo sentimiento que le llena. Ved si no una jóven esposa como se sonríe con el autor de sus gozos maternales; esta sonrisa está llena de amor; pero el deseo venereo no existe, y esta sonrisa no manifiesta mas que el placer del alma. Aquí solo tratamos, como es fácil de conocer, de las mujeres criadas con la modéstia correspondiente á su sexo. Mas las entregadas al libertinaje son ordinariamente un asqueroso agregado de los vicios que deshonran á la humanidad.

—El amor, oríjen de los mas deliciosos goces, así como de los mas crueles tormentos, segun sea *feliz*, *contrariado* ó *zeloso*, es la mas agradable, la mas sufrida ó la mas horrorosa de las pasiones; y así es que las profundas modificaciones que imprime en el organismo ofrecen, en los tres casos dichos, diferencias muy señaladas.

El *amor feliz*, en realidad ó en esperanza (porque el esperar tambien es gozar), produce en toda nuestra máquina un calor suave y saludable. Al ver al objeto amado, y aun al pensar tan solo en él, palpita el corazon, acelérase su circulacion, desarróllase la respiracion; píntase en la cara un leve color encarnado, y se animan todas las funciones con nueva espresion; los ojos se humedecen y se ponen brillantes, el mirar es vivo, apacible ó lánguido. Píntase la sonrisa de la dicha en los labios, que se ponen algo hinchados; suavízase el metal de la voz; el lenguaje es mas fácil, mas animado, mas hiperbólico; ó bien no pudiendo la voz bastar á espresar las ideas que se agolpan en la imajinacion, la dicha hermanada con la admiracion produce muchas veces el éxtasis, atencion escesiva, pero deliciosa durante la cual queda vinculada en un corazon, que es su universo y cuyos latidos todos le pertenecen.

El *amor contrariado* tarda poco en perturbar toda la organizacion; se sienten siempre calofrios desagradables por el cuerpo, el pulso es pequeño é irregular, la respiracion suspirosa, la dijestion difícil, y la rejion precordial se halla oprimida por un peso permanente. Hállase habitualmente pintada la tristeza en el rostro, que está descolorido, y el ojo, espejo del alma, está fijo, empañado y lánguido. El amante desgraciado, dominado por un pensamiento esclusivo, parece privado de intelijencia; sus sentidos le son, por decirlo, así inútiles; oye sin entender, mira sin ver; si quiere hablar, le perturban las ideas, se le traba la lengua; la voz es tambien apocada y quejumbrosa. Sus quebrantados miembros no pueden resistir la menor fatiga; no busca mas que la inaccion, y no está bien hallado sino en la soledad. Los alimentos son para él insípidos; no puede conciliar el sueño, y si por casualidad llega á poder cerrar los párpados, le atormentan los mas crueles ensueños. Al mismo tiempo se halla el desgraciado consumido lentamente por una calentura sintomática que perturba las principales funciones, y reducido al último grado de marasmo, termina finalmente sus padecimientos al mismo tiempo que su existencia.

Complícase con facilidad el amor, tanto si es feliz como desgraciado, con *zelos*, sensacion eminentemente esclusiva, que solo debiera servir para alimentar esta pasion, cuyos goces emponzoña con frecuencia.

Los zelos, tan naturales al corazon del salvaje como al del hombre civilizado, siguen todas las fases del amor y se modifican, como este, segun el carácter de los sujetos que los padecen. En los unos, no consisten mas que en un sentimiento conservador, en un aguijon, que los escita á redoblar los cuidados y la ternura para cautivar al objeto amado; en otros, son una pasion lúgubre y feroz que quita al qne de ellos adolece hasta los últimos destellos de la razon; finalmente, en otros muchos, infieles, pero desesperados de verse abandonados por una mujer á quien tampoco aman, se reduce este sentimiento al del amor propio humillado por un rival mas venturoso.

Sucesivamente tirano y esclavo, el celoso se encoleriza desmedidamente; ó bien pierde su dignidad y se deshace en ruegos; ajitan perpetuamente su celebro enfermo las mas estrañas suposiciones; para él finalmente no cabe reposo; pues las sospechas y los temores le persiguen hasta en el sueño. Obsérvase en sus movimientos, en su posicion, en sus miradas principalmente, algo siniestro que asusta y ahuyenta todas las simpatías y la compasion con el dolor que esperimenta. No cabe justificarse con él; si la compasion puede á veces inducirle á dar algun testimonio de afeccion á la persona á quien acusa; estos testimonios para él no son mas que un disimulo hábilmente calculado; redobla luego sus sospechas; injuria y amenaza, ó bien, cediendo momentáneamente á la conviccion y al arrepentimiento, admite las pruebas que le da el sujeto á quien acusa, pero vuelve desde luego á caer en sus imajinarios terrores y á ser tan injusto y tan furioso como antes.

Jeneralmente el zeloso se esfuerza en ocultar á la vista de todos los tormentos que padece, avergonzándose de ellos como de una flaqueza; y aun no es raro oirle hablar con desprecio de los sujetos zelosos. Mas si bien delante de los estraños es tan reservado, se venga ampliamente de esta reserva con su víctima, sobre todo si tiene en ella derechos de que pueda valerse. Ordinariamente, en las violencias sordas y ocultas de la tiranía doméstica es donde son mas terribles los efectos de esta pasion, porque aquí la lucha se verifica siempre entre la fuerza y la debilidad, y esta no puede defenderse mas que con el llanto.

Pero digna es de lástima el alma que está sujeta á esta horrible pasion: pues el desgraciado, en medio de su dolorosa y continua ansiedad, se consume para investigar lo mismo que tanto teme llegar á saber; y sin embargo quiere llegar á cerciorarse de lo mismo que tanto le conviene ignorar. Si llega á pasar de la sospecha á la certeza de que no es correspondido, cesa algunas veces de repente el sentimiento que le domina, con-

virtiéndose en desprecio ; pero las mas veces dejenera en rencor, en furor, ó bien termina por la melancolía, la manía y el suicidio. Cuando los temores del zeloso son puramente imajinarios y están destituidos de fundamento, entónces la pasion es menos violenta en sus accesiones; pero basta su frecuencia para emponzoñar la felicidad doméstica.

No son menos temibles las tempestades que levantan los zelos en el corazon de la mujer : « Cuando los zelos, dice Montaigne, llegan á apoderarse de esas pobres almas, flacas y sin resistencia, da lástima la crueldad con que las atormentan y tiranizan. La virtud, la salud, el mérito, la reputacion del marido son los botafuegos de su rabia ; esta fiebre marchita y corrompe todas sus bellezas y bondad ; y una mujer zelosa, aunque sea casta y económica, no hace ninguna accion en que no manifieste mal humor é importunidad. » En cuanto á las diferencias que presentan los zelos en los dos sexos, se ha observado que son mucho mas frecuentes y mas groseros en el hombre que en la mujer. El hombre sospecha mucho mas fácilmente que su mujer es culpable de una infidelidad material ; y sobre todo teme una afrenta, que, en nuestras costumbres, es un objeto de escarnio ; la mujer, al contrario, teme mas el perder el corazon de su objeto adorado, y mientras crea poseer todavía su afecto, puede soportar mejor el partir con otra sus caricias. Los anales de los furores de los zelos confirman que casi siempre es la mujer la que paga los atentados cometidos contra la fe conyugal. En efecto, ella perdona ordinariamente al hombre las infidelidades que le descubre, y desahoga su resentimiento contra sus rivales ; el hombre, al contrario, perdona mas fácilmente á su rival y dirije toda su venganza contra aquella cuya mala conducta puede dar lugar á que llegue á introducirse un estraño en su familia.

Efectos y terminacion. — Cuando el amor, cualquiera que sea su violencia, no se funda mas que en la juventud y en la belleza, atractivos pasajeros, por maravilla deja de suceder que la posesion y sobre todo el abuso del placer no acaben por acarrear la indiferencia, y hasta el fastidio. De modo que, hablando de los matrimonios de esta especie, se ha dicho con razon que el himeneo es la tumba del amor (1). Desde luego se alcanza la causa de esta mudanza, y consiste en que el amor es ciego cuando llega, y demàsiado perspicaz cuando se va.

(1) En los años 1837, 1838 y 1839, el número de instancias de divorcio ha sido en Francia de 2222, intentadas las 113 por el marido, y las 2.109 por la mujer. De las 113 primeras, se fundaban las 73 en el adulterio de la mujer, las 4 en haber sido esta condenada á una pena aflictiva é infamante, y las 36 en injurias graves. De las 2,109 entabladas por la mujer, 95 tenian por causa el adulterio del marido, 45 el haber sido condenado á una pena aflictiva é infamante, y las restantes 1,969 en injurias graves.

De estas instancias, 601 han sido promovidas por propietarios, renteros é in-

Aun cuando no se haya llegado á satisfacer la pasion, la ausencia, una enfermedad que sobrevenga, la inconstancia natural del corazon del hombre ó amargas decepciones, llegan muchas veces á apagar una llama que no estaba mantenida por un alimento bastante puro. Cuando ha llegado el amor á su mas alto grado de intensidad, si los desgraciados que se hallan atacados de esta calentura devoradora no pueden conservar ninguna esperanza de remedio, la mayor parte van arrastrando una existencia socavada por la nostaljia y las afecciones crónicas del corazon y del pulmon, ó bien se acortan por medio del suicidio una vida que ya se les ha hecho insoportable, y que algunas veces han manchado ya con el asesinato.

A mas de la desesperacion y del delirio agudo que se suele observar en estas circunstancias, el arrebato de la pasion desarrolla lesiones intelectuales mas permanentes, mejor caracterizadas y que conservan jeneralmente el tipo de su oríjen. Así es que en los amantes que tenian mas desarrolladas las ideas de grandeza que la sensualidad, sobrevienen la *melancolía suicida* y la *monomanía ambiciosa*; al paso que en los que solo se hallaban dominados por la sensualidad física, persiste el *furor jenital*. Si los zelos llegan á complicar el amor, la locura es ordinariamente furiosa y mas parecida á la *manía*, la cual termina en *demencia*, despues de haber ido acompañada de *alucinaciones* y de *ilusiones* mas ó menos estravagantes.

En una época adelantada de la vida (se puede amar á toda edad), el amor no suele tener tan funestas terminaciones, porque entónces sufre una nueva metamórfosis, debida á dos nuevas pasiones, que se levantan en el corazon del hombre, á saber, la ambicion en la edad madura, y la avaricia en la vejez.

En cuanto á las mujeres cuyo corazon está sujeto á un amor desgraciado, muchas de ellas hallan en la relijion un solaz y un consuelo tanto mas afectuoso, cuanto que amando á Dios, aman mejor. Sabido es aquel dicho de santa Teresa: « Es el infierno un sitio donde no se ama. » Si buscamos ahora en las estadísticas el número aproximado de los atentados, de los casos de enajenacion mental y de los suicidios determinados por la pasion del amor, hallarémos que entre 1.000 crímenes, proceden

dividuos que pertenecian á las profesiones liberales; esto es, 31 por 100 del número total; 354 (0, 19) lo fueron por comerciantes; 468 (0, 24) por labradores ó jornaleros de la campiña; 490 (0, 26) por jornaleros de otras especies. La profesion de los 309 restantes no llegó á ser conocida.

De las 2222 instancias de separacion, fueron atendidas las 1,618; fueron desechadas 174, y 430 fueron retiradas antes de pronunciarse juicio definitivo (Véase el *Compte général de l'administration de la justice civile et commerciale en France*, publicado en mayo de 1841).

64 del adulterio, 55 del concubinato ó de la seduccion, 20 de las denegaciones de matrimonio, y 16 de los zelos.

En el año de 1838, los tribunales de Francia juzgaron á 90 acusados de crímenes debidos á pasiones amorosas, á saber:

Envenenamientos.	8
Incendios.	14
Asesinatos.	45
Homicidios.	19
Homicidios involuntarios. . . .	4
	90

De estas 90 causas criminales, procedian 51 del adulterio, 21 del amor contrariado y de los zelos, y las 58 restantes del concubinato y la disolucion.

En 1839, de 101 causas criminales procedentes de las mismas pasiones, 45 eran debidas al adulterio, 20 al amor contrariado y á los zelos, y 38 al concubinato ó á la disolucion.

De 5,553 suicidios averiguados en Francia en los dos años 1838 y 1839, se halla que las pasiones amorosas han ocasionado 234 veces aquel trájico paradero.

Resulta finalmente de la última relacion publicada por el señor administrador, Desportes que de 8.272 afectados de enajenacion mental, admitidos en Bicetre y en la Salpetriere en el espacio de nueve años, 114 individuos han entrado en dichos establecimientos de resultas de amor contrariado (1).

Los mismos resultados á corta diferencia me han ofrecido los muchos casos de medicina legal en que he intervenido en el espacio de veinte años.

Segun M. Marc, el amor en que predomina el sentimiento moral, sobretodo si es recíproco y desgraciado, puede conducir á los actos mas reprensibles, en los cuales de ninguna manera puede desconocerse una lesion consecutiva de la voluntad. Al contrario, cuando la pasion no es mas que material, de ningun modo pueden admitirse ni la escusa ni la atenuacion, «á no ser, dice, que circunstancias especiales demuestren la existencia de una enfermedad mental ó de una causa física, como puede suceder, por ejemplo, si ha habido una continencia forzada, que podrá haber influido de un modo poco ventajoso en la libertad moral. Por consiguiente, añade este sabio médico-lejista, la serie de disposiciones penales relativas á la violacion, á los atentados contra las costumbres, y con mucha mayor

(1) En el clima caliente de Nápoles, el amor entra por una dozava parte en las causas de enajenacion mental.

razon, á crímenes todavía mas atroces, será aplicable jeneralmente á este punto.»

« En los zelos, añade el mismo M. Marc, son tanto mas admisibles la escusa ó la atenuacion, en cuanto este sentimiento se enardece mas súbitamente, y conduce mas inmediatamente á ejecutar actos contrarios al órden social; porque, en este caso, hallando mas fácilmente subyugada la voluntad por la permanencia de la pasion, no puede luchar con tanta fuerza ni con tanto fruto contra las determinaciones apasionadas, como podria hacerlo, si mediase un intervalo de tiempo mas considerable que permitiese á la reflexion el combatirlas. » *(De la locura en sus relaciones con las cuestiones médico judiciales).*

Tratamiento.

Tratamiento preservativo. — Es casi superfluo decir que conviene apartar cuanto podria acelerar el desarrollo de las pasiones amorosas, que, á causa de nuestra civilizacion, suelen sobrevenir demasiado precoces. Por lo tanto, se quitará de la vista de los mozos toda especie de pinturas lascivas, se procurará no tener delante de los mismos conversaciones demasiado libres, y ni siquiera aquellas medias palabras que tanto dan que trabajar á su jóven imajinacion. Convendrá tambien abstenerse de acompañarlos á los bailes y al teatro, en cuyos puntos es tanto mayor el riesgo, en cuanto suele pintarse la pasion de un modo mas delicado y mas puro. Se les privará tambien la lectura de novelas, las cuales en jeneral, además de llevar los mismos inconvenientes que los espectáculos, tienen el otro no menos grave de hacerles perder la aficion á los estudios; pues estos se les vuelven tanto mas fastidiosos, cuanto mas les agradan aquellas.

Solamente por medio de la educacion progresiva y armónica de sus inclinaciones, de sus sentimientos y de sus facultades intelectuales, llegarémos, en los mas de los casos, á fortalecer bastante el corazon de los jóvenes para que no lleguen á ceder á la imperiosa pasion del amor contra sus deberes y su razon.

Tratamiento curativo. — En los casos en que hubiese imposibilidad de verificarse el matrimonio, aconsejarémos, ó mas bien será necesaria, una ausencia muy prolongada, debiendo cuidar algun amigo ó guia esperimentado de hacer viajar al apasionado á pié y empeñarle en ejercicios campestres hasta que se fatigue, para lograr un profundo sueño, que en semejantes casos es muy precioso. Se procurará llevarle á cazar, y hacerle frecuentar la sociedad de hombres vivos, injeniosos y festivos, ó si bien fuese muy aficionado al estudio, se le aconsejará que se dedique á las matemáticas, mas bien que á la literatura y á la poesía, que tienen el inconveniente de exaltar demasiado la imajinacion. Se procurará, lo mismo que en el tratamiento preservativo, apartar con cuidado todos los

estimulantes directos de esta pasion, como las comidas voluptuosas, las recitaciones y lecturas eróticas, la música y toda especie de baile. No se le hagan sobre todo al apasionado inútiles exhortaciones, y todavía conviene menos que se le den aquellas tardías reprensiones que solo sirven para exasperar al desgraciado que tiene traspasado el corazon. Conviene mas bien compadecerle y acompañarle en sus lágrimas, ganar su voluntad, dar tiempo al tiempo, tener ocupada constantemente su atencion, y por último, procurar escitar en él alguna pasion ó sentimiento antagonista; artificio que ha operado muchas veces una llamada favorable que, en algunos casos, ha ido seguida de una completa curacion.

Conviene prescribir al mismo tiempo bebidas acídulas, alimentos lijeros y refrescantes, compuestos en gran parte de carnes blancas, de verduras acuosas y de frutas. Conviene sobre todo vedar el vino, el café, los licores y cualquiera especie de aromas, el pescado, los huevos, la jelatina, la caza, los hongos y principalmente las criadillas de tierra, que, segun parece, escitan en gran manera los órganos sexuales. Por la misma razon, en caso de enfermedad, se procurará no usar las cantáridas, el aloes, el gálbano y los medicamentos llamados *estimulantes difusibles*, á escepcion del alcánfor, que podrá usarse porque da otra direccion á la sensibilidad. Finalmente, en los casos de plétora, á mas de este réjimen, se podrá hacer alguna sangría jeneral ó aplicar sanguijuelas á la nuca, y hacer despues afusiones frias en dicha rejion.

El tratamiento de los zelos deberá necesariamente variar, segun sean estos únicamente debidos á estravíos de la imajinacion, ó bien á la lesion de alguna entraña. En el primer caso, se recurrirá á todos los medios morales que pueden calmar los quiméricos temores del enfermo, tales como los mas asiduos cuidados, las mas afectuosas caricias, y las distracciones de toda especie. Por otra parte, como los zelos nacen por lo mas del escesivo temor de su inferioridad, de las ofensas hechas al amor propio, ó de la lucha de estos dos sentimientos, convendrá, en tales casos, esforzarse en manifestarle una preferencia esclusiva, procurando aprovechar con la mayor destreza todas las ocasiones que se presenten para hacer valer y ensalzar la mas insignificante de sus prendas. Tambien aconsejé una vez á una señora, para curar los zelos de su marido, que finjiese tambien por su parte otros zelos mas violentos. Salió perfectamente este medio; pero fué necesario desempeñar el papel con la mayor finura y por mas de un año. Por otro lado, los zelos, lo mismo que la mayor parte de las demás pasiones, se van gastando con el tiempo, sucediendo todos los dias que esposos zelosos en otro tiempo, despues de algunos años de matrimonio, caen en una calma demasiado parecida á la indiferencia.

Si los zelos fuesen determinados ó sostenidos por alguna afeccion crónica, debiera prescribirse un tratamiento adecuado á la naturaleza de la

enfermedad; pero esto sin despreciar los medios morales que acabamos de recomendar.

Observaciones.

I. Amor combatido terminado por la tisis pulmonar.

La señorita Eujenia de B.***, desde su edad de diez y siete años, habia profesado esquisito cariño al jóven Alfredo M***, que la amaba, y que, gracias á su mucha fortuna, á su talento, y á sus dotes personales muy apreciables, era recibido con distincion en la sociedad.

Perteñecia Alfredo á la buena clase media; Eujenia á la nobleza, y no habia ejemplar en su familia de haber renunciado á las ventajas del nacimiento para contraer ningun enlace por ventajoso que fuese.

M. de B***, padre de Eujenia, sujeto de mediano talento y de edad avanzada, tenia sobre este punto ideas muy fijas. No lo eran menos las que se habia formado en política, y estas se hallaban en contradiccion con las que Alfredo manifestaba francamente en sus discursos. Sin embargo, esta diverjencia de opiniones no era obstáculo para que Alfredo fuese bien admitido en casa de M. de B***, quien seguia en esto el ejemplo de la sociedad que frecuentaba. Fundándose su poca prevision en sus preocupaciones de nobleza, ni siquiera llegó á soñar en los inconvenientes que podrian traer á Eujenia las visitas de aquel jóven proletario; porque, segun él pensaba, una señorita noble no podia ni debia casarse mas que con un igual suyo; y todos los obsequios que se le hiciesen por otras personas mas bajas no debian de ningun modo perturbar su sosiego.

Pero, mientras que M. de B*** se abandonaba á tan deplorable ceguedad, Eujenia y Alfredo, sin embargo de conservar en su amor la mas pura castidad, no por esto habian dejado de darse palabra de casamiento.

El jóven M***, mas esperimentado que su amigo, previendo una parte de las dificultades que tendria que vencer para llegar á casarse, le habia exijido sobre este punto el mas riguroso silencio; y al mismo tiempo se habia ajenciado los medios de corresponderse con ella, para el caso de privársele la entrada en la casa de M. de B***. Empezando á valerse con anticipacion de estos medios, los dos amantes se escribian cada dia cartas amorosas abrasadoras, las cuales aumentaban su exaltacion á lo sumo.

Eujenia, dotada de alma candorosa, hallaba que esta situacion era ya la verdadera dicha, y se empapaba toda en ella. Mas á pesar de esta misma dicha, no dejaba de hallarse en una ajitacion permanente, que iba minando sordamente su constitucion naturalmente débil. Su piel seca, la respiracion suspirosa, sus mejillas alternativamente pálidas ó muy coloradas, daban á entender que su sangre se dirijia con demasiado ímpetu hácia el corazon; y un ojo ejercitado hubiera reconocido fácilmente en esta jóven una afeccion de pecho incipiente.

Sin embargo deseando Alfredo alcanzar cuanto antes el consentimiento de Mr. de B***, se habia abstenido desde algun tiempo de manifestar en presencia del mismo las opiniones que pudiesen desagradarle, y sin humillarse por esto á un culpable finjimiento, no despreciaba medio alguno para cautivar su estimacion y hasta su afecto. Llegó á persuadirse de que habia alcanzado su objeto, y confiado por otra parte en las ventajas de fortuna que podia ofrecer, ya no vaciló en hacer pedir la mano de su adorada.

Hasta entónces no se abrieron los ojos del imprudente viejo. Un rayo no le hubiera aturdido tanto como la confesion que supo del amor de su hija hácia el atrevido jóven que osaba aspirar á enlazarse con ella.

Llamada Eujenia á su presencia, muy lejos de negar este amor, declaró que no aceptaria otro esposo que Alfredo M***; y buscando en sus sentimientos la enerjía que necesitaba para arrollar la voluntad de un padre á quien adoraba, se atrevió á suplicarle que no la llevase á la desesperacion, oponiéndose á un enlace en el cual fundaba toda su felicidad. Pero M. de B***, haciéndose tan insensible á sus súplicas como á sus lágrimas, despues de haberle declarado formalmente que no confiase lograr jamás su consentimiento, la apartó de Alfredo, y la mandó vijilar tan de cerca, que muchas veces no pudo absolutamente cartearse con su amante.

Observada de noche y de dia por dos mujeres que nunca se apartaban de su lado, la desgraciada llegó á privarse enteramente del sueño por espacio de seis meses, para ver si podria hallar el instante de escribir una palabra á aquel á quien tantas persecuciones como por él estaba padeciendo le hacian todavía mas amable.

Concíbese fácilmente que semejante esfuerzo hecho sobre sí misma y el dolor que la estaba consumiendo acabaron de desarrollar la terrible enfermedad cuyos primeros síntomas se habian ya manifestado. Una tos seca y frecuente, la dificultad de respirar, el ardor de la piel, la aceleracion del pulso, los pómulos siempre de color rojo, vivo y hundidos, los ojos escavados, y el enflaquecimiento de todo su cuerpo manifestaban de un modo evidente que si no estaba sin esperanzas de curacion, á lo menos habia llegado ya al segundo grado de tísis pulmonar.

Su estado alarmó finalmente á su padre, que en lo intimo de su corazon la amaba tiernamente. Mandó llamar para asistirla á un hábil práctico, quien habiendo conocido desde luego la enfermedad, no tardó tampoco en apear sus causas, é indicó á su padre, como único medio de salvar á la enferma, el consentir en casarla con su amante.

No quiso oir al principio M. de B*** semejante medio; mas luego pudiendo mas el amor paternal que la vanidad fundada en el nacimiento, entró casi desesperado en el cuarto de su hija y le dijo:

« Con que ¿ tú amas tanto á este miserable que quieres morir, si no te

lo doy ? pues bien, cásate, convengo en ello. Infamada será mi vejez y bajaré á la tumba con un borron en la frente, el único que habrá tenido nuestra familia.... Siento á la verdad que este sacrificio me costará la vida : pero á lo menos habré salvado la tuya, y por otra parte, yo solo sacrificaré muy pocos años de una existencia acibarada por tu funesto amor.

— ¡Basta, padre mio, basta! esclamó la desgraciada Eujenia, juntando sobre su pecho sus hermosas y descarnadas manos; ¡basta, os ruego! ¿creeis acaso que quiera comprar mi dicha, sacrificándole la felicidad de mi padre? No, de ninguna manera. Recojed, recojed vuestro consentimiento; os aseguro que no usaré de él. Os prometo desde este instante que sacrificaré el único placer que en este mundo me quedaba; mi correspondencia con mi amante. ¡Ah! creed que vuestra pobre hija, por mas que le cueste, hará cuanto pueda para borrar de vuestra memoria el disgusto que sin quererlo os ha ocasionado.»

Al oir M. de B*** estas palabras, estrechó á su hija entre sus brazos; le dió gracias por su noble sacrificio, y en seguida se apartó de su lado para ir á referir al médico la nueva resolucion de la enferma.

«Ella se engaña, y vos tambien,» le contestó el facultativo; «el amor no es una pasion tan fácil de sujetar como otras, segun os figurais; para vencerla se necesita mucho tiempo y mucha fuerza moral; y esta solo puede tenerla el que se halle con cierto grado de fuerzas físicas y en estado sano, siendo así que vuestra hija se halla en una posicion que deja al alma muy pocos recursos para confiar que pueda vencer la causa de la enfermedad.—A lo menos podemos probarlo,» repuso broncamente M. de B***, á quien no gustaban nada las palabras del doctor, y volviendo al lado de Eujenia, le manifestó hallarse tan contento con su resolucion, y la animó tanto con sus caricias, que la jenerosa hija, lejos de pretender manifestarle que se engañaba, aparentó delante de él un sosiego y un buen humor que completaron su engaño.

Eujenia, naturalmente devota, halló en sus sentimientos relijiosos las fuerzas necesarias para dar cumplimiento á la promesa que á su padre habia hecho. No volvió á escribir á Alfredo; pero pasados pocos meses, lloraba este sobre una tumba en la cual estaba depositado el cadáver de su amiga.

II. Amor zeloso terminado por la melancolía y el suicidio.

Con harta frecuencia se observan esos tiránicos y furiosos zelos que nacen tan sin motivo como sin discernimiento, y que, en sus rencorosas accesiones, descargan sus iras y sus furias contra el objeto que mas adoran. Pero hay otra especie de zelos no menos insensata ni menos funesta, que se observa pocas veces; en esta especie, el zeloso, no atreviéndose á demostrar su pasion, la concentra en su pecho, y le va devorando sorda-

mente, sin que pueda ensayarse ningun medio curativo contra un mal cuya causa queda ignorada. Esta pasion casi siempre acaba por una terrible catástrofe: voy á referir sobre esto un ejemplo muy notable.

El jóven conde de S. pertenecia á una distinguida familia, cuyos individuos todos habian adquirido títulos reales de celebridad; debiendo él mismo ser considerado fuera de la esfera ordinaria de los hombres, por haberse distinguido ya en varios lances, cuando se casó con una linda jóven, tan dócil y serena como amable é instruida.

Por desgracia el corazon del jóven de S.* abrigaba los sentimientos mas exaltados; pronto no supo contentarse con la suerte que le habia cabido, hallándola incompleta, por figurársele que su jóven esposa, á la cual amaba ciegamente, no tenia para él mas amor que el que le prescribia el deber conyugal; y este pensamiento infundado le ocasionaba los mas horribles tormentos; siendo como un gusano roedor anidado en su corazon, que no tenia fuerza para arrancar.

Despues de algunos años de una existencia emponzoñada por estos sentimientos, su esposa le hizo padre de muchos hijos, y se fué aumentando continuamente el afecto y la ternura que hácia él tenia; pero esto, á los ojos del desgraciado, no era amor, y sobre todo no era aquel amor apasionado en que él ardia por ella, amor apasionado que quizás ella sentia por otro. Perseguíale esta idea fatal por todas partes como una fantasma; aparecíasele en sueños, en las delicias de la paternidad, y hasta en los brazos de su adorada esposa. No pudiendo sufrir por mas tiempo los tormentos de este suplicio, se resolvió finalmente á huir lejos de su esposa, sin aténder á que al mismo tiempo abandonaba á sus tres hijos y á toda una familia que le queria tiernamente.

Habiendo sentado plaza con nombre supuesto, como húsar en un rejimiento que iba á partir para Alemania, fué desesperado en busca de la muerte en los campos de batalla, y no pudo hallar mas que la gloria. Habiendo llegado al grado de oficial, y estando condecorado con la cruz de los valientes, se cansó de tanta prosperidad que de ningun modo ambicionaba, y sintió la necesidad de volver á ver á su aflijida familia, en la que pensaba de continuo, á pesar de haber estado entónces *catorce años* sin verla. Sabia que desde su salida estaba su mujer sumida en el mayor desconsuelo. Escribióle pues manifestándole cuanto sentia el haberle ocasionado tantas amarguras, y confesándole la causa por la que la habia abandonado; añadiéndole que la edad, la reflexion y las fatigas de la guerra habian llegado á calmar su espíritu y á moderar la sensibilidad de su corazon; que en lo sucesivo sabria quedar satisfecho con una correspondencia razonada; y últimamente, que dentro de pocos dias se reuniria con los objetos de su cariño para no apartarse mas de su lado.

Volvió efectivamente, y fué recibido con una alegría igual al dolor que

habia causado su ausencia. Nada se omitió para impedir que volviese á caer en los accesos de su carácter suspicaz; pero lejos de hallarse curado, como á él mismo le parecia, apenas habia empezado á disfrutar los goces de su dicha, cuando volvió á apoderarse de él una sombría tristeza, que absolutamente no podia vencer. Desapareció otra vez; pero fué para no volver; ¡pues el desgraciado se ahogó!

III. Amor contrariado de una jóven, terminado por la locura y el asesinato.

Pedro Dominguez, anciano de sesenta y cinco años, tenia una hija llamada María de los Dolores, y vivia solo con ella en una cabaña de los montes de Segovia, ocupándose entrambos en guardar los rebaños que tenian á su cuidado. Felices con su mutuo cariño, nada habia turbado hasta entónces la paz de su vida campestre. Pero Dolores, que acababa de cumplir los diez y ocho años, fué vista por Juan Diaz, pastor de la comarca, y concibió por él un violento amor, que su padre no quiso aprobar; por lo que desde aquel instante se acabó para siempre la dicha que hasta entónces habian disfrutado.

En balde Juan y Dolores y muchos amigos del pastor viejo se interesaron con este á fin de que diese su consentimiento para la deseada union; bien fuese por no separarse de su hija en su avanzada edad, bien fuese por cualquier otro motivo que no divulgó, empeñóse en no consentirla; y se volvió de un jenio tan áspero, que acabó de desesperar á los dos amantes. Irritóse tambien su pasion, y pronto llegó á ser ilimitada. Presentóse entónces Juan á Dominguez, declarándole que el matrimonio en que no habia querido consentir era entónces el único medio de conservar el honor de su hija; pero habiendo sido rechazado con aspereza por el porfiado viejo, y estando tal vez menos deseoso que antes de obtener un título, que la flaqueza de la jóven habia ya hecho menos apreciable á sus ojos, se dejó de súplicas y fué inhumanamente á declarar á la jóven que toda vez que habian sido vanas las instancias con el padre, no queria ya emparentar con un hombre tan ruin, y renunciaba para siempre á su enlace. En vano invocó ella su amor y sus juramentos; en balde le suplicó que se compadeciese de su juventud; el jóven, cuyo corazon se habia repentinamente endurecido con una necia fiereza, se hizo sordo á sus ruegos y á sus lágrimas, dejándola entregada á la mas funesta desesperacion.

Dolores desde aquel dia no se quejó en manera alguna. Triste y silenciosa, conducia su rebaño á los lugares mas apartados para evitar las curiosas miradas de sus compañeras; pasaba á veces sentada dias enteros en la cuesta de una colina, sin que nada bastase á distraerla de la idea fija que parecia tenerla absorta. Pronto la alteracion de sus facciones,

su mirar adusto, su voz sorda y trémula dieron lugar á temer el principio de una enfermedad mental que podia acarrear las mas funestas resultas; pero como la desgraciada no turbaba el reposo de nadie, nadie sospechaba tampoco que no estuviese buena; y ni aun su mismo padre manifestó tener lástima de ella.

Sin embargo, la enfermedad hizo rápidos progresos. Finalmente una tarde que se habia dormido el anciano pastor junto al hogar, en el que asaba un pedazo de carne que debia servir para la cena, llegó Dolores del monte con el rebaño, lo encerró en el corral y se acercó luego al fuego, al lugar en que su padre estaba entregado á las delicias del sueño... Fijáronse en él por un momento sus sombrías miradas; en seguida le pasa por su celebro enfermo un pensamiento horroroso é inaudito; se sonrie como la feroz hiena á la vista de su presa, y cojiendo un morillo del hogar, descarga recios golpes en la cabeza del viejo, que cae muerto á sus piés... Tomando entónces un cuchillo que halla debajo de su parricida mano, clávalo hasta el mango en el pecho de su víctima; le arranca el corazon, lo pone sobre las ascuas, y empieza á devorarlo, dando horribles ahullidos, que resonaron hasta en las cabañas inmediatas. Acuden los pastores; pero quedan inmóviles á la vista de tan espantosa escena. «!Acercaos, acercaos!» les grita la furia con voz atronadora: «mirad; él me arrebató á Diaz, yo le he quitado la vida: él despedazó mi corazon; ¡aquí teneis el suyo!» Y al mismo tiempo les hacia ver los restos de su horrorosa comida, convidándoles á acompañarla y repitiendo: «¡Este es su corazon! ¡el corazon de mi padre!»

Este horrible suceso tuvo lugar el 26 de marzo de 1826. Dolores, cuya locura se comprobó, fué encerrada en un establecimiento de Zaragoza.

CAPITULO VIII.

DEL ORGULLO Y DE LA VANIDAD.

En tanto es el orgullo el principio del mal, en cuanto se complica con las varias enfermedades del alma; brilla en la sonrisa de la envidia; se muestra en los escesos del deleite; cuenta el oro de la avaricia; chispea en los ojos de la ira, y sigue las gracias de la molicie.

(CHATEAUBRIAND, *Jenio del Cristianismo*,)

Vano quiere decir vacío; así la vanidad es tan miserable que casi no se le puede decir cosa peor que su nombre. Ella misma se da por lo que es.

(CHAMFORT, *Máximas y pensamientos.*)

Definicion y sinonimia.

Hácia los confines de las necesidades animales y de las intelectuales se hallan el *orgullo* y la *vanidad*, perversion de dos necesidades sociales eminentemente útiles, *el aprecio de sí mismo* y el *amor de la aprobacion.*

Con efecto, el *orgullo* consiste en el sentimiento exajerado de nuestro valor personal, acompañado de una grande tendencia á preferirnos á los demás y á dominarlos. Es una enfermedad moral, cuyas especies principales son la *presuncion*, la *suficiencia*, la *soberbia*, el *desden*, y la *arrogancia.*

La *vanidad,* ó escesiva necesidad de lisonjas, no es mas que el *amor propio* de los moralistas y la *aprobatividad* de los frenólogos. En su conversacion, en sus jestos, en su vestir, no lleva otro objeto el vanidoso que hacerse admirar, y atraerse todos los elojios. El *amigo de la gloria*, el *jactancioso*, el *magnífico*, el *petimetre,* la *coqueta* y el *fanfarron* son jentes todos de esta familia.

No debe confundirse el orgullo con la vanidad, como se ha hecho durante mucho tiempo. Si bien estos dos sentimientos suelen ir juntos, muchas veces tambien pueden existir separados é independientes uno de otro. El orgullo, repito, es una escesiva estimacion de sí mismo; la va-

nidad, una inmoderada necesidad del aprecio de los demás. Satisfecho el orgulloso de su mérito, llega á admirarse á sí propio; y la mayor pesadumbre que se le puede dar es evidenciarle los defectos que tiene. El vanidoso solo se empeña en que se le mire con pasmo, y nunca se halla mas atormentado que cuando observa que no se hace caso de las frívolas ventajas en que él se complace tanto. En un frio riguroso, Diójenes, medio desnudo, tenia abrazada una estatua de bronce. Preguntóle un Lacedemonio, si padecia; «No,» contestó el orgulloso cínico.—«¿Qué mérito pues hallais en eso?» replicó el Lacedemonio. Otro dia, habiendo dejado su tonel, aquel *Sócrates delirante* estaba recibiendo en la cabeza el agua que caia de lo alto de una casa, no queriendo apartarse. Como pareciese que le tenian lástima algunos de los que le veian, Platon, que casualmente pasó por allí, dijo: «¿Quereis que vuestra compasion sirva de algo á ese vanidoso? Haced como si no observaseis su simpleza.»

Definamos ahora los caractéres que se refieren mas bien á la vanidad.

El *amigo de la gloria* es aquel que procura continuamente hacerse un lugar en la opinion de los demás y que á toda costa quiere parecer algo.

Se distingue del *jactancioso* en que este quiere que todo el mundo se ocupe de su persona, ostentando al efecto sentimientos, ideas y modales ridículamente estudiados.

El *magnífico* no ostenta la grandeza y la suntuosidad sino para cautivar el asombro y la admiracion de los que le rodean.

El *petimetre* es tambien un vanidoso, que procura siempre hacerse notable por medio de un ademan libre, vivo y lijero, y sobre todo por un esquisito cuidado en la compostura y adornos de su vestido.

Compañera del petimetre es la *coqueta*, pérfida sirena, que procura cautivar los sentidos y trabaja para convencer en particular á muchos hombres de la fuerza con que les quiere, siendo así que no hace caso de ninguno.

El *fanfarron* es un ente por demás ridículo, que de continuo está exajerando su valor ó sus brillantes victorias.

Pasemos á las variedades, difíciles á veces de distinguir, del orgullo.

La *presuncion* es la habitual disposicion á creerse con virtudes y talento de que se carece. Producida por el escesivo aprecio de sí mismo, vive de esperanzas quiméricas, creyéndose capaz de todo y dueña de todo, hasta de los acontecimientos.

«El presumido, dice el profundo autor de los *Caractéres*, es el que practica ciertas menudencias, á las cuales da el honroso nombre de *negocios*, y cuyo talento no pasa de una escesiva medianía.»

«Un grano de talento y una onza mas de negocios de lo que entra en la composicion del presumido constituyen al *importante*.»

El *fantasmon*, muy preocupado á favor de sí mismo, manifiesta de cuando en cuando la buena opinion que de sí propio tiene formada, abusando casi siempre de cualquiera especie de deferencia que se le guarde.

La *soberbia* es el sentimiento de altivez que no nos permite familiarizarnos con los que creemos inferiores á nosotros por el nacimiento, la fortuna ó el talento.

Lo mismo que el *soberbio*, el *desdeñoso* no se familiariza con sus semejantes; pero en él, este defecto procede tanto del alto aprecio que tiene de su mérito, como del poco caso que hace de los demás.

La *arrogancia*, por último, se manifiesta con un aire de ceño y de dominacion que la hacen insoportable.

Comparemos estos tres últimos caractéres: el hombre soberbio ni siquiera se digna mirar á sus semejantes; el desdeñoso pasea por los que tiene al rededor una mirada de desprecio; el arrogante les lanza una mirada imperiosa. « ¡Veis, dice Roubaud, cuán *arrogante* es ese que se ha vuelto presumido y altanero por sus prósperos sucesos! Ved aquel otro, que tiene su fortuna por su mérito, ¡cuán *soberbio* es! Allí teneis el otro, que creeria no ser nada, si vosotros fueseis algo, ¡cuán *desdeñoso* es! Consolaos, amigos, y tenedlos á todos por unos *necios*. »

« Un *necio*, segun La Bruyere, es aquel que ni siquiera llega á tener el talento necesario para ser un fastidioso. »

« El *fastidioso* es aquel á quien los necios tienen por hombre de mérito. »

« El *majadero* es un ente exajerado. El fastidioso cansa, enoja, fastidia, choca; el majadero choca, agria, irrita, ofende; empieza el majadero en el punto en que acaba el fastidioso. »

« El *fastidioso* se halla entre el majadero y el necio, y viene á ser un compuesto de entrambos. »

El orgullo y la vanidad, cuyas principales formas acabamos de indicar, se hallan tan profundamente arraigados en el corazon del hombre, que suelen aparecer ya en su cuna y acompañarle hasta el borde del sepulcro. No todos los hombres son golosos, ni todos se entregan á la embriaguez, ni todos son envidiosos, ni coléricos; pero todos son orgullosos y vanidosos; tanto el salvaje, como el hombre civilizado, tanto el sabio, como el ignorante, así el duque y el par tirados en un brillante tren, como el basurero que se complace en atajarles el camino, ó como el cochero de los carruajes de alquiler cuando está diluviando y va cargado el coche. ¿Acaso no confirma bastante esta infeccion jeneral y hereditaria que el orgullo es la raiz de todas nuestras pasiones y la causa primaria de nuestra degradacion orijinal?

« El orgullo, dice Pascal, sirve de contrapeso á todas nuestras mise-

rias, porque ó bien las oculta, ó bien, si las descubre, ufánase de conocerlas. Nos tiene sujetos en una posesion tan natural en medio de nuestras miserias y de nuestros errores, que llegamos á morir con satisfaccion, mientras sepamos que se ha de hablar de nosotros.» Oigamos ahora la admirable amplificacion de esta sentencia del Salmista: *Universa vanitas omnis homo vivens;* y de esta otra del Eclesiástico, *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* «La vanidad, dice el mismo Pascal, está tan arraigada en el corazon del hombre, que un galopo, un galopin, un mozo de cordel se jactan de su estado y pretenden tener quien los admire, y aun los mismos filósofos no se hallan exentos de esta flaqueza. Los mismos que escriben contra el amor á la gloria quieren tener la gloria de haber escrito bien; y yo mismo que estoy escribiendo esto tal vez tengo iguales deseos, deseos que tendrán tal vez tambien los que lo lean.»—¿Qué pretenderá pues ese severo moralista? «Que el hombre se estime por lo que valga, que se ame, porque en sí tiene una naturaleza capaz del bien, pero que no por esto halague las bajezas propias de esta misma naturaleza; que se desprecie al mismo tiempo, porque su capacidad es limitada; pero que no por esto haga poco aprecio de esta capacidad natural... La naturaleza del hombre debe considerarse de dos modos; la una segun su fin, y bajo este aspecto es grande é incomprensible; la otra segun su hábito, y bajo este es abyecto y vil... El hombre no es mas que una caña de las mas débiles de la naturaleza; pero es una caña que piensa.. Es un nada con respecto á lo infinito; un todo con respecto á la nada, y un intermedio entre la nada y el todo. Está infinitamente apartado de ambos estremos, no hallándose menos distante su sér de la nada, de la cual ha salido, que de lo infinito, á que ha de ir á parar.» (*Pensamientos,* parte primera, art. 5).

Causas.

Las causas que mas ordinariamente desenvuelven el orgullo y la vanidad son una mala educacion, los honores, las riquezas, el talento, los conocimientos á medias, y sobre todo la adulacion.

Está observado que los sanguíneos, los sanguíneo-biliosos y los nerviosos están mas inclinados que los otros sujetos á estos vicios.

Por lo tocante al sexo, parece que los hombres son mas inclinados al orgullo, y las mujeres á la vanidad. «La vanidad, dice Madama de Souza, es la que en las mujeres hace culpable la juventud y ridícula la vejez.» Si hemos de creer á La Rochefoucauld, el orgullo es igual en todos los hombres, no presentando en ellos mas diferencia que en los medios y en el modo de manifestarlo. Sin embargo, observando la influencia de las profesiones en el carácter, creo haber notado que los poe-

tas, los actores y los artistas, los reyes y los filósofos tienén una dósis de orgullo y de vanidad mucho mayor que el resto de los mortales. Entre los antiguos, los Fariseos, los estóicos, y sobre todo los cínicos, me parece que estuvieron mas plagados de estas dos pasiones que los otros supuestos sabios; testigos de ello son Diójenes y su maestro de mendiguez, á quien decia Sócrates: « Ea, Antístenes, mira que estoy viendo tu vanidad al través de los agujeros de esa capa. »

La influencia de la nacionalidad hace tambien que cada pueblo haya tenido sus pretensiones particulares, cuya ridiculez no se ocultó al sabio y satírico autor de los *Elojios de la locura*. Así, segun él, los Ingleses se alaban de ser hombres de bien, buenos músicos y magníficos en sus festines; los Escoceses están envanecidos de su nobleza y de su sutileza escolástica; los Franceses se jactan de su cortesía; los Españoles pretenden ser los mayores guerreros del mundo, y los habitantes de Roma sueñan con la grandeza de los antiguos Romanos, creyendo buenamente tener de ella algun residuo. Estos errores existen todavía como en el tiempo de Erasmo; con la sola diferencia de que los Ingleses se jactan mucho mas de sus caballos, que llegan muchas veces á preferir á sus mujeres; y los Franceses se han despojado de aquella flor de cortesía que formaba su adorno, para vestirse de la aspereza de los Ingleses, sus enemigos, cuya constitucion, política y modas hacen gala de remedar.

Tratando un dia Napoleon de la diferencia característica entre los Ingleses y los Franceses, se resumió en estas palabras: « La primera clase en los Ingleses tiene orgullo; en nosotros le ha cabido la desgracia de no tener mas que vanidad. »

Caractéres del orgullo y de la vanidad.

¿Quién podrá trazar tan bien como el obispo de Meaux el carácter del orgullo, de esta necesidad inmoderada de sobresalir á los demás, y de atribuirse á sí mismo la preeminencia propia, esta pasion independiente, que siempre aspira á levantarse, que todo lo atrae, todo lo quiere para sí, y que se envanece de todo, y hasta del mismo conocimiento que puede llegar á tener de su miseria y de su nada?

« El hombre pobre y necesitado en su interior, dice Bossuet, trata de acumular tesoros y grandezas del modo que le cabe; y como no le es posible añadir nada á su estatura y corpulencia naturales, se aplica todo lo que puede á lo esterior; llega á presumir que se incorpora cuanto amontona y todo lo que gana, y se imajina que crece con su boato, con sus habitaciones que adorna, y con su dominio que estiende. De modo que viéndole como va marchando, podria decirse que la tierra no puede contenerle, y que encerrando en sí su fortuna tantas otras fortunas particulares, ya no puede contarse en lo sucesivo como un solo hombre.

« El orgullo va siempre aumentando, dice el Rey-profeta, y nunca deja de querer parecer mas de lo que es. Nabucodonosor no se contenta con los honores de rey, aspira á los divinos (1). Mas, como su persona no puede sostener tanto brillo, porque está en oposicion con nuestra miserable mortalidad, erije su magnífica estatua, que deslumbra con su riqueza, admira la imajinacion con su altura, y pasma todos los sentidos con el ruido de la sinfonía y de las aclamaciones que en torno suyo se levantan; de modo que el ídolo de este príncipe, mas privilejiado que el mismo, recibe adoraciones que no se atreve á mandar que se rindan á su persona. Hombre de vanidad y ostentacion; he aquí tu retrato: en balde te apacientas de los honores que parecen seguirte por donde quiera; no eres tú á quien se adora; no es á ti á quien se dirije la vista; es sí ese brillo estraño el que fascina los ojos del mundo; y no se adora á tu persona, sino al ídolo de tu fortuna, el cual aparece en ese soberbio aparato con el cual deslumbras al vulgo. » (*Sermon para el mártes de la segunda semana de cuaresma*)

Del mismo Bossuet vamos tambien á copiar la pintura de los errores de la vanidad; « El hombre, pequeño en sí y avergonzado de su pequeñez, trabaja para acrecentarse y multiplicarse por medio de sus títulos, posesiones y vanidades; pero por mas que se multiplique, basta una sola muerte para abatirle y acabar con todo. Sin embargo no se acuerda de tal cosa, y en este infinito crecimiento imajinado por nuestra vanidad, jamás advierte que debe medirse en su féretro, único no obstante que todo lo iguala.

« El hombre es vano de mas de una manera; piensan ser los mas razonables, por ejemplo, los que están llenos de los dotes de intelijencia, los sabios, los mejores talentos. Merecen á la verdad distinguirse de los demás, y son los mejores ornatos del mundo; mas ¿ quién podrá soportarlos, cuando, no bien se conocen con un poco de talento, están mortificando los oidos de todo el mundo con sus hechos y sus dichos? Y solo,

(1) Es muy reparable en la antigüedad esa tendencia del orgullo de los reyes en quererse deificar. Sapor se hacia llamar *Rey de reyes*, *Hermano del Sol y de la Luna*. Filipo de Macedonia, para no trascordar que no era mas que un rey de la tierra, tenia que hacerse repetir cada dia: *Acuérdate que eres hombre*. Apenas hubo destruido Alejandro el imperio de los Persas, empezó á avergonzarse de su rejio nacimiento, y pretendió que se le adorase como á hijo de Júpiter. Dominciano no permite que se le eleven otras estatuas en el Capitolio que no sean de oro ú plata, y hasta manda que en lo sucesivo se le llame *Señor* y *Dios*. Poco hace que un rey de Francia, Luis XIV, permitió benévolamente que le representasen bajo la imájen del Sol; estraña flaqueza, que debió aumentar la elocuencia de la leccion que dió Masillon delante del catafalco del gran rey: « *¡Solo Dios es grande, hermanos mios!* »

porque saben colocar palabras, hacer un verso ó redondear un período, piensan tener derecho de hacerse escuchar indefinidamente y de decidir soberanamente en todo. ¡Oh justicia de la vida! ¡Oh igualdad en las costumbres! ¡Oh medida en las pasiones, ricos y verdaderos ornamentos de los animales racionales! ¡Cuándo será que aprenderémos á estimaros! Mas dejemos á los injenios en sus disputas de palabras, en su comercio de lisonjas, que unos á otros se venden por el mismo precio, y en sus intrigas, que quieren usurpar el imperio de la reputacion y de las letras. ¿He de disimular sus zalamerías y sus zelos? Sus obras les parecen sagradas, y basta el reprenderles una palabra para herirles de muerte. Entónces es cuando la vanidad, que naturalmente parece ser siempre jovial, se vuelve cruel é inhumana; y traspasando luego la sátira sus primeros diques, va pasando de una guerra de palabras á libelos difamatorios y á exajeradas acusaciones contra las costumbres y las personas. Allí no se hace caso de que los dardos sean emponzoñados, mientras se tiren con arte, ni de que resulten heridas mortales al honor, mientras se hayan hecho con injenio; tan cierto es que todo lo corrompe la vanidad, hasta los mas inocentes ejercicios del entendimiento, y nada deja intacto en la vida humana.» *(Ibid).*

— El orgulloso y el vanidoso se distinguen por ciertas señales y ciertos hábitos, por cuya reunion no deja de conocerlos el observador menos ejercitado. Cuando entran en una conversacion, siempre hallan medio de apoderarse del sitio mas distinguido y no tardan en apoderarse esclusivamente de la palabra; pero el primero se parece mas á un maestro que está profiriendo oráculos; y el segundo á un adulador ocupado en granjearse la estimacion de los que le rodean. El primero lleva la cabeza soberbiamente levantada; su boca cerrada manifiesta el desden, su mirar fijo suele dirijirse hácia el cielo; finalmente, su continente y sus mas insignificantes jestos conservan siempre un aire imperioso. El otro manifiesta menos tiesura en el andar y menos autoridad en el habla; su vista tiene algo de cariñoso, sus jestos son mas graciosos y lijeros, su boca, próxima siempre á abrirse, es mucho menos desdeñosa. Si ambos van juntos, el orgulloso pisa con fuerza la tierra, creyéndola casi indigna de sostenerle; el vanidoso anda mas lijero, pone los piés en el suelo y casi no se apoya en ellos. Por otra parte, dos señales bastan, tanto en lo físico como en lo moral, para caracterizarlos; el orgulloso se *eleva*, el vanidoso se *ensancha*.

Efectos, complicacion y terminacion.

La adulacion ó el desprecio (1), la falsa modestia, la terquedad, el en-

(1) « Con el mismo orgullo con que se levantan sobre sus inferiores, se arras-

durecimiento de corazon, la hipocresía, los escesos del lujo, la envidia, los zelos, la cólera, el rencor, la venganza, el asesinato y el suicidio son los tristes efectos del orgullo y la vanidad. Las mas veces tampoco proceden de otra causa las guerras que diezman á los pueblos y las revoluciones que ajitan á las sociedades. Ultimamente, hijas son tambien del orgullo y de la vanidad las sectas, los cismas y las herejías que destrozan á la Iglesia.

El orgullo y la vanidad pueden, como ya hemos visto, existir á un tiempo desde sus principios; pero las mas veces el uno de estos vicios enjendra el otro, fortaleciéndose mutuamente; y por poco que coexistan con un aumento de esperanza y de tenacidad, tardan poco en producir la *ambicion*; pasion mucho mas temible que cualquiera de los elementos de que se compone.

Si el vanidoso llega á alcanzar los aplausos que tanto apetece, suele perder la cabeza, y en medio de su embriaguez se imajina ser un jenio infinitamente superior á todas las intelijencias que le han pagado el tributo de su admiracion. Al principio no era mas que vanidoso; pero héle aquí que se halla ya bajo el dominio del orgullo.

Si el orgulloso puede lograr que la multitud participe de la profunda conviccion en que él se halla de su mérito personal, inmediatamente llueven sobre él elojios, y se le prodiga el incienso de la lisonja. Este estraño incienso, sin el cual habia podido pasar hasta entónces, se le hace luego tan necesario como el aire que respira; no puede vivir sin lisonjas, las busca á toda costa; y aun muchas veces á espensas de su propia estimacion; y el que hasta entónces se habia complacido consigo mismo tiene que ir en busca de los demás para que alimenten su nueva necesidad de vanagloria: hasta entónces no habia tenido mas que una pasion, un solo dueño; ahora tiene dos.

Hemos observado la vanidad y el orgullo felices, es decir, satisfechos; estudiémoslos ahora en su adversidad. Despues de una crítica ó de un tro-

tran vilmente en presencia de los superiores. Es propio de dicho vicio, cuando no se funda en el mérito personal ni en la virtud, sino en las riquezas, los puestos, el crédito, y en vanas ciencias, el inclinarnos tanto á despreciar á los que nos son inferiores en ello como á hacer demasiado aprecio de los que nos aventajan en lo mismo.» (La-Bruyere, cap. 6°., *De los bienes de fortuna.*)

« A un hombre vano le gusta hablar de sí en bien ó en mal; el modesto nunca habla de sí mismo. Nunca se ve mejor la ridiculez de la vanidad, ni lo vergonzoso de este vicio, que cuando no se atreve á demostrarse y quiere encubrirse con las apariencias del vicio contrario. La falsa modestia es el grado mas alto de vanidad; hace que el hombre vano no parezca serlo, y mas bien pretenda poseer la virtud opuesta al vicio que lo caracteriza.—Esto es un embuste.» (El mismo, cap. 11. *Del hombre.*)

piezo, el amor propio humillado se repliega en algun modo en sí mismo y se oculta avergonzado ó corrido de su derrota. Mas en este momento crece el aprecio de sí, que se apresura á dirijirle algunas palabras para consolarle. « Los necios, le dice, no han sabido apreciarte ; no han llegado á conocer cuan admirable y sublime es tu talento. » Y alzándose entónces el amor propio con desdeñosa soberbia, le dice : « Yo era ciertamente muy loco de dar tanta importancia á la aprobacion de los demás; en adelante sabré prescindir de sus elojios, y admiraré yo solo los tesoros de mi injenio. »

Mas el orgulloso que tiene que bajar y disminuir en algo la elevada opinion que de su capacidad tenia se ahogará infaliblemente, si no llegan á tiempo algunas mañosas lisonjas que dilaten su corazon. Así es como, las heridas de la vanidad se alivian por medio del orgullo ; y como este, humillado, busca en la vanidad un desquite.

Tratamiento.

Si las dos pasiones de que estamos hablando son tan frecuentes y difíciles de curar, procede esto en gran parte de la viciosa educacion que damos á los niños. En efecto, apenas empieza á desarrollarse su intelijencia, cuando les enseñamos á estimarse y á reputarse mejores de lo que realmente son, por el único motivo de llevar un vestido nuevo ó bonito, ó algun adorno que nada tiene que ver con su persona. Mas adelante, alabamos inconsideradamente sus gracias, su belleza, su talento, delante de ellos mismos ; y despues quedamos pasmados, cuando llegamos á descubrir que han aprovechado harto nuestras lecciones, y aun somos á veces bastante injustos para castigarlos severamente porque cometen errores que nosotros mismos les hemos inculcado.

Vale mas que, en vez de esta conducta inconsecuente, nos esforzemos desde sus mas tiernos años en hacerles contraer hábitos de órden y decoro, gustos sencillos y modestos; y en vez de falsear su juicio, rectifiquémoslo luego que veamos sus defectos ; no los alabemos sino rara vez, y siempre con razon ; pues la lisonja es un veneno fementido, siempre que no es un estímulo para portarse mejor.

No se limitará el médico moralista á alejar ó enflaquecer las causas ocasionales del orgullo y la vanidad, sino que al mismo tiempo prescribirá los medios hijiénicos mas adecuados para modificar las predisposiciones constitucionales que los sostienen. Así es que por medio de baños frecuentes y de alimentos lijeros y refrescantes llegará á disminuir la plétora sanguínea y la sobre-escitacion del sistema nervioso, que ordinariamente predominan en los sujetos hinchados por el orgullo y en los infatuados por la vanidad.

La lejislacion solo se ocupa muy secundariamente del tratamiento preservativo del orgullo y la vanidad ; y aun en ciertos gobiernos aristocráticos , mas bien parece favorecer su funesto desarrollo. En Francia, donde los ciudadanos son declarados iguales ante la ley, los escesos de estas pasiones no están sujetos á castigos , sino cuando llegan á ocasionar una contravencion , un delito ó un crímen.

Al contrario , la relijion procura combatir incesantemente estos dos mortales enemigos del hombre. Para llegar á dominarlos enteramente, no se limita á prescribirnos la modestia , virtud esterna y social, que se refiere solamente á no hacer mal á nadie , sino que hasta hace un deber de la *humildad* , virtud interina y sobrenatural , muy poco practicada por desgracia , y sin embargo la única capaz de contener la estimacion de sí mismo y el amor de la aprobacion de nuestros actos en los límites convenientes para la salud de nuestra alma y la armonía de la sociedad : la humildad era la virtud de un Vicente de Paúl y fué tambien la de Fenelon.

Ejemplos y observaciones.

I Vanidad de un gran señor.

En las *Memorias de Madama Ducrest* sobre la emperatriz Josefina se lee :

« El Sr. duque de Laugarais habia conocido mucho á mi padre, quien nos contaba singulares anécdotas sobre este gran señor, el cual nunca se hallaba mejor que en medio de la peor compañía, jactándose de este gusto.

« Encontróle un dia desesperado y quejándose de que era hombre perdido y deshonrado. —¿ Qué teneis, señor duque ? ¿ qué os ha sucedido ? — Una cosa espantosa, horrible. — ¿ Acaso habeis perdido en el juego alguna suma de consideracion ? — ¡ Qué ! á eso ya estoy acostumbrado. Mucho peor ;... ya os lo digo , una desgracia espantosa. — Vos me asustais ; no sé qué imajinar , porque las penas no os afectan tanto el corazon. — ¡ Oh ! ¡ si no hubiese sido mas que la muerte de una querida ! mas, ¡ ay ! es mucho peor que todo esto. Hace veinte años que hago cuanto puedo para arruinarme ; hace diez y ocho meses que me declaré en una pequeña bancarrota *muy honrada* , muy razonable , de la cual hablaba todo Paris ; y , ¿ no le ha dado ahora á ese tuno de Guemené la humorada de hacer una por catorce millones ? Ya he caido , ya nadie hará caso de mí ahora , ya no se hablará mas de mí que de un menestral de la calle de San Dionisio. ¡ Fuerza es confesar que soy muy desgraciado ! »

II Orgullo de un actor célebre.

T***, cuenta tambien Madama Ducrest, ha comido estos últimos dias

en casa de un banquero muy rico de Paris ; y como es regular , no se habló mas que de él , conversacion , que, como es regular tambien , le gustó mas que otra alguna, aunque tenga seguramente todos los conocimientos para contestar bien á cualquiera. Es muy notable por su instruccion y sus conocimientos en las literaturas estranjeras ; pero su orgullo escede á cuanto puede imajinarse. Aquí va una prueba.

« Contónos las circunstancias del primer viaje que hizo á Béljica, y de su primera entrevista con el rey Guillermo : « Acuérdome, nos dijo, que S. M. se hallaba *embarazado conmigo*, *asustado de mi reputacion ;* pero puse tanto cuidado en hablarle con mi natural bondad, que se halló con tanto desahogo como con un sujeto ordinario.» Si yo misma no las hubiese oido, creeria que habia inventado estas palabras algun envidioso ó algun bufon mal intencionado , pues son tan ridículas , que difícil se hace creer que hayan sido proferidas. ¡Tan cierto es que un orgullo escesivo puede hacer decir necedades á un hombre eminentemente agudo !

III Vanidad de una jóven terminada por un suicidio.

Emilia B***, de constitucion decididamente linfática , padeció en su infancia una especie de tiña, que dejó enteramente sin cabello muchos puntos de su cabeza. Apenas llegó á los quince años , fué lanzada á este gran mundo, en el cual sus nacientes pasiones hallaban de continuo nuevo pábulo, en una época en que debian ser dirijidas en el interior de una familia. Oia sobre todo alabar todas sus gracias , su belleza, y el modo de vestirse , que tanto contribuye á poner de manifiesto las dotes de la naturaleza. Ella misma no dejaba de agradarse , y para realzar sus gracias, se abandonaba á las seductoras preocupaciones de la vanidad, cuya funesta inclinacion era por otra parte harto favorecida , por los torpes cuidados de una madre que la idolatraba. Sin embargo , los pequeños triunfos que iba obteniendo Emilia en el gran mundo estaban continuamente emponzoñados por el recuerdo de una dolencia , que , si bien era dable ocultar á los demás, no podia con todo arrancar de su mente, y que angustiaba su corazon en medio de sus mas vivos placeres.

Apenas habia cumplido los diez y ocho años, cuando la muerte de su madre la dejó abandonada á sí misma y sin esperiencia. Desde aquella época fué su habitual ocupacion la lectura de novelas ; en cuyos libros, escritos los mas por una imajinacion delirante , halló las mejores razones para mantener su pasion predilecta. Despues de la necesidad de agradar, despertóse pronto en su tierno corazon la de amar , la cual se constituyó para ella en otro manantial de tormentos. El pensar que llegaria dia en que debiese revelar el vergonzoso resultado de su dolencia al hombre elejido por su corazon, la turbaba en medio de sus mas risueñas imájenes de

felicidad. Queriendo probar finalmente el último recurso, se decidió á hacer un viaje á Paris. Habiendo llegado á casa de su hermano, M. B***, fué á consultar á los médicos mas distinguidos de la capital, quienes, para curarla, ensayaron inútilmente todos los medios imajinables. Perdiendo desde entónces toda esperanza de curar y sumerjida en la mas profunda melancolía, procuró Emilia vencer tanto su amor como su vanidad, pero en balde. Llegó entre tanto á Paris su novio, y fué recibido por M. B*** como un amigo antiguo. Este jóven, durante la comida, dirijió á cada uno los mas finos cumplimientos, é ignorando la calvez de su novia, se esplayó con suma complacencia en su magnífica cabellera. Era esto despedazar el corazon de la pobre Emilia, quien, no obstante, supo dominarse bastante para que una emocion indiscreta no declarase su falta. Al dia siguiente, como si todo lo hubiese olvidado, bajó al cuarto de su cuñada, la cual la convidó á dar un paseo. Aceptó con gusto Emilia, ayudó en su tocador á madama B***, y por una de aquellas estrañas e inesplicables anomalías del corazon humano, ella misma quiere tambien arreglar la cabellera de su cuñada, aquella cabellera, cuya belleza encarece, hablando de la inferioridad de la propia. Mas á poco rato, no pudiendo Emilia contener las lágrimas, se escapa so color de ir á vestirse. Pasóse una hora sin volver á parecer, y madama B***, ansiosa, sube al cuarto de su cuñada; halla la cama desordenada en medio del cuarto, adelanta algunos pasos, y cae desvanecida, pues acababa de ver por entre los pliegues de las cortinas á la desgraciada Emilia colgada de la flecha de su cama (1).

IV Orgullo y vanidad de un Inglés herido en sus caballos.

Dos caballos ingleses arrastraban en un magnífico landó á lord G*** hácia Longchamps. El mejor y el mas fiel de sus cocheros, Jorje, soberbio en su asiento, iba dejando muy atrás á todos los otros carruajes, y este pequeño triunfo, en el cual cifraba milord toda su ambicion, le hacia en aquel momento el hombre mas venturoso. Mientras estaba paseando á su rededor sus miradas satisfechas, advirtió que un mal carruaje de alquiler se atrevia á seguirle á una distancia que denotaba falta de respeto. Lord G***, picado por esta insolencia, que al principio no le dió mas que lástima, mandó á Jorje que le librase de tan importuna vista; avivó este inmediatamente sus caballos, los cuales redoblaron el paso; aceptó el desafío el coche de alquiler, y todavía se acercó mas al soberbio landó. Entónces empezó á manifestarse la ira del noble Inglés, trocándose su des-

(1) Hácia 1824, un interno del *Hotel-Dieu*, desesperado de su fealdad, se abrió la arteria crural.

precio en violenta indignacion; tira con fuerza de las riendas, se ajita; patea y grita fuera de sí. En balde sacude Jorje los lomos de los caballos, y los alienta con sus gritos y con el látigo; su agotado ardor ya no siente aquella mano tan segura y tan respetada siempre. Sin embargo el coche simon va ganando mas y mas terreno; ya las cabezas de sus rocines se hallan al nivel de la portezuela del lord, de quien parecen mofarse; ya se hallan de frente los dos coches; y luego el impertinente carrucho pasa delante del poderoso jentilhombre y llega algunos segundos antes á la barrera de la Estrella. «¡A casa! ¡á casa!» grita lord G***, pálido de despecho y de furor; y Jorje, que no ha dejado de comprender toda la enormidad de su falta, se vuelve, menos abatido por el temor de los reproches que por su verdadero sentimiento de ver á su amo profundamente herido en lo que mas apreciaba en el mundo.

Al llegar á su casa M. G***, mandó llamar inmediatamente á Jorje, quien llegó temblando. Milord no se enfadó, mas lanzando á su viejo cochero una mirada friamente desdeñosa, «Salid, le dice, salid inmediatamente de mi casa, y no volvais á poner en ella los piés; pues sois un miserable que me habeis deshonrado.» Aterrado Jorje por estas palabras, balbuceó algunas de escusa, alegando especialmente que los caballos estaban horriblemente fatigados de la víspera, y que no habia querido atropellarlos. «Yo te habia dicho, respondió severamente lord G***, *revienta los caballos*; debia ser obedecido y no verme deshonrado. Idos.» Retiróse el desgraciado Jorje consternado á su cuarto, á donde no tardó milord en enviarle su salario y tres mil reales de gajes *por sus servicios de otro tiempo*.

Hasta entónces el antiguo criado no habia pensado que no pudiese apelar de la sentencia de su amo; contaba todavía con la estimacion que este le profesaba, la cual pensaba haberse granjeado con veinte años de una conducta intachable y con sus frecuentes victorias en las corridas reales; pero luego que vió enteramente destruidas sus esperanzas, salió tristemente de la casa, y fué á dar á su mujer la noticia de su desgracia. Apenas fué esta sabida, cuando se le propusieron á Jorje ventajosas colocaciones; pero no quiso aceptar ninguna, porque ninguna le restituia su antiguo amo, ni sus pobres caballos. Desde entónces el inesperado golpe que acababa de recibir alteró profundamente su robusta salud y tuvo que cuidarse. Pero habian ya pasado dos meses, y Jorje seguia siempre triste y taciturno; habia perdido el apetito y no podia dormir; se enflaquecia visiblemente, y por último cayó enfermo de peligro. Cuando vió que sus economías iban á acabarse, dijo á su mujer que estaba decidido á entrar en el hospital de la Caridad, como lo hizo efectivamente al cabo de algunos dias.

El practicante interno de la sala, en las frecuentes visitas que á este

nuevo enfermo hacia, sospechó que se hallaba acometido de una afeccion moral; y Jorje, cuya confianza ganó, le contó la causa de su desesperacion y de sus tormentos. Apiadado aquel escelente jóven, resolvió probar el dar un paso con el vanidoso y severo Inglés, esperando que aun podria obtener su perdon y conservar tal vez de esta suerte la vida de su antiguo criado. Así que se presentó en casa de lord G***, é introducido en su gabinete, le dijo: «Milord, me he tomado la libertad de veniros á hablar de un enfermo por quien me tomo un vivo interés, y que ha sido vuestro criado por muchos años. El desgraciado Jorje, consumido por el dolor de haber disgustado á vuestra señoría, está muriéndose en el hospital de la Caridad.—¡Jorje en el hospital! interrumpió bruscamente el orgulloso Inglés, ¡parece que ese miserable quiere deshonrarme de todos modos! Que salga inmediatamente; quiero que se cure á mis espensas, y que se le suministre cuanto necesite. —Nada me admira, contestó el interno, la jenerosidad de milord; pero el pobre Jorje no se halla en estado de poder salir del hospital; y una sola cosa pide para morir feliz; es que milord le vea por última vez y que vaya á perdonarle. —¡Yo ver á Jorje y perdonarle! ¡Se conoce que no sabeis que es un ruin, un miserable, y que me ha deshonrado dejando pasar delante de mi landó un coche simon!» En balde insistió el interno; no pudo obtener otra respuesta de milord, y salió indignado. El viejo cochero ya habia previsto que el paso del interno tendria este triste resultado; pues sabia hasta donde podia llegar la vanidad de un Inglés herido en el honor por sus caballos, y hasta habia rogado al interno que no fuese á buscar una prueba mas del resentimiento de su amo.

Milord enviaba sin embargo todos los dias á saber noticias de su antiguo cochero, haciéndole ofrecer dinero y cuanto pudiese necesitar; mas el moribundo no quiso aceptar semejantes ofrecimientos, repitiendo con voz casi apagada: «¡Solamente el perdon de milord podria salvarme la vida!»

«¿Cómo está Jorje?» preguntó una mañana lord G*** á su ayuda de cámara, que volvia del hospital, mas triste de lo regular. «Jorje ya no existe,» contestó; «ha muerto esta noche.-Verdaderamente lo siento,» contestó milord con su inhumana flema; «pues era un hombre de bien á quien habia yo apreciado.»

Lord G*** creyó cumplir con su conciencia, enviando dinero á la viuda de aquel que tuvo la desgracia de dejarse aventajar por un coche simon.

CAPITULO IX.

DE LA AMBICION.

> De todas las pasiones humanas, es la ambicion la mas soberbia en sus pensamientos y la mas arrebatada en sus deseos; pero al mismo tiempo la mas flexible en su conducta y la mas secreta en sus designios. San Gregorio nos manifiesta el verdadero carácter de la ambicion en estas palabras: «la ambicion es tímida mientras busca, pero soberbia y osada, cuando ya ha encontrado.”
>
> BOSSUET.

Definicion y sinonimia.

Ambicion, en latin *ambitio,* se deriva del verbo *ambire* (1), que significa *ir al rededor, solicitar.* En efecto, los Romanos llamaban con propiedad *ambitiosi* á los que aspiraban á los cargos públicos, porque iban al rededor de la asamblea mendigando votos.

La ambicion es un violento y continuo deseo de elevarse sobre los demás, aunque sea sobre sus ruinas. Es una sed inmoderada *de gloria, de dominacion, de grandezas y de honores,* y finalmente *de riquezas.*

La ambicion de la gloria es un deseo ardiente, á veces jeneroso; pero casi siempre cruelmente alucinado de vivir rodeado de la admiracion y del reconocimiento de los hombres y de trasmitir su nombre á la posteridad.

La *ambicion de la dominacion y del poder* pretende á toda costa mandar y estender indefinidamente las conquistas, pretendiendo no hallar ninguna resistencia, y que sus menores voluntades sean respetadas como órdenes del cielo.

Esta ambicion, junta con la de la gloria, ó constituye la grandeza de los estados, ó consuma su ruina. Sin embargo, el espíritu de dominacion está mucho mas estendido de lo qué se cree; porque existe en todas las condiciones, y hasta en los juegos de la niñez.

La *ambicion de grandezas y honores* aspira incesantemente á alcanzar destinos y á ascender á dignidades mas ó menos elevadas; buscando títulos y condecoraciones que le afianzen la consideracion y los homenajes de la muchedumbre.

La *ambicion de riquezas* es parecida á la avaricia por su ardor y por

(1) *Am,* en latin antiguo, significaba *circum,* alrededor.

los odiosos medios de que se vale para aumentar la fortuna ; pero lejos el ambicioso de atesorar como el avaro , que en su delirio considera el oro y la plata como los únicos bienes de la naturaleza, aquel solo los considera como medios de conseguir lo que pretende.

Algunos no tienen mas que una de estas especies de ambicion; á otros los devoran las cuatro especies al mismo tiempo; y sobre estos desgraciados esclavos ejerce su imperio esta pasion del modo mas tiránico.

No confundamos la ambicion con la noble emulacion «que conduce á la gloria por medio del deber; el nacimiento nos inspira la emulacion, y la relijion la autoriza; esta es, dice Masillon, la que proporciona á los imperios ciudadanos ilustres, ministros sabios y laboriosos, valientes jenerales, célebres autores, príncipes dignos de los elojios de la posteridad; al contrario, la molicie y la ociosidad no se avienen con las reglas de la devocion ni con los deberes de la vida civil; y el ciudadano inútil no se halla menos proscrito por el Evanjelio que por la sociedad.»

«Segun Duclos, la emulacion y la ambicion se diferencian entre sí, en que la noble emulacion consiste en distinguirse entre sus iguales y en buscar su bienestar; al paso que la ambicion es un deseo inmoderado de alcanzar destinos superiores al talento del ambicioso; la ambicion es un crímen, y la emulacion una virtud.»

Causas.

Hállanse jeneralmente predispuestos á la ambicion los sujetos de constitucion biliosa ó bilioso-sanguínea y los melancólicos. Obsérvase con mucha mas frecuencia esta pasion en la edad madura que en la juventud y en la vejez; y los hombres la padecen tambien mas á menudo que las mujeres.

De todos los sentimientos morales, el orgullo principalmente, si existe con una esperanza escesiva, es sin duda el que mas favorece el desarrollo de esa sed de honores, de poder y de riquezas, tan jeneral y tan ardiente en los gobiernos constitucionales y republicanos, en los que todo el mundo puede llegar al poder.

Hijas del orgullo de las clases medias (que se comunica luego á las inferiores), esas dos formas de gobierno me parecen poco convenientes para el carácter francés. Los Franceses, escesivamente corrompidos para la república, son demasiado turbulentos y por otra parte demasiado francos para un órden de cosas equívoco. Trabajando la moderna Cartago para introducir en Francia su básculo político, confiaba introducir en ella al propio tiempo sus dos vicios predominantes, la avaricia y la ambicion: poco tardaron en quedar colmadas de sobras sus previsiones.

Caractéres, curso y terminacion.

«La ambicion, dice Masillon, ese gusano que roe nuestros corazones sin dejarle un momento de sosiego, esa pasion, que es el gran resorte de los manejos y de todas las ajitaciones de las cortes; que acarrea las revoluciones de los estados, y que todos los dias da nuevos espectáculos al universo, esa pasion que á todo se atreve, y que nada halla costoso, es un vicio todavía mas perjudicial para los imperios que la misma pereza.

«¡Cuán desgraciado es el que llega á estar poseido de ella! El ambicioso de nada sabe gozar; ni de su gloria, porque la halla oscura; ni de los puestos que ocupa, porque pretende subir á otros mas elevados; ni de su prosperidad, porque se consume en medio de su abundancia; ni de los homenajes que se le tributan, porque se hallan acibarados por los que él mismo tiene que rendir; ni de su favor, porque se le hace amargo el tenerlo que partir con sus competidores; ni de su reposo, porque va haciéndose desgraciado á medida que tiene que vivir mas tranquilo; es un Aman, el objeto muchas veces de los deseos y de la envidia pública, y que un solo honor que se niegue á su escesiva autoridad hace insoportable á sí mismo.

«La ambicion pues le hace desgraciado, y á mas le envilece y degrada. ¡Cuánta bajeza para encumbrarse! Es preciso parecer, no tal cual es, sino tal cual desean que seamos: bajeza de adulacion, porque se inciensa y adora al ídolo que se desprecia; bajeza de cobardía, porque ha de saber sufrir disgustos, devorar chascos, y recibirlos casi como gracias; bajeza de disimulo, no ha de tener sentimientos propios, y no pensar sino en vista de lo que piensan los demás; bajeza de desórden, haciéndonos cómplices y quizá ministros de las pasiones de aquellos de quienes dependemos, y entrar en parte en sus desórdenes para participar de sus mercedes; finalmente hasta bajeza de hipocresía, afectando algunas veces las apariencias de la piedad y representando el papel de hombre de bien para lograr el objeto, haciendo servir para la ambicion hasta la misma relijion que la condena. Esta pintura no es imajinaria; manifiesta las costumbres de los palacios reales y la historia de la mayor parte de los que en ellos viven.

«¡Dígasenos ahora que la ambicion es el vicio de las almas grandes! no por cierto; es el carácter de un corazon bajo y rastrero, y la fisonomía mas marcada de una alma vil. Solo el deber puede conducirnos á la gloria; la que es fruto de las bajezas é intrigas de la ambicion lleva consigo un carácter de baldon que nos deshonra; no promete los reinos del mundo y toda su gloria mas que á aquellos que se postran ante la iniquidad, y que se degradan vergonzosamente á sí mismos. Siempre se achacan vuestras bajezas á vuestra elevacion, vuestros destinos recuerdan incesante-

mente los envilecimientos con que los habeis alcanzado, y los mismos dictados de vuestros honores y de vuestras dignidades son señales de vuestra ignominia. Mas en el ánimo del ambicioso, el lograr lo apetecido disfraza la infamia de los medios empleados; él quiere alcanzar lo apetecido, y cuanto le conduce á lograrlo es la única gloria que busca; mira esas virtudes romanas, que se fundaban en no deber nada sino á la probidad, al honor y á los servicios, como virtudes de novela y de teatro; y cree que si en otro tiempo la elevacion de sentimientos podia hacer héroes de la gloria, en el dia, la bajeza y el envilecimiento son los que hacen héroes de la fortuna.

«Así es que la injusticia de esta pasion es su último rasgo, mas odioso que sus inquietudes y su oprobio. Sí; un ambicioso no conoce mas ley que la que le favorece; y el crímen que lo encumbra es para él una virtud que le ennoblece. Amigo infiel, la amistad no existe para él desde el momento en que así conviene á sus intereses; mal ciudadano, no aprecia la verdad sino en cuanto le es útil; el mérito que entra en competencia con él es un enemigo á quien no perdona; prefiere siempre su propio interés á la conveniencia pública; procura apartar de los destinos á los sujetos capaces, para ponerse en su lugar; sacrifica á sus zelos la salud del estado, y veria con menos sentimiento perderse en sus manos los negocios públicos, que salvarse estos con el esmero y las luces ajenas.»

Antes de examinar la influencia de la ambicion en nuestros órganos, añadamos algunas otras señales á la fiel pintura del profundo y elegante obispo de Clermont.

Raras veces se hermana la ambicion con la prudencia: ordinariamente anda, mejor dirémos, corre hácia delante, sin atender á lo que puede dejar tras sí. Sin embargo, en algunos sujetos astutos ó pusilánimes, no adelanta mas que á gatas y por medio de rodeos, y de la misma manera que la envidia, de que tambien adolece, no descansa hasta que ha conseguido su objeto. Hace tiempo que se ha observado que los grandes destinos son como los lugares escarpados, á los cuales no pueden llegar mas que las águilas y los reptiles (1).

El ambicioso, semejante al desgraciado afectado de monomanía, parece que no tiene sentidos sino para alcanzar el objeto de sus deseos; indiferente á las mas risueñas escenas de la naturaleza, apenas llega á advertir la sucesion de las estaciones del año: la primavera no tiene para él la

(1) Dos artesanos, segun cuenta Vernier, pretendian el mismo destino; el que lo obtuvo por sus ardides é intrigas dijo á su competidor que él no habia dado ningun paso para alcanzarlo. «Bien lo creo, contestó este, porque el que se arrastra no camina.»

Efectivamente el *reptar* ó *arrastrarse*, no es *dar pasos* ó *andar*; pero de todos modos siempre es avanzar: es el modo de progresion natural de los reptiles, y conviene saber que esta clase de animales es numerosísima.

menor gracia; los vinos y los mas esquisitos manjares tampoco gozan para él de ningun sabor ni atractivo, su sueño es corto y turbado, come apresuradamente y con aire pensativo; parece que teme quitará su pasion los instantes necesarios para reparar sus agotadas fuerzas.

Veamos ahora los principales estragos que ocasiona la ambicion en la economía animal. El hombre sujeto á esta pasion tarda poco en adquirir un color pálido; aproxímanse sus cejas, húndense sus ojos en las órbitas; su mirar se vuelve inquieto y receloso; sus pómulos salientes; escávanse sus sienes, y sus cabellos ó bien se caen ó se ponen canos antes de tiempo. Devorado el ambicioso por una actividad incansable, está casi siempre ahogándose, como si acabase de fatigarse subiendo una montaña; aun la misma esperanza, lejos de dilatar suavemente su corazon, le hace esperimentar dolorosas palpitaciones y un cruel desvelo; su pulso es habitualmente febril, ardiente su aliento, é imperfectas sus dijestiones.

Siendo esto así, ¿qué tiene de estraño que esta pasion ocasione tantas inflamaciones, así agudas como crónicas, de los órganos dijestivos? Se ha observado que los cánceres del estómago ó del hígado terminan á cada paso los dias de aquellos cuya existencia ha atormentado la ambicion. Mueren tambien muchas veces los ambiciosos, víctimas de alguna afeccion apopléctica ó de lesiones orgánicas del corazon.

Pero el término mas ordinario de esta pasion es la melancolía, y sobre todo la monomanía ambiciosa; así es que en los establecimientos destinados á la curacion de los afectados de enajenacion mental, abundan en especial los desgraciados que han visto frustradas sus esperanzas, ó cuya ambicion se ha visto engañada, y que se creen jenerales, ministros, soberanos y papas, y hasta el mismo Dios.

Y sin embargo, á pesar de las terribles lecciones de la historia, y á pesar de su propia esperiencia, todavía se dejan fascinar los hombres por esta necesidad postiza, por esa sed inmoderada de gloria, de poder, de honores y riquezas. Por esto, tras cada violenta conmocion política podemos estar seguros de que se llenarán indudablemente las casas de locos. Así sucedió en Francia despues de la revolucion de 1789, y ha vuelto á suceder en nuestros dias, despues de los acontecimientos de 1830.

En la segunda relacion publicada por M. Desportes, en un total de 8.272 afectados de enajenacion mental, no se hallan mas que 130 conducidos á tan triste estado por la ambicion; mas en el número de 150, que indica los que contrajeron la enfermedad á consecuencia de reveses de fortuna, ¡cuántos no habrá que la deben á ambiciones frustradas! Y queda aun por último el número de 1.576 para aquellos en quienes quedó desconocida la causa de la enfermedad; ¿en cuántos de estos no desempeñaria un gran papel la ambicion? Yo he podido observar en los establecimientos de los señores Esquirol, Belhomme, Falret y Voisin, donde los enfermos pagan pensiones bastante crecidas, que el número de locos por

ambicion es proporcionalmente mucho mayor que en los establecimientos dependientes de la administracion de hospitales. Por otra parte, la *monomanía ambiciosa* y la *lipemanía* son las dos formas de enajenacion mental primitivamente determinadas por la ambicion; pero, segun he podido cerciorarme, dejeneran fácilmente en manía y en demencia.

En cuanto al influjo que en la criminalidad tienen las pasiones ambiciosas, se halla que en el año 1838 los *tribunales* de Francia tuvieron que juzgar 167 causas criminales procedentes de la codicia, á saber:

Envenenamientos.	27.
Incendios. . . .	49.
Homicidios. . .	11.
Asesinatos.. . .	80.

En 1839, el número de causas criminales resultantes de la codicia fué de 115.

En los 167 casos de 1838, y en los 115 de 1839, no van comprendidos los muchos crímenes resultantes de *discusiones de intereses entre parientes*, los cuales se hallan comprendidos en otra categoría en los estados jenerales de la administracion y de la justicia criminal.

Tratamiento.

Medios hijiénicos.—Pueden ser muy útiles, en el tratamiento de la ambicion, la vida campestre, los paseos prolongados, y sobre todo la caza, si lo permiten las fuerzas del enfermo.

Los alimentos en jeneral deben ser lijeros y refrescantes, porque uno de los primeros efectos de esta pasion es alterar las dijestiones.

Conviene tambien prolongar el sueño del enfermo.

Podrán tambien ser ventajosos los baños tibios y las fricciones convenientes.

Deberán sobre todo aconsejarse lecturas variadas é interesantes, y tambien que los enfermos se dediquen, aunque sin fatigarse, á componer alguna obra análoga á sus conocimientos.

Medios morales.—Conviene darse prisa á combatir desde un principio esta pasion, si se quiere trabajar con algun provecho. Para lograrlo conviene fatigar al ambicioso con obstáculos siempre renacientes, humillar de intento su orgullo, enseñarle la nada de los objetos que le seducen y la incertidumbre de las recompensas que espera; poner mañosamente á su vista personas cuya posicion sea mucho mas infeliz que la suya; apartarle de las ciudades populosas, y sobre todo de las cortes y de los mimados de la fortuna; procurar que adquiera amistad con hombres

contentos con su suerte, inclinados á la jovialidad, á la beneficencia, y que por modestia ó por circunspeccion no pretendan elevarse á una esfera superior. Frecuentándolos habitualmente (todo en el hombre es contajioso), llegará á convencerse de que en este mundo es imposible hermanar la gloria con la felicidad, y que la mayor parte de los ambiciosos no son mas que unos esclavos desdichados (1) que han trepado penosamente la ardua senda de la vida para llegar á la muerte con mas ruido, pero con mayores infortunios que otros hombres.

Si hemos de combatir la ambicion de un sujeto colocado por mucho tiempo en el grande teatro del mundo, es preciso, á fuer de astutos zapadores, atacar la plaza con las mayores precauciones. Diríjase primero y procúrese por todos medios fijar en otro objeto la actividad del enfermo; y procúresele crear un hábito de emociones diversas de las que antes tenia. Si se llega á lograr esta feliz llamada, entónces y solamente entónces se puede empezar con fruto el ataque. Si se quiere, sin tomar estas precauciones, estrechar súbitamente el círculo de las ideas habituales del ambicioso, comprometeríase infaliblemente su existencia, pues el ambicioso es como un andarin de profesion, á quien se le mataria pronto, si se le obligase repentinamente á guardar un reposo absoluto.

Si somos llamados para asistir á un estadista devorado de ambicion y caido en desgracia sin ningun título honorífico, sin ninguna recompensa que le indemnice de sus servicios y pueda alimentar su vanidad, á cuyo caso el vulgo da el enérjico nombre de *ambicion retropulsa*, es preciso saber que este caso es uno de los mas graves que pueden ofrecerse; pues termina muchas veces en una muerte repentina; y otras se apodera de estos infelices una fiebre consuntiva que los conduce á la tumba con paso lento, pero doloroso. En esta segunda terminacion, casi no le queda al médico moralista mas que hacer el papel de consolador. ¡Feliz entónces el que puede decir: he llegado á suavizar los postreros dias de un desgraciado! La relijion es un poderoso remedio que mas de una vez he empleado con felicidad en semejantes casos.

«En el hermoso clima de la Grecia, dice el elocuente Alibert, cuando en otro tiempo se hallaba sujeto un desgraciado á esta pasion devoradora, le prescribian los ministros de Esculapio que fuese á visitar las ruinas del monte Osa. Calmábase su ardor al contemplar las espantosas simas en donde fueron precipitados los Titanes. Escuchaba el vano ruido de las olas del Peneo, que se lanzan con estrépito por los aires y van á morir al pié de los peñascos. De este modo no tardaba en convencerse de que conviéne llenar con calma su destino, y que los turbulentos goces de la

(1) «El esclavo no tiene mas que un amo; el ambicioso tiene tantos como hombres pueden serle útiles para su fortuna.» (La-Bruyere.)

gloria están lejos de valer tanto como la pura dicha que saborea el sabio en una seguridad completa.»

En vez de las observaciones que deberian terminar este capítulo, me ha parecido oportuno presentar una lista cronolójica de las victimas de la ambicion. Paréceme que en una época como la nuestra, tan atormentada por una continua fiebre de revolucion y por la sed del poder, de honores y de riquezas, nunca se repetirá bastante aquella máxima de un sabio: «Para ser feliz en esta vida, hagamos el bien; pero procuremos vivir ocultos.»

Tabla que indica el trájico fin de algunos célebres ambiciosos.

ABSALON, hijo de David, en el año 1020 antes de J. C.	*Muerto desgraciadamente.*
ATALIA, hija de Acab, en el año 877 antes de J. C.	*Muerta alevosamente.*
ROMULO, fundador de Roma, en el año 715 antes de J. C.	*Asesinado.*
AMAN, privado de Asuero, hácia el año 540 antes de J. C.	*Ahorcado.*
PAUSANIAS, jeneral lacedemonio, en el año 477 antes de J. C.	*Muerto de hambre.*
TEMISTOCLES, jeneral ateniense, en el año 464 antes de J. C.	*Suicidado.*
ALCIBIADES, jeneral ateniense, en el año 404 antes de J. C.	*Asesinado.*
CIRO, el Menor, hermano de Artajerjes-Mnemon, en el año 401 antes de J. C.	*Muerto* (1).
MANLIO (Capitolino), jeneral romano, en el año 570 antes de J. C.	*Precipitado de la Roca Tarpeya.*
FILIPO, rey de Macedonia, en el año 556 antes de J. C.	*Asesinado.*
ALEJANDRO (el Grande), en el año 504 antes de J. C.	*Embriaguez ó veneno*
ANTIGONO, uno de los jenerales de Alejandro el Grande, en el año 501 antes de J. C.	*Muerto.*
AGATOCLES, tirano de Sicilia, en el año 287 antes de J. C.	*Envenenado.*

(1) Cuando se dice simplemente *muerto*, se entiende desgraciadamente ó por agresion. (N. del T.)

Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono en el año 285 antes de J. C. . . . . *Muerto en cautiverio.*

Pirro, rey de los Epirotas, en el sitio de Argos, en el año 272 antes de J. C. . . . . *Muerto.*

Antioco, Teos, rey de Siria, en el año 247 antes de J. C. . . . . *Envenenado.*

Antioco (el Grande), rey de Siria, hácia el año 187 antes de J. C. . . . . *Muerto desgraciadamente.*

Perseo, rey de Macedonia, en el año 167 antes de J. C. . . . . *Muerto de hambre.*

Graco (Tiberio), tribuno del pueblo, en el año 133 antes de J. C. . . . . *Muerto apaleado.*

Graco (Cayo), tribuno del pueblo, en el año 121 antes de J. C. . . . . *Muerto á puñaladas.*

Jugurta, usurpador del reino de Numidia, en el año 105 antes de J. C. . . . . *Muerto de hambre.*

Sertorio, jeneral romano, en el año 75 antes de J. C. . . . . *Asesinado.*

Espartaco, autor de la sublevacion de los gladiadores, en el año 71 antes de J. C. . . . . . *Muerto.*

Mitrídates, rey del Ponto, en el año 63 antes de J. C. *Suicidado.*

Catilina, conspirador romano, en el año 62 antes de J. C. . . . . *Muerto.*

Craso, jeneral romano, en el año 53 antes de J. C. *Muerto.*

Clodio (Publio), tribuno y aspirante al consulado, en el año 52 antes de J. C. . . . . *Muerto.*

Pompeyo el Grande (Neyo Pompeyo), en el año 48 antes de J. C. . . . . *Asesinado.*

Farnaces II, hijo de Mitrídates, en el año 47 antes de J. C. . . . . *Muerto.*

César (Cayo Julio), en el año 44 antes de J. C. . . *Asesinado.*

Bruto (Marco-Junio), uno de los asesinos de César, en el año 42 antes de J. C. . . . . *Suicidado.*

Antonio (Marco-Antonio), uno de los triunviros, en el año 31 antes de J. C. . . . . *Suicidado.*

Sejano, privado de Tiberio, en el año 31 de la era cristiana. . . . . *Estrangulado.*

Calígula (Cayo César), emperador romano, muerto á 29 años, en el año 41 de nuestra era. . . . *Asesinado.*

Neron, emperador romano, en el año 68 de nuestra era. . . . . *Suicidado.*
Galba, emperador romano, en el año 69 de nuestra era. . . . . *Asesinado.*
Oton, emperador romano, en el año 69. . . . *Suicidado.*
Vitelio, emperador romano, en el año 69. . . . *Muerto alevosamente.*
Sabino, Galo, marido de Eponina, aspirante al imperio, en el año 78. . . . . *Ejecutado.*
Pertinaz, sucesor de Cómodo, en el año 193. . . *Asesinado.*
Didio (Juliano), emperador romano, despues de 60 dias de reinado. . . . . *Ajusticiado.*
Pescenio-Nijer, proclamado emperador, en el año 195. . . . . *Asesinado.*
Macrino, electo emperador en 217, y muerto en 218. *Asesinado.*
Maximino, asesino y sucesor de Alejandro Severo, en 238. . . . . *Asesinado.*
Filipo, asesino y sucesor de Gordiano el Jóven, en 249. . . . . *Asesinado.*
Rufino, ministro de Teodosio y de Arcadio, en 397. *Muerto alevosamente.*
Jildon, gobernador de Africa, rebelde, en 398. . *Suicidado.*
Eutropo, privado de Arcadio, en 399. . . . . *Degollado.*
Gainas, comandante jeneral del ejército romano en Oriente, en 400. . . . . *Muerto.*
Estilicon, jeneral romano, vencedor de Alarico, en 408. . . . . *Asesinado alevosamente.*
Aecio, jeneral romano, vencedor de Atila, en 454. *Muerto á puñaladas.*
Aspar, patricio y jeneral romano, en 471. . . . *Asesinado.*
Zenon, usurpador del imperio de Oriente, en 491. . *Enterrado vivo.*
Odoacro, rey de Italia, es vencido por Teodorico, y en 93. . . . . *Asesinado alevosamente.*
Cramo, hijo natural de Clotario I, en 560. . . . *Quemado vivo.*
Focas, emperador de Oriente, en 610. . . . . *Degollado.*
Brunequilda, reina de Austrasia, en 613. . . . *Mutilada.*
Mahoma, fundador del islamismo, en 632. . . . *Envenenado.*
Ebroin, mayordomo del palacio de Clotario III y Thierry III, en 681. . . . . *Asesinado.*
Irene, mujer de Leon IV, emperador de Constanti-

nopla, en 803.	*Muerta en el destierro.*
Crescencio, jefe de los sublevados romanos, en 898.	*Ajusticiado.*
Niceforo II (Focas), emperador de Oriente, en 969.	*Asesinado.*
Juan Zimisces, emperador de Oriente, en 975.	*Envenenado.*
Romano IV, apellidado *Diójenes*, en 1071.	*Murió arrancándole los ojos.*
Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra, en 1087.	*Abandonado.*
Arnaldo de Brescia, jefe de los sublevados romanos, en 1155.	*Quemado vivo.*
Juan sin tierra, rey de Inglaterra, en 1216.	*Envenenado.*
Manfredo, tirano de Sicilia, parricida y fratricida, en 1266.	*Muerto.*
Marino Faliero, dux de Venecia, en 1355.	*Degollado.*
Arteveldo (J.), cervecero, célebre faccioso, en 1345.	*Asesinado.*
Arteveldo (P.), hijo del anterior, en Rosbach.	*Muerto.*
Rienzi ó Rienzo, tribuno de Roma, en 1354.	*Asesinado.*
Marcelo (Esteban), preboste de los mercaderes, en 1358..	*Muerto apaleado.*
Pedro el cruel, rey de Castilla, en 1369.	*Asesinado.*
Carlos el Malo, rey de Navarra, en 1387.	*Quemado vivo.*
Bayazeto, sultan de los Turcos, en 1402.	*Muerto en cautiverio.*
Armañac (Bernardo, conde de), condestable de Francia, en 1418.	*Muerto alevosamente.*
Juan sin miedo, duque de Borgoña, en 1419.	*Asesinado.*
Esforza Atendolo, gran condestable en la corte de Nápoles, en 1424.	*Ahogado.*
Esforza (J. M), duque de Milan, en 1476.	*Asesinado.*
Esforza (J. G.), hijo del precedente, en 1494.	*Envenenado.*
Warwick (conde de), llamado el *Hacedor de reyes*, en 1471.	*Muerto.*
Carlos el Temerario, duque de Borgoña, en 1476.	*Muerto.*
Ricardo III, rey de Inglaterra, en 1485.	*Muerto.*
César Borjia (el cardenal), duque de Valentinois, en 1507.	*Muerto.*
Borbon (el condestable de), en 1527.	*Muerto.*
Bolena (Ana de), reina de Inglaterra, en 1537.	*Degollada.*
Almagro (Diego), rival de Pizarro, en 1538.	*Estrangulado.*

Fiesco (J. L. Fieschi), conde de Lavaño, conspirador, en 1547. . . . . *Ahogado.*
Pizarro (Francisco), conquistador del Perú, en 1542. *Asesinado.*
Almagro (D.), hijo del anterior, asesino de Pizarro, en 1542. . . . . *Estrangulado.*
Dudley (J.), gran mariscal de Inglaterra, en 1553. *Degollado.*
Dudley (lord Guilford), esposo de Juana Grey, en 1553. . . . . *Degollado.*
Guisa (duque de), Henrique de Lorena, llamado el *Cuchillada*, en 1588. . . . . *Asesinado.*
Biron (Cárlos de Gontaut, duque de), en 1602. . *Degollado.*
Concini, mariscal de Ancre, en 1617. . . . . *Asesinado.*
Dori (Leonor, llamada Galigai), mujer del precedénte, en 1617. . . . . *Quemada.*
Walter Raleigh, célebre aventurero inglés, en 1618. *Degollado.*
Buckingham (Jorje Villiers, duque de), en 1628. . *Asesinado.*
Montmorency (Enrique II, duque de), en 1632. . *Degollado.*
Wallenstein, duque de Friedland, en 1634. . . . *Asesinado.*
Médicis (Maria de), esposa de Enrique IV), en 1642. *Muerta en destierro.*
Cinq Mars (Enrique Coiffier de Ruzé), privado de Luis XIII, en 1642. . . . . *Degollado.*
Mazaniello, pescador napolitano, autor de la revolucion de 1647, en el mismo año. . . . . . *Asesinado.*
Fouquet, superintendente de rentas en el reinado de Luis XIV, en 1680. . . . . *Muerto encarcelado.*
Carlos II, rey de Suecia, en 1718. . . . . . *Muerto.*
Mentschikoff, príncipe y ministro de Rusia, en 1729. *Muerto desterrado en Siberia.*
Nadir Chah (Kuli-Kan), rey de Persia, en 1747. . *Asesinado.*
Alberoni (el cardenal), ministro del rey de España, en 1752. . . . . *Muerto en destierro.*
Neuhof (Teodoro, baron de), aventurero, rey de Córcega, en 1755. . . . . *Muerto en destierro.*
Mascareñas (José), duque de Aveiro, conspirador de Portugal, en 1759. . . . . - *Degollado.*
Lanskoi, jeneral ruso y privado de Catalina II, en 1770. . . . . *Envenenado.*

STRUENSEE, ministro de Dinamarca, en 1772. . . *Degollado.*
PUGATSGHEFF, Cosaco, que queria pasar por Pedro III, en 1774. . . . . *Muerto en una jaula.*
POTEMKIN, primer ministro y privado de la emperatriz Catalina II, en 1791. . . . . *Envenenado.*
GUSTAVO III (de Suecia) pereció á manos de Ankestrom, en 1792. . . . . *Asesinado.*
RIGAS, jefe de la primera insurreccion griega, en 1798. *Anegado.*
TODOS-SANTOS LOUVERTURE, negro de Santo Domingo, en 1803. . . . . *Muerto encarcelado.*
DESALINES (Jaime 1°.), emperador de Haiti, en 1806. *Fusilado.*
MUSTAFA-BAIRAKDAR, bajá de Rustchuk, en 1808. . *Suicidado.*
ENRIQUE II (Cristóval), rey de Haiti, en 1820. . *Suicidado.*
ALI-BAJA de Tebelen, rebelde y tirano, en 1822. . *Asesinado.*

He creido que no debia continuar en esta lista los ambiciosos que desempeñaron los primeros papeles en la escena de la revolucion de Francia, limitándome á recordar en suma el triste fin de la mayor parte de los presidentes de la Convencion. En efecto, de los 76 miembros que dirijieron dicha asamblea, se hallan:

Guillotinados.	18
Suicidados.	5
Deportados.	8
Encarcelados	6
Declarados fuera de la ley . . .	22
Enajenados.	4
	61

Casi todos los secretarios de la Convencion tuvieron tambien un fin no menos deplorable.

CAPITULO X.

DE LA ENVIDIA Y LOS ZELOS.

En la cadena de los sentimientos morales, la envidia tiene con el rencor manifiestas relaciones, mas con la ambicion tiene todavía mucha mayor afinidad.

ALIBERT (*Fisiolojía de las pasiones*),

Definicion y sinonimia.

La palabra *envidia*, en latin *invidia*, se deriva, segun los diccionarios, de las dos palabras *in* y *videre*, que significan *ver en*, ó *tener la vista sobre*. Pero ¿no es mas fácil que signifique *no ver*, *apartar la vista ó mirar de mal ojo?* Así lo parece, especialmente significando *invisus* una persona que nos es odiosa, y á quien no podemos ver; y considerando por otra parte que el envidioso (*invidus*), bien lejos de fijar la vista en el objeto que escita su pasion, mas bien la aparta involuntariamente y con horror.

Los Latinos confundieron la envidia y los zelos con el nombre comun á entrambos de *envidia*, y los Griegos con él de Ζηλοτυπία.

Los moralistas franceses han procurado distinguir estas dos pasiones, que se confunden con harta frecuencia.

« La envidia, dice Charron, es hermana carnal del rencor; es un pesar que roe nuestro corazon por el bien que otros están disfrutando, pesar que convierte este bien ajeno en dolor nuestro. Los zelos son, por su naturaleza y efectos, semejantes á la envidia; mas parece que en esta no sentimos otra cosa sino que otros tengan un bien que deseamos para nosotros; y los zelos se refieren á nuestro propio bien, del cual no quisiéramos que llegasen á participar los demás. » (*De la Sagesse*, l. I., c. 28 y 29)

Pretende La Rochefoucauld que « los zelos son en cierto modo justos y razonables, porque solo se dirijen á conservar el bien que poseemos y creemos que nos pertenece; al paso que la envidia consiste en un furor que no nos permite sufrir que los otros gocen de un bien. »

Define la envidia el doctor Vitet, en su *Medecine expectante*, diciendo que es «una habitual disposicion á ver con disgusto que otros disfruten los bienes y ventajas que no poseemos nosotros, con un rencor y

deseos continuos de ver á estos privados de tales bienes y ventajas y de gozarlos nosotros.» «Los zelos son, segun el mismo autor, una disposicion á querer ser solo en la posesion de algun objeto, acompañada de inquietud y aversion mas ó menos violentas contra aquellos que presumimos que tambien pretenden poseerlo, y de esfuerzos continuos para impedirles que lleguen á adquirirlo.»

Resumiendo estas varias definiciones, puede decirse: que *uno es zeloso del bien que posee, y envidioso del que poseen los otros*, y además, que los zelos dependen ordinariamente de alguna rivalidad de amistad ó de amor; al paso que la envidia se refiere mas bien á los honores, á la fortuna ó al talento.

Cuidado en confundir la emulacion con la envidia. La emulacion, sentimiento laudable, es propia de nobles esfuerzos, de corazones jenerosos; la envidia, pasion vil, nace en las almas débiles y ruines, y casi no obra sino por malos medios. El hombre escitado por la emulacion sabe admirar á sus rivales, y sin desdeñarse de confesar su superioridad, se alimenta de esperanzas y no aspira á llegar á la gloria, sino cumpliendo con su deber; al paso que el envidioso, cobarde calumniador del mérito y de la virtud, es tan despreciable, que él mismo procura creer que no tiene tal pasion; todo lo que escita la admiracion de los demás le atormenta y le irrita, guardando únicamente su induljencia y sus miradas para el vicio y la oscuridad. De suerte que los paganos no sin razon levantaron el altar de la emulacion al lado del de la gloria, al paso que él de la envidia les pareció tan feo que lo colocaron en el infierno.

Como los zelos van muchas veces acompañados de la envidia, y por otra parte las causas, el curso y el tratamiento de estas dos pasiones tienen mucha analojía, me ha parecido conveniente hablar al mismo tiempo de ambas pasiones, cuidando sin embargo de distinguir lo que es mas propio de la una de lo que corresponde mas particularmente á la otra.

Causas.

Las causas de estas dos pasiones ó son predisponentes, ó bien determinantes. Entre las primeras deben contarse, en primer lugar, las constituciones biliosa, linfática y nerviosa, y especialmente el *temperamento melancólico* de los antiguos (1). La infancia y la vejez tienen tambien mas propension á estas dos pasiones que la edad adulta; obsérvanse tambien

(1) Los antiguos, como ya hemos visto, no reconocian mas que cuatro humores en el cuerpo, y por lo mismo tambien cuatro temperamentos, 1.° *el flemático ó pituitoso*, 2°. *el sanguineo*, 3°. *el bilioso*, 4°. *el melancólico ó atrabiliar.* Este último, que no es otra cosa mas que una exajeracion del bilioso, debe con-

mas á menudo en la mujer que en el hombre; y finalmente están tambien mucho mas inclinados á ellas los sujetos cacoquimios y afectados de diformidades que los robustos y los que gozan de una buena complexion.

Las causas que ordinariamente determinan los zelos en las criaturas (1) son: los cuidados, caricias y lisonjas hechas con mas esmero á unos hijos que á otros; una preferencia sensible para algun niño, manifestada por padres ó maestros poco esperimentados. En los adultos ocasionan con sobrada frecuencia la envidia, el egoismo, el orgullo, la ambicion, el vivir en la corte, la pobreza, la ociosidad y todas las profesiones ó posiciones que escitan rivalidad. No se ocultó esta observacion á Flechier, quien, en sus *Reflexiones sobre los caractéres de los hombres*, dice: « Sucede con los grandes capitanes respecto de la gloria, lo que con las mujeres bonitas respecto de la belleza. Dos mujeres hermosas suelen ser poco amigas é ir poco acordes en sus pretensiones; de la misma manera que dos grandes caudillos jamás están perfectamente contentos uno con otro, por la única razon de que ambos son grandes capitanes. » Sabido es aquel refran antiguo: *¿ Quién es tu enemigo ? el de tu oficio ;* mas donde se observa especialmente la envidia, es en las profesiones que mas dependen de la consideracion pública; por ejemplo, en los literatos, los artistas (2), los

siderarse como una verdadera enfermedad de los órganos dijestivos; pudiendo ser ya causa, ya efecto, tanto de la envidia como de los zelos.

(1) « Los zelos, dice Fenelon, son mas violentos en los niños de lo que se suele imajinar; los hay que se consumen en secreta languidez, no por otra causa, sino por ser otros mas queridos y acariciados que ellos. Es una crueldad muy ordinaria en las madres el hacer sufrir á algunos hijos este tormento.» (*Education des filles*, c. 5.) Tiene razon Fenelon en indicar á las madres de familia los estragos tan comunes y terribles que pueden ocasionar los zelos; mas la espresion de *crueldad* de que usa la hallo demasiado dura para la mayor parte de tales madres, pues es cierto que no hacen padecer á sabiendas á sus hijos los tormentos de los zelos.

(2) «Entre las jentes notables que frecuentaban la casa de mis padres, dice Mamada Ducrest en sus *Memorias sobre la emperatriz Josefina,* ví muchas veces á Dusseck y Cramer, muy amigos, aunque rivales; escuchábanse mutuamente con placer y se hacian justicia uno á otro, como lo prueba el siguiente hecho. Dusseck llegó mas tarde de lo acostumbrado, y habiéndole preguntado Cramer el motivo de su tardanza, aquel le contestó: « Acababa de componer un rondó nuevo; estaba bastante contento con mi obra, y sin embargo, á pesar de que el resultado me era satisfactorio, lo he echado todo al fuego.—Y esto, ¿ porqué? — ¡ Ah! ¿ porqué? ¿porqué? porque habia un pasaje diabólico, que he estudiado muchas horas sin poder salir de él, y como he temido que tú lo tocarias de repente, he querido ahorrar este pequeño disgusto á mi amor propio.» Pasó esta conversacion en presencia de mas de treinta personas. No sé, á fe mia, si se podrian citar muchos ejemplos de imparcialidad semejante en sujetos que sigan la misma

42

abogados y los médicos; *Invidia medicorum pessima* es un antiguo proverbio que los facultativos no se curan por cierto de desmentir con su comportamiento.

Nacidos los zelos del instinto de la propia conservacion, es tan natural su desarrollo, que tambien hacen sus estragos en los animales y en los niños de teta. Concíbese en efecto que un niño de algunos meses pueda ya manifestarse zeloso de un hermano de leche que va á disputarle el primer bien de su existencia; y por otra parte, ¿cuántas desgraciadas criaturas no vemos desmejorarse á pesar de criarlas las mejores nodrizas, porque estas prefieren, como es muy natural, la criatura que han parido ellas mismas á la que les compra la leche?

En lo sucesivo la causa primera de los zelos, y especialmente de la envidia, ya no es el instinto de conservacion, sino muchas veces el orgullo y la ambicion. En efecto, examinando al envidioso, tardarémos poco en convencernos de que la envidia no es mas qne una tácita reaccion de nuestro orgullo contra todo lo que nos es superior; un desordenado deseo de las ventajas ajenas, una emulacion depravada, una ambicion impotente.

En cuanto á los zelos, soy del parecer de La Rochefoucauld, que mas bien son indicio de amor propio que de un amor verdadero.

Síntomas, curso, complicaciones y terminacion.

«La envidia, dice Vauvenargues, no puede permanecer oculta, acusa y juzga sin necesidad de pruebas; abulta los defectos; aplica calificaciones enormes á las faltas mas leves; su lenguaje rebosa de hiel, de exajeraciones y de injurias; se encarniza con rebeldía y con furor contra el mérito sobresaliente; es ciega, furiosa, insensata y brutal.»

Añadamos algunas otras señales á este carácter, del cual Vauvenargues no da mas que un imperfecto diseño, y que casi no se refiere sino á la envidia franca y brutal de las clases bajas. En la buena sociedad, el envidioso tiene casi siempre tanta pusilanimidad como bajeza; la calumnia es su arma favorita, y no suele usarla sino por detrás y en la oscuridad. Cuando oye un acontecimiento desagradable de su rival, le veréis con una sonrisa infernal que asoma en sus adelgazados labios. Al contrario, si llega á saber la noticia de un próspero suceso, alcanzado por este mismo rival, ó por una persona estraña, al instante se contraen sus facciones, frunce las cejas, húndense sus ojos en las órbitas; su cara, ya demacrada, parece que se desmedra, porque en efecto parece que al envidioso le enflaquece la dicha ajena. Finalmente, si oye alguna produccion de

carrera. Y como este hecho, que se refiere á dos talentos admirables, es muy singular, he querido consignarlo.»

un mérito sobresaliente, calla; mas este silencio vale tanto como un elojio, porque el envidioso no ama y no alaba mas que á los difuntos (1). En semejante caso, el indiferente y el ignorante pueden tambien estar callados; pero su posicion es tranquila, y todos sus músculos permanecen relajados; al paso que el envidioso, aun suponiéndole muy hábil en disfrazar su envidia, se descubre casi siempre á un observador sagaz, por un lijero pateamiento, como si quisiese vengar en algun modo su despecho en el suelo.

Los zelos y la envidia, pasiones compuestas, van casi siempre juntas con el interés, el orgullo y la ambicion, que jeneralmente suelen enjendrarlas; y con el rencor, que suele nacer de las primeras, cuando no se contienen en su primer período.

La tristeza, la taciturnidad, la movilidad y el habitual fruncimiento de las cejas, junto con un color pálido plomizo, son los primeros síntomas de los zelos y la envidia, pasiones eminentemente concéntricas, ó que repelen la sangre de la periferia del cuerpo hácia los órganos interiores, y aproximan los músculos hácia la línea media. Si esta concentracion llega á ser habitual, ó, en otros términos, si estas afecciones pasan del estado agudo al crónico, la sangre, arrojada continuamente hácia el corazon y los grandes vasos, tiende primero á dilatar sus canales, de donde proceden aquella opresion penosa, aquellos suspiros entrecortados, aquellas violentas palpitaciones, y muchas veces aneurismas mortales. Por otra parte, el hígado regurjitando una sangre negra, segrega la bílis en mayor cantidad de lo natural y llega á hipertrofiarse. Altéranse al mismo tiempo las dijestiones, disminúyense las fuerzas, adquiere la piel un tinte lívido ó ictérico, y va aumentando por cada dia el enflaquecimiento (2), ocasionado por una calentura lenta, sintomática de la irritacion de las vísceras, cuya irritacion, ocasionada por órganos tiranizados, convierte las vísceras en órganos tiranizantes, de modo que devuelven con usura á la pasion el desarrollo morboso que de la misma han recibido.

(1) El parcimonioso Eumenes, envidioso y zeloso á la vez de Efestion, contribuyó con tanto zelo como profusion á la ereccion de la tumba del privado de Alejandro.

(2) Personificando Ovidio la envidia, indica con tanta precision como verdad los principales estragos que en el hombre ocasiona esta miserable pasion:

Pallor in ore sedet, macies in corpore toto;
Nusquam recta acies, livent rubigine dentes;
Pectora felle virent; lingua est suffusa veneno;
Risus abest, nisi quem visi movere dolores;
Nec fruitur somno, vigilantibus excita curis.
Sed videt ingratos, intabescitque videndo,
Successus hominum; carpitque et carpitur una,
Suppliciumque suum est.

En un período mas adelantado se trasmité tambien al celebro la irritacion intestinal, como para hacerle partícipe de los padecimientos de la pasion, y de aquí proceden aquellos pensamientos sombríos y tumultuosos, aquel amor de la soledad y de la oscuridad, y últimamente aquellos crueles desvelos que acaban con el resto de las fuerzas del enfermo y le conducen á una melancolía consuntiva, á la hipocondría, á la locura y á la muerte.

Finalmente, algunas veces tambien estas horrorosas pasiones inclinan á los desgraciados que las padecen al suicidio y al asesinato. Visitando la enfermería de la casa de detencion de Poissy, hallé un niño de doce años, que en un violento acceso de zelos habia ahogado á su hermana en la cuna, metiéndole una vela en el gaznate y llenándole de cenizas calientes la boca y las fosas nasales. En 1839, un muchacho de diez y seis años envenenó tambien por el mismo motivo á su hermanita, que no tenia mas que cinco semanas (Véase el *Compte général de la justice criminelle*).

Hay una clase de zelos que afectan muy de cerca los intereses de la sociedad, para que deje de manifestar aquí sus funestos efectos; y son los que con harta frecuencia esperimentan las mujeres contra los niños que á título de madrastras han adoptado.

Verdad es que algunas saben cumplir entónces las obligaciones de madre de la manera mas laudable; mas al lado de estas madrastras tan dignas de nuestra admiracion, ¿cuántas no se hallan, que haciendo traicion á los deberes que ellas mismas se han impuesto, no saben ver en los frutos del primer tálamo de su marido mas que criaturas molestas, estrañas, perjudiciales á su bienestar, y sobre todo al de sus propios hijos? Y desengañémonos; no solo sucede así en madrastras poco virtuosas, sino que algunas mujeres llenas de probidad y sumamente dóciles se ven tambien arrebatadas repentinamente por esta especie de zelos: porque esta pasion, ajena muchas veces de toda ruin codicia, puede ser hija del amor conyugal así como del materno. Mas aunque entónces no sea tan culpable por su oríjen, ¿dejará por esto de perjudicar al desgraciado que sea causa de los zelos?

Cásase una jóven por eleccion con el viudo de otra mujer, que ya le ha dado antes de morir una prenda de su amor. Movida la jóven por un sentimiento jeneroso, promete dedicarse, no solo al hombre, objeto de su cariño, sino tambien á la inocente criatura que este va á confiar á su cuidado; promete tener para el huérfano un corazon de madre; y efectivamente parece que le trata con amor maternal, y al verla estrecharle entre sus brazos, diria cualquiera que está pasando el aprendizaje de la verdadera maternidad. Pero ella viene á ser madre tambien, y aquel afecto mengua con las nuevas y profundas emociones de la naturaleza. Puesta en medio de las dos cunas, no fija seguramente sus humedecidos

ojos, que exhalan felicidad, sobre la criatura estraña; ni tampoco dirije á esta aquella suave é inimitable sonrisa que pinta todos los sacrificios á la vez; no; todo lo dirije á su propio hijo; la otra criatura ya no le es nada; es verdad que por deber ha de cumplir con ella varias obligaciones y los desvelos necesarios á su edad. Ya se los tendrá ó se los hará tener; mas esto es todo lo que de ella puede exijirse. Pero ¡desgraciado del huérfano, si alguna preferencia imprudentemente manifestada por su padre, llega á escitar en el corazon de su madrastra unos zelos que no se siente con ánimo de combatir! porque entónces, adios, techo paterno; ya no le ofrecerá mas que injusticias, persecuciones y desesperacion.

Tratamiento.

«Son los zelos el mayor de todos los males, y el que menos lástima da á los sujetos que lo causan, dijo La Rochefoucauld; y realmente se observa que de los envidiosos y zelosos solo se compadecen aquellos que, habiendo esperimentado los horribles tormentos de estas pasiones, han tenido la suerte de curarse de ellas.

Mas para el médico todos los desarreglos, así físicos como morales, son dignos de su atencion é interés, no debiendo negar sus consuelos y cuidados á ninguna especie de enfermos.

Claro está que el tratamiento de estas afecciones ha de variar necesariamente segun su violencia, antigüedad y complicaciones; segun el sexo y la edad de los enfermos, las causas que hayan dado márjen á la dolencia, y sobre todo segun sean los órganos lisiados.

Medios físicos.—Las mas veces los alimentos deberán ser suaves, refrescantes y vejetales. Para bebida habitual se prescribirá el agua pura, pudiendo tambien usarse el suero, las emulsiones, y en jeneral, tisanas mucilajinosas tomadas frias.

Deberá encargarse un ejercicio moderado y ocupaciones variadas.

Serán tambien muy ventajosas las aguas minerales adecuadas al estado de los órganos, especialmente si se toman en los mismos manantiales. En cuanto á las sangrías, así jenerales como tópicas, deberá procederse con la mayor circunspeccion, lo mismo que con los exutorios. Será útil en jeneral abstenerse de los purgantes y de toda sustancia estimulante, para no exasperar mas la sensibilidad ya desordenada del sistema nervioso y de los órganos dijestivos.

Medios morales.—Si hay que curar á un niño afectado de zelos, lo primero que deberá hacerse es apartarle del objeto de su pasion, cuidando que por algun tiempo sus padres le prodiguen á él esclusivamente todos sus cuidados y caricias; procurando que el niño no llegue á penetrar su intencion, porque nada hay tan penetrante como la ojeada de los ni-

ños, quienes leen mas fácilmente de lo que se cree en los jestos de los que los rodean.

Cuando haya que combatir la envidia en un jóven, procúrese sobre todo moderar sus deseos, manifestándole que solo en una decente medianía se halla la felicidad; enseñarle la nada de la gloria, y lo mucho que cuesta llegar á adquirirla; acostúmbresele á considerar á los que le son inferiores, y á conocer que los envidiosos son mirados por el público con desprecio y animadversion; y si estos medios fuesen insuficientes, manifiéstensele sin rebozo los tormentos físicos y morales que él mismo se va preparando.

Trátese por otra parte de elevar sus pénsamientos y darles mas noble direccion; y si á toda costa quiere adquirir gloria, atáquesele por su mismo flanco, y hasta por medio del orgullo, manifestándole cuanto mas glorioso le seria alcanzar por vias honrosas el mérito que le hace sombra, que consumir el tiempo y la salud en maquinaciones odiosas y muchas veces estériles. En una palabra, obsérvense con cuidado sus inclinaciones, y si algunas pareciesen laudables, procúrese desarrollarlas con el ejercicio, y valerse despues de las mismas como antagonistas de la envidia.

Recomiéndese tambien á los que estén al rededor del enfermo que procuren no hablar de sujetos que le sean odiosos, ni de todo aquello que pudiera dispertar en él la idea del mal que tratamos de combatir.

Ultimamente, si debiésemos tratar algun alto personaje ó algun gran señor devorado por los zelos, aconséjesele ante todo huir de la corte de los reyes, donde reside, al parecer, habitualmente esta pasion, y que se divierta con los placeres del campo, con los hechizos del estudio, y sobre todo con la composicion de algunas obras análogas á su talento y su gusto.

Una reflexion añadiré tocante á los que se casan en segundas nupcias, si quieren guardarse mutuamente de los tristes efectos de los zelos.

Siendo en este caso enteramente falsa la posicion del marido y de la mujer, conviene que esta tenga las mas sanas intenciones, bondad natural, y sobre todo el mayor imperio sobre sí misma, para resistir á la inclinacion que va teniendo casi sin advertirlo, pero que debe procurar de todos modos amortiguar desde el instante en que llegue á conocerla. Por parte del marido conviene tambien mucha reserva en hablar de su primera esposa; pues raras veces una segunda mujer oye con agrado elojios de la primera. Por lo que el casado en segundo matrimonio ha de poseer, sobre todo si tiene sucesion del primero, un tacto muy fino y un profundo conocimiento de todo lo que debe procurar no decir, si no quiere provocar en la segunda mujer un sentimiento que turbaria para siempre su reposo. Si á pesar de todo esto, su mujer fuese zelosa, debe manifestar una

prudente firmeza para defender al sér desvalido cuya custodia le ha confiado la naturaleza; y trabajar al mismo tiempo para destruir aquella funesta pasion por cuantos medios le sujieran la razon y el amor; advirtiendo que una desconfianza exajerada, la frialdad y los reproches, lejos de curarla, la alimentarian y harian incurable. La mujer puede equivocarse algunos momentos; pero tiene inmensos recursos en su corazon. A estos debe apelarse para curarla de cualquiera enfermedad moral; y si se elije bien el remedio, raras veces es incierto el resultado.

Observaciones.

I. Zelos de un niño de siete años, curados radicalmente de un modo inesperado.

El niño Gustavo G***, dotado de buena complexion, habia disfrutado hasta los siete años de la mas perfecta salud, cuando de improviso se alteró notablemente su fisonomía. Su rostro, hasta entónces fresco y colorado, iba perdiendo cada dia de su brillantez; sus ojos, hasta entónces animados, se volvieron lánguidos, sin espresion, y parecia que se perdian en las órbitas. Disminuyóse tambien sensiblemente su gordura, lo mismo que el apetito, el sueño y la alegría.

El ademan receloso de este niño y una arruga perpendicular que observé entre sus cejas, las cuales estaban tambien bastante desarrolladas y desordenadas, me hicieron sospechar que estaba afectado de zelos; por lo cual creí prudente avisar á sus padres, á quienes veia á ménudo en casa de un enfermo mio. Apenas pronuncié el nombre de zelos, cuando la madre de Gustavo, mujer de bastante talento, pero todavia mas lijera que prudente, me contestó con ironía que el niño no tenia ningun motivo de zelos; que ella no podia atribuir su enfermedad sino al tedio, y que por lo mismo iba á mandarle á una escuela, para que se le ofreciesen mas distracciones que en su casa, donde no tenia compañeros para jugar; pues su hermanito, á quien ella estaba criando, no tenia mas que once meses.

Lejos de mejorar con tal arbitrio la salud de Gustavo, no hacia mas que agravarse de dia en dia. El desgraciado niño, despues de haber pasado muchas horas en la escuela, no salia siquiera de ella cuando sus compañeros salian á holgar en un jardinito inmediato á la casa. Hallóle muchas veces su maestro sentado en un rincon, con la cabeza apoyada en las manos y de espaldas á la luz. Habiéndole un dia preguntado este con instancia acerca de las causas de su tristeza habitual, contestó repentinamente el infeliz anegado en lágrimas y profundos suspiros. «¡Yo soy muy desgraciado! ¡ah, señor! ¡si supieseis cuán aflijido estoy y cuantas penas tengo! en mi casa no me aman, y me mandan á la escuela para dárselo todo á mi hermanito, mientras yo estoy fuera.»

El buen institutor hizo acompañar inmediatamente al niño á casa de

sus padres, escribiéndoles cuanto acababa de suceder, y aconsejándoles que no le volviesen á mandar á la escuela, si no querian verle perecer víctima de la enfermedad que le devoraba.

Hallándose por demás confirmado mi diagnóstico, M. y Madama de G*** se apresuraron á escribirme, suplicándome que fuese á asistir á su niño, cuya enfermedad habia conocido tan perfectamente en su principio, poniendo al mismo tiempo en mi noticia las palabras que le habia arrancado el maestro de su escuela.

El niño, á quien yo no habia visto dos meses hacia, estaba horriblemente desmejorado. Su rostro era de color pálido cárdeno, y su cuerpo todo escesivamente flaco, menos en el hipocondrio derecho, donde el hígado formaba debajo de las falsas costillas una prominencia considerable. El color de la piel era algo ictérico; la lengua estaba rubicunda en los bordes, el pulso frecuente; habia al mismo tiempo constipacion y sed interna. Empecé por acariciarle y prescribir que de ningun modo le enviasen á la escuela. Observando despues que fruncia las cejas cada vez que miraba á su hermanito, á quien á la sazon daba su pecho la madre; «Señora, le dije á esta de golpe, he aquí un tragon que se porta á las mil maravillas y se está chupando toda vuestra leche, que tan necesaria seria para el pobre Gustavo, que está enfermo. Al pequeño, que ya tiene mas de un año, conviene quitarle el pecho, y dárselo cuatro veces al dia al buen Gustavo, quien por este medio sanará luego.—Sí, ¿mas á menudo que á mi hermano querria darme el pecho mi mamá? No lo creo, le quiere á él demasiado.—Amiguito, dijo la bondadosa madre; yo te crié dos meses mas que á tu hermano; pero, ya que estás malo y el médico cree que te es necesaria mi leche, voy á destetarle, y en vez de él, te dejaré mamar á ti cuando gustes.—¡Inmediatamente!» esclamó el niño, y se echó al pecho de su madre, del cual no se desasió mientras la pobre señora tuvo una gota de leche.

Desde entónces siguió mamando Gustavo en vez de su hermanito cuatro veces al dia; este fué enviado al campo; sus padres colmaron al primero de caricias, y á las tres semanas ya iba mejorando notablemente. Le habia tambien prescrito lijeros potajes con caldo de pollo, agua gomosa á pasto, cataplasmas emolientes en el hipocondrio derecho, dos baños tibios á la semana y paseos en carruaje á menudo, pero de corta duracion.

Aun no habian pasado tres meses cuando ya el niño estaba enteramente restablecido. Al año siguiente sus padres, siguiendo mis consejos, hicieron volver del campo al hermanito; al principio procuraron no acariciarle delante de él, y aun hacian como que le reprendian con fuerza, si gritaba ó tenia algun capricho. Poco tardó Gustavo, que era de buena indole, en pedir gracia para su hermanito, y satisfecho ya con la victoria que habia conseguido, quedaba lisonjeado su orgullo cuando veia que por me-

dio de sus súplicas alcanzaba mas que su hermanito con sus lágrimas. Y últimamente, á beneficio de estos inocentes artificios, que se continuaron con la mayor circunspeccion por mas de un año, acabó Gustavo por profesar á su hermano la mas tierna amistad, que nunca se ha desmentido.

II. Zelos maternos, terminados por la muerte.

De todos los sentimientos que animan el corazon de una mujer, ninguno hay mas profundo y constante que el amor que profesa á los hijos á quienes da el sér. En este sentimiento sobre todo es donde hace la mas completa abnegacion de sí misma; en él derrama todos los tesoros de ternura de que ha dotado su alma la naturaleza, y en él los actos de su rendimiento y de su valor llegan algunas veces á ser sublimes, Sí, despues de la bondad de Dios, nada hay tan perfecto como la bondad de una madre; y de todas las afecciones laudables, el amor materno es sin disputa el mas digno de nuestra admiracion y de nuestro respeto.

Sin embargo, por jeneroso que en la mayor parte de las mujeres sea este amor, fuerza es confesar que tiene á veces algunas exijencias; de la misma suerte que el amor tiene tambien sus flaquezas, sus zelos, y como en jeneral da mucho mas de lo que recibe, estos zelos pueden dar lugar al dolor, á la desesperacion y hasta á la muerte, cuando no se cree bastante bien correspondido por el amor de los hijos.

He aquí un ejemplo reparable de estos zelos maternos, que son mucho mas comunes de lo que jeneralmente se cree.

Madama F***, mujer de edad ya avanzada y valetudinaria, se habia dedicado enteramente á la educacion de una hija, á la cual amaba con tanta ternura, que no podia estar separada de ella un solo instante sin esperimentar un vacío atroz.

La continua necesidad de estár al lado de su Emilia la hizo pensar en buscarle un marido que consintiese en no separarlas. Habiendo sondeado con este objeto la disposicion de su hija, segura de que estaba anhelando lo mismo, hizo todas las dilijencias posibles para hallar un hombre que quisiese complacerlas. La Providencia las sirvió en cuanto podian desear. Un jóven, cuyas virtudes corrian parejas con su instruccion y talento, quiso obtener la mano de Emilia; logró agradarle y merecer al propio tiempo la confianza y la amistad de madama F***.

Demasiado tímido el jóven para atreverse á pedir á su amada la confesion de que le preferia á los demás, á pesar de que por otra parte leia esta preferencia en sus ojos, fué mas atrevido con la tierna madre, y por boca de esta supo la tan deseada confesion. La noble franqueza con que se portó la madre, la jenerosidad, y los desvelos maternales que manifestó

en todos los preparativos de que debieron tratar, inspiró al jóven tanto reconocimiento y aprecio para con dicha señora, que le parecia que su felicidad no seria tan completa, si ella no pudiese presidir eternamente en todo.

Desde aquel instante todo fué comun para tres personas: Madama F***, feliz con la confianza de ambos amantes, era como el intermedio por donde se comunicaban los sentimientos que no se atrevian aun á manifestarse directamente, y complacíase en servirles de intérprete. Olvidando á vista de esa mutua ternura los muchos sentimientos que habian acibarado su existencia, y hasta los tristes sentimientos inseparables de la vejez, se sonreia en el porvenir, como nos sonreimos en la edad de las ilusiones; y parecíale que volvia á vivir una vida enteramente nueva y llena de hechizos.

Pronto colmó la felicidad de sus hijos, acompañándolos al altar, y aquel dia en su aurora le pareció el mas feliz de su vida. Mas por la tarde, cuando tuvo que entregar á otras manos la autoridad que sobre su hija tenia, se cubrió de tristeza su corazon, y desaparecieron las ilusiones, dando cabida á mil pensamientos que hasta entónces no se habian presentado á su imajinacion. Tuvo sin embargo bastante entereza para no manifestarlos, y cuando al dia siguiente fueron sus hijos á echarse en sus brazos, á la vista de la felicidad que sentian, olvidó todas las sombrias ideas que la víspera la asaltaran.

Pasaron muchos dias, y el júbilo que en torno suyo veia reinar la tenia suspensa en órden á su nueva situacion; pero esta ya no era tan embelesante como le habia parecido hasta entónces. Entre ella y sus hijos se habia verificado de repente un inmenso cambio que ella no habia tenido la habilidad de adivinar; algunos dias antes la llenaban de agasajos, de tiernas caricias y la asociaban á sus mas íntimos pensamientos, como si no pudiesen ser felices sin que ella participase tambien de su felicidad; ahora, muy lejos ya de creerla necesaria, mas bien parece que su presencia les causa una especie de violencia; cuentan con mal disimulada impaciencia los momentos que pasan en su compañía; ya no tienen ningun secreto que confiar á su amor; y á escepcion de los asuntos materiales, ya no saben que decirle cuando están solos con ella, dejándola muchas veces dias enteros sin procurar distraerla de sus tristes reflexiones, y sin indemnizarla de aquel súbito aislamiento con ninguna prueba de cariño.

Difícil es imajinarse lo que llegó á sufrir la pobre madre con semejante desengaño. Como tenia poco estudiado el corazon del hombre, imajinábase que el amor filial no habia de ceder á ninguna otra especie de amor, y por lo mismo, como su corazon de madre no estaba preparado para hacer la menor concesion sobre este punto, la aparente indiferencia de Emilia fué para ella la decepcion mas amarga.

Desde entónces unos terribles zelos, que no estaba en su mano dominar, la animaron contra su yerno, á quien acusaba de haberle robado la afeccion de su hija; mas no queriendo turbar con sus reprensiones una union que era obra suya propia, procuró disimular lo mucho que estaba padeciendo,

Por desgracia los dos esposos, harto embargados uno con otro, no lo davirtieron, y con el encanto de las primeras dulzuras del amor, se embriagaron en él, sin echar de ver lo que habia cambiado su conducta con respecto á su madre, á la cual por otra parte amaban sinceramente. Por último, cuando mas sosegados reconocieron los funestos efectos de su inadvertencia, hicieron todo lo posible para remediar aquella falta involuntaria; pero el mal ya no tenia remedio; los zelos de Madama F*** ya habian hecho demasiados estragos. Con la afeccion catarral de los bronquios, que padecia desde muchos años, se habian complicado una enfermedad del corazon y una hepatitis aguda; así que tardó poco la madre en espirar en los brazos de la hija, cuyo perdido amor habia llorado, bendiciendo al cielo por haber comprado aun á costa de su vida los tardíos testimonios de ternura que de la misma volvia á recibir.

III. Zelos de una madrastra.

M. de S***, oficial superior, viuda de una señora hermosísima, á la cual habia amado entrañablemente y que le habia dejado un hijo de menor edad, casó en segundas nupcias con una jóven belga que prometió tratar como madre al niño á quien al parecer queria tiernamente. Habia este niño quedado en casa del ama á corta distancia de la ciudad donde vivia M. S***, cada dia iban á verle los dos esposos, y parecian disfrutar igual placer, cuando observaban el desarrollo de sus fuerzas y su intelijencia. Sin embargo su estremada semejanza con su madre despertaba muchas veces en su padre un sombrío recuerdo, que no se ocultaba á la nueva esposa; y la imprudencia de M. de S*** llegaba á veces á proferir elojios de la mujer que habia perdido, y hasta á confesar las emociones que le dispertaba la vista de aquel niño á quien habria tenido su madre tanto gusto en contemplar. No parecia que estas confesiones disgustasen á su nueva mujer, antes al contrario ella las provocaba muchas veces; no porque tuviese el alma bastante noble para apreciar esta prueba que su marido le daba de confianza; sino porque el interés de su amor, que ella comprendia perfectamente, la estaba advirtiendo instintivamente que en algunas afecciones conviene gastar para destruir, y por lo mismo confiaba triunfar de los recuerdos de su marido dejándole en libertad de esplayarlos.

Esto era sin embargo para ella una violencia que perjudicaba al huér-

fano que con bastante buena fe habia adoptado ; y un observador perspicaz hubiera podido ya percibir que las caricias que en presencia de su padre le hacia, eran mas bien arrancadas á la posicion en que se hallaba que á su corazon. Finalmente ella llegó tambien á ser madre ; y desde aquel momento hicieron repentinamente mas rápidos progresos los zelos que la atormentaban. Haciendo repetidas comparaciones entre los testimonios de ternura que M. de S*** daba á los dos niños, creyó que era mas apreciado el hijo de la primera mujer, y desde aquel punto buscó todos los medios de robar á este una predileccion que ella no podia sufrir. Por desgracia las circunstancias vinieron á facilitarle sus culpables intentos; M. de S*** recibió órden de marchar y tuvo que separarse de la familia. Partió sin advertir los horrorosos zelos de su mujer, dejándole con entera confianza su hijo mayor, que tenia ya tres años y medio y habia traido á su casa.

Apenas hubo partido, cuando la cruel madrastra, cansada ya de violentarse, se entregó á todo el rencor que guardaba al desgraciado puesto á su cuidado, Procurando destruir primero las felices disposiciones que tenia el niño, y que le habian granjeado la ternura de su padre, le maltrataba de continuo con no merecidos castigos, privándole hasta de los lloros que su crueldad le arrancaba, y llegó así á comprimir en su alma tierna todo alarde de sensibilidad; despues le encerró dias enteros solo en un cuarto, hartándole de alimento, pero dejándole enteramente incomunicado y sin ningun juguete. No recibiendo las facultades intelectuales del pobre niño ningun alimento, perdió pronto su alegría y hasta los últimos destellos de su intelijencia. Taciturno primero y áspero, tardó poco en volverse insensible y atontado, no esperimentando otras necesidades mas que las de los brutos. Para acabar de esplayarse, su cruel enemiga quiso ponerle hasta en la imposibilidad de quejarse con su padre, si llegaba á hacerle alguna pregunta sobre el particular, y con este objeto le puso en el caso de olvidar él francés, no hablándole sino en flamenco. Como el niño habia hablado mucho tiempo esta lengua en casa de su nodriza, pronto no se acordó de otra; y llegó finalmente á tal grado de idiotismo, que no sabia articular sino sonidos inintelijibles para cualquiera, escepto para su madrastra.

En tal estado le halló, pasados dos años, un amigo de su padre que habia visto nacer al niño y le profesaba vivo cariño. Habiendo examinado muy de cerca la conducta de la madrastra y tomado algunos informes, no vaciló en comunicar sus sospechas á M. de S***. Volvió este y halló á su hijo muy bueno, y sobre todo muy bien vestido; pero cuando le vió sordo é insensible á sus caricias, y cuando vió sus ojos tristes y apagados que se paseaban indiferentemente por todos los objetos, salió inmediatamente un terrible grito de sus entrañas paternas, porque acababa de descu-

brir la verdad. Fijó un momento sus encendidos ojos en la culpable mujer que le presentaba el otro hijo, y rechazándola con horror, cojió en sus brazos al desgraciado idiota, y se escapó de su casa para no volver á entrar en ella.

Puesto inmediatamente el niño en manos de un médico hábil, volvió á recobrar su intelijencia; mas no su primitiva jovialidad; parecia que los horribles zelos, de los cuales le faltó poco para ser víctima, le estaban acosando hasta en los bellos dias de su juventud, pues se pasaron muchos años, sin que pudiese vencer la terrible impresion que le habian causado.

IV. Zelos complicados con envidia y terminados por una afeccion cancerosa mortal.

Una mujer de la clase media que poseia alguna fortuna habia quedado viuda con dos hijas. La mayor, que se llamaba Rosa, tenia un carácter áspero, desabrido, y un físico tan poco agradable, que al verla, era difícil contener el movimiento de repulsion que escitaba. Al contrario, la jóven Elisa era dócil, agradable y de tan buen natural, que todo el mundo se complacia en darle pruebas de benevolencia; lo cual bastó para convertir pronto á su hermana en implacable enemiga suya. Esta enemistad, que por cada dia iba en aumento, habia ya empezado desde que nació Emilia; porque la pobre Rosa, cuyo nombre en ella parecia una injuria, no habia podido ver otra niña que debiese tambien ser cuidada por su madre, cuyo afecto solo ella habia poseido, por lo cual habia esperimentado desde entónces profundos zelos. Ni aun la preferencia que su madre daba á Rosa con respecto á la jóven Emilia, y que tan poco tenia merecida aquella, pudo modificar aquellos inveterados zelos, cuyas tristes consecuencias esperimentaba la pobre Emilia á medida que iba creciendo. Cada cumplimiento, cada prueba de amistad que recibia esta de las personas estrañas, era suficiente motivo para que la maltratase su desapiadada hermana. Un dia entre otros le arañó la cara y la golpeó, porque uno que pasaba la habia requebrado por su hermosura. La madre, por una flaqueza imperdonable, toleraba los malos tratamientos que Rosa daba á su hermana, y aun algunas veces la maltrataba tambien, cuando la jóven víctima iba á quejarse con ella buscando su proteccion.

Sin embargo, al llegar Elisa á los diez y ocho años, se casó, y sustrájose así á la autoridad de una madre injusta y á las brutalidades de su ruin hermana. Mas si bien la jóven Elisa tuvo motivo de regocijarse por verse libre de aquellos tormentos, no por esto evitó las nuevas penas de su corazon, producidas por un amor filial que tenia hondamente arraigado. Habiendo su madre perdido la pequeña fortuna que tenia hecha, la bondadosa Elisa no pensó mas que en aliviar con su trabajo la miseria de

la que le habia dado el sér. Todo lo prodigó, cuidados, agasajos, sacrificios; y lo mas admirable es que no fué solo para su madre, sino tambien para la malvada hermana que con la misma vivia, y esto sin que ni con una sola palabra ni con una mirada severa llegase á reconvenirla por su anterior conducta. Un proceder tan jeneroso y que duró muchos años parecia muy propio para desarraigar los desgraciados zelos; y sin embargo aquella pasion iba creciendo cada dia con las mismas finezas de Elisa; pues era para Rosa un verdadero suplicio el ver que su hermana se acercaba á su madre, y aun exijia que esta no llegase á pagar nunca ni con una palabra afectuosa, ni con una sonrisa de benevolencia, los socorros diarios que de la piedad filial recibia, y cualquiera que fuese bajo este respeto la condescendencia de la tan débil madre, tenia Rosa accesos de furor y desesperacion, si la menor circunstancia llegaba á contrariar sus culpables exijencias.

Finalmente, una lucha tan larga y tan continua llegó á determinar en el pecho de Rosa un tumor canceroso. Durante muchos meses nada perdonó su bondadosa hermana para aliviar los dolores que padecia; mas Rosa, en medio de sus crueles angustias, nunca llegó á perder de vista su idea predominante. Precisada, en 1838, á ir á un hospital para sufrir la operacion, padeció mucho menos por los dolores físicos que por los zelos y la envidia que la devoraban; y pronto llegó á estenderse esta doble pasion contra los demás enfermos que habia en la sala; envidiando á los unos las pruebas de interés que habian recibido, ya en la visita de los médicos, ya en la distribucion que hacian las hermanas del hospital; echando amargamente en cara á los otros la benignidad de sus dolencias; y por último, casi todos le sirvieron como otros tantos objetos de profunda enemistad; llegó á mirar con horror el hospital, y quiso ser trasladada á su casa, en la cual, habiendo conocido poco tiempo despues que se acercaba su hora postrera ,rogó á su madre que la prometiese solemnemente que jamás iria á vivir con Elisa.

A pesar de toda la habilidad y toda la paciencia de M. Robert en la ablacion del tumor canceroso de Rosa, unos ganglios del sobaco, que fué imposible estirpar, se desarrollaron considerablemente, engurjitaron el brazo y ocasionaron la muerte de Rosa, el 28 de marzo de 1838, á los cuarenta y un años de edad.

Si yo hubiese conocido á esta desgraciada, y hubiese sabido la dolencia moral que la aquejaba, le habria aconsejado con empeño que no se hubiese espuesto á sufrir una operacion, que casi siempre va seguida de una funesta recaida de la enfermedad que se ha operado, si los humores están viciados desde mucho tiempo por causa de afecciones tristes, y especialmente por el rencor, los disgustos, los zelos y la envidia.

CAPITULO XI.

DE LA AVARICIA.

El hombre mas rico es el económico, y el mas pobre es el avaro.
CHAMFORT, *Máximas y Pensamientos.*

Definicion y sinonimia.

Es la avaricia un deseo inmoderado de acumular riquezas, hasta á espensas de las necesidades propias, deseo que va acompañado de un temor vivo y continuo de verlas arrebatar: es una sed insaciable de oro por el oro mismo, en el cual cifra el avariento toda su felicidad.

Avaricia, en latin *avaritia, avarities*, se deriva, segun algunos etimolojistas, del verbo *avere*, que significa desear con ardor; y segun otros, es una contraccion de los dos términos *aviditas æris* (*aværis*), avidez ó codicia.

«Propiamente hablando, dice Voltaire, la avaricia es el deseo de acumular, bien sea en granos, bien en muebles, bien en fondos, ó bien en curiosidades. Habia avaros antes de la invencion del oro.» Al autor del *Diccionario filosófico* puede objetársele que los verdaderos avaros se curan muy poco de *muebles* y *curiosidades*; y que mucho tiempo antes de la invencion de la moneda, que ya es muy antigua, habia tambien valores representativos, que seguramente debian codiciar los avaros. Como ahora vivimos en una época en que casi no se conoce mas Dios que el oro acuñado, dirémos que la avaricia consiste en la manía de atesorar plata y sobre todo oro. Montesquieu da la razon de esta preferencia.

«La avaricia, segun él, guarda el oro y la plata, porque como no quiere gastar nada, prefiere los signos de los valores que no se destruyen, y aun prefiere el oro, porque temiendo siempre perder el dinero, puede guardar y ocultar mejor aquellas monedas que tienen ménos volúmen.» (Espíritu de las leyes, lib. 22, cap. 9).

Califica san Pablo la avaricia de una *idolatría*, porque realmente el avaro no tiene mas Dios que su oro y su plata. Tampoco trata esta pasion con menos severidad el satírico francés:

Un avare idolâtre et fou de son argent,
Rencontrant la disette au sein de l'abondance,
Appelle sa folie une rare prudence,
Et met toute sa gloire et son souverain bien
A grossir un trésor qui ne lui sert de rien;
Plus il le voit accru, moins il en sait l'usage,
Sans mentir, l'avarice est une étrange rage.

(BOILEAU, *Satire* I.)

No confundamos al interesado y al parcimonioso con el avaro. Al *interesado* le gusta el ganar y nada hace de balde, al *parcimonioso* le gusta el ahorrar y se abstiene de comprar cualquier cosa que haya de costarle caro; el *avaro* ama la posesion, no hace uso de lo que posee, y quisiera poderse privar de todo lo que cuesta algo (1).

El interesado y el parcimonioso no llegan todavía á avaros: el avaro es necesariamente parcimonioso, y casi siempre interesado.

Causas.

Los individuos linfáticos, melancólicos y caquécticos están por lo jeneral mas dispuestos á esta pasion que los que viven bajo el predominio sanguíneo ó bilioso. La avaricia se observa rara vez en la juventud, bastante á menudo en la edad adulta, con mucha frecuencia y de una manera casi epidémica en la vejez: es la pasion dominante de los viejos, cual el amor lo es de los jóvenes, y la ambicion de los adultos.

La avaricia es tambien á veces un vicio de familia, trasmitido, si no con la sangre, á lo menos por el ejemplo ó por una mala educacion.

Encontramos esta pasion en todas las clases, en todas las condiciones: los reyes y los súbditos, los pequeños y los grandes, el ignorante y el sabio, el pobre y el rico, están igualmente afectados de esta pasion: pero el rico mas á menudo que el pobre.

No es raro ver que la avaricia se desarrolla á consecuencia de una enfermedad y hasta en medio de una enfermedad aguda. El profesor Alibert conoció á una señora de alta esfera que presentaba el mas curioso ejemplo de avaricia periódica. Aquella señora, vaporosa y melancólica durante seis meses del año, gastaba entónces sus rentas, que eran considerables, con una parcimonia sórdida; hacíase empero admirar por una jenerosidad sin límites, luego que volvia á su estado normal de salud.

(1) El que ama las riquezas para gastarlas no es, propiamente hablando, avaro. Véase la distincion establecida en el artículo AMBICION. Véanse tambien, en los *Caractéres* de Teofrasto, el capítulo 10, *del Ahorro sórdido*, y el capítulo 30, *de la Ganancia sórdida*. El capítulo 22, *de la Avaricia*, apenas vale la pena de ser leido.

Busquemos ahora el oríjen moral de la avaricia. «No es (dice La-Bruyere) la necesidad de dinero en que pueden hallarse algun dia los viejos la que les hace avaros, porque los hay tan inmensamente ricos que no pueden en manera alguna tener tal inquietud: y por otra parte, ¿cómo han de temer hallarse faltos de las comodidades de la vida en su caducidad, cuando se están privando de ellas voluntariamente para satisfacer su avaricia (1)? Tampoco son avaros por el deseo que tengan de dejar cuantiosas riquezas á sus hijos, porque no es natural amar á otro mas que á sí mismo, sobre que por otra parte hay muchos avaros que no tienen herederos. La avaricia es mas bien efecto de la edad y de la complexion de los viejos, quienes se abandonan á ella tan naturalmente como seguian sus placeres en la mocedad, ó su ambicion en la edad viril. Para ser avaro no se necesita vigor, ni juventud, ni salud; para ahorrar y escatimar no hay necesidad tampoco de darse gran prisa ó movimiento; basta dejar dormir el dinero en las arcas y privarse de todo. Esto es muy cómodo para los viejos, quienes tienen necesidad de una pasion, porque son hombres.» (*Caracteres*, cap. 9).

Aquí fracasaron completamente la habitual profundidad y el sagaz injenio de La Bruyere: refuta mal, ó por mejor decir, no refuta, y nada concluye. Convengamos pues mas bien, con Vauvenargues y otros moralistas, en que la avaricia reconoce por oríjen un amor escesivo de la vida, que creciendo con la edad, y desarrollando en los viejos temores exajerados por su porvenir, hace armarles de una prevision desmedida, á fin de procurarse recursos en las desgracias que puedan acontecerles.

La apatía natural en los ancianos y los enfermos entra sin duda por mucho en el desenvolvimiento de la avaricia: mas, aparte el instinto de conservacion, al cual se atiene todo hombre, el verdadero oríjen moral de esta pasion no puede hallarse mas que en una *circunspeccion predominante* (2).

(1) Si los avaros se privan de las comodidades de la vida, no es precisamente con la esperanza de gozar de ellas mas tarde. Su locura consiste, pues, en sacrificar constantemente el presente á un porvenir no pocas veces quimérico. Así La Rochefoucauld habia dicho juiciosamente de la avaricia: «No hay pasion que mas á menudo se aparte de su objeto, ni sobre la cual tenga el presente tanto poderío en menoscabo del porvenir.»

(2) Rousseau no era avaro en la verdadera acepcion de la palabra. La *avaricia casi sórdida* de que se acusa gratuitamente no era en él mas que una parcimonia momentánea, producida por una estraña mezcla de pereza, desconfianza y orgullo.

Por lo demás, al leer á Juan Jacobo, he notado mas de una vez la poca importancia que daba aquel grande escritor al verdadero sentido de las palabras. ¿Era acaso por su parte un artificio de estilo? No lo creo. Mas bien cree-

Carácter, síntomas, efectos y terminacion.

«Hay personas que tienen mala habitacion y mala cama, que van mal vestidas y están aun peor alimentadas, que arrostran los rigores de las estaciones, que se privan espontáneamente de la sociedad de los hombres y pasan el tiempo en la soledad; que sufren por el presente, por lo pasado, y por lo futuro; cuya vida es como una penitencia continua, y que de este modo han descubierto el secreto de perderse por el camino mas penoso: tales son los avaros.» (La-Bruyere, *Caracteres*, cap. 11)

« El avaro, dice Massillon, no atesora mas que para atesorar; no atesora para atender á sus necesidades, porque las deja en descubierto. Su dinero le es mas caro que su salud, que su vida, que su salvacion, que su propia persona. Todas sus acciones, todas sus miras, todos sus afectos se refieren sola y esclusivamente á tan indigno objeto. Nadie lo desconoce, y él no hace el menor esfuerzo para ocultar á los ojos del público la miserable inclinacion que le avasalla; porque tal es el carácter de esa vergonzosa pasion, que se manifiesta por todas partes, no hace cosa alguna que no lleve la marca de su maldito carácter, y solo es un misterio para el que está poseido de ella. Todas las demás pasiones salvan al menos las apariencias, se encubren á los ojos del público; pero, en cuanto á la pasion de la avaricia, el avaro no se la oculta mas que á sí mismo. Lejos de tomar precauciones para sustraerla á los ojos del público, todo la está anunciando en él, todo la pone de manifiesto; llévala escrita en su lenguaje, en sus acciones, en toda su conducta, y, por decirlo así, en medio de su frente.»

« La edad y las reflexiones curan de ordinario las demas pasiones, mientras que la avaricia se reanima y cobra al parecer nuevas fuerzas en la vejez. Cuanto mas se acerca el momento fatal en que debe sernos quitado y desaparecer el sórdido tesoro, mas cariño se le tiene; cuanto mas se acerca la muerte, mas fija se tiene la vista en el miserable tesoro, mas se le mira como una precaucion necesaria para un porvenir quimé-

ré que la pasion bajo cuya influencia escribia exaltaba por demás su imajinacion, y falseaba de este modo su juicio. Hé aquí un ejemplo que se refiere precisamente al asunto que nos ocupa: En sus *Considerations sur le gouvernement de Pologne*, se encuentra la singular frase que sigue: «El avaro no tiene propiamente pasion que le domine; no ambiciona el dinero mas que por prevision, para contentar las pasiones que puedan asaltarle.» ¡ *El avaro no tiene pasion que le domine!* Y ¿no está violentamente dominado por la pasion que le constituye avaro, la avaricia? ¿no hemos visto que la pasion dominante tiene en cierto modo bajo sus órdenes á todas las demás pasiones? Así es que llevado del odio que tiene al dinero, llega Rousseau á olvidar que la avaricia es una pasion.

rico. Así es que la edad rejuvenece, por decirlo así, esa indigna pasion. Los años, la enfermedad, las reflexiones, todo la clava mas profundamente en el alma, nutriéndose é inflamándose con los mismos remedios que curan y apagan todas las demás pasiones. Se han visto hombres, en una decrepitud en que apenas les quedaba bastante fuerza para sostener un cadáver próximo á podrirse, que, en el desfallecimiento total de las facultades de su alma, conservaban un solo resto de sensibilidad, una mera señal de vida, y esta era en favor de su indigna pasion: esta sola se sostenia, esta se reanimaba sobre los despojos de todo lo demás, en favor de ella se exhalaba el último suspiro (1); las inquietudes de los últimos momentos eran por ella tambien; y por un castigo terrible de Dios, el desdichado que muere arroja moribundas miradas que van á apagarse sobre un dinero que la muerte le arranca, pero sin poderle arrancar del corazon el amor que le tiene.» (*Discours synodaux.* De la *Compassion des pauvres*).

¿Quereis conocer á un avaro? Examinadle sobre todo en dos actos muy importantes para él: *cuando recibe y cuando da*. Cuando le hacen un presente de algun valor, al instante su mano se espande para recibirlo, su cara está radiante, sus ojos se humedecen de ternura: se estasia, y su boca entreabierta no halla espresiones para manifestar su sorpresa y su satisfaccion: entónces goza.

Muy diferente es la escena cuando se halla precisado á soltar algunas monedas: sus facciones se sombrean y se contraen; su brazo se alarga lento y perezoso para contar cada moneda, que no suelta sino con mucha dificultad, y despues de haberla estrechado como por última vez entre el pulgar y el índice: y luego sus inquietos ojos siguen tristemente hasta vuestro bolsillo el dinero que ha debido sacar del suyo: entónces padece (2).

La avaricia es sin disputa el vicio mas miserable y odioso de cuantos degradan el corazon del hombre. Las demás pasiones pueden al menos hallarse con algunas virtudes, ó ser escusadas por algunas buenas cualidades; pero la avaricia destruye todas las virtudes, echa á perder todas las buenas cualidades, y puede arrastrar á todos los crímenes. Y, con efecto, la usura, la inhumanidad, la ingratitud, no son harto á menudo mas que los frutos de tan monstruoso vicio.

El avaro, enemigo de Dios y de la sociedad, en justa compensacion llega á ser verdugo de sí mismo. Las privaciones de toda suerte que se impone, los temores continuos que le asaltan, las visiones de su imaji-

(1) Véase la tercera observacion que luego citarémos.

(2) Hase notado que casi todos los avaros escriben mal: su letra, en jeneral, es seca, pequeña y apretada: no parece sino que se apesadumbran de tener que gastar tinta y papel.

nacion enferma, le hacen esperimentar frecuentes y crueles desvelos, que pronto le dejan la cara pálida, resecan sus facciones, y mas adelante producen el enflaquecimiento jeneral del cuerpo.

En un período mas avanzado, vese terminar esta pasion por la melancolía, el marasmo, la locura, y, en algun raro caso, por el suicidio (1).

Tratamiento.

Hemos visto anteriormente que la avaricia reconoce por oríjen un predominio de circunspeccion que se acrece con la edad. Luego los padres y los maestros deberian esforzarse en moderar ó dirijir oportunamente tal circunspeccion cuando la ven demasiado desarrollada en los jóvenes.

Lejos de eso, ¿ qué hace por lo comun un padre imprudente y parcimonioso? Aconseja al niño que guarde con mucho esmero las monedas que hayan podido darle. Para mayor seguridad, el mismo padre se encarga del depósito; y luego, al cabo de algun tiempo persuade al chico que las monedas se han multiplicado, que *han tenido hijuelos.*

Maravillada la criatura de la pretendida reproduccion, pide y logra permiso de verificarla por sí mismo. Si continúan engañándole, sus deseos se inflaman, y su pequeño tesoro, siempre creciente, llega á ser para él objeto de una especie de culto. Regocíjate, padre imprudente; regocíjate, sabio maestro, tu obra está consumada: tú has formado un avaro que aguardará con impaciencia tu muerte para gozar él solo de tu oro; ó tal vez has formado un pródigo, que *te pagará soberbios funerales y devorará lo restante* (2).

« Lo que uno prodiga, lo quita á su heredero; lo que uno economiza sórdidamente se lo quita á sí propio: un término medio es justicia para sí y para los demás. » El término medio que recomienda La Bruyere es

(1) Véase la observacion II.

(2) Mas de una vez he visto padres inespertos que empleaban esa miserable estratajema para inspirar, decian ellos, el amor á la economía á jóvenes demasiado propensos á gastar; Hé aquí, no obstante, cómo se falsea el juicio, facultad preciosa que mas tarde debe ser la regla de todas las acciones del hombre! Sin duda que para semejante educando escribió La-Bruyere las siguientes líneas: » El avaro gasta mas muerto, en un solo dia, que no gastaba vivo, en diez años; y su heredero gasta en diez meses mas que no supo gastar él en toda su vida.

« Los padres estimarian tal vez mas á sus hijos, y recíprocamente estos á sus padres, si no existiera el título de herederos.

« ¡ Triste condicion la del hombre! ¡triste condicion que hace tediosa la vida! Es preciso sudar, desvelarse, doblegarse á exijencias, ser dependiente, para tener un poco de fortuna, ó deberla á la agonía de nuestros deudos: el que no desea que su padre pase pronto á la otra vida es hombre de bien.» (*Caracteres*, cap. 6.)

una prudente economía, á la cual podemos hacer que se ajusten los que todavía no pasan de los límites de la parcimonia. Mas la avaricia bien caracterizada es casi siempre incurable. Importa pues combatir esta pasion antes que haya tomado un imperio absoluto sobre sus esclavos.

Uno de los mejores medios es la sociedad habitual é íntima con personas de buen humor y desinteresadas, que se proporcionen sin prodigalidad los placeres y las comodidades de la vida, ó bien la sociedad con personas sensibles, caritativas, ocupadas en socorrer á los infelices, en visitar á los enfermos y á los encarcelados.

Para correjir la avaricia incipiente se ha aconsejado tambien presentar con frecuencia al apasionado la tabla de probabilidades de la vida humana.

El ridículo y el miedo podrán emplearse tambien con feliz éxito, segun el carácter del individuo de quien se trate. Así pondréis á la vista del uno las divertidas y ridículas escenas de las cuales han sido tantas veces protagonistas los avaros, y para esto bastará remitirle á Plauto y á Moliere. Al otro le contaréis mañosamente los robos y asesinatos que cada dia se cometen en casas de avaros, donde el crímen cuenta siempre hallar mejor botin que en casa de las personas que saben hacer buen uso de sus bienes. Al tercero le pintaréis la triste é indeclinable suerte que espera á los avaros; la miseria en medio de su estéril abundancia; sus nombres cubiertos de odio y desprecio; su muerte ansiada por todo el mundo, y acelerada espresamente por ellos mismos. Al último, en fin, que aspire todavía á la reputacion de hombre relijioso, le recordaréis los anatemas lanzados contra los avaros por una relijion cuyo dogma se funda principalmente en la caridad.

Observaciones.

I. Muerte súbita de una avara.

En el riguroso invierno de 1829 á 1830 fuí llamado por el comisario de policía del cuartel del Observatorio para ir á visitar á una pordiosera de profesion, muerta repentinamente en su domicilio, calle de Santo Domingo d'Enfer, n.° 3.

Entrados en una espaciosa guardilla, asquerosamente sucia, fijamos unos instantes nuestra vista en dos enormes gatazos echados sobre la cama, y en un perro faldero que, puesto como de centinela sobre el cadáver de su ama, lanzábase con furor para morder á los que querian acercarse.

Despues de haber alejado, no sin algun trabajo, á aquellos animales, procedí al exámen del cadáver. Era el de una mujer de unos 65 años. El

hábito del cuerpo, que estaba sumamente flaco y cubierto de inmundicia, no presentaba huella alguna de violencia estraña: tampoco noté el menor síntoma de hemorrajia cerebral ó pulmonar. Como las funciones dijestivas de aquella mujer se ejercian habitualmente de una manera regular, y como por otra parte su réjimen alimenticio era sumamente parcimonioso, no podia en manera alguna atribuir la muerte á una indijestion. Pero el viento glacial que sentimos soplar al través de las ventanas mal ajustadas y sin betun me hizo presumir que aquella infeliz habia muerto de frio.

Mis conjeturas se trasformaron en certeza despues de una mas detenida inspeccion del domicilio. Con efecto, aquella mujer no tenia encima mas que una delgadísima manta de lana acribillada de agujeros: su chimenea, herméticamente tapada, y sin rastro alguno de cenizas en su interior, anunciaba que en todo el invierno no se habia encendido lumbre: y no obstante la mitad de la espaciosa guardilla estaba llena de leña simétricamente arreglada hasta el techo, y de la cual se proponia quizás consumir una poca, si el tiempo continuaba siendo riguroso.

Atribuí la causa de la muerte al escesivo frio, del cual, á no ser su avaricia, habria podido ciertamente librarse aquella infeliz con la enorme provision de leña que le habia facilitado la caridad pública.

Algunos dias despues supe por los periódicos que el juez de paz habia encontrado mas de 10.000 francos en oro escondidos en el jergon de aquella miserable.

II. Suicidio de una avara (21 de febrero de 1836).

En el n.º 281 de la calle de San Jacobo vivia, hacia mas de cincuenta años, en una guardilla de quinto piso, una vieja llamada Tillard. Todo anunciaba en su casa la mas profunda miseria: comia mal y vestia peor. Para ahorrarse los gastos que su posicion (decia ella) no le permitia soportar, iba á calentarse en casa de sus vecinos, quienes, por un sentimiento de conmiseracion, la acojian en su hogar, venciendo, por respeto á sus ochenta y ocho años, el asco que daban los harapos que la cubrian.

La vieja Tillard era muy desconfiada. Nunca recibia á nadie en su casa: daba sus audiencias á las visitas en el descanso de la escalera, y despues de haberlas hecho esperar largo rato, por cuanto ella no podia salir de su gazapera sin abrir tres cerraduras, y tirar los dos cerrojos que aseguraban interiormente la puerta del piso.

Habiéndose pasado diez dias sin que los de la casa la viesen, como de costumbre, los vecinos dieron parte á Mr. Gourlet, comisario de policía del cuartel del Observatorio, quien desde luego se trasladó conmigo á la casa. Apenas abierta la puerta, encontramos el cadáver de aquella in-

feliz, que se habia asfixiado. Ya se habian tirado á un rincon del cuarto los infectos vestidos que la cubrian, y uno de aquellos andrajos se habia echado al fuego, cuando una mujer aconsejó rejistrar los demás andrajos, sospechando que podia haber en ellos algunos papeles secretos, ya en los bolsillos, ya entre la tela y el forro.

Este consejo fué muy provechoso para los herederos de la difunta, pues en una caja de carton se encontraron diez y seis billetes de banco de mil francos cada uno, y otros diez mil francos de valores sobre el banco de Francia.

III. Muerte de un avaro paralítico y ciego.

El venerable abate Desjardins, antiguo vicario jeneral de la diócesis de Paris, fué llamado un dia, siendo cura de las Misiones estranjeras, á casa de un pobre anciano ciego, que le dijeron estaba gravemente enfermo, y que pedia con instancia le procurasen su visita. Deseoso de satisfacer los deseos que se le manifestaron, corre Mr. Desjardins á casa del moribundo y empieza por ofrecerle los consuelos de su ministerio: mas la persona á quien se dirije escúchale al parecer con distraccion, y luego le interrumpe para preguntarle si es el cura de las Misiones estranjeras.

«Sí, amigo, le contesta Mr. Desjardins: ¿no me habeis mandado llamar? — ¡Oh! sí, sí, porque vos sois el único hombre en quien puedo tener confianza. ¿Con que, vos sois Mr. Desjardins?—Os lo aseguro. —¿Estamos solos? Mirad si hay alguien que pueda vernos ó escucharnos.—Estamos solos, absolutamente solos. Nada temais, buen anciano, la puerta está cerrada, podeis hablar sin recelo.»

Aquí el enfermo hace por recojer sus fuerzas, y luego prueba de levantarse.

«Manteneos, manteneos acostado, dice Mr. Desjardins; os oiré perfectamente.» En esto el anciano ha sacado una llave que estaba debajo de la almohada. «Aquí la teneis..... dice con tono misterioso. Pero ¿sois realmente vos Mr. Desjardins, el cura de las Misiones estranjeras? —Os lo he asegurado, y os lo vuelvo á asegurar; ¿cómo es posible que dudeis todavía?—¡Pues bien! tened la bondad de abrir con esta llave el cofre que está allí, á los piés de la cama. En el fondo encontraréis un saquillo; traédmelo; pero id con tiento para que no os sientan.»

El cura hace lo que le pide el enfermo, y á la vista del saquillo, al ver su enorme peso, regocíjase creyendo que va á encontrar un alivio la miseria de sus feligreses, pues no duda de que el moribundo les destinará alguna parte del tesoro que le entrega. Apenas el moribundo, incorporado en su mala cama, toca el dichoso saquillo, enajénase con una alegría que no es dable pintar.

« ¡En fin, lo toco! esclama con voz ahogada y estrechándolo contra su pecho: ¡Dios mio! ¡cuánto tiempo ha que no habia tenido tal satisfaccion! A lo menos la habré probado otra vez antes de morir. » Desatando entónces los cordones del bolson, hunde su mano en el oro que contiene; con sus secos dedos palpa, acaricia, cuenta su querido metal, y cae en seguida inmóvil: la alegría le habia muerto.

CAPITULO XII

DE LA PASION DEL JUEGO.

El juego es un abismo sin fondo ni ribera.

(THOMAS.)

Su definicion, su antigüedad, su universalidad, sus progresos en Francia.

La pasion del juego es una necesidad habitual de esponer el dinero á las continjencias del azar, ó á combinaciones inciertas, en las cuales tiene mas ó menos parte la destreza. Es lo mas comunmente una lucha, en la cual el hombre no ve en su semejante mas que una presa de la cual debe apoderarse á toda costa para que no le devore á él, en la cual se regocija á proporcion del daño que causa, y en la cual los reveses enjendran casi siempre odio, sin que la fortuna enjendre cariño.

La sed de oro, la esperanza exajerada de fáciles ganancias, el ocio, y el anhelo de emociones variadas: tales son los elementos que descubre el análisis en esa enfermedad moral, una de las mas contajiosas y mas funestas. No es que el juego por sí no sea un pasatiempo tan inocente como agradable, cuando uno lo toma con moderacion y con el solo objeto de descansar un poco la mente; pero desde luego que nos sentimos inclinados á él con demasiado ardor, debemos hacer prudente renuncia; de lo contrario, el hábito lo convierte bien pronto en una necesidad tan imperiosa como culpable.

Hay juegos de puro azar, otros en que el azar va unido con la habilidad, y otros que se consideran como dependientes tan solo del talento ó de la destreza: pero en estos últimos siempre entra para algo el azar, en cuanto muchas veces se ignora á punto fijo la destreza del contrario,

en cuanto sobrevienen golpes imprevistos, y en cuanto, por fin, ni el espíritu ni el cuerpo se hallan siempre en una disposicion igualmente buena. Como sea, es de notar que los mas de los jugadores se entregan con preferencia á juegos en los cuales ninguna superioridad les da la destreza: una ganancia cierta y diaria no tiene para ellos tanto atractivo como la eventualidad de una fortuna colosal con que un dia puede favorecerles la suerte. Esto será sin duda porque en los juegos de azar, cuyos golpes son todos decisivos, el alma está de continuo mantenida en una especie de ajitacion estática, sin que haya de contribuir á su placer con una contension de espíritu de la cual se dispensa con gusto la pereza.

En este artículo, mas particularmente dedicado á la pasion de los juegos de azar, creo deber mencionar simplemente la *Bolsa*, lotería política, tan inmoral como la antigua lotería real de Francia; el *comercio*, lotería industrial (1), que entre los paganos tenia por patrono el dios de los ladrones; y la *guerra*, lotería sangrienta, que uno de nuestros escritores ha llamado *un juego de héroes*.

La manía del juego se remonta á la mas alta antigüedad, y en todos los pueblos se encuentran vestijios de ella. Verdad es que los Judíos estuvieron al parecer exentos de tal manía antes de su dispersion; alcanzóles empero desde que hubieron tratado á los Griegos, quienes jugaban ya antes del sitio de Troya (2), y á los Romanos, que se hicieron jugadores mucho tiempo antes de la destruccion de su república. En balde las leyes romanas no permitieron jugar mas que hasta cierta suma; en vano tronó Juvenal estigmatizando á los que llevaban al juego cajitas llenas de oro para aventurarlas en un solo golpe de dados; en vano, digo,

(1) Segun datos sacados de los libros de rejistro, las quiebras declaradas en el tribunal de comercio del Sena, desde 1°. de enero hasta 31 de diciembre de 1840, ascienden á 826, representando en todo un pasivo de 49,595.986 francos 15 céntimos, y un activo de 32,886.073 fr. 98 cént.; pero sabido es que en casos tales esta última cantidad no es mas que ideal.

La mas ventajosa de las *suscripciones con primas* no era, en definitiva, mas que una lotería disfrazada, en la cual los jugadores esponian el escedente del valor de la obra en suscripcion. Los empréstitos con primas, contraidos por diversos gobiernos, no son tampoco otra cosa mas que una lotería en la cual los portadores de obligaciones juegan la parte de intereses que no reciben. ¡Felices aun si el viento de las revoluciones no se les lleva capital é intereses!

(2) Los Lacedemonios fueron los únicos que desterraron por largo tiempo el juego de su república. Cuéntase que Quilon, enviado para concluir un tratado de alianza con los Corintios, se indignó tanto de encontrar á los majistrados, á las mujeres y á los jenerales ocupados en el juego, que se volvió inmediatamente diciéndoles que Lacedemonia, que acababa de fundar á Bizancio, no queria mancillar su gloria aliándose con un pueblo de jugadores.

pues la pasion de los juegos de azar hizo tales progresos en Roma, que hácia la época en que Constantino abandonó aquella ciudad para no volver mas á ella, todo el mundo, y hasta el populacho, se entregaba con furor al juego. Los Romanos, destruyendo á Cartago, casi no se enriquecieron mas que con sus vicios.

Segun testimonio de Tácito, los Jermanos fueron tambien presa de tan funesto vértigo, llevándolo á tal esceso, que, despues de haberlo perdido todo en el juego de los dados, se jugaban á sí mismos en una puesta. Entónces el vencido, aunque fuese mas jóven y mas robusto que su adversario, se ponia voluntariamente á sus órdenes, y se dejaba maniatar y vender á los estranjeros. La preocupacion que mira las deudas del juego como las mas sagradas de todas, como *deudas de honor*, nos vino probablemente de la rigurosa exactitud de los Jermanos en cumplir esa suerte de compromisos.

Los Hunos iban todavía mas allá: san Ambrosio cuenta que despues de haber puesto al juego lo que mas apreciaban, que eran sus armas, se jugaban la vida, y se daban á veces la muerte, aun cuando no lo exijiese el que habia ganado. Escesos muy parecidos se han renovado en los tiempos modernos. En Nápoles y otras muchas ciudades de Italia, hombres del pueblo habia que jugaban su libertad por un tiempo dado. Asegúrase que un Veneciano se jugó á su mujer: un Chino se jugó á su mujer y á sus hijos. En Moscou, en san Petersburgo, no solo se juegan el dinero, los muebles y las tierras, sino tambien á los que las cultivan, de suerte que familias enteras pasan sucesivamente á varios amos en un solo dia.

Curiosísimo por cierto fuera el libro que compendiase todos los golpes de locura á que ha dado márjen entre los hombres la pasion del juego. Es una enfermedad universal cuya perpetuidad no puede ponerse en duda. Sean cuales fueren el culto y las leyes que rijan á las diversas naciones, sea cual fuere el clima que habiten, encuéntranse siempre jugadores desenfrenados; y hasta los encontrarémos en casi todos los pueblos salvajes, quienes, segun relato de los viajeros, estreman todavía mas que nosotros la pasion de los juegos de azar. Pero como en ellos esta pasion no se ejerce mas que á proporcion de sus medios y de sus relaciones, no puede tener la misma influencia ni las mismas resultas que entre los hombres civilizados. El atractivo de la ganancia puede muy bien incitarles, como á estos, á arriesgar todo lo que poseen, con la esperanza de conseguir un aumento de riquezas, y manifiestan sin duda igual avidez; pero como la puesta se limita de ordinario á la piel de un animal, ó á otro objeto de poco valor, sus pérdidas son casi siempre reparables, y sustráense de este modo á las funestas consecuencias que entre nosotros trae aquel vicio.

El juego se hace mas profundo y jeneral cuando toma orijen en las sumidades sociales. En Francia, al principio, la aficion á los juegos de

azar se manifestó solo en la nobleza: por mucho tiempo no conoció el pueblo otro pasatiempo que el arco, la ballesta, el tejo, las bochas ó los bolos. El juego de los naipes, que se puso en uso en la corte de Cárlos VI (1), pasó luego á las clases inferiores: y así fué como del palacio de los reyes y de los salones de los magnates se trasmitió esa aficion á Paris y á las provincias. En diversas épocas, antes de Francisco I, se espidieron reales decretos prohibiendo al pueblo los juegos de azar; pero como el impulso estaba dado, el contajio se fué difundiendo. En tiempos de Enrique II, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, los jugadores casi nunca fueron perseguidos: en tiempo de Enrique IV gozaron de plena libertad. Nunca se habia jugado en Francia con tanto furor como en la corte de aquel príncipe: donde quiera se instalaron academias de juego, y los necios se agolparon á ellas á tropel: la usura, ese cáncer de las familias, osó mostrarse con toda su asquerosidad; los procesos se multiplicaron al infinito, y la plaga se hizo jeneral. Reprimióla un tanto Luis XIII. Este príncipe, que tenia una verdadera pasion por el juego del ajedrez, se declaró enemigo jurado de los juegos de azar, y los prohibió severamente. El cardenal Mazarin restableció su uso en la corte de Luis XIV, de donde se desparramó segunda vez la epidemia por todos los puntos de la Francia, naturalizándose tan bien en ella, como que desde entónces no cesó de causar estragos, segun se veia mas ó menos favorecido por las circunstancias. ¡Cosa escandalosa! durante los siglos XVII y XVIII era una profesion el ser jugador, y este título suplia por nacimiento, por fortuna, por probidad, por todo. Entónces se veian sentados indistintamente en la misma mesa, y cenar juntos, el príncipe y el aventurero, la duquesa y la cortesana, el hombre de bien y el pillo: en aquella época, el juego era el único que tenia el privilejio de nivelar todas las condiciones.

La llaga se hizo particularmente mas sensible en todas las clases de la sociedad, cuando los juegos domésticos hubieron dado nacimiento á los

(1) Varios historiadores han pretendido que los naipes fueron inventados para distraer la melancolía de este príncipe: pero MM. Boissonade y Eloy Johanneau son de contrario parecer. Segun ellos, los naipes eran ya conocidos en tiempo de Cárlos V. En España se les encuentra ya en 1330, y, segun el *Diccionario de la Academia de Madrid*, su inventor se llamaba Nicolás Pepin. «Lo cierto es, dicen los autores del *Dictionnaire des origines*, que si los naipes eran conocidos en tiempo de Cárlos V, no debian ser al menos muy comunes, atendido lo que costaba el pintarlos, pues en aquella época no se conocia aun el grabado en madera. Es sabido por otra parte que la Cámara de cuentas aprobó una suma considerable para el juego de naipes que trajeron á Francia para divertir á Cárlos VI, á la sazon demente.» Dícese que en su oríjen tenian aquellos naipes de seis á siete pulgadas de largo. En el reinado de Cárlos VII, un pintor francés, llamado Jacquemin Gringonneur, inventó naipes particulares para la Francia.

juegos de estado. So pretesto de reprimir la pasion del juego se establecieron en Francia, á imitacion del estranjero, loterías públicas, en las cuales el pobre artesano pudiese ir cada dia á enterrar el fruto de su trabajo. En tiempo de Francisco I se habia proyectado ya uno de esos establecimientos; pero entónces el pueblo no era todavía bastante jugador para dejarse prender con aquel cebo. Hizo el primer ensayo en tiempo de Luis XIV, abandonándose á él con tal furor en tiempo de Luis XV, que ya no fué posible contener los efectos de aquella plaga que se ha perpetuado hasta nuestros dias (1).

Causas.

Si la pasion del juego se ha manifestado en la infancia de los pueblos como en su vejez; si ha persistido no obstante los numerosísimos ejemplos de los males que causa, y á despecho de los lejisladores que en varias épocas trataron de destruirla (2); si se halla sobre todo tan estendida como dicen entre los salvajes, debemos concluir que desgraciadamente es natural en el hombre. Mas de ahí no se sigue que deba ejercer igual imperio en todos los individuos, ni tampoco que el mayor número no pueda enteramente sustraerse á ella.

En el hombre civilizado son tantas las causas de esa inclinacion, que seria muy difícil enumerarlas todas. Toma comunmente oríjen en otras diversas pasiones, de las cuales recibe impulso, y á las cuales impulsa á su vez. Así que la pereza, el lujo, la ambicion, la sed de riquezas, junto con una esperanza inmoderada de conseguirlas, la necesidad de emociones en los corazones vacios ó ya gastados, son las causas que de ordinario desarrollan la pasion del juego. Si comunmente toma orijen en la ociosidad de la opulencia, nace tambien de la miseria y de los disgustos, del trato con los caballeros de industria, el mal ejemplo de la ocasion, en fin: y si por desgracia la suerte le sonrie al principio, entónces sí que ya no tiene freno, y el hábito la hace incurable, porque se convierte en un manantial

(1) La lotería real de Francia, que sucedió, en 1776, á todas las que pulularon durante el reinado de Luis XV, fué suprimida en 1793. Restablecida en 1797, existió sin interrupcion hasta 1836, época de su nueva supresion. Segun informe del tribunal de cuentas, calcúlase que las puestas durante aquel espacio de tiempo (38 años) ascendieron á cerca de dos mil millones, y los premios á unos mil cuatrocientos millones de francos. Deduciendo las rebajas de recaudacion, los gastos de administracion, y la pérdida sobre 1814, el beneficio neto para el gobierno fué de 385 millones (unos diez millones cada año.)

(2) Los juegos de azar están espresamente prohibidos por la ley de Mahoma. En el Japon, el hombre que espone dinero al juego es castigado con pena de muerte.

perenne de ilusiones y de vicisitudes que la animan á su vez sin jamás apagarla completamente (1).

Pero, como he dicho ya, una de las causas mas poderosas de ese vértigo funesto, y lo que sobre todo contribuye á estenderlo en una nacion, es el que los gobernantes lo fomenten con su propio ejemplo, ó que pongan á prueba la codicia de los hombres, ofreciéndoles perspectivas de riquezas que á menudo no tienen otro resultado mas que su ruina. ¿Quién ignora los males que en Francia causó el sistema de Law? Aquel célebre aventurero abrió un abismo en el cual la mitad de la nacion tiró miserablemente su dinero; y seiscientas mil familias, que habian tomado papel bajo la fe del gobierno, quedaron de todo punto arruinadas. El establecimiento de la lotería, segun hemos visto mas arriba, dió resultados no menos funestos, porque el pueblo es quien principalmente cae en ese engañoso armadijo. ¿No se han visto mujeres, particularmente de las clases inferiores, vender hasta su último trapo, y hasta la ropa de sus hijos, para satisfacer aquella miserable pasion cuya fuerza llegaba á ahogar en ellas los mas dulces sentimientos de la naturaleza?

Si bien la aficion á los juegos de azar ha sido siempre comun á los dos sexos, con todo no se jeneralizó, en Francia, entre las mujeres hasta mucho tiempo despues de la invencion de los naipes; y si muchas de ellas se degradaron entónces estremando hasta el furor la aficion á aquella especie de juego, es de notar que su número fué siempre infinitamente menor que el de los hombres, y que solo dominó entre las mujeres opulentas ó de costumbres disolutas (2). Los de la clase menestral casi no juegan mas que por imitacion, y la forzosa economía que preside á sus juegos escluye ordinariamente de ellos la pasion, y por consiguiente los peligros. Los dados y los naipes casi nunca han tenido atractivo alguno para las mujeres del pueblo; las jugadoras daban la preferencia á la lotería.

Hoy dia, suprimidas cuerdamente las loterías y las casas de juego, y preocupados los ánimos con las cuestiones politicas, se juega menos en Francia: así es que los jugadores y jugadoras de profesion son infinitamente mas raros.

(1) «El juego nos gusta, dice Montesquieu, porque halaga nuestra avaricia, es decir, la esperanza de poseer mas; lisonjea nuestra vanidad con la idea de la preferencia que nos da la fortuna y de la consideracion que los otros tienen á nuestra dicha; satisface nuestra curiosidad, y nos proporciona en fin los diferentes placeres de la sorpresa.» (*Essai sur le goût.*)

(2) «Las mujeres, dice tambien el autor de las *Lettres persanes*, cuando jóvenes, casi no juegan mas que para favorecer á una pasion mas grata; pero á medida que se vuelven viejas, su pasion al juego parece que se rejuvenece, y que llena el vacio de todas las demás pasiones.»

Al parecer, no ejercen los climas influencia especial en el desarrollo de la pasion que nos ocupa: con todo un antiguo jugador, que despues de su curacion fué uno de los primeros empleados en el arriendo de los juegos de Paris, me ha asegurado que, segun las observaciones que habia hecho por espacio de doce años, podian clasificarse los jugadores apasionados por el órden siguiente: Ingleses y Anglo-Americanos, Italianos, Españoles, Rusos, Alemanes, Polacos, Belgas y Holandeses, y por último los Franceses, que son los menos encarnizados de todos. Es de notar que los $\frac{2}{3}$ de las sumas devoradas en las siete casas de juego abiertas en Paris (1) procedian de los estranjeros, quienes no dejaban de pagarnos el tributo de su estancia en medio de nosotros.

En cuanto á la posicion social y á las diversas profesiones, el mismo observador ha visto jugar á individuos de todas condiciones y estados. Sin embargo, los jugadores mas ardientes, y comparativamente los mas numerosos, le han parecido ser : 1.° las personas ricas y sin profesion; 2.° las personas pobres y sin profesion; 3.° los banqueros y los negociantes; 4.° los médicos; 5.° los estudiantes de las varias facultades; 6.° los obreros de todas clases.

(1) Desde el 1°. de enero de 1838 las siete casas de juego autorizadas en Paris están cerradas, con gran desesperacion de los jugadores y de los empleados en el arriendo, con quienes, dicho sea de paso, debia haberse sido menos injusto. Dichas casas, puestas bajo la vijilancia de la autoridad municipal, eran los números 9, 113, 129 y 154 en el Palais-Royal, Frascati, el Salon y Marivaux. Los juegos mas en boga eran *la treinta y una* ó *rojo y negro*, *la ruleta*, el *kraps*, y el *kreps*, juegos de dados favoritos de los Ingleses. El gran número de obreros que acudian al n°. 113, donde se jugaba en pequeño para mejor atraerlos, y donde sin embargo aquellos infelices perdian en pocos instantes su semanada ó quincena, fué una de las principales causas de la supresion del arriendo real, que habia sido conservado, decian, como un *mal necesario*, en tiempo del Consulado, del Imperio y de la Restauracion. Esta supresion, eminentemente moral por mas que se diga, ha privado al gobierno de un ingreso anual de 5,500.000 francos que la ciudad de Paris estaba obligada á pagar por la concesion de los juegos ; y á los fondos municipales les ha privado de la cantidad aproximativa de 1.500,000 fr. procedente del esceso que abonaban los arrendatarios (el primer arriendo fué de 6.526,600 fr.; el segundo fué de 6.055,100 fr.), y de lo que les tocaba por su parte de los $\frac{3}{4}$ de los beneficios anuales del arrendatario. Así, desde la concesion de los juegos hecha á la ciudad de Paris por decreto de Luis XVIII (5 de agosto de 1818), los dos arriendos, que han comprendido una serie de diez y nueve años, han dado al gobierno 104.500,000 fr., y á la ciudad de Paris 30.000,000 á lo menos. Doblando la primera suma para una veintena de años anteriores á los arrendamientos hechos por la ciudad, y cuyo valor no sabemos de fijo, resulta que las siete casas de juego de Paris han hecho ingresar en las arcas públicas mas de 200.000,000 de francos.

Carácter y descripcion del jugador.

Estoico en la apariencia, pero siempre lleno de ilusiones, el verdadero jugador, sean cuales fueren los sentimientos que le ajitan, soporta ordinariamente, sin variar ni de actitud ni de jesto, todas las continjencias de la fortuna que se complace en desafiar. Pródigo del tiempo, poco cuidadoso y á la vez inquieto del porvenir, é incapaz de reflexionar, porque se haria miedo á sí mismo, huye de la soledad como de su mortal enemiga: pero tampoco va á buscar distracciones en el seno de los placeres ordinarios, porque le parecerian muy insípidos: el jugador necesita una ajitacion febril y continua, que solo encuentra ante los montones de oro que el banquero dispone para apacentar su codiciosa vista; allí está su felicidad, allí está su ídolo; allí le esperan todas las vicisitudes que él quiere paladear, y allí es donde, sucesivamente despojado ó mimado por la fortuna, va á rendir diariamente nuevo incienso y á consumir nuevas esperanzas.

Ved á ese maníaco sentado, inmóvil junto á un mesa de juego, en la cual no parece sino que van á incrustarse sus miembros (1): su tez es pálida, su mirar fijo é impaciente; en sus facciones reina una triste severidad; confundiríaisle con uno de los jueces del infierno; su lengua, habitualmente muda, no deja oir mas que algunos sonidos mal articulados, y eso aun por intervalos. De improviso jira sus ojos con rara velocidad; su fisonomía toma un no sé que de terrible; píntanse en ella á su vez el despecho, el furor, y una alegría maligna mezclada con inquietud: mas, cual si se avergonzase de dejar entrever los sentimientos que le acosan, pronto recobra su aparente impasibilidad. Hace ya mas de doce horas que ha alternativamente ganado y perdido lo que bastara para hacer felices á veinte familias: ¿creeis que ya está saturado de las emociones que le nutren? ¡Oh! no: esas continjencias, ya favorables, ya adversas, la calentura que han desarrollado en su sangre y en su celebro, la hora avanzada de la noche, la hora sobre todo, la hora maldita fijada para levantar la sesion, todo eso no sirve mas que para exasperar la pasion que le devora y que tiene como embargadas todas las demás necesidades. En aquel momento mas que nunca, su corazon, su espíritu, sus sentidos, todo su

(1) La inmovilidad y la rijidez casi teutónica que se observan en la mayor parte de los jugadores provienen de la impaciencia concentrada que los devora. Porque, en efecto, las decisiones del juego, por prontas que sean, les parecen siempre de una lentitud insoportable. El tiempo que tienen por mas largo es sin duda el que trascurre entre el caer ó alzar de un naipe ó de un dado. (Véase el tratado de la *Passion du jeu*, por Dussaulx.)

sér está en el juego: bien pudiera amenazar ruina la casa, bien pudiera caer un rayo á sus piés; nada le distraeria: el ruido del oro es el único que puede conmoverle. Y con todo, muy diferente del avaro cuya codicia tiene, el jugador no atesora jamás: si se enciende á la vista del oro, es porque lo mira como un medio de contentar su pasion: en cuanto lo posee, lo espone á los mismos azares que se lo han proporcionado; porque esos dones del azar no pueden aprovecharle ni satisfacerle; para él no son mas que el emblema de los males que va á buscar y á desafiar. Jugar es su objeto, su elemento, su vida: fuera de jugar no ve nada mas. ¿Qué le importan su ruina, su deshonra, ni sus mas sagrados deberes, con tal que juegue? Quédele tan solo un escudo para probar fortuna, y le veréis tan audaz como siempre: ¡el oro estendido sobre el tapete le está diciendo aun que no desconfie, que espere!

Fuera tan prolijo como difícil pintar todas las gradaciones de esa deplorable manía. Su fisenomía moral varia segun las diferentes especies de jugadores; y por otra parte, como las sensaciones contrarias que los ajitan se destruyen recíprocamente, resulta que no ofrecen mas que rasgos confusos y casi imperceptibles.

Así hay *jugadores osados* para quienes la pérdida no es mas que un nuevo aguijon del deseo; los hay *pusilánimes* que tiemblan aun cuando les sopla el viento de la fortuna; los hay *supersticiosos* que, deseando librarse de sus perplejidades, se acostumbran á realizar quimeras, como los sueños, los presentimientos, los dias aciagos, los malos puestos, los vecinos de siniestro agüero, etc., etc.; los hay *sistemáticos* que se aficionan al juego por mera especulacion; hay *jugadores rapidistas* que despachan pronto y con gracia; hay *jugadores fastuosos* que sacrifican la avidez al orgullo; hay, segun dicen, *jugadores benéficos* que solo miran la ganancia como un medio de ser jenerosos (este tipo, si existe, deberá ser muy raro); y por último, se ven individuos dados al juego al mismo tiempo que al vino y á las mujeres; entónces sí que el jugador es un verdadero abismo sin fondo, capaz de tragarse las fortunas mas cuantiosas. La reunion de esos tres vicios no tarda en embrutecer el espíritu, en pervertir de todo punto el corazon, y en alterar hondamente la salud. Esta última clase forma la de los jugadores disolutos, y no es la menos numerosa.

Curso de la pasion del juego; sus efectos, su terminacion.

El juego no siempre priva al hombre de su reflexion ya desde un principio. Llevado á veces á jugar por un accidente fortúito, por un sentimiento de vanidad que le hace temer sea tachado de pobreza ó de avaricia, por el ocio, por una necia complacencia, ó tal vez por un simple movi-

miento de curiosidad, el que todavía no ha sentido tan deplorable frenesí se sobrecoje al principio. Estremécese al ver el abismo que se abre debajo sus plantas, y se siente dispuesto á huir; pero si no sigue al instante aquella feliz inspiracion, poco á poco fascina sus ojos el brillante metal, pronto no ve ya mas que al través de un prisma de codiciosa esperanza, abandónale su razon, y acaba por ceder al movimiento irresistible que le arrastra á su perdicion. ¡ Cuántos han entrado en el juego como simples espectadores, y han salido hechos unos jugadores desenfrenados! « De dos mirones, dice un antiguo adajio, siempre hay uno que se vuelve jugador. » Y por esta regla, el célebre Courville, harto famoso jugador en tiempo de Luis XIV, se vió repentinamente atacado, á la edad de cuarenta años, de ese vértigo que le convirtió luego en el azote de sus contemporáneos.

Así, quien quiera no sabe resistir los primeros amaños de ese peligroso pasatiempo, atiza un fuego que luego no podrá apagar. Muchos individuos juegan al principio un breve rato; en seguida juegan algunas horas, luego dias, y por último noches enteras, volviéndose insensiblemente jugadores apasionados. Entónces tarda poco en alcanzarles la corrupcion de aquellos con quienes se acompañan, porque los jugadores de profesion no se juntan ordinariamente mas que para traficar con sus vicios, y el hombre que se aventura en su compañía está muy cerca de asemejárseles: por esto madama Deshoulieres dijo con tanta verdad como agudeza:

Le désir de gagner, qui nuit et jour occupe,
Est un dangereux aiguillon :
Souvent, quoique l'esprit, quoique le cœur soit bon ;
On commence par être dupe,
On finit par être fripon.

La infamia no es la única terminacion de esa pasion funesta: con frecuencia se la ve terminar por la miseria y la melancolía, á veces por la locura, el asesinato y el suicidio (1). Mr. B. Levrand ha notado que los jugadores estaban particularmente sujetos á las ingurjitaciones de las vísceras abdominales, y á las afecciones aneurismales del corazon ó del cayado de la aorta.

Por lo demás, el juego, tan perjudicial para los individuos, no lo es

(1) Los lectores tendrán sin duda noticia de la siguiente inscripcion compuesta para una casa de juego:

Ici deux portes à cet antre :
L'une s'ouvre à l'espoir, l'autre au crime, à la mort ;
C'est par la première qu'on entre,
Et par la seconde qu'on sort.

menos para la sociedad toda, en cuanto opera diariamente una dislocacion improductiva de capitales, y contribuye á mantener la ociosidad, con tanta razon llamada madre de todos los vicios.

« La condicion de los jugadores, dice Mr. Fregier, está sujeta á tantas vicisitudes y á tantos estravíos, que no es estraño que la sociedad y la autoridad pública encargada del órden de esta los consideren como hombres peligrosos. El juego es una de las pasiones á que se entrega con mas ardor la clase viciosa. Los individuos de esta clase que se hallan dominados por el amor del juego llegan á ser tarde ó temprano el terror de todas las jentes de bien; porque estas no trabajan mas que para economizar su superfluo, al paso que los primeros no trabajan mas que para satisfacer su pasion.

« Entre los jugadores de profesion, los hay que no piensan mas que en la necesidad de jugar (hablo de los jugadores de baja esfera ó de los que pertenecen á la clase ilustrada, pero menesterosa). No parece sino que la actividad de la necesidad aquella absorva en ellos todas las demás necesidades, hasta las mas imperiosas; se escatiman lo mas que pueden de su alimento, de sus vestidos, de su cama, para dar pábulo á la terrible pasion; frecuentan las peores posadas, emplean la mayor parte del producto de su trabajo en tentar los azares del tapete verde, y sueltan á duras penas una moneda de dos cuartos para reposar su cabeza sobre paja podrida ó sobre cuatro andrajos puercos y fangosos. Tal es, no obstante, su destino de cada dia, destino que los nivela con los vagamundos y los ladrones, familiares de los mismos cotarros.

« Esta comunidad de habitacion, esas relaciones con la hez de la sociedad, secundan poderosamente las perniciosas influencias de la pasion que los avasalla. A menudo privados de su último escudo por los golpes de la suerte, impelidos por la pasion, causa de su infortunio, lánzanse en la carrera del crímen, en pos de los ladrones que habitan con ellos debajo un mismo techo, ó que como ellos esperimentan los tormentos del amor al juego. Tal estremo es á la larga el lote de la mayor parte de los jugadores. Así que los encargados de la policía siéntense todos inclinados á augurar mal de esa clase de hombres, de quienes hablan siempre con profunda conmiseracion y como de jentes dadas al crímen.

« El juego es una de las pasiones mas tenaces en los malhechores. Esos hombres que con tan poca cosa viven, cuando no hallan ocasion de despojar á la jente de bien, se sienten arrebatados por el furor de gastar luego que alguna rapiña inesperada los pone en posesion de alguna suma mediana. Acosados de continuo por el temor de ser descubiertos y detenidos por la policía, danse prisa á gozar. Las ardientes emociones del juego forman una de sus mas gratas delicias: vienen en seguida la disolucion y la glotonería. Y he aquí porqué la policía, no obstante toda su di-

lijencia y esfuerzos, rara vez logra cojer intacto el fruto de sus proezas. La cruel pasion del juego los persigue hasta en las cárceles, y los arrastra á veces á escesos que tocan en demencia. Háblase de presos que, despues de haber perdido en un instante el producto de una semana de trabajo, no han vacilado, para apacentar su pasion, en jugar por anticipado el pan que debia mantenerlos un mes, dos meses y hasta tres meses: y lo mas sorprendente es que se hayan encontrado hombres harto feroces para atisbar, durante la distribucion de los alimentos, á aquellos á quienes habian ganado en el juego el sustento, no dejándolos hasta haberles arrancado el pedazo de pan sin el cual no podian pasar sin sufrir mucho. Añadiré una última pincelada que manifestará hasta que punto puede cegar á un sér racional el delirio de la aficion al juego. Los médicos de la casa central del monte Saint-Michel han observado á un preso que jugaba con tanto ardor, como que en la enfermería misma, doliente como estaba, aventuraba á las contingencias del juego la racion del caldo ó del vino que necesitaba en grado sumo para restablecer sus fuerzas exhaustas. El infeliz murió de inanicion.» *(De las clases peligrosas de la poblacion.)*

—Dícese comunmente: Quien juega jugará; y en efecto, es muy raro que se corrija ningun jugador. El tiempo, que llega á gastar algunas de nuestras pasiones, da á esta un ardor que muchas veces no tuvo en su principio: así es que el viejo que ha contraido el hábito de jugar juega con mas encarnizamiento aun que el jóven. Este último puede llegar á distraerse en fuerza de otra inclinacion, ó quizás por un sentimiento de honor; mas para el jugador viejo no hay cura posible sino en la relijion, porque ella sola es la que, abriendo su corazon á esperanzas inmortales, puede consolarle de la pérdida de las ilusiones en pos de las cuales miserablemente corria.

—Segun los *Comptes rendus de la justice criminelle en France*, la pasion del juego ha dado lugar á 56 suicidios en el espacio de cuatro años.

En 1836.	19
En 1837.	21
En 1838.	10
En 1839.	6

Se ha notado que de 1000 crímenes, las querellas en el juego hacian cometer 115.

No he podido averiguar, ni siquiera para Paris, el número de jugadores entrados en las casas de locos; pero es dable creer que serán en gran número.

Segun los estados oficiales de los delitos juzgados por los tribunales, se ve que, el en espacio de once años, la pasion del juego ha producido en Francia 1.280 causas correccionales, de las cuales ha resultado la supre-

sion de 257 loterías clandestinas, y el cierre de 1025 casas de juegos de azar abiertas sin autorizacion, á saber:

Años.	Loterías clandestinas.	Casas de juego no autorizadas.
1829.	16.	52
1830.	27.	58
1831.	27.	42
1832.	61.	84
1833.	29.	116
1834.	7.	78
1835.	11.	100
1836.	28.	143
1837.	16.	123
1838.	14.	127
1839.	21.	120

No van comprendidos en ese estado los juegos de lotería ó de azar en la plaza pública, para cuya represion han sido multados, en 1839, 543 individuos, y condenados á encarcelamiento 10.

Tratamiento.

Como los vicios no tienen atractivo sino porque se les considera como una fuente de placer, es necesario, cuando se quiere probar la curacion de un jugador, empezar por desengañarle. Arduo es sin duda el empeño; pero si un largo hábito no ha degradado todavía su alma, si se consigue dispertar en él un verdadero sentimiento de honor, y hacerle reconocer los escollos que le cercan, no todo está perdido. El espíritu humano puede mucho cuando se halla suficientemente ilustrado, y para él ya es triunfar el desear sinceramente la victoria. Sean cuales fueren, no obstante, las buenas disposiciones del hombre que consiente en renunciar su aficion al juego, conviene guardarse mucho de abandonarle á sí mismo, pues su curacion completa seria por largo tiempo dudosa. Cuando se ha llegado á hacérsela desear es, menester obligarle á romper bruscamente todas sus relaciones con aquellos cuyo ejemplo pudiera estraviarle. Las fatigas del cuerpo, el huir de las ciudades populosas (1), los viajes y los

(1) El arriendo real era una transaccion rentística con la pasion del juego; pero, como justamente se ha dicho, destruir el arriendo no es destruir la pasion. Conviene pues que el gobierno obre con el mayor rigor contra las casas de juego clandestinas que hay en las grandes capitales, y donde los desventurados jugadores hallan tanta menos seguridad en cuanto falta completamente toda inspeccion y vijilancia.

ejercicios del campo, alguna empresa trabajosa y agradable á la vez, el estudio de las bellas artes y de las ciencias, la sociedad de personas instruidas y de buen humor, amantes del órden y de la economía, y por último, el amor de la relijion, que siempre conduce al hombre á las afecciones mas nobles y mas conformes á su bienestar; tales son los medios mas eficaces que emplear se pueden para destruir ese mal devorador. Trátase de una pasion vil, y conviene oponerle pasiones jenerosas; dad al jugador la virtud por éjida; llevadle al bien por una senda sembrada de flores, y pronto no querrá abandonarla ya mas: porque un primer acto de honradez trae en pos de sí otros muchos, y luego tambien el aprecio público, que será su recompensa, os abonará la solidez de su curacion.

CAPITULO XIII.

DEL SUICIDIO.

> Los suicidios son siempre frecuentes en los pueblos corrompidos.
> (CHATEAUBRIAND, *Jenio del Cristianismo.*)

Definicion.

El suicidio (1), ese triple atentado contra Dios, contra la sociedad, y contra sí mismo, puede ser considerado en jeneral como el delirio del amor propio; delirio que hace olvidar los deberes mas sagrados, y hasta el sentimiento de propia conservacion, para librarse de padecimientos físicos ó morales que no se tiene valor de suportar.

De todos los actos criminales á que nos inducen las pasiones ó las miserias humanas, ninguno hay que nos afecte mas hondamente ni que nos inspire mas profunda indignacion que el suicidio, porque este acto trastorna nuestras ideas mas naturales, y nos manifiesta hasta que punto de descarrío puede llegar el hombre cuando se ha hecho sordo á la voz de su razon, no menos que á la de su conciencia. Si, dominando empero las primeras impresiones que hace nacer el suicidio, examinamos las varias causas que pueden producirlo, verémos que ora es un crímen que es ne-

(1) Este término, que no existia en lengua alguna, fué creado en el siglo último por el abate Desfontaines. Antes no teníamos una voz que espresase el homicidio de sí mismo. La palabra latina *suicidium* es tambien de invencion moderna.

cesario detestar, ora una enfermedad que se debiera haber curado, ora un movimiento de exaltacion que incita á lástima; y tendrémos que confesar que si á menudo merece nuestra reprobacion, no pocas veces reclama tambien nuestra piedad é induljencia.

Si el suicidio implicase siempre crimen, ¿podria convenir tal denominacion al jénero de muerte de aquellos pobres idólatras que, privados aun de las luces del cristianismo, van á ofrecerse en sacrificio para seguir la costumbre, para atenerse á ciertas preocupaciones que en ellos hablan mas recio que el instinto de la conservacion? ¿podrá convenir, por ejemplo, á aquellos infelices Indios que cada año se precipitan debajo pel carro de su ídolo, á fin de encontrar allí una muerte que reputan gloriosa y digna de recompensa? Seguramente que en tales casos no puede haber suicidio, á lo menos en la plenitud de la acepcion dada comunmente á esa palabra, porque no obran por tedio á la vida, ni por desprecio de las leyes divinas y humanas: solo á Dios corresponde el derecho de juzgarlos.

¿Estigmatizarémos tambien con el dictado de suicidas á los Codros, á los Curcios, á los Winckelrieds, á los d'Asas, á los Brisones, y á tantos otros héroes como nos ofrecen los anales de la gloria? No ciertamente: su muerte fué hija del mas sublime rendimiento á su patria, y es acreedora á toda nuestra admiracion. No así juzgarémos la de Caton: su muerte no salvó á su pais, no le salvó mas que á él solo de la clemencia del César; y si la secta estóica erijió en virtud aquel acto de desesperacion, fué porque entónces la relijion cristiana no habia venido aun á destruir los vanos sofismas del espíritu humano: cuando apareció sobre la tierra su divina antorcha, quedó desarmada la mano del suicida, ó á lo menos no pudo verse en él ya mas que un ente incompleto, un desertor de la vida, un soldado que abandona el campo de batalla antes de haber denodadamente combatido.

Algunos escritores modernos pregonaron de nuevo el homicidio de sí mismo; llegaron á decir que la Escritura santa justifica ese acto tan anti-relijioso como anti-social; y, citando la muerte de Sanson, pusiéronla sin vacilar en el número de los suicidios. Mas al querer partir Sanson la suerte de los Filisteos, sacrificóse como lo hicieron despues los héroes de quienes hemos hablado: estos fueron nobles mártires del patriotismo, y Sanson fué mas que ellos, fué mártir de la fe de sus padres. Su muerte, la de Eleazar, la de aquella valerosa vírjen (1) que se arrojó de lo alto de una casa para sustraerse al infame tratamiento que le reservaban sus verdugos, la muerte, en fin, de tantas otras víctimas de las persecuciones de la idolatría, no pueden considerarse como actos voluntarios producidos

(1) Santa Pelajia.

por el tedio de la vida, como el homicidio de sí mismo: solo es culpable de suicidio el que con menosprecio de todos sus deberes obra libremente con intencion de destruirse, mas no el que al practicar una bella accion halla la muerte en el camino.

Causas.

Los autores mas juiciosos que han escrito sobre el suicidio no han vacilado en sentar que el enflaquecimiento de las creencias relijiosas es la causa mas inmediata de las muertes voluntarias que vemos multiplicarse cada dia de una manera tan espantosa en todas las clases de la sociedad (1). Las mismas declaraciones de los infelices que se abandonan á tal delirio apoyarian por sí solas esa opinion, si ya no la justificase de sobras el mas sencillo exámen. El hombre que cree en la otra vida, el hombre que admite un Dios por testigo de sus secretos pesares, no se mata: sabe que cometeria un crímen; y además las sublimes esperanzas que le animan le dan la fuerza necesaria para suportar el peso de la vida, por oneroso que le parezca. Al contrario, el que en nada cree, el que tiene la razon estraviada por las pasiones ó por máximas funestas, se rebela desde luego contra las primeras invasiones de la desgracia y del padecimiento. De aquí al desaliento, de aquí á la idea de atentar contra sus dias, no hay mas que un paso, y este paso estará pronto dado, si para ello tiene el triste valor que se necesita. «Cuando la moral pública, cuando las amenazas de la relijion no oponen freno alguno á las pasiones, dice Esquirol, el suicidio debe ser necesariamente mirado como el mas seguro puerto contra los dolores morales y contra los dolores físicos.»

Si, en efecto, echamos una ojeada sobre la grande escena del mundo, vemos donde quiera combatida la virtud por mil pasiones violentas que, sustrayéndose al yugo impuesto por los preceptos relijiosos, se entregan á los mas culpables escesos, sin que nada sea parte á contenerlas en el borde del abismo que tienen abierto. Vemos en ella el mérito, la rectitud y la modestia en encarnizada lucha contra la bajeza, el disimulo y el orgullo; amores frenéticos, ambiciones rivales, traiciones, venganzas y fraudes; la sed de ganancia que arrastra al jugador á su ruina, esperanzas burladas, trastornos de fortuna, penas, miserias sin consuelo, crímenes sin arrepentimiento, y el homicidio de sí mismo, en fin, como remedio de tantos males.

(1) De 1829 á 1830 ha habido en Paris un suicidio por cada 3000 habitantes, y de 1830 á 1835 uno por cada 2.094. Tan desconsoladora progresion, la cual todavía va siguiendo, se observa idéntica en las provincias y en el estranjero. (Véanse los documentos estadísticos sobre el suicidio que se trascribirán mas adelante.)

Los sacudimientos políticos, los gobiernos constitucionales y republicanos, mas favorables que el despotismo para el desarrollo de las pasiones ambiciosas; el espíritu militar, que enseña á arrostrar la muerte sin espanto; los progresos de la civilizacion, que multiplica las necesidades y las hace mas imperiosas, pueden ejercer tambien grande influjo en la frecuencia del suicidio. Pero los libros que hacen la apolojía de este crímen, los teatros que diariamente lo ponen en escena, y los periódicos que nunca se descuidan de trazarnos su triste realidad, son causas mucho mas directas de ese contajio. Madama Stael, en su juventud, acarició tambien esa malhadada inclinacion; pero mas tarde, al reconocer su error, confesó que la lectura del *Werther* de Goethe ha producido mas suicidios en Alemania que todas las mujeres de aquellos paises. Y efectivamente, el peligroso embeleso sembrado en aquella produccion literaria, despojando de casi todo su horror el homicidio de sí mismo, puede causar las mas funestas impresiones en una imajinacion algo exaltada, y conducirla al crímen que se ha acostumbrado á mirar, en aquel drama, como un acto de virtud. « Así es, dice el elocuente Dr. Pariset, como se introduce en las almas el mal moral: entra en ellas por medio de palabras ó de imájenes, y se graba en las mismas por medio de máximas, de ejemplos y apolojías. Luego lo hallaréis en todas partes. Seguid la marcha del crímen: antes de comparecer ante los tribunales, pasa por los libros y los teatros; despues, del seno de los tribunales millares de voces hacen penetrar sus pinturas hasta el seno de las familias, y las impresiones que llevan se mezclan, para corromperlos, con los santos hábitos de los primeros años.» Lo propio sucede con el suicidio: publicado el primer acto de esta naturaleza, luego encuentra apolojistas: el primer ejemplo produce un segundo, un tercero, y así sucesivamente hasta constituir una verdadera epidemia. ¡Tan grande es la tendencia del hombre á la imitacion!

Señálanse tambien como causas del suicidio: el onanismo, el abuso de los placeres, el esceso de las bebidas alcohólicas, la pasion del juego, la cólera, la ambicion, la envidia, los zelos, la ociosidad, el tedio, la soledad, la nostaljía, los disgustos domésticos, la aficion estremada á la música, que exalta la sensibilidad; el terror, los remordimientos, la desesperacion (1), la miseria, la deshonra, y sobre todo la disposicion hereditaria. Con efecto, muchísimas observaciones prueban por desgracia que la propension al suicidio puede trasmitirse: se han visto familias enteras atacadas de tal frenesí, y ceder á él irresistiblemente (2).

(1) Sabido es que los remordimientos y la desesperacion llevaron al suicidio al primer homicida de quien hace mencion la historia.

(2) De las multiplicadas observaciones de M. Esquirol resulta que las predisposiciones hereditarias de la locura trasmitidas por las madres son un tercio mas numerosas que las que provienen de los padres. Igual observacion se ha hecho por lo que toca á la melancolía y al suicidio.

Hase observado igualmente que las estaciones tenian grande influjo en esa funesta disposicion : pero se ha insistido quizás demasiado en el influjo del clima : así se ha tachado de exajeracion la opinion de Montesquieu, quien pretende que la frecuencia del suicidio en los Ingleses debe achacarse á la atmósfera en que viven. Es innegable ciertamente que un cielo nebuloso y sombrío dispone á las ideas melancólicas, precursores comunes del tedio á la vida: nótase empero que bajo el cielo de Rusia, mucho menos agradable que el de Inglaterra, los casos de suicidio son muy raros, viéndose tambien muy pocos entre los Holandeses, que viven casi en las mismas condiciones físicas que los Ingleses. Este último pueblo, por otra parte, no se mostraba en manera alguna inclinado al suicidio cuando los Romanos invadieron la Gran Bretaña, al paso que este acto de delirio era entónces mucho mas frecuente en Italia de lo que es en el dia (1). Los climas son los mismos; pero los cambios verificados en la organizacion social de las dos naciones han debido necesariamente traer otros mayores en sus usos, costumbres y tendencias : y aquí es donde principalmente conviene buscar la causa de las diferencias que respecto al suicidio encontramos hoy dia en ellas.

Por lo que hace á las estaciones, es cierto que ejercen una accion marcada en los individuos que están cansados de la vida : la primavera y el estío parecen ser las estaciones en que se notan mas enajenaciones mentales; y tambien mas suicidios. MM. Fodere y Douglas han observado que estos eran mas frecuentes en Marsella cuando el termómetro marcaba 22 grados sobre cero. Cheyne cuenta que en Inglaterra el otoño y los vientos del oeste son fecundos en suicidios; el profesor Oliander, en el norte de Alemania, es de la misma opinion; Cabanis y Esquirol han observado igualmente que el tránsito de un estío seco á un otoño húmedo es mas favorable al desarrollo de las afecciones abdominales, de las cuales depende muy á menudo el suicidio.

Todo sufrimiento físico escesivo, cuando se prolonga, puede, lo mismo que el dolor moral, inducir al que sufre al deseo de darse la muerte. Así que hay muchas dolencias que pueden producir el suicidio, si no se vijila á los enfermos (2). A esta clase pertenecen principalmente la lepra, el escorbuto, en ciertos paises, y la pelagre en las campiñas del Milanesado. Se han visto tambien personas atacadas de neuraljias, de gota, de

(1) Entre los estados de Europa, la Francia es el pais donde se cometen actualmente mas suicidios : vienen en seguida la Inglaterra, la Prusia, el Austria, la Italia, y luego la España y la Rusia. (Véanse, al fin de este artículo, los documentos estadísticos sobre el suicidio.)

(2) De 133 casos recojidos por Mr. Prevost, de Jinebra, 24 reconocen por causa la enajenacion mental, y 34 diversas enfermedades.

reumatismo agudo, de afecciones cancerosas y de hipocondría, que trataban de destruirse la vida para poner fin á sus males. Servio, el Gramático, se envenena porque no puede curarse la gota; Cornelio Rufo, amigo de Plinio el Jóven, se deja morir de hambre por igual causa; y Silio Itálico termina sus dias con una abstinencia voluntaria, porque un absceso incurable le hace cobrar aversion á la vida. Todo depende de la organizacion, del grado de sensibilidad, de enerjía y de valor del que padece moral ó físicamente. Si hay hombres que no se dejan abatir por ningun acontecimiento, ni dolor, muchísimos mas son los que se irritan, que se desesperan en medio de los padecimientos, y esta especie de exaltacion puede fácilmente conducirlos á la idea de abreviar sus dias.

El estado mórbido impropiamente llamado *temperamento melancólico* es una gran predisposicion al suicidio. La constitucion sanguínea puede tambien, pero de una manera diferente, conducir á ese acto homicida. En el primer caso, un profundo mal humor, un fastidio de todas las cosas son los que insensiblemente inspiran al individuo así organizado la idea de poner fin á su existencia; y en el segundo caso, esta idea no se manifiesta ni se realiza sino despues de una fuerte contrariedad, de un violento pesar, ó de un acontecimiento cualquiera, porque, el invadido de tal delirio, pronto siempre á irritarse, se abulta sus males, y se vuelve homicida de sí propio en un acceso de cólera ó de desesperacion, sin tomarse tiempo de pensar en el crímen que va á cometer.

No todas las edades son igualmente propensas al suicidio. La infancia, libre de la mayor parte de las pasiones que ajitan la edad civil, no siente con viveza sino la gula, la envidia y los zelos. Estas inclinaciones pueden no obstante inspirarle una resolucion desesperada: se han visto niños que se negaban á tomar alimento alguno, porque se creian abandonados, ó solamente menos queridos que otros. El poco aprovechamiento en los estudios, una mala educacion y los ejemplos peligrosos pueden determinar tambien la muerte voluntaria en algunos adolescentes; por fortuna estos casos son bastante raros. El paso de la adolescencia á la pubertad, que trae la borrasca de las pasiones, produce tambien á veces lo que madama Stael llama *el dolor de la vida*; pero este dolor casi nunca llega al estremo del suicidio, como no venga á determinarlo alguna circunstancia imprevista. En jeneral, durante la juventud y la edad adulta (de 20 á 45 años) (1), es cuando el hombre se abandona con mas frecuencia á este estremo, porque entónces es cuando, juguete de las pasiones eróticas y ambiciosas que ajitan sucesivamente á la especie hu-

(1) Las investigaciones mas recientes acreditan sin embargo que suceden actualmente en Paris muchos mas suicidios antes de la edad de 20 años, y de 40 á 60, de los que antes se observaban.

mana, busca en la tumba un abrigo contra las decepciones de su corazon, ó contra los inopinados reveses que le alcanzan. La vejez está menos sujeta á tales actos de desesperacion. Jeneralmente hablando, cuanto mas se acerca el hombre á su fin, mas se apega al bien que va á perder: con todo, cuando las pasiones sobreviven á las facultades que en otro tiempo las pusieron en juego, pueden inspirar á un anciano el tedio á la vida, y darle al propio tiempo la enerjía momentánea que necesita para desembarazarse del peso que le agobia. El dolor, la miseria, el abandono, pueden causar en él el mismo efecto y traer los mismos resultados (1). Los ejemplos se han hecho muy comunes en nuestros dias, sin que tampoco dejasen de ser muy frecuentes antiguamente en ciertos pueblos. Los Abisinios al llegar á viejos se mataban; los habitantes de Coulis, ciudad de la Grecia, y los de cierta nacion hiperbórea, se daban tambien la muerte para librarse del peso de los años; y todos sabemos que la secta de los bracmanes, como en otro tiempo la de los estóicos y de los epicúreos, autoriza al hombre para destruirse siempre que se siente cansado de la vida (2).

Por lo que hace á la influencia de los sexos respecto del suicidio, si bien se ha observado que el instinto de imitacion se halla jeneralmente todavía mas pronunciado en las mujeres que en los hombres, las estadísticas de los diversos paises prueban que se abandonan con menos frecuencia que estos últimos al delirio de suicidarse (3). Su constitucion física, mucho mas endeble que la del hombre, su timidez natural, y los hábitos de moderacion y de dulzura que ordinariamente les hace contraer el jénero de educacion que reciben, pueden esplicar esta diferencia. Para que renuncien á esos hábitos, que les dan tan seductor embeleso, es necesario que sus pasiones sean puestas en juego de una manera muy violenta. El amor, que tanto poderío ejerce en su corazon, y que llega á ser el negocio principal de su vida, las rivalidades, el abandono, la deshonra á que las espone esa pasion tiránica, pueden conducirlas al último grado del dolor y de la desesperacion, y es el que las lleva mas comunmente á darse la muerte. Segun observacion de Hipócrates,

(1) El padre del célebre Barthes se dejó morir de hambre á la edad de 90 años, de resultas del hondo pesar que le causó la muerte de su esposa.

(2) Los libros sagrados de los Indios, que tienen costumbres tan mansas y manifiestan tanto horror á la sangre, establecen no obstante varios modos violentos de quitarse la vida. Estos procedimientos consisten en dejarse morir de hambre, en quemarse con estiércol de vaca, en sepultarse en la nieve de las montañas del Tibet, en dejarse devorar por un cocodrilo, en cortarse el cuello á las orillas del Gánjes, y en ahogarse.

(3) La frecuencia del suicidio en la mujer es con corta diferencia á la observada en el hombre como 1 es á 3.

las jóvenes que no menstrúan, y las mujeres que no están bien arregladas, caen á veces en una languidez que puede darles la disposicion al suicidio. Se ha notado que la edad crítica causa á menudo en las mujeres tedio á la vida y deseos de terminarla : pero cuando existe tal disposicion, quizás menos debe atribuirse á las incomodidades que esperimentan en aquella época, que á la pérdida de las ilusiones con que se alimentaban, y á las cuales tanto les pesa renunciar, cuando no han sabido crearse de antemano goces independientes de la juventud y de la hermosura.

Es bastante comun, sobre todo entre las locas y las epilépticas, ver mujeres que, durante el flujo menstrual, buscan todos los medios imajinables de destruirse, perdiendo de vista tal idea en el resto del mes. Algunas mujeres se sienten atormentadas del propio deseo mientras están embarazadas.

Resulta en fin de la estadística de las muertes repentinas que he tenido que inspeccionar de veinte años acá, que la propension al suicidio es mucho mayor en el celibato que en el matrimonio : y es que los lazos de este último estado atan mas fuertemente á la vida, aun cuando á menudo la hacen mas ajitada y mas penosa.

La profesion que cuenta menos suicidas es, segun Mr. Prevost de Jinebra, la de los labradores, al paso que las clases literatas los cuentan en gran número. ¡Cosa deplorable! resulta tambien de una tabla redactada por Mr. Balbi, que en todos los paises del globo civilizado son mas frecuentes los suicidios allí donde mas en auje y difundida está la instruccion.

« Mátanse muy poco los galeotas, dice Mr. Lauvergne, y de los recuentos estadísticos sacados anualmente sobre el número de muertes voluntarias, no se desprende mas que un suicidio por año entre los forzados. Estos hombres, á pesar de que no temen la muerte, no se atreven á dársela : preferirian que otro se la diese. »

Tambien son raros los suicidios entre las prostitutas : los recuentos estadísticos de la justicia criminal en Francia no señalan mas que 5 ó 6 por año.

Entre las causas de suicidio que acabamos de enumerar, unas están sometidas á la voluntad del hombre, y otras son mas ó menos independientes de la misma : el sacerdote, el majistrado y el médico están obligados pues á tener un cabal y preciso conocimiento de todas ellas, porque puede muy bien suceder que sean llamados á apreciar el grado de culpabilidad de esa deplorable aberracion.

Curso y caractéres principales del suicidio.

Como el suicidio no es mas que un fenómeno consecutivo de un sin-

número de causas diferentes, y su marcha no presenta ninguna regularidad, no le seguirémos en todas sus fases, limitándonos á estudiar algunas, y á indicar los dos caractéres principales que reviste, segun se manifiesta *accidental* ó *meditado*, en *estado agudo* ó en *estado crónico*. En el primer caso, es casi siempre efecto de algun fuerte revés ó de alguna pasion violenta, y su ejecucion es tan rápida como irreflexionada: pero si esta ejecucion se hace incompleta, es muy raro que se renueve, porque la tentativa infructuosa hace entrar la reflexion, y sirve á veces de crísis á la afeccion moral que la ha determinado. Con todo, se ha visto tambien en tales circunstancias que la propension al suicidio se reproducia por causas bastante leves, y hasta pasaba al estado crónico, si á favor de asiduos cuidados, no se contenian sus progresos. Casos hay tambien en que la marcha del suicidio agudo es mas lenta, sobre todo cuando las causas determinantes obran en sujetos linfáticos ó debilitados: las resoluciones desesperadas son jeneralmente menos prontas en estos últimos que en los sanguíneos: mas no porque la tempestad haya en un principio rujido sordamente, deja por esto de estallar, ni son menos funestos sus resultados.

El suicidio crónico, muy diferente del agudo, tiene al parecer todos los caractéres de un acto reflexionado, y es tambien el que al parecer implica mas criminalidad. Su marcha, mas pausada, presenta á lo menos la ventaja de que el ojo atento del observador puede comprenderlo y oponerse á él, si es que no logra desvanecerlo completamente. Los individuos afectados de esta especie de delirio son de ordinario taciturnos, morosos, desconfiados, y se hallan tan completamente ensimesmados, que todos los objetos esteriores solo sirven para acrecer su tormento y la melancolía que los devora. Así que requiere mucha perseverancia, y necesítanse en particular las mayores precauciones para probar de sustraerlos á ese estado de irritacion que sordamente turba sus funciones orgánicas, y no les deja mas intelijencia que para seguir la idea fija que los domina. Pero aun en este mismo estado se observan varias gradaciones. Dos hay sobre todo por lo comun bastante distintas para que un práctico ilustrado no pueda dejar de conocerlas. La una se encuentra en el *odio á la vida*, es decir, en una sobre-escitacion de la sensibilidad que sin cesar impele al hombre á librarse de un peso que las pasiones ú otra causa cualquiera le han hecho insuportable, pero que al parecer no le hace sufrir esteriormente. La otra no es mas que el *enojo*, *el disgusto*, el *dolor de la vida*: han podido producirla las mismas causas, pero comunmente no se manifiesta mas que por una especie de atonía, de abatimiento moral, que puede muy bien hacer nacer la idea del homicidio contra sí mismo, sin dejar siempre la especie de valor necesario para ejecutarlo. Este último estado se hace notar á veces en los ciegos de na-

cimiento, á quienes vemos enflaquecer y ajarse sin que manifiesten deseo alguno de abreviar sus dias: no hay ejemplo de que ningun ciego de nacimiento se haya dado la muerte voluntariamente. Pero en los individuos afligidos tan solo de la ceguera de espíritu, el dolor crónico de la vida se complica á menudo con el odio, y este da por desgracia al otro la enerjía que le faltaba para empuñar el arma del suicida.

El *esplin*, cuyo principal carácter es el tedio, guarda alguna analojía con esta última variedad: es la enfermedad de los pueblos civilizados y opulentos. Conviénese sin embargo en decir que es bastante rara, aun entre los Ingleses, que pasan por los mortales mas fastidiados del mundo. Con efecto, si la influencia del clima y la saciedad de los goces que proporcionan las riquezas contribuyen en algo á la frecuencia del suicidio entre ellos, ¿no tienen como nosotros un sinnúmero de otras causas que tambien pueden contribuir á lo mismo? Hemos visto ya que ese delirio era casi de todo punto desconocido en Inglaterra antes de que esta nacion cayese en poder de los Romanos, y que solo empezó á difundirse hácia mediados del siglo XIV. Las conmociones políticas, el desenvolvimiento de la civilizacion, las violentas disputas relijiosas que atizaron sucesivamente las pasiones en aquel pais, y mas particularmente con las perniciosas máximas que sembraron mas tarde los Doune, los Blount, los Gildon, etc.; por último, los ruidosos ejemplos que suscitaron las erróneas opiniones de aquellos escritores, dieron tal impulso al suicidio, que la Inglaterra vino á constituirse la tierra natal de tamaño frenesí. A diferentes causas pues, y no esclusivamente á la enfermedad del esplin (*spleen*), se debe atribuir la frecuencia de la muerte voluntaria entre los Ingleses, á quienes, por otra parte, han imitado tan bien los Franceses, que parece que su deplorable manía haya venido á implantarse entre nosotros.

Los tristes fenómenos de muertes voluntarias, que tan á menudo se reproducen en las mismas estaciones, á veces en un mismo pais, en una misma ciudad, en una misma clase de hombres, y por medios casi idénticos, no permiten poner en duda la influencia que hemos visto ejercian la atmósfera y la imitacion en los individuos que tienen alguna predisposicion al suicidio. Esas funestas epidemias se desarrollan ordinariamente en los dos sexos, y á veces en uno solo. Sabido es el ejemplo de las jóvenes de Mileto, citado por Plutarco; una de ellas se ahorcó; pronto se dieron la muerte por igual medio otras varias jóvenes, y fué necesario, para contener los espantosos progresos de aquel frenesí, que el senado ordenase que los cadáveres de las suicidas serian espuestos desnudos en medio de la plaza pública. Primerose cuenta que, en cierta época, muchísimas mujeres lionesas se tiraban á porfía al Ródano; y un antiguo historiador de la ciudad de Marsella habla de una epidemia de sui-

cidio que solo se desarrolló en las jóvenes de aquella ciudad. Mr. Desloges, médico de Saint-Maurice (en el Valais), observó en 1813, una epidemia de esta clase en el pueblecito de Saint-Pierre-Monjau: habiéndose ahorcado una mujer, casi todas las demás tuvieron violentas tentaciones de seguir su ejemplo. Montaigne habla de una epidemia de suicidio que tuvo lugar en el Milanesado, en la época de las guerras que devastaron aquella comarca, pero que no tuvo accion sino sobre los hombres. «Mi padre, dice, vió morir á unos veinte y cinco maestros de obras que se habian muerto á sí mismos en una semana.» Fácil seria citar un gran número de esas tristes epidemias que han invadido á uno y otro sexo. En 1806, en los meses de junio y julio, se contaron en Ruan mas de sesenta suicidios: los meses de julio y agosto del mismo año vieron mas de trescientos suicidios en Copenhague, donde la temperatura habia sido la misma que en Ruan. Viéronse tambien muchos suicidios en Paris en la primavera de 1814; y el Dr. Rech, de Mompeller, ha observado que en esta última ciudad hubo mas suicidios en 1820 que en todos los veinte años anteriores. Hase notado tambien que en 1793, la ciudad de Versalles era la única que habia presentado el horrible espectáculo de 1,500 muertes voluntarias: el terror que en aquella época dominaba á los ánimos, tuvo sin duda grandísima parte en la multiplicidad de tales actos de desesperacion. Por último, la estancia de nuestras tropas en Aljeria ha permitido observar que el viento abrasador del desierto produce á veces verdaderas epidemias de delirios y de suicidios, determinando una viva conjestion cerebral.

El suicidio recíproco ó mútuo, que monstruosas ficciones nos representan á menudo en el teatro y en los libros como un acto sublime, es una de las variedades de ese delirio que trae las mas funestas consecuencias, no solo porque comporta un doble crímen, sino tambien porque es un ejemplo peligrosísimo para las imajinaciones ardientes y románticas, siempre prontas á imitar todo lo que tiene apariencias de heroismo. Ordinariamente la exaltacion del amor es la que conduce á ese acto frenético; pero muy á menudo tambien esta pasion se opondria al mismo acto, si el amor propio, si ese otro móvil de tantas acciones insensatas no acudiese en su auxilio para hacerle consumar tan horrible sacrificio. Este jénero de suicidio parece que reviste casi siempre el carácter agudo: si así no fuese, es probable que nunca se consumaria.

Otra variedad no menos deplorable, y que pertenece mas especialmente al estado crónico, es la propension al homicidio unida con el acto del suicidio. Se han visto desdichados decididos á darse la muerte y que preludiaban á este crímen sacrificando á alguna otra víctima. A veces ceban su furor en un desconocido, en algun sér inofensivo, sin poder señalar

otra causa de ello que la incomprensible necesidad de destruccion (1). Otros hay que, temiendo para los objetos de sus mas caras afecciones los dolores reales ó imajinarios que los consumen, quieren sustraerlos á ellos quitándoles la vida antes de quitarse la suya propia. ¡Quién lo creyera! el amor que un padre, que una madre tienen á sus hijos, ese sentimiento tan profundo que grabó Dios en el corazon de los séres, y al cual hasta el mismo bruto obedece con tan dulce instinto, ese amor, digo, ha armado á veces la mano del hombre desatentado contra la inocente criatura que le debia la existencia. Afortunadamente son muy raros esta especie de crímenes.

Los individuos que quieren destruirse ¿se sienten inclinados á escojer el jénero de muerte al cual deberian al parecer arrastrarlos su constitucion ó sus padecimientos? He aquí lo que la esperiencia no ha demostrado todavía. Unicamente hay de cierto que por lo jeneral los hombres se sirven mas bien de las armas de fuego, y las mujeres del veneno; y que para ejecutar su funesto designio cada uno emplea el instrumento que le es familiar. Así, segun Esquirol, los militares y los cazadores se hacen saltar la tapa de los sesos; los barberos se cortan la garganta con la navaja; los zapateros se abren el abdómen con el trinchete; los grabadores con el buril; las lavanderas se envenenan con la potasa y el azul de Prusia, ó se asfixian con el carbon. Mas de la mitad de los suicidios en cuyo conocimiento he intervenido de oficio se han verificado por este último medio, tanto en los hombres como en las mujeres de todas clases y profesiones. Esto no invalida en manera alguna la observacion de mi sabio y modesto maestro.

¿Es el suicidio un acto de valor ó un acto de cobardía? Esta cuestion ha sido muchas veces ventilada sin haber sido resuelta, porque cada cual la mira segun la acepcion que da á la palabra valor. Nadie duda de que se necesita cierta dósis de enerjía para destruirse; pero tal enerjía no depende por lo comun sino de una exaltacion momentánea, de una sobre-escitacion del celebro, producida por tal ó cual acaecimiento, tal ó cual circunstancia, y no puéde de consiguiente constituir el verdadero valor, el cual, siempre dueño de sí mismo, hace el alma tan superior á los sufrimientos como á la adversidad. «Es ser cobarde, y no valiente, el ir á agacharse en una hoya, debajo una tumba maciza, para evitar los golpes de la fortuna; el valor no varia de camino ni muda de paso por mas borrasca que haga.» Mucho se habla de los individuos que se matan sin esfuerzos

(1) Así es como el cobarde y cruel Asiático procura á veces darse la enerjía momentánea que necesita para destruirse, creándose por medio del opio una embriaguez furiosa, durante la cual preludia á su muerte dando de puñaladas á cuantos se le acercan.

y con sangre fria; pero ¿se ha podido examinar bien lo que pasó antes en su alma, las irresoluciones, el terror mismo que sintieron, los combates que se dieron interiormente antes de llegar al estremo de matarse? Siempre, y particularmente en el acto del suicidio, representa el amor propio uno de los primeros papeles. Guiado por este sentimiento, el hombre quiere ser admirado hasta en su muerte, y al dársela, afecta una fuerza de carácter que el menor incidente destruiria, si pudiésemos ponerla á prueba. ¡Cuántos homicidas de sí mismos vivirian todavía, si una mano amiga hubiese podido contenerlos en el borde del precipicio! Verdad es que muchos, despues de haberles salido mal su culpable tentativa, tratan de repetirla; pero muchos mas son los que se estremecen á la sola idea del acto que quisieron cometer, y adoptan todas las precauciones que valgan á preservarles de un nuevo acceso de delirio. Entre los que atentan contra sus dias se hallan sin embargo hombres cuya fuerza moral y cuyo habitual valor son indudables; y esto es lo que ha podido dar al acto del suicidio ciertas apariencias de heroismo: pero al lado de estos ejemplos hay un sinnúmero de otros que prueban que la endeblez y la pusilanimidad, superadas por la desesperacion, saben tambien encararse con la muerte: un cobarde, una tímida mujer, se mata lo mismo que el hombre acostumbrado á arrostrar todo linaje de peligros. ¿Qué deducirémos de todo esto? ¿qué contestarémos á la pregunta de si el suicidio es un acto de valor ó de cobardía?—Yo contestaré que el hombre que se libra *voluntariamente* del peso de la vida muestra á veces cierta enerjía física, pero que siempre acredita cobardía moral: no tiene, en efecto, *paciencia*; y la paciencia es el valor que sabe sufrir y esperar (1).

(1) «Siempre me he llevado por máxima, decia Napoleon, que un hombre manifiesta mas valor verdadero suportando las calamidades y resistiendo á los infortunios que le acosan, que deshaciéndose de la vida. El suicidio es el acto de un jugador que todo lo ha perdido, ó de un pródigo arruinado, y, en vez de ser prueba de valor, denota que se carece de él.»

Habiéndose suicidado dos granaderos de la guardia, el primer cónsul mandó poner en la órden del dia (22 floreal del año X) lo siguiente: «El granadero Gaubain se ha suicidado por causas amorosas: por lo demás era guapo soldado. Es el segundo lance de estos que en un mes ha sucedido en el cuerpo. El primer cónsul ordena en su consecuencia que en la órden de la guardia se diga:

«Que un soldado debe saber vencer el dolor y la melancolía de las pasiones: que tan valiente es el que sufre con constancia las penas del alma, como el que se mantiene firme ante la metralla de una batería.

«Abandonarse al dolor sin resistir, matarse para sustraerse á él, es abandonar el campo de batalla antes de haber vencido.»

Tratamiento.

Siendo el suicidio un acto consecutivo del delirio de las pasiones ó de un estado mórbido, resulta que el médico ilustrado ha de buscar los medios curativos mas eficaces en el conocimiento de las causas que tienden á producirlo, y no en un sistema de tratamiento que en balde se quisiera aplicar á todos los casos (1). Limitaréme pues á indicar los medios jenerales mas propios para contener los espantosos progresos de esa llaga de la sociedad.

Se ha ajitado varias veces la cuestion de si las leyes civiles deben ó no desplegar su rigor contra ese acto homicida. Las lejislaciones de algunos pueblos antiguos inflijian penas infamantes á los que de él se hacian culpables: así las leyes de Aténas ordenaban que la mano del suicida fuese cortada, y quemada separadamente del cuerpo: en Tébas, su cadáver era ignominiosamente arrojado á las llamas: una ley de Tarquino le privaba de la sepultura; y las leyes romanas, favorables al suidicio cuando le motivaba el tedio á la vida ó algun acaecimiento desastroso, se mostraban rigurosísimas contra el culpable que se mataba para sustraerse á una pena infamante, y deshonraban tambien la memoria de los hombres de guerra que se mataban voluntariamente.

Todas las lejislaciones modernas se han declarado mas ó menos rigurosas contra este acto. En Inglaterra, los cuerpos de los suicidas estaban antes privados de sepultura, y sus bienes eran confiscados en beneficio de la corona. Esta ley, modificada luego por lo que hace á dejar los cadáveres insepultos, siguió vijente en cuanto á la confiscacion: pero las numerosas escepciones que contenia permitieron eludirla en muchísimos casos, y cayó en desuetud.

(1) De todos los sistemas, el mas preconizado, por ejemplo, contra la melancolía suicida, es el de Aventrugger, recientemente modificado por muchos prácticos. Consiste: 1°. en sujetar al enfermo cuando es peligroso dejarle suelto; 2°. en hacerle beber una libra de agua fria cada hora; y, si está pensativo ó taciturno, rociarle la frente, las sienes y los ojos con el mismo líquido hasta que se ponga mas alegre y mas comunicativo (se le cubren al mismo tiempo los piés con franela caliente para que no se enfrien); 3°. en aplicar un ancho vejigatorio, un cauterio ó un sedal en el hipocondrio cuyo calor sea habitualmente mas intenso. Este tratamiento debe haber dado buenos resultados únicamente en los casos de tener la enfermedad su asiento primitivo en el abdómen. En los casos, mucho mas frecuentes, de estar el celebro primitivamente afectado, es necesario añadir al método revulsivo otros medios terapéuticos y morales que obren mas directamente sobre la cabeza.

No menos severas fueron las penas señaladas contra el suicidio por la antigua lejislacion francesa. En el siglo XIII, los bienes del hombre que tamaño atentado cometia eran confiscados, y su cadáver, despues de arrastrado sobre una estera ó cañizo, era ahorcado y se le dejaba insepulto. Esta ley fué despues diversamente modificada: cuando la abrogó el código penal, en 1791, ya no tenia accion sino contra los que se quitaban la vida *á sangre fria y con cabal uso de razon, y por temor del suplicio.*

Semejantes leyes no pudieran subsistir en la época actual: calificaríanse de tan injustas como bárbaras, y la indignacion pública se opondria á su cumplimiento. Beccaria, en su *Tratado de los delitos y de las penas,* reprueba esas leyes. Segun él, «el suicidio es un delito al cual al parecer no se puede señalar castigo propiamente dicho, porque tal castigo no podria recaer mas que contra la inocencia ó contra un cadáver insensible.» Con todo, muchos sabios prácticos opinan que el suicidio es mucho mas frecuente desde la abrogacion de las leyes represivas, y piden, en beneficio de la sociedad, no leyes penales, sino leyes conminatorias, contra este acto criminal. Otros, al contrario, combatiendo esta opinion, creen que el espantoso aumento del suicidio no puede achacarse á la abrogacion de las antiguas leyes (1), sino á las borrascas políticas que se han sucedido en Francia de cincuenta años á esta parte, y que han encendido tantas pasiones propias para causar el tedio de la vida y las desesperadas resoluciones que le son consiguientes. Ninguna de esas leyes, por otra parte, puede al parecer armonizar en nuestra lejislacion actual: no harian mas que irritar la opinion pública, y fueran impotentes contra el suicida, porque quien no se contiene por el horror de la muerte ni por los vínculos mas dulces de la naturaleza, ni por los temores de una eternidad desventurada, no se contendria tampoco por las leyes que solo alcanzaran á su cadáver. Pero se me dirá que si despreciaba esas leyes por lo que á sí toca, las temeria al menos para su familia en la cual reflejara la ignominia de la pena impuesta. Esta idea podria, con efecto, en algunos casos desarmar la mano del suicida; pero no tendria accion en los mas de los individuos á quienes pasiones desordenadas ó el tedio de la vida arrastran á matarse; y sus familias, desconsoladas ya por el desastre, serian víctimas todavía de la injusticia de un castigo que solo á ellas alcanzara.

Mr. Falret, en su escelente *Tratado de la hipocondría y del suicidio,* hace además sobre el particular una observacion muy juiciosa: «Puédese

(1) Las leyes canónicas niegan siempre los honores de la sepultura eclesiástica, es decir, la entrada y las oraciones de la Iglesia, á los cuerpos de los individuos que se han destruido, á menos de haber dado algunas señales de enajenacion mental ó alguna muestra de arrepentimiento.

hoy dia, dice, hasta cierto punto ocultar á los niños el que haya habido un suicidio en una familia; pero si le dais mas publicidad con la ejecucion de una ley rigurosa, los niños lo sabrán irremisiblemente, y tan espantosa nueva no podrá menos que aumentar en ellos terribles predisposiciones. Esta palabra, añade, me hace ocurrir una reflexion que me parece muy fuerte en pro de mi modo de pensar. ¡Qué! ¡es conviene en que el suicidio es la locura mas hereditaria, y se invoca toda la severidad de las leyes para castigarla! ¿Quiérese que la sociedad se apresure á marcar á la víctima en el seno mismo de su madre? Ese encarnizamiento contra un cadáver es además odioso por la ferocidad que implica. No conviene apacentar los ojos del pueblo con escenas sangrientas; porque la dulzura es el mas bello tipo de la humanidad, y el lejislador debe esforzarse todo lo posible para imprimirlo en las costumbres nacionales.»

No se debe pues combatir la funesta propension que nos ocupa con leyes represivas, porque fueran tan peligrosas como injustas. ¿No sabemos por otra parte que en los paises donde mas rigurosas han sido, como en Francia, y sobre todo en Inglaterra, han sido siempre impotentes contra tamaño frenesí?

Ya lo hemos dicho; cuando el hombre desconoce los derechos de su Criador, cuando se obstina en creer que mas allá de la existencia no hay nada, entónces sobre todo es cuando se atreve á alzar una mano homicida contra sí mismo. Reconciliad su alma con las grandes verdades del cristianismo, enseñadle sus deberes como hombre y como ciudadano, y luego comprenderá que su vida no es mas que un depósito, del cual no puede disponer sin hacerse culpable con Dios, con la sociedad y consigo mismo. En el corazon de la juventud es particularmente donde conviene hacer jerminar los preceptos de relijion y de moral que pueden poner al hombre en guardia contra sus pasiones: todo está perdido, si se deja que lleguen á ejercer sobre él su imperio. ¡Cuántos padres infelices no tendrian que llorar la muerte voluntaria de un hijo tiernamente amado, si hubiesen sabido tempranamente precaverle con sus avisos, y sobre todo con buenos ejemplos, contra las peligrosas máximas de la incredulidad, y contra todas las varias seducciones que debieron asaltarle al entrar en el mundo!

Si los padres, para librarse de tan grande infortunio, están interesados en inculcar á sus hijos principios relijiosos; si deben inspirarles amor á la virtud, al órden y al trabajo; si deben contener en ellos los progresos de un frio egoismo ó de una loca ambicion, engrandecer su alma con ideas nobles y jenerosas, y hacerles apreciar la vida por medio de los lazos de familia que tanto contribuyen á su felicidad; es tambien un deber para los gobiernos, si quieren contener el espantoso aumento del suicidio, velar con esmero sobre la educacion de la juventud y sobre la

moral pública; trabajar para la felicidad del pais por medio de sabias instituciones, multiplicar los recursos de la industria, alentar el mérito, reprimir el desórden, y ofrecer á la desgracia y al dolor los auxilios que pueden salvarlos de la desesperacion. Yo creo que en obsequio de la sociedad convendria tambien que el poder premiase á los autores de las obras de moral mas propias para combatir las funestas máximas que multiplican las muertes voluntarias, y que se esforzase al propio tiempo en reprimir la publicidad de esos actos de delirio que se propagan luego por el instinto de imitacion.

Añadirémos á estas consideraciones jenerales que, siendo á menudo hereditaria la disposicion al suicidio, débese prudentemente evitar, cuando se trata de formar una alianza, entrar en una familia entre cuyos individuos hubiese alguno atacado de esa especie de locura. Sin embargo, cuando esto se descubre tarde, cuando se teme que una criatura lleve al nacer semejante predisposicion, conviene darse prisa á prevenirla, y no desesperar de vencerla. Las enfermedades hereditarias, segun observó ya Hipócrates, pueden prevenirse cambiando la constitucion de aquellos sobre quienes obran. Para conseguir tal rejeneracion debe ponerse desde luego el mayor esmero en la eleccion de los alimentos y en la educacion física. Si la disposicion hereditaria que se teme viene de la madre, es preciso que esta renuncie á criar á su hijo, y que la nodriza que se le dé reuna todas las circunstancias físicas y morales que puedan influir saludablemente en la criatura. Sea cual fuere, por lo demás, el acierto de esta importante eleccion, es tambien indispensable la asidua asistencia de un médico esperimentado, porque el buen éxito de la cura que se desea depende principalmente de la bien entendida aplicacion de los medios hijiénicos. El aire puro y libre, una habitacion sana y agradable, figuras risueñas, ejercicios jimnásticos, juegos variados y alegres, la compañía de sujetos de buen humor, etc., son otras tantas circunstancias que deben cooperar á la curacion. Es esencial tambien, para el niño á quien se quiere preservar de una funesta predisposicion hereditaria, acostumbrarle desde un principio á dominarse á sí mismo. Al efecto se debe ganar su confianza, ordenar sus ideas y todos los movimientos de su corazon, no permitir que sus facultades intelectuales se desenvuelvan á espensas de sus facultades físicas, apartarle de toda lectura y de todo contacto que pueda exaltar sus pasiones, habituarle á sufrir sin impaciencia los males ó las contrariedades que no ha sido dable evitar, enseñarle en fin á cumplir estrictamente todos los deberes que le imponen la relijion, la naturaleza y la sociedad. Cuando todo esto se haya logrado, la disposicion hereditaria habrá ya perdido sobre él su funesto influjo.

Una parte de los medios hijiénicos de que acabo de hablar respecto á las criaturas puede aplicarse tambien á los adultos que tengan cierta

disposicion al suicidio. Así son medios poderosos para combatirla un aire saludable, la distraccion y el ejercicio. Un trabajo manual y diario, los juegos que obligan á hacer grandes movimientos, los paseos, á pié, á caballo ó en carruaje, á veces por caminos ásperos é insólitos, los viajes por tierra, durante los cuales se pueden hacer nacer un sinnúmero de pequeños incidentes que forzosamente distraigan al enfermo de su idea fija, pueden servir tambien de gran utilidad, sobre todo si las personas encargadas de cuidarle son capaces de ocupar agradablemente su imajinacion con su buen humor y con la amena variedad de sus conversaciones. Para que estos viajes produzcan un efecto saludable, aconseja el Dr. Falret que se les suponga un objeto no sanitario. Soy tambien de este dictámen, con tal que el pretesto escojitado sea adecuado al carácter del enfermo de quien se trate. Durante el camino, reanimando sus gustos, sus afecciones, dispertando en su corazon sentimientos de jenerosidad, de rendimiento, ó de beneficencia, se logrará con mas seguridad aficionarle á la vida é inspirarle nobles resoluciones. Una serie de lecturas apropiadas y la composicion de alguna obra agradable, pueden en ciertos casos, traer los mas felices resultados; porque, sobre que el trabajo intelectual disipa el mal humor, que acompaña las penas del alma lo mismo que los dolores del cuerpo, promete á la imajinacion un porvenir dichoso en el cual necesita siempre mecerse aquella.

Aunque las pasiones son jeneralmente frecuentes causas del suicidio, han sido no obstante algunas veces empleadas con feliz éxito como medios curativos: el amor, sobre todo, puede ser un poderoso ausiliar: si, en muchos casos provoca una funesta exaltacion del espíritu; puede tambien en algunos otros, restablecer el equilibrio del alma: todo depende de su naturaleza y del objeto que lo inspira. (Véase la observacion trascrita en la pájina.....) Se ha observado, particularmente en Inglaterra, que el mayor número de los que se destruian por tedio á la vida eran célibes. El médico moralista hará bien de tomar en cuenta esta observacion.

Se ha notado igualmente que una emocion viva, un fuerte sacudimiento producido por una dicha y tambien por una desdicha imprevista, podian causar una feliz reaccion en el organismo de las personas afectadas de la melancolía suicida, y reconciliarlas con la vida. Pero si diversos ejemplos prueban que esa especie de reacciones han producido en ciertos casos un efecto saludable, nada sin embargo debe ensayarse sino bajo la direccion de un práctico ilustrado, pues de lo contrario nos espondríamos á acelerar el cumplimiento de los homicidas proyectos que se quieren desvanecer.

Además, muy á menudo es indispensable alejar de su familia ó de su habitual compañía á los individuos afectados de este delirio, porque la

continua vijilancia que exije su estado requiere un sinnúmero de medios y de precauciones que no se hallan reunidos sino en los establecimientos destinados para la curacion de las enfermedades mentales.

Es necesario sobre todo que las personas encargadas del tratamiento del enfermo le manifiesten interés y aprecio; que le guarden las mas constantes deferencias, y que procuren reanimar mañosamente en él las ilusiones y las esperanzas en que se complacia, y sin las cuales la vida no le parece mas que una carga insuportable. Una vez dueños de su confianza, fácil nos será derramar sobre las llagas del alma el bálsamo saludable de la relijion, pero, aun cuando con este poderoso auxilio se haya logrado retornar al infeliz el uso completo de su razon, no debemos por ningun término abandonarle á sus propias fuerzas: el apartamiento de las causas que determinaron la enfermedad, la continuacion del tratamiento moral y terapéutico, un esmero y una vijilancia como al descuido, para que el enfermo no la comprenda, pero asidua y de todos los momentos, son condiciones necesarias para prevenir las recaidas por desgracia muy comunes en esta clase de dolencias.

Documentos estadísticos sobre el suicidio.

«Hé aquí, segun M. Moreau de Jonnés, la tabla de los suicidios averiguados en Lóndres por espacio de un siglo y medio. Como los números van indicados por períodos decenales, bastará quitar la última cifra para tener el promedio anual.

De 1690 á 1699. . . .	256
De 1700 á 1709. . . .	278
De 1710 á 1719. . . .	301
De 1720 á 1729. . . .	478
De 1730 á 1739. . . .	501
De 1740 á 1749. . . .	422
De 1750 á 1759. . . .	565
De 1760 á 1769. . . .	351
De 1770 á 1779. . . .	359
De 1780 á 1789. . . .	224
De 1790 á 1799. . . .	274
De 1800 á 1809. . . .	347
De 1810 á 1819. . . .	562
De 1820 á 1829. . . .	581

«El máximo de los suicidios tuvo lugar de 1720 á 1740, bajo los reinados de los dos primeros Jorjes. Habia uno, año comun, por cada 11.000 habitantes, al paso de 1810 á 1830 no ha habido mas que 1 por ca-

da 22.000, ó uno en vez de dos, con respecto á la poblacion. Esto es la inversa de lo que jeneralmente se cree. Con todo, de 1830 á 1834, el número de los suicidios ha sido de 57, promedio anual, lo cual supone que el período decenal ascenderá á 484, ó una centena mas que en el período anterior. Segun las investigaciones de Hoggs sobre Westminster, esta plaza de Lóndres tiene muchos menos suicidios: de 1811 á 1821 no se ha contado mas que 1 por 172.000 habitantes; y de 1821 á 1831, 1 por 190.000: ha habido 3 suicidios entre los hombres por 1 entre las mujeres.

«Los meses de junio y julio son la época del mayor número, y los meses de agosto y noviembre los en que hay menos suicidios.

Número y porporcion de los suicidios en las capitales de Europa.

CIUDADES.	AÑOS.	NUMEROS.	PROPORCION.
Berlin. . . .	1822. . . .	360. .	1 por 750
Copenhague. .	1806. . . .	100. .	1 por 1000
Nápoles. . . .	1828. . . .	350. .	1 por 1100
Hamburgo. . .	1822. . . .	59. .	1 por 1800
Berlin. . . .	1808. . . .	60. .	1 por 2500
Paris.	1836. . . .	341. .	1 por 2700
Milan. . . .	1827. . . .	37. .	1 por 3200
Berlin. . . .	1797. . . .	35. .	1 por 4300
Viena. . . .	1829. . . .	45. .	1 por 6400
Praga. . . .	1820. . . .	6. .	1 por 16000
Petersburgo. .	1831. . . .	22. .	1 por 21000
Lóndres.. . .	1834. . . .	42. .	1 por 21000
Nápoles. . . .	1826. . . .	15. .	1 por 27000
Palermo.. . .	1831. . . .	2. .	1 por 175000

«Se ve por consiguiente que los habitantes de Lóndres son mucho menos propensos al suicidio que los de la mayor parte de las ciudades de Europa, empezando por Berlin y Paris, é inclusa la poblacion de Delhi, antigua capital del imperio Mogol, donde hubo, en 1833, 65 suicidios, ó 1 por cada 3.100 habitantes: así que la opinion de que el clima de Inglaterra predispone al suicidio es completamente errónea (1).» *(Estadís-*

(1) ¿Será tal vez un poco demasiado absoluta esta proposicion? y la diferencia que se encuentra en mas en el número de los suicidios cometidos en Francia, ¿no podria depender en parte de la exactitud mas rigurosa que muestra el ministerio público francés en la averiguacion de las muertes voluntarias?

tica de la Gran Bretaña é Irlanda, por Alej. Moreau de Jonnés).

Tabla de los suicidios que han llegado á noticia del ministerio público de Francia durante el espacio de trece años (1827-1839).

AÑOS.	EN PARIS.	EN FRANCIA.
1827.	261.	1.542
1828.	279.	1.754
1829.	307.	1.904
1830.	269.	1.756
1831.	359.	2.084
1832.	369.	2.156
1833.	325.	1.973
1834.	360.	2.078
1835.	393.	2.303
1836.	415.	2.340
1837.	433.	2.443
1838.	483.	2.586
1839.	486.	2.747
TOTALES. . .	4.739	27.668

Así pues en el espacio de 13 años se cuentan en Francia 27.668 suicidios, que son mas de 2000 por año.

Desde 1835, época en la cual se empezaron á clasificar los suicidios por sexos, hasta 1839, se cuentan 9.305 víctimas entre los hombres y 3.116 entre las mujeres. La proporcion de estas últimas respecto de los hombres es pues, en los cinco años, de 33 por 100, ó sea la tercera parte, á corta diferencia, del número total.

Los suicidios pertenecientes al departamento del Sena forman cerca de un quinto del número total.

Paris, centro universal de la literatura, de las ciencias, de las artes, del buen gusto y de la civilizacion, Paris, manantial de placeres de toda suerte, es por lo mismo en Europa, y quizás en todo el mundo, la ciudad donde las imajinaciones ardientes se estravian mas á menudo, y donde encuentran las mas crueles decepciones en medio de las esperanzas que las hechizan. ¿Qué estraño es pues que tantos hombres, que tantos jóvenes abandonados á sí mismos, acaben en Paris con un suicidio una vida atormentada por insaciables deseos de placer, de gloria ó de riquezas?

Hé aquí la tabla de los 2.747 suicidios averiguados en 1839 por el ministerio público. Las mujeres que no tenian profesion han sido clasificadas por la de sus maridos.

TABLA *oficial de los* 2747 *suicidas cuya muerte ha sido averiguada en Francia durante el año* 1839.

PROFESION DE LOS SUICIDADOS.	HOMBRES.	MUJERES.
I.		
Pastores.	20	2
Leñadores, carboneros.	6	»
Cultivadores, labradores, jornaleros. . . .	586	207
II.		
Obreros en madera.	88	6
——— en cueros, pieles, etc.	33	1
——— en hierro, metales, etc.	66	5
——— en hilo, lana, seda, etc.	93	32
——— en piedra, albañiles, plomeros. . .	43	3
——— en materias varias.	24	»
III.		
Panaderos, pasteleros.	21	»
Carniceros, choriceros.	14	2
Molineros.	18	»
IV.		
Sombrereros.	4	1
Zapateros.	44	2
Peluqueros, barberos.	14	»
Sastres, tapiceros, costureras.	39	53
Blanqueadores.	2	16
V.		
Mercaderes al menudeo, establecidos ó fijos. .	68	15
——————— ambulantes.	11	3
——— al pormayor, banqueros, etc. . .	41	1
Mercaderes en comision.	24	3
VI.		
Mandaderos, fajines, aguadores.	27	»
Marineros, bateleros.	17	»
Carruajeros.	15	»
VII.		
Posaderos, limonaderos.	40	14
Criados domésticos.	65	76
VIII.		
Artistas.	10	»
Suma y sigue.	1,423	442

PROFESION DE LOS SUICIDADOS.	HOMBRES.	MUJERES.
Suma anterior. . .	1,423	442
Curiales, escribientes.	23	»
Estudiantes.	6	»
Funcionarios y ajentes de la fuerza pública. .	78	5
Institutores, profesores.	10	3
Militares, jendarmes.	172	1
Abogados, médicos y demás profesiones liberales.	18	»
Propietarios, renteros que viven de su patrimonio.	123	54
IX.		
Prostitutas.	»	5
Mendigos vagabundos.	23	6
Sin profesion.	58	83
Profesion desconocida.	115	99
Totales. . .	2,049	698

El número de los suicidios crece cada año: en 1839 ascendió á 2747, esto es, 161 mas que en 1838, 304 mas que en 1839, y 407 mas que en 1836. En el solo departamento del Sena ha habido 486, ó sea de un quinto á un sexto del número total; vienen en seguida los departamentos donde hay ciudades mas populosas, y sobre todo los mas cercanos á Paris. No ha habido mas que un solo suicidio en el Jers: la Córcega no cuenta mas que 1, el Lozere 2, y el Ariege 3.

Entre los suicidas figuran 698 mujeres, ó sea poco mas de un cuarto del número total. Cada época de la vida, desde la infancia á la vejez, ha pagado su tributo á esta enfermedad: cuéntanse 2 niños de ocho á nueve años: 2 de once; 1 de doce; 2 de trece; 3 de catorce; 9 de quince; 147 individuos de edad de diez y seis á veinte y un años; 335 sexajenarios; 189 septuajenarios; 41 octojenarios.

Entre los suicidados se encuentran jentes de todas profesiones, de todas las clases sociales, desde las mas humildes á las mas encumbradas: los habitantes del campo atentan contra sus dias lo mismo que los habitantes de la ciudad.

Los medios con mas frecuencia empleados para darse la muerte son siempre la submersion y la estrangulacion: 958 individuos se han ahogado, 816 se han aborcado ó estrangulado, 189 se han asfixiado por medio del carbon. Este último jénero de muerte es empleado sobre todo por los habitantes de Paris, donde han tenido lugar 141 suicidios por tal medio.

Los motivos presuntos del suicidio han sido muy varios, pero á corta diferencia iguales á los de los años anteriores. La miseria, las vicisitudes de fortuna, los pesares domésticos, el embrutecimiento producido por la borrachez y la mala conducta, el deseo de poner un término á los padecimientos físicos, y la enajenacion mental, son las causas con mas frecuencia señaladas (Véase la tabla siguiente).

El número de los suicidios ha seguido variando segun las estaciones; han sido mas numerosos en estío y primavera que en otoño, y sobre todo que en invierno.

Motivos presuntos de los suicidios.

MOTIVOS PRESUNTOS. DE LOS SUICIDIOS.	NUMERO DE LOS SUICIDADOS.		
	HOMBRES.	MUJERES.	TOTAL.
MISERIA Y REVESES DE FORTUNA.			
Miseria.	133	29	162
Negocios mal calculados, deudas.	162	11	173
Pérdida en el juego.	6	»	6
——— de empleo.	12	3	15
——— de pleitos.	5	1	6
Otras pérdidas.	18	2	20
Temor de la miseria.	13	3	16
Reveses de fortuna.	19	5	24
Sentimiento de haber dispuesto de sus bienes.	1	2	3
Esperanza de una donacion no realizada.	8	»	8
AFECCIONES DE FAMILIA.			
Amarguras del destierro.	2	»	2
Dolor por la pérdida de un pariente, de un hijo.	15	14	29
—— por su ingratitud ó mala conducta.	11	6	17
—— por la ausencia de los hijos.	3	3	6
Sentimiento de vivir lejos de la familia.	3	»	3
—de los niños maltrs ó reñidos por sus padres.	6	4	10
—por saber que el padre está infeliz.	1	»	1
Disputas sobre intereses entre parientes.	5	3	8
Zelos entre hermano y hermana.	»	3	3
Sentimientos domésticos varios.	145	48	193
AMOR, ZELOS, DISOLUCION, MALA CONDUCTA.			
Amor contrariado.	52	32	84
Zelos entre esposos, entre amantes.	11	8	19
Embarazo fuera del matrimonio.	»	19	19
Fastidio de estar casado.	1	2	3
Verguenza de una mala accion, remordimientos.	13	4	17
Pereza.	5	1	6
Mala conducta, disolucion.	86	14	100
Borrachera (acceso de).	45	4	49
Borrachez habitual (embrutecimiento).	76	22	98
CONTRARIEDADES VARIAS.			
Disgusto de su posicion social.	2	»	2
Deseo de librarse de persecuciones judiciales.	73	20	93
Suma y sigue.	932	263	1195

MOTIVOS PRESUNTOS. DE LOS SUICIDIOS.	NUMERO DE LOS SUICIDADOS.		
	HOMBRES.	MUJERES.	TOTAL.
Suma anterior.	932	263	1195
Deseo de sustraerse á la ejecucion de una senten[a].	8	1	9
— á castigos disciplinarios (militares).	18	»	18
— á la calumnia.	5	3	8
— á padecimientos físicos.	192	66	258
Tedio á la vida.	80	20	100
Melancolía, hipocondría.	37	13	50
Disgusto del servicio militar.	17	»	17
Discusiones con los amos.	10	4	14
Sentimiento de dejar un amo.	5	3	8
—— de comparecer en justicia como testigo.	»	1	1
—— de ser fea.	»	1	1
—— de haber herido involuntariamente á un amigo.	1	»	1
ENFERMEDADES CEREBRALES.			
Enajenacion mental.	352	218	570
Monomanía.	36	24	60
Idiotismo, imbecilidad, endeblez de espíritu.	26	9	35
Fiebre cerebral (acceso de).	29	8	37
Cólera (acceso de).	1	»	1
Exaltacion política.	3	»	3
Terrores relijiosos.	3	4	7
Suicidios despues de asesinatos, heridas. etc.	26	3	29
Motivos desconocidos.	268	57	325
TOTALES.	2049	698	2747

Para *observaciones* de suicidios véanse las consignadas en los artículos AMOR, AVARICIA, AMBICION, CÓLERA, ZELOS, PEREZA, VANIDAD, etc.

Además de las obras ya citadas en este capítulo, debo mencionar: los *Entretiens sur le suicide*, por el abate Guillou; *De la Manie du suicide et de l'esprit de révolte*, por J. Tissot, de Dijon; y la traduccion de la *Historia crítica y filosófica del suicidio*, del P. Appiano Buonafede, por los Sres. Armellino y Guerin.

CAPITULO XIV.

DEL DESAFIO.

Si el desafio no es ordinariamente mas que el resultado de la cólera, de la venganza, ó de una funesta preocupacion ; es tambien á veces efecto de una pasion sanguinaria, que nos manifiesta hasta que grado de ferocidad puede llegar el hombre cuando no pone ningun freno á sus inclinaciones.

Bajo muchos aspectos puede asimilarse el duelo al suicidio, sobre todo bajo el de que ambos se burlan al parecer de las leyes divinas y humanas. Pero el hombre que quiere quitarse la vida, por culpable que sea, nunca lo será tanto como el duelista que sintiéndose mas fuerte ó mas diestro, provoca á su víctima, y la degüella sin piedad, gloriándose de su crimen.

Para los duelistas el matar es una necesidad, un hábito : los hay que se desesperan si llegan á pasar una semana sin tener un *lance*. Yo he conocido á uno que frecuentemente se batia tres veces en un dia : cuando no tenia que vengar ninguna injuria personal, se constituia campeon de sus amigos, y á veces hasta de personas con quienes ninguna relacion habia tenido jamás. Herido á veces, aflijíanle sus dolores únicamente porque le privaban de cebar su furor ; mas apenas curado, recorria los lugares públicos, con la cabeza erguida, la amenaza en los labios, y el mirar encendido, como el de un animal feroz que busca presa. Apenas hallaba la suya, no la dejaba ya, entraba en furor si querian arrancársela; y á veces en lugar de un desafío armaba tres ó cuatro. Por lo demás, tales dias eran para él los mas hermosos de su vida. Este espadachin, citado como uno de los mejores floretistas, tuvo la suerte que suelen tener todos sus parecidos ; fué muerto en Dieppe, por un jóven marino que en su vida habia tocado florete.

Esta especie de hombres, muy comunes en otro tiempo, lo son mucho menos en nuestros dias : la opinion pública ha hecho justicia de ellos. Esta caprichosa reina del mundo, menos ilustrada antiguamente, ordenaba el duelo en nombre del honor, hoy lo condena en nombre de la humanidad ; y nuestras leyes, de acuerdo con ella, lo persiguen con rigor, asimilándolo al homicidio voluntario. Esperamos que su doble influencia acabará de triunfar de una costumbre feroz que nos legaron los siglos de ignorancia y de barbarie, y que está á la vez en pugna con la naturaleza, con el órden público, con la moral y con la relijion.

« El duelo, dice un sabio jurisconsulto, es *contrario al derecho natural*, porque todos los animales están organizados para conservar su vida, y á todos les lleva el instinto á velar para su seguridad individual.

« Es *contrario* al *órden social,* porque en todo estado civilizado cada cual se debe á la defensa comun, la vida de cada uno pertenece al príncipe y á la patria, y nadie puede disponer de su persona, ni esponerse siquiera á los trances de un combate de muerte sin necesidad y sin ventajas para su pais.

«Es *contrario á la relijion,* porque esta prohibe al hombre el ofender, herir ó matar á su prójimo: al revés, le ordena perdonar las injurias.

«Es *contrario á la razon,* porque el ofendido, so pretesto de obtener justa reparacion de una injuria, sale muchas veces herido ó muerto; y su adversario victorioso añade, por toda satisfaccion, un asesinato á un ultraje, y un crímen á un delito.

«Es hasta *contrario á las leyes del honor,* porque si el honor prescribe al ultrajado pedir una justa satisfaccion al ultrajante, tambien le prohibe que se tome esta satisfaccion por un medio que á la vez reprueban el derecho natural, la ley civil, la moral y la relijion.» *(Loyseau, Memoria sobre el desafio)*.

En un discurso sobre los medios mas eficaces de estirpar el duelo en Francia, el baron de Saint-Victor habia propuesto en 1820: 1.° prohibir la profesion de la esgrima en cuanto á la educacion civil; modificarla en cuanto á la educacion militar, é impedir, por medio de una severa disciplina, que ese arte fuese dirijido contra Franceses; 2.° cambiar la denominacion de *punto de honor* en la de *punto de insulto*; 3.° hacer dar palabra de honor á todos los militares y empleados de que en su vida apelarán al duelo; 4.° declarar deshonroso é infamante el acto de batirse; 5.° escluir de los empleos y de las reuniones particulares á cuantos faltasen á su palabra de honor: 6.° asimilar los delitos cometidos en duelo á los que castigan las leyes civiles criminales; 7.° inflijir irrevocablemente la pena de muerte á los que la hubiesen dado, en menoscabo de las leyes, de su juramento y de su honor.

TABLA estadística de los duelos que han llegado á noticia del ministerio público en Francia, durante el espacio de 8 años (1827-1834).

Años.	Desafíos seguidos de muerte.	Desafíos no seguidos de muerte.
1827.	19.	51
1828.	29.	57
1829.	15.	40

1830.	20.	21
1831.	25.	56
1832.	28.	59
1833.	32.	58
1834.	23.	29

Desde 1835, las *Cuentas jenerales de la justicia criminal* no traen ya el número exacto de desafíos, los cuales, por lo demás, son ahora clasificados entre los asesinatos.

CAPITULO XV.

DE LA NOSTALJIA.

Definicion y sinonimia.

No daré fin al estudio de las pasiones sociales sin decir cuatro palabras de una afeccion moral vulgarmente conocida bajo el nombre de *mal del pais,* y que los médicos han llamado *nostaljia* (1), á causa de la profunda tristeza que constituye su principal carácter.

Con efecto, la nostaljia es un deseo melancólico é imperioso de volver á ver los lugares donde pasamos nuestra infancia, y donde habitan los objetos de nuestra ternura. Sin fundamento han dicho algunos autores que la nostaljia era producida tan solo por la diferencia del aire atmosférico y del clima, puesto que desaparece, en los militares que la padecen, con la licencia absoluta, ó con la sola esperanza de una licencia temporal.

Aunque esta pasion se observe mas particularmente en la juventud, es bastante frecuente en los niños que las nodrizas devuelven á la casa paterna, como tambien en el viejo á quien un brusco cambio de pais rompe sus largos y queridos hábitos.

Nótase mucho mas á menudo en los biliosos que en los sanguíneos, y entre los hombres que entre las mujeres; lo cual depende de la posicion social de estas últimas, y quizás tambien de la mayor movibilidad de su carácter.

Los soldados (sobre todo los de infantería y los de marina), los cria-

(1) De νόστος, *retorno*, y de ἄλγος, *tedio*, *tristeza*.

dos y los esclavos padecen la nostaljía con mucha mas frecuencia que los individuos de cualquiera otra profesion.

Se ha observado, por último, que cuanto mas ásperos y silvestres son los paises, mas persigue la imájen al que está separado de ellos, y con mas hechiceros colores se le ofrece á cada instante. Con todo, numerosas observaciones atestiguan que los Bajo-Bretones y los Normandos que llegan á Paris por primera vez están muy sujetos á la nostaljía, al paso que se libran fácilmente de ella los habitantes de la Saboya y de la Auvernia. Sin embargo, no siempre es el apartamiento del suelo natal la causa de esta afeccion; niños y mozos ha habido que se han vuelto nostáljicos sin abandonar su pais, y solo por haber salido de la casa paterna, donde se les prodigaban cariñosamente los mas afectuosos cuidados.

Vistas tales consideraciones, ¿no seria bueno admitir tres especies de nostaljía, que las mas de las veces se confunden, no hay duda, pero que pueden tambien desarrollarse por separado? Para hablar el lenguaje de los frenólogos, la primera dependeria de la *habitatividad*; la segunda de la *afeccionividad*; y la tercera del imperio del hábito; esta seria la nostaljía por *habitutividad*.

Síntomas, curso y terminacion.

El individuo que se vuelve nostáljico empieza por tomar aversion á su posicion actual, igualmente que á los usos y costumbres de los lugares donde se encuentra. Incapaz de sufrir la menor contrariedad, huye de toda especie de reunion, y busca la soledad para dar suelta á sus ideas vaporosas y cuajadas en un principio de dulce melancolía. Poco á poco el tinte habitual de sus ideas se oscurece, vuélvese inquieto, descuidado, taciturno; casi nunca sale de la apatía en que está sumerjido, sino cuando cree hallar alguna semejanza ó relacion con los lugares, ó con las personas queridas, objetos únicos de su sentimiento y de sus votos. Si ha perdido la esperanza de volverlos á ver, pronto se notan en él todos los estragos del sufrimiento moral; su mirar es sombrío y torvo; sus párpados, rojos y entumecidos, dejan á veces escapar alguna lágrima involuntaria; su tez se marchita; pierde el apetito; su respiracion es corta, frecuente, é interceptada por repetidos suspiros; siente fatiga, debilidades espontáneas, dolores de cabeza, palpitaciones, y luego un enflaquecimiento jeneral, acompañado de notable debilidad de los sentidos y de las facultades intelectuales.

Agrávanse por último los síntomas: la fiebre, al principio fugaz é irregular, se hace continua, con recargos vespertinos; hay delirio é insomnio; la piel se mantiene constantemente seca y caliente; las sienes y las órbitas se ahondan; á continuacion de la diarrea colicuativa viene un marasmo espantoso; y muchas veces, en el momento de exhalar el último suspiro,

es cuando el infeliz descubre la causa del mal que le devoraba, y que una falsa vergüenza le habia hasta entónces hecho guardar en su corazon.

En los mas de los casos, la nostaljía sigue una marcha lenta é insensible; otras veces se despliega de golpe, al sonido de una tocata nacional que dispierta los recuerdos del pais nativo, á la vista de un compatriota, al recibo de una carta de familia, ó tambien por efecto de la tristeza, compañera inseparable de toda dolencia grave.

Se ha visto esta afeccion reinar epidémicamente en los ejércitos (1), y complicar el escorbuto, la disentería, la peste, y el tifo, cuyas terminaciones hacia aun mas desastrosas: muy raras veces ha llevado al suicidio á los desdichados cuya existencia emponzoña.

En la abertura de los individuos muertos de nostaljía, Broussais ha encontrado siempre diversas lesiones del canal dijestivo, y derrames serosos en los ventrículos del celebro. A menudo tambien las meninjes están opacas, rojas y espesadas, sobre todo hácia la parte anterior de los hemisferios cerebrales.

Tratamiento.

Tratamiento.—La simple nostaljía reclama mas bien un tratamiento moral que farmacéutico: así lo primero que hay que hacer en esta afeccion es restituir á sus hogares al infeliz atormentado por el deseo de volver á verlos. ¡Cuántos nostáljicos, reducidos al último grado de marasmo, han recobrado sus fuerzas á las puertas del hospital ó del pueblo que dejaban! Si el apartamiento es demasiado considerable, ó si el rigor de la estacion es un obstáculo para su inmediata partida, se disipará su abatimiento alimentando en ellos la esperanza de una partida próxima; se sostendrán al mismo tiempo sus fuerzas con un réjimen apropiado, al cual podrán asociarse algunas agradables distracciones. Por lo demás se ha visto que la sola promesa de una licencia ponia convalecientes á muchos soldados que, de vuelta al rejimiento, no pensaban mas que en la gloria, y no querian hacer mas uso del favor que se les habia dispensado.

La nostaljía de las criaturas separadas de sus nodrizas no suele ser de larga duracion. Distracciones varias, y caricias acompañadas de alguna golosina bastan en las mas para hacerles olvidar á aquella que desde su nacimiento les prodigara los mas tiernos cuidados. Hay con todo algunos

(1) La nostaljía se cebó particularmente de una manera epidémica en el ejército del Rin, á principios del año II; en el de los Alpes, durante los primeros meses del año VIII; y en el grande ejército reunido en Maguncia en 1813. En 1841, se han observado tambien, en el campo de Luneville, muchos casos de esta terrible enfermedad, cuya trasmision contajiosa favorecen notablemente los reveses, el frio estremado, las grandes fatigas y la miseria.

niños en quienes no es tan fugaz la memoria del corazon, y á quienes hay que reunir con el objeto de su afeccion, si queremos poner un dique á su rápido depauperamiento.

Una pasion hay diametralmente opuesta á la nostaljía, que produce sin embargo los mismos efectos, y que halla tambien su curacion en el cumplimiento de sus deseos: tal es el *amor de los viajes*, ó sea la *necesidad de mudar de lugar.* Esta pasion, determinada á menudo por una ardiente curiosidad, por la sed de independencia, ó por la esperanza de una elicidad imajinaria, se observa particularmente en los jóvenes que apenas han salido de la pubertad, se han visto tan dominados por el deseo de abandonar su pais y su familia, que, si se les negaba el permiso de partir, caian en una profunda tristeza, perdian completamente, el apetito, y no tardaban en estar minados por la fiebre héctica. Y si, al contrario, se satisfacian sus deseos, como por encanto volvian de las puertas del sepulcro. Conozco tres ejemplos de esta manía de los viajes, sobrevenida inmediatamente despues de la lectura del *Robinson Crusoé.* Durante una larga permanencia en tierra, se han observado igualmente viejos marinos sumidos en torva melancolía, que no los dejaba hasta zarpar del puerto su embarcacion.

Ejemplos y observaciones.

1. Nostaljía por afeccion, observada en un niño de dos años.

Eujenio L***, natural de Paris, fué enviado á una nodriza de las cercanías de Amiens, y devuelto á su familia á la edad de dos años. La fuerza de sus miembros, la fortaleza de sus carnes, el color de su tez, la viveza y jovialidad de su carácter, todo anunciaba en él un niño de complexion vigorosa y los buenos cuidados de que habia sido objeto. Durante los quince dias que la nodriza estuvo en la casa paterna, Eujenio siguió gozando de la mas floreciente salud; mas apenas hubo partido aquella mujer, cuando el niño se puso pálido, triste y moroso; hacíase insensible á las caricias de sus padres, y rehusaba los manjares que mas le lisonjeaban pocos dias antes.

Admirados de tan súbito cambio, los padres de Eujenio mandaron llamar al Dr. Hipólito Petit, quien, reconociendo desde luego los primeros síntomas de la nostaljía, recomendó frecuentes paseos y todas las distracciones infantiles que abundan en la capital. Estos medios, ordinariamente eficaces en casos tales, no sirvieron de nada; y el pobrecito enfermo, cuya demacracion iba creciendo, pasaba horas enteras tristemente inmóvil, fijos los ojos en la puerta por la cual habia visto salir á la que le sirviera de madre. Llamado de nuevo por la familia, el entendido práctico decla

ró que el único medio de salvar los dias de aquella criatura era hacer volver inmediatamente á la nodriza, la cual se lo llevaria luego consigo. A su llegada, prorumpió Eujenio en gritos de alborozo: la melancolía impresa en su semblante cedió desde luego el puesto á la irradiacion del éxtasis, y, para servirme de las palabras de su padre, *desde aquel momento empezó á revivir.* Llevado la semana siguiente á Picardía, estuvo allí cerca de un año, disfrutando de la mejor salud. Cuando su segundo regreso á Paris, el Dr. Petit hizo sucesivamente ausentar á la nodriza, primero algunas horas, despues un dia entero, y luego una semana, etc., hasta que el niño pudo habituarse á pasar sin ella. Esta táctica fué coronada del éxito mas feliz.

II. Nostaljía por habitatividad.

Hacia un gran número de años que moraba en la calle de la Harpe uno de esos hombres de hábitos caseros, cuya única distraccion consistia en ir á visitar á veces el mercado de las Flores, y que volvia á ver siempre con nuevo gusto su pequeña vivienda, en la cual reinaban en todas sus partes el órden y el aseo. Un dia que apresuradamente regresaba á su casa, encontró en la escalera al propietario, quien le dijo que, debiendo ser demolida la casa por motivo de la alineacion, viese de buscarse nuevo alojamiento por todo el trimestre inmediato. Al oir esta nueva, el pobre inquilino quedó petrificado de sorpresa y de disgusto. Entrado en el piso, se metió en cama, de la cual no salió en muchos meses, víctima de una profunda tristeza, acompañada de fiebre héctica. En vano trataba de consolarle el propietario ofreciéndole un piso mas cómodo en la nueva casa que iba á edificarse en el solar de la antigua: «¡Ya no será mi vivienda, contestaba con amargura, mi vivienda querida, que yo habia hermoseado con mis manos, donde treinta años hacia habia contraido todos mis hábitos, y en la cual me lisonjeaba la esperanza de acabar mis dias!»

La víspera del dia prefijado para la demolicion, fueron á avisarle que era absolutamente indispensable entregar las llaves el dia siguiente al mediodía lo mas tarde: «No las entregaré, repuso friamente; si salgo de aquí, ha de ser con los piés por delante.» Dos dias despues el comisario de policía fué requerido para hacer abrir la puerta del obstinado inquilino, y no encontró mas que el cadáver del infeliz, que se habia asfixiado por desesperacion de abandonar su carísima vivienda.

PASIONES INTELECTUALES.

CAPITULO XVI.

MANIA DEL ESTUDIO.

El estudio, ese alimento del espíritu, exije de nuestra parte gran sobriedad, si no queremos que se trasforme en un verdadero veneno cuya deletérea accion no es menos funesta al físico que al moral.

Sin duda que despues de haber meditado sobre los estragos que causa el abuso del estudio; fué cuando el filósofo de Jinebra dejó escapar de su pluma aquella chocante y falsa asercion: «El hombre que piensa es un animal depravado.» Rousseau hubiera sentado una verdad, si hubiese dicho: el hombre que piensa demasiado deprava su constitucion. Y con efecto, las personas cuyo celebro está de continuo sobrescitado por los trabajos intelectuales no tardan en tomar un aspecto distraido, atontado y hasta estúpido. Unicamente ocupadas en sus investigaciones, parece que han perdido el uso de los sentidos: muéstranse distraidas, irritables, caprichosas; y en el trato habitual de la vida se manifiestan tan fastidiadas como fastidiosas.

El abuso del estudio no solo echa á perder el carácter, sino que trastorna tambien todo el organismo. Los filósofos, los sabios, los literatos, los que nunca salen de sus libros, ¿no están mas particularmente espuestos á las gastritis, á las enteritis, á las hemorroides, á los tumores cancerosos del tubo intestinal, no menos que á las enfermedades crónicas de las vias urinarias? ¿No veis como se marchita su color, como encanecen antes de tiempo, y como sus articulaciones se constituyen asiento de fluxiones reumáticas ó gotosas, efecto de la falta de ejercicio muscular? Por último, ¿no es sabido que la conmocion trasmitida á todo el sistema nervioso por las vijilias prolongadas produce frecuentemente la ceguera, la pérdida de la memoria, la epilepsia, la catalepsia, la enajenacion mental, ó una muerte súbita y prematura (1). Entre los numerosos ejemplos de esta necesidad intelectual satisfecha en demasía, citaré la de Mentelli, hombre harto poco conocido, y cuya pasion no pasó casi de una *manía* la mas tranquila é inocente.

(1) Sin duda que el esceso en los trabajos intelectuales no da siempre márjen á tan funestas terminaciones; pero en tal caso, será por tratarse de individuos cuya profesion, ejercitando á la vez el cuerpo y el espíritu, restablece el equilibrio que la pasion del estudio tiende de continuo á destruir. Así es que Hipó-

Este sabio húngaro, á quien una muerte accidental (1) arrebató en 1836, fué sin contradiccion el tipo mas completo de la pasion del estudio, y uno de los hombres mas estraordinarios de que hace mérito la historia literaria.

Sin fortuna, pero rico de un inmenso saber, que debia mas bien á sí mismo que á su educacion, dejó su tierra nativa para recorrer á pié todos los paises de Europa, escepto la Inglaterra; permaneció algun tiempo en Lion (hácia 1804), y de allí pasó á Paris, donde fué acojido por el buen abate Devillers. Habiendo sido colocado de pasante en el establecimiento de M. Liotard, dejó muy luego aquel destino, que le absorvia mucho tiempo, y entró en el colejio de Enrique IV en clase de vijilante de noche, esperando poder trabajar pacíficamente mientras dormian los colejiales. Muy profundo ya en las ciencias exactas y la estadística, poseyendo igualmente bien el latin, el griego antiguo y moderno, el húngaro, el eslavon, el árabe, el sanscrito, el persa, el chino, el aleman, el italiano, el inglés y el francés, y comprendiendo además casi todas las otras lenguas conocidas, Mentelli podia fácilmente aspirar á una cátedra de profesor; y los amigos que se habia captado ya con su mérito y su urbanidad, le hubieran indudablemente secundado al intento: enemigo empero de toda dependencia, y siempre mas ávido de saber á proporcion que mas avanzaba en los primores de la ciencia, aquel hombre singular resolvió sacrificarlo todo á su única pasion. Sacudiendo pues el yugo que al principio le habia impuesto la necesidad, y renunciando á todo empleo, se retiró á una casuchita vieja que le cedieron grátis al estremo de un jardin, y allí vivió desde entónces á su gusto. Aquel albergue, que el sabio preferia á los palacios mas magníficos, estaba construido de tablas mal unidas y no tenia mas que unos siete piés en cuadro. El ajuar se componia de una mesita con una pizarra encima, una grande arca en la cual se acostaba, y que durante su trabajo le servia para poner los piés, que cubria con una mala manta de lana, una silla de brazos vieja atestada de libros de todos tamaños, un cántaro, un puchero de hoja de lata, y por último de un

crates y Galeno vivieron, segun se dice, mas de un siglo; así es que Rbysch prolongó su carrera hasta los 93 años, Winslow hasta los 91, y Morgagni hasta los 89. Sanchez Ribeiro vivió tambien 84 años, Hoffmann 82; Fracastor, Hygmare, Boerhaave, Van-Swieten, Pringle, Albino y Barthez pasaron de los 70 años; por último, Malpighi, Meibomio, Sydenham, Hunter, Bertin y Haller vivieron mas de sesenta años. Y al contrario, todos sabemos que, de resultas de prolongada vijilias y de habituales meditaciones sobre un mismo punto, Enleo, Leibnitz, Kant, Platner, Lineo y otros varios acabaron por caer en demencia.

(1) El 22 de diciembre de 1836, habiendo ido á buscar su provision de agua al rio, como tenia de costumbre, le resbaló el pié, cayó en el agua, que pasaba escesivamente alta, y se ahogó. Tenia entónces sesenta años. Su cadáver no fué encontrado hasta tres meses despues, debajo de una barca.

pedazo de estaño groseramente encorvado, que le servia de lámpara, y que venia á caer sobre la mesita, pendiente de un alambre. No desamparando aquel lugar de delicias sino una vez á la semana, para ir á dar una leccion cuyo producto le servia para la subsistencia, Mentelli se puso á estudiar regularmente veinte horas diarias, sin que por ello se alterase jamás su salud. El dia que iba á dar la leccion iba tambien á comprar provisio nes para la semana. Componíanse estas de patatas, que hacia cocer debajo de la lámpara, pan de municion, aceite de arder, de cuyo artículo consumia mucho en sus largas elucubraciones, y un cántaro de agua que siempre iba á llenar él mismo. En invierno, dormia en su arca, y el estio en su sillon de brazos, que le habia dado el cardenal Fesch. Dichoso con haber así reducido sus necesidades á lo que él llamaba el *estricto necesario,* Mentelli no hubiera robado un solo momento á sus estudios por todo el oro del Perú, pues aun creia que no estudiaba bastante tiempo.

Hácia 1814, acosado sin duda por la falta absoluta de lecciones, vióse precisado á buscar medios de vivir. Habiéndose presentado en Picpus, á un pequeño seminario dirijido por el abate Coudrin, habló, cubierto de andrajos, á un jóven profesor, y le pidió que le hiciese lograr un pequeño destino en la casa: «Poco, muy poco alimento me bastará, dijo Mentelli: para alojamiento me contentaré con cualquier rincon; no quiero dinero. Concededme lo que os pido, y os prometo esforzarme en seros útil.—¿Sabeis algo? ¿podriais dar lecciones de latin? — Sí señor.—¿Podriais esplicarme algunos trozos de Virjilio?—Si señor.» Le presentan el libro, y, sin abrirlo, se pone á esplicar un pasaje con tal perfeccion, como que el jóven profesor creyó que lo tenia estudiado de antemano. Mentelli añadió con modesta calma: «Si quereis, puedo repetiros todo el autor.—¿Sabeis el griego? — Un poco.» Le dan el Homero sin abrirlo, y se pone á traducir con la misma facilidad y elegancia que antes el Virjilio. El abate Coudrin, á quien fué presentado, le acojió benévolamente, y en cuanto hubo tomado los informes necesarios acerca de su moralidad, le confió la cátedra de filosofía: pero las lecciones del nuevo profesor parecieron tan abstractas á los alumnos, que fué preciso separarle y encargarle la clase de matemáticas.

Alojado al estremo del jardin, en un pabellon derruido, Mentelli, que habia escojido aquel lugar como el mas retirado, no quiso mas muebles que los suyos, añadiendo tan solo el lujo de un atado de heno que puso en su arcon para mantenerle el calor de los piés y servirle de cabezal en caso necesario. A aquel pabellon iban los discípulos á tomar sus lecciones. Reparando uno de ellos cierto dia una chinche en la mano del sabio, se lo hizo advertir y le incitó á matarla. «¿Y porqué?» repuso Mentelli, haciendo entrar suavemente al insecto dentro de la manga: «¿acaso tenemos derecho de matar á una criatura de la Divinidad? Este

animalito, como cualquier otro, es admirable en su especie: ni vos ni yo somos capaces de hacer cosa igual; dejémosle vivir.»

Cuando los ejércitos aliados se hallaban asediando á Paris, llegaron algunas balas hasta el jardin donde vivia el sabio: corrieron á advertirle del riesgo que corria permaneciendo en aquel sitio. Mentelli se hallaba tranquilamente sentado junto á la mesa, ocupado en la resolucion de un problema. Incomodado aparentemente de que le interrumpiesen, levantó la cabeza y dijo al que queria arrancarle del peligro: «¿Qué hay de comun entre esas balas y mi persona? dejad qne caigan, y sobre todo dejadme en paz» El superior del seminario tenia prescrito que aquel hombre singular fuese tratado con la mayor atencion, y sobre todo habia exijido de él que cada dia comiese de dos platos, y que diariamente bebiese un poco de vino. Mentelli, sometiéndose en un principio á aquella órden, admitia el alimento que le llevaban; usaba de él con mucha sobriedad; mas esta misma sobriedad le pareció luego un esceso reprensible; y no pudiendo por otra parte soportar por largo tiempo la especie de dependencia á que se creia sujeto, tomó el partido de dejar aquella casa donde todos se esmeraban en mostrarle el mayor aprecio, y se separó despues de haber estado un año en ella.

Habiendo ido á establecer su domicilio en el Arsenal, donde habia obtenido la concesion de un miserable recinto, convertido en bodega despues que hubo muerto, volvió á encontrar en aquella especie de cloaca todos los placeres que tanto codiciaba, es decir, una soledad absoluta, su cántaro de agua, su pan de municion, sus patatas, y en especial la feliz libertad de dedicarse sin interrupcion al estudio, única necesidad que le atormentaba. Un dia de la semana, como antes, destinó á dar una leccion de matemáticas, de griego ó de árabe: aquel era un dia robado á sus libros, á quienes llamaba siempre *sus buenos*, *sus queridos amigos*: pero como la necesidad se lo imponia por ley, se sometia á ella sin quejarse, y hasta prolongaba su leccion una y mas horas, si así lo queria el discípulo.

Su gasto, escepto el de la compra de libros, ascendia, sin variacion alguna, á siete sueldos diarios, tres para la manutencion, y cuatro para el alumbrado. En cuanto al gasto de lavandera, lo suprimió totalmente, renunciando á llevar ropa blanca. Nunca se calentaba por mucho que fuese el rigor de la estacion; y era menester que su vestido, siempre compuesto de una hopalanda, ó de un capote de soldado, comprado, como el pan de municion, en algun cuartel, le cayese á pedazos para que se decidiese á reemplazarlo. Un pantalon de tela ó de nanquines, una casqueta de piel, unos enormes chanclos, y las piernas desnudas, completaban su traje.

Sus amigos (pues Mentelli se habia hecho muchos entre los hombres

mas distinguidos de la capital, y tambien del estranjero), sus amigos, digo, quisieron un dia introducir algunas modificaciones en su traje, y le mandaron muchos vestidos: los llevó una ó dos veces; pero su amor á los libros le decidió muy pronto á vender todas aquellas piezas para procurarse algunas obras que deseaba poseer. Volviendo pues á ponerse su vieja hopalanda, lo mete todo en un baul, y cargándoselo á cuestas, lo lleva á casa de un ropavejero, quien, comparando la pobreza de sus vestidos con el escelente estado de los que le ofrece para vender, tómale por un ladron y lo hace prender. Encerrado con los vagabundos en la sala comun de la policía, nuestro sabio pasó una semana entera sin pensar en hacerse reclamar por sus amigos; y, puesto en libertad, confesó que «si le hubiesen dado un calabozo particular, y libros para continuar sus estudios, no hubiera hecho reclamacion alguna para salir de aquel lugar donde le daban pan y agua á discrecion.»

Mentelli, que habia viajado mucho cuando jóven para completar su instruccion, sentia á menudo no haber visitado la Inglaterra, y hasta llegó á formar por un instante el proyecto de hacer una escursion á aquel pais. Aunque no ignoraba que todo estaba muy caro en aquel pais, dijo cierto dia á un Inglés que él esperaba recorrerla bien por todas partes y no gastar mas que 150 francos. El Inglés se echó á reir asegurándole que aquello no era posible. «He gastado tres veces menos, á proporcion, en mis viajes por el continente, replicó Mentelli; pero hago entrar en mi cálculo lo caros que están entre vosotros los víveres. A mí me basta comer pan solo, beber agua, y dormir debajo de un árbol en el campo, ó debajo de un pórtico de iglesia en los pueblos y ciudades.—¡Ay mi buen señor! el mayor crímen en Inglaterra es tener poco dinero: ser pobre es ser culpable; y nuestras leyes, que protejen al ciudadano, no saben defender mas que su propiedad. Si dormis á la sombra de un árbol, os tratarán como á un vagamundo ó á un cazador en vedado, y os meterán en la cárcel... Creedme, si vais á Inglaterra, llevad con vos lo que baste á libraros de los inconvenientes de la pobreza, pues de lo contrario, pudierais tener que llorar amargamente vuestra imprudencia.» Este juicioso aviso hizo que el filósofo húngaro renunciase á su proyecto, y pronto le hubieron sus libros consolado de aquel pequeño disgusto.

A pesar de su pasion tan esclusiva al estudio, distaba mucho Mentelli de ser insociable: amaba á sus semejantes, y se comunicaba con ellos placentero, sobre todo el dia que por precision tenia que robar á sus ocupaciones favoritas. Hábil dialecto, complacíase á veces en sostener las opiniones mas paradojales: pero como aquello era un puro juego de su espíritu, pronto tornaba á la verdad, y uno no podia entónces menos de admirar su rara sagacidad y la amena variedad de sus conocimientos.

Sus maneras eran suaves, hasta seductoras, y su carácter era tan igual que sus mas íntimos amigos no habian jamás notado en él la menor alteracion. Su larga barba y su fisonomía, á la vez grave y espresiva, traian á la imajinacion aquellos hermosos retratos en los cuales representó el Ticiano á algunos de sus contemporáneos.

Mentelli tenia singular predileccion á la infancia. Por mucha que fuese la rigurosa economía que estableció en sus gastos personales, el dia que iba á proveer para la semana nunca dejaba de comprar algunas nueces ó pastelitos para tener el gusto de repartirlos á las criaturas que encontraba; y tampoco era raro verle figurar aquel dia en medio de un grupo de chiquillos atraidos por sus larguezas y su buen humor. Era tambien muy aficionado á los ratones, habiendo domesticado muchos que tenian el privilejio de salir á comer su pan de municion en su misma mesa.

El único defecto por el cual se podian hacer verdaderas cargos al buen Húngaro era su estremado desaseo, que no dejaba de ofender á los que se le acercaban mucho. Aquella poca limpieza, junto con el insuportable hedor que exhalaban sus vestidos, le hizo perder muchas lecciones, y entónces se veia reducido á servir de modelo en los talleres de pintura: pero estos inconvenientes nunca eran parte para hacerle volver en sí y cuidar un poco mas de su persona: su pasion absorvia todas las demás ideas. Cuando el cólera, hubo que emplear la fuerza armada para obligarle á interrumpir sus estudios, á fin de que durante la interrupcion se pudiese limpiar su infecta vivienda.

Este defecto esencial no apartó sin embargo de Mentelli á los verdaderos apreciadores de su mérito. Varios miembros del Instituto eran íntimos amigos suyos; paseaban con él, y convidábanle á sus reuniones como á su mesa. Rarísima vez admitia estas últimas invitaciones: una comida estraordinaria trastornaba su salud; un solo vaso de vino le daba calentura, y por otra parte no queria quebrantar sus hábitos de sobriedad, en la cual, decia él, estribaba su independencia.

Por lo demás, la afectacion de singularidad no entró para nada en la adopcion de aquella vida austera, de la cual no se cansó jamás, y que aventaja á cuanto sabemos de algunos antiguos filósofos. Para él, el amor de la ciencia fué el único bien apetecible; á él sacrificó todos los placeres que cautivan á los demás hombres; pero nadie le consagró un culto mas desnudo de vanidad como de ambicion. Es de notar que durante mas de treinta años que se le vió llevar en Paris una vida al parecer tan miserable, ni una sola vez siquiera se le oyó quejarse de su situacion; que no sufrió ó al menos no se conoció que sufriese ninguna incomodidad física: y por último, que nada perdió de aquella lucidez de espíritu, de aquella calma perfecta que anunciaban en él á la vez el hombre superior y el verdadero filósofo.

Es de sentir no obstante que un hombre de tal temple haya dedicado tantos años al estudio, sin pensar en enriquecer la ciencia con los tesoros que habia juntado: no nos queda de él obra alguna, ni siquiera el menor fragmento de sus dilatadas inquisiciones, y en este concepto, fuerza es convenir en que su pasion fué eminentemente egoista.

CAPITULO XVII.

MANIA DE LA MUSICA.

Se ha dicho y repetido que la música podia muy bien constituir una aficion viva y pronunciada en muchos individuos, pero que nunca podia llegar á pasion. Esto es un error, calificado desde luego de tal por la observacion menos atenta. Yo aseguro haber visto muchos *melómanos*, verdaderamente dignos de este nombre, que no pensaban ni soñaban mas que en música, que por la música se habian arruinado, y que, en el acto de morir, no tenian mas sentimiento que el de dejar sin acabar una composicion musical. Tal fué, entre otros, el célebre Choron (1), de quien fuí por largo tiempo médico y amigo.

(1) Choron (Alejandro-Estévan) nació en Caen el 21 de octubre de 1771, y murió en Paris el 28 de junio de 1833. Este hombre estraordinario, que aun no ha sido reemplazado, y que tal vez no lo será de mucho tiempo, fué sucesivamente uno de los primeros alumnos de la Escuela politécnica, suplente de Monje en la Escuela normal, profesor de hebreo en el colejio de Francia, institutor primario, maestro de capilla, director de la Opera, y por último fundador y director de la Escuela real de música relijiosa y clásica, de la cual han salido tantos brillantes alumnos, hoy dia maestros famosos: Dietsch, Monpou, Nicou-Choron, Scudo, Jansenne, Molinier, Guerrier, Saint-Germain, de Lagatine, Marie, el célebre Duprez, á quien Choron decia á menudo: «Tú serás un dia el primer cantor de Francia, si no vas á *vocear* en la ópera;» y por último, la jóven Rachel, á la cual predecia que nunca debia ser mas que *actriz*.

He aquí su epitafio, compuesto por él mismo en su lecho de muerte. Entregómelo, diciendo: «Ante ayer hice mi testamento; ayer recibí los sacramentos; hoy he hecho mi epitafio. Aquí lo teneis; os lo entrego, y lo recomiendo á vuestra benevolencia, *si ha lugar*. Lo he compuesto yo, porque sigo el principio de que en asuntos propios vale mas hacer que dejar hacer. Por lo demás, yo desa-

Dotado de una constitucion bilioso-nerviosa, aumentó Choron su natural irritabilidad ocupándose continuamente de música mas de las tres cuartas partes de su vida: así que nunca estaba en reposo. Su intelijencia hervia sin cesar; su lengua se negaba en cierto modo á traducir todo el lleno del pensamiento, y el movimiento perpetuo se hallaba en sus dedos, y aun mas en sus ojos, en los cuales se pintaban hasta las menores sensaciones.

Dia y noche fermentaba en aquella cabeza de artista una idea, una sola idea; y era contener el desborde de la música de *murmullo* y de *fiorituras*, para restituirla á su primitivo elemento, que es la sencillez, la verdad, la naturaleza. Para conseguir este objeto, todo lo sacrificó, su tiempo, su fortuna, su salud, y hasta el bienestar de su familia.

En *su clase de las tres de la tarde* era sobre todo donde soltaba todo su jenio, y ponia á descubierto la orijinalidad de su carácter, no menos que la vivacidad de la pasion que le dominaba. Escuchemos á uno de sus mas asiduos y juiciosos admiradores: «Cualquiera, dice M. Laurentie, que no haya visto á Choron en su clase de las tres no sabe nada de ese profesor estraordinario. Allí le teneis con un diapason en la mano, en su cátedra; á presencia de cien alumnos: indica el *la*, toma el tono, da la señal, y todos rompen. ¡Esto va bien! nada de eco: Choron patea, se enfurece, hace bambolear la cátedra, y con los ojos encendidos busca á un malaventurado discípulo que berreaba á toda voz, creyendo que lo hacia mejor que los otros. Descubre al culpable, le nombra, le tira á la cara su gorro encarnado, con acompañamiento de injurias y epigramas; y luego concluye con la siguiente espantosa reprimenda, pronunciada con voz desesperante y amenazadora: *¡Tú cantas como un Conservatorio!* No

fio á quien quiera á que encuentre una palabra que no esté de acuerdo con la verdad.»

Alexander Stephanus
CHORON,
E Valerio oriundus,
Natus Cadomi, die XXI octobris 1771.
Litteris, bonis artibus ac scientiis accuratè et feliciter studiit,
Sed musicam sacram et didacticam
Presertim excoluit
Religioni atque publicæ utilitati
Precipuè consulens.
Bonis et bono totus intentus et favens
Se ipsum ac sua prorsus abnegavit.
Quam multa ad nimium artis damnum imperfecta relinquens
variis publicis muneribus functus,
Obiit, die......

ORATE PRO EO.

parecia sino que se hubiese oido un trueno en la sala; pero mezclándose la risa con el estupor, no duraba mucho la seriedad. Un momento despues Choron iba á alzar del suelo el gorro, y acariciaba al pobre alumno.

«Otra vez el *la*. Pero ahora Choron hace una esplicacion sobre el trozo que se va á recitar, y espone el pensamiento del maestro. Este pensamiento él lo ha buscado, él lo ha adivinado, y él lo posee: no hay cosa mas clara.

«Otra vez el *la* y el tono. Empiezan de nuevo. Esta vez va bien; y Choron esclama desaforado: *¡bien! bien! bien!* Vos creeis que el trozo ha sido bien cantado. Mas hé aquí que su ojos se encienden de repente: *¡No es esto! yo me he engañado!* esclama. Al escuchar estas palabras, silencio jeneral en toda la sala.

«Entónces vuelve á tomar el papel, medita un instante, y repite: *¡Yo me habia engañado!* ¡Hé aquí el pensamiento que se debia traducir! y lo esplica: lo esplica con conviccion, con elocuencia, con entusiasmo. A veces le faltan palabras y se echa á cantar; su voz se quiebra, pero todos le comprenden. A su canto de una medida hace suceder una leccion de filosofía, un pensamiento moral, un rasgo de injenio, un epigrama, una carcajada, un grito de dolor, una observacion de artista, una salida de músico, y todo esto á la vez: no os deja tiempo para respirar.

«Vamos, señores, el *la*. Silencio.» Choron vuelve á esponer el pensamiento principal. Este es el pensamiento: ¡no hay duda! Otra vez el *la*. ¿Están VV? Choron vuelve á seguir el hilo de sus meditaciones de filósofo, de poeta, de artista, de maestro de escuela: aquello es una amálgama de gravedad y de bufonería que os hace estar inmóvil de sorpresa. Uno no sabe si ha de reirse ó de admirarse; pero esto es nuevo, esto es raro, esto es sorprendente: esto es un espectáculo.

«Siempre el mismo *la*. Se rompe en fin. Hé aquí que se desenvuelve el pensamiento; hé aquí la oleada que parte; hé aquí el jenio encontrado, espuesto, establecido con todas sus magnificencias. Seguid, si podeis, con la vista á Choron: seguid sus emociones; seguid la movilidad de su rostro, de sus facciones, de todo su sér: llora, rie, canta, grita, salta, palmotea, aplaude, se aplaude á sí mismo, se alaba, alaba á todo el mundo, al autor, á los maestros, á los alumnos: ¡la pieza habia sido bien cantada!»

En aquella clase de las tres, tan fielmente pintada como que uno cree estar en ella, Choron olvidaba todas sus cuitas y quebrantos. Acababa de perder, en ocho dias, á dos hijos, de resultas del sarampion: el dolor estaba pintado en todo su semblante; se apretaba el pecho y se golpeaba la frente, asegurando á Mr. Martin de Noirlieu que seria inconsolable en su infortunio. De repente oye dar las tres. «¡Las tres! esclama con su ordinaria viveza; es la hora de mi clase; *para todo hay tiempo.*» Y tocan-

do en seguida su diapason, se lo acerca al oido, y se encamina á la clase repitiendo *la, la, la, la, la*. Aquel dia dió una de las lecciones mas brillantes.

El aprecio que manifestaba Choron á las grandes celebridades de toda clase no tenia otra medida que su talento músico, ó los servicios que hubiesen podido prestar al arte que él tanto idolatraba. «¿Sabeis, me decia un dia, cuál es, entre todos los Padres de la Iglesia, aquel á quien amo mas?—San Agustin, le respondí.—No, repuso con viveza ; es san Juan Damasceno, porque él es quien dió la mejor, ó quizás la única definicion de la música. Retened bien lo que dijo san Juan Damasceno: «La música es una serie de sonidos que se llaman......» Que se *llaman* unos á otros, repetia él manteniendo la mano aplicada sobre la frente: ¡esto es sublime! ¡solo por esto merecia ya ser canonizado!»

Su admiracion por las grandes obras de los siglos XVI y XVII le hacia demasiado severo con las composiciones contemporáneas. Preguntándole cierto dia un artista su opinion acerca de la ópera *Zemira y Azor*, de Gertry, respondió con jesto irónico: «¡Opera helada, música de vinagre!»

Los primeros artistas de la capital, reunidos una noche en las Casas consistoriales, tocan con rara perfeccion diferentes piezas de nuestros mas insignes compositores. Todo el mundo aplaude, todo el mundo felicita al prefecto por la eleccion de las piezas y la finura de la ejecucion. Choron es el único que se mantiene impasible. El prefecto se le acerca entónces, y trata de arrancarle algunas espresiones laudatorias: «Esto es la sopa y el cocido, le contesta su antiguo camarada; no hay nada que decir.» Otra vez hacia ensayar en presencia de Mr. de Quelen un *Kyrie* de su composicion, cuando, por una levísima falta, gritó con voz de trueno: «*¡Silencio!* hé aqui un *Kirie eleison* que no vale un diablo.» Y el arzobispo se echó á reir á pesar suyo.

Un dia encontréle que salia de la iglesia de santa Jenoveva. La salutacion en música que acababa de oir le habia de tal suerte desplacido, que solo contestó á mi saludo con las siguientes palabras: *¡Pícaros! monstruos! me han desgarrado las entrañas!* y prosiguió su camino tapándose los oidos, cual si escuchase aun el canto de los misioneros.

Por último, se le vió entrar en verdaderos accesos de furor contra el abate Nicole, cuya administracion parcimoniosa y cicatera no le permitia hacer tocar en la Sorbona todas las obras maestras de Iomelli, de Allegri y de Palestrina.

El Conservatorio no queria mucho á Choron, y este, segun ya hemos indicado, tampoco era amigo del Conservatorio. Al odio que contra aquel establecimiento tenia debe, á mi entender, atribuirse en parte el injusto, pero profundo desprecio que profesaba á la música instrumental. «¿Cómo es posible, le preguntaba un dia M. Laurentie, que, siendo tan

aficionado á la música, no hayais ejercitado vuestros dedos en tocar algun instrumento, el piano sobre todo, aunque no fuese mas que para hacerle espresar vuestros pensamientos ó los de los otros?—«Ya hay jentes encargadas de eso,» le contestó con toda la ironía y desprecio que pudo manifestar con su voz.

Si Choron desdeñaba los instrumentos, una voz hermosa le embriagaba, le volvia loco, sobre todo si era de aquellas que saben reunir el sentimiento con la precision. En el corazon del invierno, y haciendo una noche rigurosa, oye en la calle una bella voz de mujer: al momento se levanta de la cama, y sin mas abrigo que un léviton echa á correr tras ella. A los pocos minutos vuelve tiritando de frio y todavía mas desconsolado: era una prostituta que daba el brazo á dos militares borrachos como una sopa. «¡Qué desgracia! me dijo al dia siguiente; yo hubiera hecho de ella mi mejor alumna: pero no quiero pensar mas en esto, porque me desespera.»

Volvia muy contento de uno de sus viajes á Picardía: «Habia ido allá, decia él, para encontrar un bajo, y traigo un tenor. Es igual; estoy seguro de que hará honor á la casa.—Será sin duda un pensionista de pago, le dijo el mayordomo. ¿cuánto pagará?—¡Alma baja y venal! le contesta indignado Choron, ¡os hablo de un tenor, y me salis hablando de dinero!»

Otra vez cantaban sus alumnos el hermoso oratorio de Schneider, el *Juicio final,* bajo la direccion de M. Nicou-Choron, su yerno; y él estaba en cama, ya gravemente enfermo de un ataque de cólera. Yo conocia al artista; y receloso de que quisiese juzgar de que modo iba á ser cantada aquella composicion, habíale dado á entender cuan peligroso le seria, en su estado, abrir la ventana del cuarto que daba á la sala del concierto. Aprobó mi celo, me tomó afectuosamente la mano, y me prometió hacer aquel sacrificio. Ejecutada con rara perfeccion la primera parte del oratorio, y habiendo arrebatado los aplausos de toda la concurrencia, me salgo un instante para ir á consolar al pobre enfermo, llevándole la nueva de aquel triunfo. ¿A quién me encuentro en el patio, á las nueve y media de la noche, y haciendo un viento sumamente incómodo? A mi Choron, con las piernas desnudas, y envuelto en una manta de lana, que se habia agazapado detrás de la puerta del salon para escucharlo todo y juzgar de todo por sí mismo, á riesgo de ser sorprendido en aquel sitio y con tan ridículo traje.

En 1833, desprovisto de todo recurso, y armado simplemente con una pequeña coleccion de música de iglesia, Choron se habia echado á recorrer, solo, la Francia, y á improvisar en varias catedrales masas cantantes á las cuales comunicaba su alma y su vida (1). En vano, de regreso á

(1) Choron habia empezado tambien á introducir el canto en el ejército. Es-

Paris, le conjuramos el Dr. Paulin y yo, á que descansase cual exijia su salud gastada despues de tantas fatigas. Lejos de escucharnos no pensó ni se ocupó mas que en organizar coros de niños de jornaleros, y consiguió en pocas semanas hacer cantar, por seiscientas voces de niños, salutaciones en música en las iglesias de *Notre-Dame* y de san Sulpicio. Tamaño esceso de trabajo debia necesariamente abatir la organizacion mas robusta: cayó mortalmente enfermo. Pues bien, en medio de los atroces dolores de una enterítis y de una pleuresía agudas, el admirable melómano sentia no haber popularizado bastante el canto en Francia. Decíame la víspera de su muerte: «Discurriendo sobre mi enfermedad, he logrado poner mi respiracion en armonía con mi dolor de costado; y hasta he llegado á coordinar el ritmo de mi respiracion con mis requintas de tos.» Y luego repentinamente dirijiéndose de nuevo á mí, me dijo: «¿Sabeis quién es Palestrina?—Es, le contesté, uno de los mas grandes maestros de la escuela italiana en el jénero severo ó ideal.—Otra cosa es, repuso él con fuego. Acordaos bien de lo que voy á deciros, y hacedlo circular: es cosa nueva. Figuraos un océano inmenso, cuyas olas se deslizan con calma y majestad: es la música antigua. Mirad por otra parte ese océano cuyas olas encrespadas se encumbran al cielo, y de repente se sepultan luego en el abismo....... es la música moderna. ¡Ahora bien! Palestrina es el punto de union, el confluente de esos dos océanos: ¡Palestrina es el Racine, el Rafael, el Jesucristo de la música!»

peraba poder dar en el campo de Marte un concierto de diez mil voces escojidas entre los mejores cantores de los rejimientos. ¡Cuál hubiera sido su alborozo, cuánto su delirio, si hubiera podido realizar su jigantesco proyecto! ¡Cuánto hubiera alentado tambien los esfuerzos de un jóven profesor de canto de Bicetre (M. Florimundo Ronger), quien bajo la ilustrada direccion del Dr. Leuret, logra todos los dias hacer reaparecer la vida intelectual en el rostro de los enajenados cantores, y calmar á sus numerosos camaradas, que los escuchan con tanto placer como sorpresa!

CAPITULO XVIII.

MANIA DEL ORDEN.

El amor de la regularidad, el mismo órden, esa cualidad tan preciosa, se trasforma harto á menudo en una verdadera pasion cuyo menor in-

conveniente es hacer ridículo ó insufrible al que es su esclavo. ¡Tan cierto es que nuestras mejores facultades se convierten en una fuente de males cuando la prudencia no sabe dirijir su uso!

Mr. L***, de constitucion bilioso-linfática, de carácter pacífico, y hombre de regular y amena instruccion, ha sido uno de los tipos del órden llevado hasta la manía mas orijinal é inocente. Todas las acciones de ese singular personaje eran tan pesadas, medidas, calculadas; repetíanse cada dia de una manera tan uniforme y regular, que juiciosamente se le habia dado el apodo de *homme à la minute.*

Cincuenta años seguidos, así en invierno como en verano, así bueno como indispuesto, M. L*** se levantó constantemente á las seis en punto: á las seis y media entraba en su tocador, se depilaba cuidadosamente la barba para no tener que afeitarse; y en seguida se lavaba con mucha agua. Esta agua le servia primero para el mismo uso ocho dias seguidos; los ocho dias siguientes la hacia servir para las manos; y en tercer lugar la destinaba para regar las flores. Mr. L*** era fanático en punto á este hábito, y su señora no pudo conseguir jamás que lo dejase. Con arreglo á los mismos principios de órden y de economía, no se mudaba la camisa sino los domingos, el pañuelo cada quince dias, y la corbata cada dia de año nuevo. — Hecha la limpieza y salido del tocador, se pasaba al rezo en comun, luego se tomaba el café, despues de lo cual se iba Mr. L*** á su *gargajero.* Allí, sin necesidad alguna, esperaba una hora entera que una espectoracion benéfica desembarazase sus bronquios de las mucosidades que debian tapizarlos. La espectoracion llegaba al fin de un modo mas ó menos natural: entónces, y solo entónces pasaba nuestro buen hombre alborozado á su gabinete, donde ocupaba tres horas arreglando sus papeles, muebles y libros. Poco antes de las once salia para ir á la iglesia, volvia á las doce menos cuarto, y se ponia á leer hasta las dos menos diez minutos. Estos diez minutos que precedian á la comida estaban esclusivamente destinados á hacerla lugar. Durante la comida, compuesta invariablemente de una sopa y dos platos colocados con toda simetria, Mr. L*** sacaba del bolsillo un pedacito de papel que servia para preservar los manteles de las manchas que pudiese hacer el tenedor. Despues de algunos dias de servicio, aquel papelito era cuidadosamente guardado á parte para otro uso. Al levantarse de la mesa, hiciese el tiempo que se quisiese, iba á pasear por el Luxemburgo, y siempre por el Luxemburgo, en la calle de árboles llamada de las Viudas. Volvia á casa hácia las cuatro y media, y siempre por un mismo camino. En seguida habia lectura en alta voz hasta la cena, aunque estuviese resfriado ó ronco; nada importaba, era la regla y se acabó. No sucedió una sola vez que Mr. L*** se acostase despues de dadas las nueve: tan convencido estaba de que á aquella hora debia estar acostado todo el mundo, como

que muchas veces se bailó en su casa hasta media noche, sin que concibiese la menor sospecha de tamaña infraccion contra las reglas de la hijiene y de su pequeño estado. Mucho faltaba para que las funciones dijestivas del hombre *à la minute* fuesen tan regulares como sus ideas ó como su reloj marino: bastante á menudo tenia que levantarse de noche, y entónces encontraba en su mesa los flexibles porta-tenedores rigurosamente clasificados por su órden cronolójico.

La enfermedad y muerte de su mujer, á quien estimaba mucho, no hicieron variar en un ápice la simetría de su existencia. «Todo esto, decia él, habia de suceder, porque mi pobre esposa tenia mucha edad, y es muy regular que la enfermedad preceda á la muerte.» Prodigóle, por lo demás, los mas asíduos cuidados, con su puntualidad habitual, pero sin dejar traslucir pesar alguno. La última noche se hallaba cerca de su querida enferma, cuando, habiendo oido dar las nueve, fué corriendo á acostarse en la misma alcoba, despues de haber autorizado al criado para que le llamara luego que empezase la agonía. Dispertado á eso de las once, se levantó, se vistió, se peinó, se acercó luego al lecho de *su buena amiga*, la invitó á hacer á Dios el sacrificio de su vida, y en seguida le recitó en alta voz las oraciones para los agonizantes. Apenas hubo exhalado la enferma el último suspiro, ya se habia M. L*** metido otra vez en la cama, y en la misma alcoba. No tardó mucho en dormirse, y roncó en santa paz hasta la mañana siguiente á la hora consabida. Arreglado lo necesario para el entierro, con cuyo encargo corrió él mismo, M. L*** siguió y continuó por muchos años su uniforme y glacial existencia. Cayendo enfermo á su vez, miró con calma la llegada de la muerte, pidió y recibió los sacramentos ya desde los primeros dias de la enfermedad, dió todas las disposiciones necesarias para sus funerales, y murió tan metódicamente como habia vivido, á las 9 de la noche en punto: ya entraba esto tambien en el órden.

Acabamos de ver el abuso de una escelente cualidad, como es la pasion del órden, estremada simplemente hasta el ridículo. Hé aquí un segundo ejemplo del mismo estravío en un hombre que no tenia la relijion por contrapeso, y cuyo fin fué de los mas trájicos. El 21 de mayo de 1830, á eso de las nueve y media de la noche, fuí llamado por M. de Mesnard, entónces comisario de policía del cuartel del Observatorio, para ir á visitar con él el cuerpo de M. M***, contraste de joyas en la casa Moneda, quien acababa de matarse en su domicilio. Introducidos en una pieza muy espaciosa y poco alumbrada, no podíamos dar un paso sin encontrar un charco de sangre, ó pedazos de sustancia cerebral que estaban sembrados por el piso. Pronto vimos á un hombre en camisa, echado hácia atrás en una silla, con los brazos colgantes, y la mano derecha armada todavía con una pistola, la cual retenian los dedos fuertemente contraidos por el frio

de la muerte. Una silla poltrona, cuyo almohadon todavía caliente no se habia aun rehecho sobre sí mismo, indicaba que aquel infeliz se habia sentado hacia poco en él. En cuanto á la figura del individuo, era imposible ver cosa mas espantosa: con efecto, su cara no estaba representada sino por la mandíbula inferior y la barba; la mandíbula superior, los carrillos, la nariz y la frente, fuertemente tirados atrás, no se sostenian sino por una tirilla del cuero cabelludo que cubre el hueso occipital. Los parietales estaban caidos hácia su lado respectivo (1). Los gritos de desesperacion que daba desde un cuarto contiguo una pobre paralítica, mujer del difunto, un ataud entreabierto á pocos pasos del cadáver, los desechos ensangrentados que cubrian los muebles y el suelo, el débil resplandor que daba una sola luz, todo contribuia á aumentar el horror de aquel cuadro que jamás podrá borrarse de mi mente.

Hé aquí los datos que recojimos en órden á las causas de aquel espantoso suicidio: el señor M***, de unos sesenta años de edad, y de constitucion bilioso-nerviosa, era habitualmente moroso, irascible, caprichoso, y estaba inquieto siempre por el porvenir, aunque se hallaba bastante acomodado. Medianamente vanidoso y embustero, repetia á todo el mundo, sobre todo desde que logró una cruz, que su mano izquierda habia sido mutilada en el sitio de Zaragoza, de resultas de haberse reventado un obús: mas por desgracia algunas personas que le conocian desde niño le recordaban con malicia que los cuatro dedos que le faltaban habian sido devorados por un cerdo. Pero el golpe mas marcado de su carácter, lo que le daba realmente su fisonomía, era un amor ó una pasion de órden que rayaba en locura. Un libro, una silla, una pluma fuera de su puesto ó mal colocada, bastaba para causar en él un violento arrebato, ó para sumerjirle en una sombría tristeza muy próxima á la desesperacion.

Lo mismo que en el individuo de la observacion precedente, las mas mínimas acciones de M. M*** se repetian todos los dias con matemática exactitud. Si no tenia reloj marino, tenia uno de Breguet, y no daba un paso ni hacia un jesto sin consultarlo. Con el auxilio del precioso regulador, levantábase constantemente á las cinco en punto, se vestia y limpiaba, almorzaba, sacudia el polvo, enjugaba y ordenaba hasta las nueve menos cinco minutos: á las nueve salia invariablemente para su oficina, y nunca volvia ni antes ni despues de las cuatro y treinta minutos. Se le vió, haciendo mal tiempo ó un frio escesivo, estar esperando en la puerta cochera que tocase la media antes de entrar en su casa. A consecuencia de ese furor de regularidad, se zambullia en su cama al dar la pri-

(1) Esta verdadera desarticulacion tiene lugar á veces cuando el cañon del arma de fuego se aplica contra la bóveda del paladar, teniendo completamente cerrada la boca.

mera campanada de las diez, hora que estaba pacientemente esperando en camisa, aunque helase y tuviese el fuego apagado.

La avaricia, propiamente dicha, no influyó jamás para nada en el estravagante jénero de vida de M. M***; el órden y la limpieza eran los únicos móviles de toda su conducta. Su leñera, perfectamente abastecida, y su bodega, siempre provista de escelentes vinos, estaban arregladas con no menos simetría que su biblioteca, y sabia usar de ellas oportunamente. Metódico hasta en las cosas mas mínimas, no podia menos de serlo en su tocador. Así, treinta y cinco años hacia que se mudaba la ropa interior con toda regularidad cada lúnes; el dia de Todos Santos dejaba irrevocablemente los vestidos de estío y se ponia los de otoño hasta Navidad: el 20 de marzo, hiciese el tiempo que se quisiese, tomaba vestidos mas lijeros hasta el 22 de junio, dia en que volvia á ponerse los de estío. Por lo demás, nunca llevaba abotonado mas que un boton de la casaca, á fin de no estropear los otros ojales, que siempre dejaba sin desapuntar siquiera. Naturalmente miedoso, se encerraba en su casa como en una ciudadela, con el auxilio de fuertes cerrojos y de una barra de seguridad, que habia tenido la precaucion de mandar hacer en Versalles. A escepcion del Dr. Focillon, su médico, y de dos antiguos amigos, las visitas eran recibidas en el descanso de la escalera, en primer lugar, porque uno no conoce á la jente que llama, en segundo lugar, porque dejándoles entrar, con los piés emporcarian el piso, y en tercer lugar, porque para hacerles sentar hubiera sido preciso destruir el arreglo simétrico de las sillas en el cual se complacia mucho el dueño de la casa. El mozo de la fonda, que le llevaba todos los dias la comida á las cinco, era recibido tambien en la antesala; la barra de seguridad le dejaba la abertura estrictamente precisa para pasar los platos del dia y llevarse la vajilla del anterior con el importe de la comida, esmeradamente envuelto en la cuenta del dia siguiente.

M. M*** no solo pasaba cuidado del órden que debia reinar en su casa, sino que tambien le ocupaban los negocios políticos; y desde 1828 entreveia próximo uno de esos grandes desórdenes sociales, vulgarmente llamados revoluciones. Testigo forzado del gran trastorno de 1789, no estaba por atravesar una segunda borrasca, y creyó que el mejor medio de no ver ya mas nada fuera de su sitio era cerrar para siempre los ojos á la luz. Fuese en consecuencia al puente de Sevres, desde el cual se tiró al rio, despues de haber escrito su nombre en un pedacito de papel que tuvo cuidado de encerrar en un tafetan engomado, metiéndolo en uno de los bolsillos laterales del pantalon. Sacado del agua, al cabo de pocos instantes, por unos bateleros que le llamaron á la vida, se hizo acompañar á casa de un amigo suyo, á fin de no apesadumbrar á su mujer, la cual, en aquella época, estaba ya enferma, y sobre todo para evitar una des-

titucion de empleo, si llegaba la autoridad á saber la tentativa que habia hecho para destruirse. Algun tiempo despues de esta ocurrencia, M. M*** compró en el cementerio del Padre Lachaise un terreno á perpetuidad, y encargó, para su mujer y para sí, la construccion de un mausoleo cercado con verjas de hierro; y terminado que estuvo, mandó grabar el epitafio, pero sin las fechas del fallecimiento. Un dia que fué á dar su paseo favorito, encontró en la piedra tumular una inscripcion que le ridiculizaba; figurándose que su hijo era el autor de aquella mofa, vuelve inmediatamente á casa, y envia á uno de sus amigos el retrato de aquel hijo, á quien no quiere volver á ver en su vida, y tambien un par de pistolas de arzon. Al dia siguiente va á ver á aquel amigo para pedirle lo que le habia mandado el dia anterior, alegando que el puesto vacío de aquel cuadro le chocaba horriblemente á la vista, y que las pistolas podrian serle muy útiles en el caso de que se introdujesen ladrones en su casa para robarle. Puesto otra vez en posesion de aquellos objetos, se vuelve á su casa, se desnuda, y prepara el féretro que se habia construido él mismo de encina fuerte, con dos agarraderas de hierro para facilitar su trasporte. Encima de aquel féretro, que encontramos á unos seis piés de distancia del cadáver, y con la tapadera levantada para recibirle, habia puesto su testamento, en el cual disponia: 1.° que no se le encendiesen velas ó cirios despues de muerto; 2.° que su cadáver fuese conducido directamente al cementerio del P. Lachaise; 3.° y la última recomendacion era que uno de sus amigos comprase todos los años por valor de treinta y seis sueldos (unos siete reales de vellon) de aceite para conservar y mantener sin orin el enrejado de su tumba.

En cuanto á la poltrona, que encontramos todavía caliente, bajo toda probabilidad se habia levantado de ella porque vió menos inconvenientes en manchar una silla de enea que un sillon cubierto de terciopelo. Así que en aquel infeliz, afectado por otra parte de una hepatitis crónica, la pasion del órden habia sobrevivido hasta al mismo desórden de las ideas.

CAPITULO XIX.

MANIA DE LAS COLECCIONES.

Despues de la manía del órden viene naturalmente la de las colecciones, que, en su principio, no es mas que la pasion de la clasificacion aplicada á los objetos vivamente predilectos.

Dejando pues á un lado á los coleccionistas cambalacheros, que no son mas que industriales, y á los coleccionistas lechuguinos, que no son nada, nos ocuparémos aquí de los verdaderos coleccionistas, es decir de esos idólatras de buena fe que hacen colecciones por puro amor á la coleccion.

Todo el mundo recordará las inimitables pájinas en que el autor de los *Caractéres* pinta con tan burlona verdad todos esos caprichos del espíritu humano. Con la sonrisa en los labios recuerda uno siempre sus ridículos aficionados de encuadernaciones, de estampas, de medallas, de insectos, de ciruelas, y por último su hombre-tulipan, que echa raices de puro contemplar *la solitaria*, objeto de su admiracion y de su culto. Ese furor de coleccion existe ahora como existia en tiempo de La Bruyere: no ha hecho mas que variar de fisonomía. Tenemos hoy anticuarios cuyas familias carecen de los artículos de primera necesidad, aficionados á autógrafos que no tienen pan, y personajes acribillados de deudas que mueren dejando magníficas galerías de cuadros. Conocemos á tal individuo, poco pudiente, que tiene una numerosa coleccion de caballos, y á tal pequeño rentero que aun no es poseedor de ochenta violines; y por último, entre nuestros graves cofrades, podria citar á mas de un horticultor que Flora revindica á Esculapio, y cuyo glorioso apellido pasará sin duda á la posteridad con una nueva variedad de rosas ó de dalhías.

No pretendo analizar y describir aquí cada una de esas monomanías; bastará mencionar algunas mas. Tal aficionado conocido mio desprecia profundamente las conchas, los esmaltes, ó los camafeos, y tiene una serie completa de todos los botones civiles y militares que se han llevado en los uniformes franceses desde 1789 á 1841. Tal otro tiene una predileccion por los cabellos en jeneral, y mas particularmente aun por los cabellos rojos: posee numerosos mechones revestidos de su auténtica.

Un tercero no tiene entrañas mas que para el antiguo Sevres, para la *pasta tierna*. Si le hablais de otra cosa que de sus porcelanas, no os entiende, no os escucha siquiera. Pero no os acerqueis demasiado á su rico aparador, porque seria capaz de mataros en el sitio, si tuvieseis la desgracia de romper uno solo de sus platillos. Ese hombre, que forma parte de la sociedad, y que tiene una alma que salvar, ignora si nuestros departamentos han sido asolados por las inundaciones; pero de antemano sabe si en la Bolsa se vende una media vajilla de *pasta tierna*, y no se avergonzará de gastar 30.000 francos en su adquisicion.

Un anticuario no es aficionado mas que á las cajas de tabaco; posee la coleccion mas rica y numerosa que hay en el mundo; y glóriase con orgullo de poder enseñar á los curiosos seis *Blarembergs* mas de los que tuvo el difunto rey de Inglaterra Jorje IV, gran aficionado á cajas de ta-

baco y á Blarembergs. Otro loco ha gastado treinta años de su vida en formar una coleccion de tapones de corcho mas ó menos históricos ó anecdóticos.

Por último, ¡quién lo creyera! un aficionado á momias ha muerto mártir de su idea fija por los embalsamamientos ejipcios: se sintió herido de medio á medio al descubrir que su princesa faraónica no era mas que un hombre, y á peticion suya espresa fué enterrado en la caja donde habia por tan largo tiempo descansado la mas hermosa de sus momias.

Dígase ahora que todos esos gustos desordenados son inocentes y de poca importancia. Son verdaderas pasiones que solo difieren de las demás por la pequeñez de su objeto, pero cuyas resultas son á menudo tan deplorables para el individuo como para su familia y para la sociedad.

De la Bibliomanía. — Guardémonos de confundir con los bibliómanos á esos hombres de gusto y de talento que tienen libros solo para instruirse, para distraerse, y que han sido decorados con el nombre de de bibliófilos. «De lo sublime á lo ridículo, dice un agudo aficionado á libros, no hay mas que un paso: del bibliófilo al bibliómano no hay mas que una crísis.» El bibliófilo se vuelve frecuentemente bibliómano cuando su espíritu decrece, ó cuando su fortuna aumenta, dos graves inconvenientes á los cuales están espuestas las personas mas honradas; pero el primero es mucho mas comun que el segundo. «El bibliófilo, añade Mr. Cárlos Nodier, sabe escojer los libros; el bibliómano los amontona: el bibliófilo pone el un libro junto al otro, despues de haberlo sometido á todas las investigaciones de sus sentidos y de su intelijencia; el bibliómano hacina los libros unos sobre otros, sin mirárselos. El bibliófilo valora el libro, el bibliómano lo pesa ó lo mide; no escoje, sino que compra. La inocente y deliciosa fiebre del bibliófilo es, en el bibliómano, una enfermedad aguda llevada hasta el delirio. Llegado á este grado fatal, nada tiene ya de intelijente, y se confunde con las manías.» Si me fuese permitido añadir una última pincelada para resumir este juicioso paralelo, diria que el bibliófilo posee libros, y el bibliómano está poseido de ellos.

Entre todas las manías coleccionistas, la de los libros me ha parecido siempre á la vez la mas estendida, la mas seductora, y la mas lentamente ruinosa. Me limitaré á citar un ejemplo. Trátase de un *coleccionista de raza pura*, y cabal hombre de bien; hombre raro en su especie, incapaz de sustraer un Elzeviro de diez y ocho líneas de márjen; que estremaba la delicadeza hasta el punto de devolver fielmente el libro mas insignificante que se le prestase, y que nunca dió cabida en su mente á la idea de descabalar una obra buena, con la esperanza de adquirirla luego á bajo precio.

Mr. Boulard, hombre de gusto y literato instruido, habia adquirido una gran fortuna en el notariado, que ejerció en Paris por muchos años de una manera la mas honrosa. Muy diferente de los notarios del dia, Mr. Boulard no era un hombre de mundo; era el hombre de su despacho, el guia, el amigo de sus clientes; y no se decidió á dejar su notaría hasta que pudo trasmitirla á un hijo heredero de su intelijencia, de su celo y de sus virtudes.

Hasta entónces Mr. Boulard creyó deber hacer el sacrificio de una aficion muy marcada que tenia á los libros: pero desde que se vió dueño de su persona y de su tiempo, no pensó mas que en formarse una coleccion de obras raras y curiosas.

Héle aquí pues manos á la obra, pasando una parte del dia en casa de los grandes libreros, y otra parte en casa de los chalanes, hojeando, oliendo, midiendo y comprando siempre las ediciones raras, las buenas ediciones, las únicas en que se halla la falta, la bendita falta, estrella polar de los verdaderos aficionados. Los antiguos aficionados á la librería aseguran no tener memoria de haberle visto entrar en su casa sin llevar debajo del brazo varios volúmenes. Por lo demás, sus numerosas compras eran siempre pagadas al contado, y al cabo de algunos años era mirado en todo Paris como la segunda providencia de los libreros de viejo. A tal paso pronto quedaron llenos los estantes que cubrian todas las paredes de su aposento, y de toda necesidad hubo que preparar sitio para las adquisiciones futuras. A fuer de señora prudente y económica, madama Boulard habia aconsejado repetidas veces á su marido que se pusiese á leer antes de seguir comprando; pero tal consejo, bueno cuando mas para un bibliófilo, no era en manera alguna del agrado de nuestro bibliómano. Los nuevos volúmenes, que de algun tiempo llegaban por masas, por toesas cuadradas, fueron colocados por montones delante de la biblioteca, inaccesible ya, y hasta en el cuarto de dormir, convertido un dia en cuatro grandes calles, todas guarnecidas de estantes.

A todo eso Mr. Boulard se iba volviendo menos amable y mas misterioso. De mañana empezaba sus escursiones mucho mas temprano que de costumbre, á hora en que ni los libreros habian abierto sus tiendas, ni los chalanes puesto sus paradas: con frecuencia no iba á almorzar á su casa; iba á comer muy tarde; y un dia sucedió que no fué á comer ni á dormir. En vano madama Boulard, alarmada, pregunta á su marido acerca de tan escandalosa conducta; el bibliómano se obstina en guardar silencio, ó da respuestas evasivas. Desde aquel entónces se le siguen todos los pasos, se le espian todas las acciones á aquel marido relajado, y no se tarda en averiguar que hace algun tiempo pasa dias enteros en una de sus casas, de la cual habia despedido sucesivamente á todos los inquilinos, y que acababa de trasformar en una vasta biblioteca. La no-

che que el esposo habia olvidado pasar bajo del techo conyugal era precisamente aquella durante la cual arregló tres carretadas de libros, cuya compra accidental no se habia atrevido á confesar. Entran entónces las esplicaciones, hay lloros por una y otra parte, y por último se firman las paces : ¿pero bajo qué condiciones? Nuestro bibliómano ha dado palabra de honor, ha empeñado su fe de antiguo notario, de que empezará inmediatamente su catálogo, y no comprará en lo sucesivo ni un volúmen sin espresa autorizacion de madama.

Fiel á sus promesas, el honrado, el venerable M. Boulard, da principio á su obra: todavía sale á menudo, es verdad, pero solo para visitar sus antiguas galerías, mas nunca para comprar. Algunos meses despues de tan animosa resolucion, empezó á declinar su salud: particularmente perdió el apetito y las fuerzas, empezó á enflaquecer: su carácter, antes amable y placentero, se volvió de repente sombrío y melancólico: sordamente minado en fin por una calentura nerviosa, llegó á no poderse mover de la cama. Entónces solo fué cuando el médico que le visitaba sospechó que aquella fiebre consuntiva podia muy bien proceder de una especie de nostaljia, del sentimiento que tenia el enfermo de no poder comprar mas libros; y, de concierto con madama Boulard, puso en práctica la siguiente estratajema: un cambalachero va á estender en la calle algunos centenares de volúmenes frente á las ventanas del bibliómano; y luego á una señal convenida se pone á vender sus libros al pregon, atrayendo á los transeuntes con sus gritos fuertes y sonoros. «¿Qué es eso?» pregunta M. Boulard á su esposa.—«Nada, amigo mio: es un revendedor que quiere deshacerse de algunos libros viejos.» Al oir estas palabras, un profundo suspiro se escapa del pecho del enfermo: «¡Si al menos pudiese ir á verlos! me parece que el aire libre me seria bueno.—Si quieres vestirte y tomar el brazo, probarémos á bajar; ¡y, vamos, por hoy te permito comprar los volúmenes que quieras!» Apenas pronunciadas estas palabras, ya el enfermo ha saltado de la cama; vístese en un santiamen, y no obstante su endeblez, baja con bastante facilidad la escalera. Acércanse al chalan, deja M. Boulard el brazo de su mujer, y la obliga á volverse á casa. Entónces, con los ojos humedecidos de alegría, y con una rodilla en el suelo, recorre rápidamente todas las obras, las abre, las cierra, y las vuelve á abrir para poderlas palpar mas tiempo. Las mas son buenas, hay algunas que hasta son raras: ¿cuáles comprará? En el embarazo de la eleccion, las compra todas. Al dia siguiente por la mañana, nuestro bibliómano se halla sensiblemente mejor; habia pasado una noche escelente; en cada una de sus facciones brillaba cierto aire de serenidad; y muy luego entró en convalecencia.

Merced á semejantes permisos, que fué menester renovar con bastante frecuencia, M. Boulard vivió largos años. A los 75 veíasele por los preti-

bles, envuelto en un inmenso redingote azul, con sus anchurosos bolsillos de detrás cargados de dos volúmenes en 4°. y los de delante de unos diez en 18°. ó en 12°.: entónces era M. Boulard una verdadera torre ambulante; pero hallaba su carga agradable, y por todo el oro del mundo no habria consentido en que le alijerasen de ella.

Mas ¡ ay! todo tiene un término en este mundo. M. Boulard tuvo el sentimiento de dejar esta vida sin poderse llevar sus seiscientos mil volúmenes (1). Dos meses despues eran vendidos á bajo precio. Con pocos años mas, á pesar de su inmensa fortuna, probablemente habria muerto casi miserable.

Esta observacion, que me ha parecido interesante bajo el aspecto médico, no lo es menos bajo el punto de vista relijioso. En el acto de la venta de M. Boulard, con dificultad se penetró en una pieza cuya puerta estaba barricada, y que se encontró toda llena de obras las mas inmorales y obscenas. El hombre relijioso no las habia comprado sino para entregarlas á las llamas: su pasion dominante le hizo retardar indefinidamente aquel harto penoso auto de fe.

(1) Despues de la venta de la biblioteca de Mr. Boulard, los libreros de viejo de Paris estuvieron tan abastecidos, como que por espacio de muchos años los libros de lance no se vendian mas que por la mitad de su valor corriente.

CAPITULO XX.

DEL FANATISMO ARTISTICO, POLITICO Y RELIJIOSO.

La voz *fanatismo* (1) no espresa solamente la exaltacion de las opiniones y de las creencias relijiosas, sino que se aplica tambien á una admiracion escesiva por las ciencias, y señaladamente por las bellas artes. Esto es lo que me ha determinado á colocarlo inmediatamente despues de las manías, con las cuales se confunde.

(1) Primeramente se llamaron *fânaticos* los supuestos adivinos de la antigüedad, porque proferian sus oráculos en los templos de los dioses, llamados *fana*. Despues, confundiendo la relijion con el abuso que de ella se ha hecho, ciertos incrédulos han llamado fanatismo á toda especie de celo por la relijion, y le han atribuido un sinnúmero de males que solo eran debidos á las mas viles pasiones: esto es un error, si es que no merezca llamarse perfidia. Por lo demás, la impiedad y la herejía harto á menudo han probado de sobras que ellas tienen tambien su fanatismo. « Lutero, dice Bergier, no habia sido atormentado cuan-

¿Es el fanatismo una verdadera pasion? se pregunta M. Marc: ¿será mas bien una concepcion delirante? y en tal caso, ¿no escluiria constantemente la libertad moral? La opinion de ese médico lejista parece enteramente resuelta en órden al fanatismo relijioso: así que no vacila en considerarlo como tanto mas escusable, en cuanto los actos que determina sean mas desrazonables, mas atroces, y en cuanto los ejecutores de tales actos sean mas supersticiosos y mas ignorantes.

Por lo que hace al fanatismo político, la opinion de M. Marc no parece tan bien fijada: «Sus actos, dice, deberán ser calificados con mas reserva; porque, muy á menudo, lejos de ser el resultado de una concepcion delirante que implique la lesion consecutiva de la voluntad, no hay de fanatismo mas que el nombre, y debe ser considerado como el producto del orgullo, de la ambicion, y hasta de la codicia: hay pues entónces mas bien perversidad que desórden mental.» Aun en estos mismos casos reclamaria yo toda la induljencia de los jueces en favor de los reos políticos, si esas pasiones motrices hubiesen sido estremadas hasta cerca del delirio, hasta la ceguedad, y sobre todo si los individuos llamados á comparecer ante los tribunales soberanos hubiesen sido conducidos á ellos por el funesto contajio del ejemplo. Por lo demás, en todos tiempos ha habido verdaderos locos políticos, á quienes no puede aplicarse imputabilidad alguna, y cuyo número ha aumentado prodijiosamente nuestra última revolucion.—A estas ideas jenerales siguen tres observaciones correspondientes á cada una de las especies de fanatismo que he admitido.

Cierto célebre pintor componia un Cristo en la agonía: el modelo se situaba admirablemente; su rostro, con todo, no sabia traducir bien las últimas angustias del dolor que va apagándose con la vida. ¿Qué hace el pintor? coje un puñal, hiere á su modelo, y moribundo le clava en la cruz: hé aquí el *fanatismo artístico*.

Entre los infinitos ejemplos de locura producida por el *fanatismo político*, me limitaré á citar el de la harto famosa Theroigne de Mericourt, llamada por sobrenombre la Bella Liejesa (1).

do encendió el fuego en toda la Alemania; tampoco lo estaban los anabaptistas cuando pusieron en práctica las máximas de Lutero: los zuinglios no lo estaban en Suiza cuando acabaron violentamente con los católicos; nadie habia sido perseguido en Francia cuando los emisarios de Lutero y de Calvino vinieron á romper las imájenes, y á fijar pasquines sediciosos en las puertas de Louvre, á predicar contra el papa y contra la misa en las plazas públicas, etc.. etc. Estos mismos escesos fueron los que motivaron los edictos contra ellos. No se hicieron pues fanáticos porque fuesen perseguidos, sino que fueron perseguidos porque eran fanáticos.»

(1) Reproduzco aquí, en gran parte, la interesante observacion publicada por Esquirol en su obra sobre las *enfermedades mentales*.

Esta cortesana, nacida en el pais de Luxemburgo, se estrenó en nuestra escena revolucionaria entregándose á los diversos jefes del partido popular, á quienes sirvió útilmente en la mayor parte de los movimientos insurreccionales. Contribuyó sobre todo, en 1789, á corromper el rejimiento de Flándes, introduciendo rameras en las filas, y distribuyendo dinero largo á los soldados.

Despues de una mision en Lieja, donde debia insurreccionar al pueblo, y de un corto cautiverio en una fortaleza de Bienne, Theroigne fué puesta en libertad por el emperador Leopoldo, y se dió prisa en volver á Paris en diciembre de 1791. Entónces se hizo notar en los terraplenados de las Tullerías y en las tribunas, arengando audazmente al pueblo para hacerle entrar en el *moderantismo* y en la constitucion. Mas pronto, habiéndose apoderado de ella los jacobinos, se la vió aparecer con un gorro encarnado en la cabeza, un sable al costado, y una pica en la mano, mandando un ejército de mujeres; y todo al parecer indica que tuvo parte en las matanzas del setiembre de 1792. Cuéntase que entónces entró en el patio de la Abadía, con el sable desnudo, y que allí cortó la cabeza á un infeliz á quien conducian al tribunal de aquella cárcel: era uno de sus antiguos amantes.

Despues de establecido el Directorio y cerradas las sociedades populares, Theroigne perdió de todo punto la razon, y fué interinamente conducidaá una enfermería particular *(maison de santé)* del arrabal de san Marcelo. Entre los papeles de Saint-Just se encontró una carta de Theroigne, fecha 26 de julio de 1794, en la cual se notaban ya síntomas de tener la cabeza trastornada.

Despues de estar siete años en la casa de orates, fué trasladada Theroigne á la Salpetriere, en setiembre de 1807: tendria entónces unos 47 años. Al llegar á aquel establecimiento, estaba ajitada, injuriando, amenazando á todo el mundo, hablando solo de libertad, de comités de salud pública, acusando de moderados, realistas, etc., á cuantos se acercaban á ella. En 1808, un gran personaje, que habia figurado como jefe de partido, fué á visitar la Salpetriere: Theroigne le reconoció, y le llenó de injurias, acusándole de haber apostatado del bando popular, y de no ser mas que un *moderado, de quien deberia hacer pronta justicia un fallo del comité de salud pública.* Por último, en 1810 se puso mas tranquila, pero cayó en un estado de demencia que aun dejaba entrever los rastros de sus primeras ideas dominantes. En aquella época, no quiere llevar vestido alguno, ni camisa tan solo. Todos los dias, mañana y tarde, inunda su cama, ó mas bien la paja de su cama, con algunos cubos de agua, y se acuesta encubierta con una sencilla sábana en estío, y con una sola manta en invierno. Cuando hiela, y no puede tener agua en abundancia, rompe el hielo, y recoje el agua que está debajo para mojarse el cuerpo, y particularmente los piés.

Aunque en una celdilla pequeña, oscura, húmeda y sin muebles, dice que se halla muy bien; pretende estar ocupada en asuntos de la mas alta importancia: hace una sonrisa á las personas que se le acercan, y á veces les dice bruscamente: *No os conozco.* Es raro que conteste acertada á las preguntas que se le hacen : muy á menudo dice: *No sé, lo he olvidado:* si insisten, se impacienta, y articula frases entrecortadas con las palabras *atentados, libertad, comités revolucionarios,* etc.: siempre tiene tirria á los *rabiosos de los moderados.*

Theroigne no sale casi de su celdilla: si sale, recoje todos los desperdicios que encuentra por el suelo y los lleva á la boca: se le ha visto devorar paja, plumas, hojas secas, y pédazos de carne impregnados de todo. Finalmente bebe el agua de los arroyos mientras limpian los patios, y prefiere esta bebida á cualquier otra (1).

Por lo demás, aunque esta mujer no dió nunca señal alguna de histerismo, parecia estinguido en ella todo sentimiento de pudor, y se vió que su carácter habia sobrevivido á la pérdida de su razon. — El libertinaje la condujo al fanatismo político; y el fanatismo político la condujo sucesivamente á la lipemanía y á la demencia.

Fanatismo relijioso. — El jóven P***, de edad veinte años, constitucion eminentemente sanguínea, y carácter ardiente, se entregó con es-

(1) A pesar de este réjimen, que la infeliz signió por espacio de cerca de diez años, estuvo siempre perfectamente menstruada, y no se quejó jamás de dolor alguno, hasta su muerte, acaecida en 9 de junio de 1817, de resultas de una erupcion jeneral de botones que no pudieron desarrollarse en medio de una cama constantemente inundada de agua fria.

Abertura del cadáver, practicada por Mr. Amussat y por mí, en presencia de M. M. Esquirol y Rostan:

Dura-madre adherente al cráneo; cráneo espeso en su parte posterior; línea media muy derribada.—Celebro muy blando, descolorido; membrana que reviste los ventrículos espesada : la sustancia cerebral subyacente ofrece, en el espesor de una línea, un aspecto vitroso y de un blanco agrisado.—Plexos coroides descoloridos, con algunos pequeños kistos serosos.—Glándula pituitaria conteniendo un flúido pardusco.

Serosidad en las dos pleuras y en el pericardio.—Corazon flojo desmazalado. Estómago distendido por un flúido verdoso.—Hígado pequeño, verdoso : un tejido blando, su túnica propia desprendiéndose con la mayor facilidad; vejiga de la hiel distendida por una bílis negra, espesa y granujienta.—Bazo blando, verdoso como el hígado.—Vejiga orinaria muy contraida sobre sí misma con las paredes muy espesadas.—Envoltorio de los ovarios espeso, y hasta cartilajinoso en muchos puntos.

En Theroigne el colon trasverso habia cambiado de direccion y habia bajado detrás del púbis; anomalía que Esquirol ha notado en muchos melancólicos.— El gran simpático estaba escesivamente desarrollado.

clusion por espacio de un año entero á la lectura de obras ascéticas. Desde aquel momento su piedad, antes suave é ilustrada, no consistió mas que en una serie de prácticas relijiosas por las cuales manifestaba un ardor, ó mas bien una pasion llevada hasta el fanatismo. Los domingos y fiestas, á duras penas se le podia arrancar de la iglesia para que fuese á comer, y los dias no festivos pasaba, mañana y tarde, en la parroquia, horas enteras, arrodillado, la cara aplicada contra el suelo, y en la mas completa inmovilidad: era, en toda la fuerza de la espresion, un verdadero pilar de iglesia. En vano su madre, mas pobre aun de lo que debia ser, á causa de que su hijo no trabajaba, en vano su confesor y algunos amigos se esforzaban por inculcarle ideas mas cuerdas, repitiéndole que hasta en las cosas muy buenas habia necesidad de medida, y que por otra parte el trabajo era para el hombre un deber no menos sagrado que el de la oracion: á todos estos consejos se hacia el sordo, y en los que se los daban no veia mas que espíritus mezquinos ó almas poco avanzadas en el camino de la perfeccion.

Bajo la influencia de tales ideas, fomentadas por el orgullo, P*** compró una estatua de la Vírjen, un gran número de cirios, y una mala navaja de esas que vulgarmente se llaman *eustache* (1). Gran parte del dia la pasa afilando aquel cuchillo, y todas las noches, antes de acostarse, levanta una especie de altar, en él coloca á su imájen de la Vírjen entre dos cirios, y luego, con la mano alzada al cielo, jura atravesar el corazon del impío que osase apagar aquellas luces consagradas á María. Una noche repara la madre que la llama de los cirios ajita fuertemente la franja de las cortinas de la cama de su hijo; llámale repetidas veces en alta voz y adviértele del riesgo que corre; pero él se mantiene inmóvil y sin contestar palabra. Creyendo la buena mujer que su hijo está profundamente dormido, se levanta, acércase de puntillas y sin hacer ruido al altar, apaga los cirios, y se vuelve á su cama. Apenas ha dado dos pasos cuando su hijo ya se ha lanzado sobre ella con furor, le da cinco cuchilladas bastante graves, y se vuelve tranquilamente á su cama. Al dia siguiente, concluidas sus largas oraciones, se pone á afilar su cuchillo en una piedra; emplea en ello gran parte del dia, y por la noche, antes de acostarse, enciende de nuevo los cirios, repitiendo el juramento que con harta fidelidad habia cumplido.

Ese insensato fué radicalmente curado á consecuencia de algunos ensayos magnéticos hechos á peticion de varios eclesiásticos de la capital.

(1) *Eustache* llaman en Francia á los cuchillos ordinarios, con mango de palo, y sin resorte en la hoja.

N. del T.

NOTAS.

Nota A.

De la influencia de los calores de julio y agosto en los acontecimientos políticos.

En el mes de julio han tenido lugar tres revoluciones que han cambiado la faz del antiguo y del nuevo mundo: la revolucion de los Estados Unidos de América (4 de julio de 1782); la primera revolucion francesa, comenzada el 14 de julio de 1789, y la segunda, verificada á continuacion de las jornadas del 27, 28 y 29 de julio de 1830.

Las batallas dadas en este mes han decidido frecuentemente de la suerte de los imperios: tal fué, entre otras, la de Pultawa (27 de julio de 1709), en la cual combatieron personalmente por su gloria, por su corona y por su vida, los dos famosos monarcas Pedro el Grande y Cárlos XII.

La historia de Francia nos suministra ejemplos de batallas no menos decisivas. En la de Poitiers, ganada por Cárlos Martel el 22 de julio, se libra la Francia del yugo de los Sarracenos. Felipe Augusto salva su vida y su reino en la de Bouvines (27 de julio); y el trono de Luis XIV, bamboleante á causa de los mayores reveses, se solida en la jornada de Denain por el mariscal de Villars (25 de julio de 1712). El valor francés cuenta tambien en este mes el combate del arrabal de san Antonio entre Turena y Condé (2 de julio), las victorias de Fleurus (1 de julio), de Lanfelt (2 de julio), de Nerwinde (29 de julio), de Fornone (6 de julio), la toma de Alejandría (2 de julio), la batalla de las Pirámides (21 de julio de 1798), la de Aboukir (25 de julio de 1799), y la de Wagram, ganada, como las tres anteriores, por Napoleon.

El mes de agosto es igualmente notable por un sinnúmero de hechos históricos de la mas alta importancia. Siguiendo el órden de los siglos, se encuentra en 26 de agosto de 1346 la famosa batalla de Crecy-Carlos VI se vuelve loco el 5 de agosto de 1393, y su locura trae la revolucion que coloca á un rey de Inglaterra en el trono de Francia. — El 10 de agosto de 1557, Enrique II pierde la batalla de San Quintin contra Felipe II, rey de España. — Los protestantes degüellan á los católicos el 24 de agosto de 1569, y los católicos degüellan á los protestantes el 24

de agosto de 1572. — Enrique III es asesinado en Saint-Cloud el 1.° de agosto de 1589. — El 26 de agosto de 1648 dieron principio las guerras civiles que turbaron la minoría de Luis XIV; y el 15 de agosto de 1704 se dió la batalla de Hochstett, término de las largas prosperidades de aquel monarca (Véanse las *Ephémérides politiques, littéraires et religieuses*).

NOTA B.

Sobre los médicos.

He dicho (páj. 57 de esta obra) que si la profesion de médico contaba en sus filas muchos incrédulos y hasta materialistas, tambien habia dado á la Iglesia un gran número de santos, y á la sociedad una multitud de hombres no menos distinguidos por su piedad que por su saber. He citado en la misma pajina algunos de esos grandes talentos que han honrado nuestra carrera: hé aquí ahora un curioso estracto del catálogo de los médicos que por sus virtudes han merecido ser colocados en el número de los santos. Esta lista está sacada de su historia, publicada en 1645 por G. Duval, profesor y decano de la facultad de medicina de Paris.

San Lúcas, de Antioquía en Siria, médico de profesion, escelente pintor, discípulo de los apóstoles y uno de los cuatro evanjelistas. —*Santos Cosme y Damian*, mártires. — *San Pantaleon*, de Nicomedia, mártir. —*San Antíoco*, de Sebasta, mártir. — *San Sanson,* presbítero, médico de los pobres. — *San Otriculano* mártir. — *San Ursicino,* de Liguria, mártir. — *San Alejandro*, mártir. — *San Ciro*, de Alejandría, médico entre los Ejipcios y mártir. — *San Cesario*, médico y senador de Bizancio, hermano de san Gregorio Nazianceno. — *San Dionisio,* diácono. —*San Codrato*, de Corinto, mártir. — *San Papilio*, diácono y mártir. — *San Juvenal*, obispo. — *San Juan Damasceno*, médico y gran doctor de la Iglesia. — *San Diomedes*, de Tarso, médico en Cilicia. — *Santos Leoncio y Carpóforo*, médicos árabes y mártires.—*San Jennadio*, médico griego. — *San Eusebio*, médico griego, que llegó á sumo pontífice, predicador de los herejes y mártir. — *San Zenobio,* de Egea, primer médico, despues obispo, mártir. — *San Oréstes*, intrépido mártir de la Capadocia. — *San Emiliano*, médico y mártir en Africa. — *San Antíoco*, caballero romano, y sabio médico, mártir. — Terminaré aquí esta larga enumeracion, que aun podria estender mucho mas, añadiendo los bienaventurados médicos japoneses, como el anciano Pablo, Luis Almeida y otros aun no canonizados. Solamente haré observar, como punto de comparacion, que en el calendario no se encuentra mas que san Ivo que haya ejercido la profesion de abogado ó de curial.

FIN.



